JUAN VILLORO
LEILA GUERRIERO
SABRINA DUQUE
JORDI COSTA
ALBERTO FUGUET
ALBERTO SALCEDO RAMOS
EILEEN TRUAX
JUAN PABLO MENESES
JUANITA LEÓN
CRISTIAN ALARCÓN
MARCELA TURATI

MEJOR QUE FICCIÓN

JORGE CARRIÓN (ED.)

EDGARDO COZARINSKY
MAYE PRIMERA
JULIO VILLANUEVA CHANG
MARÍA MORENO
JUAN GABRIEL VÁSQUEZ
JAIME BEDOYA
FABRIZIO MEJÍA MADRID
CRISTINA RIVERA GARZA
RODRIGO FRESÁN
MÓNICA BARÓ
GUILLEM MARTÍNEZ
GABRIELA WIENER
EDGARDO RODRÍGUEZ JULIÁ
MARTÍN CAPARRÓS

Almadía

J U A N V I L L O R O
L E I L A G U E R R I E R O
S A B R I N A D U Q U E
J O R D I C O S T A
A L B E R T O F U G U E T
A L B E R T O S A L C E D O R A M O S
E I L E E N T R U A X
J U A N P A B L O M E N E S E S
J U A N I T A L E Ó N
C R I S T I A N A L A R C Ó N
M A R C E L A T U R A T I
M E J O R Q U E F I C C I Ó N
J O R G E C A R R I Ó N (E D .)
E D G A R D O C O Z A R I N S K Y
M A Y E P R I M E R A
J U L I O V I L L A N U E V A C H A N G
M A R Í A M O R E N O
J U A N G A B R I E L V Á S Q U E Z
J A I M E B E D O Y A
F A B R I Z I O M E J Í A M A D R I D
C R I S T I N A R I V E R A G A R Z A
R O D R I G O F R E S Á N
M Ó N I C A B A R Ó
G U I L L E M M A R T Í N E Z
G A B R I E L A W I E N E R
E D G A R D O R O D R Í G U E Z J U L I Á
M A R T Í N C A P A R R Ó S

Almadía

DERECHOS RESERVADOS

© 2009 Juan Villoro, por “Arenas de Japón”
© 2007 Leila Guerriero, por “El rastro de los hue
© 2014 Sabrina Duque, por “Vasco Pimentel. Tod
© 2002 Jordi Costa, por “Fitzcarraldo en la meset
© 2010 Alberto Fuguet, por “El díler digital”
© 2010 Alberto Salcedo Ramos, por “El bufón de
© 2018 Eileen Truax, por “Desaparecer”
© 2003 Juan Pablo Meneses, por “La guerra en E
© 2009 Juanita León, por “Como perros”
© 2003 Cristian Alarcón, por “Cuando me muera
© 2015 Marcela Turati, por “Santiago Meza Lópe
© 2001 Edgardo Cozarinsky, por “Fantasmas de T
© 2011 Maye Primera, por “Un año en la vida de
© 2007 María Moreno, por “En familia (Plaza Dje
© 2008 Julio Villanueva Chang, por “El cineasta
© 2005 Juan Gabriel Vásquez, por “Entrevista co
© 2007 Fabrizio Mejía Madrid, por “El teatro del
© 2021 Cristina Rivera Garza, por “Fantasmas ter
© 2001 Rodrigo Fresán, por “Kafkalandia”
© 2016 Mónica Baró, por “La mudanza”
© 1999 Guillem Martínez, por “Grandes hits”
© 2008 Gabriela Wiener, por “Consejos de un am
© 2009 Edgardo Rodríguez Juliá, por “Cenando c
© 2001 Martín Caparrós, por “Pole pole. De Zanz
© 2012 y 2022 Jorge Carrión por la edición, el prólogo y
© 2022 Almadía Ediciones S.A.P.I. de C.V. Aveni

www.almadiaeditorial.com

www.facebook.com/editorialalmadia

@Almadia_Edit

Edición digital: 2022

ISBN: 978-607-8851-04-1

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Hecho en México.

ÍNDICE

Nota a la edición

Una década crónica [Prólogo a la edición ampliada de 2022]

Introducción: Mejor que real, de Jorge Carrión

Bibliografía consultada

ARENAS DE JAPÓN, de Juan Villoro [Letras Libres, 2009]

EL RASTRO DE LOS HUESOS, de Leila Guerriero, [El País Semanal, 2007]

VASCO PIMENTEL. TODO LO QUE SIGUE SONANDO ALREDEDOR DE UN GORRIÓN QUE SE MUERE, de Sabrina Duque [Etiqueta Negra, 2014]

FITZCARRALDO EN LA MESETA, de Jordi Costa [Vida mostrenca, 2002]

EL DÍLER DIGITAL, de Alberto Fuguet [Qué pasa, 2010]

EL BUFÓN DE LOS VELORIOS, de Alberto Salcedo Ramos [Etiqueta Negra, 2010]

DESAPARECER, de Eileen Truax [Altair Magazine, 2018]

LA GUERRA EN ESTAMBUL, de Juan Pablo Meneses [Equipaje de mano, 2003]

COMO PERROS, de Juanita León [Country of Bullets, 2009]

CUANDO ME MUERA QUIERO QUE ME TOQUEN CUMBIA, de Cristian Alarcón [Cuando me muera quiero que me toquen cumbia, Norma Argentina, 2003]

SANTIAGO MEZA LÓPEZ, EL POZOLERO. CUERPOS SIN SEPULTURA, de Marcela Turati [Los malos, 2015]

FANTASMAS DE TÁNGER, de Edgardo Cozarinsky [El pase del testigo, 2001]

UN AÑO EN LA VIDA DE HAITÍ, de Maye Primera [Gatopardo,

2011]

EN FAMILIA (PLAZA DJEMÁ EL F'NÁ), de María Moreno [Sudamericana, 2007]

EL CINEASTA INVISIBLE. ¿ES TAN CALLADO UN DIRECTOR DE CINE QUE AMENAZA DE MUERTE A SU ACTOR FAVORITO?, de Julio Villanueva Chang [Elogios criminales, 2008]

ENTREVISTA CON LA NUEVA ESPECIE HUMANA, de Juan Gabriel Vásquez [Granta, 2005]

EL TEATRO DEL CRIMEN, de Fabrizio Mejía Madrid [Salida de emergencia, Mondadori México, 2007]

FANTASMAS TERRIBLES DE UN EXTRAÑO LUGAR, de Cristina Rivera Garza [El invencible verano de Liliana, 2021]

PUNTA DE SAL, de Jaime Bedoya [Kilómetro cero, 1995]

KAFKALANDIA, de Rodrigo Fresán [Un mundo muy raro y otras crónicas de Gatopardo, 2001]

LA MUDANZA, de Mónica Baró [Periodismo de barrio, 2016]

GRANDES HITS, de Guillem Martínez [Grandes hits, 1999]

CONSEJOS DE UN AMA INFLEXIBLE A UNA DISCÍPULA TURBADA, de Gabriela Wiener [Sexografías, 2008]

CENANDO CON NIETZSCHE Y FIDEL EL 12 DE ENERO DE 2000, de Edgardo Rodríguez Juliá [La nave del olvido, 2009]

POLE POLE. DE ZANZÍBAR A TANGANICA, de Martín Caparrós [Ego, 2001]

DICCIONARIO ABREVIADO DE CRONISTAS HISPANOAMERICANOS, de María Angulo, Jorge Carrión, Marco A. Cervantes, Gustavo Cruz, Diajanida Hernández

Fuentes

NOTA A LA EDICIÓN ORIGINAL

Mejor que ficción. Crónicas ejemplares, pese a la selección de veinticinco crónicas escritas en español por algunos de los autores más importantes de nuestra época, no pretende ser una antología de carácter canónico, sino un catálogo de la multiplicidad de propuestas de no ficción de la literatura hispanoamericana contemporánea. Es decir, apuesta por la inclusión y no por la exclusión. Por ese motivo, en el prólogo se habla de un gran número de periodistas narrativos cuyos textos no se reproducen en este volumen, en el contexto de la producción documental internacional; y en las páginas finales se adjunta un "Diccionario abreviado de cronistas hispanoamericanos" que permitirá al lector explorar por su cuenta un sinfín de propuestas. Ese diccionario, acompañado por la lista de las antologías que se han consultado para su realización, actúa como bibliografía general de este volumen. Al final del prólogo se encuentran los títulos consultados para su redacción que no figuran en esas páginas finales. Agradezco a María Angulo, Marco A. Cervantes y Diajanida Hernández la dedicación y el entusiasmo en la confección de esa guía alfabética de los últimos sesenta años de crónica en nuestra lengua. Y a Leila Guerriero, Toño Angulo Daneri, Marta Aponte Alsina, Julio Villanueva Chang, Sergio Vila-Sanjuán, Cristian Alarcón y Julio Ortega sus sugerencias y comentarios.

J. C.

UNA DÉCADA CRÓNICA

[PRÓLOGO A LA EDICIÓN AMPLIADA DE 2022]

Han pasado diez años desde la primera edición de Mejor que ficción. Crónicas ejemplares. Un libro que nació de mis viajes por América Latina; de mi descubrimiento en Buenos Aires de las poéticas de María Moreno o de Edgardo Cozarinsky; de los dos meses que viví en Ciudad de México; de aquellos días que pasé en Lima conversando con Julio Villanueva Chang, entendiendo el proyecto Etiqueta Negra o leyendo admirado a Jaime Bedoya; y de todas las antologías y libros de periodismo narrativo que me traje de las librerías de Santiago de Chile, Bogotá y Caracas. Un libro que, por supuesto, enseguida se emancipó de mis lecturas y hasta de mí: tras su publicación en Anagrama en marzo de 2012, cobró vida propia, se convirtió en parte de la bibliografía de las facultades de periodismo de las dos orillas, fue leído como una vuelta al mundo por miles de lectores, alimentó viajes y vocaciones y –tal vez sobre todo– fue la puerta de entrada de muchas personas tanto a la crónica como a la obra de los autores seleccionados o mencionados en el prólogo o en el diccionario final, una invitación a seguir leyendo más allá de todas las listas posibles, de todo posible canon. Al fin y al cabo, ese ha sido el fin del viaje y de la lectura desde siempre: generar más viaje y más lectura.

Si tuviera que escoger solo una de todas las noticias que sobre el universo de la crónica se han producido durante la década que separa aquella primera edición de esta –actualizada y espero que pospandémica–, sería sin duda el Premio Nobel de Literatura que ganó en 2015 la escritora bielorrusa Svetlana Aleksiévich. Su obra se ubica en el centro de un triángulo cuyos vértices son el periodismo, la historia oral y la tragedia. Nunca antes había merecido el máximo galardón literario un proyecto exclusivamente consagrado a la literatura documental. No por azar ese reconocimiento se ha dado durante la segunda década del siglo XXI, que ha sido eminentemente testimonial y crónica. Como si mientras se normalizaba la posverdad, se multiplicaban las tecnologías de la representación y se volvía central el Big Data, el ser humano hubiera necesitado más que nunca agarrarse a los datos y a los hechos, narrarse a sí mismo como individuo real y creer en los cuerpos y las historias particulares, concretos.

La década comenzó con el lanzamiento del iPad por parte de Apple, tres años después de que el iPhone y el Kindle llegaran a nuestras vidas: el auge de la movilidad provocó que los principales diarios del mundo se adaptaran rápidamente a la nueva forma de leer. Ese mismo año se fundó en Londres la agencia Forensic Architecture, que para la investigación de todo tipo de crímenes uniría a partir de entonces el periodismo con la antropología forense, la arquitectura, el diseño gráfico, la programación y el arte contemporáneo. Entre 2009 y 2011, Karl Ove Knausgård provocó con su pormenorizada y performativa autobiografía, por momentos pornográfica y siempre al límite del respeto por las vidas ajenas, un fenómeno editorial en Noruega que pronto se convirtió en global. Ese mismo año de 2011, Emmanuel Carrère publicó su obra maestra, Limónov, la biografía del escritor ruso (y resumen de todos sus libros); el New York Times lanzó su suscripción digital; y MTV decidió quitar de su logotipo el lema "Music Television", pues ya se había convertido en un canal caracterizado tanto por la música como por la telerrealidad. Al año siguiente, nació Radio Ambulante, que pronto se volvería el podcast por excelencia del periodismo narrativo en español; y se estrenó The Act of Killing, de Joshua Oppenheimer, que le dio una vuelta de tuerca magistral a lo que entendemos por película documental. En 2013 la extraordinaria narradora y maestra de periodistas mexicana Elena Poniatowska ganó el Premio Cervantes. Sarah Koenig estrenó Serial al año siguiente, que en pocos meses se convirtió en el gran fenómeno de las series documentales para escuchar en inglés, con su apuesta por la investigación periodística de ambiguos casos criminales. En el ecuador de la década, además de la concesión del Nobel a Aleksiévich, se reeditó con un éxito inesperado Manual para mujeres de la limpieza, los cuentos autobiográficos de Lucia Berlin; y el New York Times llegó al millón de suscriptores. 2018 fue el año de Wild Wild Country, la serie documental de Netflix que vimos todos y todas, ya insertos en el nuevo capitalismo de plataformas. La década terminó con el derrame del virus SARS-CoV-2 a finales de 2019: el primer libro que documentó la pandemia fue Diario de Wuhan, de Fang Fang, que se publicó en todo el mundo al año siguiente. Una crónica. En estos momentos el New York Times suma más de ocho millones de suscriptores, de los que siete son digitales.

Dos libros importantes escritos en nuestra lengua se pueden leer en los extremos de la cronología que trazan los libros de Aleksiévich (desde La guerra no tiene rostro de mujer, de 1985, hasta Tiempo de segunda mano, publicado en 2013). En un polo encontramos La noche de Tlatelolco: Testimonios de historia oral (1971), de Poniatowska, un volumen que no solo recoge las voces y los hechos que explican el

movimiento estudiantil mexicano de los años 60 y la masacre de la Plaza de las Tres Culturas del 2 de octubre de 1968. También es un termómetro de sentimientos y emociones. El giro emocional de nuestra época es inseparable del autobiográfico y afecta tanto a las memorias como al periodismo, tanto al yo como al tú, al ellos, al nosotras. "A la historia solo parecen preocuparle los hechos, las emociones quedan siempre marginadas", escribe Aleksiévich en el prólogo de El fin del "Homo sovieticus" (2019): "Pero yo observo con ojos de escritora, no de historiadora". Exactamente cincuenta años después del libro de Poniatowska, El invencible verano de Liliana (2021), de Cristina Rivera Garza –donde se constata la lectura de la autora de Voces de Chernóbil– parte de la primera persona para reconstruir la juventud y el asesinato de la hermana. Y desde ese feminicidio en particular se eleva, a través de círculos concéntricos, hacia la familia, los amigos, el asesino en el seno del machismo estructural y de la sociedad que no lo juzgó, la violencia sistemática contra las mujeres, tanto en México como más allá de sus fronteras.

El proyecto literario de Martín Caparrós es absolutamente coetáneo del de Aleksiévich. Además de la novela y el periodismo narrativo, abordó también la historia oral en La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina (que escribió con Julio Anguita). El escritor argentino era uno de los tres grandes referentes de la crónica latinoamericana en 2012 y lo sigue siendo en 2022, junto con Leila Guerriero y Juan Villoro. Los tres han publicado, además, durante esta década sus libros de crónica más ambiciosos: respectivamente, El hambre (2014) y Ñamérica (2021); Opus Gelber: retrato de un pianista (2019); y El vértigo horizontal (2018). No es casual que conformen el jurado del Premio Anagrama de Crónica Sergio González Rodríguez.

Si hace diez años sólo algunos de los autores nacidos en los años 70 se habían vuelto de referencia en el conjunto de la crónica escrita en español, como Cristian Alarcón, Gabriela Wiener, Juanita León o Maye Primera; en 2022 sin duda son muchos los periodistas nacidos en esa década y en la siguiente cuyas crónicas, libros y proyectos documentales han recibido la atención y el reconocimiento de lectores e instituciones, convirtiéndose en modelos para cronistas más jóvenes. Javier Sinay, Mónica Baró, Agus Morales, Ander Izaguirre, Joseph Zárate, Sabrina Duque, Manuel Jabois, Óscar Martínez, Eileen Truax, Carlos Manuel Álvarez o Josefina Licitra son algunos de los nombres propios que más brillan en el ámbito de la crónica iberoamericana actual. Los herederos naturales de Pedro Lemebel, Juan Goytisolo, Alma Guillermoprieto y otros maestros del género. Pero en un nuevo contexto histórico y, por tanto, en una nueva atmósfera de enfoques y

temas: el feminismo, el nuevo orden climático y la ecología, los neopopulismos, la necropolítica, las migraciones masivas, los transgéneros.

La nómina, en los últimos años, de los finalistas y vencedores de los premios Gabo y Ortega y Gasset –los más prestigiosos de la lengua– revela no obstante que empiezan a predominar los trabajos en parejas o en equipo, los proyectos colectivos, por encima de la autoría individual. Por eso son tan importantes figuras como las de Marcela Turati, que no solo es una extraordinaria cronista, sino que también es una catalizadora de iniciativas de investigación, testimonio y difusión en red. Recuerdo la ceremonia de entrega del premio Gabo 2019 en Medellín al proyecto El país de las 2000 fosas: con ella subieron al escenario todos los profesionales que ella había coordinado junto a Alejandra Guillén y Mago Torres. Más de veinte personas investigaron juntas para establecer una topografía de la muerte, crear su mapa interactivo y narrar las tremendas historias que existen detrás de cada uno de sus puntos. Y todas ellas, si no perdí la cuenta, recibieron en persona su premio.

Ha sido en México, precisamente, en el contexto del horror que lo ha sacudido como descargas de electroshock durante este cambio de siglo, donde más se ha reflexionado sobre la representación de la realidad con estrategias no convencionales. Y donde más se ha practicado la literatura documental que trasciende los límites del periodismo canónico. Dice Magali Tercero en Cuando llegaron los bárbaros, un libro que investiga en las posibilidades del fragmento, la cita y el collage para narrar la penetración de la violencia en Sinaloa: “A una realidad casi esquizofrénica corresponde, quizá, el retrato fragmentario de una sociedad en disolución”. Y Sara Uribe define Antígona González como “una pieza conceptual basada en la apropiación, intervención y reescritura”, que fue creada en 2012 para ser interpretada sobre el escenario. En forma de poema, acoge en su textualidad tanto citas y pasajes de obras sobre la figura de Antígona, a partir de la tragedia de Sófocles, como palabras y líneas provenientes de informes, noticias, crónicas y otros textos sin ficción. Todas las fuentes son referenciadas en la nota final.

El teatro documental está generando también piezas extraordinarias en manos de las argentinas Vivi Tellas (y sus biodramas) y Lola Arias (con obras impresionantes, como Campo minado, que sube al escenario a excombatientes británicos y argentinos de la guerra de Malvinas) o del catalán Jordi Casanovas (que en Jauría construye el guion a partir de la transcripción de las declaraciones de los acusados y de la denunciante en un juicio por

violación múltiple). La crónica se ha expandido radialmente en este telerreal inicio de siglo hacia todos los lenguajes artísticos y académicos. Cuando internet y la globalización nos han recordado nuestra insignificancia, más énfasis hemos puesto en la expresión realista de nuestros yoes. Ninguna parcela del discurso ha permanecido ajena a nuestra hambre de realidad, a nuestra necesidad de contar a los otros y de narrarnos a nosotros mismos: la danza, la música, el cómic, la antropología, las ciencias, el arte contemporáneo, el podcast, los formatos de redes sociales, la visualización de datos o la realidad virtual.

El máximo ejemplo de experiencia inmersiva hasta la fecha tal vez sea Carne y Arena, de Alejandro Iñárritu, que permite sentir en la propia piel la condición del inmigrante que atraviesa la frontera entre México y los Estados Unidos guiado por un coyote. En el documental interactivo Los desiertos de Sonora, Paty Godoy y Pere Ortin exploraron también esa línea imaginaria. Su coyote fueron Roberto Bolaño, El atlas de Sonora, de don Julio Montané, y la poesía. Al fin y al cabo, las primeras crónicas probablemente fueron las que les narraron al resto de sus respectivas tribus, alrededor de una hoguera, los viajeros que se atrevieron a ir más allá de los límites y regresaron para contarlo. Y aquellos relatos reales pronto se convirtieron en canto, en ficción, en verso. Tantos milenios después, seguimos rastreando los ecos de aquellos trazos de la canción.

JORGE CARRIÓN

Barcelona

Diciembre de 2021

INTRODUCCIÓN: MEJOR QUE REAL

Jorge Carrión

Y la crónica está allí, desde el principio, amenazando la claridad de esas fronteras.

SUSANA ROTKER,

La invención de la crónica

Casi todo lo que he escrito deriva de mi sentido del valor de la ficción. Poco hay en este libro, aun cuando se presente bajo la categoría formal de no ficción o ensayo, que no derive de mi manera de entender la escritura de ficción. Siempre me ha parecido que la mejor ocasión que tenemos de mejorar el conocimiento privado de nuestras vidas más complicadas, de trazar nuestros mapas inconfesos de la realidad o, si se prefiere, de establecer nuestra comprensión de la manera en que opera la existencia, resultará más provechosa si somos capaces de tener al menos una vaga idea de la distorsión que el observador impone a la experiencia.

NORMAN MAILER,

América

Un género híbrido, formado mediante la aleación de otros géneros anteriores o coétaneos a cada momento de su evolución.

ALBERT CHILLÓN,

Literatura y periodismo

CRÓNICA PERSISTENCIA DE LA CRÓNICA

“Escribir sobre Venecia, insistir sobre Venecia… ¿todavía?”, se preguntaba Rubén Darío a principios del siglo XX. Ya hacía mucho tiempo que la ciudad italiana se había convertido en un lugar común y el poeta decidía iniciar su texto con esa pregunta retórica, que constataba su ironía y distancia modernas respecto a un espacio sumamente romántico y, por tanto, decimonónico. Una pregunta cuya respuesta es la crónica que leemos. Darío había estado en Venecia tan solo cuatro años antes, de modo que aquel viaje reescribía la experiencia anterior. Eso hace cada viaje: reescribir viajes propios (vividos) y ajenos (leídos). En el prólogo de la edición de 2002 de Venecia, la gran cronista Jan Morris habla de las ediciones anteriores de su propio libro y, sobre todo, de las múltiples ocasiones en que, desde el final de la Segunda Guerra Mundial, visitó aquel laberinto de canales. Cien años después de las palabras del autor de Azul, Morris escribía, insistía. Como eslabón de una cadena, no ha sido ni será la última en practicar esa insistencia que construye la historia del viaje, que es la historia de la crónica, que es la historia de la memoria.

Escribir sobre la crónica, insistir sobre la crónica… ¿Después de Darío y Morris? ¿Después de José Martí, Victor Segalen, Joseph Roth, José Gutiérrez Solana, Josep Pla, Rodolfo Walsh, George Weller, Truman Capote, Gabriel García Márquez, Hunter S. Thompson, Nicolas Bouvier, Elena Poniatowska, Carlos Monsiváis, Ryszard Kapuscinski, Juan Goytisolo, Oriana Fallaci o Gay Talese? ¿Después de casi cien años de premios Pulitzer? ¿De revistas como The New Yorker que publican reportajes de investigación y ensayos literarios desde 1925? ¿De libros teóricos como La invención de la crónica, de Susana Rotker, o Literatura y periodismo, de Albert Chillón? ¿Después de los grandes fotoperiodistas y documentalistas cinematográficos y televisivos? ¿Todavía?

Más que nunca. No solo porque es esa la dinámica de la tradición artística: la constante relectura, la reescritura constante (cada cronista vuelve a visitar y a reformular los temas, los espacios, las estrategias narrativas de sus predecesores, sumándoles su propio pacto ético y su propia vuelta de tuerca estética); sobre todo porque la Historia avanza como un tanque y cada presente reclama sus testigos, sus intérpretes, sus cronistas. Los de este cambio de siglo han sabido educar sus miradas y adaptar sus herramientas y sus métodos de trabajo para construir artefactos narrativos de una complejidad a la altura de la múltiple y acelerada realidad. La realidad de la guerra de los Balcanes y del alzamiento en Chiapas y de internet y de Chechenia y del narcotráfico y del 11-S y del 11-M y del neopopulismo latinoamericano y de las guerras de Irak y Afganistán y del capitalismo chino y de Obama y de Twitter y de Fukushima y de la

crisis económica global y de las revueltas espontáneas en el mundo árabe y en el sur de Europa. La realidad que ha sido retratada (en movimiento) por documentalistas neoclásicos, como Jon Lee Anderson, Charles Ferguson o Alma Guillermoprieto, que siguen contándonos historias nuevas con las herramientas de siempre; por cronistas como Martín Caparrós, Suketu Mehta o Pedro Lemebel, que han adaptado las palabras a la nueva realidad del género inestable y a las megalópolis y a la pantalla omnipresente; o por dibujantes periodistas como Joe Sacco o Igort, que han encontrado en la madurez de la novela gráfica un repertorio de formas para escribir y dibujar relatos de no ficción. Artefactos narrativos sofisticados y certeros, que comuniquen el sentido –o al menos la sensación de sentido– que es por lo común ajeno a lo real.

Porque una crónica (un documental) debe ser mejor que la realidad. Su orden o su aparente caos, su estructura, su técnica, sus citas, la presencia del autor tienen que comunicar el sosiego que la realidad no sabe transmitir: lo he entendido por ti, lector, que ahora, a tu vez, lo entiendes. Te paso el testigo. Podemos seguir viviendo. Me imagino a los cronistas como a seres dotados de una antena integrada y con sistema de emisión de datos: humanos capaces de sintonizar con la música de su presente, leerla y transcribirla para que también los demás la podamos leer. Y reescribir. Crearla para que la podamos recrear.

LAS FACETAS DEL OTRO

“El Observador es oportunista”, escribe Monsiváis en una crónica de 1970 titulada “Dios nunca muere”. El texto es, al mismo tiempo, el relato de un viaje a la zaga de un eclipse, un ensayo sobre la lengua mexicana de ese momento histórico, un retrato pop de hábitos sociales y un texto polimorfo y literario que convive perfectamente con los de ficción en el marco de Antología de la narrativa mexicana del siglo XX, de Christopher Domínguez Michael. También hay poesía en sus líneas: “Y la invasión ejercida por la luna se acrece, se extiende, sojuzga.” Toda crónica fija literariamente la relación que existió entre la mirada de quien escribe y la oportunidad que le dio el mundo al revelarle una de sus infinitas facetas. Los cronistas son observadores que no dejan pasar su oportunidad y la transcriben.

Una obra documental no puede existir sin una corriente de

empatía. Es imposible ponerse en el lugar del otro: pero sí hay que acercarse lo más posible. El observador tiene que realizar un gran esfuerzo intelectual para comprender la psicología, las motivaciones, los miedos y los deseos de quien está entrevistando, de su guía por ese contexto ajeno y, por tanto, en gran parte incomprensible si no es gracias a su intermediación. A su rol de cicerone, de traductor. Por eso la literatura de viajes es el gran modelo narrativo del periodismo y del resto de disciplinas modernas que, como la antropología y la psicología, hacen de la escritura del diálogo con el otro su piedra de toque. La misma tensión que encontramos entre el viajero y el nativo caracteriza la relación entre el cronista y su entrevistado o su informante. Es similar la voluntad de penetración en las capas de la realidad ajena. El periodista trata de ganarse la confianza de los probables protagonistas de su obra documental, conseguir las llaves que le abran las puertas. Por eso el periodista tiene que ser paciente y constante. Las cerraduras se abren cuando uno menos se lo espera. "Un perfil es una carrera de resistencia, en la que no tiene chances el que llega primero sino el que más tiempo permanece", ha escrito Leila Guerriero en uno de los ensayos de Frutos extraños, "solo cuando empezamos a ser superficies bruñidas en las que los otros ya no nos ven a nosotros, sino a su propia imagen reflejada, algunas cosas empiezan a pasar".

El observador, a copia de presencia, se normaliza, se mimetiza, se vuelve casi invisible. Se infiltra. Un caso extremo es el de infiltraciones reales, similares a las que llevan a cabo los policías o los espías, como las que han marcado la trayectoria de Günter Wallraff, quien afirma en el prólogo a Cabeza de turco: "Yo no era un turco auténtico, eso es cierto; pero hay que enmascararse para desenmascarar la sociedad, hay que engañar y fingir para averiguar la verdad. La realidad no se ofrece al observador con transparencia: en primera instancia es opaca, hay que forzarla a revelarse". A renglón seguido, el periodista incómodo admite que no ha llegado "a saber cómo asimila un extranjero las humillaciones cotidianas, los actos de hostilidad y odio", pero que sí sabe "lo que tiene que soportar y hasta qué extremos puede llegar en este país el desprecio humano". Por tanto, el cronista es consciente de que la operación no puede llevar a un conocimiento empático total del otro, pero en cambio puede conducir a una comprensión intelectual y vital de su sufrimiento y, sobre todo, a una denuncia. El libro de los dos años que Wallraff vivió como Alí, un inmigrante turco, vendió dos millones de ejemplares, provocó un importante debate en Alemania y lo convirtió en el periodista indeseable.

La justicia hacia el otro solo es posible si se es justo también con el

espacio en que el otro se inscribe. A medida que el observador externo se va convirtiendo en testigo interno, el contexto se va haciendo inteligible y se va expandiendo. Escribe Cristian Alarcón en Cuando me muera quiero que me toquen cumbia, un retrato próximo de la delincuencia juvenil de Buenos Aires: "Muy de a poco el campo de acción en el lugar se fue ampliando para mí, abriéndose hasta dejarme entrar a los expendios de droga, a las casas de los ladrones más viejos y retirados, a los aguantaderos". Para que la palabra sea precisa y justa, debe sintonizar con los personajes y con el espacio. Es decir, las voces y los lugares que convergen en las páginas de una crónica tienen que ser transmitidos según la forma que mejor se adecúe a sus particularidades. No es posible describir con la misma sintaxis ni con el mismo ritmo y metáforas los desiertos patagónicos que la ciudad de Nueva York. José Martí explicaba que en tiempos pasados se producían "grandes obras culminantes, sostenidas, majestuosas, concentradas" y que en cambio entonces solo eran posibles "pequeñas obras fúlgidas": poemas y crónicas empeñados en dar cuenta o contar el cuento de lo contemporáneo.

Para lograr esa justicia, tal vez inalcanzable pero a la que es de recibo aspirar, el observador debe mantener en todo momento cierta distancia respecto al otro. La identificación, que siempre es parcial, debe ser conscientemente parcial. Es en la obra documental que resulte de los acercamientos y entrevistas donde se podrá observar el grado de empatía o de distancia que acercaba o separaba al narrador de sus entrevistados. Jean Hatzfeld organiza temáticamente los capítulos de Una temporada de machetes, su libro de entrevistas a algunos de los verdugos hutus de cerca de 800,000 víctimas tutsis, dándoles la palabra; pero intercala pasajes narrativos en que se refiere a ellos, invariablemente, como a "los asesinos". En el capítulo "Los regateos del perdón" el narrador se formula más de veinte preguntas en dos páginas. Duda. Es decir, tiene claro en todo momento quiénes son las víctimas y quiénes son los victimarios; pero no pierde nunca de vista que él no es un juez, sino un investigador cuya obligación es plantearse cuestiones si quiere ensayar posibles respuestas. Contra la asertividad del periodismo tradicional, el de autor revindica siempre su derecho a una mirada personal y, si se tercia, dubitativa. Son célebres los momentos de Shoah, la extensa película documental de Claude Lanzmann en que se entrevista con cámara oculta a antiguos oficiales nazis. Las imágenes de la cámara oculta son contrapunteadas con imágenes del interior de la furgoneta del equipo técnico, donde se muestran los monitores en el momento de registrar aquellas grabaciones (que al director francés, por cierto, le costaron una paliza). De ese modo se hace evidente la distancia que separa a las

víctimas de los verdugos. Las víctimas tienen un protagonismo total, primeros planos, imagen en color. Los verdugos son mostrados en imágenes de baja calidad, a través de cámaras secretas o de planos que muestran pantallas, como si sus rostros no merecieran la imagen directa. Tanto en Hatzfeld como en Lanzmann la clave está en el montaje. La complicidad, la empatía o el rechazo con los hombres y mujeres entrevistados para la realización de una obra documental, junto con el resto de información, son sometidos a un largo proceso de selección y de diseño. Tanto el orden en que los datos se presentan como las elipsis son fundamentales. La obra documental es un artefacto en que cada mecanismo está dispuesto para ser, al mismo tiempo, narrativamente efectivo y éticamente justo.

En la distancia del cronista se cifra también la posibilidad de su independencia. El testimonio personal es siempre una alternativa al relato corporativo o político. Todas las grandes empresas y todas las instituciones públicas poseen un gabinete de comunicación que trata de fijar un discurso sobre los hechos en que están involucrados. El cronista trabaja en contra de la versión oficial, contra el comunicado de prensa, contra la simplicidad de cualquier marca. Genera complejidad porque sabe que, aunque la realidad es múltiple, sus cronistas oficiales pretenden que parezca sencilla. Mientras los periodistas George Weller y Wilfred Burchett fueron los primeros en llegar a Nagasaki e Hiroshima, respectivamente, por sus propios medios, recurriendo a todo tipo de tretas para perseguir la verdad, a bordo de dos lujosos B-17 subvencionados y controlados por el Pentágono viajaban redactores, fotógrafos y camarógrafos de Associated Press, United Press, NBC, CBS, ABC, The New York Times y The New York Herald Tribune. El gobierno de los Estados Unidos les había prometido la exclusiva que finalmente no obtuvieron, con la intención de que informaran tanto sobre el poder devastador de aquellas bombas destructoras de ciudades como de su inofensiva radiación ulterior. Nagasaki. Las crónicas destruidas por MacArthur recoge las crónicas que Anthony Weller, el hijo de George, publicó tras la muerte de su padre. El premio Pulitzer 1943 murió en 2002 convencido de que aquel material había sido completamente destruido por el general censor. Pero su hijo encontró una caja con las copias en papel carbón. Al leer libros como ese, donde también se habla de los poco conocidos “buques del infierno” japoneses y, por tanto, se retrata el horror de ambos bandos, uno tiene la tentación de pensar que la independencia y la verdad acaban por vencer, aunque llegue tarde la justicia.

Toda crónica es un contrato con la realidad y con la historia. Un doble pacto: un compromiso doble. Con el otro (el testigo, el

entrevistado, el retratado y sus contextos, el lector) y con el texto que tras un complejo proceso de escritura (y montaje) lo representa en su multiplicidad, utópicamente irreducible.

BREVÍSIMA HISTORIA UNIVERSAL DE LA NO FICCIÓN

La palabra crónica contiene el tiempo en sus sílabas. Por eso conviene recordar su cronología, que nos remite –una vez más– al griego y al latín: la narración de la historia en el orden de los hechos. La biografía, la genealogía o la historia del poder, porque sus protagonistas son los guerreros, los reyes, la heráldica, los condados y los ducados y los países y los imperios. Mucho se ha repetido que la Crónica de Indias es el gran precedente de la crónica contemporánea de América Latina, pero lo cierto es que esos híbridos de los libros de viajes a lugares maravillosos, las crónicas de las cruzadas y los textos del humanismo italiano, fueron escritos por sujetos imperiales que relataban la conquista y la colonia con la voluntad de justificar sus intereses y sus atropellos. Muchos cronistas de Indias, de hecho, lo eran oficialmente –como sus contemporáneos de Castilla. Y todavía hoy existe la Real Asociación Española de Cronistas Oficiales, que alienta la escritura de discurso histórico, ajena a la deriva del periodismo narrativo. Por supuesto, muchos de aquellos textos de los siglos XVI y XVII poseen un alto nivel literario y, sobre todo, evidencian el conflicto entre la retórica del Barroco y la humanidad, la geografía, la flora, la fauna o la arquitectura del Nuevo Mundo (Hernán Cortés llama “mezquitas” a los templos aztecas). Es decir, son crónicas porque utilizan el lenguaje literario para describir el presente conflictivo, pero todavía están más cerca de la historia antigua que del futuro periodismo.

Durante el siglo XVII se expande por Europa la primera generación de periódicos y durante el siglo siguiente ocurre lo mismo en América. Entre ambos se sitúa la figura de Daniel Defoe, el cronista del Diario del año de la peste, el novelista de Robinson Crusoe y Moll Flanders y el viajero de Viaje por toda la isla de Gran Bretaña. Los géneros no avanzan o retroceden por caminos diferenciados, sino que se solapan por los mismos caminos estratificados, llenos de encrucijadas horizontales y verticales. Percy G. Adams explicó en Travel Literature and the Evolution of the Novel cómo en los siglos XVII y XVIII, que son los de la emergencia de la novela europea que sigue el patrón del viaje picaresco (y más tarde de formación), se multiplican

exponencialmente los discursos en movimiento producidos por misioneros, embajadores, exploradores, colonizadores y soldados que, al igual que los narradores de la ficción, proclaman la verdad de sus relatos. No es de extrañar, por tanto, que los primeros periodistas modernos en lengua española se caractericen por un desplazamiento: la prosa irónica de no ficción eclipsa su producción poética (y convencional). El potencial crítico de los artículos fundacionales de Larra y de Ricardo Palma, en un lento contexto internacional de libertad de opinión, se dirige hacia dos direcciones complementarias: el relato de lo colectivo y lo público es contrapesado con el retrato de lo particular y privado, de modo que el cronista deviene moralista nacional y analista de lo individual. En paralelo, Domingo Faustino Sarmiento escribía la novela ensayística Facundo y remodelaba, como defendió Adolfo Prieto en Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina, los modelos de aquellos exploradores y comerciantes europeos que seguían viajando y textualizando todo aquello que encontraban a su paso.

Eran plumas inglesas, francesas, alemanas, italianas, españolas que, por lo general, trabajaban para órdenes religiosas, empresas o estados. Algo no muy distinto de lo que ocurría con los periodistas, que a menudo eran también políticos, aunque la profesión se legitime justamente cuando se normaliza como práctica burguesa y el texto es finalmente remunerado. El nacionalismo (lo local) pronto se enfrentó con el cosmopolitismo (el mundo vivido en libertad) de los escritores modernistas: con la llegada del siglo XX es la ciudad –y no el país– la patria de los cronistas. Dios muere y el hombre se convierte en un anfibio que, cuando al fin podría encarnar la duda metódica de Descartes, es embargado en realidad por una duda angustiosa, la sospecha marxista hacia el mundo circundante y la sospecha freudiana hacia la psique propia, pronto fundida en una única y violenta sospecha con la proliferación del comunismo y del fascismo. Los escritores modernistas, con su doble condición –simultánea y complementaria– de poetas y de cronistas, van a tratar de llenar ese vacío divino con la utopía de la belleza y con la obsesión por lo real. Para sintonizar con la belleza recurrirán, por la vía francesa y simbolista, a la imitación de los procedimientos de la pintura y de la música: la palabra deviene analogía, imagen, sílaba, letra, sonoridad, se emancipa de la obligación de significar. También Baudelaire fue al mismo tiempo poeta y crítico y cronista de arte. Para sintonizar con la realidad, por la vía norteamericana y emersoniana, harán propias la cosmovisión democrática del poeta y periodista Walt Whitman y las ideas de Joseph Pulitzer: solo el periodista “tiene el privilegio de moldear las opiniones, llegar a los corazones y apelar a la razón de

cientos de miles de personas diariamente. Esta es la profesión más fascinante de todas". Pero el cerebro humano es uno solo, de modo que ambos caminos confluyeron en los textos que escribieron. En los poemas de Darío la mujer bebe y fuma: lo hace mediante sinestesias y alejandrinos, pero su figuración es democrática, fascinante, moderna.

Darío, José Martí, José Enrique Rodó, Amado Nervo o Enrique Gómez Carrillo, es decir, los cronistas literarios del cambio del siglo XIX al XX en nuestra lengua, no invocaron a los cronistas de Indias como sus antepasados. Es importante recordarlo, porque la historia de la crónica es la historia de la memoria. La incorporación de ese ilustre precedente es posterior y, sobre todo, novelesca. Alejo Carpentier, que en "De lo real maravilloso americano" (prólogo a El reino de este mundo escrito en el ecuador exacto del siglo pasado) mencionó a Marco Polo, Tirant lo Blanc, el Quijote y las anacrónicas búsquedas de El Dorado que llevaron a cabo españoles del siglo XVIII, en una conferencia de 1979, titulada "La novela latinoamericana en vísperas de un nuevo siglo", afirmó que el novelista latinoamericano, "para cumplir esa función de nuevo cronista de Indias", tenía que trabajar con el melodrama, el maniqueísmo y el compromiso político. Antes había sido el Barroco y la Fantasía lo que el escritor cubano había observado en la literatura de la conquista. En las crónicas que Carpentier publicó en los años veinte y treinta se observa la misma influencia surrealista que en aquel momento estaba interiorizando Miguel Ángel Asturias (sus crónicas parisinas de entonces las llamaría más tarde "fantasías"). Para Mario Vargas Llosa, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez, José Lezama Lima, Asturias o Carpentier la novela de caballerías y la Crónica de Indias sí fueron parte de su genealogía como creadores. De modo que esa idea llegó después al discurso sobre la literatura hispanoamericana y se proyectó retrospectivamente, porque las crónicas modernistas están más cerca de Montaigne que de Bernal Díaz del Castillo.

No es casual que Cien años de soledad sea la primera gran novela latinoamericana que tiene forma de crónica (histórica). Es precisamente García Márquez, junto con Rodolfo Walsh, quienes dan a la crónica (periodística) la ambición y la estructura de la novela: de 1955 es la publicación por entregas de Relato de un náufrago y solo tres años más tarde se edita Operación masacre. En 1959, ambos, con Jorge Masetti y Rogelio García Lupo, fundaron en La Habana la agencia Prensa Latina. Hay que leer, por tanto, la llegada del periodismo narrativo latinoamericano como la vanguardia silenciosa o el prólogo discreto a lo que después se llamará New Journalism. Porque la mayoría de las grandes crónicas de Truman Capote, Norman Mailer, Gay Talese o Tom Wolfe comienzan a ser publicadas en los

años sesenta. Lo que diferencia a estos de sus colegas sudamericanos es la conciencia de autoría y un programa estético respaldado por la industria. De hecho, en Relato de un náufrago ni siquiera existe la voz explícita de García Márquez y no apareció en libro, y firmado por él, sino hasta muchos años más tarde (cuando la marca Nuevo Periodismo ya era global). Si en el fin de siècle diarios como La Nación de Buenos Aires, La Vanguardia de Barcelona o La Opinión Nacional de Caracas podían competir simbólicamente con The New York Times, Herald o The Sun, a mediados del siglo XX no existe ninguna revista en lengua española equiparable a Esquire, The New Yorker o Rolling Stone (que se fundó en 1967, justo después de la publicación de Los ángeles del infierno, y pronto se convirtió en el refugio de su autor, Hunter S. Thompson). Para entonces el fenómeno del boom había apostado su carta ganadora a la novela de ficción como género de prestigio y la non fiction novel se había convertido en un producto genuinamente norteamericano.

Si los poetas simbolistas y modernistas convirtieron las crónicas en pequeños poemas en prosa de contundente actualidad, los novelistas del medio siglo las dotaron de estructura, de personajes, de flashbacks, de monólogos interiores y de capítulos. A las tradicionales colecciones de crónicas breves, como La España negra de Gutiérrez Solana o las aguafuertes de Roberto Arlt, se les suman crónicas únicas que ocupan libros enteros. Comprometido con la verdad política, a finales de los sesenta Walsh publicó ¿Quién mató a Rosendo?, y poco después apareció La noche de Tlatelolco, de Elena Poniatowska, una larga crónica de la matanza de la Plaza de las Tres Culturas (en la década siguiente les seguiría en la misma línea política, entre otros títulos importantes, Las tribulaciones de Jonás, de Edgardo Rodríguez Juliá). En paralelo, con la voluntad de vincular la historia negra de Europa con la del Cono Sur, Edgardo Cozarinsky configuró en los setenta y difundió en las décadas siguientes su poética documental, que daría lugar a ensayos o crónicas cinematográficos, rodados en francés, como La guerra de un solo hombre o Fantasmas de Tánger, y a libros anfibios como Vudú urbano o El pase del testigo. Parte importante de la genealogía de la hibridación documental contemporánea, que no puede ser reducida a una cronología y que es internacional. Parte de una red con otros muchos nodos rotundos, como el polaco Ryszard Kapuscinski, los italianos Oriana Fallaci y Alberto Cavallari y Leonardo Scascia, el español Juan Goytisolo, la rusa Anna Politkóvskaya, el japonés Honda Katsuichi, la palestina Amira Hass o el norteamericano Michael Herr. Una red que conecta los textos con las fotografías, los guiones con las películas documentales: Chris Marker, Sebastião Salgado, Martin Scorsese, José Luis Guerín, Isaki

Lacuesta… En fin: el testimonio como parte del arte contemporáneo.

Tal vez los ejemplos paradigmáticos en lengua española del cruce de las lecturas de esas dos décadas de grandes reportajes del norte y del sur de América (digamos: desde Relato de un náufrago hasta Honrarás a tu padre, de Talese), por su gran repercusión tanto en la crítica como en el mercado, sean las tres grandes novelas que Tomás Eloy Martínez publicó desde los setenta hasta los noventa: La pasión según Trelew, La novela de Perón y Santa Evita. Su biografía entre tres países –Argentina, Venezuela y los Estados Unidos– y su dedicación tanto a la creación literaria como a la docencia impulsaron la difusión de esas grandes crónicas en que la ficción es puesta al servicio de la posible verdad histórica. No es casual que la misma cita de París era una fiesta figure como epígrafe en La novela de Perón y en Missing (una investigación), de Alberto Fuguet. Es decir, en un libro de 1985 y en otro de 2009. "Si el lector lo prefiere, puede considerar este libro como una obra de ficción", escribe Hemingway. "Siempre cabe la posibilidad de que un libro de ficción deje caer alguna luz sobre las cosas que antes fueron narradas como hechos." En esa consciente ambivalencia, en las fisuras de lo real y de los géneros que tratan de representarlo, trabaja buena parte de la no ficción de este cambio de siglo. La narrativa de Cozarinsky, Claudio Magris, Predrag Matvejevic, J. M. Le Clézio, Cees Nooteboom, W. G. Sebald, Dubravka Ugrešić o Sergio Chejfec, entre la crónica de viajes, el ensayo cultural y la estructura novelesca, serían ejemplo de ello. En el prólogo a su crónica histórica o ensayo político Anatomía de un instante, Javier Cercas escribe que es "el humilde testimonio de un fracaso: incapaz de inventar lo que sé sobre el 23 de febrero, iluminando con una ficción su realidad, me he resignado a contarlo".

NO ES UN GÉNERO, ES UN DEBATE

Porque la fabulación es uno de nuestros mecanismos psicológicos, hay ficción en la incipiente geografía descriptiva de Heródoto, en el viaje de Marco Polo, en la crónica medieval y renacentista, en la Enciclopedia de la Ilustración: hasta –al menos– el siglo XIX, en la gran mayoría de los textos de no ficción. El periodismo y la ficción moderna se gestan simultáneamente. En los parámetros sociales y políticos del Antiguo Régimen, Cervantes y Shakespeare convivieron con los primeros diarios. Los escritores del XVIII transitaron continuamente entre la ficción y la no ficción, como la mayoría de

quienes los siguieron. El conflicto entre Ficción e Historia, con sus mil metamorfosis (Religión y Ciencia, Utopía y Realidad, Sueño y Vigilia, Mentira y Verdad, Especulación y Demostración), es el más apasionante de todos los que constituyen, como una tensión vibrátil y dinámica, al ser humano. La no ficción es incapaz de resolver ese problema irresoluble, pero lo congela provisionalmente, lo pone en cuarentena. Le da la vuelta. Los ejércitos de la noche, de Norman Mailer, tiene dos partes: la primera se titula "La Historia como una Novela" y la segunda, "La Novela como Historia".

Balzac, Dickens o Zola salen a la calle de la democracia incipiente con un cuaderno en el bolsillo, para anotar lo que ven y lo que escuchan en el mercado o en los bajos fondos. La retórica de la investigación, en la época del positivismo científico, es explícita en los textos reflexivos del realismo y del naturalismo. Las grandes novelas sobre la realidad van a seguir métodos de composición parecidos a los de la investigación periodística. Lo real es un laboratorio tanto para la literatura de ficción como para el periodismo. Desde finales del siglo XIX, en ningún ámbito de representación encontramos certezas incuestionables sobre qué es la realidad ni sobre cómo hay que representarla. Se podría decir que en cada poética se definen las claves de esa representación. Tanto James Joyce como Pablo Picasso o Paul Celan fueron realistas a su manera. En periodismo, el caso extremo es Die Fackel, un diario o revista que, después de una década publicando a algunos de los mejores intelectuales alemanes, se dedicó a partir de 1911 a dar a conocer exclusivamente los textos de su director e ideólogo, Karl Kraus. La publicación entera se convirtió en su poética satírica y realista.

Pese a su formulación europea, el periodismo moderno tuvo siempre vocación americana. La cooperativa sin ánimo de lucro Associated Press se fundó en 1846, pero no fue sino hasta finales de siglo cuando Melville Stone vinculó la agencia con los ideales de imparcialidad y de integridad que, en la práctica, supusieron la defensa del concepto de objetividad (solo la ausencia de una voz subjetiva aseguraba que la noticia fuera comprendida por un lector de cualquier punto de los Estados Unidos). Para entonces, Charles Danah, el director de The Sun, y Joseph Pulitzer, fundador de World, sentaron desde sus redacciones respectivas las bases de un periodismo de investigación con conciencia de autoría y con voluntad de seducción. Las crónicas de Nellie Bly, que después se reunirían en Diez días en un manicomio o en La vuelta al mundo en 72 días, son escritas en ese nuevo panorama. También Darío, Martí o Manuel Gutiérrez Nájera participan de esa nueva forma de narrar la realidad. La misma que años después, adaptada a cada contexto particular y según las

convicciones éticas y estéticas de cada cual, practicarán Corpus Varga, George Orwell, Joseph Roth, Ernest Hemingway o Josep Pla: las ciudades, los países, los viajes, el pasado, las guerras pueden ser narrados mediante el retrato de lo mínimo, de lo cotidiano, con un estilo literario absolutamente personal. Se puede ser, a un mismo tiempo, extremadamente literario y extremadamente popular.

La poética propia –las herramientas con que uno plasma su mirada– tiene que esforzarse para mantener a raya la tentación ficcional. La mayoría de los grandes cronistas son también grandes novelistas. Todas las novelas son –de un modo u otro– autobiográficas y están basadas en hechos reales. Lo natural es el trasvase entre vasos comunicantes. Por poner un ejemplo entre mil, el realismo mágico se entromete en una de las crónicas que firmó García Márquez sobre Fidel Castro. Sus llegadas son "improbables como la lluvia"; posee una "visión totalizadora"; "el mismo poder estaba sometido a los azares de su errancia"; su coche era un Oldsmobile "prehistórico"; el embargo estadounidense es "una tormenta incesante"; un viaje en avión se convierte en una "circunstancia extrema"; sus cóleras eran "homéricas"; y merendaba "dieciocho bolas de helado". La hipérbole, por supuesto, tiene tanto que ver con lo realmaravilloso como con la admiración que despierta el mandatario en su cronista. Ese problema no se inscribe solo en la discusión entre Ficción y No Ficción, sino también en el debate sobre la objetividad, el compromiso político y, más lejos en el tiempo, el de la relación del Intelectual con el Poder. Es cuento viejo, pero no por eso hay que ignorarlo, sino todo lo contrario: hay que volverlo a pensar, una vez más. Insistir, todavía. Por ejemplo, contraponiendo el texto de García Márquez con "Cenando con Nietzsche y Fidel el 12 de enero de 2000", de Edgardo Rodríguez Juliá, escrito varias décadas más tarde: "De pronto apareció Fidel. Francamente, lo encontré menos alto de lo que pensaba y un poco encorvado; es el tío que uno dejó de ver por mucho tiempo". Como escribió Tomás Eloy Martínez: "De todas las vocaciones del hombre, el periodismo es aquella en la que hay menos lugar para las verdades absolutas".

A juzgar por la confusión de las palabras que se vinculan con el documental, el testimonio, la crónica, no estamos ante un género, sino ante un debate. Las palabras nos confunden. En España, un reportaje es una crónica, mientras que en algunos lugares de América Latina es una entrevista. Perfil. Retrato. Semblanza. Estampa. Cuadro de costumbres. Aguafuerte. Las palabras nos hacen un poco más libres, por eso tantos cronistas han inventado las suyas para definir su trabajo: "Según una de las acepciones que el diccionario otorga al término, el mostrenco es 'aquel sujeto que no tiene casa, ni hogar, ni

señor, ni amo conocido'", escribe Jordi Costa. "Ser un mostrenco, por tanto, se parece bastante a ser un hombre libre". Impresiones. Apuntes. Instantáneas. Polaroids. Los artistas bolcheviques de vanguardia concibieron el concepto factografía para denominar a ciertas estrategias artísticas que, con un claro objetivo revolucionario, recurrían al collage, al fotomontaje o al cine para construir artefactos narrativos vinculados con lo real. La información siempre ha sido contrarrestada por la contrainformación. Consciente de ello, hace décadas que Guillem Martínez escribe textos que son al mismo tiempo relatos de los hechos, opiniones irónicas y construcciones de una teoría sobre la Barcelona rebelde y sobre la Cultura de la Transición (española). La crónica como antídoto. Alternativa a los relatos sociales y políticos. Experimento en libertad. Ensayo narrativo. Faction. Periodismo narrativo o literario. Ficción verdadera. Relato real. Llamémosle: crónica.

La crónica, afirma Monsiváis, es "literatura bajo la prisa". Juan Villoro versiona la definición de su maestro: "es literatura bajo presión". Y añade: es el ornitorrinco de la prosa, porque "de la novela extrae la condición subjetiva, la capacidad de narrar desde el mundo de los personajes y crear una ilusión de vida para situar al lector en el centro de los hechos; del reportaje, los datos inmodificables; del cuento, el sentido dramático en espacio corto y la sugerencia de que la realidad ocurre para contar un relato deliberado, con un final que lo justifica; de la entrevista, los diálogos; y del teatro moderno, la forma de montarlos; del teatro grecolatino, la polifonía de testigos, los parlamentos entendidos como debate: la 'voz de proscenio', como la llama Wolfe, versión narrativa de la opinión pública cuyo antecedente fue el coro griego; del ensayo, la posibilidad de argumentar y conectar saberes dispersos; de la autobiografía, el tono memorioso y la reelaboración en primera persona". El mejor ejemplo de ese carácter polimorfo de la crónica nos lo brinda el propio Villoro: en "El rey duerme. Crónica hacia Hamlet" (incluida en De eso se trata) encontramos autobiografía (el semestre de 1993 que pasó como profesor en Yale), perfil (de Harold Bloom), dramaturgia (los monólogos del autor de El canon occidental), crítica literaria (la obra de Shakespeare, sus traducciones al español, su rastro en Borges) y transcripciones de los cuadernos de notas que utilizó durante aquellos meses y que perdió después. El texto es brillante y concluye así: "Como el rey Hamlet, el cuaderno durmió una larga siesta. Volvió a mis manos justo cuando encontré el cuaderno de apuntes. Uno había servido a las leyes del oído. El segundo, como el célebre fantasma, reclamaba otras palabras".

Cada crónica es, por tanto, un debate que solo transcribe datos

inmodificables y que reclama otras palabras. Un debate inclusivo con los géneros y las formas textuales de cada momento histórico. Un debate que comienza en la propia palabra "crónica". Un debate largo, habitual, inveterado, que viene de tiempo atrás: crónico.

EL MUNDO NUEVO

En su célebre discurso "El mejor oficio del mundo", García Márquez comienza evocando los grupos de periodistas que andaban siempre juntos, de café en café, y que solo conversaban sobre el oficio que los unía. Ese tipo de comunidades puede rastrearse en la literatura desde su esplendor a finales del siglo XIX (digamos: los cuentos de Mark Twain) hasta su decadencia en nuestros días (digamos: la quinta temporada de The Wire). La mística de las entrevistas a los testigos, de los encuentros con los informantes en garajes desalmados, del reporterismo bajo la lluvia, de la neblinosa redacción del diario, del cronista con el cigarrillo en los labios y la botella de whisky sobre la mesa recorre la historia del cine, a medio camino entre las figuraciones de la bohemia artística y las representaciones de los detectives privados.

Los nuevos patrones económicos mundiales y la irrupción de internet en los circuitos de la información global han puesto en crisis ese tipo de comunidades. Si muchos cronistas clásicos se formaron en las redacciones de los diarios de su época, la gran mayoría de los actuales han sido freelance desde sus inicios. La proliferación de talleres de periodismo narrativo y de facultades de comunicación ha convertido la docencia en una opción laboral (y en una buena oportunidad para reflexionar sobre el oficio). Instituciones como la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano han promovido los cursos y los encuentros, porque la disolución de ciertas comunidades siempre implica la creación de otras, y la tendencia global es de multiplicación de programas de estudio, presenciales y virtuales, de ciencias de la información.

Si las crónicas íntimas y esenciales de Jaime Bedoya, Eduardo Jordá, Manuel Vicent o Antonio Cisneros no pueden entenderse sin el número de caracteres que les otorgan las revistas o diarios donde las publican, las obras documentales de nuestra época tampoco van a poder desligarse fácilmente de sus nuevos medios de difusión: revistas digitales, blogs, páginas de descargas. El espacio que la crónica

hispanoamericana perdió en los diarios ha pervivido, parcialmente, en revistas de periodismo narrativo y de información y crítica cultural. La revista barcelonesa Lateral, desde su nacimiento en 1994 hasta su desaparición en 2006, dedicó las páginas de "Sin ficción" y algunos números especiales a la publicación de crónicas. También hay lugar para ellas en otras revistas culturales de carácter misceláneo, como la colombiana El Malpensante, fundada en 1996, y la mexicana Letras Libres, creada tres años más tarde. En ambas existe todavía cierto anclaje hacia una redacción que se inserta en un contexto de debate nacional. Poco después, el lugar simbólico que ocupaban las redacciones de diarios, como espacios de diálogo y de creación de comunidad, empezó a ser representado por redes inmateriales. La importancia, por ejemplo, en la primera década del siglo XXI, de dos revistas prácticamente consagradas al periodismo narrativo, como la colombiana (y mexicana y argentina) Gatopardo y la peruana Etiqueta Negra, radica justamente en la deslocalización de su círculo de colaboradores. Es decir: la sede física es mucho menos importante que la trama cosmopolita y nómada de sus cómplices.

En las cinco publicaciones mencionadas en el párrafo anterior la página web ha ido deviniendo con el tiempo fundamental en su vocación de discutir la realidad hispanoamericana. A diferencia de la edición en papel, la digital no conoce límite de caracteres. Por eso al panorama de esas revistas, y de otras como la venezolana Marcapasos, la boliviana Pie Izquierdo, la chilena Qué Tal o la hispanoargentina Orsai, se han sumado con fuerza otras publicaciones que solo existen en la red. Tal vez los casos más significativos son los de las revistas digitales Periodismo Humano, FronteraD y Prodavinci, cuyas sedes se encuentran en España y en Venezuela, respectivamente, aunque su lectura se produzca, fuera de contexto, en el ciberespacio; y el diario Elfaro.net, que se ha convertido en el principal foco de periodismo de investigación en América Central. El año pasado uno de sus impulsores, Carlos Dada, publicó en él la crónica "Así matamos a monseñor Romero", tras cinco años de investigación sobre los autores del magnicidio. Es decir, prefirió para la primicia internet al papel.

Si en esas publicaciones encontramos la reactualización de una larga estela de medios impresos que fomentaron la investigación periodística de ambición literaria, cabe preguntarse qué pervive de las grandes escuelas del siglo XX en las crónicas que esos medios publican. Yo diría que el modernismo sobrevive en la crónica hispanoamericana actual como una herencia cosmopolita, musical y poética; mientras que del Nuevo Periodismo Americano sobre todo podemos observar la ausencia de complejos respecto a la estructura y la técnica de los textos sin ficción. Hace cerca de cien años, América

Latina era un proyecto en construcción, una modernidad periférica pero poderosa (Buenos Aires tuvo red de metro antes que Madrid y Barcelona). Y así lo entendieron sus escritores más ambiciosos, que no dudaron en abanderar un programa de renovación de la prosa y el verso en nuestra lengua. A mediados del siglo pasado, Prensa Nueva significó otra suerte de renovación: la literatura a través del comunismo cubano. Masetti, que vinculó desde el principio la agencia con el espíritu de José Martí, incluso habló de "revolución periodística en Latinoamérica". Su manual de estilo defendía el periodismo objetivo, pero no imparcial. El guerrillero guevarista Jorge Ricardo Masetti, también conocido como Comandante Segundo, se internó el 21 de abril de 1964 en la selva de Salta y desapareció para siempre. En 1977 su colega Rodolfo Walsh, oficial montonero, fue acribillado por la policía de la dictadura argentina y su cuerpo fue mostrado a los secuestrados en la Escuela de Mecánica de la Armada. El final del franquismo coincidió con la llegada de las dictaduras militares de Argentina, Uruguay, Guatemala, Honduras, El Salvador o Chile, apoyadas por los Estados Unidos. Mientras que la posmodernidad estética, por tanto, se relacionó en España con la incipiente democracia, coincidió en América Latina con la necesidad de un intenso compromiso político con la resistencia. Mientras Pinochet estuvo en el poder, Lemebel fue artista y performer y activista: solo cuando terminó la dictadura inició su vida de cronista. La herencia del modernismo y del Nuevo Periodismo americano, por tanto, es asumida en un contexto convulso, entre el duelo por los desaparecidos y la irrupción del neoliberalismo, entre la muerte de la revolución y el nuevo imaginario global, entre el fin de la Ciudad Letrada y la transformación de Buenos Aires, Lima, Caracas o México D. F. en megalópolis difusas. Una posmodernidad herida.

En Guardianes de la memoria, Álvaro Colomer retrató ciudades europeas que simbolizan el trauma moderno: desde Auschwitz hasta Chernóbil. Ciudad Juárez se ha convertido, en nuestro cambio de siglo, en el epicentro simbólico y urbano de una nueva herida, que continúa abierta. La violencia híbrida de ciudad y desierto. Las instituciones incapaces de controlarla, juzgarla, detenerla. Judith Torrea, Sergio González Rodríguez, Alfonso Armada o Fabrizio Mejía Madrid, entre muchos otros cronistas, han retratado y denunciado el horror de la frontera de México con los Estados Unidos, centrándose en ese topónimo que Roberto Bolaño bautizó como "Santa Teresa", porque el deber del periodista sigue siendo el de narrar las realidades candentes e incómodas. Pero la frontera se extiende, desde Tijuana hasta el Golfo de México, y se expande, atravesando países del sur y estados del norte, como una franja vasta y movediza. Mientras que

desde el sur periodistas como Óscar Martínez, en Los migrantes que no importan, relatan el viaje de jóvenes centroamericanos hacia los Estados Unidos, desde el norte autores hispanoamericanos como Francisco Goldman, Alma Guillermoprieto o Daniel Alarcón escriben en inglés historias que se ubican entre dos sistemas culturales y económicos que se retroalimentan, en tensión perpetua. Pero el Norte y el Sur no son categorías estables, sino parámetros en constante revisión: la mirada de cada cronista instaura sus propios puntos cardinales.

"Me parece que estamos viviendo un valioso momento de estabilidad", escribía Roberto Merino a finales de los noventa: "No se me ocurre que exista alguien dispuesto a trocar la mediocridad de nuestros días por pasajes más interesantes de la historia de Chile. ¿El odio de 1891, los levantamientos de 1905, la incertidumbre de 1932, la pelotera de 1973, el marasmo de los años posteriores?". El cronista urbano de una Santiago de Chile monstruosa y desmedida apunta con ironía hacia este cambio de siglo que, sin ninguna dictadura de facto y con cierta bonanza económica y política en algunos de sus países, es una de las mejores épocas de la historia de América Latina y de España. Aunque en muchos títulos encontremos la insistencia en lo nacional (Dios es peruano, de Daniel Titinger, El sueño argentino, de Tomás Eloy Martínez) y muchos cronistas notables se hayan especializado en narrar la realidad de sus países (los libros de Arcadi Espada insisten una y otra vez en lo español, Juanita León tituló su libro sobre el narcotráfico en Colombia País de plomo. Crónicas de guerra), se mantienen vivos el interés metropolitano y el impulso extraterritorial de los bisabuelos modernistas. El Miami del mestizaje hispano y la Nueva York de Wall Street han protagonizado los dos libros que, hasta la fecha, ha publicado Hernán Iglesias Illa, corresponsal freelance de varias revistas y diarios hispanoamericanos desde Brooklyn. Juan Pablo Meneses habla de periodismo portátil para definir su práctica profesional adicta a los hoteles (no en vano es el autor de Hotel España, fruto de haberse alojado durante décadas en hoteles con ese nombre de ciudades de toda América Latina). Como un ejemplo más de su perpetua dislocación espacial, en el texto "La guerra en Estambul" relató el conflicto entre la relación de pareja y la vocación del periodista, entre el turismo y la historia, narrando los atentados del 11-S a través del televisor de una habitación de hotel de una ciudad islámica. Maye Primera vive en Haití y narra en primera persona los meses que siguen sucediendo al huracán, cuando los corresponsales extranjeros ya volvieron a casa. Tanto Juan Gabriel Vásquez, que ha escrito crónicas sobre París o sobre la India, como Rodrigo Fresán, constante cronista cultural tanto en Argentina como

en Europa, residen en Barcelona y en ella escriben sus novelas.

El viaje y la poesía coinciden explícitamente en la obra de Caparrós, el más inquieto de los cronistas de este cambio de siglo, en cuyas rítmicas páginas abundan los endecasílabos. Publicadas en 1992, las crónicas de Larga distancia, inyectaron una ambición global al periodismo narrativo en nuestra lengua. Una ambición que no ha cesado en la obra posterior de Caparrós, constante reformulación del inconcreto género de la vuelta al mundo. En Una luna los versos, entreverados con la prosa ("La luna casi llena, cielo otra vez del sur: estoy llegando"), se relacionan con la voluntad de condensar, de alcanzar la esencia de la crónica. En la época de los buscadores de información, el libro de viajes ya no puede ser enciclopédico. Se suceden las elipsis. Los países son minimizados: la entrevista a uno de sus habitantes y el diario fragmentario de las percepciones y reflexiones del viajero condensan un estado y un momento histórico. También los escritos de Guerriero hablan por lo general de desplazamientos en el espacio que poseen su propia música: mediante la sintaxis, la puntuación, el énfasis o el ritornello las palabras sintonizan con el espacio que intentan representar. En Los suicidas del fin del mundo las palabras van y vienen como el inclemente viento de la Patagonia. En Nueve lunas, de Gabriela Wiener, se reproducen poemas de la propia escritora, contrapunto lírico a la dureza del relato, otro modo –complementario– de acceder a su intimidad. Pero no hay duda de que ha sido Pedro Lemebel el cronista que más ha experimentado con la sonoridad y con la plasticidad del lenguaje, hasta el punto de crear un nuevo modo –barroco, neologista, desenfadado y crítico– de retratar el mundo en derredor: "Atavío de hemorragia la maja cola menstrúa el ruedo, herida de muerte muge gorgojos y carmines pidiendo tregua, suplicando un impás, un intermedio, para retomar borracha la punzada que la danza".

A excepción del ya mencionado Missing (una investigación), de Fuguet, de El Interior, de Caparrós, y de contados libros más, donde se hace explícita la voluntad de experimentación con las formas para sintonizar con los espacios y las voces con que el cronista se va cruzando, en un repertorio de estrategias que va del diario personal al monólogo en verso, la herencia del Nuevo Periodismo americano es más bien implícita en las crónicas extensas de este cambio de siglo. Es decir, el texto asume como naturales ciertos modos de relato, pero no los enfatiza, no los evidencia como herencia experimental. Pienso en títulos también importantes como Raval. Del amor a los niños, de Arcadi Espada, Huesos en el desierto, de Sergio González Rodríguez, La Habana en un espejo, de Alma Guillermoprieto, El olvido que seremos, de Héctor Abad Faciolince, o El oro y la oscuridad. La vida

gloriosa y trágica de Kid Pambelé, de Alberto Salcedo Ramos. Aunque muy distintas entre sí, se trata de crónicas ambiciosas, extensas, con un alto grado de investigación, cercanas al ensayo y en muchos casos a la autobiografía, que no parecen responder al imperativo de innovación que defendieron los bisabuelos modernistas y los abuelos del Nuevo Periodismo americano.

MUNDO FREAK

La búsqueda de lo nuevo, en el espacio del texto, dialoga sin duda con la persecución de la novedad, en el espacio de lo real. Como el paparazzo, el cronista tiene que estar alerta para captar la historia y a su protagonista cuando le sean revelados, que por lo general ocurre en el momento más inesperado. El personaje fuera de contexto es un leitmotiv recurrente en la historia de la no ficción. Julio Villanueva Chang, por ejemplo, se encontró de pronto con Werner Herzog en la redacción del diario El Comercio de Lima y pudo hacerle las preguntas necesarias para nutrir un perfil. Porque el cineasta poseía una historia: estaba documentándose sobre Juliane Koepcke, la única superviviente de un accidente aéreo en la selva peruana. Herzog tendría que haber viajado en el mismo avión, pero el azar hizo que se quedara en la lista de espera. El periodista narrativo es proclive a buscar lo estrambótico, lo periférico, lo extraño, encarnados en una única persona (si se trata de un perfil) o de una tendencia o grupo humano (si es una historia). Lima freak es el título de un libro de perfiles de Juan Manuel Robles y Buenos Aires Bizarro, una suerte de antiguía urbana de Daniel Riera, parte de una colección que aplicó el adjetivo “bizarra” a ciudades contemporáneas como Santiago de Chile, Bogotá y Lima. A veces hay que viajar lejos para encontrar lo raro. Toño Angulo Daneri se desplazó hasta Aicuña, un remoto pueblo argentino, para escribir sobre su elevado índice de albinos. El colombiano Salcedo Ramos retrató en el Caribe a “El bufón de los velorios”, un curioso personaje que ameniza los funerales contando chistes. La lista podría continuar. Como todo el libro Vida mostrenca, de Jordi Costa, se trata de reactualizaciones informativas del freak show, un espectáculo circense que no se entendía sin la itinerancia, sin el viaje que favorece los encuentros con lo extraordinario (también Una España inesperada, de Gabi Martínez, en la estela de David Foster Wallace, admite semejante lectura). Una de las crónicas que componen el libro de Costa, “Fitzcarraldo en la meseta”, cuenta la historia de cómo el Azor, el barco de Franco, acabó varado en Castilla y convertido en un

pintoresco restaurante y museo. El cronista se sirve de la película de Werner Herzog como de una elocuente metáfora para hablar de las más disparatadas y no obstante heroicas empresas humanas: no en vano el diario peruano del cineasta lleva por título Conquista de lo inútil.

Pero el propio cronista puede representar la diferencia. Ser él mismo el bizarro, el freak. Esa operación, autoconsciente, convierte a Lemebel en un caso particular en la historia de la crónica (que, insisto por última vez, es la historia de la memoria). Su voz masculina y femenina –y la figura travestida que esa voz construye– se puede ver como la antítesis de la que Hemingway, uno de los periodistas narrativos que más hincapié hicieron en su condición masculina, puso en la escena de sus libros de no ficción. La política se encarna en un cuerpo incómodo, que deviene verborrea crítica, retórica que denuncia, texto. Porque en este cambio de siglo el cuerpo humano, los géneros líquidos y la sexualidad se han convertido en auténticas obsesiones para los cronistas. "En familia", de María Moreno, narra un viaje a Marruecos a través de la presencia de una turista joven que, a causa de su insuficiencia intelectual, pone en jaque constantemente las convenciones árabes acerca del cuerpo femenino. Moreno es autora de otro texto impecable sobre sadomasoquismo. El interés por la pornografía se evidencia en libros de David Barba o Cicco. El sexo nos convierte en sujetos y en objetos, en mirones y en protagonistas: la naturalidad de su práctica hace que el cronista, por lo común observador, sea también protagonista, normal y raro a un mismo tiempo, consumidor freak, testimonio de un mundo nuevo.

"Yo era una freak (pero me operé)", se titula una de las crónicas de Sexografías, de Wiener. En la tradición de Magda Donato, de Bly, de Wallraff o de teóricas del posfeminismo como Beatriz Preciado, la cronista de origen peruano implica su cuerpo y su biografía al experimentar con la poligamia, el intercambio de parejas, la dominación, la donación de óvulos o la ayahuasca. También Leonardo Faccio convierte su propio cuerpo en laboratorio para narrar la experiencia de los inmigrantes latinoamericanos que se someten a pruebas farmacológicas, en la crónica "El humanitario negocio de vender tu cuerpo para la ciencia", que se publicó en Etiqueta Negra como lo hicieron la mayor parte de los textos de Sexografias. Wiener ha calificado su propio trabajo como "kamikaze", adjetivo que hay que entender en su acepción más política, porque no hay en él la tendencia a la ficcionalización (psicodélica) que encontramos en Hunter S. Thompson y su gonzo journalism. Robert Juan-Cantavella, que en El dorado forjó la expresión punk journalism para referirse a su propio proyecto de narrar la Valencia de la corrupción política y

urbanística mediante un periodismo gamberro y fabulador, ha recordado en distintas ocasiones que el periodismo gonzo nace y muere con el autor de Miedo y asco en Las Vegas. Por eso no es de extrañar que la mejor reencarnación de Thompson sea un personaje ficticio: Spider Jerusalem, el periodista cyberpunk que protagoniza la novela gráfica Transmetropolitan, de Warren Ellis y Darick Robertson.

Para Jerusalem la verdad sigue existiendo y la tecnología es el mejor aliado para su descubrimiento y para su difusión. Los políticos son desenmascarados gracias a que el periodista va armado con un disruptor intestinal que les provoca diarreas. Las pantallas permiten observar simultáneamente decenas de sucesos y encontrar el hilo conductor que los une y les da sentido. En la hipérbole cyberpunk, las viñetas retratan la investigación, la duda, los conflictos, la aventura, la escritura obsesiva y, en fin, la posibilidad de contar con nuevas fórmulas una realidad esquiva. En su figura de ficción hay rastros de cada uno de los cronistas de nuestro presente y sus posibles mutaciones futuras: los cambios se suceden y el periodista se adapta a ellos, persiste, insiste, porque cada época reclama sus investigadores, sus intérpretes y la nuestra no es una excepción.

Barcelona - Castellammare di Stabia, mayo - junio de 2011

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

Adams, Percy G., Travel Literature and the Evolution of the Novel, The University Press of Kentucky, Lexington, 1983.

Asturias, Miguel Ángel, Viajes, ensayos y fantasías, Losada, Buenos Aires, 1981.

Bly, Nellie, Diez días en un manicomio, trad. de David Cruz, Ediciones Gluck, Barcelona, 2009.

____, La vuelta al mundo en 72 días, trad. de Rosa M. Salleras, Ediciones Gluck, Barcelona, 2010.

Carpentier, Alejo, El reino de este mundo (1949), Alianza, Madrid, 2003.

____, Obras completas: ensayos, Siglo XXI Editores, México, 1990.

Chiappe, Doménico, Tan real como la ficción. Herramientas narrativas en periodismo, Laertes, Barcelona, 2003.

Chillón, Albert, Literatura y periodismo. Una tradición de relaciones promiscuas, Servei de Publicacions de la Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra, 1999.

Colombi, Beatriz, Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina, Beatriz Viterbo, Rosario, 2004.

Defoe, Daniel, Diario del año de la peste (1665), trad. de Pablo Grosschmid, Madrid, Impedimenta, 2010.

____, Robinson Crusoe (1719), trad. de Julio Cortázar, Debolsillo, Barcelona, 2005.

____, Moll Flanders (1722), trad. de Carlos Pujol, Planeta, Barcelona, 1978.

____, A tour thro' the Whole Island of Great Britain (1724-1726), Yale University Press, 1991.

Domínguez Michael, Christopher, Antología de la narrativa mexicana del siglo XX (2 vols.), Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 1989.

Ellis, Warren, y Darick Robertson, Transmetropolitan (1997-2002), Planeta de Agostini, Barcelona, 2006-2009.

García Márquez, Gabriel, Relato de un náufrago (1955 y 1970), Mondadori, Barcelona, 1994.

____, Cien años de soledad (1967), ed. de Jacques Joset, Cátedra, Madrid, 1996.

____, Yo no vengo a decir un discurso, Mondadori, Barcelona, 2010.

Gutiérrez Solana, La España negra (1920), ed. de Andrés Trapiello, La Veleta, Granada, 1999.

Hatzfeld, Jean, Una temporada de machetes (2003), trad. de María Teresa Gallego Urrutia, Anagrama, Barcelona, 2004.

Hemingway, Ernest, París era una fiesta (1964), trad. de Gabriel Ferrater, Debolsillo, Barcelona, 2005.

Herrsher, Roberto, Periodismo narrativo. Manual para contar la realidad, ed. de Constanza López, RIL Editores / Universidad Finis Terrae, Santiago de Chile, 2009.

Herzog, Werner, Conquista de lo inútil, trad. de Juan Carlos Silvi, Blackie Books, Barcelona, 2010.

Kraus, Karl, La Antorcha, trad. de Adan Kovacsics, El Acantilado, Barcelona, 2011.

Mailer, Norman, Los ejércitos de la noche (1968), trad. de Jesús Zulaika, Anagrama, Barcelona, 1989.

____, América (1998), trad. de Marco Aurelio Galmarini, Anagrama, Barcelona, 2005.

Morris, Jan, Venecia (1960), trad. de Concha Cardeñoso, Península, Barcelona, 2002.

Pulitzer, Joseph, Sobre el periodismo, trad. de Lucía Alaejos, Gallo Nero Ediciones, Madrid, 2011.

Prieto, Adolfo, en Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1996.

Río, Víctor del, Factografía. Vanguardia y comunicación de masas,

Abada, Madrid, 2009.

Rodríguez Rodríguez, Jorge Miguel, y María Angulo Egea (eds.), Periodismo literario. Naturaleza, antecedentes, paradigmas y perspectivas, Fragua, Madrid, 2010.

Rotker, Susana, La invención de la crónica, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 2005.

Sarmiento, Domingo Faustino, Facundo o Civilización y barbarie (1845), ed. de Roberto Yahni, Cátedra, Madrid, 2003.

Talese, Gay, Honrarás a tu padre (1971), trad. de Patricia Torres Londoño, Alfaguara, Madrid, 2011.

Thompson, Hunter S., Los Ángeles del Infierno. Una extraña y terrible saga (1966), trad. de J. M. Álvarez Flórez y Ángela Pérez, Anagrama, Barcelona, 2009.

____, Miedo y asco en Las Vegas (1971), trad. de J. M. Álvarez Flórez y Ángela Pérez, Anagrama, Barcelona, 1987.

Varanini, Francesco, Viaje literario por América Latina, trad. de Attilio Pentinalli, Acantilado, Barcelona, 2000.

Wallraff, Günter, Cabeza de turco. Abajo del todo (1985), trad. de Pablo Sorozábal, Anagrama, Barcelona, 1987.

Walsh, Rodolfo, Operación masacre (1958), Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 2002.

____, ¿Quién mató a Rosendo? (1969), Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1997.

Weller, George, Nagasaki. Las crónicas destruidas por MacArthur (2006), trad. de Enrique Herrando, Crítica, Barcelona, 2007.

ARENAS DE JAPÓN

Juan Villoro

Los aeropuertos carecen de carácter definido, cumplen funciones provisionales, huelen de modo artificial, aceleran los nervios y las pisadas. Estos defectos son sus virtudes. Solo bajo esas bóvedas de cristal y aluminio resulta placentero que exista una arquitectura de ninguna parte.

La simbología de una terminal aérea es neutra, comprensible de un modo genérico. Una gramática para nómadas, sin adverbios ni adjetivos. ¿Es posible vivir ahí como un paria de la globalización, alguien ubicable y al mismo tiempo deslocalizado?

Esta fantasía se concretó en la Ciudad de México. Cuando tomé el avión a Tokio un japonés llevaba un año viviendo en el aeropuerto Benito Juárez. Ya era un icono semifamoso. La gente se retrataba con él, pero se ponía a su lado con cautela, por temor a que oliera mal, contagiara algo o estuviera loco y dispuesto a morder una oreja. El japonés del aeropuerto se había convertido en una mascota salvaje, como un hurón, que no pertenece del todo a la vida doméstica ni a un zoológico. De hecho, tenía pelo de hurón.

En marzo de 2009 viajé al país que Roland Barthes describió como "el imperio de los signos", un territorio de mensajes elaboradamente ajenos. Mientras tanto, en mi país, un japonés hacía la operación contraria: vivía en el aeropuerto, la tierra de nadie donde todo se comprende.

Cuando el avión de JAL despegó, los pasajeros estornudaron, como si participaran en un ritual de despedida.

Japón es el país de las alergias. Una de cada tres personas lleva cubreboca para protegerse del polen. Se dice que, al cabo de cinco años de vivir ahí, un extranjero puede volverse alérgico. Los estornudos son una seña de naturalización.

Al llegar a Tokio no le di mayor importancia al disciplinado uso de los cubrebocas. El armonioso exotismo de Japón tiene un efecto

tranquilizador: todo está bien sin que entiendas nada. Rodeado de ideogramas, recorres un entorno altamente operativo. La única pieza desajustada eres tú.

El taxista japonés es un experto que cambia a diario sus guantes blancos y domina un banco de datos.

El conductor que pasó por mí al aeropuerto de Narita me informó que había un accidente en nuestra ruta. Aconsejó tener paciencia (todo esto a través de una intérprete cuyo nombre acreditaba su semblante: Rie). Pensé que tendría mi primer contacto con el Japón de Godzilla, pero el contratiempo fue decepcionante. Un coche había rozado a otro y ambos aguardaban a los inspectores del seguro. Esto frenaba un poco el tráfico. Fue mi estreno ante el gusto japonés por las minucias.

El tráfico se estudia con la misma sutileza que el follaje. No hay otra isla con tan afanosos desplazamientos. Todos son tumultuosos y todos funcionan. La "hora pico" existe, pero es una variante apenas perceptible de la norma, un trastorno que solo altera a los microespecialistas, es decir, a todos los japoneses, capaces de distinguir si un té se prepara a 70 o 75 grados.

El contacto con tantos peritos del volante me permitió disfrutar la incompetencia de un taxista. Le pedí que fuéramos al Teatro Noh. Contra toda expectativa, se dirigió a la rampa de emergencias de un hospital. "Es tranquilizador que un taxista japonés se equivoque", le dije a la intérprete que me acompañaba. "Ya lo reporté a su compañía", respondió ella: "es terrible lo que hizo."

Los taxistas mexicanos y españoles son expertos en negatividad: todo está mal y pronto estará peor. Informan de desfalcos, fraudes y rapiñas. Sus diagnósticos son deprimentes, pero resultan más llevaderos que sus soluciones. Tomar un taxi en Madrid o el D. F. puede ser una oportunidad de oír una defensa de la pena de muerte. Los taxistas japoneses prefieren hablar de historia. Describen las costumbres de los shogunes como si hubiesen pertenecido a su corte. Uno de ellos llevaba en su teléfono móvil una foto del Templo del Pabellón Dorado antes de que se incendiara. Si acaso se refieren a la política, lo hacen para insistir en que los japoneses son apolíticos. El sesenta por ciento de los votantes no se presenta a las urnas. Las pasiones nacionales son el béisbol, el sumo y el bienestar económico.

Por lo general, las primeras palabras que se aprenden en una lengua extranjera son insultos. En Japón aprendí formas de cortesía. Mi idioma de emergencia me facultaba para desesperarme con buena educación.

No encontré un taxista que tuviera mal carácter. El coche es tan educado como el piloto: su puerta se abre y se cierra sola.

Los masajes y la meditación relajan al japonés, pero su mejor método para alcanzar la calma espiritual consiste en no dejar propina. Durante quince días fui ajeno a la disyuntiva de ser mezquino o excesivo.

En cambio, fue angustioso no llevar tarjeta de presentación. Mi nombre y mi destino caían en el vacío. El ritual de intercambiar tarjetas es la versión moderna de la ceremonia del té.

A falta de credenciales, me presenté a partir de los vínculos de mi familia con la televisión japonesa. Crecí viendo Astroboy, mi esposa creyó ser Señorita Cometa, mi hijo perteneció a la tribu de los Pokémon y mi hija al reino de Doraemon. Fue como enlistar signos del Zodiaco. Mis parientes se volvieron comprensibles. El método resultó eficaz. A fin de cuentas, ¿qué es un extranjero sino una caricatura?

Al salir del metro en Kami-Igusa, hay una estatua de Gundam, robot que ha destruido todo lo que se puede aniquilar gracias a los efectos especiales del video. La gente le coloca monedas, como a un Buda armado.

En ese barrio de casas bajas están los estudios de Sunrise, compañía que produce al imparable Gundam. Como resulta difícil conseguir locales de gran tamaño, las oficinas y los talleres de producción se reparten en distintos edificios. Ahí trabajan doscientos cincuenta jóvenes de veinte a veinticinco años. No son los artífices de las historias ni los creadores de los diseños. Se limitan a desarrollar las escenas para formatos de DVD o PlayStation. Como en los templos sintoístas, todos están en calcetines. Me dijeron que es para evitar que el polvo de la calle estropee las computadoras, pero en Japón la comodidad solo existe en calcetines.

Durante media hora hablé con Shinichiro Watanabe, director de uno de los proyectos más logrados de Sunrise, la serie Cowboy Bebop.

Su rostro obliga a una comparación demasiado obvia: es idéntico al gato cósmico Doraemon.

Le sorprendió mi comentario sobre la obsesiva redondez de los ojos en el manga y el ánime japonés. Desde un punto de vista iconográfico, Heidi es "japonesa" en la medida en que tiene ojos circulares. "No me había dado cuenta, para mí las caricaturas deben ser así", comentó. Los ojos redondos no son un signo de occidentalización, sino de falsificación, la garantía de que se trata de un ser imaginario.

"Lo más difícil de animar son las pisadas", dijo Watanabe. La verosimilitud de un personaje depende de cómo se mueve. Su centro de gravedad es su alma. Astroboy caminaba con la rigidez de un robot primario. Las criaturas de Watanabe se desplazan como existencialistas en calles de mala muerte. La historia de los dibujos animados es la historia de sus pasos.

Llegué a Japón poco antes de la primavera. Todo mundo hablaba de los cerezos en flor. Los noticieros localizaban árboles que ya habían florecido y las modificaciones del follaje se podían seguir en sitios web.

El tema omnipresente se prestaba para un test de personalidad. Los optimistas veían bastantes flores, los pesimistas casi ninguna.

La naturaleza domina la vida de Japón con poderío simbólico. Incluso los desastres naturales han beneficiado su historia. En dos ocasiones los invasores fueron repelidos por tifones. La palabra kamikaze quiere decir "viento sagrado" y alude a esas tormentas defensivas.

También la cultura es un desprendimiento del paisaje. El haiku sigue un principio botánico: la poesía como instantánea floración. Me encontré en Kioto con Aurelio Asiain, poeta que encontró en Japón el ámbito que le conviene. Fue agregado cultural de México y ahora es profesor en la Universidad de Kansai. El rostro se le ha orientalizado de modo feliz: un shogun de buen humor. En Luna en la hierba, Asiain traduce medio centenar de haikus. Ahí, Fun'ya no Yasuhide compara el indeciso lenguaje del jardín con la insistente retórica del mar:

Cambia el color

de la hierba y los árboles,

pero la flor

de las olas del mar

no conoce el otoño.

Desde José Juan Tablada, la poesía japonesa ha tenido una extraña alianza con la mexicana. Octavio Paz logró escribir poemas propios con versos traídos del Oriente. Su traducción del haiku con el que Fujiwara no Teika ganó el certamen del palacio imperial en 1216 es un ejemplo superior del arte de interiorizar paisajes:

Tarde de plomo.

En la playa te espero

y tú no llegas.

Como el agua hierve

bajo el sol –así ardo.

En el Teatro Noh presencié Ashikari, obra del siglo XV. La trama trata de un largo desencuentro. La acción es lo que no ha pasado. Tanto en el Noh como el Kabuki, los logros son antecedidos por un meritorio esfuerzo. El dolor asumido en plenitud es el prerrequisito del placer. No hay recompensa sin dificultad ni hedonismo que no colinde con el riesgo.

El pez globo, cuyo veneno alcanza para matar a treinta personas, es una sabrosa ruleta rusa. Un cocinero experto retira la vejiga maligna. Lo interesante es que puede fallar.

Según amigos japoneses, la mayoría de los peces globo son de criadero y carecen de peligrosidad. Esto se mantiene en secreto porque el comensal busca la posibilidad de morir.

En la rigurosa jardinería japonesa, los tallos de los crisantemos se tuercen para lograr una belleza artificial. Las plantas no sienten el

dolor: lo representan. Los bonsái y los jardines donde el musgo crece en distintas tonalidades son placeres surgidos de la penuria.

Un pasaje de Ashikari: “Es más difícil cultivar el arte de la poesía que contar todos los granos de la arena. Por eso hay que cultivarlo”. Trabajar un jardín es un grato calvario. Trabajar las palabras representa un reto orgánico mayor: la poesía es la parte más difícil de la naturaleza.

Al final de Ashikari la trama se condensa en una metáfora: “la flor que padeció el invierno en primavera abre sus pétalos”. Esta sencilla descripción se carga de fuerza por dos razones: conocemos los padecimientos que llevaron a esa sanación y la recompensa es precaria y se marchitará pronto.

Incluso en la pornografía hay una estética primaveral. Las estrellas del porno japonés son casi niñas, adolescentes en flor. Un diseño de píxel cubre los genitales al modo de un origami cibernético.

Japón es el país de las pantallas. La gente levanta la vista de los mensajes de texto para encontrar la vibrante publicidad que cubre edificios enteros.

La intensa virtualidad de la vida japonesa ha producido los hikikomori, sustantivo que viene de “apartarse” o “recluirse”. Se trata de adolescentes que se encierran en una habitación por tiempo indefinido, sin más contacto que su computadora. Enrique Vila-Matas describe así a estos renunciantes: “Sienten tristeza y apenas tienen amigos, y la gran mayoría duerme o se tumba a lo largo del día, y miran la televisión o se concentran en el ordenador durante la noche. En Japón se les llama también solteros parásitos. O sea que aquellas máquinas solteras que inventara Duchamp se han hecho realidad”.

En un país de reglas, donde el fracaso escolar puede llevar al suicidio, el hikikomori contrasta más.

¿Esta nueva variante de la melancolía proviene de la alienación posindustrial o se trata de un arte cultivado con esfuerzo, como el bonsái o el origami? ¿Qué ha llevado al veinte por ciento de los varones adolescentes a alejarse de ese modo?

En cierta forma, el hikikomori es un samurái tímido. En el pacífico Japón contemporáneo resulta difícil ejercer el oficio que durante siglos encandiló la mente de los jóvenes vernáculos. La inmensa

mayoría de los hikikomori son hombres y casi todos responden a los rasgos que Yukio Mishima distinguió en el guerrero moderno. Pocos años antes de practicar su suicidio ritual, Mishima actualizó el Hagakure, prontuario samurái recogido en el siglo XVIII. Las condiciones básicas de quien asume esa existencia son el desprecio por la vida y el alejamiento de toda tentación mundana. El samurái es un carismático outsider, un romántico que ama de lejos y aguarda el momento de sacrificarse: "El Hagakure es un intento de curar el carácter pacífico de la sociedad moderna a partir de la potente medicina de la muerte", escribe Mishima.

Antes del harakiri, el samurái compone un poema. Su visión del mundo se condensa en cinco versos. El poeta guerrero existe al margen de sí mismo; garantiza la renovación del orden natural a través de la sangre y la belleza.

La cultura valora al samurái y recela del ciber-recluso, pero no se trata de entes tan apartados. Los hikikomori se sustraen a la banalidad de la vida moderna. En un mundo sin épica, se dan de baja. Son espectros, suicidas aplazados.

Tal vez el primer hikikomori fue el profeta de la ética samurái. El Hagakure proviene de las enseñanzas de Jocho Yamamoto, recogidas por su seguidor Tsuramoto Tashiro. Yamamoto estuvo al servicio de un shogun del siglo XVIII. De acuerdo con la tradición, debía suicidarse al morir su Señor. No lo hizo porque un edicto abolió los suicidios rituales, pero se retiró del mundo y durante veinte años perduró en calidad de hikikomori.

El Japón moderno no reconoce la fertilidad de la violencia. Como Yamamoto en el segundo acto de su vida, el samurái contemporáneo busca el alejamiento. En ocasiones falla y toma un rifle: los hikikomori se volvieron famosos cuando uno de ellos secuestró un autobús y comenzó a disparar.

¿Asistimos a la preparación de los samuráis del porvenir? ¿El enclaustramiento es el "lado B" de la violencia?, ¿la elimina o la incuba sigilosamente?

La ultratecnología provoca adicciones a los aparatos y la adopción de mascotas electrónicas, como el tamagotchi o los nintendogs a los que hay que dar raciones virtuales de sushi o de alimento canino, pero también fomenta interesantes repudios. Numerosos sensei (maestros) no usan artilugios. Ryukichi Terao, hispanista de la Universidad de Tokio, vive satisfactoriamente en la patria de Sony sin disponer de

reloj, teléfono celular ni agenda. Una de sus más curiosas aficiones consiste en calcular la extinción de los japoneses. Aunque la isla está sobrepoblada, la tasa negativa de natalidad anuncia que en el año 3000 habrá veintisiete japoneses y en 3085 solo quedará uno.

¿Cómo se comportará el último japonés sobre la Tierra? Seguramente será alguien inmóvil o acelerado. Japón emplea el tiempo en forma extrema. El paraíso de la quietud y de la prisa.

A veces los dos tiempos se combinan. En el zen, la calma es una vertiginosa actividad mental. El jardín de arena del templo Ryoanji, uno de los más visitados de Kioto, desafía la razón con quince piedras. El conjunto hace pensar en islas a la deriva, montes que sobresalen entre las nubes o animales que sacan la cabeza al cruzar un río. El jardín es visto desde una terraza de madera. Al caminar de un extremo a otro el visitante puede contar las piedras. Es fácil constatar que son quince, pero no hay un solo punto desde el que sea posible verlas todas. El templo ofrece una lección de perspectiva: la totalidad es fragmentaria.

Quien medita o contempla los movimientos del teatro Noh disfruta los favores de la lentitud. Pero Japón también es la patria del shinkansen. El "tren bala" recorre la isla con disciplinado frenesí. En los andenes se indica el lugar en que deben pararse los pasajeros, según su número de asiento. No me costó trabajo entender esto, pero me subí al tren equivocado. Aguardaba el expreso a Kioto. Diez minutos antes del horario de partida llegó un tren y supuse que era el mío. Se trataba de un tren anterior. Diez minutos representan una eternidad para un transporte con apodo de proyectil (solo en lenguas extranjeras se dice "tren bala"; la traducción literal de shinkansen es "ferrocarril troncal"; los japoneses no necesitan recordar que saldrán disparados: lo dan por supuesto).

Al bajar del tren, los viajeros se desplazan con celeridad. Tal vez porque sus pasos son muy cortos da la impresión de que se dirigen a sitios próximos. No se puede ser un corredor de fondo en un sitio repleto: en Japón siempre estás cerca de algo y siempre hay que apurarse para alcanzarlo.

Durante quince días, lo que no fue yin fue yang. Casi todo se presentaba en dualidades. Un templo sintoísta suele tener al lado uno budista para mostrar que las religiones conviven y se complementan. Hay quienes profesan el sintoísmo en vida pero desean ser enterrados

con el ritual budista, preferible para el más allá.

La dualidad aparece en los diálogos más comunes: “Voy a buscar un sitio tradicional en internet”, me dijo un funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores al invitarme a cenar.

Mezcla del artificio y la naturaleza, los restaurantes tienen guisos de plástico en las vitrinas, pero privilegian la comida de temporada. Durante mi estancia, el invierno era relevado por la primavera, lo cual significaba que había que comer anguila y hojas de cerezo.

Barthes entendió la comida japonesa como una rama de la pintura. Los platillos satisfacen la mirada y se presentan en series. En ese sistema la idea de “plato fuerte” es una vulgaridad. Hay que degustar sucesivas cosas pequeñas.

“Me he vuelto muy japonés”, dijo Aurelio Asiain cuando le sirvieron un plato y sacó la cámara para retratarlo. Estábamos en un local de Kioto que se atribuye la invención mítica del shabu-shabu. La integración de Aurelio a Japón es tan perfecta que ha adquirido alergia al polen y disfruta con orgullo los primeros síntomas. Pero luce aún más adaptado al retratar platillos concebidos como cuadros.

Si la comida ofrece la sutileza del arte efímero, los fideos que decoran las vitrinas muestran los prodigiosos brillos que puede alcanzar el plástico. Dan ganas de chupar esas delicias de juguete.

En el país del té, la hipermodernidad llega con el café. En cada esquina y cada andén hay máquinas dispensadoras de café helado, caliente, ligero, amargo o mixto.

De pronto, el viajero necesita decepcionarse. La irritación preserva el sentido de la diferencia. Me predispuse a odiar el café en lata. Para mi sorpresa, no me supo a jugo de Nintendo. Sin ser “auténtico”, tiene la gracia de no ser asquerosamente distinto.

Los japoneses adoran los uniformes, los desfiles y las banderas. Fui a un partido de futbol en el estadio de Kioto. Se disputaba el derby contra Osaka, pero el ambiente no era el de un hervidero de pasiones. Las tribunas se cedían el turno para entonar cánticos copiados de las barras argentinas. En la entrada, recibí un papel con reglas de comportamiento, incluida la de no abandonar el asiento en caso de lluvia.

La ordenada inocencia de la hinchada decepciona al amante del caos futbolístico. En cambio, resulta atractivo que la policía parezca un equipo deportivo. Sus uniformes y sus movimientos tienen un aire de desfile.

Japón es la nación de las mascotas y la policía es representada por Pipo, cuyo nombre proviene del sonsonete de las patrullas.

¿Qué tan violento puede ser un país donde la agresión suele ser un privilegio autodestructivo y las fuerzas del orden asumen comportamientos infantiles?

En los dominios de Pipo no hay ofensas aparentes. No descubrí cómo se molestan los japoneses. La cortesía solo se interrumpe para iniciar un protocolo. Nadie parecía dispuesto a agraviarme. Sentí una relajación que al cabo de unos días me incomodó. Ajeno a todo ultraje, extrañé la posibilidad de agredir a alguien. Japón puso al descubierto mi identidad. Extrañaba el chile, pero también el exabrupto, la queja justificada y colérica: "¡A mí no me hacen eso!". Japón se convirtió en el sitio donde me sentía a punto de romper algo. Ante cada desajuste, el factor incómodo era yo.

¿Cómo cuestionar un entorno que no deja de ser armónico? ¿Existe una tendencia militarista en el próspero país que visité y en otro tiempo masacró a los chinos en Manchuria, sometió con crueldad a los coreanos y bombardeó Pearl Harbor sin aviso?

En Tokio, el templo Yasukuni está destinado a los muertos de guerra, sin distinguir entre víctimas y criminales. Ahí se dan cita quienes reivindican el nacionalismo. Las ofrendas de toneles de sake en el patio exterior prueban la popularidad del templo.

A un lado, el museo Yushukan ofrece una relectura de la historia militar. Se trata de una institución privada, que no se atiene al ideario oficial. Sin proponer francas reivindicaciones militaristas, vincula la tradición samurái con la necesidad de defender un territorio frágil, amenazado por la naturaleza y sus poderosos vecinos. El periodo favorito de quienes así entienden a Japón son la época Edo (1600-1868), cuando el país estuvo cerrado al exterior. La zona de desconfianza es el periodo Meiji (1868-1912), cuando los gobernantes japoneses se abrieron al mundo y se dejaron el bigote al estilo europeo.

Kenzaburo Oé era niño cuando terminó la guerra. Una de sus mayores impresiones fue oír al emperador por radio, anunciando la

capitulación de sus ejércitos. Hasta ese momento no concebía que Hiroito tuviera voz humana. El emperador dejó de ser una deidad.

El poder imperial se desacralizó en un país que se abismó en el consumo y perdió interés por la política. Para Mishima, esto representó una pérdida de la dignidad. En su arenga final, desde la terraza de un cuartel del ejército, llamó a recuperar el espíritu guerrero.

¿Algún día el ejército volverá a blandir la espada samurái? Conocí a una mujer cuyo hijo siguió la carrera militar pero cambió de profesión porque no soportó las reivindicaciones de ultraderecha. Durante mi visita se hablaba mucho de las armas atómicas de Corea del Norte. Una significativa minoría piensa que Japón debe intervenir antes de ser atacado.

¿Cómo se establece el consenso en una democracia de escasa participación política? Japón es un catálogo de reglas aceptadas. ¿De qué modo se deciden esas populares formas de la coacción?

Casi todos los habitantes tienen teléfono celular, pero no se cuestiona la prohibición de usarlos en los trenes. ¿Cómo se adoptó esta civilizada medida? De algún modo, las necesidades gregarias se convierten en leyes. Un amigo mexicano que vive desde hace treinta años en Japón me dijo que él contribuyó a la política de respeto al prójimo. Durante meses tomó el tren para hablar por celular a voz en cuello. Los demás pasajeros lo odiaron en educado silencio hasta que se aprobó la ley que prohíbe los teléfonos. De acuerdo con mi amigo, ciertos terroristas de las costumbres (entre los que se incluye con orgullo) ayudan a que los demás se pongan de acuerdo.

De madrugada, el barrio de Shibuya es recorrido por japoneses que caminan en zigzag después de visitar los bares de la zona. Ahí se ubica la novela Tokio Blues, de Haruki Murakami.

Mezcla del exceso y el recato, Japón es el sitio donde un ejecutivo se emborracha en público, grita hasta el estertor y hace gestos kamikazes sin que eso sea un desdoro. Hay espacios controlados para perder el control.

Los bares son del tamaño de camarotes de barco y el propio Murakami administró uno de ellos. El encierro en el que se bebe provoca que la salida sea expansiva. Una vez en la calle, el borracho japonés ve la luna y aúlla como un fantasma de Akutagawa.

El ebrio y el que mira apariciones merecen idéntico respeto.

Aunque el machismo pertenece al protocolo nipón, no hay ausencia de chicas superpoderosas. La literatura de Tanizaki explora la fuerza secreta de las mujeres. En esas delicadas recreaciones del erotismo y la crueldad, hombres aburridos se enamoran de hechiceras que los destruyen placenteramente.

Los varones beben en público con un frenesí que rara vez se observa en las mujeres. La geisha acompaña la reunión de un modo estético, como un árbol en flor o un tapiz antiguo; sirve bebidas sin compartirlas. Pero en ocasiones es posible atestiguar una juerga donde dominan las mujeres. Unos amigos me invitaron a un sitio de Kioto donde los platillos no se eligen sino que llegan como un alfabeto del gusto que parece no tener fin y donde solo me resultó incomible un trozo de tortuga en gelatina verde. Estábamos al lado de un arroyo, donde una garza buscaba peces bajo el resplandor lunar. En la otra orilla, una maiko (aprendiz de geisha) posaba para los turistas con su traje colorido –el rostro maquillado en blanco, la boca en forma de cereza–. Las geishas trabajan en casas de té donde la comida cuesta una fortuna (mil dólares por cliente es una tarifa estándar). Muchos visitantes se conforman con retratarse junto a una maiko. La estatuaria placidez de esa mujer a la otra orilla del arroyo contrastaba con el barullo que surgía del piso de arriba. El local era estrecho. En la planta baja había una barra, donde estábamos nosotros, y arriba, una tarima. Mi anfitriona era una historiadora japonesa, que esa noche vestía kimono de gala. Al oír el escándalo de arriba, me explicó que si se dibuja tres veces el ideograma “mujer” significa “ruido”.

Cuando el estruendoso grupo trastabilló hacia la salida, aparecieron dos hombres que habían permanecido en absoluto silencio. Caminaban con agradable resignación, muy distintos a los varones que son seguidos por sus mujeres a dos pasos de distancia.

Me desperté a las cuatro de la mañana para ir a Tsukiji, el bazar de pescados y mariscos donde hay moluscos indescifrables y filetes de cetáceos superfinos. Los frigoríficos y la escarcha omnipresente crean un invierno regional.

Gracias a la Fundación Japón, conseguí permiso para recorrer la zona de los proveedores. Me registré en una oficina que parecía la caseta de una obra en construcción, y me asignaron unas botas de hule y una vistosa credencial.

El lugar de la subasta de atunes parece un hangar donde yacen los fallecidos de un accidente aéreo. Cada atún reposa sobre una tarima. Un papel informa acerca de su peso y procedencia. Se les practica una incisión para ver el color de su carne, que debe alcanzar el canónico tono cereza.

Los proveedores van vestidos como montañistas y llevan linternas para estudiar los peces.

A las 5 de la mañana, una campanada señala el inicio de la subasta. Un pregonero oferta atunes con gritos taladrantes. Los compradores se comunican con los vendedores por medio de señas, en un código semejante al del béisbol. Se puja con los dedos y el trato se cierra con un gesto.

Un negrísimo atún aleta amarilla de Nueva Zelanda pesaba 36 kilos. Su precio de salida era de 5,200 yenes por kilo (unos 52 dólares, que podían aumentar a niveles estratosféricos en la puja).

Vi peces atrapados en Vietnam, Indonesia, Australia y México. Habían llegado en complejas rutas aéreas para no perder su frescura. El atún congelado tenía un precio inicial de 1,500 yenes.

La subasta duró de 5 a 5:45 de la mañana. Todos los peces se vendieron. Los participantes no reflejaron satisfacción o desencanto. La escena se cumplió con seriedad kabuki. Solo los pregoneros usaron la palabra, en un relato integrado por cifras.

Dentro del mercado, un selecto trozo de 600 gramos de atún costaba 4,000 yenes.

La caligrafía japonesa convierte los ideogramas en formas casi líquidas. Para comprenderlos hace falta ser calígrafo.

En un almacén de Kioto compré una tetera de arcilla roja de la región de Ugi, historiada por un calígrafo. Pregunté el significado del mensaje y esto dio lugar a un coloquio entre las vendedoras. Ninguna era calígrafa, pero varias tenían parientes que sabían estilizar ideogramas. Reconocieron que ahí decía “mujer” y “camino del corazón”. Me pareció suficiente para comprar la tetera.

Barthes escribió El imperio de los signos para aproximarse a los lenguajes no literarios del Japón. Al no poder leer ni hablar, el visitante descansa de lo obvio y solo entiende, o cree entender, lo

excepcional; entra en un bosque hermético donde cada objeto y cada brote es o parece ser un símbolo.

Como las vendedoras que discutieron acerca de la tetera, durante quince días pude descifrar un par de ideogramas. Lo demás fueron signos en precipitación, nubes, granos en un jardín de arena, enigmas necesarios para llegar a lo que sí se entiende.

Salí de Tokio a las cinco de la tarde y llegué a México a las seis del mismo día. Esa hora larguísima fue un rito de paso.

El japonés del aeropuerto Benito Juárez seguía ahí, con su pelo de hurón. Durante unos días aceptó la invitación de una japonesa que vive en el D. F. y se trasladó a un departamento. Pero la vida casera no es lo suyo. Solo el aeropuerto le permite estar en ningún lugar.

Yo sufrí un cambio mayor en esos días. México me pareció un lugar baratísimo, que existía en lento desorden. Todo era sucio pero la gente estaba limpia. ¡Qué extraño resultaba eso para mi mirada japonesa!

El mayor asombro vino al beber agua mexicana. Probé un líquido espeso. Venía de quince días de tomar agua frágil.

Entonces la levedad de Japón gravitó con fuerza. El recuerdo del agua fue como un acertijo zen ("¿Cómo suena el aplauso que produce una sola mano?"). ¿Qué decía ese líquido invisible, casi ingrávido?

Los signos de Japón proponen algo más profundo que el entendimiento. La falta de claridad no está en el entorno sino en la mirada: el viajero debe pasarse en limpio.

EL RASTRO DE LOS HUESOS

Leila Guerriero

No es grande. Cuatro por cuatro apenas, y una ventana por la que entra una luz grumosa, celeste. El techo es alto. Las paredes blancas, sin mucho esmero. El cuarto –un departamento antiguo en pleno Once, un barrio popular y comercial de la ciudad de Buenos Aires– es discreto: nadie llega aquí por equivocación. El piso de madera está cubierto por diarios y, sobre los diarios, hay un suéter a rayas –roto–, un zapato retorcido como una lengua negra –rígida–, algunas medias. Todo lo demás son huesos.

Tibias y fémures, vértebras y cráneos, pelvis, mandíbulas, los dientes, costillas en pedazos. Son las cuatro de la tarde de un jueves de noviembre. Patricia Bernardi está parada en el vano de la puerta. Tiene los ojos grandes, el pelo corto. Toma un fémur lacio y lo apoya sobre su muslo.

—Los huesos de mujer son gráciles.

Y es verdad: los huesos de mujer son gráciles.

Entre 1976 y diciembre de 1983 la dictadura militar en la Argentina secuestró y ejecutó a miles de personas que fueron enterradas como NN en cementerios y tumbas clandestinas. En mayo de 1984, ya en democracia, convocados por Abuelas de Plaza de Mayo (una agrupación de mujeres que busca a sus nietos, hijos de sus hijos desaparecidos durante la dictadura) siete miembros de la Asociación Americana por el Avance de la Ciencia llegaron al país. Entre ellos, un antropólogo forense –un especialista en la identificación de restos óseos: alguien que puede leer allí los rastros de la vida y de la muerte– llamado Clyde Snow. Nacido en 1928 en Texas, Snow tenía su prestigio: había identificado los restos de Josef Mengele en Brasil. Por lo demás, bebía como un cosaco, fumaba habanos, usaba sombrero texano, botas ídem y estaba habituado a vivir en un país donde los criminales eran individuos que mataban a otros: no una máquina estatal que tragaba personas y escupía sus huesos. En ese viaje –el primero de muchos– dio una conferencia sobre ciencias forenses y desaparecidos en la ciudad de La Plata, capital de la provincia de

Buenos Aires, y la traductora, abrumada por la cantidad de términos técnicos, renunció en la mitad. Entonces un hombre rubio, todo carisma, dijo: "Yo puedo: yo sé inglés". Y así fue como Morris Tidball Binz, veintiséis años, estudiante de medicina y dueño de un inglés perfecto, se cruzó en la vida de Clyde Snow.

Durante las semanas que siguieron Clyde Snow participó de algunas exhumaciones a pedido de jueces y familiares de desaparecidos, siempre en compañía de su nuevo traductor. En el mes de junio, cuando tuvo que exhumar siete cuerpos de un cementerio del suburbio, decidió que iba a necesitar ayuda y envió una carta al Colegio de Graduados en Antropología solicitando colaboración. Pero no tuvo respuesta. Y fue entonces cuando Morris Tidball Binz dijo: "Yo tengo unos amigos".

Los amigos de Morris eran uno: se llamaba Douglas Cairns, estudiaba antropología en la Universidad de Buenos Aires, y esparció el mensaje –"Hay un gringo que busca gente para exhumar restos de desaparecidos"– entre sus compañeros de estudios.

—Yo estoy habituada a desenterrar guanacos, no personas –dijo Patricia Bernardi, veintisiete años, estudiante de antropología, huérfana de padres, empleada en la empresa de transporte de su tío.

–A mí los cementerios no me gustan –puede haber dicho Luis Fondebrider, estudiante de primer año de antropología, empleado de una empresa de fumigación de edificios.

–Yo nunca hice una exhumación –dijo Mercedes Doretti, estudiante avanzada de antropología, fotógrafa y empleada de una biblioteca circulante.

Pero después pensaron que no perdían nada si iban a escuchar, y así fue como, a las siete de la tarde del 14 de junio de 1984, Patricia Bernardi, Mercedes Doretti, Luis Fondebrider –y Douglas Cairns– se encontraron con Clyde Snow –y Morris Tidball Binz– en un hotel del centro de Buenos Aires llamado Hotel Continental.

–Clyde nos pareció un tipo raro, pensábamos "Cómo toma este viejo, cómo fuma" –dice Patricia Bernardi–. Nos invitó un trago, y cuando nos explicó lo que quería hacer creí que se nos iba a ir el apetito. Pero después nos llevó a comer, y nosotros éramos estudiantes, nunca habíamos ido a un restaurante elegante. Comimos como bestias. Pero teníamos miedo. El país estaba muy inestable, y pensábamos "Si acá vuelve a pasar algo, este gringo se va a su país,

pero nosotros nos tenemos que quedar".

Esa noche se despidieron de Clyde Snow con la promesa de pensar y darle una respuesta.

"Me sentí conmovido, pero no tenían experiencia –contaba Clyde Snow años después al diario Página/12–. Les dije que el trabajo iba a ser sucio, deprimente y peligroso. Y que además no había plata. Me dijeron que lo iban a discutir y que al día siguiente me iban a dar una respuesta. Pensé que era una manera amable de decirme 'chau, gringo'. Pero al día siguiente estaban ahí".

Al día siguiente estaban ahí.

–Decidimos que íbamos a probar con esa exhumación, y que después veíamos si seguíamos con otras –dice Patricia Bernardi–. Nos encontramos temprano, en la puerta del hotel, y nos llevaron al cementerio en los autos de la policía. Fue raro subirnos a esa cosa. Y después nos íbamos a subir a esos autos tantas veces. Yo nunca había estado en un enterratorio, pero con Clyde lo difícil pareció ser un poco más fácil. Él se tiraba con nosotros en la fosa, se ensuciaba con nosotros, fumaba, comía dentro de la fosa. Fue un buen maestro en momentos difíciles, porque una cosa es levantar huesos de guanaco o de lobos marinos y otra el cráneo de una persona. Cuando empezaron a aparecer los restos, la ropa se me enganchaba en el pincel, y yo preguntaba: "¿Qué hago con la ropa?". Y Clyde me miraba y me decía: "Seguí, seguí". Ese día levantamos los restos, nos fuimos a la morgue, y resultó que no eran los que buscábamos. Clyde se puso a discutir algo sobre la trayectoria de un proyectil con el personal de la morgue. Nosotros no entendíamos nada. Estaban los familiares ahí, y yo le dije al juez: "Digalé que no son los restos, esta gente ya pasó por mucho". Cuando les dijo, el llanto de los familiares fue algo que… Salimos de ahí a las tres de la mañana. Fue la exhumación más larga de mi vida.

Pero siguieron tantas. Entre 1984 y 1989 Clyde Snow pasó más de veinte meses en la Argentina, y en cada uno de sus viajes los estudiantes lo acompañaron a hacer exhumaciones, internándose de a poco en las aguas de esa profesión que no tenía –en el país– antecedentes ni prestigio.

–Nadie entendía lo que hacíamos. ¿Sepultureros especializados, médicos forenses? –dirá Mercedes Doretti desde Nueva York–. La academia nos miraba de reojo porque decían que no era un trabajo científico.

Con poco más de veinte años, empleados mal pagos de empleos absurdos, estudiantes de una carrera que no los preparaba para un destino que de todos modos no podían sospechar, pasaban los fines de semana en cementerios de suburbio, cavando en la boca todavía fresca de las tumbas jóvenes bajo la mirada de los familiares.

–La relación con los familiares de los desaparecidos la tuvimos desde el principio –dirá Luis Fondebrider–. Teníamos la edad que tenían sus hijos en el momento de desaparecer y nos tenían un cariño muy especial. Y estaba el hecho de que nosotros tocábamos a sus muertos. Tocar los muertos crea una relación especial con la gente.

Como tenían miedo, iban siempre juntos. Y, como iban siempre juntos, empezaron a llamarlos "el cardumen". No hablaban con nadie acerca de lo que hacían y, para hablar de lo que hacían, se reunían en casa de Patricia, de Mercedes.

–Todos soñábamos con huesos, esqueletos –dirá Luis Fondebrider–. Nada demasiado elaborado. Pero nos contábamos esas cosas entre nosotros.

–Todos teníamos pesadillas –dirá Mercedes Doretti–. Un día me desperté a los gritos, soñando con una bala que salía de una pistola, y me desperté cuando la bala estaba por impactarme en la cabeza. La sensación que tuve fue que me estaba muriendo y pensaba: "¿Cómo no me di cuenta de que esto venía, cómo no me di cuenta de que me estoy muriendo inútilmente, cómo no me di cuenta de que no tenía que meterme acá?".

En 1985 viajaron a la ciudad de Mar del Plata, a exhumar los restos de una desaparecida, seguros como estaban de estar del lado de los buenos. Las Madres de Plaza de Mayo, la agrupación de mujeres que busca a sus hijos desaparecidos, los estaban esperando.

–Querían frenar la exhumación –dirá Mercedes Doretti–. Decían que Snow era un agente de la CIA y que el gobierno estaba tratando de tapar las cosas entregando bolsas con huesos. Hubo insultos, fue duro. Ver que ellas, que eran nuestras heroínas, estaban en contra fue muy fuerte. Finalmente exhumamos, y después nos fuimos a la playa. Nos sentamos ahí, mirando el mar, compungidos.

Ese mismo año, Clyde Snow declaró en el Juicio a las Juntas –donde se juzgaba a los militares que habían estado en el poder durante la dictadura–, y proyectó una diapositiva de esa exhumación en Mar del Plata: una mujer joven llamada Liliana Pereyra, el cráneo

pleno de balas.

“Lo que estamos haciendo –decía Snow en Página/12– va a impedir a futuros revisionistas negar lo que realmente pasó. Cada vez que recuperamos un esqueleto de una persona joven con un orificio de bala en la nuca, se hace más difícil venir con argumentos”.

El tiempo pasó, consiguieron financiación, alguna beca, y cuando quedó claro que quizás podrían vivir de eso, algunos abandonaron sus empleos. En 1987 se inscribieron como asociación civil sin fines de lucro bajo el nombre de Equipo Argentino de Antropología Forense, con el objetivo de practicar “la antropología forense aplicada a los casos de violencia de Estado, violación de derechos humanos, delitos de lesa humanidad”. Después se unieron al grupo Darío Olmo, estudiante de arqueología, empleado municipal; Alejandro Incháurregui, estudiante de antropología y vendedor de boletos en el hipódromo; Carlos Somigliana (Maco), estudiante de antropología y derecho, ayudante de los fiscales Moreno Ocampo y Strassera durante el Juicio a las Juntas; Silvana Turner, estudiante de antropología social, y Anahí Ginarte, estudiante de antropología.

En 1988, cuando fueron convocados como peritos para excavar en el sector 134 del cementerio de Avellaneda, un suburbio de Buenos Aires donde los militares habían enterrado a cientos, pocos de ellos tenían más de veintidós.

La fosa de Avellaneda permaneció abierta dos años y sacaron de allí trescientos treinta y seis cuerpos, casi todos con heridas de bala en el cráneo, muchos todavía sin identificar.

El Equipo Argentino de Antropología Forense tiene sus oficinas en dos departamentos idénticos, primer y segundo piso de un edificio antiguo de estilo francés en el barrio de Once. Alrededor, vendedores ambulantes, autos, buses, los peatones: la banda de sonido de una ciudad en uno de sus puntos álgidos. El segundo piso no tiene nombre. El primer piso sí, y se llama Laboratorio. Por lo demás, ambos tienen la misma cantidad de cuartos, los mismos baños, cocina al fondo, y casi ninguna evidencia de vida privada. Los muebles son nuevos y viejos, chicos y grandes, de maderas nobles y de fórmica. Hay un cuadro, un póster del Metropolitan Museum, pero son cosas que llevan demasiado tiempo allí: cosas que ya nadie ve. Hay pizarras, paneles de corcho con tarjetas de delivery y postales de esqueletos bailando: las fiestas latinoamericanas de la muerte. En un alféizar hay dos cactus

pequeños y, en todas las paredes, una profusión de planos y de mapas. Algunos, no todos, tienen marcas. Algunas de esas marcas, no todas, señalan los centros clandestinos de detención: sitios de los que proviene el objeto que aquí se estudia.

La oficina donde trabaja Luis Fondebrider está en el segundo piso. Él, Mercedes Doretti y Patricia Bernardi son los únicos que quedan del grupo original: Douglas Cairns solo ayudó, al principio, en un par de exhumaciones; Morris Tidball Binz marchó en 1990 a trabajar en la Cruz Roja y vive en Ginebra desde entonces. A fines de los noventa se unieron otras personas –Miguel Nievas, Sofía Egaña, Mercedes Salado– y, durante mucho tiempo, no fueron más de doce. Pero a principios del nuevo siglo la posibilidad de aplicar la técnica de ADN a los huesos obligó a muchas incorporaciones, y ahora son treinta y siete. En todos estos años, el equipo intervino en más de treinta países, contratado por el Tribunal Criminal Internacional para la ex Yugoslavia; la Oficina del Alto Comisionado para los Derechos Humanos de las Naciones Unidas; las Comisiones de la Verdad de Filipinas, Perú, El Salvador y Sudáfrica; las fiscalías de Etiopía, México, Colombia, Sudáfrica y Rumania; el Comité Internacional de la Cruz Roja; la comisión presidencial para la búsqueda de los restos del Che Guevara y la Comisión Bicomunal para los desaparecidos de Chipre.

–Todos los salarios que recibimos por esas misiones internacionales van a un fondo común –dice Luis Fondebrider–. No les cobramos a los familiares por lo que hacemos. Nos sostenemos con la financiación de unos veinte donantes privados europeos y norteamericanos y de algunos gobiernos europeos. No tenemos apoyo de donantes privados ni asociaciones civiles argentinas. Las asociaciones civiles apoyan eventos de Julio Boca, pero no proyectos como este.

Ocultos, discretos, cada tanto la identificación de alguien –en 1989 la de Marcelo Gelman, el hijo de Juan Gelman, el poeta argentino radicado en México; en 1997 la del Che Guevara, en Bolivia; en 2005 la de Azucena Villaflor, la fundadora de Madres de Plaza de Mayo, desaparecida en 1977– los empuja a la primera plana de los diarios.

–Pero para nosotros –dice Luis Fondebrider– todos son personas. El Che o Juan Pérez. Cuando fue lo del hijo de Gelman, fuimos Morris, Alejandro y yo a Nueva York, a recibir un premio de una fundación, y lo fuimos a ver a Gelman, que vivía allá, para contarle que habíamos identificado a su hijo. A mí me resultó una figura muy intimidante, serio, parco. Nos quedamos a dormir en su casa. Él se quedó toda la noche despierto, leyendo el expediente, y al otro día nos hizo millones

de preguntas. Fue raro. Yo nunca me había quedado a dormir en la casa de una persona a la que hubiera ido a darle una noticia así.

–¿Podrías imaginarte sin hacer este trabajo?

–Sí. No sé qué haría. Pero sí.

Todos dicen –dirán– lo mismo. Como si marcharan orgullosos hacia el único futuro posible: la extinción.

En el piso inferior hay varios cuartos con mesas largas y angostas cubiertas por papel verde. En la oficina donde suele trabajar Sofía Egaña cuando está en Buenos Aires –treinta y seis años, llegada al equipo en 1999 cuando le propusieron una misión en Timor Oriental y ella dijo sí y se marchó dos años a una isla sin luz ni agua donde el ejército indonesio, en 1991, había matado a doscientos mil– hay un escritorio, una computadora.

Click y una foto se abre: un cráneo. Otro click: el cráneo y su orificio.

–Entró directo: una ejecución así, tuc, de atrás. ¿Tenemos dientes? ¿Cómo lucen los dientes?

En dos días más, Sofía Egaña estará en Ciudad Juárez, donde el equipo trabaja en la identificación de cuerpos de mujeres no identificadas o de identificación dudosa y, hasta entonces, debe resolver algunas cuestiones urgentes: tratar de vender la casa donde vive, quizás pedir un préstamo bancario, quizás mudarse. En un panel de corcho, a sus espaldas, hay una mariposa dibujada y una frase que dice Sofi te quiero con caligrafía de sobrina infantil. Hay, también, una foto tomada durante su estadía en Timor:

–Esos son mis caseros. Ellos me alquilaban la casa donde vivíamos. Cada tanto me llaman, para saber cómo estoy. Como yo no tengo teléfono estable, tienen que llamar a casa de mis padres. Hace más de once años que estoy viajando. No tengo placard. Tengo dos maletas. Pero cuando se junta el hueso con la historia, todo cobra sentido. Delante de los familiares soy la médica, el doctor. A llorar, me voy atrás de los árboles. No te podés poner a llorar.

–¿Y con el tiempo uno no se acostumbra?

–No. Con el tiempo es peor.

Al final de un pasillo hay un cuarto oscuro, fresco, las paredes cubiertas por estantes que trepan hasta el techo y, en los estantes, cajas de cartón de tamaño discreto con la leyenda “Frutas y Hortalizas”.

–Cada caja es una persona. Ahí guardamos los huesos. Todas están etiquetadas con el nombre del cementerio, el número de lote.

Al frente, en dos o tres habitaciones luminosas, cinco mujeres jóvenes se inclinan sobre las mesas cubiertas con papel. Sobre las mesas hay –claro– esqueletos.

El escritorio de Silvana Turner, en el piso superior, está rodeado de cajas que dicen Kosovo, Togo, Sudáfrica, Timor, Paraguay: la ruta de las mejores masacres del siglo que pasó. Silvana Turner lleva el pelo corto, el rostro limpio. Llegó al equipo en 1989.

–Si el familiar no tiene deseos de recuperar los restos, no intervenimos. Nunca hacemos algo que un familiar no quiera. Pero aun cuando es doloroso recibir la noticia de una identificación, también es reparador. En otros ámbitos esto suele hacerse como un trabajo más técnico. Es impensable que la persona que estudia los restos haya hecho la entrevista con el familiar, haya ido al campo a recuperar los restos, y se encargue de hacer la devolución. Nosotros hemos hecho eso siempre.

En todos estos años lograron trescientas identificaciones con restitución de restos y –cruzando datos, rastreando documentación– pudieron conocer y notificar el destino de trescientas personas más cuyos restos nunca fueron encontrados.

–Si yo tuviera que definir un sentimiento con respecto al trabajo, es frustración. Uno quisiera dar respuestas más rápido.

A metros de aquí hay otro cuarto donde las cajas llevan el nombre de cementerios argentinos: La Plata, San Martín, Ezpeleta, Lomas de Zamora, Ezeiza.

La tarea fue amplia. La obra puede ser interminable.

Llueve, pero adentro es seco, tibio. Es martes, pero es igual.

En una de las oficinas del laboratorio habrá, durante días, un ataúd pequeño. Lo llaman urna. En urnas como esa devuelven los huesos a sus dueños.

–¿Ves? –dice una mujer con rostro de camafeo, una belleza oval–. Esto, la parte interna, se llama hueso esponjoso. Y hueso cortical es la externa.

Bajo sus dedos, el esqueleto parece una extraña criatura de mar, al aire sus zonas esponjosas.

–Esto es un pedacito de cráneo. En el cráneo, el hueso esponjoso se llama diploe.

Cuando termine de reconstruir –de numerar sus partes, sus lesiones, de extender lo que queda de él sobre la mesa– el esqueleto volverá a su caja, y esa pequeña paciencia de mujer oval terminará años después –si hay suerte– con un nombre, un ataúd del tamaño de un fémur y una familia llorando por segunda vez: quizás por última.

En el vidrio de una de las ventanas que da a la calle hay un papel pegado: la cuadrícula de una fosa y el dibujo de 16 esqueletos. Al pie de cada uno hay anotaciones: cinco postas más tapón de Itaka, desdentado en maxilar superior, cinco proyectiles. Ninguno tiene nombre, pero sí edad –treinta en promedio– y sexo: casi todos hombres. Desde la calle, cualquiera que mire hacia arriba puede ver ese papel pegado a la ventana. Pero lo que se vería desde allí es una hoja en blanco. Y, de todos modos, nadie mira.

Una puerta se abre como un suspiro, se cierra como una pluma. Mercedes Salado deja una caja liviana –que reza “Frutas y Hortalizas”– sobre un escritorio. Después dice buendía y enciende el primero de la hora. Es española, bióloga, trabajó en Guatemala desde 1995, forma parte del equipo desde 1997 y durante mucho tiempo sus padres, dos jubilados que viven en Madrid, creyeron que el oficio de la hija no era un oficio honesto.

–Un día me llaman y me preguntan: “Oye, Mercedes, lo que tú haces… ¿es legal?”. Claro, cuando yo empecé con esto no se sabía muy bien qué cosa era Latinoamérica, y meterse en las montañas a sacar restos de guatemaltecos… Mis padres tendrían miedo de que los llamaran diciendo: “Su hija está presa porque se ha robado a uno”. Ahora en Madrid los vecinos me saludan, como “uau, es legal”. Lo que me sorprende del equipo es la coherencia. Se mantiene con proyectos,

pero también hay un fondo común. Cada uno que sale de misión internacional pone ese salario en el fondo común. Y es un sistema comunista que funciona. Se hace porque se cree en lo que se hace. Nadie hubiera estado veinte años cobrando lo que se cobra si esto no le gusta. Pero este trabajo tiene una cosa que parece como muy romántica, como muy manida. Y es que esto no es un trabajo, sino una forma de vida. Está por encima de tu familia, de tu pareja, por encima de tu perspectiva de tener hijos. Nos hemos olvidado de cumpleaños, de aniversarios de boda, pero no nos hemos olvidado de una cita con un familiar. Y en el fondo es tan pequeño. ¿Qué haces? Encuentras la identidad de una persona. Es la respuesta que la familia necesitaba desde hace tanto tiempo… y ya. Y eso es todo. Pero cuando le ves el rostro a la gente, vale la pena. Es una dignificación del muerto, pero también del vivo.

Después, con una sonrisa suave, dirá que tiene un trauma: que no puede meter cráneos dentro de bolsas de plástico y cerrarlas.

–Me da angustia. Es estúpido, pero siento que se ahogan.

Es viernes. Pero es igual.

Mujeres jóvenes, vestidas con diversas formas de la informalidad urbana –piercings, pantalones enormes, camisetas superpuestas–, se afanan sobre las mesas del laboratorio. Semana a semana, como si una marea caprichosa interminable los llevara hasta ahí –más y menos enteros, más y menos lustrosos–, los esqueletos cambian.

–Están mezclados. Ya tengo cinco mandíbulas, cinco individuos por lo menos –dice Gabriela, mientras pega dos fragmentos de hueso.

Son horas de eso: mirar y pegar, y después todavía rastrear lesiones compatibles con golpes o balas, y después aplicar la burocracia: tomar nota de todo en fichas infinitas.

Mariana Selva –los ojos claros, las uñas cortas, rojas– prepara unos restos para llevar a rayos: un cráneo, la mandíbula.

–A veces ves los huesos de un chico de veinte años con nueve balazos en la cabeza y decís ay, dios, pobre chico, qué saña. Pero no podés estar llorando, ni pensando en cómo fueron todas esas muertes, porque no podrías trabajar.

Analía González Simonett lleva un aro en la nariz, casi siempre

vincha. Es, con Mariana, una de las últimas en llegar al equipo.

–A mí lo que me sigue pareciendo tremendo es la ropa. Abrir una fosa y ver que está con vestimenta. Y las restituciones de los restos a los familiares. Acá una vez hubo una restitución a una madre. Ella tenía dos hijos desaparecidos, y los dos fueron identificados por el equipo. La llevamos donde estaban los restos. Antes de ponerlos en una urna los extendemos, en una mesa como esas. "Josecito", decía, y tocaba los huesos. "Ay, Josecito, a él le gusta…". La forma de tocar el hueso era tan empática. Y de repente dice: "¿Le puedo dar un beso en la frente?".

El 6 de enero de 1990 los restos de Marcelo Gelman fueron velados en público. Pero antes su madre, Berta Schubaroff, quiso despedirse a solas. A puertas cerradas, en las oficinas del equipo, trece años después de haberlo visto por última vez, al fruto de su vientre lo besó en los huesos.

En el escritorio de Miguel Nievas hay un cráneo de plástico que es cenicero, un dactilograma, un esquema de ADN nuclear, una biblioteca, libros, mapas. Es un cuarto interno, con una sola ventana y poca luz. Miguel Nievas tiene apenas más de treinta. Vivía en Rosario, una ciudad del interior, y entró al equipo a fines de los años noventa.

–Yo trabajaba en la morgue de Rosario, estaba estudiando unos restos óseos y necesitaba ayuda. Llamé por teléfono. Me atendió Patricia, me preguntó si podía viajar con los huesos a Buenos Aires. Y vine. Seguí colaborando en algunas cosas desde allá y después, en el 2000, me preguntaron si podía ir a Kosovo. Yo dije que sí, pero la verdad es que no sabía adónde iba. Cuando el avión aterrizó en Macedonia, y vi tanques, soldados, pensé: "Dónde carajo me metí". No hablaba una palabra de inglés y en la morgue hacíamos treinta o cuarenta autopsias todos los días. Nos habían dado un curso obligatorio de explosivos, pero yo no hablaba inglés y lo único que entendí fue don't touch. Cuando volví me quedé trabajando acá. Me enganché con el trabajo en la Argentina. Cuando empezás a investigar un caso terminás conociendo a la persona como si fuera un amigo tuyo. Necesitás poner distancia, porque todo el día relacionado con esto, te termina brotando. Cada uno tiene su forma de brotarse.

–¿Y la tuya es…?

–La soriasis. Y hace años que no recuerdo un sueño.

Patricia Bernardi dice que tiene deformaciones profesionales. La más notoria: le mira los dientes a las personas.

–No me doy cuenta. Hablo y les miro la dentadura. Porque nosotros siempre andamos buscando cosas en los dientes. Y el otro día vino el contador con una radiografía, y le dije: "Che, por qué no dejás alguna acá, por las dudas".

Se ríe. Pero siempre se ríe.

–Yo nunca pude aguantar a los muertos. Les tengo pánico. A mí me hacés cortar un cadáver fresco y me muero. Pero con los huesos no me pasa nada. Los huesos están secos. Son hermosos. Me siento cómoda tocándolos. Me siento afín a los huesos.

Pasa las páginas de un álbum de fotos.

–Este es el sector 134, en Avellaneda.

Un terreno repleto de maleza. Después, la tierra cruda. Después abierta. Después los huesos. Y un edificio viscoso con paredes cubiertas de azulejos.

–Esa es la morgue donde trabajaban ellos.

Ellos.

–Habían hecho un portón que daba a la calle, para poder entrar los cuerpos directamente desde ahí. En la puerta de la morgue había un cartel que decía "No cague adentro". Cuando empezamos a trabajar no lo hicimos público. Nos daba miedo. Teníamos un policía de seguridad de la misma comisaría que antes tenía la llave para meter cuerpos en esa fosa.

En un rato tocarán el timbre y Patricia bajará las escaleras con una urna pequeña. Allí, en esa urna, llevará los restos de María Teresa Cerviño, que en mayo de 1976 apareció colgada de un puente con un cartel, una inscripción –"Yo fui montonera"–, la cabeza cubierta por una bolsa, los ojos y la boca tapados con cinta adhesiva. Todas las pistas indicaban que había terminado en la fosa común de Avellaneda. Su madre nombró al equipo como perito en la causa judicial que inició en 1988 buscando los restos de su hija. Durante todos estos años, Patricia supo que María Teresa Cerviño estaba ahí, era alguno de todos esos huesos.

–Yo decía: “Sé que está, pero dónde, cuál será”. Y el año pasado, diecinueve años después, apareció.

Hay sitios así. Sitios donde todas las cosechas son tardías.

Cuando Darío Olmo llegó al equipo, invitado por Patricia Bernardi en 1985, era un estudiante de antropología de veintiocho años, agonizando en manos de un empleo que lo frustraba: recibir expedientes en la mesa de entrada de una dependencia de gobierno.

–Me cayó muy bien el viejo, Snow. Yo no entendía una palabra de inglés, pero nos entendíamos en el idioma universal de los vasos. Este trabajo me salvó. Yo tomaba bastante, trabajaba caratulando expedientes, no era un buen alumno en la facultad. Esto era lo opuesto a la rutina. Un trabajo entre amigos, y enseguida creamos una relación rara, inusual. Cuando la compañera de uno de nosotros estuvo enferma, Patricia tenía el dinero de un departamento que había vendido y le llevó toda la plata. “Hacé lo que necesites”, le dijo. Esta gente es la que yo más conozco y la que más me conoce. Para bien y para mal. A mí el trabajo este no me daña. Al contrario. Esto es lo más interesante que me pasó en la vida. ¿Qué posibilidades tiene un estudiante de arqueología como yo de conocer el Congo más que con un trabajo demencial como este? La gente se horroriza. Vos le decís que viajás a ver fosas comunes y morgues y cementerios, y a la gente la parece horroroso. Pero a mí me resultaría difícil sentarme en un kiosco de dos metros cuadrados y esperar que me vengan a comprar caramelos. La verdad es que la única parte mala del laburo son los periodistas. Un periodista es una persona que llega al tema y tiene que hacer una especie de curso intensivo, hacer su nota, y es difícil que capte esta complejidad. Me gustaría que, simplemente, no les interese.

Son las siete de la tarde de un viernes y en un aula de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires Sofía Egaña y Mariana Selva dan una clase sobre huesos en general, lesiones en particular, a un grupo pequeño de estudiantes.

–El hueso fresco tiene contenido de humedad y reacciona distinto a la fractura que el hueso seco. El hueso se mantiene fresco aún después de la muerte. Entonces el diagnóstico se hace según la forma de la fractura, la coloración –dice Mariana Selva mientras proyecta imágenes de huesos rotos y secos, rotos y húmedos, rotos y blancos.

–Los rastros de la vida se ven en los huesos –dirá después, sobre un esqueleto extendido, Sofía Egaña–. ¿Ven los picos de artrosis? ¿Cómo verían a esta mandíbula? Tóquenla, agárrenla. ¿Qué les puede decir esta dentición?

Cuando el equipo se formó, la antropología forense no existía como disciplina en el país. Ellos aprendieron en los cementerios, desenterrando a personas de su edad –vomitando al descubrir que tenían sus mismas zapatillas–, leyendo el rastro verde de la pólvora en la cara interna de los cráneos. Y después, todavía, se enseñaron entre ellos. Ahora son generosos: aquí comparten el conocimiento. Esparcen lo que les sembraron.

El día es gris. Patricia Bernardi toma el teléfono, marca un número, alguien atiende.

–Sí, buenas tardes, estoy buscando a la señora X.

–…

–Ah, buenas tardes, señora, habla Patricia Bernardi, del Equipo Argentino de Antropología Forense. No sé si sabe a qué se dedica esta institución.

–…

–Bueno, muchas gracias, adiós.

El tono de Patricia es dulce y no hay fastidio cuando cuelga: cuando no la quieren atender. En 2007, cuando se cumplieron años de la muerte del Che, los medios sacaron sus máquinas de hacer efemérides y todas apuntaron a los miembros del equipo que, convocados por el gobierno cubano, habían estado allí.

–A veces me siento obligada a decir que fue un orgullo haber participado en esa exhumación, pero era todo muy tenso. Nosotros estuvimos cinco meses, nos retiramos, y volvimos cuando los cubanos encontraron la fosa del Che, en julio de 1997. Me llamaron a mí, era un sábado. No me acuerdo si llamó el cónsul o el embajador de Cuba, y me dijo: “Encontraron unos huesos”. Cuando llegamos ya había dos o tres peleándose por ver quién sacaba la foto. A mí lo que sí me marcó un antes y un después fue El Petén, en Guatemala. Ahí en 1982 un pelotón del ejército ejecutó a cientos de pobladores. Nosotros sacamos ciento sesenta y dos cuerpos. En su mayoría chicos menores

de doce años. Y no tenían heridas de bala porque para ahorrar proyectiles les daban la cabeza contra el borde del pozo y los arrojaban. Llega un momento que te acostumbrás a los huesitos chiquitos, porque son muy lindos, hermosos, perfectos. Pero lo que te traía a la realidad era lo asociado.

Lo asociado.

–Los juguetes.

En el edificio contiguo hay un instituto de peluquería y depilación. Desde las ventanas se pueden ver, todos los días, señoras cubiertas por mantelitos de plástico y pelos envueltos en cáscaras de nylon como merengues flojos. Pero da igual: aquí nadie las mira.

En la oficina de Carlos Somigliana –Maco– hay profusión de papeles, dibujos de niños, pilas de cosas que buscan su lugar como en un camarote chico. Desde que entró en el equipo, en 1987, se dedicó a atar cabos y a enseñar a los demás a hacer lo mismo: entrevistar a familiares, buscar testimonios, cruzar información.

–Mientras el Estado llevaba adelante una campaña de represión clandestina, seguía registrando cosas con su aparato burocrático. Es como una rueda grande y una rueda pequeña. Vos podés conocer lo que pasa en la primera por lo que pasa en la segunda. Ahora hay una urgencia con respecto al trabajo que no aparecía tan fuerte cuando éramos más jóvenes, y que tiene que ver con la sobrevida de la gente a la que le vamos a contar la noticia de la identificación. Llegás a una familia para contar que identificaste al familiar y te dicen: “Ah, mi padre se murió hace un año”. Y cuando te empieza a pasar seguido decís: “Me tengo que apurar”.

–¿Podrías dejar de hacer este trabajo?

–Sí. Yo quiero terminar este trabajo. Para mí es importante creer que puedo prescindir. Este trabajo ha sido muy injusto en términos de otras vidas posibles para muchos de nosotros.

–¿Y afectó tu vida privada?

–Sí.

–¿De qué forma?

–Ninguna que se pueda publicar.

–Entonces tiene partes malas.

–Por supuesto que tiene partes malas. Cuando vos sos el familiar de un desaparecido, tuviste que aceptar la desaparición, la aceptaste, estuviste treinta años con eso. Te acostumbraste. De golpe viene alguien y te dice no, mire, eso no fue como usted pensaba, y además encontramos los restos de su hijo, su hija. Es una buena noticia. Pero te hace mierda. Es como una operación, es para algo bueno. Pero te lastima. Cuando vos te das cuenta que la lastimadura es muy fuerte, hasta qué punto no estás haciendo cagada al remover esas cosas. Pero no hay nada bueno sin malo. Lo cual te lleva a la otra posibilidad mucho más perturbadora: no hay nada malo sin bueno.

En alguna parte una mujer dice: “Mi hermano desapareció el cinco del diez del setenta y ocho” y entonces alguien, discretamente, cierra una puerta.

–Mi nombre es Margarita Pinto y soy hermana de María Angélica y de Reinaldo Miguel Pinto Rubio, los dos son chilenos, militantes de Montoneros. Desaparecieron en 1977. Mi hermana tenía veintiún años. Mi hermano, veintitrés.

Margarita Pinto dice eso en el espacio para fumadores de la confitería La Perla, del Once, a cuatro cuadras de las oficinas del equipo. Después dice que los restos de su hermana fueron identificados por los antropólogos en 2006.

–El dolor de tener un familiar desaparecido es como una espinita que te toca el corazón, pero te acostumbrás. Y cuando me dijeron que habían encontrado los restos, yo estuve con una depresión grande. No quise ir a verlos. Fui nada más al homenaje que le hicimos en el cementerio. Esto es como una segunda pérdida, pero después es un alivio. Los antropólogos hablan de mi hermana como si la hubiesen conocido. Y yo la busqué tanto. Cuando desapareció yo era chica, y empecé a visitar a los padres de algunos compañeros de ella. Una vez fui a ver a un matrimonio grande. En un momento, la señora se levantó y se fue y el hombre me dijo que disculpara, que la señora estaba muy mal. Que todos los días se levantaba muy temprano para desarmar la cama de su hijo. Y yo ahí, preguntando por mi hermana. Uno a veces hace daño sin darse cuenta.

El cielo gris. Brilla en sus ojos.

El 26 de septiembre de 2007, Mercedes Doretti recibió una beca de la fundación MacArthur dotada con 500,000 dólares y, como hacen e hicieron siempre con las becas, los premios y los sueldos de las misiones internacionales, donó el dinero al fondo común con que el equipo se financia.

–La beca es personal –dice Mercedes Doretti– pero yo no trabajo sola.

Ella fue la primera mujer miembro del equipo en ser madre, un año atrás. La segunda fue Anahí Ginarte, que vive en la ciudad de Córdoba desde 2003, cuando viajó allí para trabajar en la fosa común del cementerio de San Vicente, un círculo de infierno con cientos de cadáveres, y conoció al hombre que les alquilaba la pala mecánica para remover la tierra, se enamoró, tuvo una hija.

–Es mucha adrenalina, muy romántico, pero también es ver la vida de los otros y no tener una vida propia –dice Anahí Ginarte–. Yo estuve un año sin pasar un mes entero en Buenos Aires. Tenía un departamento donde no había nada, ni una planta, cerraba con llave y me iba. Pero decidí parar.

Salvo ellas dos –Mercedes, Anahí– ninguna de las mujeres que llevan años en el equipo tiene hijos.

A mediados de 2007, el equipo, la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación y el Ministerio de Salud firmaron un convenio para crear un banco de datos genéticos de familiares de desaparecidos a través de una campaña que solicita una muestra de sangre para cotejar el ADN con el de seiscientos restos que todavía no han podido ser identificados. El proyecto se llama Iniciativa Latinoamericana para la Identificación de Personas Desaparecidas, y hace días que aquí no se habla de otra cosa: de la iniciativa que se lanzará.

Esta mañana, Mercedes Salado y Sofía Egaña revolotean alrededor de un hombre encargado de instalar la impresora de códigos de barras de la que saldrán miles de etiquetas que identificarán la sangre de los familiares.

–A ver, vamos a probar –dice el hombre.

Aprieta un comando y la pequeña impresora se estremece, tiembla

como un hámster y escupe uno, dos, diez, veinte códigos de barras.

–Es muy emocionante –dice Mercedes–. Llevamos años esperando esto.

En las semanas que siguen todos se dedican a una tarea cándida: ensobran formularios para enviar a los cuatro rincones del país. Un día, ya de noche, Mercedes Salado, descalza, sentada en el piso junto a una caja repleta de sobres que dicen Tu sangre puede ayudar a identificarlo, fuma y conversa con Patricia Bernardi.

–Si logran identificar a todos, se van a quedar sin trabajo.

–Ojalá.

Una radio vieja esparce la canción “I will survive”.

Miércoles. Nueve y media de la mañana. Desde una de las oficinas del primer piso llegan ráfagas de conversación:

–El hermano de ella está desaparecido.

–No puede haber un estudiante de medicina de sesenta años. ¿Por qué no volvemos a mirar la información?

–Ese Citroën rojo… alguien dijo algo de ese Citröen rojo.

Ines Sánchez, Maia Prync y Pablo Gallo trabajan haciendo investigación preliminar: a través de fuentes escritas, orales, diarios, generan hipótesis de identidad para los huesos. Inés Sánchez, apenas más de veinte, es hija de desaparecidos.

–Yo llegué al equipo hace dos años, más o menos. Nuestra tarea es hacer hipótesis de identidad sobre un conjunto de personas con base en exhumaciones que ya se hicieron. Para eso vemos qué centro clandestino utilizaba un determinado cementerio, en qué fechas hubo traslados.

Selva Varela tiene porte de bailarina, pelo largo, ojos claros, gafas. Está inclinada sobre una de las mesas. En el hueco de la mano, apretado contra el pecho, abraza un cráneo como quien acuna. Tiene treinta años y está en el equipo desde 2003. Sus padres fueron secuestrados por los militares y ella adoptada por compañeros de militancia que, a su vez, fueron secuestrados en 1980. Se crió con

vecinos, abuela, una tía, y en 1997 llegó al equipo buscando a sus padres.

–Después estudié medicina, antropología, y cuando me dijeron que acá faltaba gente, vine y quedé. Pero no estoy acá buscando a mis viejos. Pienso en los familiares de las víctimas, pienso que está bueno que la sociedad sepa lo que pasó.

En un rato habrá clima de euforia y desconcierto: un cráneo al que creían un error no resultó lo que pensaban: un intruso. La buena noticia –la mala noticia– es que es el cráneo de un desaparecido. Lo levantan, lo miran como a una fruta mágica, magnífica.

–¿Y si es el padre de…?

Es una buena tarde. Por tanto. Por tan poco.

Diez de la mañana: el cielo sin una nube.

El cementerio de La Plata se prodiga en bóvedas, después en lápidas, después en cruces. Y allí, entre esas cruces, hay dos tumbas abiertas y el rayo negro del pelo de Inés Sánchez. El sol chorrea sobre su espalda que se dobla. Alrededor, pilas de tierra, baldes, palas: cosas con las que juegan los niños.

–Vamos bien. Encontramos los restos de las tres mujeres que veníamos a buscar –dice Inés.

Limpia con un pincel el fondo, los pies abiertos para no pisar los huesos: un cráneo, las costillas.

Al otro lado de un muro de bóvedas, en una zona de sombras frescas, Patricia Bernardi, tres sepultureros, un hombre y dos mujeres, rodean a Maco que –bermudas, sandalias– saca tierra a paladas de una fosa. Los sepultureros se mofan: dicen que no debe cavarse con sandalias, que va a perder un dedo. Él sonríe, suda. Cuando bajo la pala aparece un trapo gris –la ropa– Maco se retira y Patricia se sumerge. Cerca, entre los árboles, una mujer de rasgos afilados camina, fuma. Está aquí por los restos de Stella Maris, veintitrés años, estudiante de medicina, desaparecida en los años setenta: su hermana. Patricia saca tierra con un balde y los huesos aparecen, enredados en las raíces de los árboles.

–Está boca arriba y tiene una media.

Las medias son valiosas: bolsas perfectas para los carpos desarmados.

–El cráneo está muy estallado. Acá hay un proyectil. En el hemitórax izquierdo, parte inferior. Tiene las manos así, sobre la pelvis.

Después, levantan el esqueleto de su tumba: hueso por hueso, en bolsas rotuladas que dicen pie, que dicen dientes, que dicen manos. La mujer de rasgos afilados se asoma.

–No sé si es mi hermana –dice–. Tiene los huesos muy largos.

–No te guíes por eso –le dice Maco.

En otra de las fosas alguien encuentra un suéter a rayas, un cráneo con tres balazos, redondos como tres bocas de pez: los huesos de mujer son gráciles.

Mañana, en un cuarto discreto del barrio de Once, sobre los diarios con noticias de ayer y bajo la luz grumosa de la tarde, se secarán los huesos, el suéter roto, el zapato como una lengua rígida.

Pero ahora, en el cementerio, la tarde es un velo celeste apenas roto por la brisa fina.

VASCO PIMENTEL

TODO LO QUE SIGUE SONANDO ALREDEDOR DE UN GORRIÓN QUE SE MUERE

Sabrina Duque

Desde que viven juntos, Vasco Pimentel le ha pedido a su mujer que no le hable cuando acaba de despertar. Cada mañana, este director de sonido que inspiró Lisbon Story, la película del cineasta Wim Wenders, necesita una hora y media sin oír nada. Cuando su mujer lo olvida y empieza a hablarle, él levanta la mano como un policía que detiene el tránsito y hace una señal de alto. Stop. Silencio. Es pronto para escuchar.

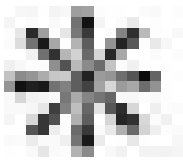
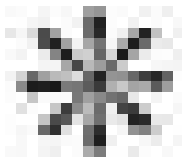
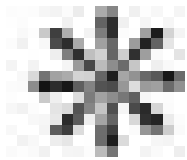
La esposa del sonidista, una arquitecta que dejó su vida en Perú para irse a vivir con él a Lisboa, se ha acostumbrado a verlo levantarse, preparar su desayuno y leer su correo sin decir una palabra. Pimentel ha dejado de frecuentar amigos porque hablaban casi a gritos. Ha dejado de ir a cafés porque lo aturde el bullicio. Ha puesto el sonido a más de cien películas pero casi no asiste a festivales de cine: “En las alfombras rojas”, dice, “hay demasiado ruido”. Tampoco tolera el murmullo de un televisor encendido en su idioma: “Es una inflación de palabras de valor semántico nulo y entonación histérica y mentirosa”. Pero le gusta cómo suenan los programas de televisión en China o en la India: al no hablar esos idiomas, las palabras le llegan solo como sonidos, sin que entienda su significado.

Vasco Pimentel detesta el sonido de los motores de los automóviles y arruga su cara de tal modo que parece sufrir de la peor jaqueca cuando los escucha: “No sé qué hacer en mi cabeza con el ruido de un carro”. Sin embargo, le gustan las notas musicales “largas, infinitas, lacerantes” que produce una corriente de vehículos al atravesar el puente metálico de Lisboa, la ciudad donde nació.

Cada vez que entra a un lugar y el sonido del ambiente es muy alto, Pimentel levanta las manos, se tapa los oídos con las palmas abiertas y aprieta sus mandíbulas como un niño aturdido por los gritos de sus padres. A veces, cuando sube a un auto ajeno y la radio se pone

en marcha, se desespera y empieza a darle manotazos a los botones del estéreo hasta que consigue apagarlo.

–El mundo está mal mezclado –dice.

Es 2014 y Vasco Pimentel acaba de cumplir cincuenta y seis años. El oidor tiene una mata de cabello plateado y las cejas gruesas y oscuras y, en su casa, una gaveta repleta de cajas de tapones alemanes Ohropax –paz para los oídos–. Los Ohropax fueron inventados por un farmacéutico alemán a principios del siglo XX como respuesta al problema del ruido cada vez más agobiante de la era industrial. Es la misma marca de tapones que usaba Franz Kafka para soportar a sus ruidosos vecinos, según le contó por carta a Felice Bauer el 15 de abril de 1915.

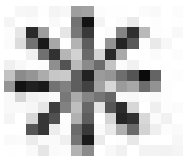
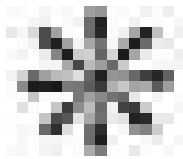
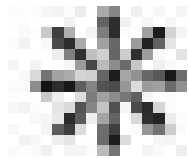
Cuando Vasco Pimentel abre su cajón y descubre que solo quedan una o dos cajas, sale a recorrer farmacias, y apenas encuentra una que vende la marca, se lleva todas las que tenga. Hace algunos años, llegó a la conclusión de que el caos de autos, bulla y gritos que le esperaban afuera de su casa iba a dañarle la audición. Desde entonces, el sonidista lisboeta que ha vivido prestando sus oídos a Wenders, Vincent Gallo y Manoel de Oliveira no puede salir a la calle sin hacerse el sordo.

Nuestro cerebro tiene la habilidad evolutiva de suprimir los ruidos de fondo que no nos interesan. En una fiesta llena de gente, por ejemplo, no solemos escuchar nada en forma precisa hasta que alguien pronuncia nuestro nombre. En un aeropuerto atestado tendemos a escuchar los anuncios de embarque solo cuando se acerca la hora de nuestro vuelo. Esa capacidad del cerebro para concentrar la audición en una persona o en ciertos sonidos e ignorar los que no nos interesa se conoce como “efecto cocktail party”.

Cuando el bullicio nos molesta, podemos “bajarle el volumen” al concentrarnos, por ejemplo, en espiar la charla de dos extraños. Si nos interesa una conversación en una fiesta, los ruidos de fondo dejarán de incomodarnos después de unos minutos. “Todos tenemos una especie de filtro”, dice Rui Poças, frecuente compañero de filmaciones

de Pimentel, “pero Vasco se queda irritado porque acaba por captar cosas que no quería”.

Rui Poças, uno de los mejores directores de fotografía del mundo según Hollywood Reporter, cuenta que Pimentel suele detener su trabajo en un set de filmación para pedirle a alguien que deje de hacer un ruido que ni siquiera sabía que estaba haciendo: un taconeo nervioso, raspar la pared con sus uñas, o, incluso, mascar chicle.

Los sonidistas suelen ser obsesivos y anónimos. Puntillosos como un arqueólogo. Aunque las caras visibles del cine son actores y directores, un tipo a quien apenas reconocen por la calle en su barrio puede ser responsable de la mitad de una película: ninguno de nosotros sería capaz de emocionarse, de explotar de euforia o alivio, de soltar un llanto súbito frente a una pantalla si no fuera por un efecto sonoro elegido para provocarlos.

Las películas de terror serían inofensivas sin un director de sonido: el suspenso es el chillido histérico de un violín mientras una mujer se ducha (Psicosis), dos notas repetidas –mi y fa– que van in crescendo a medida que la cámara se acerca a un bañista (Tiburón). Los dramas y las comedias románticas no nos harían llorar o ilusionarnos sin el poder de sugestión de la música: Rocky Balboa corriendo por las calles de Filadelfia no nos convencería de su espíritu de superación sin las trompetas de “Gonna fly now” marcando sus pasos. Patrick Swayze se vería ridículo con esos rayos de luz en la cabeza mientras se despide de Demi Moore, si al final de Ghost no sonase “Unchained melody”.

Emocionarse con una película se debe en buena parte al trabajo silencioso de un sonidista. En algunas escuelas de escritura creativa de Estados Unidos se enseña narrativa aural, esto es, aprender a escribir con sonidos, y The Los Angeles Film School incluso tiene un programa de Asociado en la Ciencia de Artes de Grabación.

Nadie discute que el sonido es neural a una película, pero el sistema hollywoodense tiene su propio “efecto cocktail party”: como si fuera el ruido de fondo en una fiesta atestada de celebridades, nadie voltea al oír el nombre de un director de sonido. Gary Summers, uno

de los sonidistas más exitosos de Hollywood, ha sido nominado nueve veces al Óscar y ha ganado cuatro –tantos como Spielberg–, solo que a él no le toman tantas fotos ni le preguntamos cómo logró el audio de miles de espadas chocando en El señor de los anillos, la embestida violenta del agua en Titanic o los pasos de los soldados en El imperio contraataca.

Mark Berger puede sonar a nombre de futbolista inglés de segunda división, pero así se llama el tipo detrás de explosiones, ametralladoras y climas opresivos de Apocalypse Now y de los silencios angustiantes de El paciente inglés, un ilustre ignoto que ha ganado, también, cuatro veces el Óscar –otra vez, como Spielberg–, las cuatro veces que estuvo nominado –mejor que Spielberg–.

El sonido interviene en el cine de varias maneras: las voces humanas, la música, los efectos de sonido, las interacciones sonoras y el silencio. Esos tipos de sonidos son cruciales para la verosimilitud de una escena. No es necesario que el uso del sonido sea obvio, directo –como cuando una boca dice algo y las palabras se oyen en perfecta sincronía: el diseño del sonido comporta el uso de figuras retóricas de uso común pero denominación desconocida–. El sonido opera como signo, como símbolo, como señal. Opera en metonimias, yuxtaposiciones. Hay un sonido metafórico. Evocaciones. El sonido siempre construye un tono o, de otro modo, da sentido a las escenas.

El trabajo de sonido del “futbolista” Berger, por ejemplo, volvió memorables algunas de las escenas de Apocalypse Now. ¿Recuerdan el inicio? Mientras un soldado observa girar un ventilador de pared desde su cama, escuchamos el batido de las hélices de un helicóptero, y así el juego del sonido y las imágenes contagian la alucinación del personaje. Berger marcó un hito en la historia del cine. El director Francis Ford Coppola entendió que el trabajo de sonido había aportado tanto al clima y a la historia del filme que los responsables no podían ser considerados solo “sonidistas”. Así, desde finales de los setenta, se les llama directores de sonido.

En la isla de silencio que es su casa en Lisboa, donde se mantiene a salvo del barullo de los coches, Vasco Pimentel recuerda otra escena de Apocalypse Now: cuando el cocinero baja del barco y se mete en la selva a buscar algo para hacer la comida. Primero se oye el zumbido de los insectos y el canto de los pájaros, pero de súbito todo el ruido desaparece. El cocinero entra en alerta. Escuchamos que algo avanza sobre la hierba. La tensión aumenta cada segundo. Entonces de la fronda surge un tigre como un rayo, y uno queda al borde del infarto. “Hubiese sido un error poner el rugido de un tigre antes de que

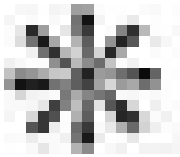
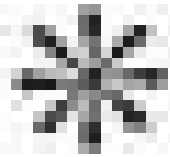
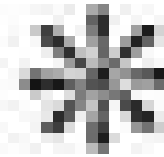
aparezca", dice Pimentel. "Lo que quieres es que no se entienda que es un tigre". Para el cineasta Robert Bresson, un sonido no debe acudir en auxilio de una imagen. Para Pimentel, es estúpido un montaje de sonido donde todo lo que se ve suena tal como se ve en el mismo momento en que se ve.

La cultura urbana occidental privilegia la vista sobre el resto de los sentidos, pero considera la extrema sensibilidad al sonido como un superpoder. Bresson creía que el ojo era superficial, y que el oído es profundo: "El silbido de una locomotora imprime en nosotros la visión de toda una estación". El oído nos permite percibir aquello que no está frente a nosotros y, desde el celo al espionaje, tenemos apetito por escuchar lo que no debiéramos.

Nos fascina el superpoder de oír más que los demás. En El hombre nuclear, la exitosa serie de televisión de los setenta, Steve Austin no solo era capaz de levantar camiones y ver detalles a kilómetros de distancia sino que era capaz de escuchar los planes de los malvados que complotaban a decenas de metros mientras Supermán podía reaccionar al grito de socorro de un niño a cientos de kilómetros. Y hay comerciales de televisión que ofrecen audífonos para oír mejor con la promesa de que podremos escuchar conversaciones ajenas en la habitación conjunta. Sin embargo, algunos de los que empiezan a usar estos audífonos los abandonan porque, como si fuese una condena filosófica, escuchar demasiado y de súbito, aturde.

Tal vez por eso, a veces, Vasco Pimentel vive como una maldición su extraordinario don para oír. No solo le disgusta la bulla de los automóviles: también los gritos de los meseros y el murmullo de las conversaciones en un restaurante; el balbuceo simultáneo de las discusiones futbolísticas en la radio, y las canciones de moda –en especial, las de Rihanna–. No sufre de hiperacusia, el síndrome que nos hace intolerantes a sonidos como el timbre del teléfono o el golpeteo de los cubiertos contra los platos. Tampoco sufre de misofonía, el odio al ruido que experimentan aquellos que, por ejemplo, se crispan con la fricción de un bolígrafo sobre una hoja de papel. El problema para Pimentel es el ruido que nos envuelve como una burbuja: aquello que oímos en todas partes, y no percibimos por insensibilidad o indiferencia.

–Las personas escuchan cosas abominables –dice.

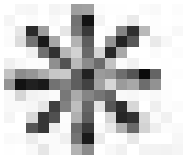
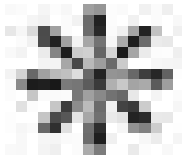
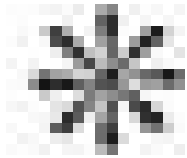
Una tarde, mientras filmaba con Wenders, Vasco Pimentel se quitó sus audífonos y caminó resuelto hacia unos niños que jugaban con algarabía sin saber que tanta pasión estaba arruinando una escena. Eran los años noventa y estaban en una terraza de Alfama, uno de los barrios más antiguos de la capital portuguesa, trabajando en una escena de Lisbon Story, la película de Wenders que más reflexiona sobre la imagen y el sonido en el cine. De pronto, Pimentel colocó sus audífonos en las orejas de uno de los niños y movió el micrófono para capturar los sonidos que llegaban hasta aquella terraza con vistas al río Tajo: el canto de un pájaro, las campanas de la iglesia, el viento entre los árboles, la sirena de un barco llegando al puerto. Uno a uno, los niños escucharon y callaron, como hipnotizados: se habían vuelto cómplices de un señor que les hacía oír un mundo que estaba allí, pero que no percibían. Vasco Pimentel les había prestado sus oídos.

A Wenders le gustó tanto la escena que decidió incluirla en Lisbon Story, un film sobre un director que se propone hacer una película solo con su cámara, sin nadie más, como si fuera la primera historia del cine. El personaje que hace de cineasta filma horas y horas en Lisboa, sin sonido, hasta que toma conciencia de que su proyecto está fracasando. Entonces pide auxilio a un amigo sonidista –el protagonista de la película–, quien viaja a la capital portuguesa con sus maletas y su micrófono. Cuando el actor que hacía de sonidista en Lisbon Story viajó a Lisboa, Wenders le pidió que se inspirase siguiendo durante días a Pimentel por las calles de la ciudad. El sonidista portugués, que ya había trabajado con Wenders en El estado de las cosas, era en realidad el personaje maniático y apasionado que el director alemán quería retratar en su película.

Cuando habla, Vasco Pimentel es tan expresivo como un mimo acelerado y, mientras gesticula, de sus labios brotan onomatopeyas sin cesar. Una vez conté cuántas palabras salían de su boca en un minuto: doscientas sesenta. En una charla TED, Al Gore pronunció ciento treinta y tres en el mismo tiempo. Tantas palabras no le alcanzan a Pimentel para decir todo lo que quiere. Parece un niño para quien el lenguaje todavía es un misterio e intenta contar una historia con todo su cuerpo y todos los ruidos. Es curioso que un hombre encaprichado con el sonido –y que gusta del silencio tanto como de escuchar– pueda

emplear las palabras como metralla. Si tuviéramos un control remoto para silenciar el ruido ambiente y lo dirigiéramos a Vasco Pimentel entenderíamos lo que nos está explicando aun sin escucharlo.

En el imperio portugués existía la figura del oidor, un enviado del rey a los pueblos alejados de la metrópoli para escuchar las quejas de los súbditos. El oidor elegía contar lo que el rey debía saber. Pimentel es un oidor del cine, un sonidista que trabaja intentando hacernos escuchar aquello que hemos dejado de oír.

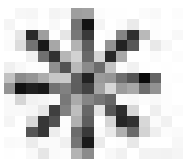
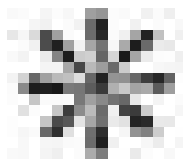
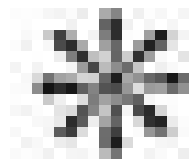
No solo Win Wenders fue seducido por el carácter insistente, hiperbólico y entusiasta del sonidista. En el mundo del cine portugués, Pimentel es conocido por su vínculo visceral y exhaustivo con lo que oye. La actriz Maria de Medeiros lo considera “un poeta del sonido” antes que “un técnico con obsesión por la técnica” y recuerda que cautivaba a su equipo durante horas hablando de un sonido. De uno solo. Algo así ocurrió en Brasil, mientras filmaba Vazante con Daniella Thomas. Después de no hablar durante días, mientras registraba cada sonido del interior de Minas Gerais, Pimentel se obsesionó con el acento de los viejos quilombolas que terminaron actuando en la cinta. Y buscó entre sus cintas las voces que había grabado en varias aldeas de Mozambique hasta dar con los sonidos que eran el punto de encuentro entre esos brasileños y aquellos africanos.

Pimentel nunca deja de trabajar. Cuando la filmación de una escena acaba, toma su micrófono y camina hasta la parada del bus para registrar su frenada, lo lleva al semáforo de la esquina donde graba el clic del cambio de luces, camina dos calles para registrar el clinc-clanc de las monedas que caen sobre el mostrador de una tienda o la charla de un vendedor con su cliente. Quién sabe si terminará incluyendo estos detalles en el fondo de la película que filma, pero son necesarios: como un cronista de época, un sonidista no puede vivir sin registrar el mundo. Cuando amase una colección de ruidos y ruiditos, Pimentel decidirá qué es conveniente para nosotros. Del mismo modo que el encuadre de un director dispone qué será visible y qué no, un sonidista edita el mundo que escuchamos. En su esfuerzo por contarnos bien la historia, el oidor nos trata como reyes.

En el cine, casi nadie percibirá los diálogos de una tienda a dos cuadras de donde ocurre la acción, pero los sonidos estarán allí ayudando a construir un sentido de realidad, un sentido que no siempre es evidente. El sonido de los sables láser de Star Wars fue conseguido mezclando el zumbido del tubo de rayos catódicos de un televisor y el ronroneo del motor de un proyector de cine de 35 mm. El famoso grito de Tarzán se logró con la voz del actor, unos ladridos de perro, el aullido de una hiena y el do de una soprano. Para hacer El exorcista, el director reforzó los efectos emotivos de la película incluyendo en la banda de sonido enjambres de abejas, guarridos de cerdos que estaban siendo degollados, maullidos de gatos y rugidos de león.

En el libro Resonancia siniestra, el músico David Toop habla de los sonidos que Stanley Kubrick utilizó en El resplandor: el crujir de la nieve, el rebote de la pelota de tenis que lanza Jack Torrance contra la pared, el sonido del triciclo de Danny mientras corre por los pisos del hotel, los ecos distantes de “Midnight, the Stars and You”, la canción de orquesta que suena mientras la cámara se enfoca en el joven y sonriente Jack que aparece en una vieja fotografía, después de la muerte del personaje. Todo eso, según Toop, provoca un efecto emocional acumulativo tan abrumador que preguntarse si es música real, ruido, sonido ambiental, buenas o malas composiciones ya no tiene sentido.

Vasco Pimentel fabrica un ambiente sonoro, una narrativa propia, un personaje más en la obra, y juega con el poder del sonido para evocar lo que no podemos ver. Frente a la consola de grabación, va alternando todos los sonidos captados en la escena. Y los que capturó antes. O después. Los escucha, los reorganiza, los descarta, los destaca, los mezcla. Pimentel es igual al personaje de Aquel querido mes de agosto, ese director de sonido que sale en busca de sonidos ajenos a la escena que estaba siendo rodada en ese preciso instante. El director le pide lo real-real. El sonidista le pregunta qué es lo real de lo real.

En la primavera de 2014, Pimentel andaba inquieto por una pregunta: ¿cómo sonaría el consultorio de un psicoanalista instalado en la barriga de una ballena? Entre otras escenas, el cineasta Miguel

Gomes le había encargado diseñar aquel sonido para su próxima película. Pimentel pensaba en la reverberación de las voces de los consultorios. Durante el invierno y también para Gomes, se había pasado grabando el canto de pájaros enjaulados y pensando en cómo darle sonido a esa reinterpretación del mito de Jonás. Encontró claves en la reverberación del sonido dentro de los huecos de los árboles. Los cantos de los pájaros, grabados durante tantos días, terminaron siendo el coro de un hombre que se pasaba la vida enseñándoles a cantar. Pimentel siente cada sonido por su música o su significado. “Vasco es un músico en la forma en la que mira al mundo”, explica su compañero Rui Poças. “En cierto sentido, es un músico en el sitio equivocado, pero si fuera músico, sería un cineasta en el lugar equivocado”.

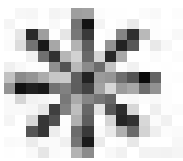
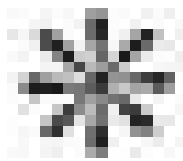
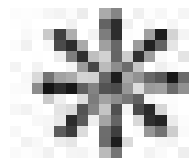
Para el común de los hombres y mujeres, el ruido más insoportable no es el más alto: es el llanto de un bebé. Según un estudio publicado en el Journal of Social, Evolutionary and Cultural Psychology, es el sonido más perturbador porque nos resulta casi imposible ser indiferentes a él: cuando suena esa alarma, estamos dotados de un “resorte psicológico” para dejar lo que estamos haciendo. Años atrás otro estudio de una universidad británica pidió a través de una web votar por una lista de más de treinta sonidos, calificándolos en seis niveles, desde “no tan malo” a “insoportable”. El ruido de un bebé llorando quedó en tercer lugar, después del sonido de alguien vomitando y el agudo de un micrófono que se acopla.

Según los científicos, si el llanto de un bebé nos desespera tanto es por una reacción biológica necesaria para la conservación de la especie. De acuerdo con Vasco Pimentel, la inquietud que nos provoca el llanto de un bebé tiene relación con el poder evocador del sonido y con su carácter impredecible: “Es por el potentísimo poder que tiene el oído –y ningún sentido más– de suscitar la fantasía, los temores, los recuerdos. El llanto de un bebito inmediatamente te pone a pensar: ‘Es un ser indefenso, está sufriendo, no posee el lenguaje para poder comunicarse, y necesita algo que yo no entiendo porque su lenguaje es puro grito’”.

Pimentel, que trabaja manipulando el poder emocional de los sonidos, puede escuchar el llanto de un bebé y entender lo que produce en las personas: eso hace que no le moleste tanto. Si cualquiera de nosotros oye llorar a un bebé, empieza a angustiarse por su duración incesante y por no saber la causa del llanto: queremos que acabe. El ruido de un niño que grita y que llora no tiene un patrón idéntico, ni de frecuencia, ni de ritmo, ni de desarrollo, ni de nada, explica Pimentel: “No sabes qué va a pasar, y eso irrita a la gente”.

En cambio, para él, que entiende los sonidos por su música además de su significado, el más insoportable de todos es el sonido de un carro parado con el motor en marcha: le parece estúpido y repetitivo hasta el absurdo. “Todos los sonidos son cíclicos. Pero el ciclo de un carro parado que hace trrrrrrrrrrrrrrr es particularmente estúpido: es tan cortito que unas cuatro veces por segundo repite el mismo ciclo: taca-ta-ta ta-taca-ta-ta-ta-taca ta ta ta”. Nunca sucede algo nuevo, no hay expectativas, no hay variaciones, no hay sorpresa.

Si a la mayoría nos crispa el llanto de un bebé y el motor de un carro no nos molesta, dice el sonidista, es porque estamos habituados a la repetición, porque eso impone el mundo. La música que oímos en un bar, en un café, en un taxi, en una publicidad de YouTube, recuerda él, se corresponde con el ruido que hace un carro parado con el motor en marcha. Hemos sido formateados para sentirnos cómodos con lo repetitivo. Lo impredecible nos irrita o nos inquieta. Nos hace sentir inseguros.

Los aromas pueden transportarnos al pasado: la hija de un fumador regresa a su infancia cuando aspira el humo de una marca de cigarrillos que fumaba su padre y el perfume de un desconocido en un ascensor nos dibuja a un hombre que habíamos olvidado. A Vasco Pimentel los recuerdos le entran por el oído, el primer sentido que usa un recién nacido.

Desde los cuatro meses y medio empezamos a escuchar el mundo exterior en la barriga de nuestras madres. A inicios de los noventa, un estudio aseguraba que escuchar música barroca estimulaba más las conexiones neuronales que meditar o permanecer en silencio. Entonces se puso de moda el “efecto Baby Mozart”. Aunque la Universidad de Harvard revisó ese estudio y otros más y concluyó que no era cierto –porque escuchar Mozart solo mejora durante quince minutos la percepción espacial–, algunas embarazadas siguen poniéndole audífonos a sus barrigas con la ilusión de tener bebés más inteligentes gracias a escuchar La flauta mágica en el útero.

Cinco décadas antes de que pegásemos el clasicismo a la gravidez, Vasco Pimentel y sus cinco hermanos se criaban escuchando

composiciones de los siglos XIV, XV y XVI. Los compases del Medievo y del Renacimiento devuelven a Pimentel a su cama de niño, donde desde el piso inferior de una casona moderna, en un barrio alejado del centro de la ciudad, escuchaba los ensayos de música barroca de sus padres. Duarte Pimentel y Tita Lamas eran un ingeniero que tocaba instrumentos de cuerda y una pianista, y ambos se dedicaron por décadas a la arqueología musical: rescataron las partituras del barroco portugués, encargaron la reconstrucción de instrumentos desaparecidos y se reunieron con otros músicos para rescatar sonidos y melodías del pasado luso. Las partituras los guiaban para recuperar las canciones que hacía mucho habían dejado de sonar en las iglesias. Mientras sus compañeros de escuela escuchaban a los Beatles, los chicos Pimentel oían música compuesta antes del nacimiento de Bach.

Hace un tiempo, un equipo de científicos de cinco países probó una droga que devolvía al cerebro de los adultos la plasticidad de cuando eran niños. Estaban investigando el oído absoluto –esa capacidad para reconocer de memoria la nota en la que suena cualquier ruido, desde una olla que cae al suelo, el runrún del microondas (es un mi), el choque de dos copas en un brindis o el motor de un refrigerador (si bemol)– y querían restituir el potencial de aprendizaje que tenemos antes de los siete años. Después de dos semanas de ejercicios con la escala musical, los sujetos que habían tomado el fármaco Valproate, todos sin conocimientos previos de música, terminaron con un oído afinado.

La capacidad para reconocer o cantar cualquier nota musical sin ninguna referencia es más una habilidad lingüística que musical, y está relacionada con la memoria auditiva, con aquello que hemos oído en nuestra infancia, con los estímulos que recibimos desde niños. Hoy los investigadores discuten una versión acústica del dilema del huevo y la gallina: ¿qué fue primero: el lenguaje o la música? Los más polémicos argumentan que el lenguaje hablado no es más que una especie de música, que los bebés escuchan primero los sonidos de la lengua y solo más tarde reconocen su significado. Lo que llamamos música, dicen, es solo un juego creativo con los sonidos. Pero nadie nos enseña a escuchar como nos enseñan a hablar, leer y escribir.

Dos de los seis hermanos Pimentel se ganan la vida con su oído prodigioso. El menor, propietario de un oído absoluto, es capaz de afinar pianos en minutos. Vasco Pimentel puede recordar la nota exacta con la que empieza una ópera que no ha escuchado en treinta años mientras vive de crear atmósferas sonoras para películas y piezas de teatro. “Las notas musicales no son más que una simplificación: doce compartimentos para clasificar y guardar todos los sonidos del

mundo", dice.

El sonidista atribuye a su oído musical su facilidad para aprender idiomas. Pimentel habla portugués, alemán, francés, inglés, español, italiano y un poco de checo. Este último, según él, lo aprendió escuchando grabaciones mientras viajaba en el metro de París durante un viaje de filmación. Cuando oye al mundo y cuando trabaja para componer mundos sonoros, Vasco Pimentel organiza los ruidos y los diálogos de forma musical. En la isla de edición, observa el monitor de la computadora como si mirase un paisaje vacío. Entonces escucha un ruido y busca combinarlo con otro. Se empeña en hallar el tono justo, como si compusiera una canción. Hace lo que el director de orquesta y compositor Leonard Bernstein definió como el sublime milagro de la música: "Que nos permite percibir Esto y Aquello simultáneamente; no puede haber una representación más sólida o rica de la metáfora".

La memoria acústica de un sonidista no es una melodiosa cajita de música: es una torre de Babel de recuerdos tan confusos como inauditos. De sus viajes alrededor del mundo, Vasco Pimentel rememora cuando los musulmanes llamaban a orar en Sarajevo: "Eran cantos melancólicos y vibrantes, en voces de tenor eslavo al borde del falsetto del belcanto italiano: Bellini ruso con letra en arábigo". Se acuerda del sonido de las campanas en Varanasi, India: "Cientos, sin ritmo regular, todas en tonos diferentes, un solo golpe cada una, dentro de un zumbido constante de miles de campanitas de bicicleta". Pimentel no puede olvidar la música de los celulares en Tessalit, Mali: "Todos se mueven con su teléfono encendido, tocando músicas de guitarras eléctricas con su sonidito de celular. Mientras caminan, las músicas se mezclan, se desmezclan en el espacio y en el tiempo". Y evoca así el silencio, que se le presentó con audacia en San Petersburgo: "Había un gorrión herido, caído en el suelo blanco y helado, gritando solo, echado en la nieve que seguía cayendo". Vasco Pimentel recuerda que allí entendió por primera vez el valor del silencio, que no es la ausencia de musicalidad o armonía. "El silencio", dice, "es todo lo que sigue sonando alrededor de un gorrión que se muere".

Como todo sonidista, Vasco Pimentel es un creador de sonidos y de silencio. En la obra más famosa de John Cage, 4'33, una orquesta interpreta unas partituras en blanco durante cuatro minutos y medio. Esto es, no tocan nada: el público solo escucha su propio silencio y los sonidos del teatro. Antes de componer la obra, Cage había visitado la cámara anecoica de la Universidad de Harvard, una sala aislada de cualquier fuente de ruido exterior y diseñada para absorber todas las ondas acústicas. Cage entró en la cámara esperando escuchar el

silencio, pero descubrió que allí adentro seguía oyendo dos sonidos, uno alto y uno bajo. El ingeniero de sonido a cargo le explicaría que el sonido alto que escuchaba correspondía a su sistema nervioso y el sonido bajo a su sangre en circulación. Eso lo llevó a componer 4'33. Según El libro Guinness de los récords, una sala similar, la cámara sin eco de los Laboratorios Orfield, en Mineápolis, Estados Unidos, es el lugar más silencioso del mundo. Quienes entran y cierran los ojos en esa cámara sin eco no perciben ningún sonido. Encerrados detrás de tres puertas pesadas, la mayoría de los visitantes siente angustia y pronto pide salir. El silencio causa placer, pero una prolongada ausencia de sonidos nos abruma.

El dramaturgo Harold Pinter dijo que el silencio fuerza a la audiencia a contemplar lo que el personaje está pensando y es usual observar en cualquier conversación que algún participante se ve forzado a interrumpir los silencios incómodos. En Tabú, otra película del cineasta Miguel Gomes, hay un bloque completo donde los personajes hablan y susurran y se gritan, pero el público nunca escucha sus voces. Solo se oye al narrador contando lo que vemos. Lo que sí se escucha es el ladrido de los perros, el arrastre de las sillas, el motor ronco de las motos atravesando las montañas y las canciones rocanroleras que brotan de la radio. Vasco Pimentel borró los diálogos de los personajes y puso el sonido ambiental como telón de fondo para jugar con la idea de que no tenemos certeza de las palabras que escuchamos o dijimos, y que solo podemos reconstruirlas. "El sonido en una película actúa sobre ti de una forma metafórica, secreta, inconsciente, dolorosa, placentera. Pero son zonas secretas de nuestra psique. No es la información que ofrece una imagen o un diálogo".

Para hacernos conscientes del silencio en una escena, Pimentel utiliza la presencia distante de un sonido cualquiera: un personaje escucha a un perro que ladra a un kilómetro de distancia. En ese mundo, no hay nada más entre el personaje y el perro ladrando a los lejos. El perro está solo. En silencio. Sin nadie. Es el estado platónico de Pimentel sin tapones en los oídos. Como le gusta estar cada día, todas las mañanas, después de despertar. Como suena el mundo al morir un gorrión.

FITZCARRALDO EN LA MESETA

Jordi Costa

1. “Aprovechando la coyuntura de la decoración, que es todo rural –digo, si es que se nos presta: ahora te doy los trípticos que hemos hecho de publicidad, que vienen con el menú y el programa–, vamos a hacer una fiesta tipo matanza y vamos a dar caldo mondongo gratis a todo el que venga. Quería matar un cerdo cara al público, ¿sabes?, lo que pasa es que he estao con Sanidad y están muy estrictos. Vamos, totalmente que no, porque la protectora de animales… luego la sensibilidad de la gente pequeña… los chiquitos que presencian al cerdo que chilla y tal. Total: descartao. Y entonces voy a poner un cerdo entero que me proporciona una chacinería. Va a venir un dulzainero para amenizarlo y, después de la sobremesa, estaremos dos horas pues con música de baile. Y esa es la idea”. El empresario hostelero Lázaro González me está contando los detalles de la oferta estrella para la temporada otoño-invierno del 2002 de su Asador El Labrador, situado en el kilómetro 222 de la carretera Madrid-Irún, a un paso de Cogollos (Burgos). Las Fiestas de la Matanza, todos los fines de semana de noviembre a abril. Decora el local una amplia colección de aperos de labranza y demás poesía objetual de la vida aldeana. “Este yugo que hay aquí estaba hecho para trabajar con una vaca y una burra a la vez, o una mula y una vaca”, señala Lázaro. Hay, también, el modelo experimental de una máquina ideada para sembrar la remolacha a mano y que no llegó a encontrar su hueco en la historia de la ingeniería agrícola. Un par de sandalias construidas con partes de llanta y trapos. Una trampa para cazar comadrejas y lirones. Y un objeto que me parece cruel probablemente porque soy un panoli de ciudad: una funda de ubre cubierta de pinchos, cuyo diseño inteligente estaba orientado a destetar a las caballerías. O sea, a pinchar el hocico del potrillo cuando quería acceder a la ubre fuera de plazo. Son piezas del Museo Etnográfico a que hace referencia el tríptico publicitario de las Fiestas de la Matanza: “Pueden contemplar el Museo Etnográfico”. Y más abajo: “El yate Azor que usó Franco”. Más tarde hablaremos del Azor. Ahora me fijo en otra frase del tríptico: “Algunos domingos se realizará matanza, chamuscado, raspado, etc., de un cerdo, con los permisos sanitarios pertinentes”. Y pienso que Lázaro es de esas

personas cuyos sueños, casi siempre, se tuercen.

2. Me ha traído hasta aquí un mostrenco purasangre: LuanMart, un tipo raro plantado como un cactus alienígena en una de nuestras ciudades más historiadas. La primera vez que le vi, una chica de aspecto bávaro vestida de dominatrix, látigo en mano, le estaba dejando hecho un cristo en el curso de una vehemente performance. LuanMart lleva quince años remezclando, como un dj del papel impreso, las historietas y los textos de los autores que le gustan en el espacio de su fanzine gratuito: El Monográfico, que viene a ser algo así como un surtido escaparate de contracultura y agitación ideológica y estética en unos tiempos en los que parece que la contracultura agoniza. O se desliza suavemente hacia la inexistencia después de que todo lo que la ha sucedido le haya ido dando estocadas. LuanMart está hecho de la pasta de la que se hacen las leyendas. Una vez me contaron que un amigo común, hoy millonario, se lo dejó olvidado durante horas en el maletero de su coche. También creo recordar que otro amigo presume de tener un ratón envasado al vacío que le regaló LuanMart. Si hubiese que reducirlo a términos que entienda todo el mundo podría decirse que LuanMart es un dinamizador cultural, un motor que hace que ocurran cosas en un sitio en el que parece que nunca pasa nada. Pero lo mejor de LuanMart es que no es reducible a términos que entienda todo el mundo: con su piercing en el centro de la lengua –y el resto de utillaje neoprimitivo que atraviesa otros puntos estratégicos de su anatomía–, su cráneo rasurado, sus pantalones hip-hoperos y su mirada de marciano que una expedición de reconocimiento se debió de dejar olvidado cerca de Burgos, cumple en nuestras vidas la misma función capital que cumplía Gonzo en "El show de los Teleñecos". Es la cuota de extrañeza necesaria para que sigamos creyendo que hay algo más allá. Para que no nos volvamos locos.

3. En 1982, Werner Herzog, un director que creía en (y practicaba) un cine que hoy, como tantas otras cosas, ya no es posible, hizo Fitzcarraldo, una película que se convirtió en lo que contaba: un sueño demente, una locura avasalladora, una fantasía imposible… Contaba la historia de Brian Sweeney Fitzgerald, un chalado de la ópera empeñado en construir un teatro en plena selva del Amazonas con el fin de que Caruso

cantara sobre su escenario. Para financiar su sueño, el visionario, rebautizado por los nativos como Fitzcarraldo, intentó establecer una compañía de navegación en una vía fluvial virgen, propósito que requería, como primer y penoso trámite, el transporte de un aparatoso barco a través de una zona montañosa. El Brian Sweeney Fitzgerald real desmontó el barco, atravesó la montaña y lo reconstruyó en la ribera del río. Werner Herzog, para mimetizar el reto de su personaje y aportar sentido del espectáculo al conjunto, decidió transportar el barco entero a través de la montaña. Sin trucos. Sin efectos especiales. Solo con la ayuda de un puñado de indios, un rudimentario sistema de poleas y unas cuantas sogas resistentes. Fitzcarraldo fue uno de esos proyectos que convierten la magia del cine en un infierno: el rodaje duró nueve meses, en el transcurso de los cuales el equipo tuvo que bregar con una guerra en la frontera de Perú y Ecuador, dos accidentes de avión y diversos malos rollos entre las tribus locales. Dos técnicos fueron asaeteados por los nativos y tuvieron que confiar en las bondades de la cirugía de campaña. Jason Robards, que debía interpretar al personaje principal, cayó enfermo y tuvo que abandonar el rodaje. Le sustituyó el "íntimo enemigo" de Herzog, Klaus Kinski, estrella mostrenca por excelencia que sumó varios grados de histeria a las tensiones colectivas. Un buen día, algunos de los nativos reclutados entre los más de cinco mil extras fueron a ofrecerse ante Herzog como voluntarios para matar a Kinski. En realidad, temían menos al histrión que al cineasta, cuyo silencio en pleno corazón de la catástrofe se les maliciaba anuncio de males peores. Fitzcarraldo es algo así como la tediosa coronación de la cima de lo mostrenco por parte de un cineasta que hizo de lo mostrenco metáfora exagerada de la condición humana, con la ayuda (o el lastre) de un actor que, quizás sin proponérselo, logró que su accidentada carrera –que se movió, como una montaña rusa, de Douglas Sirk a Jesús Franco, de Sergio Leone a Werner Herzog, de Zulawski a Billy Wilder, pasando por varias estaciones de subsuelo– articulara un bronco discurso de lo mostrenco. Fitzcarraldo es la crónica de una machada convertida en una machada mayor, hiperbólica, autodestructiva.

4. Francisco Franco Bahamonde, Caudillo de España, está en la cubierta del Azor fotografiando a sus cuatro nietos sobre un cachalote. El Generalísimo tenía la peculiar costumbre de jugar con esa composición –nietos sobre cachalote– cuando practicaba el retratismo familiar en la intimidad del Azor. Hay varios

ejemplos de ello en la pequeña exposición de fotos de Franco en el Azor que cubre un panel entero en el restaurante del Asador El Labrador. Mis padres siempre me habían dicho que, cuando Franco pescaba, debajo había un buzo que encajaba el anzuelo del Caudillo en la boca del desafortunado salmón que, en esos momentos, nadaba por allí. Imagino que en el caso de los cachalotes la operación debía de ser más difícil. Le pregunto a Lázaro si cree que el Caudillo pescaba, efectivamente, esos cachalotes. Arquea una ceja, sonríe y me da a entender que la teoría conspirativa que me transmitieron mis padres era un secreto a voces. O sea que nuestro país vivió cuarenta años bajo el yugo de un tipo de aspecto ridículo al que le colocaban los cachalotes en el anzuelo. Supongo que la versión más interesante de la Historia de España es la que podrían contarnos los buzos de Franco. Una Historia de España al estilo Jacques Cousteau que quizás nos permitiera entender por qué el Caudillo murió en la cama y por qué Felipe González, a la primera oportunidad, se subió a la cubierta del Azor a tomar el solecito y no sé si a componer fotos de vástagos sobre cachalote. El Azor, que fue botado en 1949 en los astilleros de Bazán, pesaba 500 toneladas, tenía 46.6 metros de eslora, 7.7 de manga, 3.8 de calado y podía alcanzar una moderada velocidad de 12.5 nudos, salió a subasta el 10 de marzo de 1992 con un precio de salida de 5,494,274 pesetas y nadie pujó por él. El 17 de junio de 1992 se hizo una segunda subasta y se lo quedó Lázaro González por 4,670,124 pesetas. El empresario hostelero tenía grandes planes para este "cacho de la Historia de España, ni buena, ni mala" que pasaba a ser parte de su patrimonio y, en el pasado, había servido para que un dictador fotografiase a sus nietos sobre cachalotes y para que un presidente socialista descubriese que jugar con símbolos equivale a jugar con fuego, o a delatarse. Por aquellas fechas, según atestiguan las fotos que acompañaban al reportaje publicado en el Diario de Burgos el 18 de agosto de 1992, Lázaro González lucía una pinta entre Joe Pesci y Jesús Gil, coronada por uno de esos cortes de pelo que convierten el cuero cabelludo en impostura de peluquín mal encajado, y vestía informal camisa de imitación hawaiana con escalofriante estampado. En suma, tenía el aspecto de un tipo con posibles al que se la suda eso que algunos llaman clase. Soñaba con un Azor convertido en restaurante flotante, pero la Armada se opuso: el connotativo yate había sido vendido como material de desecho para desguace y no podía navegar bajo ningún concepto. A la negativa siguió un contencioso entre González y la Armada que se prolongó a lo largo de seis años: el Azor permaneció amarrado en el puerto de

Requejada, en Cantabria, con una tienda de souvenirs habilitada en su interior en la que se vendían tornillos y tuercas de la sala de máquinas con un certificado de denominación de origen. En 1999, Lázaro desguazó el Azor: su base fue a parar a una chatarrería y el resto –fragmentado en ocho trozos– fue transportado a Cogollos con camiones especiales y allí se volvió a soldar al lado del Asador El Labrador. El empresario hostelero, tras su acto fitzcarraldiano, aún tenía planes para el legendario yate: habilitó una salida de fecales y tomas de agua, se planteó reconstruir la habitación donde durmieron el Caudillo y señora, barajó la posibilidad de convertir la nave en hotel o restaurante, pero, a mitad de proceso, cuando Lázaro ya era conocido popularmente como el Chanquete de Burgos, su ímpetu se fue desinflando. Y así ha quedado el Azor: como un dinosaurio de cartón piedra a la entrada de un autocine solitario, como la osamenta inútil de un monstruo marino sin sucesión evolutiva plantada en tierra yerma. Como reclamo o colosal espantapájaros de disuasorios perfiles. El citado artículo del Diario de Burgos recuerda el pasado fastuoso del yate: "Su madera, hoy desvalijada, era de estilo modernista con acabado de barniz poliéster y retoques de marquetería al uso de la época". El periodista menciona que el maderamen del barco añadía elementos de sicomoro y raíz de fresno. También evoca los sillones de terciopelo, los muebles de materiales nobles, los apliques de bronce, las alfombras y cortinas muy elegantes, para acabar rematando el paladeo de pretéritos esplendores con la incomprensible coletilla "dentro de una austeridad asombrosa hoy". El Azor, sigo citando el Diario de Burgos, contaba con treinta camarotes, un frigorífico digno del Ritz, un vivero para mariscos, un salón de reuniones y una sala de teléfonos, cuya puerta tenía 15 centímetros de grosor. Imagino que todo ello dentro de una austeridad asombrosa hoy.

5. En la foto hay un gato muerto. Sobre la perturbadora imagen, el artista ha escrito: "No me preguntéis lo que he tenido que hacer para conseguir que el gato se estuviese quieto y poder sacar la foto". En otra foto aparece la familia Real española y, debajo, la leyenda: "No nos miren con esa cara, ¡¡¡somos reales!!!!". Hay otra foto que es un palíndromo visual: vista del derecho encaja con el pie "Árabes en oración"; vista del revés adquiere su auténtico sentido al leerse "Fábrica de jamones". Son algunos de los fotomontajes de LuanMart: hay otro que me gusta especialmente, en el que aparece un belén cuidadosamente

colocado entre los acogedores pliegues de una vagina. Ahora mismo, LuanMart y yo estamos dentro del Azor, tras haber hecho caso omiso de los carteles en los que la empresa –o sea, el Asador El Labrador– no se hace responsable de los accidentes que puedan ocurrir dentro de la desastrada estructura ex naval. En las paredes aparecen jirones de algunas de las fotos de Franco en el Azor. En una de ellas, aparecen el Caudillo y señora y un grafitero ha escrito "El asesino chocheando" debajo de la efigie de Franco y "La Collares haciendo punto" bajo la imagen de doña Carmen Polo. El contraste no tiene la entidad de los fotomontajes de LuanMart. Hay otras pintadas en las paredes del hoy espectral yate. Una dice: "Fachas al paredón". Otra: "Eta mata poco". El Azor se ha convertido en un cementerio de consignas varado en el desierto. Llegamos a una amplia sala, cuya pared del fondo también estaba cubierta de fotos de Franco en el Azor, aunque ahora solo quedan algunos arañazos de pasado blanquinegro, un atisbo de cachalote, media cara de Caudillo… LuanMart me dice que esto debía de ser el salón de baile y en ese mismo instante se transforma en el LuanMart creador de fotomontajes y formula su brillante epifanía del momento: "¿No te da la impresión de estar en el final de El resplandor?". Salgo rápidamente del Azor, porque he visto algo: me he visto a mí mismo fotografiado sobre un cachalote en la cubierta del Azor, infantilizado para siempre como el protagonista de Ferdydurke, congelado en el infierno como Jack Torrance, atrapado eternamente en una especie de limbo mostrenco…

6. Ya en el exterior, recibo un mensaje de texto en el móvil: para q calzo? Es de mi amigo Berto, que se ha empeñado en que dedique un artículo al relanzamiento y reformulación del calzone por parte de algunas compañías de fast-food pizzero de nuestro país. Me temo que se va a quedar con las ganas, porque, por más que me esfuerzo, no le veo la miga al asunto y, además, ahora mismo no sé dónde estoy. Debo de estar en algún sitio que no sé si es el Cielo o el Infierno, en compañía de LuanMart y del Fitzcarraldo que compró el yate de Franco para erigir un monumento al fracaso. En el Hotel Overlook del Alma. El Azor está criando ridículo en la meseta, entre un Asador y un sucinto motel. Me recuerda el avión inacabado que aparece al principio de Block-notes di un regista de Federico Fellini: si Fellini hubiese rodado la última imagen que verán mis ojos del Azor, habría quedado hasta bonita.

7. “Cuando lo compré pensé que era un barco con bastante historia y que podía ser rentable como explotación hostelera por la curiosidad que despierta. Luego hay gente que ha visto otras connotaciones, pero nunca las ha habido. Yo he trabajao mucho, he partido de cero y no he tenido mucho tiempo de interesarme en política y además no soy de esa condición. Creo tener visión para los negocios: en unos acierto, en otros no. En este caso ya se ha visto que no. Al final, con el transporte y todo, me dejé 25 millones de pesetas para no tener nada. Solo la estructura. Estoy desanimado. Tengo sesenta años y noto que esto se acaba”. Aquí finaliza el monólogo de Lázaro González, empresario hostelero. Al salir del Asador, el mostrenco articulista se fija en la extraña zona de juegos infantiles habilitada en el amplio aparcamiento del lugar: hay una hilera de columpios vacíos, junto a un vagón de tren reducido a su esqueleto, unos cañones y una tanqueta que, si pudiese hablar como un objeto melancólico de nouveau roman, diría: “Tristes eran las tardes de cuartel, pero nada me había preparado para esto”.

8. Antes de que coja el autocar de vuelta, LuanMart me resume Burgos en media hora. Vamos a la Cartuja de Miraflores, contemplamos las reliquias, las osamentas sacras y los cráneos mondos. La talla de San Bruno, que, en palabras de mi guía, amigo y anfitrión, parece que cobre vida si la miras mucho rato. La siguiente parada es en la catedral, cuya fachada recién limpia parece gritar que estamos en un parque temático. LuanMart me dice que las esculturas de la fachada han sido sustituidas por réplicas de poliéster. No sé si será verdad, pero en el interior siguen estando el Papamoscas y ese Cristo pavoroso hecho de piel curtida y pelo humano, con las manos rematadas por uñas auténticas. LuanMart me cuenta que está preparando su próxima performance, que, de hecho, quiere que sea su apostasía. LuanMart desea ser excomulgado y, para ello, se va a meter dentro de una caja en la que habrá un agujerito. Me dice que todo aquel que mire por el agujerito verá algo que jamás podrá olvidar. Me voy pensando que LuanMart y el Fitzcarraldo burgalés son un buen resumen de lo que siempre había querido contar: que la diferencia extrema es la última oportunidad de ser algo en este mundo raro en que las cosas están dejando de ser cosas. Aunque esa diferencia, a veces, nos seduzca, nos fascine, nos gane para su causa. Y otras, nos repela, nos inquiete, nos

aterrorice o nos dé risa. Estoy en la puerta del autocar, a punto de subir. Y, bien pensado, no sé si quedarme.

EL DÍLER DIGITAL

Alberto Fuguet

Antes que nada, se ve a sí mismo como un cinéfilo. O, al menos, alguien para el cual “el cine es muy, muy importante, casi vital”. Ve, por lo bajo, siete filmes a la semana. A veces más, porque ahora que vamos camino al invierno se pone melancólico y como ya no tiene polola y la depresión a veces le pisa los talones, es perfectamente capaz de ver cinco a seis películas en un fin de semana, muchas de ellas en su cama con sábanas celeste s y un plumón verde limón comprado en CasaIdeas.

–Este wikén vi el debut como director del escritor Michel Houellebecq, llamado La posibilidad de una isla, un filme futurista francés, que me pareció extraño, regular no más, es mejor como escritor de libros controversiales. Me gustó poco, la verdad. Vi además una película con Colin Firth, por la que estuvo nominado al Oscar. Se llama A Single Man y es acerca de un profesor inglés que se quiere suicidar. Muy buena, y triste; sin duda, funcionará bien entre los clientes que me piden cine-de-temática-gay-no-porno. Ese es un mercado clave y que crece por hora y en ese sentido el cine asiático siempre me salva porque al parecer allá todo el mundo es como bisexual. Ahora está de moda, o he puesto de moda, porque leí un artículo en internet, el cine filipino que se hace con poco dinero. ¿Has visto Service de Brillante Mendoza? Es bien explícita. Es acerca de una familia que intenta mantenerse firme y digna mientras administran un cine porno en lo que antes era un gran cine como el Prat de la Gran Avenida, adonde yo iba mucho. Ahora es un restorán chino. ¿Qué más vi…? También vi Corazón rebelde, la cinta por la que Jeff Bridges ganó el Oscar. Es acerca de un cantante country, pero la temática es universal y humana y en el fondo tiene que ver con la redención y cómo el amor te ayuda a salir adelante. Pero también, y esto fue lo que me gustó, es acerca de cómo no es necesario tener un final feliz para ser feliz. Estas películas van a estar arriba en mi catálogo: mi listado premium, como le digo. Ninguna se ha dado en los cines y, por lo que sé, tampoco se van a estrenar pronto. Ya nada de seres humanos está llegando al cine. Las salas de cine son malls donde la gente lleva a los niños o los adolescentes van a jugar videojuegos. Ahí entro yo: mientras peor la cartelera, mejor para los que hacemos esto. Esa es parte de la gracia de lo que hacemos. O de lo que hago, porque

yo trabajo solo.

–¿Qué es lo que haces?

–Puta, ponemos las novedades de la cartelera mundial y las cintas más especializadas que triunfan en festivales en las casas de personas educadas, de buena tela, que les interesa el cine y la cultura. Por mil pesos les paso un DVD calado. Yo quiero que todos vean de todo y les permito acceder a lo que no pueden acceder. Les digo que hay cine argentino de autor y cine rumano que es bien cercano porque Rumania tiene muchas cosas que ver con Chile. Es extraño decirlo, pero siento que todos mis clientes me quieren, que les caigo bien. A veces siento que me ven casi como si fuera el Viejo Pascuero, porque siempre llego con cosas que esperan pero también con cosas que no sabían que existían. Y esa es la mejor parte: sorprender.

Digamos que se llama Joel Rodríguez. Casi todo lo que contaré acá es verdad menos su nombre y la ciudad donde vive y algunos detalles que podrían delatarlo, porque Joel considera que lo que él hace es "a lo más una falta" o "en rigor no es tema", pero entiende que "por ahora" lo que él hace es "supuestamente ilegal" y que una cosa es conversar, juntarnos, dejar que lo siga, ir a comprar películas con él y otra es salir "frontal" en la prensa. "Lo que pasa es que estoy dividido: me gusta esto de los DVDs, pero más me gusta mi pega porque consiste en ayudar a los demás".

Joel es sicólogo, tiene treinta y dos años y maneja un Gol verde del 2001. Estudió en Valparaíso, pero es de Santiago, del barrio Franklin más específicamente: "Nací comerciante, he estado comprando y vendiendo desde los doce". Joel es el primero de su familia (y de su cuadra) en ir a la universidad. "Soy un ejemplo y cargo con eso: todos me admiran, pero todos dependen de mí también". Vive solo en un departamento-tipo-bloque de dos dormitorios que mira hacia el sur y que es bastante helado de la ciudad de Quilpué, aunque pasa casi todos los fines de semana en Santiago: los sábados reparte sus películas por el sector Providencia y Vitacura. No es un lector compulsivo, pero lee: Murakami, La soledad de los números primos, los libros de fútbol de Guarello. Joel trabaja en el Sename, en la Quinta Región, en un centro de reclusión para adolescentes. La mayoría de los jóvenes con que trabaja (a veces, incluso, les muestra películas y luego las comentan) han infringido la ley en temas como robos, asaltos y consumo de drogas.

Joel también infringe la ley, la ley de propiedad intelectual.

Joel es un dealer de películas en formato DVD.

Su trabajo consiste en conseguir películas, por lo general nuevas o cintas que nunca se estrenarán o serán editadas en DVD, y copiarlas para luego ofrecérselas a sus clientes. Joel entrega a domicilio o en la oficina. "Soy al siglo XXI lo que antes era la señora de los quesos, la señora que traía erizos o locos o esas tías que tenían sobrinas azafatas que traían matute de Miami". Entre sus clientes hay doctores, profesores universitarios, gente ligada a los canales de televisión y los medios, directores y críticos de cine ("los que son más mayores; los pendejos se criaron con torrent y solo se calientan con DVDs originales onda Critierion Collection"), periodistas, dueños de tiendas y restoranes, empleadas de boutiques, "publicistas engrupidos y onderos", gente que trabaja en editoriales, actores de telenovelas, entrenadores de pilates, dentistas ("hay uno que me atiende por menos a cambio de películas: es como cambalache") y abogados. Sí, abogados. Tiene dos polos: Valparaíso-Viña y Santiago Oriente. Joel vende o ha vendido en sitios tan insólitos como clínicas privadas, colegios religiosos, agencias de publicidad, el Congreso ("aunque nunca a un diputado o a un senador") y ministerios. Partió vendiendo a estudiantes en la vereda frente a la UC de Valparaíso, pero poco a poco fue afinando su modelo y ahora siente que lo que él hace "es más curatoría; no vendo infantil ni porno ni blockbusters ni cintas chilenas cómicas porque las odio y me parecen cuma y de mal gusto y un insulto hacia la mujer".

Joel no intenta competir con los estrenos de la semana. Él tiene su propio catálogo que autoclasifica de "cine-arte o cine con mensaje". Le pregunto si no ve alguna contradicción o ironía en que alguien que trabaja para el Estado venda DVD en sitios estatales. "No. Yo no siento que estoy cometiendo un delito, ni menos los que me compran. Si me compran padres de familia, me compran cintas para sus hijos. Como Fantastic Mr. Fox, de Wes Anderson. Claramente no es tema. Quizás todos nos mentimos o lo negamos, pero nadie siente miedo o asco o anda paranoico. Hace tiempo que esta sociedad renunció a la idea de que este comercio es ilegal, porque el bien mayor es superior. ¿Me explico? La gente quiere cine que no está o está lejos o le parece caro. Nosotros se lo damos. Si yo trafico algo es cultura. ¿Por qué solo los que viven en Nueva York pueden ver el mejor cine del mundo?".

Durante la semana que pasé con Joel, el gobierno de Estados Unidos colocó a Chile en la "lista negra" de piratería intelectual junto a Argentina y Venezuela, por ser países que "no toman medidas"

contra eso. Joel considera que sí se toman medidas y "que ya no es tan fácil vender o comprar en público, en las cunetas". "La piratería intelectual en los mercados externos es mortal para las empresas estadounidenses y destruye los puestos de empleo para los trabajadores de este país", dijo en una declaración el representante de Comercio Exterior de Estados Unidos, Ron Kirk. Joel no está de acuerdo: al revés, piensa, acá los crea. "Además, se siguen estrenando películas y haciendo cintas chilenas, aunque yo casi ni vendo porque poca gente quiere verlas en primer lugar: excepto las comedias del Rumpy o Che Kopete, esas cosas".

Le pregunto si se ve a sí mismo como un dealer.

Me dice que no.

Caminamos por el Persa Bio Bio hasta salir del recinto y seguimos por una calle lateral hasta una playa de estacionamiento. Detrás de la garita de los cuidadores hay una mesa con "las novedades de la semana", entre ellas La isla siniestra de Scorsese (rotulada imagen completa; es decir, no filmada del cine y viene con subtítulos en castellano) y El día de los enamorados. El gordito que vende parece ser parte de un filme de Judd Apatow y anda con una polera con los monos de South Park; hay algo en la forma en que se mueve que a uno lo hace creer que es virgen. Mr. South Park le insiste a Joel que compre "la nueva de Al Pacino" que es acerca de "ese doctor que ayudaba a matar gente que estaba sufriendo, bro. Está buena, es como para tu target". Joel no tiene claro de dónde vienen estos DVDs, pero "claramente de USA o de México". Joel se dedica a llevar copias de estas películas a los clientes que lo contactan por correo electrónico. Joel tiene su pequeño laboratorio con dos computadoras, centenas de discos vírgenes, plumones marca Sharpie, impresoras a color, sobres celestes y carátulas en castellano aún no cortadas y dobladas.

Más tarde, mientras nos tomamos unas bebidas en el restorán chino donde antiguamente estaba el cine Prat de su pasado ("aquí vi El príncipe de las tinieblas, de Carpenter") me dice que sí, que en rigor es o puede ser o entiende que pueda ser tildado de dealer.

"Pero un díler digital, porque la firme es que no trafico, proveo; el cine puede ser considerado muchas cosas, pero no es una droga. Yo sé de drogas y te puedo asegurar que el cine no causa ese tipo de adicción y daño. No hay que mezclar las cosas", me dice mientras unta un grasoso arrollado primavera en una diluida salsa agridulce. "Yo he conocido a muchos adictos a la pasta base y no tienen nada, nada, en común ni con los más fanáticos de los cinéfilos que, por cierto, no son

clientes míos porque ellos bajan sus cosas solos y siempre buscan lo más rebuscado. Pero una cosa es devorar tres películas al día; otra es jalar tres gramos o fumar pasta. Yo muevo arte, trafico historias, potencio personajes complejos con que la gente puede empatizar, hago que algunos cineastas que están fuera del mercado por ser muy artistas encuentren un público. ¿Quién en Chile realmente se la ha jugado por Carlos Reygadas? ¿Por Lars von Trier? ¿Por Raúl Ruiz?".

Joel ya no es un dealer full time. Ya no lo hace "solamente para ganar dinero", que fue la razón por la cual partió cuando estaba estudiando y su familia no tenía dinero y él debía pagarse la pensión y la comida (sus excelentes notas le permitieron obtener una beca de estudios), sino porque le gusta, porque el dinero extra ("unos 400,000 pesos al mes como ganancia líquida, pero invierto el veinticinco por ciento de eso para lograr esa cantidad") no está de más y porque estar "en el rubro" le permite seguir viendo cine y "seguir promocionándolo".

Se considera "un coleccionista; tengo al menos cinco mil títulos y cada semana aumento en diez mi tesoro". Joel sabe el triple más que cualquier ciudadano culto acerca del séptimo arte, pero, al poco rato, capto que no es un crítico de cine, que sus gustos no necesariamente coinciden con los míos o con lo que está en boga y que, al compararlos con los de gente que conozco, posee baches que sorprenden (no conoce la página www.metacritic.com ni sabe quiénes son Pauline Kael o Héctor Soto). Joel asume que todo "lo que es anterior a 1980 o a Star Wars no es mi fuerte", aunque cree que es un experto en el film-noir y admira a cineastas más bien oscuros y de culto como Ulmer y Tourneur, pasando por Jodorowsky y David Lynch ("quizás el cineasta que más vendo"). Una época intentó bajar películas de torrent para quemarlas directamente pero era demasiado complicado. "La gente quiere subtítulos y buena parte de los torrents están supercomprimidos; mis DVDs son filete porque pesan cuatro gigas y tienen menú; yo no muevo las películas grabadas directamente en el cine, esas que uno ve las cabezas de las personas". Su sitio para bajar filmes favorito es, por lejos, The Pirate Bay. "Están en Suecia, creo, pero tienen embajadores en todo el mundo, buena parte de Hollywood. El más famoso es AXXO y yo lo admiro: dicen que trabaja para un estudio, es como Robin Hood. Yo sigo a varios de los que suben torrents. Me parece que son tipos –seguro son tipos, esto es una cosa de hombres– que son supergenerosos y como que tienen una misión. Tipos como noriegaRJ, mfcorrea o Thorton Wilder merecen todo mi respeto. Son admirables: mejoran el mundo; al menos, mi

mundo".

Joel se considera a sí mismo un "cinéfilo hecho a pulso" y su libro de cabecera es uno de Taschen llamado Las 1001 películas que hay que ver antes de morir, que compró en el Persa. Joel lee La Tercera los jueves y recorta las críticas y las separa por estrellas en carpetas, pero cuando le menciono el nombre de algunos de los que allí escriben no los reconoce. Tampoco ingresa a The New York Times aunque IMDb es su página de cabecera. En la pieza que hace de su "laboratorio" tiene dos afiches: uno de Good Fellas ("esa pudo ser mi vida, pude ser gángster, buena parte de mi familia movía apuestas en el Hípico") y de una cinta local: B-Happy ("la vi en un momento en que me sentía igual a la protagonista").

En toda su casa no hay una copia legal. Le pregunto si nunca ha pensado en los derechos de los creadores, si no cree que para que el cine pueda existir alguien tiene que pagar para que la industria no se hunda. "Yo casi no muevo cine industrial y mira, la industria no se ha hundido, ha cambiado. Otros colegas me han contado que nadie ha comprado una puta copia de Avatar, todos la quieren ver en 3D".

Joel cree que el mayor pecado que hacen los piratas es quizás mermar alguna ganancia. "Esto no es Estados Unidos, aquí casi nadie compra DVDs legales, entre otras cosas porque casi no sacan originales al mercado; y si lo hacen, valen más de diez mil pesos. No estamos hundiendo la industria, estamos creando un nuevo mercado cinéfilo. Al menos yo. Hay gente que me compra de a cuarenta DVDs. Quizás si esas películas estuvieran en el cine, las vería en el cine. ¿Crees que Tsai Ming-liang arrasa en las boleterías de Asia? ¿Has visto sus películas? El tipo solo filma con planos fijos. Sus cintas se financian por premios, becas, no lo tengo claro. Pero no creo que porque yo haya vendido en total unos ochenta discos de sus películas él se enoje o pare su producción. El huevón, puta, es de Asia: allá todo es pirata además. Aunque capaz que sus películas no se pirateen en Taiwán o Malasia o no sé donde. No soy experto en los sistemas de producción, no estudié ingeniería comercial, pero no me vengas a decir que le estoy arruinando su carrera. Quizás lo contrario. El día que estrenen un filme suyo, seguro que los que irán a comprar un boleto son algunos de mis clientes. Aquí me estoy mandando un carril, pero buena parte de la gente que llena ciertas películas del Sanfic es por proveedores como nosotros. Yo el año pasado fui a ver Good-bye Solo, que es una cinta independiente americana, de un director de origen iraní, creo, y que es preciosa, tiene un mensaje muy lindo sobre la importancia y los límites de la amistad, y me encontré con muchos clientes que me habían comprado antes Un café en cualquier esquina

del mismo director”.

Joel es más bien alto y tiende a usar buzos y chalecos con capuchón y es un fanático del fútbol. Siempre está bien afeitado y huele a colonia y usa cremas con filtros solares L’Oreal para hombre que le vende “un amigo que mueve cosas onda Duty Free”. Antes, en Santiago, entrenaba un equipo sub-17 de una liguilla; ahora juega todos los domingos como puntero derecho. Joel usa esos anteojos de marcos de carey que están de moda. “Estos sí que son piratas, porque no son Dolce & Gabbana; están hechos, seguro, en China: lo que compré es algo parecido al original y el marco me sirve, funciona y me gusta. Además está el precio. Yo no podría gastarme una fortuna en anteojos así. Además, si te fijas, estos lentes son B&C, o sea, no me están vendiendo algo falso, me están vendiendo algo que se parece. Los piratas piratean, copian. Es decir, imitan. O, para ser más chileno, tienden a pasar gato por liebre. El que me vendió mis anteojos en el Persa no me estaba cobrando 400 dólares, nunca me dijo que es un original. Hay gente que vende algo falso y dice que es verdadero. Si lo piensas, en Chile por lo tanto hay pocos piratas, quizás hay muchos minoristas. Yo, por mi parte, no estoy en el mercado de DVDs originales. ¿Siete en diez mil? Claramente no son originales. Además, ¿qué es realmente un original? El cine no es una pintura. Todos los originales al final son copias de un master. ¿O no?”.

EL BUFÓN DE LOS VELORIOS

Alberto Salcedo Ramos

"Chivolito" jura por Inés Cuesta, su madre, que no se duerme cada noche con la esperanza de que a la mañana siguiente amanezca muerto alguno de sus paisanos. Luego carraspea, se queda pensativo. Casi en seguida advierte que aunque a él le conviene la muerte del prójimo, jamás se ha sentado en la terraza a esperar que eso ocurra. La gente estira la pata porque le toca y no porque él se encargue de liquidarla.

–Yo no tengo la culpa de que la trombosis ande suelta por las calles buscando empleo –añade con una sonrisa malévola.

Chivolito, cuyo nombre de pila es Salomón Noriega Cuesta, le debe el apodo a una pequeña verruga que tenía sobre la frente. Se ha pasado los últimos cincuenta años de su vida contando chistes en los velorios de Soledad, un pueblo de la costa Caribe de Colombia, a casi mil kilómetros de Bogotá. Los asistentes se desternillan de la risa y le brindan licor. Lo aplauden, le dan palmadas sobre los hombros. Al final de la jornada, él extiende frente a ellos una gorra, para que se la llenen de monedas. Casi siempre recoge entre ocho mil y doce mil pesos.

A menudo son los propios dolientes quienes lo solicitan como bufón, pues saben que su presencia le garantiza compañía al difunto. También sus vecinos le avisan cuando alguien acaba de fallecer. Y a veces él mismo está pendiente de los carteles de exequias que los deudos de los difuntos pegan en las paredes. En Soledad y en varios barrios del sur de Barranquilla es popular la frase según la cual un velorio donde falte Chivolito no tiene ni pizca de gracia.

Por lo general, Chivolito llega al velorio a las ocho de la noche. Les da el pésame a los deudos y se sienta en la sala, al lado del ataúd. Allí permanece un rato en silencio, con el rostro desconsolado. Es su manera de expresar respeto por la ceremonia religiosa. Luego se va hacia el patio o hacia el exterior de la casa –depende de dónde esté el público– y comienza su función, que suele prolongarse hasta el alba. Muchos de los asistentes le resultan ya familiares, pues son vagabundos de feria que lo siguen de un lugar a otro. Como conocen a

fondo su repertorio, le van haciendo peticiones en voz alta, una actitud similar a la de esos espectadores enardecidos que, en los conciertos, les solicitan canciones a sus músicos favoritos. “¡Echa el del man que tenía dos próstatas!”, le grita un calvo de bigote frondoso. “Es mejor el del viagra pediátrico”, exclama un vendedor callejero de butifarras. “Cuenta el de los esposos que se detestaban”, propone un anciano desdentado. Ellos ignoran que, al recordarle a Chivolito sus propios chistes, lo ayudan a combatir los estragos de su memoria, y a seguir vigente a los setenta y ocho años.

Hubo un tiempo en que Chivolito sabía exactamente a cuántos finados había visitado. Cargaba un bastón de guayacán en forma de culebra, al cual le trazaba una raya con un cuchillo de cocina cada vez que animaba un nuevo funeral. Hace veinte años el bastón se le extravió y Chivolito dejó de llevar las cuentas: entonces había animado novecientas dieciséis velaciones. Antes, cuando le sobraban arrestos, recorría la costa Caribe de punta a punta, desde el Cabo de la Vela hasta Bocas de Ceniza –unos quinientos kilómetros– en busca de velorios para sus humoradas. Ahora, viejo y achacoso, evita en lo posible los lugares que están demasiado retirados de su casa.

Cuando no ejerce su oficio de bufón, Chivolito se la pasa refunfuñando contra lo que él llama su “mala suerte”. Su inventario de quejas es extenso: le duelen las articulaciones, le arde la garganta, duerme muy poco. Le molesta la catarata del ojo izquierdo y le preocupa su exceso de ácido úrico. A finales de los años setenta lo abandonó la esposa y en 1996 se le murió la hija. Así que a estas alturas vive de la caridad donde un compadre, en una pieza estrecha y oscura. No es justo, dice, que a su edad deba recorrer tres kilómetros diarios bajo los cuarenta grados centígrados de Soledad, para vender rifas y ganarse apenas cinco mil pesos. En 2003 fue arrollado por un camión (en este punto se levanta la bota del pantalón para mostrar la cicatriz que le quedó en la rodilla). Y, como si fuera poco, su familia le dio la espalda. Solo falta –remata con un suspiro– que los perros del barrio lo confundan con un tarro de basura y se lo orinen. Chivolito repite su perorata ante todo el que se tropieza, sea conocido o desconocido. Pero cuando está en los velorios contando chistes parece que olvidara sus problemas. Le relampaguean los ojos, se le aviva la voz, sin duda porque siente que, en esos momentos, ya no es el hombre apocado que se confunde con el gentío mientras negocia su lotería, sino la estrella de la noche, el blanco de todas las miradas.

El féretro de José del Carmen Urueta, quien murió de muerte

natural a los setenta y tres años, preside la sala. Alrededor del ataúd hay una rueda de mujeres apesadumbradas. Casi todas visten de negro riguroso. Están rezando por el alma del muerto, con los ojos entornados y un rosario entre las manos, a la altura del pecho.

La casa es espaciosa, de paredes verdes descascarilladas. En un rincón de la sala hay un mesón de madera rústica que tiene un Buda de cerámica, un pavo real de hojalata y una bandeja de frutas artificiales. El tono de las mujeres es impetuoso.

–Dale, Señor, el descanso eterno –dice la que conduce la oración, una mujer enjuta que tiene una verruga peluda en la nariz.

–Brille para él la Luz Perpetua –le responden las otras.

Hilda Salas, la viuda, está sentada en el centro del redondel, flanqueada por dos mujeres rollizas que tratan de consolarla. Una le echa loción mentolada en las sienes y la otra le abanica el pecho con un sombrero de palma. De vez en cuando se zafa de sus comadres y se asoma por la ventanilla del ataúd, para llorar sobre el rostro del difunto. Grita, se estremece. La mano izquierda, con la cual empuña un pañuelo arrugado, se agita en el aire. Las otras mujeres se contagian de su histeria y sueltan también un llanto estentóreo. Sin embargo, no parecen tristes: tan solo interpretan, es evidente, un viejo libreto. A diferencia de Chivolito, ellas encarnan la parte grave del espectáculo escénico. Pero, al igual que él, encuentran en el funeral una posibilidad de protagonismo. En algunos pueblos pobres del Caribe colombiano la muerte es una oportunidad de esparcimiento. La gente acude a los velorios no solo para solidarizarse con los deudos, sino también para combatir la rutina diaria, para tener algo que hacer. Como no hay salas de cine que muestren muertos de mentira, toca distraerse con los muertos de verdad.

A través de la ventana abierta se divisa la ancha calle, donde se encuentran los otros asistentes al velorio. Hay que dar tan solo nueve pasos para atravesar la sala y llegar a esta calzada, que es polvorienta debido a que nunca ha sido pavimentada. Los dos extremos de la avenida fueron acordonados con bancos de madera para impedir el paso de los automóviles. Afuera, a diferencia de lo que ocurre en el interior de la casa, todos son hombres. Están organizados también en forma circular pero, en vez de rezar, ríen a carcajadas. La causa de tanto jolgorio es el tipo de baja estatura que cuenta chistes en el centro de la circunferencia. Esta noche Chivolito luce una camisa blanca de lino, un pantalón caqui y unos mocasines blancos. La cachucha, en la que más tarde recogerá el dinero, es verde. El hombre

tiene una voz chillona que taladra los oídos y una variadísima colección de ademanes cómicos: tuerce la boca, se pone bizco, camina renqueando, se tira al piso, se alborota el pelo, saca un peine, se acicala con la raya en la mitad, hace la mímica de un borracho, aplaude, se arrodilla. Parece un muñeco de cuerda manipulado por un titiritero delirante.

–Chivolito, ¿por qué no cuentas el del hombre de las dos próstatas? –interviene a gritos el vendedor de butifarras.

–Ese es muy largo –responde Chivolito sin mirar al autor de la pregunta.

Una garrafa de ron blanco empieza a rodar de mano en mano. El que la recibe apura un trago a pico de botella y enseguida se la pasa al siguiente.

–Un monstruo se casó con una monstrua –vuelve a la carga Chivolito con su voz penetrante–. Una noche el monstruo llegó a la casa con tremenda borrachera. Y le dijo a la monstrua: bueno, mi amor, vamos a acostarnos, que vengo con muchas ganas de hacerte monstruosidades. La monstrua le contestó: ñerda, papi, hoy no se va a poder, porque tengo la monstruación.

El chiste, pese a que es vulgar, parece demasiado sofisticado para este auditorio del barrio Rebolo, en el sur de Barranquilla. La gente se ríe de manera un tanto forzada. Ahora le toca a Chivolito el turno de beberse su trago de ron. El hombre empina la botella con las dos manos y se la lleva a la boca, el rostro levantado y el cuello echado hacia atrás, como si fuera a comenzar un solo de trompeta. Después le entrega la garrafa al vendedor de butifarras, no sin antes limpiarse los labios con la manga derecha de su camisa. Su semblante gozoso dista mucho del aire de pena que tenía por la tarde, cuando esgrimía por enésima vez su catálogo de dolencias.

–Bueno, les voy a contar un chiste muy apropiado para esta noche –dice, con el rostro iluminado–. Dos esposos llevaban treinta años sin hablarse. Una tarde el tipo fue al médico y se enteró de que se iba a morir al día siguiente. Entonces llamó a la mujer: “Fíjate, Susana, desperdiciamos treinta años odiándonos y ya mañana me van a comer los gusanos. No quiero irme a la tumba sin reconciliarme contigo. Te propongo lo siguiente: primero nos damos un abrazo y después nos vamos a cenar. Entramos al cine, tomamos vino y rematamos la noche en un motel”. Y le responde la esposa: “Nada de eso, malparido, recuerda que yo tengo que madrugar a preparar el entierro”.

La risotada es estrepitosa. El anciano desdentado luce al borde de un infarto. Se sacude, se golpea el pecho con la mano abierta. Los ojos le lagrimean. En medio de la algarabía, ninguno de los radiantes espectadores parece interesado en mirar hacia la sala, donde las mujeres enlutadas continúan entregadas a su plegaria por el difunto.

Aunque no existen registros históricos sobre el origen de los bufones de velorio en el Caribe colombiano, se cree que es una tradición de por lo menos un siglo. Resulta obvio suponer que el propósito de esta costumbre es amortiguar el impacto que produce la pérdida de un ser querido. Pero se trata, en realidad, de algo mucho más profundo, relacionado con la naturaleza festiva de los habitantes. No es que se cuenten chistes con la intención calculada de desterrar el dolor y restaurar la alegría, sino que, sencillamente, la gente es así, gozosa, risueña. ¿Por qué diablos tendría que comportarse de manera distinta en los funerales? Sería como aceptar la derrota. Lejos de humillarse ante la muerte, los hombres la desafían con el humor. Por eso, al frente de la mayoría de cementerios de la región hay un bar que se llama La Última Lágrima. Es una cultura tan hedonista que pareciera inspirada siempre en la célebre sentencia de Lord Byron: la vida es demasiado corta para desperdiciarla jugando ajedrez. O rasgándose las vestiduras por algo que, a fin de cuentas, es inevitable.

Chivolito está jugando dominó en una terraza del barrio Porvenir, en Soledad, donde vive desde mediados de los años sesenta. Sus compañeros de partida son el albañil Carlos Rico, el mecánico Heberto Guzmán y el licenciado en Ciencias Sociales Agustín de la Hoz. El tema de conversación es la muerte.

–Morirse es lo más fácil del mundo –opina Rico, a quien los demás llaman “El Mono”–. Uno se acuesta vivo y amanece con la cabeza doblada.

–Eso es verdad –tercia Guzmán–. La muerte es lo único que tenemos asegurado.

–Lo único –repite Chivolito con un gesto reflexivo, mientras juega su ficha.

El profesor De la Hoz no dice nada. Está concentrado en la partida. Son las tres de la tarde y la calle 17 es un hervidero de autobuses viejos, carretillas tiradas por mulas y triciclos con carrocería habilitados como taxis. El concierto de ruidos es atronador: el frenazo

de un camión, el chirrido de una segueta eléctrica, el pregón de un vendedor de aguacates. Algunos de los transeúntes detienen su marcha y se quedan al lado de la mesa, mirando el juego. Chivolito sigue hablando.

–La muerte era mejor negocio antes. Ahora se han puesto de moda las cremaciones esas, porque salen baratas. Yo pregunto: ¿quieren economizar? Amárrenle al cadáver una piedra en el tobillo y tírenlo al río. Así les sale gratis y de paso se ahorran hasta la llorada.

Uno de los curiosos apiñados alrededor de los cuatro jugadores le pregunta a Chivolito si para él también se ha desmejorado el negocio de los velorios.

–¿Y a ti quién te dijo que yo vivo de los velorios? –responde, con cara de ofendido–. En Soledad todo el mundo sabe que yo trabajo vendiendo boletas de las Rifas JB. ¡Tú acabas de llegar de Marte y no te has dado cuenta de esa vaina!

A continuación, en un tono sosegado, Chivolito le informa a su interlocutor que todas las mañanas recorre a pie cerca de tres kilómetros y vende ciento treinta boletas, a razón de cien pesos por unidad. El dueño del negocio le paga el cuarenta por ciento de las ventas, es decir, unos cinco mil pesos diarios. Es poco, advierte, pero ¿qué más puede hacer un viejo de setenta y ocho años? Lo de las muertes es una ayuda, por supuesto, pero no siempre se muere la gente y, en todo caso, hay velorios de donde lo expulsan a la fuerza, porque los deudos consideran que sus bufonadas son irrespetuosas.

–¿Irrespetuoso yo? –pregunta mientras se da golpes de pecho–. Ellos son los que creman los cadáveres, o se ponen a pelear herencias cuando el cajón todavía está en la sala. ¡Y el irrespetuoso soy yo!

En seguida vuelve a desembuchar su lista de calamidades. Un primo panadero se esconde cuando lo ve, para no regalarle ni un mísero pan. Un hijo extramatrimonial que tuvo en el pueblo de Malambo se volvió ladrón y perdió la vida en una balacera. A veces le da mareo y se queda sin visión durante unos segundos. A veces se le hinchan los pies de tanto caminar bajo el sol. Lo peor de todo, dice, es que él era talentoso y, sin embargo, no pudo derrotar a su “mal destino”. En su juventud lo dejaban entrar gratis a las salas de cine, para que con un megáfono le pusiera la voz a las películas de Chaplin. Ahí donde lo ven, con su 1.55 de estatura, él protagonizó dos comedias en el teatro Mogador. Todo el mundo pronosticaba que sería como Cantinflas o como Germán Valdés, el popular “Tin Tan”. ¿Y

quién es Chivolito hoy? ¿Quién es, a ver? Un pobre tipo sin suerte. Menos mal que todavía hay personas como el compadre Luis de los Ríos, que le da posada y comida, concluye meditabundo.

Otro de los fisgones quiere saber cómo fue que Chivolito se hizo contador de chistes en los velorios. Chivolito le responde que heredó el oficio de su padre, Demetrio Noriega. Luego cuenta que su primera función sucedió de manera accidental en 1956, cuando tenía veintiocho años. Esa noche había muerto la madre de Aristarco Sepúlveda, uno de los más afamados bufones de velorios de Soledad. Sepúlveda, un cincuentón de panza abultada, estaba tan conmocionado que no se atrevía a animar la velación, y por eso le pidió el favor a Chivolito, quien solo había ido a expresarle sus condolencias.

–Nosotros somos como los médicos –dice Chivolito ahora, con cara de estar revelando el primer mandamiento de un decálogo trascendental–. Cuando tenemos familiares implicados, buscamos a un colega.

Uno de los asistentes se declara sorprendido. Chivolito advierte que en sus correrías ha sido testigo y protagonista de muchos hechos asombrosos. Lo más insólito, dice, le ocurrió una noche en que lo arrojaron a empujones de una rueda fúnebre en el barrio San Antonio, de Soledad. Chivolito emigró para la tienda del frente y se puso a tomar cerveza con varios de sus fanáticos, quienes se fueron detrás de él. Allá siguió contando los chistes. Al rato, las personas que aún permanecían en la velación, atraídas por las carcajadas, también se marcharon hacia la tienda. La estampida dejó al cadáver casi solo, apenas con las cuatro rezanderas macilentas que lo acompañaban. Entonces, al hijo mayor del finado no le quedó más remedio que ofrecerle disculpas a Chivolito y suplicarle que regresara.

Mientras Chivolito hablaba, la partida de dominó había quedado suspendida. Ahora, Carlos Rico lo amonesta.

–¡Juega rápido, no joda! –gruñe.

–Yo te creo a ti la mitad de lo que dices –le advierte Heberto Guzmán.

Después se dirige al resto de contertulios.

–Llevamos cuarenta años oyéndole el cuento de la esposa que lo dejó y de la hija que se le murió, y ni siquiera los más viejos del pueblo conocieron a esas dos mujeres. Deja de hablar paja y pon

rápido ese doble seis, si no quieres que te lo ahorque.

Chivolito juega la ficha con un golpe seco sobre la mesa.

–¡Pa' joderte, marica!

El profesor Agustín de la Hoz llegó por la tarde al velorio en la casa de la familia Urueta. Mientras arribaba el resto del personal, se puso a dialogar con un hombre sobre la pésima campaña del Atlético Junior en el torneo de fútbol colombiano. Después, la charla derivó hacia la muerte.

–Como decía Quevedo, somos una presente sucesión de difuntos.

Según De la Hoz, la costumbre de hacer ruido en los funerales ha estado arraigada desde hace años en el Caribe, sobre todo en las zonas rurales. La bulla de los dolientes en los sepelios es quizá un alarido de pavor. Una manera de ahogar entre todos el implacable silencio de la muerte. Durante los últimos años la tradición se ha ido perdiendo, debido a la educación y a la influencia de culturas ajenas. Es posible que Chivolito sea el último bufón de velorios que sobrevive.

En algunos pueblos de la costa Caribe despiden a los finados con tambores. En otros les cantan coplas. Las plañideras a sueldo del pasado son hoy una leyenda pintoresca, pero en la región no hay entierro popular al que le falte su cortejo de mujeres quejumbrosas: familiares, vecinas, amigas, conocidas o simples entrometidas. Se apoderan del muerto sin autorización de nadie y lo lloran a grito herido, como si establecieran una relación proporcional entre el afecto y la potencia de su llanto. A ningún hijo de Dios le falta su banda sonora desgarrada el día del entierro. Es la prueba de que no vivió en vano, la evidencia de que dejó una huella. Si se miran bien las cosas –añade el profesor De la Hoz–, este sollozo colectivo es un baile de máscaras. Por eso, tal vez, la máxima fiesta de la región, el Carnaval de Barranquilla, termina con el entierro multitudinario de Joselito, un personaje simbólico: se muere para renacer. Para salvar la próxima fiesta.

Y eso –salvar la fiesta a pesar de la muerte– es lo que procura Chivolito esta noche, mientras cuenta sus chistes.

–Una viejita se desnudó frente al espejo y empezó a hablar con su propia imagen. "Ay, mijita, estás toda arrugada como un acordeón. Ya no eres la misma que martillaba con navegantes, choferes, poetas,

albañiles, músicos, zapateros, carpinteros, butifarreros, profesores y futbolistas. ¡Estás llevada de la malparidez!". De pronto se le salieron cuatro gotas de orín por donde sabemos, y dice la viejita: "Echeeeeee, ¡lloras porque te digo la verdad!".

Esta vez, el público aplaude además de reír a carcajadas. El calvo de bigote frondoso le pasa la garrafa de ron blanco. El vendedor de butifarras vuelve a pedirle el chiste del hombre de las dos próstatas. Y la barahúnda parece fuera de control. Dentro de la casa, la viuda luce tranquila a pesar de este alboroto, como si entendiera que es un deber cristiano prestar su muerto, para que Chivolito y su comparsa sepan que están vivos.

DESAPARECER

Eileen Truax

Desaparecer

1. Dejar de estar a la vista o en un lugar.

2. Dejar de existir.

3. Dicho de una persona o de una cosa: pasar a estar en un lugar que se desconoce.

4. Hacer desaparecer.

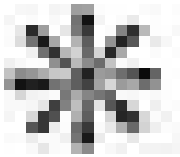
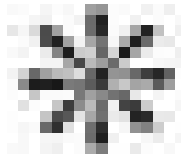
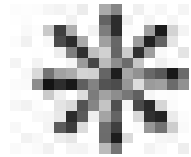
A finales de 2017 mi hijo, quien estaba al final de sus años veinte, desapareció en la Ciudad de México. No supimos nada de él durante tres noches, un comportamiento que no era habitual en él –tal vez alguna noche, con un reporte por la mañana de "todo bien"–.

Durante cincuenta y cuatro horas de no saber nada, la mente pasó de "tal vez se quedó sin batería en el teléfono", a "tal vez está dormido con una resaca enorme en el sillón de un amigo", a "voy a llamarle al amigo a, b, c", a "esto no es normal, pasó algo", a "no sabemos nada de él, está desaparecido".

Desaparecido. La palabra que he escuchado centenares de veces en entrevistas propias y de mis colegas, en artículos, en reportajes, en documentales, en las marchas y manifestaciones, en las estadísticas de los últimos años. Personas que antes estaban y ya no están. Esos que son buscados por sus padres, por sus madres, por los hermanos. Esos que después de un año, o tres, o siete, están en un lugar que no sabemos cuál es, pero no por eso han dejado de existir. ¿Es que me tocará tener un hijo desaparecido? ¿De dónde sacaría yo la fuerza para seguir viviendo si así fuera?

En la hora cincuenta y cinco, me llegó un mensaje: lo encontraron en un hospital. Y lo primero que pensé –lo primero– fue: como sea que esté, no seré una de esas madres que van caminando un país para encontrarlo.

Al darme cuenta de ello, lo segundo que pensé fue: cuánto daño nos han hecho.

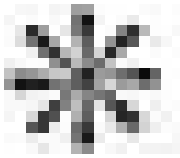
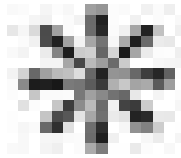
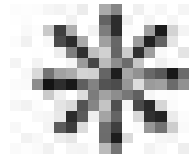
  

Unas horas después de que mi hijo apareció, en ese noviembre de 2017, se dio a conocer una lista oficial con más de treinta mil nombres de personas que se encuentran desaparecidas en México –aunque quienes han seguido este tema de cerca afirman que el número se queda corto, que llegan a cincuenta mil–.

Junto con la publicación de la lista, se promulgó en México una ley para fortalecer la búsqueda de estas personas, la mayor parte de ellas jóvenes, desaparecidas en la vorágine de violencia en la que se manchan las manos el crimen organizado, las autoridades cómplices y un Estado mexicano que ha normalizado la impunidad. Del total de los desaparecidos de ese reporte, más de trece mil lo estaban desde el gobierno de Felipe Calderón, y más de dieciséis mil bajo el de Enrique Peña Nieto, que al cierre de su sexenio rebasó los veinte mil. El gobierno de Andrés Manuel López Obrador, que empezaría un año después, en 2018, rebasó los veinte mil en sus tres primeros años.

Cuando tras años de búsqueda alguien aparece, con frecuencia es en una de las cientos de fosas clandestinas que han brotado en medio de la nada en las regiones que los criminales de todo signo se disputan para traficar drogas y personas, para retener secuestrados y realizar extorsiones, para hacer de la vida en este país una ruleta rusa: un día te tocará a ti, o a alguien que conoces, o tal vez ya le tocó.

Así que ese día, mientras abrazaba a mi hijo que estaba ahí, vivo, entero y conmigo, descubrí la imposibilidad de la felicidad plena en ese abrazo. Cada abrazo se vuelve la evidencia tangible de que tienes lo que otros ya no.

Conocí a Maribel Ascención en Los Ángeles, en 2012. Su hermano Andrés es uno de los trece mil –veinte mil, dice ella– desaparecidos en México bajo el gobierno de Felipe Calderón. El día que nos vimos se cumplía un año y tres meses del secuestro y la desaparición de Andrés.

–Ha sido un infierno– me dijo Maribel, y la frase no sonó a cliché, sino a infierno.

Andrés hoy tiene treinta y nueve años, afirmó ese día su hermana, en tiempo presente. En toda nuestra conversación, nunca hubo un verbo en pretérito, pero tampoco uno en futuro.

Eso pasa cuando una persona desaparece. Con ella desaparecen también las certezas, las posibilidades de proyectar en el tiempo, la tranquilidad. Maribel y su hermana se turnan para viajar a México con su madre. Llegan a Puebla, el estado de donde salió Andrés, y hacen un viacrucis burocrático en procuradurías y departamentos de policía. Reparten fotos por las carreteras que conectan al centro del país con Nuevo León y Tamaulipas, el último sitio en el que se tuvo noticia de Andrés. En un punto entre los dos estados lo detuvo un retén militar; la última llamada que recibieron de él fue justo cuando llegó al retén.

Las fechas especiales van dando a la familia una idea del paso del tiempo. Lo más difícil es la primera Navidad y el primer cumpleaños. Al hijo de Andrés, entonces de diez años, aún no le habían dicho lo que había pasado con su papá. ¿Cómo hacerlo, si ni siquiera ellos lo saben? Maribel no podía hablar por el llanto que le atravesó la garganta cuando me contó que el niño quería una cartera y sus tías se la dieron; entonces pidió ayuda para imprimir una foto de su papá y la colocó en la cartera, para llevarla consigo en el pantalón.

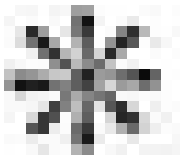
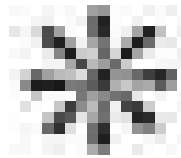
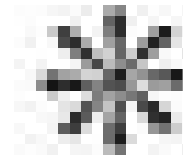
En su andar por oficinas y organizaciones, la familia Ascención fue encontrando a otras madres y se enteraron de que su historia no era la única. Que doña Gloria perdió a su esposo y a sus hijos que trabajaban en la policía. Que doña Irma sobrevivió a un ataque en su casa y tiene a su hijo desaparecido. Que al hijo del doctor Cantú lo acribillaron las fuerzas especiales en Monterrey. Que en el sexenio de Felipe Calderón desaparecieron a miles, y que nadie se hizo responsable por ello.

–¿Cómo pueden desaparecer veinte mil personas nada más así, sin que nadie sepa nada? –me dice Maribel con desesperación, mientras me entrega la foto de Andrés. Me pide que la haga circular, que tal vez alguien vio algo, sabe algo. –No me da miedo que sepan que lo buscamos, no me da miedo ir a hablarle a un procurador, no me da miedo ir a México a buscar en cada camino. Lo único que me da

miedo es que mi hermano esté muerto y que nunca lo podamos saber–.

Siete años después, en 2019 Andrés Manuel López Obrador se reunió con un grupo de familiares de desaparecidos en la Ciudad de México. Por la televisión vi a María González, la madre de Andrés, arrodillarse frente al nuevo presidente para pedirle que encontrara a su hijo. Con tono de político, López Obrador le dio una respuesta de político: “te lo voy a entregar”. Huelga decir que aún no ha ocurrido.

Las cifras al cierre de 2021 ponen en noventa mil el número de desaparecidos en México.

Tras varios meses de vivir un proceso difícil y un deterioro en su salud, mi hijo murió en mayo de 2018. Nada te prepara para la muerte de un hijo. Es algo tan antinatural, que ni siquiera hay un nombre para designar a quien perdió uno: no eres viudo, no eres huérfano. Eres un padre, una madre sin hijo.

Conforme pasan las semanas, te enloquecen las ideas; te vuelves loca. Hay días que son más horribles que otros, hay horas de un letargo que parece eterno. Y, sin embargo, a pesar del dolor que atraviesa, que atraganta, mi corazón de mamá se siente en paz. Repito: mi corazón de mamá se siente en paz. Al día siguiente de su muerte vi a mi hijo en la morgue, ahí, de cuerpo entero, como si estuviera dormido; tenía la expresión serena. Pude decirle unas palabras antes de darle un besito en la frente –fría–. Más tarde, ya en la funeraria, lo tomé de la mano por varios minutos; si cierro los ojos, aún recuerdo la sensación de su mano fuerte con el hueco perfecto donde cabía la mía. Le acomodé el pelo, le canté al oído. Le dije adiós, le dije que nos veremos otra vez –y lo creí–, y conservo una una cajita con sus cenizas.

Además de la oportunidad de despedirme, de llenar mis sentidos con la evidencia física de su muerte, ese día recibí la certeza que da el saber los detalles fácticos de su muerte.

Mi hijo murió el 22 de mayo de 2018.

Mi hijo murió en México.

Mi hijo murió por un infarto al miocardio.

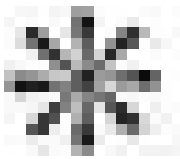
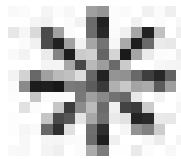
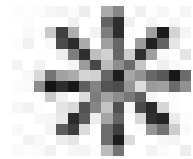
Mi hijo estaba pasando la tarde con N cuando murió.

Mi hijo le dijo a N, un poco antes de morir, que se sentía feliz. N me dijo que se veía feliz.

Mi hijo murió rápido.

Mi hijo murió sin dolor.

La certeza no aminora el dolor, pero serena al corazón.

Tres semanas después de la muerte de mi hijo, el Movimiento por Nuestros Desaparecidos de ese país publicó una carta abierta para los entonces candidatos a la presidencia. En un párrafo, la carta señalaba:

Las desapariciones en México […] continúan produciéndose todos los días a lo largo del país. Durante mucho tiempo las familias hemos asistido a discursos vacíos, compromisos incumplidos y una negación absoluta del derecho a la justicia y a la verdad, que para nosotras pasa por la búsqueda efectiva y localización de nuestras personas queridas.

Recordé la frase de Maribel: lo único que me da miedo es que mi hermano esté muerto y que nunca lo podamos saber. Pensé en mi paz de mamá: cuando un hijo desaparece, ¿cómo serenas al corazón?

En medio de los círculos dantescos de mi duelo, soy plenamente consciente de que he sido una madre con suerte porque sé dónde y cómo y cuándo y por qué murió mi hijo. Todos esos padres no; ni siquiera tienen la certeza de la muerte.

En México, a lo largo de tres sexenios, nos han desaparecido todas

las certezas; tener un cadáver en los brazos para brindar un poco de paz al corazón, se ha vuelto cuestión de suerte. Esa es la magnitud del daño que nos han hecho.

LA GUERRA EN ESTAMBUL

Juan Pablo Meneses

Parecía una tarde cualquiera. El sol se escondía entre las cúpulas de una ciudad repleta de mezquitas. Los turistas volvían de sus excursiones navegables por el Bósforo, de maravillarse con los tesoros de los sultanes o de fotografiar los minaretes de los templos islámicos. Los baños turcos de Estambul estaban a tope y dentro de ellos el vapor apenas dejaba ver los dedos arrugados. Los taxis, fabricados en Turquía en industrias estatales, se juntaban en las luces rojas con modernos BMW y Mercedes Benz de empresarios de Estambul o funcionarios de transnacionales con base en la ciudad. Las adolescentes turcas hacían fila en las tiendas de música para comprar el último disco de Tarkan, el ídolo pop que además era rostro de la campaña de AOLmail para masificar el uso de la red en todo el país. Las mujeres con chador negro y la cara cubierta se negaban a las filmadoras indiscretas, pero se daban maña para comprarles a sus hijos una Coca-Cola doble en uno de los tantos McDonald's de la ciudad.

Caía la tarde, por eso los clubes nocturnos de la famosa Istiklal Caddesi empezaban a probar las luces y a limpiar los privados para los clientes con más dólares. Las prostitutas recién despertaban; las esperaba una ducha larga antes de maquillarse para partir a los restaurantes de Taksim y el casco viejo. La oficina de migraciones se aprestaba a cerrar tras atender la avalancha de inmigrantes polacos, rusos y ucranianos que venían a realizar sus sueños a Turquía. Las autoridades políticas reiteraban su decisión de no ceder un milímetro a las peticiones de los kurdos en el sur. Todo era normal. Parecía una tarde cualquiera en Estambul.

Pero no era así. Cuando la historia comenzó a cambiar estábamos dentro de un pequeño almacén de bebidas y verduras. Junto a los envases de Cherris, una gaseosa turca hecha a base de cerezas y que ahora es propiedad de The Coca Cola Company, había un televisor sintonizado en CNN Turquía que transmitía en directo y a todo volumen. Dentro de él, las llamas colgaban de una de las Torres Gemelas de Nueva York. Pero no sería todo, porque en ese mismo momento otro avión se metía dentro del segundo edificio fatídico de Manhattan.

Entonces Kemal, un turco de bigote negro, espalda encorvada y manos azules de tanto manosear billetes, me pasó una Cherris helada y, con una mezcla de sincera euforia y sincero nerviosismo, dijo:

–¡Los americanos están en problemas!

No andaba solo. Días antes había volado de Madrid a Estambul con L. Se suponía que nos esperaban unas apacibles vacaciones de enamorados. Igual que los doce millones de visitantes que anualmente llegan hasta Turquía, lo nuestro era en plan turistas. Muy turistas. Acabábamos de recorrer el centro tomados de la mano, de hacer llamadas telefónicas eufóricas y de caminar horas de horas guiados por un mapa.

La gran sorpresa del viaje nos esperaba en el almacén de Kemal.

Luego de ver esas imágenes, le propuse a L. que regresáramos al hotel. En nuestra habitación, la televisión mundial repetía lo que nadie creía. Nosotros tampoco: por eso estábamos con la boca abierta frente a la tele de 29 pulgadas con control remoto universal. De un segundo a otro, cuando todavía no nos sacudíamos la sorpresa, el dedo acusador internacional giró hacia los países musulmanes. Y en aquel minuto, justo cuando el locutor de CNN juntó esas dos palabras, “países” y “musulmanes”, por la ventana de nuestra habitación se coló el sonoro, agudo, doloroso y tan característico rezo de quienes siguen la religión de Mahoma. Cientos de parlantes estilo megáfonos, atornillados en las cúpulas de las mezquitas, lanzaban diferentes plegarias que cubrían por completo la ciudad. Aquel eco monocorde de cientos de voces leyendo al mismo tiempo el Corán perturbaba. Estábamos en la otra parte del mundo.

Los rezos, como es obvio, no eran por el atentado. Forman parte de la vida diaria de estos países. Sin embargo, esta vez el azar se encargó de que ese zumbido gigantesco de los altavoces, ese enjambre de susurros megafónicos, fuera la música de fondo con que se derrumbaron los dos edificios que humeaban dentro del televisor.

Con L. nos tocaba vivir juntos un día que sería imborrable, histórico. Siguiendo nuestro plan de turistas, sacamos una cámara fotográfica y nos retratamos junto a la tele. Los dos sonriendo al lado de la pantalla, con la señal de CNN Turquía de fondo mostrando esa nube de humo que tapaba Nueva York. Era, y lo seguirá siendo por el resto de nuestras vidas, un lindo y singular recuerdo de viaje.

Pero, no conforme con la foto, L. quería que volviéramos a la calle por más turismo. Casi me derrumba a quejas cuando le propuse que nos quedáramos viendo lo que pasaba en el planeta: costaba parar de cambiar canales ante tanta oferta de imágenes. Siempre aparecía una nueva más espectacular que la anterior. L. no entendía que de un momento a otro, y sin aviso previo, mi mejor plan de vacaciones hubiera cambiado tanto. Desde ese momento, me parecía que el panorama perfecto para nuestro viaje de enamorados era recorrer los diferentes canales de televisión del mundo. Ojalá por todo el resto de nuestras vacaciones.

Finalmente, luego de una negociación llena de amagues, acordamos quedarnos el resto del día en la habitación y levantarnos temprano a la mañana siguiente. Esa noche, nos acostamos escuchando sirenas en la calle y alarma total en los noticieros, y hasta un par de disparos al aire que se oyeron muy cerca. Aquella no fue una madrugada cualquiera en la siempre sorprendente Constantinopla.

El día en que llegamos a Estambul, un atentado que tumbara las Torres Gemelas apenas cabía en la cabeza de un mal guionista de Hollywood. La prensa occidental ni soñaba con darle tanta cobertura a la religión islámica, esforzándose hasta lo risible en explicar sus características y sus tradiciones, analizando con asombro conductas por todos sabidas, como que aquí muchas mujeres se cubren el rostro.

Cuando aterrizamos, el aeropuerto de Estambul estaba repleto. Antes de timbrar el pasaporte tuvimos que esperar en una fila donde se mezclaban nacionalidades tan diferentes como la española, la italiana, la rusa, la kuwaití o la mexicana. Las conclusiones rápidas fueron dos. Uno: se confirmaba la característica cosmopolita y turística de la ciudad. Dos: casi no había estadounidenses, lo que hasta ese momento todavía podía extrañar.

Sin embargo, lo que más me llamaba la atención de ese aeropuerto era otra cosa. Hace casi treinta años, un policía igual al gordito de azul que se paseaba con un pastor alemán por la zona de maletas detuvo a Billy Hayes.

Hayes era un estadounidense que, como muchos de aquella época post-Vietnam, vino a Estambul a darse una orgía de hachís. Recién comenzaban a saberse las repercusiones políticas y psicológicas de tan errática guerra. Hayes había perdido amigos y compañeros en el frente de batalla, pero también perdió peso, inocencia, pelos y tiempo. Los

días en Estambul llenando su cabeza de opio le vinieron bien. Pero él quería más, y en una decisión bastante afiebrada decidió volver a casa con un cargamento de hasch pegado al cuerpo. Fue detenido antes de subir al avión. Lo condujeron a la cárcel de la ciudad y más tarde, por orden de un juez –pero sin juicio de por medio–, fue trasladado hasta Ankara, la capital del país. Ahí pasó largo tiempo protagonizando esa historia espeluznante que se convirtió en la película Expreso de medianoche, de Alan Parker.

Hace casi diez años que el aeropuerto de Estambul tiene el nuevo, modernísimo y gigantesco edificio actual. Perfectamente podría ser el terminal aéreo de una ciudad de Estados Unidos: de cualquiera del estado de Texas, por ejemplo. Pero a uno le basta salir del terminal para adentrarse en el mundo de Estambul o Constantinopla, como se llamó la ciudad durante el Imperio Otomano de hace mil años. Predominaba un paisaje amarillento, que mezclaba las construcciones milenarias con modernas torres de vidrio, donde abundan los buses de locomoción colectiva, hombres de camisas largas y barbas frondosas, puestos de comida callejera y el comercio. Mucho comercio.

Llama la atención cómo los turcos consideran el comprar y vender un arte. Las grandes multitiendas de precios rígidos que intentaron entrar a Estambul se desplomaron al primer round: acá no entienden la compra como un mero trámite esclavizante, sino como un saludable ejercicio de trueque y comunicación.

–Estambul tiene una parte europea y otra asiática. Está dividida en los dos continentes –nos dijo Marta, la guía que venía incorporada en nuestro paquete de turistas en vacaciones. Marta era argentina, llevaba más de veinte años en Estambul y casi tres décadas pintándose amarillas las canas. Usaba escote, collares de plata y fumaba cigarrillos mentolados: entre siete y diez por día.

–La parte europea, a su vez, está dividida en la parte antigua, donde están las principales mezquitas y palacios, y la moderna, donde verán los grandes hoteles y que podría ser cualquier ciudad de Europa –explicó por micrófono.

Antes de despedirnos, finalizado el city tour que nos regaló la agencia de viajes, Marta nos tomó del brazo y soltó un último consejo:

–No acepten a nadie que les venda droga. Si en la noche van al barrio de Ortakoy o los bares del Bósforo, no compren ni consuman. Muchos de los que venden son policías. ¿Te acuerdas de Expreso de medianoche?

Más que la película, recordé a ese policía regordete y mirón del aeropuerto, y los colmillos blancos que mostraba su pastor alemán mientras me olfateaba las maletas. En aquel momento, todavía vivíamos en otra historia.

El 12 de septiembre, a las nueve de la mañana L. ya estaba en pie y con el mapa en la mano, apurándome para salir a caminar. Me daba pereza –en realidad, me resultaba vergonzoso– tener que explicarle que en la noche, mientras ella dormía tan tranquila, yo me la había pasado viendo las noticias interplanetarias hasta las cinco de la mañana. Gastar nuestras soñadas y esperadas vacaciones en Turquía viendo tele la podía desilusionar todavía más. Lamentablemente, eso fue lo que pasó.

Si el derrumbe de las Torres Gemelas fue el evento mediático de la nueva historia, me lo consumí completo, y en todas las lenguas: del italiano al turco, del ruso al inglés, del hebreo al español. Daba lo mismo no entender lo que hablaban, quería tragar y tragar esas imágenes una y mil millones de veces. Pero si esas imágenes me parecían sorprendentes, L. estaba aún más sorprendida viéndome tan interesado en algo que, en realidad, era ridículamente intrascendente si se lo comparaba con, por ejemplo, nuestras románticas vacaciones.

Salimos a caminar en rutina de turistas normales, el día después. Lo primero fue comprar todos los periódicos de esa mañana. Aunque no entendíamos nada de turco, el titular en llamas del Hürriyety la foto terrible del Akit, con fecha 12 de septiembre de 2001, serían un maravilloso souvenir de nuestro viaje. La idea le gustó, y partimos a recorrer el Palacio de los Sultanes con toda la prensa local en la mochila como si fuera artesanía.

No éramos los únicos turistas despistados en los museos de Estambul. Algunos asustadizos cancelaron sus reservas automáticamente, pero otros, los que seguramente nunca más podríamos hacer un viaje así, seguimos en la ciudad.

En el museo del oro del palacio de Topkapi, la opulencia en que vivieron los sultanes te incitaba a tomar las armas y pensar en formar una guerrilla y luchar con dientes apretados y el dedo en el gatillo por un mundo más justo y más equitativo, y todo aquel mambo del planeta mejor que soñamos a menudo y tan honestamente, pero a la vez con tanto desgano y desidia. En el recorrido nos acompañaba un centenar de jubilados estadounidenses. El histórico puerto de

Estambul había recibido a un crucero de la Royal Caribbean que recorría los mares de Grecia y Turquía. Una empleada de la empresa norteamericana guiaba a los turistas del barco por dentro del Topkapi. De pronto, comenzó a sonar su teléfono celular. Hizo una seña avisando que la llamada venía desde Nueva York. La mitad de los ancianos se agolpó a su alrededor. La mujer, vestida con los colores de la empresa y maquillada en tonos casi fosforescentes, empezó a leer por teléfono la lista de nombres que traía anotada. Ninguno de ellos tenía familiares en el primer informe de muertos tras el derrumbe. Entonces, más tranquilos, todos seguimos visitando las maravillas de los sultanes, venerando la exhibición de los dientes y pedazos de pelo de cada uno de esos dictadores almidonados. Nadie quería desaprovechar un nuevo día en Estambul. No había de qué preocuparse. La Royal Caribbean, informó ella a nuestros improvisados compañeros de tour, se encargaría de ir chequeando si estaban muertos o vivos los familiares que cada uno tuviera en Manhattan.

En la tarde del 12 de septiembre, y luego de esperar casi dos horas, pude conseguir un computador desocupado en uno de los pocos cibercafés del centro antiguo de la ciudad. Pero la espera sirvió de poco: las líneas estaban saturadas y el turco que atendía el negocio dijo, en un extraño inglés, que la red tenía un colapso mundial.

–Es la primera vez que pasa esto. Internet está saturado en todo el planeta –agregó, alegre de ver a la gigantesca red con problemas tan domésticos como el abuso.

En la hora y media que pasé dentro del sitio, apenas logré abrir dos correos. El primero era de una lista de mails de un periodista chileno que lleva casi treinta años exiliado en Europa. Se trataba de una carta abierta con copia al diario El País de España, donde Miguel Ángel San Martín proponía declarar el 11 de septiembre “Día internacional contra el terrorismo”. Parte del correo decía: “El 11 de septiembre de 2001, un avión pilotado por terroristas internacionales derriba las Torres Gemelas de Nueva York. El 11 de septiembre de 1973, un avión siguiendo instrucciones de terroristas internacionales bombardea el Palacio de la Moneda de Chile derrocando al presidente Salvador Allende”.

El otro correo era de un amigo de Chile que me decía que saliera de Turquía, que me comprara un casco, que Estados Unidos iba a bombardear todo el Medio Oriente, que tuviera cuidado y que me quedara tranquilo porque ya tenía algo para contarles a mis nietos. Salimos con L. del café internet y caminamos por el centro de

Estambul planificando nuestro siguiente día de vacaciones. Antes, me detuve en una oficina de correos y mandé una postal con la foto de unos minaretes. Parecen misiles, escribí, mandando saludos viajeros a la otra parte del mundo.

Por las calles se veían más policías y militares que antes del atentado, los televisores de los restaurantes seguían repitiendo el derrumbe de las Torres y comenzaban a mostrar las primeras imágenes de Osama Bin Laden. Mientras nosotros decidíamos si era mejor navegar por el Bósforo o visitar la Mezquita Azul, a nuestro alrededor todos hablaban de la Tercera Guerra Mundial.

Varios días después del atentado la noticia mundial seguía siendo solo una. Daba lo mismo si íbamos a un baño turco o a fumar una pipa de agua. Mientras en Nueva York pensaban en el posible responsable, L. y yo nos entreteníamos buscando al doble de Bin Laden: en menos de cien metros ya se podía tener una preselección de cuatro o cinco muy parecidos al saudí.

Al mismo tiempo que en el mundo occidental hablaban de mezquitas y el Corán y Alá como claves del conflicto, L. y yo sacábamos fotos en edificios religiosos de más de mil años de historia.

Mientras la CNN retransmitía en exclusiva las llamadas telefónicas de los pasajeros de los aviones antes de estrellarse con las Torres, y luego a sus parientes sollozando junto a las fotos de los fallecidos, nosotros llamábamos por teléfono a nuestros familiares y gastábamos toda la tarjeta telefónica mandando saludos y relatando entre risas lo que veíamos y vivíamos en Estambul.

Al mismo tiempo que en Nueva York los padres y hermanos de los desaparecidos se anotaban en listados de rescate y en las embajadas de Estados Unidos se recolectaban firmas de apoyo, nosotros, en Estambul, regateábamos precios de cucharitas con la bandera turca o con la estrella y la media luna del islam.

Mientras el mundo se dividía en dos, nosotros seguíamos en vacaciones de enamorados siendo una sólida pareja capaz de imaginar el resto de nuestras vidas juntos.

La esquizofrenia de Estambul es ser la ciudad musulmana más occidental del planeta. Mi paradoja era otra: fuera del hotel era ridículamente turista y dentro, frente a la televisión, me había convertido en un adicto compulsivo a imágenes del atentado. Tragaba

y tragaba como si no tuviera fondo, ni final. Y eso no me asustaba.

Ciertamente en la ciudad no todos eran extranjeros en plan de vacaciones. Entre los turcos había nerviosismo por la nueva situación planetaria. Una tarde estábamos en la puerta de la mezquita de Santa Sofía, uno de los templos más llamativos del mundo, ya que por más de mil años fue el edificio techado más grande del planeta, cuando un musulmán de barba larga y ojos furiosos me preguntó a los gritos:

–¿Qué dice ahí? ¿Qué dice ahí?

La rabia del tipo se debía a que estábamos con zapatos de montaña en la puerta del templo.

–Aún estoy en la escalera –le respondí, sin atreverme a dar un paso más.

–¡Debes sacártelos antes de subir a la escalera! –Y apuntó a un letrero que en cuatro idiomas indicaba que dentro del templo se debe andar descalzo.

Los islamistas incluso se lavan cuidadosamente los pies antes de entrar a las mezquitas. Pero el tipo, de uñas largas y túnica, estaba alterado. L. trató de calmarlo con una sonrisa, pero quizás fue peor. Por un momento, con los primeros efectos secundarios de tanto abuso de noticieros occidentales, temí que fuera a sacar un cuchillo para rajarnos la garganta.

Justo en ese momento llegó al templo una familia de musulmanes: cuatro mujeres tapadas, un niño con camisa de manga corta y un hombre de barba cana y ademanes de ser el jefe del grupo. Fue este patriarca quien notó lo que pasaba y entre ellos hablaron unas golpeadas palabras en turco. Después nos dijo que no hiciéramos caso, que no estábamos en nada malo y que nos quitáramos los zapatos antes de entrar a la mezquita. Antes de irse, me balbuceó algo que interpreté como “está muy nervioso, y es lógico, pero ustedes no se hagan problemas”.

Nadie sabe cuántas mezquitas hay en Estambul. Se cree que aproximadamente una por calle. Sin embargo, las más famosas son tres: la Santa Sofía, considerada la joya del Imperio Bizantino, se levantó el 537 como basílica y con la conquista otomana en 1453 se transformó en mezquita; la Mezquita Azul, de seis minaretes; y la Suleymaniye, construida entre 1550 y 1557, tiempo récord para esos años, y que se puede observar desde el Estambul asiático y el europeo. Dentro de ellas, el peregrinar de grupos de turistas cámara en mano y

mapa al bolsillo es interminable. En cada una hay un mueble para dejar los zapatos y un velo para que las mujeres puedan ingresar sin problemas (una vez adentro, a ellas se les pide tranquilamente que se queden en el segundo plano que da un rincón tapado por un biombo).

Con el paso de los días, me acostumbré al sonido de los rezos en voz alta, y era difícil dejar de pensar en la fuerza religiosa de los musulmanes y en lo insignificante de las ideologías frente a las religiones y la fe. También había otras cosas que asombraban en esa ciudad con más del noventa por ciento de población musulmana: el insospechado éxito de la última película de Stallone como piloto de carreras y que la cadena Burger King hubiera acertado tan buen golpe de efecto al vender dos hamburguesas por el precio de una.

Las guerras han pasado por Estambul con la familiaridad de un carnaval de fin de año. Gracias a su estratégica ubicación geográfica, no es difícil imaginar el porqué de tantas batallas en la ciudad. Todo quedaba tan a la mano, que era hasta razonable desplegar las tropas hacia Estambul para apoderarse de su geografía táctica. Un día, por ejemplo, tomamos un bus en Besiktas, en Europa, y a los veinte minutos estábamos en Uskudar, en Asia. Solo un día antes, nos habíamos subido a un barco en el Bósforo y, luego de cuatro horas de navegación –entre mansiones modernas de yates en la puerta y palacios repletos de historia–, habíamos cruzado desde el Mármara, con salida al Mediterráneo, hasta el mar Negro.

Pero no todo han sido batallas. Los días posteriores al derrumbe del World Trade Center estuvimos bebiendo un café turco y revisando papeles y guías y tomando notas en el bar del Pera Palace, el hotel más clásico de Estambul. Por toda su historia, el Pera Palace podría ser un hotel perfecto para quedarse. Pero no era así. Eso de ser un edificio vecino –basta cruzar una calle– con la embajada de Estados Unidos no lo hacía un sitio muy recomendable en el mundo actual. L. tuvo la buena idea de pasar por la cafetería del hotel en nuestras últimas horas en la ciudad. Dijo que era una sorpresa que me tenía, y me cerró un ojo. El edificio donde estábamos era un reflejo de lo que ha sido Estambul como ciudad moderna. Fue inaugurado en 1892, para recibir a los viajeros del Expreso de Oriente. En la habitación número 10 vivió Ataturk, el primer presidente del país y considerado padre de la Turquía moderna. Greta Garbo se alojaba en la 103. Ernest Hemingway prefería la 218. Agatha Christie escribió la mayor parte de Asesinato en el Expreso de Oriente en la 401. En la 104 durmió Mata Hari y Sara Bernhardt escogía la 304. Todos estos personajes, cuyos

nombres se han convertido en jugoso anzuelo para los extranjeros, son solo una muestra de los miles de visitantes que desde hace años supieron tomar a Estambul como aquella ciudad mágica, especial, alucinante, que basaba su gracia en una cuestión simple: mezclar sin problemas Occidente con la cultura musulmana.

Pese a que los días pasaron y pasaron con su monotonía de viaje, las noticias seguían detenidas en las repercusiones del atentado en Nueva York. Los titulares de la prensa decían que en cualquier momento Estados Unidos atacaría Afganistán y que no detendría el bombardeo hasta que apareciera Bin Laden. El inicio de la ofensiva militar estadounidense supondría el cierre del espacio aéreo turco, porque en el país hay varias bases militares de Estados Unidos y más de veinte mil marines con ganas de venganza. Y si cerraban los aeropuertos, nos obligarían a quedarnos más tiempo en Estambul. Tal vez hubiera sido lo mejor.

La situación mundial era crítica, pero dentro del viejo Pera Palace nos conformábamos con un café turco en la misma mesa por donde habían pasado tantas celebridades. Por la ventana se veían las rejas que pusieron en la calle que da a la embajada de Estados Unidos. L. y yo nos sacamos fotos dentro del hotel y hablamos de proyectos, de planes para el futuro, de todos nuestros años juntos, de próximos viajes. Habíamos vivido en pareja la división del mundo y, a partir de eso, nos creímos capaces de superar cualquier crisis.

Y entonces le pedimos a la chica que nos atendía que nos sacara una foto. Sonreímos. Ninguno de los dos sospechaba que un año más tarde, al primer aniversario del derrumbe de las Torres Gemelas, ella estaría en Santiago de Chile preparando sus maletas para irse a vivir sola a España y yo, al mismo tiempo, estaría atravesando un pequeño poblado de Kentucky, en Estados Unidos, en un viaje por encargo como periodista portátil. Mientras posábamos para la foto, no teníamos idea de que doce meses más tarde estaríamos separados irreversiblemente, ni de que Afganistán sería destruido por completo, ni de que a los dos años Bin Laden seguiría vivo y prófugo, ni de que la guerra entonces sería entre Estados Unidos e Irak. Solo estábamos ahí, sonriendo alegremente. Especialmente L. Como si ella siempre hubiese sabido que la historia del mundo la deciden otros, que nosotros estamos aquí con el único y noble papel de ser turistas. Visitantes en tierras ajenas. Por suerte nos quedamos en esa dulce ignorancia, pendientes solo del estallido del flash y de mantener nuestras sonrisas.

COMO PERROS

Juanita León

LA TRAGEDIA DEL SECUESTRO

Las primeras palabras de los secuestrados recién liberados solían ser para sus captores. “Me trataron bien”, repetían frente a las cámaras de televisión. Luego callaban durante años, empujando sus recuerdos a un lugar recóndito de su cuerpo, desde donde los atormentarían el resto de sus vidas. Ahora las palabras de los secuestrados están en boca de todos los colombianos.

Después de dos años de estar viviendo en Nueva York, volví al país la última semana de enero del 2008 al Festival Literario Hay, en la bella Cartagena, y nadie habla de nada diferente a las secuestradas recién liberadas el 10 de enero por la guerrilla como un gesto con el presidente de Venezuela Hugo Chávez.

Las dramáticas cartas enviadas con Clara Rojas y Consuelo González de Pérdomo para sus familiares y las imágenes de los políticos, soldados y policías cautivos, cargando pesadas cadenas al cuello, o cadavéricas, como la ex candidata presidencial Ingrid Betancourt, como pruebas de supervivencia, son retransmitidas frenéticamente por los medios. Las historias de sus lentas agonías pasan de boca en boca. Todos las han leído en los diarios o las han oído a través de sus familiares en el radio o la televisión. Y, sin embargo, vuelven y las repiten, asombrados de que tanta crueldad pueda ser entregada al país en una sola dosis.

La ex candidata vicepresidencial Clara Rojas, una de las recién liberadas, contó cómo la amarraron a ella y a su amiga Ingrid a un árbol durante un mes, después de que trataron de escapar. “Nos traían animales salvajes muertos en la selva para que nos diéramos cuenta de lo que había allí afuera. Tarántulas aparecían cerca de nosotras”, contó Clara poco antes de reencontrarse con su hijo parido en la selva.

En la última carta que envía Ingrid a su mamá narra de manera desgarradora su desolación: “Estoy mal físicamente. No he vuelto a comer. El apetito se me bloqueó. El pelo se me cae en grandes

cantidades. No tengo ganas de nada. Y creo que esto último es lo único que está bien: no tener ganas de nada. Porque aquí en la selva la única respuesta a todo es 'NO'. Es mejor entonces no querer nada, para quedar libre al menos de deseos".

Mi mamá me cuenta horrorizada la historia del coronel Luis Mendieta, secuestrado en 1998: un día el oficial tuvo una diarrea muy fuerte y los guerrilleros lo obligaron a cagar en una olla delante de los otros siete secuestrados que estaban cautivos en el mismo lugar. Luego botaron la defecación en la orilla del río, enjuagaron la olla sin jabón y cocinaron ahí la cena de esa noche. Los obligaron a comer a todos.

"El coronel dijo que le había dolido la dignidad", me dice mi mamá. "¿Te imaginas decir que te duele la dignidad?", me pregunta nuevamente, mientras se encoge. El dolor de los secuestrados se siente en el cuerpo.

La liberación unilateral de Clara Rojas y de la congresista Consuelo González volvió a poner el horror de este crimen como tema de conversación durante las cenas. También durante las rumbas. Porque en Colombia, la rumba y el horror coexisten de manera natural.

En una de las fiestas de escritores en el centro histórico de Cartagena, una periodista nos cuenta que apenas supo que el secuestrado Alan Jara le envió a su hijo de catorce años una lista de libros que debía leer, ella fue, los compró y se los llevó al niño para entrevistarlo al respecto. (Las historias de los secuestrados tienen buen rating.)

"¿Qué libros le recomendó?", le pregunta uno de los asistentes, con una copa de ron con Coca-Cola en la mano.

Le recomendó El viejo y el mar, Un hombre mediocre, El hombre en busca de sentido, La peste. "No sé si El hombre en busca de sentido es apropiado para un niño de catorce años", se pregunta uno de los editores que pululan en este encuentro literario. Varios pretendemos haberlo leído. Los que no, se hacen a un lado para escuchar al grupo que han contratado para amenizar la noche. Está entonando un vallenato de moda y varios de los asistentes bailan y aplauden. Yo quiero saber más.

"¿Qué dijo el niño de los libros?", le pregunto. "Que no los va a leer", responde la periodista. Quiere esperarlo y leerlos con él. Jara también le envió al hijo, al que no ve desde hace siete años, la cuerda

donde seca la ropa. La hizo con fibras de corteza de los árboles, ahora convertidos en las rejas verdes de su jaula.

El ex gobernador del departamento del Meta, quien fue secuestrado el 15 de julio de 2001 mientras viajaba en un carro de las Naciones Unidas, le dice en la carta a su hijo, Alan Felipe, que la corte y la use como pulsera para que se acuerde de él.

Ya todos los que la escuchamos tenemos los ojos aguados. La música sigue tronando al lado nuestro, la fiesta está prendida, pero para nosotros solo la triste historia de este desafortunado colombiano importa. “El niño me dijo que no va a hacerle caso a su papá”, continúa la periodista. “Que va a guardar la cuerda para que cuando lo liberen la puedan quemar juntos y olvidarse de estos años horribles”. Yo estoy a punto de llorar. Los demás también. No tenemos nada más que decir. Ni siquiera criticar al “loco” o al “salvaje” de Chávez (otro de los temas favoritos en Colombia por estos días). Decidimos bailar.

UNA LARGA HISTORIA

“Papi, ¿sabes cómo se dice colombiano?”, le preguntó su hijo de siete años a un amigo mío el otro día mientras jugaban a encontrarle sinónimos a los gentilicios de los países. “¡Secuestrado!”. Mi amigo estaba aterrado. Es terrible que el niño lo piense y es terrible que parezca normal que así sea. El secuestro siempre ha existido en Colombia.

El primer plagio del que existe registro en el país ocurrió en 1537, cuando el conquistador y fundador de Bogotá, Gonzalo Jiménez de Quesada, secuestró al zaque Quemuenchatocha. Para liberar al cacique indígena, Jiménez de Quesada, enceguecido por la leyenda del mítico Dorado, les exigió como rescate sus tesoros. Los aborígenes le entregaron al Conquistador oro y esmeraldas, y a cambio recibieron el cadáver torturado de Quemuenchatocha.

Cuatro siglos después, siguiendo el ejemplo de los Montoneros en Argentina y de los Tupamaros en Uruguay, la guerrilla del M-19 (Movimiento 19 de Abril) estrenó en 1976 el secuestro como táctica de guerra en Colombia, con el plagio y posterior asesinato del líder sindical José Raquel Mercado. En comparación con lo que vendría después, los secuestros del M-19 fueron pocos y cuantiosos los

rescates.

Los “Extraditables”, el grupo de narcotraficantes integrado por Pablo Escobar, Gonzalo Rodríguez Gacha y los hermanos Ochoa, también recurrieron al secuestro de personalidades para evitar ser extraditados a los Estados Unidos. Pero fueron las FARC y el ELN quienes convirtieron los finales de los noventa en una verdadera industria con sus secuestros masivos, las pescas milagrosas y el secuestro de policías, soldados y políticos para intercambiarlos por guerrilleros presos.

Con tanta gente sufriendo en carne propia el secuestro, practicado por cada frente guerrillero a su antojo y en alianza con bandas de delincuentes en las ciudades, el delito dejó de ser elitista y las FARC y el ELN perdieron la poca credibilidad de la que aún gozaban entre la población urbana de clase media y baja.

Inspirados en el tradicional juego de bazar que consiste en tirar una cuerdita amarrada de un imán en un balde para sacar premios según la suerte, los guerrilleros instalaban retenes relámpago en las carreteras para inspeccionar un carro tras otro y llevarse para el monte a los desdichados escogidos al azar. Los más ricos llegaron a pagar hasta 400,000 dólares. A los más pobres los soltaban tras el pago de un rescate de 500 dólares.

Paralelamente, ocurrieron entre 1999 y 2000 casi trescientos secuestros masivos. El primero de ellos fue el 12 de abril de 1999. Ese día, cinco guerrilleros del ELN desviaron un avión Fokker de Avianca mientras realizaba la ruta Bucaramanga-Bogotá con cuarenta y un pasajeros a bordo y obligaron al piloto a aterrizar en una pista abandonada en el Magdalena Medio.

Los rehenes fueron obligados a caminar entre ríos y escarpadas montañas hasta un refugio en el sur de Bolívar. Algunos permanecieron secuestrados veinte meses. Para liberarlos, los familiares realizaron once viajes a lomo de mula y a pie por el monte para hablar directamente con los guerrilleros del comando central del ELN; apelaron a la comunidad internacional para que presionara a la guerrilla, cuyos apoyos en Europa eran indiscutibles; realizaron marchas exigiendo su liberación; le rogaron al presidente Andrés Pastrana una cita para conmoverlo con su drama. Todo en vano.

La hermana de uno de los plagiados me llamó una tarde al periódico El Tiempo para proponerme acompañar a los familiares en una aventura tan arriesgada como demente: planeaban tomarse un

avión en vuelo y querían tener de testigo a un periodista para evitar una reacción desproporcionada de la fuerza pública. "¿Van a secuestrar un avión?", le pregunté de nuevo para comprobar si había entendido bien. Ya había muerto de un infarto cardíaco uno de los secuestrados y la angustia los estaba matando. "Es la única forma de llamar la atención del gobierno", me contestó frustrada cuando me negué a acompañarlos en ese plan, que quizás jamás pasó de ser una mera fantasía desesperada de algunos.

A este secuestro le siguió el de los feligreses de La María el 30 de mayo del 2000, cuando el ELN se llevó en camiones a ciento cincuenta personas que asistían a misa en un barrio de clase alta de Cali; el del kilómetro 18 sobre la vía al mar que conduce de Cali a Buenaventura, donde medio centenar de personas fueron secuestradas por el ELN mientras almorzaban en unos restaurantes el 17 de septiembre de 2000; y el de los residentes del edificio Miraflores en Neiva, la capital huilense, el 26 de julio del 2001.

Los bellos farallones que enmarcan a Cali se habían convertido en un Triángulo de las Bermudas por donde la guerrilla desaparecía fácilmente con los secuestrados. Los caleños no solo estaban deprimidos por la crisis económica que había golpeado a la ciudad en los últimos años, sino también aterrorizados. En un matrimonio a las afueras de la capital valluna en diciembre de 2000, me sorprendí al ver a una señora elegantemente vestida cargando un maletincito deportivo. "Es mi kit de secuestro", me explicó, y me señaló a varias amigas que guardaban el suyo en el carro. Estaban traumatizadas por los recientes secuestros masivos y habían decidido prepararse para aliviar su sufrimiento en caso de caer en manos de los guerrilleros. En su bolso, esta señora cargaba un libro, un esfero, unos tenis cómodos, una muda de ropa interior y un cepillo de dientes. "Es lo mínimo para sobrevivir como un ser humano", me dijo, antes de pararse a bailar.

Así, Colombia alcanzó en 2002 un nuevo récord mundial: tres mil setecientas seis personas fueron secuestradas, entre rehenes con fines económicos y políticos.

En febrero del 2008, las FARC mantenían cautivos a unos setecientos secuestrados por motivos económicos y a cuarenta y seis políticos y militares canjeables por guerrilleros presos, según información de la ONG País Libre. Algunos de los retenidos con motivaciones políticas llevaban seis años cautivos, como la ex candidata presidencial Ingrid Betancourt, secuestrada el 23 de febrero

de 2002. Otros, como los veintisiete oficiales y suboficiales que cayeron en diversos ataques de las FARC a instalaciones militares en 1998, habían permanecido ocho años encerrados en jaulas de alambre en la mitad de la selva.

"Prepárense porque esto va para largo", les dice con cinismo a los militares y políticos secuestrados el Mono Jojoy, jefe del Bloque Oriental de las FARC. El guerrillero aparece despernancado en una silla en el video grabado con su permiso por un periodista afín a su ideología en agosto de 2003. Al frente, los oficiales y políticos secuestrados, sentados en fila, también en sillas plásticas, lo miran frustrados. Uno de ellos reacciona. Es el cabo Robinson Salcedo, un suboficial tolimense. Uniformado con su camuflado militar, se para y lo enfrenta: "Personalmente, si he cometido un delito, júzguenme… Si me encuentran culpable, sumen los años que llevo aquí, a ver cuántos me quedan por pagar. El comportamiento y la buena disciplina, eso baja, me imagino".

El suboficial, llevaba secuestrado en ese momento cinco años y cinco meses. Había caído en el ataque de las FARC a la base antinarcóticos de Miraflores, Guaviare, el 3 de agosto de 1998, junto con otros setenta y cinco soldados. Robinson comparó su situación con la de los guerrilleros presos en la cárcel por quienes las FARC aspiran a intercambiarlo, quienes son dejados en libertad una vez purgan su condena. "¿Cuántas rebeliones le pago yo?", insistió el soldado ante un Jojoy indiferente.

Para las FARC, el secuestro es un gran negocio y también un arma política. "Si no fuera por el secuestro, los ricos ni se enterarían de que existimos", me dijo, sin mostrar ningún remordimiento, Carlos Antonio Lozada, vocero de las FARC en la mesa de negociación con el gobierno de Andrés Pastrana, en una de las audiencias públicas en el Caguán en abril del 2000. Las FARC acababan de expedir su "Ley 002", según la cual toda persona con ingresos de un millón de dólares o más debía pagar una extorsión del diez por ciento sobre su patrimonio para evitar ser secuestrada.

En el 2002, los colombianos llegaron al límite de su desesperación. La sensación de encierro era asfixiante. "El Country Club se ha vuelto la cárcel de los ricos", me dijo un amigo de mi papá mientras esperábamos nuestro turno para jugar una partida de tenis. "Ya solo podemos estar en paz aquí", me dijo. El resto del país ni siquiera contaba con ese tipo de refugio.

Por eso, cuando el candidato Álvaro Uribe Vélez prometió en las

elecciones del 2002 poner fin al secuestro, su nombre comenzó a registrar en las encuestas. Al principio con una popularidad del dos por ciento. Pero a medida que la gente oyó hablar al ex gobernador de Antioquia del dolor que sintió cuando la guerrilla se llevó a su papá y luego de su ira cuando esta lo asesinó, los colombianos lo acogieron como a uno de los suyos. Álvaro Uribe fue elegido por los colombianos en 2002 con una sola misión: derrotar a la guerrilla.

Con un gabinete compuesto de manera notoria por otras víctimas del secuestro, el presidente Uribe asumió la cruzada contra las FARC como un asunto personal. Con la pasión visceral del vengador.

EL TIRE Y AFLOJE

Si bien el temor a ser secuestrado dejó de formar parte de la cotidianidad de los colombianos –en el 2007 "solo" fueron secuestradas 393 personas, según la agencia gubernamental antisecuestro Fondelibertad–, el drama de algunos de los secuestrados políticos y militares continúa.

Los guerrilleros piden la liberación de todos sus compañeros presos en la cárcel y la desmilitarización de una zona que el gobierno considera pondría en riesgo las ganancias de seguridad de los últimos años. El tema se ha vuelto un punto de honor para ambas partes. Y ahora con la intervención de Chávez todo el país quiere ver a los secuestrados libres, pero sin pagar nada a cambio.

"Nos han convertido en un trapo, en un harapo de cuyas orillas cada una de las partes hala, para ver quién se queda con la mejor parte. Y es eso lo que nos hace sentir como si no existiéramos, como si no valiéramos nada", le dice el capitán William Donato a sus padres en la carta que envió con Clara Rojas como prueba de que está vivo. "A lo largo de este tiempo he estado pagando grandes cuotas de vida a este banco miserable llamado secuestro, y la verdad es que hay veces que me siento más muerto que los muertos, para llevar esta vida tan degradante y sin sentido".

El capitán Donato fue secuestrado junto con otros cien soldados por la guerrilla en agosto de 1998 en una toma a la base militar en Miraflores, un pueblo perdido en la selva en el sur de Colombia. Él sufre de una afección renal. Todos sus compañeros de desgracia sufren de dolencias. Y sin embargo no es de eso que se quejan. Es de las

pequeñas humillaciones que socavan su dignidad.

"La vida aquí no es vida. Es un desperdicio lúgubre de tiempo", le confiesa Betancourt a su madre en la carta que consternó al país cuando fue publicada junto con la foto que revelaba más sufrimiento del que es narrable en un papel. "Vivo, o sobrevivo, en una hamaca tendida entre dos palos, cubierta con un mosquitero y con una carpa encima, que oficia de techo, con la cual puedo pensar que tengo una casa. Tengo una repisa donde pongo mi equipo, es decir el morral con la ropa y la Biblia, que es mi único lujo. Todo listo para salir corriendo. Aquí nada es propio, nada dura, la incertidumbre y la precariedad son la única constante. En cualquier momento dan la orden de empacar y duerme uno en cualquier hueco, tendido en cualquier sitio, como cualquier animal".

COMO PERROS

Quizás por lo gratuito del sufrimiento adicional infligido sobre los secuestrados, sus historias me siguen conmoviendo muchos años después de haberlos entrevistado. Una, en particular, se me quedó grabada. Es la historia de Alberto, un hombre inteligente y fuerte de sesenta años, empresario hecho a pulso y duro como un riel. Estuvo secuestrado durante ocho meses en la selva al sur del país y aunque había recuperado su libertad un año y medio antes de que yo lo conociera, la rabia aún lo embargaba. Era evidente su esfuerzo por no dejar consumir en el odio el jirón de alma rescatada del ultraje guerrillero.

"Nadie se imagina lo crueles que son", me dijo Alberto cuando lo conocí. Tenía cientos de ejemplos. Con voz trémula, Alberto comenzó por las pequeñas ofensas. Cuando aún no había recibido el primer mensaje de su familia y llevaba semanas angustiado pensando en el sufrimiento de su esposa y de sus hijos, un guerrillero volvió al campamento después de ausentarse varios días. Cuando lo vio, le dijo, riéndose: "¿Sabe? Tuve en mis manos un paquete enviado por sus hijos, pero se me olvidó traerlo". En otras ocasiones, los guardias que lo vigilaban y sabían de su adicción al cigarrillo (la misma de ellos) fumaban y le echaban el humo en la cara. "No hay cigarrillos, qué pena", le decían, burlándose de su ansiedad por un copio.

Otra noche mataron un marrano robado a unos campesinos e

hicieron chicharrón. Los guerrilleros se deleitaban con el cerdo, mientras Alberto probaba su ración mazacotuda de pasta y arroz. Él se esforzó por no mirarlos, pero el olor del puerco asado era irresistible: después de tantos meses de no probar carne, los ojos se le iban detrás del trozo de marrano. Los guerrilleros se dieron cuenta y, ufanándose de su magnanimidad, una vez terminaron su banquete le tiraron a Alberto los huesos para que los chupara.

Le dije que era difícil imaginarlo a él, tan altivo, tragándose los huesos. “Eso no es nada –contestó–. Hubo cosas más duras”. Recién llegó al primero de los diecisiete campamentos donde estuvo, permaneció día y noche con las manos amarradas del cuello con un nylon. La tierra donde dormía era caliente, y el zancudero, insoportable. “Si trataba de mover las manos para matar un zancudo, apretaba el cuello. Era terrible”. Más terrible aún fue cuando le llevaron el primer plato de comida. “Lo tiraron en el piso y no me desamarraron. Querían obligarme a comer como un perro”.

La imagen del perro es recurrente entre los secuestrados: comer como un perro; obedecer como un perro; morir como un perro abandonado y maltrecho. Es el pavor que jamás los abandona.

Las oportunidades para morir son incontables: ahogarse al cruzar un río caudaloso, resbalarse por un precipicio, ser mordidos por una culebra. El peor temor de Alberto era enfermarse. Una herida gangrenada, una infección estomacal, un paludismo, cualquier complicación podía significar la muerte.

Es imposible no pensar en la muerte cuando los días transcurren en blanco, uno tras otro. Quizá porque muchos guerrilleros son analfabetos o tal vez porque es otra forma de infligir maltrato, rara vez hay un libro en el campamento. Los secuestrados son abandonados a la fortaleza de su propio corazón para sobrellevar la eternidad del cautiverio. Algunos se esfuerzan por hacer gimnasia todas las mañanas, otros tratan de aprender de sus compañeros de desgracia un idioma o alguna otra habilidad. Uno que otro se entretiene tallando piedras. Cualquier cosa es mejor que habitar su mente, la estrecha prisión donde residen.

En uno de los campamentos donde estuvo Alberto metido en una caleta con otro secuestrado, había muy cerca un televisor. Durante días enteros oyeron las películas de Pedro Infante y las ráfagas y las explosiones de los cilindros de gas de los videos de tomas a pueblos, lo único que los jefes dejaban ver a los guerrilleros. En los campamentos más pequeños, en cambio, no tenía ninguna distracción. Con cajetillas

de cigarrillo rescatadas de la basura, Alberto fabricó unos naipes y se entretuvo varios días jugando solitario. “Pero después de que el jefe guerrillero me las confiscó, el tiempo se me fue contando zancudos o viendo las rutas de las tarántulas y las culebras”, recordó el día de nuestro encuentro en su oficina, protegida ahora por un sofisticado sistema de seguridad.

EL ODIO A LA CIUDAD

El secuestro es un viaje doloroso a la vida campesina llena de penurias, al resentimiento de los desarrapados. “A mí las FARC me mataron varias veces”, me dijo Alberto. La primera vez fue al principio de su secuestro. Una mañana calurosa y húmeda, el jefe guerrillero lo sacó amarrado del campamento y lo subió vendado al filo de la montaña donde entraba la señal de celular. El guerrillero quería enviarle a su familia la primera prueba de supervivencia y Alberto estaba feliz de tranquilizarlos con su voz. Cuando la señal no entró, el guerrillero tuvo un ataque de cólera y castigó a Alberto como si hubiera causado la interferencia. Lo acercó a un despeñadero, un precipicio de mil metros, y mientras le advertía: “Lo vamos a fusilar al borde del peñasco, así no lo encuentran ni los chulos”, le hizo dos disparos. Uno rozó su oreja. Intuyendo su necesidad de arrebatarle hasta la última reserva de orgullo, Alberto se quedó lívido, pero no lloró ni imploró por su vida. “En ese momento me importaba más conservar mi dignidad”, me dijo, todavía orgulloso de no haberse dejado quebrar.

La segunda vez fue al final del cautiverio. El jefe guerrillero le dijo que la persona con quien negociaban su secuestro se quería robar la plata del rescate y que entonces, en un gesto de buena voluntad, habían resuelto “rebajar su aporte a la revolución”. Lo único que necesitaban era una llamada suya a su familia por celular aceptando la nueva cifra de rescate, cuyo monto seguía siendo desconocido para Alberto. “Hable”, le dijo el comandante sosteniendo el celular en la mano. “Yo no hablo”, contestó Alberto. “Si no habla lo mato”, lo amenazó. Alberto lo desafió con sus penetrantes ojos azules, y guardó silencio. Entonces el hombre lo tendió en el potrero boca abajo, le puso un pie en la nalga y el fusil en la nuca. “¿Va a hablar o no?”, le dio un último chance. Alberto lo rechazó. “Adiós, hijueputa”, le dijo el guerrillero y accionó el gatillo. Cuando no salió ninguna bala, el comandante, fingiendo estar furioso con sus subalternos por darle un

fusil sin munición, lo cargó y se lo clavó de nuevo en la nuca. “Es su última oportunidad, hable”, le gritó al empresario. “Me quedé mudo”, recordó Alberto.

Rendido ya ante su propia muerte, Alberto tardó en comprender que el secuestro es ante todo un negocio y que el secuestrador no pierde la cabeza si eso le implica también perder la millonaria recompensa por su liberación. La intención del guerrillero era hacerlo sufrir. “¿Hay huecos para enterrar a este hijueputa? Mejor llévenselo al monte a cavar su fosa, así evitamos un reguero de sangre”, ordenó a un guerrillero raso. Justo en ese momento se desgajó un aguacero torrencial, y el joven lo chuzó con el fusil por la espalda, para apurarlo: “¿No ve que se va a mojar?”, le dijo. Fue entonces cuando Alberto se sintió finalmente a salvo. Si fuera a morir –pensó– no importaría la lluvia, ni mojarse. No importaría nada.

UNA SALIDA CUALQUIERA

En las pruebas de supervivencia traídas por Clara y Consuelo, los secuestrados sugieren diversas salidas para su desgracia. El congresista Jorge Eduardo Gechem, que sufrió varios infartos en cautiverio, sugiere que Fidel Castro intervenga ante las FARC para que lo trasladen a un hospital en Cuba para sus tratamientos. “Si me recupero pasaría a una cárcel en La Habana, en mi calidad de rehén político a la espera del acuerdo humanitario”. Otros siete secuestrados enviaron una carta al presidente Chávez solicitándole la ciudadanía venezolana.

Otros, como Ingrid, comienzan a darse por vencidos y a sentir que quizás la muerte sería un alivio para tan larga agonía. “Estoy, mamita, cansada, cansada de sufrir, he sido o tratado de ser fuerte. Estos casi seis años de cautiverio me han demostrado que no soy ni tan resistente ni tan valiente ni tan inteligente ni tan fuerte como yo creía. He dado muchas batallas, he tratado de escaparme en varias oportunidades, he intentado mantener la esperanza, como quien mantiene la cabeza fuera del agua. Pero, mamita, ya me doy por vencida. […] Estoy cansada de sufrir, de llevarlo por dentro todos los días, de decirme mentiras a mí misma, de que pronto esto va a terminar, y de ver que cada día es igual al infierno del anterior”.

¿De dónde aferrarse para sobrevivir cuando se lleva diez años

amarrado a un árbol sin ninguna ilusión de un final?

Se aferran de sus recuerdos; se aferran del amor de sus seres queridos que les envían mensajes semanales en un programa de radio solo para secuestrados; y se aferran de pequeñas alegrías.

Ingrid dice que se nutre de los recuerdos de sus hijos, a quienes les ha celebrado en silencio cada uno de los seis cumpleaños que se ha perdido. "Durante años no pude pensar en los niños por el dolor horrendo que me producía no estar con ellos. Hoy ya puedo oírlos y sentir más alegría que dolor. Los busco en mis recuerdos y me nutro de las imágenes que guardo en mi memoria de cada una de sus edades. En cada cumpleaños, les canto el happy birthday. Solicito que me permitan hacer una torta. Antes me colaboraban y yo hacía algo como para marcar la fecha. Pero, desde hace tres años, siempre que pido, la respuesta es no. Igual si traen una galleta o la comida cualquiera de arroz y frijol, que es lo usual, con eso hago de cuenta que es una torta y le celebro en mi corazón su cumpleaños […]".

El capitán Donato, por su parte, le pide en una carta enviada a su hermana desde el cautiverio que ofrezca en su nombre una serenata de aniversario de matrimonio a sus papás.

El periódico El Tiempo publicó la foto: la mamá del soldado cautivo bailando con su anciano esposo. La cara de la mujer es desesperanza pura. Baila para su hijo que agoniza en la selva. Baila para un país que baila, mientras recuerda su desventurada cara.

1 de febrero de 2008

NOTA: El 27 de febrero de 2008, las FARC liberan a los políticos Gloria Polanco, Orlando Beltrán, Jorge Gechem y Luis Eladio Pérez, que pasaron más de seis años en cautiverio. Casi cuatro meses después, el 2 de julio, en un espectacular operativo de las Fuerzas Armadas colombianas, Ingrid Betancourt es rescatada por el ejército junto con los tres contratistas estadounidenses Keith Stansell, Thomas Howes, Marc Gonsalves y once oficiales de las Fuerzas Armadas. El 26 de octubre el ex congresista Oscar Tulio Lizcano recupera después de ocho años su libertad de la mano de uno de sus captores. El ex gobernador Alan Jara fue liberado unilateralmente por las FARC en febrero de 2009, el coronel Luis Mendieta y el capitán Donato también fueron rescatados por el ejército en junio de 2010.

Alberto, uno de los protagonistas de esta historia, murió al año siguiente de nuestra entrevista.

CUANDO ME MUERA QUIERO QUE ME TOQUEN CUMBIA

Cristian Alarcón

I

María tenía las manos metidas en el agua jabonosa de un fuentón cuando llegó la peor noticia de su vida.

–¡Loco! ¡Vengan! ¡Vamos a fijarnos! ¡Está toda la yuta! ¡Parece que lo agarraron al Frente!

María retorcía un jean en el patio del rancho de su novio Chaías. Vivía allí hacía dos semanas, exilada por primera vez de la casa de su familia, tras una discusión con su padrastro, un poco respetado dealer de la zona, miembro del clan de los Chanos.

–¡Loco! ¡Parece que mataron al Frente!

Los pibes de esa cuadra que desde afuera parece un barrio pero por dentro es puro pasillo, todos menos ella salieron corriendo tal como estaban. María se quedó parada allí, sin volver la vista atrás, disimulando por pudor a causa de ese noviazgo corto pero intenso que ya había dejado de tener con el Frente. Prefirió decirse a sí misma: "Yo me hago la estúpida". Especuló con que si algo verdaderamente malo ocurría, alguien llegaría a avisar. Por eso hizo como que frotaba la ropa, soportando las ganas de llegar también ella, más rápido que ninguna, desesperadamente, a ver la suerte que había corrido el chico de quien, a pesar de la separación reciente, aún estaba enamorada.

–Lo mataron al Frente –dijo después de unos diez minutos una mujer del otro lado de su cerco.

María lo escuchó sabiendo que algún día podía suceder, pero jamás tan pronto: ella trece y él diecisiete, y esas profusas cartas de amor que hablaban de un futuro que se le antojaba el único aunque ahora estuviera con otro, aunque su nuevo novio fuera uno de los amigos de Víctor, aunque el mundo se cayera. Salió secándose las manos en el

pantalón, y anduvo una, dos, tres cuadras, cruzó el descampado, y se metió en la villa 25 de Mayo directo hacia el rancho de su madre, el mismo del que se había escapado para refugiarse en la casa de Chaías. Apenas entró, se arrojó a los brazos de la mujer, como hacía mucho tiempo que no lo hacía:

–Ma, me parece que lo mataron al Frente, acompañame –le dijo llorando en su hombro.

Laura estaba cubierta solo por una sábana, acalorada por el peso de la humedad que a las diez y media de la mañana antecedía a la tormenta; el cuerpo exhausto después de una noche de Tropitango con el Frente, las chicas y el resto de los amigos que quedaban en libertad. La despertó una bulla atípica para una mañana de sábado, una agitación que de alguna manera preanunciaba la batalla que sobrevendría. Su madre no tardó en alertarla. Le dijo, sin siquiera saludarla, con una voz áspera pero sin embargo piadosa:

–Lau, me parece que lo mataron al Frente.

Salió de la cama anestesiada, sin sentir el peso del cuerpo trasnochado, de los litros de alcohol que había tomado mientras bailaban por undécima vez en el centro de la pista con esos romances tortuosos entonados por Leo Matiolli y su banda en el escenario, en vivo y en directo. Hizo la media cuadra de pasillo que la separaba del potrero desierto que dejaba ver el escuálido frente de la villa:

–¡Parecía como si estuvieran buscando al Gordo Valor! ¡La cantidad de policías que había!

Los más cercanos a Víctor se fueron arrimando todo lo que pudieron al rancho donde lo tenían encerrado. Se habían escuchado los tiros. Varios habían visto de refilón cómo Víctor y tras él Luisito y Coqui, dos de los integrantes de lo que la policía propagandizó como la Banda de los Bananita, pasaban corriendo por el corazón de la 25 con las sirenas policiales de fondo, cruzaban por el baldío que da a la San Francisco y se perdían en uno de sus pasillos metiéndose en el rancho de doña Inés Vera. Supieron por el veloz correo de rumores de la villa que Coqui cayó rendido en la mitad del camino, cuando al atravesar una manzana de monoblocks en lugar de seguir escapando intentó esconderse en una de las entradas. Desde el momento de los disparos no hubo más señales sobre lo que había pasado. Nadie sabía si Luis y el Frente estaban vivos. Los policías se vieron rodeados

apenas se internaron en la San Francisco; con cada vez más refuerzos intentaban persuadir a los vecinos de que se retiraran.

Mauro avanzó por entre los ranchos y consiguió treparse al techo de la casilla cercada por un batallón de policías en la que habían intentado refugiarse Víctor y su compinche, Luisito. Mauro era uno de los mejores amigos del Frente, un integrante fuerte de la generación anterior de ladrones que había, después de pasar demasiado tiempo preso y tras la muerte de su madre, decidido alejarse del oficio ilegal y buscarse un trabajo de doce horas para lo básico, ya lejos de las pretensiones. Mauro había influido en Víctor con sus consejos sobre los viejos códigos, el "respeto" y la ética delincuencial en franca desaparición. Mauro recuerda bien que dormía con Nadia, su mujer, cuando lo despertaron los tiros. "Le dije: 'Huy, los pibes'. Porque siempre que se escuchan tiros es porque hay algún pibe que anda bardeando. Me levanté, me puse un short y encaré para aquel lado".

Apenas salió de su rancho una nena que vive a la vuelta y que lo sabía amigo inseparable de Víctor, a pesar de que para entonces él ya comenzaba a "dejar el choreo", le dijo la frase tan repetida aquella mañana:

–Me parece que lo mataron al Frente.

Corrió hasta la entrada de la San Francisco. Un policía lo frenó:

–No podés pasar.

Mauro continuó sin mirar atrás. El policía le chistó. Él siguió acercándose a Víctor.

–A vos te digo, no podés pasar.

–Qué no voy a poder pasar –le dijo–. Yo voy para mi casa, cómo no voy a poder pasar, loco, si no hay una cinta ni nada.

Durante unos minutos creyó, incluso se lo dijo a Laura, que el Frente había podido escapar. "Este hijo de puta se les escapó". Igual se trepó al techo, para cerciorarse. Desde lo alto podía ver la mitad del cuerpo de Luis saliendo de la puerta del rancho. Estaba inmóvil, parecía muerto pero solo lo simulaba por el pánico al fusilamiento. Mandó a pedir una cámara de fotos que no tardó nada en llegar. Disparó varias veces para registrar lo que sospechaba que la Policía Bonaerense ocultaría. Temía que Víctor estuviera herido y que, tal

como estaba marcado por la Bonaerense, dejaran que se desangrase al negarle la asistencia médica. Por eso amenazaba con arrancar las chapas de la casilla si la policía no se decidía a sacarlo de allí. Hasta que Luis no pudo evitar que contra su voluntad las piernas comenzaran a temblarle. Uno de los uniformados se dio cuenta:

–Che, guarda porque este está vivo.

Laura vio cuando lo retiraban del lugar en una camilla con la cabeza ensangrentada por el tiro que le rozó el cráneo. Chaías consiguió acercarse a él. Luis lloraba.

–El Frente, fijate en el Frente –alcanzó a decirle antes de que lo metieran en la ambulancia.

Laura se preocupó cuando unos minutos después la segunda ambulancia que había llegado para los supuestos heridos se fue vacía.

–Señor, ¿y el otro chico? –preguntó a uno de los uniformados con miedo a la respuesta.

–Está ahí adentro, lo que pasa es que está bien –le mintió.

–¿Y por qué una de las ambulancias ya se fue?

–¡Porque está bien, nena! –cerró el policía.

Entre los que peleaban su lugar cerca del rancho también esperaba Matilde, confidente privilegiada del Frente, cómplice de hierro a la hora de dar refugio después de un robo, cartonera y madre de Javier, Manuel y Simón Miranda, sus mejores amigos, los chicos con los que a los trece había comenzado en el camino del delito. Matilde había conseguido escurrirse hasta la puerta misma del rancho y desde ahí hablaba con Mauro, amotinado en el techo. Estuvo casi segura de que al Frente lo habían matado cuando presenció las preguntas y las evasivas entre Mauro y uno de los hombres de delantal blanco que entró al rancho con un par de guantes de látex en las manos.

–Eh, ¿qué onda con el pibe? ¿Por qué no lo sacan? –le preguntó Mauro.

–No, ahora vamos a ver –intentó evadirse el enfermero.

–Decime la verdad, decime si está muerto.

–No te puedo decir nada –lo cortó.

–Decile la verdad, loco, no va a pasar nada. Está muerto, ¿no?

El enfermero ya no volvió a abrir la boca pero cuando volvió a pasar, bajando los párpados lentamente, lo confirmó.

Pato, el hermano mayor de Víctor, estaba en su turno de doce horas en un supermercado donde ahora es supervisor. Su hermana Graciana ya se había casado y se había ido a vivir a Pacheco. Si no aparecía un familiar la policía seguiría reteniéndolo en el rancho de doña Inés Vera.

–Vayan a buscar a la madre, que está trabajando en el supermercado San Cayetano de Carupá –propuso un chico.

Allá partieron Laura y Chaías en un remise. Pero Sabina estaba en la sucursal de Virreyes. Volvieron al barrio. La gente seguía acumulándose alrededor del rancho. A Virreyes corrieron a buscarla otros vecinos.

–Vení, Sabina, porque hay un problema con la policía.

–Pero dejalo que se lo lleven a ese guacho por atrevido. Yo no voy a ninguna parte –se negó Sabina, como siempre en lucha contra la pasión ladrona de su hijo menor, dispuesta a que lo metieran preso con la esperanza de que el encierro en un instituto lo reformara y lo convirtiera en un adolescente estudioso y ejemplar.

–Venite que está adentro de una casa. ¡Venite!

La convencieron. Sabina pensó: “Este tomó como rehén a alguien y está esperando que yo llegue para entregarse, pero antes lo voy a trompear tanto…”. No llegó a imaginar la muerte de su hijo hasta que el auto se asomó al barrio doblando por la calle Quirno Costa y pudo distinguir desde el otro lado del campito un móvil de Crónica TV y un helicóptero sobrevolando la muchedumbre. “Cuando vi el mosquerío de gente y de policías me temblaron las piernas”. Bajó del remise y escuchó que gritaban:

–¡Viene la mamá! ¡Viene la mamá! –Atravesó desesperada y los pibes y las mujeres iban abriendo paso a lo largo de todo ese pasillo. Fue en ese momento cuando se le unió como una guardaespaldas incondicional Matilde, experta en reclamar por sus chicos y pelearse con la policía cada vez que caían presos. Juntas llegaron a la valla humana de policías que custodiaba el acceso al rancho. Sabina dijo,

con los labios apretados:

–Soy la madre. –Y entró.

María, la ex novia del Frente, en ese mismo momento caminaba sostenida por su madre hacia el campito que da a la vereda de la San Francisco por un lado y la 25 por el otro. Lo primero que vio fue la flaca silueta de su novio Chaías que saltaba en el medio del campo y gritaba. “Todos gritaban, me mareé de repente, no veía nada, no entendía nada, me había puesto muy nerviosa, temblaba, tenía miedo y no sabía bien de qué. Hasta que llegué a la puerta del rancho, porque me iban dejando pasar, y la vi a Sabina”. Ella, Sabina Sotello, intentando conservar la calma, queriendo creer a pesar de todo que el sabandija había tomado rehenes, preguntó intentando parecer tranquila:

–¿Dónde está mi hijo?

Una mujer policía de pelo corto, subcomisaria a cargo del operativo, la miró y no quiso contestarle.

–Yo soy la mamá –le dijo, dándole todos los motivos del mundo en uno para que le contestara.

Sabina miró hacia los costados buscando el rostro de Víctor. Pero no alcanzó a distinguirlo. “Yo creía que me lo iba a encontrar ahí parado, qué sé yo, y esta mujer no me decía qué había pasado, así que me saqué”. La agarró del cuello del uniforme y la levantó contra un ropero pequeño que había en aquel cuarto de dos por dos.

–¿Dónde está mi hijo?

–Calmate, calmate.

–¿Dónde está mi hijo?

–Pará, pará, calmate.

Sabina no dudaba en estrangularla si no hablaba, no se la quitarían de las manos si no le aclaraban qué había pasado con Víctor. Y entonces escuchó el tecleo de una máquina de escribir sobre una pequeña mesa. “Y cuando escuchás eso ya te imaginás, ¿viste?, cuando están escribiendo…”.

El hombre que escribía a máquina desarrollaba en lenguaje judicial los hechos que habían llevado a la muerte de Víctor Manuel Vital esa mañana de febrero. La historia tiene domicilio: el número 57 de la calle General Pinto, esquina French. Allí, en la puerta de su casa, Víctor le dejó en custodia a Gastón, el hermano mayor de Chaías, las cadenas, las pulseras, los anillos de oro, los fetiches de estatus que siempre llevaba puestos. Marchó, preparado para "trabajar", a encontrarse con otros dos adolescentes con quienes solía compartir los golpes: Coqui y Luisito, dos ladrones también de diecisiete, y de otra villa con nombre católico: Santa Rita. Ellos dos y dos hermanos, hijos de un ladrón conocido como el Banana, se harían famosos tiempo después de la muerte de Víctor en una de las primeras tomas de rehenes televisadas. Habían querido robar a una familia y en lugar de escapar rápido se habían entusiasmado con la cantidad de objetos suntuosos que había en el chalet de Villa Adelina. Algo parecido a lo que les ocurrió ese 6 de febrero cuando tardaron en robar una carpintería a solo ocho cuadras de French y Pintos.

Gastón intentó persuadirlo: que no fuera, que se quedara esta vez porque el lugar tenía un "mulo", que en la jerga significa vigilador privado; que otros ya habían "perdido" intentando lo mismo. Víctor no quiso creerle. En menos de diez minutos estaba encañonando al dueño de la fábrica de muebles. En quince salían corriendo del lugar muy cerca de la mala suerte. Los dos patrulleros que rondaban la zona recibieron un alerta radial sobre el asalto. "Tres NN masculino, de apariencia menores de edad, se dirigen con dirección a la villa 25", escucharon. En el móvil 12179 iban el sargento Héctor Eusebio Sosa, alias el Paraguayo, y los cabos Gabriel Arroyo y Juan Gómez. Y en el 12129 el cabo Ricardo Rodríguez y Jorgelina Massoni, famosa por sus modos como la Rambito. Las sirenas policiales se escuchaban cada vez más cerca. Víctor corría en primer lugar, acostumbrado como ninguno a escabullirse: en el último tiempo ya no podía pararse en ninguna esquina. Su sola presencia significaba motivo suficiente para una detención. A sus espaldas pretendían volar Coqui y Luisito.

–¡No puedo más! ¡No puedo más! –escucharon quejarse a Coqui, que quedó relegado en el fondo por culpa de sus pulmones comidos por la inhalación de pegamento.

Riéndose del rezagado, el Frente y Luis entraron por el primer pasillo de la San Francisco. Alicia del Castillo, una vecina de generosas proporciones, caminaba por el sendero con su hija de dos años de un lado y la bolsa del pan en el otro. El Frente la agarró de los hombros con las dos manos para correrla: ya no llevaba el arma encima. En seguida "colaron rancho", como le dicen los chicos a refugiarse en la

primera casilla amiga. La mujer que les dio paso para que se salvaran, doña Inés Vera, se paró en la puerta como esperando que pasara el tiempo y los chicos se metieron debajo de la mesa como si jugaran a las escondidas.

Los policías habían visto el movimiento. Ni siquiera le hablaron, la zamarrearon de los pelos y a los empujones liberaron la entrada. Los chicos esperaban sin pistolas: Luisito me contó que se las dieron a doña Inés, quien las tiró atrás de un ropero. Las descartaron para negociar sin el cargo de "tenencia" en caso de entregarse. Lo mismo que el dinero: lo guardó ella debajo de un colchón y lo encontró la policía aunque nada de eso conste en las actas judiciales.

En cuclillas bajo la mesa, el Frente se llevó el índice a los labios: "Shh… callate que zafamos…", murmuró; y vieron a una mujer policía y dos hombres entrar al rancho apuntando con sus reglamentarias. El sargento Héctor Eusebio Sosa, el Paraguayo, iba adelante con su pistola 9 milímetros. Pateó la mesa con la punta de fierro de su bota oficial; la dejó patas arriba en un rincón. Víctor alcanzó a gritar:

–¡No tiren, nos entregamos!

Luis dice que murmuraron un "no" repetido: "No, no, no", un "no" en el que no estaban pudiendo creer que los fusilaran: "Nos salió taparnos y decir 'no, no', como cuando te pegan de chico", me contó Luisito en un pabellón de la cárcel de Ezeiza, condenado a siete años de cárcel por los robos que después de la muerte del Frente siguió cometiendo, exultante al recordar los viejos tiempos después de tanto, el día de su cumpleaños veintiuno.

Y describió sin parar la escena final. Silbaron en el aire estrecho de aquella miserable habitación de dos por dos cinco disparos a quemarropa. Luis supo que los fusilaban; como impulsado por un resorte saltó hacia la puerta. En el aire una bala le rozó el cráneo. Quedó con la mitad del cuerpo afuera del rancho, ganándole medio metro al pasillo. Se desmayó. El Frente intentó protegerse cruzando las manos sobre la cara como si con ellas tapara un molesto rayo de sol. Luisito recuperó la conciencia a los pocos minutos, pero se quedó petrificado tratando de parecer un cadáver.

El Frente falleció casi en el momento en que el plomo policial le destruyó la cara. Las pericias dieron cuenta de cinco orificios de bala en Víctor Manuel Vital. Pero fueron solo cuatro disparos. Uno de ellos le atravesó la mano con que intentaba cubrirse y entró en el pómulo. Otro más dio en la mejilla. Y los dos últimos en el hombro. En la causa

judicial el Paraguayo Sosa declaró que Víctor murió parado y con un arma en la mano. Pero la Asesoría Pericial de la Suprema Corte, por pedido de la abogada María del Carmen Verdú, hizo durante el proceso judicial un estudio multidisciplinario. Los especialistas debieron responder, teniendo en cuenta el ángulo de la trayectoria de los proyectiles, a qué altura debería haber estado la boca de fuego para impactar de esa manera. Teniendo en cuenta las dimensiones de la habitación y la disposición de los muebles, si los hechos hubieran sido como los relató Sosa, él debería haber disparado su pistola a un metro sesenta y siete centímetros de altura. Esto significa que para haber matado al Frente tal como dijo ante la justicia, Sosa debería haber medido por lo menos tres metros treinta centímetros.

Con el rostro enrojecido por la presión del estrangulamiento la mujer policía, elevada diez centímetros del suelo por la fuerza de la mujer que la tenía del cuello, le dijo finalmente a Sabina:

–Su hijo está muerto. Ahí está, no lo toque.

En el piso de tierra yacía Víctor, con la frente ancha y limpia que le dio sobrenombre, sobre un charco de sangre, bajo la mesa sobre la que escribían el parte oficial de su muerte.

Sabina soltó un grito de dolor. Su llegada a la escena de los hechos había provocado un silencio solo alterado por el ruido que hacía el helicóptero suspendido sobre el gentío. Ese alarido y el llanto que lo precedió fueron suficientes para que quienes esperaban perdieran la esperanza: un policía había masacrado a Víctor Manuel “el Frente” Vital, el ladrón más popular en los suburbios del norte del Gran Buenos Aires. Tenía diecisiete años, y durante los últimos cuatro había vivido del robo, con una diferencia metódica que lo volvería santo; lo que obtenía lo repartía entre la gente de la villa: los amigos, las doñas, las novias, los hombres sin trabajo, los niños.

“Yo sabía que todo el mundo lo quería pero no pensaba que iban a reaccionar así. Porque hasta la señora de ochenta años empezó a tirar piedras”, cuenta Laura. Así comenzó la leyenda, estalló como lo hacen solo los combates. Como una señal todopoderosa, entienden en la villa, el cielo se oscureció de golpe, cerrándose las nubes negras hasta semejar sobre el ranchería una repentina noche. Y comenzó a llover. La violencia de la tormenta se agitó sobre la indignación de la turba.

Bajo el torrente los vecinos de la San Francisco, la 25 y La Esperanza dieron batalla a la policía. La noticia sobre el final del Frente Vital corrió por las villas cercanas como solo lo hacen las novedades trágicas. Llegaron de Santa Rita, de Alvear Abajo, del Detalle. A la media hora había casi mil personas rodeando a ese chico muerto y ciento cincuenta uniformados preparados para reprimir. Llegaron los carros de asalto, la infantería, el Grupo Especial de Operaciones, los perros rabiosos de la Bonaerense, los escopetazos policiales.

Cuando comenzaron los tiros, Laura consiguió acercarse a su amigo hasta quedar refugiada en uno de los ranchos que dan al lugar donde lo mataron. “Justo donde estaba había un agujerito y pude ver cómo lo sacaban y cómo los hijos de puta se reían y gozaban de lo que habían hecho. Los vigilantes lo sacaron destapado, como mostrándoselo a todo el mundo… no lo sacaron como a cualquier cristiano. Yo lo vi, vi las zapatillas que en la planta tenían grabada una ‘V’ bien grande”. Era la marca que Víctor le había hecho a las zapatillas, la misma V que ahora dibujan los creyentes en las paredes descascaradas del conurbano junto a los cinco puntos que significan “muerte a la yuta”, muerte a la policía.

Son los mismos cinco puntos que tienen tatuados en diferentes lugares del cuerpo los amigos de Víctor que fui conociendo a medida que me interné en la villa. Son cinco marcas, casi siempre del tamaño de un lunar, pero organizadas para representar un policía rodeado por cuatro ladrones: uno –el vigilante– en el centro rodeado por los otros equidistantes como ángulos de un cuadrado. Es una especie de promesa personal hecha para conjurar la encerrona de la que ellos mismos fueron víctimas, me explicaron los pibes, aunque suelen ser varias las interpretaciones y no hay antropólogo que haya terminado de rastrear esa práctica tumbera. Ese dibujo asume que el ladrón que lo posee en algún momento fue sitiado por las pistolas de la Bonaerense, y que de allí en más se desafía a vengar su propio destino: el juramento de los cinco puntos tatuados augura que esa trampa será algún día revertida. El dibujo pretende que el destino fatal recaiga en el próximo enfrentamiento sobre el enemigo uniformado acorralado ahora por la fuerza de cuatro vengadores. Por eso para la policía el mismo signo es señal inequívoca de antecedentes y suficiente para que el portador sea un sospechoso, un candidato al calabozo.

Son cinco puntos gigantescos, como las fichas de un casino, los que se grabó en su ancha espalda Simón, el menor de los hijos de Matilde, un poco más abajo que las sepulturas, el dragón y la calavera. Y la misma marca tiene, en el bíceps abultado del brazo derecho, Javier, el mayor de sus hermanos. Manuel, el del medio, se los tatuó en la mano.

Y Facundo, el cuarto miembro de lo que precariamente fue una "bandita", especie de hermano de los demás y sobre todo compinche íntimo del Frente, se los hizo sobre el omóplato izquierdo la primera vez que estuvo preso en una comisaría a los quince años. El odio a la policía es quizás el más fuerte lazo de identidad entre los chicos dedicados al robo. No hay pibe chorro que no tenga un caído bajo la metralla policial en su historia de pérdidas y humillaciones. Para estos chicos la muerte de su amigo es una de esas heridas que se saben incurables; con las que se aprende a convivir: se veneran, se cuidan, se alivianan con algún ritual, se cuecen con el recuerdo y con las lágrimas. Y como si el destino hubiera querido preservarlos o privarlos del momento fatuo del velorio y el funeral de un ser adorado, los tres estaban presos el día que un policía bonaerense asesinó al ídolo.

La tarde anterior al crimen Simón pudo hablar por última vez con Víctor: llamó Simón desde el teléfono público al que tienen acceso los chicos internados en el Instituto Agote. "Nos cagamos de risa un rato. Jodíamos, que pa, que pa-pa-pa. Que pum. Que pam. Y él en un momento me dijo:

–Mirá, mañana te voy a mandar una chomba, una bermuda, guacho…

–No pasa nada, guacho. ¿Qué me estás diciendo?

–Eh, vos sabés que somos reamigos…

–No pasa nada, guacho, bueno, todo bien".

Cortaron entre risas y cargadas, como suele ser cuando dos chicos conversan, yendo de la medición del ingenio del otro, del ejercicio de la esgrima verbal permanente, al afecto que llega siempre con rodeos, disfrazado de lealtad o de "respeto".

Esa noche Simón se durmió pensando otra vez en el día en que regresaría a la calle y añoró estar en la villa, haber vuelto al rancho después de un "hecho" con los bolsillos llenos de billetes para sumergirse en el Tropitango, o en Metrópolis, la bailanta de Capital.

Al día siguiente volvió a marcar el diecinueve y pidió vía cobro revertido con la casa de su amiga Laura. Del otro lado escuchó en la voz de ella el aturdimiento que deja la muerte, la angustia que precede a la entrega de una pésima noticia. Laura estaba con Mariela, su novia de entonces.

–No, mejor decile vos –escuchó Simón.

–No, decile vos… –se filtró por el tubo.

–¿Qué te pasa? –casi gritó en el silencio carcelario del Agote.

–…

–¡¿Qué me tienen que decir, guachas?!

–…

–¡Eh! ¡Guachas! ¡Pónganse las pilas!

–Lo mataron al Frente.

–¡¿Cuándo?!

–Hace un rato.

–Ustedes están relocas. ¡Si yo ayer hablé con él!

Laura se largó a llorar. Él no pudo más que creerle. Ni siquiera necesitó que le contaran los detalles. Sabía cuán marcado estaba Víctor Vital por la policía de San Isidro. No pudo más que cortar y subir a la celda, encerrarse aún más dentro del encierro, para llorar solo.

Armó un porro enorme gastando toda la marihuana que le quedaba, lo encendió, aspiró profundo, y sin largar el humo puso en un grabador, que le habían regalado, los temas que escuchaba el Frente. Primero cumbia colombiana, cumbia de sicarios, después el grupo mexicano Cañaveral. Al final puso una canción que el Frente escuchaba como parte de su personal religión.

Cuando me muera quiero que me toquen cumbia,

y que no me recen cuando suenen los tambores,

y que no me lloren porque me pongo muy triste,

y que no me lloren porque me pongo muy triste,

no quiero coronas ni caritas tristes,

solo quiero cumbia para divertirme.

Facundo también había caído poco tiempo antes del asesinato en el que, por más deseos y mensajes conjuradores de la muerte, el barrio había llorado a mares. Había sido después de un robo con Chaías, en el que un patrullero los cruzó, cuando silbando bajo volvían al barrio después de haber robado una panadería. Chaías se demoró dos minutos de más porque quiso antes de invertir en pastillas pagar la cuota de un crédito que había pedido en la zona. Facundo terminó internado en el Instituto de Recuperación de Adictos de Monseñor Ogñenovich en Mercedes que más tarde se haría famoso por las denuncias sobre malos tratos y torturas a menores. Ese día también supo del crimen por la televisión. “Fue un desastre. Le agarró un ataque de nervios, empezó a romper cosas, luchó con los celadores, quiso saltar el alambre, se quiso escapar, y entonces le pegaron mucho. Después, como él seguía con problemas, fuimos y lo encontramos muy mal. Lo drogaban mucho y temblaba solamente de lo drogado que lo tenían. Lo inyectaban y estaba todo lastimado, la boca lastimada, la ceja lastimada, todo el cuerpo raspado del alambre porque lo habían bajado de los pantalones y se había raspado con las púas. De ahí lo trasladaron a una comunidad para adictos en Florencia Varela. Ahí se repuso, estaba con psicólogos”, me contó una tarde de la última primavera su abuela, una de las Mai umbanda del barrio. Fue a través de Facundo que Luis conoció al Frente, y a su vez a través de Luis que el Frente se cruzó con Coqui, el otro integrante de los Bananita con quienes fue a robar por última vez.

Ese 6 de febrero Manuel estaba detenido por el último robo fallido en la comisaría 1.a de San Fernando. “Con los pibes del calabozo mirábamos siempre Sábado por Canal 2. Cuando vino el corte empezamos a hacer zapping. De repente apareció en Crónica TV un cartel: ‘Primicia. San Fernando’”.

–Pará, loco, que yo vivo ahí –frenó Manuel al que manejaba el control remoto del televisor colgado afuera de la celda.

Reconoció las calles, los ranchos, el potrero. Y vio que sacaban en una camilla el cuerpo de alguien. Aunque enfocaban desde lejos, creyó reconocer la ropa de su amigo.

–Ojalá que no, pero para mí ese es el Frente –les dijo a los de su ranchada.

Compartía celda con dos chicos del mismo barrio y con un pibe de Boulogne que había sido "compañero" del Frente. Todos se quedaron callados. "Al final cuando casi lo subían a la ambulancia lo reconocí por la V en las suelas. Pensé que estaba muerto, por cómo lo llevaban. Después vino una banda de tiros de la gorra, de piedrazos de la gente. No lo podía creer. Era Crónica en directo y se veía todo el barrio. Yo había caído hacía un mes y me quería matar porque no estaba ahí con él, porque si hubiéramos estado juntos capaz que no pasaba lo que pasó. Me puse remal. Me quería matar, ya no me importaba nada después de eso. Decían que habían quemado a un vigilante, que lo habían herido, que era una batalla campal".

Se veían mujeres pateando patrulleros, escupiendo a la cara de los miembros del Grupo Especial de Operaciones. La policía tuvo que armar un cordón contra el que los amotinados arremetieron una y otra vez: a uno de los uniformados lo hirieron en una pierna, a otro le quebraron la clavícula de un palazo. Sabina jamás se olvidará de Matilde, la madre de Manuel, Simón y Javier, tan lejana hasta entonces, tan en la vereda de los chorros, donde ella nunca quiso abrevar, siempre sancionando con el desprecio la actividad ilegal de su hijo. La rememora corriendo entre los tiros, bajo la lluvia, embarrada hasta las rodillas y perdiendo las ojotas en la lucha. Como María que en el fragor dejó las suyas clavadas en el barrial.

La batalla fue de tal magnitud que Sabina Sotello tuvo que salir del estupor, respirar profundo, y pensar en qué hacer para calmar la sed de venganza por la muerte de su hijo. Sospechaba que la policía dispararía con balas de plomo y temía que, en lo extenso del enfrentamiento, la vecindad se hiciera de las armas escondidas en villas aledañas por el rumor de una razia que lo asolaría ese fin de semana. La venganza estaba demasiado cerca de los deudos enardecidos que no paraban de arrojar piedras y palos contra los uniformados y sus escudos transparentes. "Yo pensaba que iban a matar a alguien más y tuve que reaccionar". Sabina cruzó el pasillo y habló ante la multitud:

–¡Yo les pido por favor que me dejen terminar, que paremos un poco porque puede haber otra víctima, que paremos, así, estos hijos de puta se van! –dijo.

Lentamente los combatientes fueron abandonando la furia y dejando la tarde libre a la pena. "Para colmo llovía tanto, que llovía como si fuera llorar", dice Chaías, el desgarbado morocho que, contra

la tempestad desatada, caminaba blandiéndose contra el viento con una sombrilla roja enorme que parecía sacada de una playa familiar de la costa, una imagen de surrealismo nipón en medio de la miseria.

Sabina regresó a la casilla donde el fiscal y los funcionarios judiciales esperaban una señal para abandonar la villa, aterrorizados ante la posibilidad franca del linchamiento. “Ellos en definitiva salieron agarrándose como pollos mojados de mi brazo y de Matilde”, me contó Sabina varias veces a lo largo del tiempo en el que reiteramos esas conversaciones pausadas mientras me acompañaba a recorrer el largo viaje que la reconstrucción de aquella muerte me llevó a iniciar sin fecha de regreso.

Matilde no volvió a separarse de Sabina. Como si las balas hubieran dado en cualquiera de sus propios hijos. De alguna manera Víctor había sido durante esos años de asaltos y fuego casi un hijo para ella. Juntas, las dos mujeres partieron a la comisaría para los trámites burocráticos a los que siempre se condena al familiar del chico acribillado. Pasaron cinco horas en la seccional hasta que les dijeron que tardarían en entregarles el cuerpo. Sabina suele recordar riéndose con ternura que Matilde, avergonzada de sus pies desnudos por la pérdida de las ojotas, sentada en un banco de la seccional, trataba de disimular tapándolos el uno contra el otro, escondiéndolos como una niña bajo el asiento.

Esa tarde, la de la muerte, Manuel habló con su madre desde la comisaría por teléfono: le rogó que gestionara su visita al velorio, un traslado que los jueces suelen conceder a los reos cuando sufren la muerte de un familiar cercano. Pero, aunque obtuvieron la autorización judicial, no se lo permitieron ellas, sus propias madres. Hasta hoy, a Manuel y a Simón les duele que los hayan privado de esa ceremonia de despedida, pero el clima que había en el velorio era tan enrarecido que a Matilde y a Sabina les pareció un peligro inmenso el operativo. Las armas que habían desaparecido del barrio por el rumor de las razias volvieron apenas asesinaron al Frente. “Nunca vi tantos fierros juntos”, me dijo Sabina sobre la calidad de los bolsillos de los deudos de su hijo. Si trasladaban a los hermanos hasta la casa de French y General Pintos, donde velaban a Víctor, debían hacerlo policías de la comisaría 1.a, compañeros de la Rambito y Sosa, cómplices a los ojos de todos, tan culpables de la muerte injusta como el que gatilló.

La policía, además, no se había quedado tranquila después del marasmo del sábado. El resentimiento de los hombres de la primera de San Fernando no terminó con la represión de ese día. Manuel lo supo

desde adentro. Estaba detenido en esa seccional cuando ocurrió todo. “Apenas lo mataron vinieron a gozarme y entonces se armó un bondi, discutí y le tiré un termo de agua hirviendo a un cobani. Con los pibes lo peleamos y me querían sacar solo afuera para cagarme a trompadas. Me llevaron a la comisaría de Boulogne, y después me volvieron a la 1.a. Ahí estaba sin hacer nada, pensaba nomás, me quería matar. Me dio por ponerme a escribir. No paraba de recordar”.

Llovió todo el día y toda la noche. Y, a pesar del tiempo enfurecido, desde el momento de la muerte no dejó de haber deudos esperando el cuerpo en la puerta de Pinto 57. “Tuvimos que esperar tres días para que nos lo entregaran. Me querían dejar velarlo dos o tres horas, los mandé a la puta que los parió, les dije que yo lo iba a velar el tiempo que quisiera, el tiempo que yo creía que él se merecía. Yo les discutía, les decía que ellos en ese momento eran empleados míos, que les pagaba el sueldo y que ellos iban a hacer lo que yo les dijera. Lo velamos acá por el hecho de que la gente a veces no tiene para viajar –cuenta Sabina en el cuarto donde estuvo el cadáver de Víctor–. Esto era un mundo, gente que yo no había visto en mi vida que llegaba de todas partes”.

Fue una romería. La cuadra de French entre Pinto e Ituzaingó se llenó de chicos y chicas que armaban grupos en los cordones de la vereda, una multiplicación de esas esquinas que se esparcen por los rincones del conurbano norte. “Después los pibes que venían empezaron a juntar plata para comprar coronas –me contó Chaías, que esa noche amaneció allí–. Siempre que pasa algo así alguien saca un cuaderno y van juntando para comprarle las coronas que el finadito se merece”. La mayoría de ellos estaban armados. Hubo quien en una esquina se puso a disparar como homenaje en medio del responso y Pato, el hermano mayor de Víctor, tuvo que imponer orden, llamar a la tranquilidad a los amigos. Los patrulleros de la primera nunca dejaron de rondar la casa durante las veinticuatro horas que duró la despedida final. Cada tanto hacían sonar las sirenas golpeando con su presencia. Sabina intentaba que nadie respondiera a la provocación. Chaías dice que estaban tan “enfierrados” que podían pararse delante de un móvil policial y destruirlo con un cargador por cada uno de los vengadores. Se contuvieron hasta la mañana siguiente, el martes, cuando casi a las nueve sacaron el ataúd de la cocina y lo subieron al carro fúnebre. Hasta ahí llegó la compostura. Una salva caótica de balas hacia el cielo despidió a Víctor Manuel “el Frente” Vital. Y esos disparos comenzaron a transformar su muerte en una consagración, su ausencia en una posible salvación.

Eran tantos que fueron necesarios dos micros y un camión con acoplado para trasladar el cortejo entero. La fila de autos, todos los remises de la zona y los que ese fin de semana habían sido robados, daba la vuelta completa bordeando la villa 25.

A lo largo de Quirno Costa, sobre el borde del descampado, una hilera de jóvenes vaciaba los cargadores disparando hacia el barro reseco del baldío. “Salimos de acá y dimos la vuelta por los lugares donde él siempre andaba. Cuando la pompa fúnebre se asomó frente a la villa los tiros sonaban como en Navidad. Así fue la despedida de Víctor”, recuerda orgullosa Sabina. Lo enterraron con las banderas de Boca y de Tigre cubriendo el cajón. Y entre las decenas de coronas había una igual a la que había pedido durante sus últimos meses, acosado por la policía: “Si me agarran, que me hagan una corona con flores de Boca”, había dicho como bromeando sobre un futuro anunciado.

SANTIAGO MEZA LÓPEZ, EL POZOLERO.

CUERPOS SIN SEPULTURA

*

Marcela Turati

–¿Y él qué explicaciones da acerca de eso?

–Me creerá que de eso no me ha dicho. Cuando le digo, solo me responde: “Tú mejor que nadie sabes cómo soy yo”.

Irma es una mujer de más de cincuenta años, cara redonda, pelo al hombro teñido de rubio cobrizo. Es robusta. Viste una camiseta gris, sencilla. Vive en una casa a la que se llega cruzando la cochera techada de una casa vecina, un tanque de gas, un tendedero de ropa y una lavadora, en un barrio popular del pueblo de Tecate, ubicado en el desierto mexicano, en la línea fronteriza con Estados Unidos.

A Irma se le traban las palabras cuando quiere referirse al empleo de Santiago Meza López, su marido. Habla de “ese trabajo”, da rodeos (“cómo le puedo decir”), hasta que finalmente termina por llamarlo “eso”. La conversación se llena de obstáculos, pero ella no la interrumpe. Parece deseosa de hablar sobre su esposo preso, aunque hasta ahora, y durante cinco años, no ha hablado con extraños sobre este tema.

Dos horas antes, cuando golpeé a la puerta de su casa para entrevistarla, parecía asustada, pero me invitó a pasar y, apenas entré a su vivienda color rosa pastel, de dos pisos y pocos muebles, empezó a hablar. En la planta baja están la cocina y el comedor, donde hay una cómoda con espejo y un altar a San Judas Tadeo (el santo de las causas difíciles), un televisor de pantalla plana y un sillón donde permanece, como una estatua, Irene, su hija de treinta años, con los ojos clavados en el piso. Es la mayor de sus cuatro hijos y parece dopada. Pero no lo está: hace cinco años dejaron de usar medicamentos para domarle la conducta y esta tarde, simplemente, está cansada.

Una niña de cinco años, cabellos rubios, ojos verde intenso, baila y canta alrededor hasta que su mamá –nuera de Irma– la llama a jugar al piso de arriba. Es la Cachorrita, como le dice su abuelo cuando habla con ella por teléfono desde el penal de máxima seguridad de Almoloya, en el centro del país, donde son encerrados los criminales más peligrosos de México.

Irma dice que su esposo está en la cárcel porque fue enrolado en el narcotráfico cuando migró a Tijuana a buscar trabajo como albañil. Ella no lo dirá, pero está probado que se inició con el cártel de Tijuana, comandado por los hermanos Arellano Félix, amos de esa ciudad fronteriza, y terminó en el de Sinaloa.

Santiago Meza López trabajaba para el narco, pero Irma se rehúsa a creer que dentro de la cadena productiva del crimen organizado "su viejito", su marido, su Santiago, haya hecho el trabajo que dicen que hizo. El que ella no puede pronunciar. Eso.

–Le ofrecieron el trabajo ese de… de… de… Porque él decía: "Yo prefiero mi trabajo a que ustedes se mueran de hambre".

Irma tartamudea. A unos metros, Irene, su hija, se reactiva como un muñeco con resorte, alza el rostro y grita:

–¡Que no dicen que ya no pudo caminar y aceptó!

Irma se da vuelta para mirarla. Está acostumbrada a esas intervenciones de la chica, que nació enferma.

–Él, mi viejito, aceptó el trabajo de… ¿cómo le puedo decir?, si hasta se me hace feo.

–¿Empezó como vendedor?

–No, como mandadero. "Mueve esto, trae a mi familia, pasa por mí". El mal trabajo lo ofrecían así, y la mera necesidad lo empujó a aceptar.

Irma y su familia no son de Tecate. Se mudaron a esta frontera veinte años atrás, para ahuyentar la miseria, dejando Sinaloa: un caluroso estado junto al océano Pacífico, famoso por su pesca, sus playas, su producción de vegetales, de marihuana y de capos del

narcotráfico.

Irma y Santiago fueron novios desde la infancia. Cuando se conocieron en la ciudad de Guamúchil, Sinaloa, ella tenía nueve y él once. Vivían en el mismo barrio pobre y periférico, donde mucha gente se dedicaba a buscar lodo colorado para hacer ladrillos y venderlos. Para describir a "su viejito" y defender su inocencia, Irma recurre a una anécdota del día en que, ya casados, ella se enfadó porque su casa estaba invadida por gatos recién nacidos y pidió a unos niños que los abandonaran en un basurero cercano. Cuando Santiago llegó a casa y no los encontró, quiso saber qué había ocurrido.

–Los mandé tirar porque yo no quiero tanto cochinero –lo retó ella.

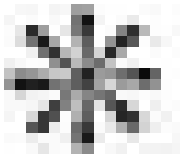
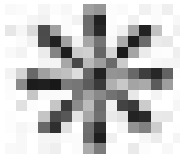
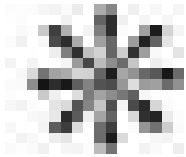
–¿Y qué si te hubieran tirado a ti? –preguntó el esposo, molesto, antes de mandar a los niños a rescatar a los animales.

Así era el hombre con el que se casó hace treinta años: un hombre que, dice, no merece el horrendo apodo con el que se le conoce.

–Si él no se animaba porque le daban lástima los animales, ¿cree que le va a quitar la vida a las personas? A mí hasta la fecha me da coraje. A él siempre, siempre le decían por su nombre. Nunca de otra forma. No sé ese nombre que dicen de dónde lo sacaron. Irma se enreda para referirse al apodo con el que el ejército presentó a su marido ante la prensa, el sobrenombre que lo hizo famoso y se quedó clavado en las pesadillas de los mexicanos: el Pozolero.

El pozole es un caldo típico mexicano, hecho a base de granos de maíz, al que se le agrega carne de pollo o de cerdo. Pozolero se le llama al cocinero de ese guiso. Pero en el lenguaje del narco, el pozolero es quien disuelve los cadáveres. Desaparece personas con ácidos. Santiago Meza López le puso su rostro a ese oficio. Ese oficio tuvo, en él, su encarnación.

Eso es lo que Irma no se atreve a mencionar: que durante mucho tiempo su esposo, el papá de Irene y el abuelo de la Cachorrita, "cocinó" cadáveres con ácido hasta hacerlos desaparecer.

Cada dieciocho días, Santiago Meza López habla con Irma. Cada nueve, tiene permiso para una llamada telefónica de diez minutos. Casi siempre a las ocho de la mañana, una semana el teléfono timbra en casa de doña Rita López, la madre de Santiago, en Guamúchil, Sinaloa. A los nueve días el teléfono suena en casa de Irma y sus hijos, en Tecate, Baja California, frontera con los Estados Unidos.

En esas llamadas de no más de diez minutos, Santiago Meza trata de saber qué ocurre fuera de Almoloya. Pasa lista y pregunta por su esposa, sus hijos, sus nietos, su madre, sus nueve hermanos, sus suegros, sus amigos, sus vecinos, hasta que se le agota el tiempo.

Aunque siempre fue un hombre reservado y de pocas palabras, le ha contado a Irma que en Almoloya está por terminar la educación primaria; que a veces lo sacan al patio a jugar vóleibol; que ya se aprendió la Biblia de tanto leerla y que empezó a tomar clases de pintura; que le sobra tiempo, que extraña trabajar y que le gustaría que en el penal enseñaran carpintería.

La mesa de la cocina, donde Irma tiene los brazos apoyados mientras cuenta que Santiago cenó pavo en Navidad y que está preocupado porque la cárcel lo haga engordar, está cubierta con un plástico transparente estampado de frutas. Sobre la mesa hay dos cuadros que Santiago envió de regalo para Navidad. El primero es un retrato al óleo de sus tres nietos, el otro es una pintura de las princesas y heroínas de Walt Disney. Hay un tercer cuadro, que Irma describe pero que no está en la sala. Representa el conflicto entre el bien y el mal con un angelito y un diablo. Irma cree que Santiago contrató a otro reo para que los pintara, porque su marido todavía no sabe hacer trazos finos.

En esta casa, Irma vive con dos de sus hijos (Irene y un varón joven que tiene un negocio en el centro), la esposa de su hijo y la hija de ambos, la Cachorrita. En la planta baja no se ven fotos de Santiago, e Irma no quiere mostrar las que guarda para respetar la obsesión de su marido por la privacidad, aun cuando ya es demasiado famoso.

Santiago Meza López apareció el domingo 25 de enero de 2009 en la televisión. Vestía un pantalón de mezclilla y una sudadera gris deslavada y estaba en un terreno baldío, en Ojo de Agua, Tijuana. Un hombre bajo, de pelo corto color negro azabache, cejas espesas, facciones abigarradas y barriga protuberante. Llevaba las manos entrelazadas tras la nuca, los ojos bajos y estaba rodeado por militares con el rostro cubierto con máscaras negras. Las mismas que usan cuando presentan al público a un personaje "pesado" del narcotráfico. Un periodista le preguntó:

–¿Cuántas personas deshiciste?

Con el ojo izquierdo casi cerrado por una inflamación, raspones en el rostro y un chichón en la cabeza, Santiago Meza respondió:

–Unas trescientas.

Siguió una fría lluvia de preguntas de los reporteros presentes:

–¿A qué tipo de personas deshacías?

–A los que me traían.

–¿Tú los matabas?

–Me los traían muertos.

–¿Los despedazabas?

–No, enteros.

–¿Cómo lo hacías?

–Yo los echaba en un tambo con ácido y ahí se desintegraban.

–¿Qué tiempo se tardaba en deshacer un cuerpo?

–Veinticuatro horas.

–¿Qué hacías con lo demás, con lo que te quedaba cuando estaba deshecho?

–Lo echaba en una fosa.

–¿En qué fosa?

–Aquí, en esta casa.

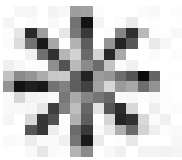
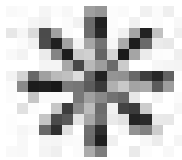
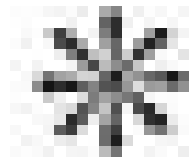
Meza López hizo entonces un gesto con la cabeza, con el que señaló el suelo que pisaban él, los militares y los reporteros: un terreno baldío bardado con bloques de cemento. El interrogatorio duró menos de cinco minutos y, aunque cortante y escueto, Meza López respondió todo lo que le preguntaron. Así, se supo que entre sus víctimas no había mujeres ni niños y que por su trabajo recibía seiscientos dólares al mes. Dijo primero que había disuelto a trescientas personas en un solo año, aunque después aclaró que trescientos era, en realidad, el número total de víctimas que había deshecho durante los diez años que había practicado el oficio. Dio detalles a la prensa sobre su modo de trabajo, con una naturalidad que sorprendió a todos. El principal componente era la sosa cáustica. El método de cocción, a fuego alto durante un día entero. La capacidad por semana, de tres cuerpos.

Aquel 25 de enero, al presentarlo a la prensa, los militares lo identificaron con el sobrenombre que tanto enoja a Irma: el Pozolero. El apodo con el que desde entonces aparecería en las revistas, el que dio nombre a una película y motivó un narcocorrido. Su escalofriante método de trabajo no tardó en aparecer en series de televisión estadounidenses como Breaking Bad. Aunque Santiago Meza no inauguró este oficio (antes hubo otros), él le puso rostro.

–A veces le digo: “Mijo, ¿por qué lo hiciste?” –dice Irma, con la mirada perdida, rememorando las charlas que han tenido en la cárcel–. Él dice que no sabe.

Irene revive y grita desde el sofá:

–¡Le inventaron!

El 25 de enero de 2009, el corresponsal de Milenio Televisión en Tijuana, Luis Alonso Pérez, recibió la orden de cubrir una visita organizada por el ejército para mostrar su más reciente logro en la lucha contra el crimen en esa ciudad fronteriza, elegida desde los noventa por los hermanos Arellano Félix, líderes del cártel local, como

centro de operaciones y control del trasiego de la droga por el corredor del Pacífico mexicano. Desde el convoy de autos de los reporteros, Luis Alonso Pérez siguió la Hummer escoltada por camionetas militares color camello hasta el terreno baldío de Ojo de Agua, una colonia periférica de Tijuana que conserva rasgos de la vida campesina. En el vehículo llevaban a Santiago Meza López, a quien hicieron descender en el terreno y pararse frente a los reporteros para que explicara a la prensa su actividad. El ejército recurre a esa estrategia cada vez que captura personas que considera dignas de exhibición.

El periodista recuerda que el detenido tenía mal aspecto, que parecía como ido, drogado o ebrio, porque tropezaba al caminar. A las preguntas respondía de manera coherente e hilada, pero con frases cortas. No le pareció que hubiera sido golpeado, o al menos no recuerda haberle visto los enormes moretones característicos de los torturados.

Ese 25 de enero, más temprano, Meza López ya había sido presentado a la prensa en el cuartel militar junto a otros dos sinaloenses detenidos y un arsenal de guerra que supuestamente les habían decomisado: un fusil Barrett calibre .50, una ametralladora mp5 calibre 9 mm, una carabina DSA ZM4 calibre 5.56 mm, un fusil HK 91 calibre .308, dos granadas de mano, tres chalecos antibalas, un portacargador doble y una fajilla color verde con portagranadas.

Aunque la versión que la Secretaría de la Defensa Nacional dio ese día fue que los sinaloenses detenidos habían sido interceptados en una carretera en las afueras de la ciudad la noche del 23 de enero de 2009, los reporteros sabían por boca de la policía que la captura había sido después de que el ejército irrumpiera en los condominios Baja Season's, en el kilómetro 73 de la carretera que va de Tijuana a Mexicali, cuando vecinos avisaron que hombres armados estaban celebrando una fiesta. Cuando llegaron, en el lugar solo quedaban Santiago Meza, los otros dos sinaloenses y una menor de edad. La versión extraoficial que más se conoce es que el Pozolero no pudo huir porque se caía de drogado.

Sea como fuere, cuando Santiago Meza fue interrogado reveló el trabajo que había desempeñado durante los últimos diez años, primero para los Arellano Félix, luego para Teodoro García Simental,

alias El Teo o Tres Letras, exjefe de los sicarios que habían protegido a la familia Arellano Félix. El Teo había roto dos años antes con el cártel de Tijuana, se había pasado al cártel de Sinaloa, y mantenía una sangrienta disputa con sus exaliados por el control de la plaza.

En la rueda de prensa en el cuartel, los detenidos permanecieron en silencio. Cuando terminó, los soldados armaron un operativo para llevar a Meza López a Ojo de Agua, donde convocaron a los reporteros. Ahí lo vio por primera y única vez Luis Alonso Pérez.

Desde la noche anterior, los periodistas habían escuchado el rumor de que el ejército había capturado a un "cocinero" del grupo del Teo. El dato no les llamó la atención. Desde tiempo atrás se rumoraba que el clan Arellano Félix había traído a Tijuana a expertos de Israel para que enseñaran a sus hombres a borrar "los cuerpos del delito" y desaparecieran a sus muertos, ya no enterrándolos en fosas.

–Ya sabíamos lo que era pozolear a alguien, ese término es viejo. Sabíamos que lo hacían, pero no sabíamos quiénes lo hacían. Era un método antiguo de los Arellano Félix, hasta habíamos visto tambos con personas disueltas –recuerda Alonso Pérez una mañana de enero de 2014, mientras desayunamos en un hotel céntrico de Tijuana.

Lo que sí sorprendió a Luis Alonso Pérez fue la confesión de Meza López. Cuando lo cuenta vuelve a abrir los ojos como intentando contar algo increíble. Hasta hoy no sabe si lo que más lo impresionó fue la cantidad de personas que el detenido dijo haber disuelto, o la naturalidad con que habló de su oficio.

–Al principio estaba… –Alonso Pérez se queda pensativo, busca la palabra precisa–… no digo bravucón, sino confiado, frío, tranquilo, como no queriendo decir. Sus respuestas eran cortas. Pero conforme lo fuimos cuestionando, se iba ablandando y cada vez salía más culpa, como que no quería contestar pero sabía que tenía que hacerlo.

También le llamaron la atención la facilidad con la que Santiago Meza se autoinculpó y su mirada esquiva, pues los narcotraficantes detenidos siempre posan como pavorreales, presumiendo de los hombres y las armas a su servicio, orgullosos de ser lo que son, sonrientes y desafiantes ante la prensa. Como si dijeran: "Yo sí triunfé".

–Quizás él sabía lo grotesco que era su trabajo y el impacto que iba a causar en nosotros. En ese momento como que todos los reporteros fuimos un poquito humanos y nos quedamos callados, tardamos en

digerir lo que estaba pasando. Y eso que ya estábamos curtidos para esas épocas. Lo loco es que no vimos nada. Solo lo escuchamos a él.

Cuando Pérez regresó a la redacción, sus jefes le preguntaron por qué no había llevado imágenes: querían ver tambos con residuos orgánicos, guantes de carnaza, cadenas colgadas del techo, alguna huella de la carnicería. Pero en el lugar solo se veía una construcción con una puerta enrejada, a la que los periodistas no tuvieron acceso. Lo demás era un baldío con tres hoyos recién excavados. No había guantes, cuchillos, pinzas, alambres o cazos. Ni siquiera los tambos de basura con capacidad para doscientos litros en los que el detenido contó que deshacía a sus víctimas. Fue en el año 2012 –cuando se hicieron las primeras excavaciones y se quitó la placa de cemento que cubría el suelo– que los periodistas entendieron que habían caminado sobre restos humanos. Que el piso ocultaba un depósito –conectado a una cañería– que almacenaba lo que las autoridades nombraron como "emulsión humana".

–¿Y olía a algo?

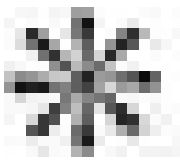
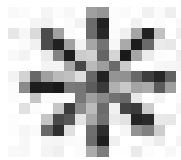
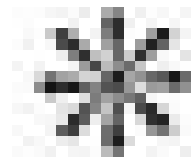
–No. Predominaba el olor a chivo.

Aquel día de enero, casi al final de la exhibición, cuando los soldados ya estaban a punto de llevárselo, un periodista preguntó:

–¿Qué les dirías a las familias de tus víctimas?

Con la voz quebrada y una lágrima en el ojo derecho, Santiago Meza contestó:

–No, pues que me perdonen.

Todavía no son las ocho de la mañana, pero hoy, lunes 13 de enero de 2014, en la casa de doña Rita López, en Guamúchil, Sinaloa, hay un ambiente de agitación. Dos de sus hijas se acomodan en las sillas dispuestas en el patio techado. Esperan la llamada que desde la cárcel hará Chago, como le dicen a Santiago. En los días como hoy, en los

que espera la llamada, doña Rita prohíbe encender la radio, la televisión o cualquier aparato que haga ruido e impida escuchar el timbre del teléfono.

–¿El teléfono está bien colgado? –pregunta nerviosa doña Rita.

Es delgada y amable. Tiene setenta y dos años, ojos verde claro y el cabello blanco recogido bajo un pañuelo. Viste falda recta hasta abajo de las rodillas, zapatos negros de tela, blusa y un suéter. Ansiosa, va hasta donde está el teléfono para asegurarse de que no se repita la frustración de aquella vez en que esperó por horas el timbrazo hasta que descubrió que estaba mal colgado. El reloj, clavado sobre una pared desnuda de ladrillo y cemento, será desde ahora el centro de atención.

El recibo telefónico deja constancia de que las llamadas que Chago le hace a su madre desde el Estado de México no superan los once minutos. Llama por cobrar, y el costo promedio es de nueve dólares. Un hermano de Santiago, que vive en Tijuana, se encarga del pago de la cuenta porque para la familia es mucha carga.

Doña Rita nunca se escondió de los reporteros que llegaron a su casa cuando se difundió la noticia. Las pocas crónicas que existen de esos días la describen como una mujer amable, pobre y generosa. Contrasta con la rudeza –que llega a veces hasta la amenaza– con que la mayoría de las familias de los narcotraficantes capturados se enfrentan a los reporteros cuando se les acercan.

“Mi hijo no es capaz de matar a nadie, no sé en qué momento mi hijo se metió con ellos, o por qué lo hizo, pero de seguro fue por hambre”, dijo doña Rita cuando la prensa acampó afuera de su casa durante los días que siguieron a la captura.

Hoy, cinco años después, acerca una silla, me invita a sentarme y se dice apenada porque no tiene comida para ofrecer.

Su casa ha sido construida en distintos tiempos. Una parte está pintada de color verde, que ya luce deslavado. La otra, más reciente, conserva los ladrillos y el cemento a la vista. Hay una sala a la que le falta una pared. En esa sala, hay un sillón viejo, un calendario y la anticuada pintura de una niña. En la cocina los únicos muebles son la estufa, un refrigerador y una mesa. A un lado hay un cuarto donde se apilan varias camas, la ropa y el teléfono. Enseguida, un baño. En el patio hay una letrina que, al parecer, ya no se ocupa. Ningún cuarto

está interconectado por dentro. La vida se hace al aire libre. Bajo el techo que cubre una especie de porche se lava la ropa, se come, se conversa, se esperan las llamadas. Sin embargo, ahora es mucho mejor de lo que fue durante la infancia de Santiago, cuando sólo tenían un cuarto en el que todos dormían hacinados.

–Yo tengo diez hijos, él es de los medios –dice Rita.

Santiago es el quinto de los hermanos Meza López: seis varones y cuatro mujeres. Doña Rita y su marido, Salvador, tuvieron doce hijos, pero dos murieron chicos. Ella cree que tiene alguna fotografía de Santiago y se mete al dormitorio a buscarla. Tras hurgar unos quince minutos aparece con un álbum de fotos viejo, con el adhesivo ya sin pegamento, y señala un retrato de dos niños.

–¡Mire dónde me lo encontré! Ay, tan lindo, aquí me lo hallé –dice, secándose las lágrimas.

En el retrato se observan solo siluetas. Los fotografiados no tienen rasgos, en parte por el paso del tiempo, en parte por el fuera de foco. Pero doña Rita parece no percatarse. Da vuelta a la página y encuentra una tarjeta decorada con corazones donde se lee: “Qué bello es el amor”. Páginas más adelante aparece otra foto de Santiago cuando era adolescente. Se lo ve greñudo y acompañado por una jovencita: la Chiqui, como llama doña Rita a Irma, la mujer de Santiago. La imagen de los novios fue tomada en el campo.

–Es el río. Fue en Semana Santa. Estaban muy jóvenes los dos, ella es la Chiqui, estaba delgada. Ella es de aquí, de la colonia.

Doña Rita cree tener otra foto más reciente, de un bautizo apadrinado por su hijo, pero por más que busca no la encuentra. Así, de trazos sin rostro, con pocos detalles, está hecha la vida de este hombre. Los recuerdos que su familia tiene de él son escuetos. Cuando su madre, Rita, dice que terminó la escuela primaria, una de sus hijas le dice que no, que quizás llegó hasta cuarto grado, pero nada más. Solo saben, con certeza, que la escuela a la que fue se llamaba Agustina Ramírez. Cuando les pregunto los nombres de sus maestros, sus hermanas me dicen que ellas ni siquiera recuerdan los nombres de los suyos. Hablan de Meza López con frases comunes: “Era muy bueno… Toda la gente lo quiere mucho… Era muy noble… No era violento… No tuvimos queja de él nunca”. Vecinos, amigos, conocidos, todos dirán lo mismo. Como si hubieran memorizado un guión sobre la aburrida vida de un santo. De la segunda parte de su biografía ninguno de sus amigos se da por enterado.

Santiago Meza López nació en la zona antigua de la ciudad de Guamúchil, conocida como Guamúchil Viejo. Cuando tenía dos años, la familia se mudó a La Piedra, hoy llamada Colonia San Miguel: un asentamiento al que se llega cruzando calles de tierra, rodeando enormes bodegas de semillas y plantíos de vegetales, y atravesando terrenos hundidos donde alguna vez hubo ladrilleras.

–De niño vendía paletas, periódicos, o mañaneaba haciendo ladrillos con su papá. Se iban a las cuatro o tres de la mañana, venían a mediodía a descansar un poquito y terminaban ya muy tarde, como a las cinco –recuerda doña Rita.

Todos hablan de él igual: un niño bien portado, serio, trabajador, de pocas palabras y generoso.

–Nomás viera una señora viuda que no tuviera, le daba cinco pesos, diez pesos… "Tenga, señora, para comprar la masa". Al hermanito de esa señora le trajo tres cambios de ropa usada, pero buena, porque estaba enfermo –dice doña Rita, señalando la casa de su vecina–. Toda la gente lo quería mucho porque quería tener para todos. Y sí, pobrecito mi hijo, ojalá que me hable.

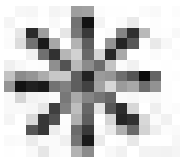
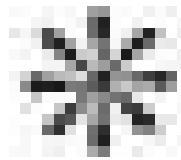
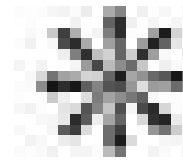
Hay muchas anécdotas sobre su generosidad: que si le mandó ropa de segunda al hermano enfermo de la vecina y luego dinero para el entierro de sus dos hermanos. Que si mandaba zapatos y dinero para su sobrina huérfana de madre. Que si pagó las medicinas y estudios de Chabela, la Negra, su mejor amiga. Que si mandaba cosas para sus suegros, dinerito para su mamá o para que su papá y sus hermanos compraran una máquina para hacer tabiques de cemento.

De don Salvador Meza Acosta, el padre de Santiago, se sabe poco. Era un hombre trabajador y estricto. Desde el momento en que sus hijos varones podían sostener un lápiz y trazar una letra, los llevaba con él a hacer ladrillos. Ahí se la pasaban, desde las cuatro de la mañana, mezclando arena con estiércol y aserrín, vaciando la mezcla sobre el piso, poniéndole un molde encima, haciendo rectángulos y dejándolos al sol. Por la tarde, despegaban la mezcla, acarreaban los ladrillos, los apilaban, construían un horno, los quemaban hasta que estuvieran cocidos, los despegaban, los raspaban uno por uno y los acomodaban en un camión. Todo ese trabajo lo hacían en cuclillas o a gatas, con la espalda en escuadra, como los esclavos.

Salvador era estricto. Las hijas no lo dicen, pero sí las vecinas.

–Pero no para golpearlos –aclara doña Rita, aunque luego recuerda que su esposo a veces decía que sus hijos merecían unos cuerazos.

Salvador era alcohólico. Lo dicen los vecinos cuando ninguno de los Meza López está cerca. Se gastaba las ganancias en cantinas, pero pese a eso todos consideran que era un hombre bueno, respetable y muy trabajador. “De los mejores padres de aquí”, dice un vecino.

–Dígale a Chago que acá lo esperamos, que lo esperamos con un fiestón.

Salvador Torres Olide es amigo de infancia de Santiago. Trabajó para él como peón; de chicos jugaban futbol y béisbol; de adolescentes, perseguían chamacas. Dejaron de verse cuando Santiago se fue a Tijuana.

Este domingo de enero, Torres Olide está con otros exladrilleros en el patio de su casa, donde esperan que termine de cocinarse una barbacoa. Detrás del patio hay un corredor con gallos enjaulados. Torres Olide habla de la fiesta que quiere hacerle a su amigo el día que salga de la cárcel, y los demás escuchan. Otro vecino, amigo de Meza López, Jesús Adán Arredondo Sandoval, agrega que el festejo será “de cooperación”, pagado entre todos. Su hermana, Isabel Cristina Arredondo Sandoval, a quien todos llaman Chabela o la Negra, dice que solo así se podrá hacer una fiesta, porque “el Enano es un pobre diablo sin un peso, un pinche jodido”.

En el terreno hay camionetas importadas que en Estados Unidos podrían ser chatarra, pero que se cotizan bien de este lado de la frontera. Torres Olide es el único vecino rico entre todos los exladrilleros. Su fortuna le llegó por un golpe de suerte: se sacó la lotería. Hoy es dueño de la única casa de dos niveles que existe en el barrio.

Al recordar la infancia de Santiago Meza, sus amigos repiten las mismas frases: siempre bueno, nunca “bronquista”. Otro dice que

quizá no se metía en pleitos por “chapito”, bajo de estatura. Enano, dirá la Negra.

–A veces me platican de él y suelto el llanto, porque es una injusticia. Si se metió en broncas fue por defenderse él. No me acuerdo que haya sido malechón, maleante –dice Torres Olide.

La conversación se convierte en un diálogo entre la Negra y su hermano Jesús Adán, los dos amigos más íntimos de Santiago Meza.

Jesús Adán: Era serio y noble, batallábamos para hacerlo hablar.

Negra: Era muy metiche, nomás le gustaba mirar pero no hablaba.

Jesús Adán: Le hacía una pregunta uno y se iba y hasta al rato, mucho después, contestaba.

Negra: Era tan baboso (bobo) que ni siquiera una cerveza se echaba.

Jesús Adán: Andábamos en la matiné del cine, nunca fue borracho, vicioso. El fue ayudante de los albañiles, era muy trabajador, nomás no platicaba mucho. Muy serio. Aquí en ese hoyo él hacía ladrillos, aquí se desarrolló, entraba a las cuatro de la mañana y a las diez salía, volvía a las cinco de la tarde y a las siete se iba. Don Salvador tenía a todos los hijos trabajando.

Negra: Desde chiquitos, de madrugada los llevaba a arrastrar ladrillos, desorillar, raspar, quemar. Tenían como meta hacer mil, dos mil ladrillos. Si no, no ganaba.

Jesús Adán: El problema fue que ya no podía trabajar ni batir lodo, de tanto que hizo ladrillos.

Negra: En el ladrillo todo mundo se friega la columna.

Al borde de este mismo solar, donde en tiempos de lluvias se abre paso un arroyo, los hermanos Meza López juntaban tierra rojiza para los ladrillos. Años después, la materia prima se acabó y fabricar ladrillos dejó de ser negocio.

Jesús Adán es dueño del terreno donde su amigo Santiago construyó el cuarto que habitó desde recién casado. Como paga, recibió veinte varillas de acero para construcción, aunque Meza López

después se las pidió prestadas para techar. Pero durante los más de quince años que Meza López vivió en Tijuana, nunca terminó de pagar su deuda, y tampoco terminó su casa.

La Negra dice que su amigo batalló mucho: “Tiene una chamaca con discapacidad y otra también enferma. Ojalá hubiera tenido de veras para llevarla a un buen hospital. Cuando estaba muy pobre se iba a sacar raíces de camote. Es muy batalloso, porque están enterradas en la tierra dura, pero es bueno. El camote mata amibas, diabetes y todo lo que uno cría en la panza”.

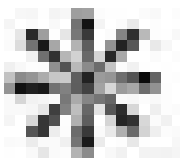
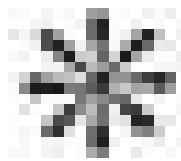
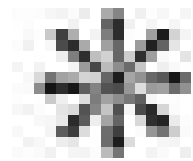
Martín Rodríguez, un albañil del barrio, fue el que convenció a Meza López de ir juntos a Tijuana. Martín Rodríguez nunca volvió. Se sabe que falleció en la frontera. Algunos dicen que por un derrame cerebral. Otros, que por sobredosis. Otros, que fue durante una balacera.

Jesús Adán visitó una vez a su compadre en Tijuana, y recuerda que para entonces era dueño de una camioneta pequeña, pero vivía sin lujos. Desde allá envió, una vez, dinero para las consultas y los medicamentos de la Negra. Regresó una única vez a Guamúchil, en el año 2005, para el entierro de don Salvador, su padre. Cuatro años después volvieron a verlo, pero por televisión.

Salvador Torres Olide, el dueño de casa, insiste en que sigue sin creer en las noticias. –Tanta maldad de todo lo que se le acusa… Yo todavía no lo creo –dice.

Jesús Adán defiende a su amigo porque, mal que bien, tenía trabajo, una proeza en esta tierra de desempleados.

–Trabajaba mucho. Incluso cuando lo agarraron trabajaba de albañil con la gente esa, nomás que no puedes hacer nada. Si trabajas en una casa, aunque no te guste lo que hagan en la casa, es trabajo.

A partir de las ocho de la mañana, de lunes a viernes, en el patio de doña Rita se activan tres máquinas: la revolvedora de cemento, la fabricadora de bloques de cemento, y un tractor con palanca que remueve tierra y reagrupa montes de piedras que afean el patio de los Meza López. Esa máquina se acerca tanto a la mesa ubicada bajo el cobertizo, que a veces parece estar a punto de meterse en la casa.

Este lunes 23 de enero, doña Rita sigue pendiente del reloj.

–Suena el teléfono y paramos la máquina –advierte a la cuadrilla de trabajadores que labora en su patio.

Ella les alquila el espacio para que fabriquen bloques de cemento. A cambio, obtiene cuarenta y cinco dólares al mes y el pago de la cuenta de luz.

Sobre el monte de piedras grises está parado Melchor, el hijo más joven de doña Rita. Es un hombre de unos cuarenta años que parece una copia de su hermano Santiago: es bajo de estatura, cara cuadrada, una barriga prominente y un bigote espeso.

En cuanto se enciende la máquina, aproximadamente cada cuatro minutos, toda conversación se ahoga por el ruido y las frases quedan a medias. Como si fuera un juego infantil en el que quien habla se queda congelado esperando a que pase el ruido, y durante el tiempo de preparación de la siguiente tanda de bloques se puede continuar con la charla.

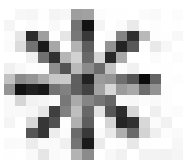
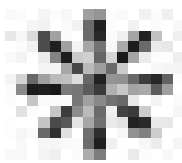
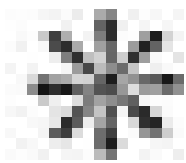
–Y eso no es nada, ya no nos hace ruido, está uno impuesto –sonríe doña Rita, y se encoge de hombros.

Cuando ya pasan de las nueve de la mañana, como buscando consuelo dice:

–A lo mejor marcó con su señora. Cuando marca es a las ocho, ocho y quince, ocho y media. Ahora no sonó el teléfono. Si marcó para allá, dentro de nueve días me marca, con el favor de Dios. Y ni modo de marcarle nosotros. Es muy trabajoso, no sabemos.

Doña Rita seguirá esperando la llamada todo el día. No se animará a cruzar el jardín para lavar la ropa sucia en el lavadero, ubicado junto al fogón de cemento. Se quedará ahí, entre el caos y el ruido de las máquinas, estirando la esperanza de que su hijo llame, aferrándose a aquella única vez en que él se comunicó casi a las nueve de la noche.

–Antes sí me mandaba unos quinientos, doscientos pesos pa' que pueda comprar tortillas, para que hiciera mi mandadito y dejara pa' las tortillas. (BRRRRRRRRRRRR). Yo tenía teléfono de tarjeta Motorola. El habló con una tía y dijo: "Dígale a mi mamá que ponga línea Telmex". Y lueguito lo puse. Él no podía hablar pero ahora me llama por cobrar, con la operadora. (BRRRRRRRRRRR). Me agarré chille y chille y chille, y me dijo: "No llore, amá, todo va a salir bien, voy a estar con la familia". (BRRRRRRRRR). Yo le pedí a Dios que me diera valor, fuerza para hablar con él. Que me ayudara para escuchar bien su voz, que no me dieran ganas de llorar. Y ahora sí, muy bien hablo con él. Los primeros días no comía. (BRRRRRRR). Nomás en la cama. Yo era muy gordita y me enflaqué, se me secaron los ojos, no dormía de pensar en él. Me da mucho sentimiento cuando me dicen que ya va a salir, así dicen. Si él sale, ¿no habrá peligro de que le hagan algo? No se sabe.

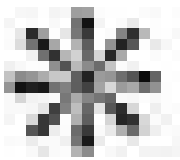
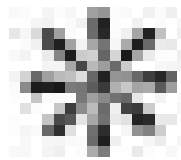
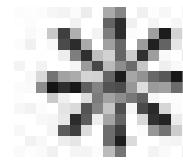
A las hermanas mayores de Santiago, Chita y Rosa María, las cansa estar sentadas a la espera de que suene el teléfono, por lo que salen seguido a la calle, hacen cualquier mandado y al rato vuelven a aparecer. Al mediodía, se dan por vencidas. Una de ellas irá a una oficina de gobierno para afiliar a una de sus hijas al programa social de apoyo para estudios y alimentación, y la otra a anotarse en la lista de despensas gratuitas que da el municipio.

El ruido de las máquinas se escucha a más de cuatro cuadras en esa colonia polvorienta, con calles mal trazadas y charcos como cráteres. Doña Rita come del panqué que le ofrecen los jornaleros. Se mete después a la cocina a preparar una sopa de pasta. No cocina frijol, porque dice que este mes no llegó en la despensa que le dio el municipio. La maquina bloquera es semimecánica. El trabajo más pesado es echar la mezcla de cemento y piedras a la máquina revolvedora, con una pala, y bajar la palanca que contiene el molde que da forma al bloque de ladrillo gris. Años atrás, la familia intentó trabajar con una máquina que Santiago les compró, con la idea de que don Salvador dejara de fabricar ladrillos y evitar así que sus hermanos más pequeños se estropearan la espalda. Esta primera máquina sacaba

tres bloques por aplastamiento. Pocos, para el enorme trabajo que implicaba. La máquina que usan ahora fabrica doce por ronda. Al menos, ya no tienen que acuclillarse.

–Este negocio no deja –dice Melchor, el hermano de Santiago, durante un receso, con esa voz que se le queda atrapada en la nariz–. Si esto dejara yo metiera el dinero al negocio, yo pusiera un negocio aquí. Mire cómo tengo la mano por el cemento. Es muy fuerte, es muy matado. Esta costrita parece que no duele, pero sí duele.

Enseña el dedo hinchado, duro, pelado, seco.

A los ocho años, Santiago Meza vendía paletas, nopales, periódicos. A partir de los doce se prometió ser independiente, no causar gastos y llevar dinero.

–Empezó en la ladrillera, para ayudarle a su familia –dice Irma, su esposa–. Me dice que andaba jalando la carretilla, pero que no podía y lo jalaban para que pudiera jalar la carrucha. Estaba muy chico de edad. No podía. Él miraba la situación de su mamá, porque a su papá le gustaba mucho…

No se atreve a decirlo, pero hace el ademán de quien empina una copa.

Santiago e Irma, el Chago y la Chiqui, se casaron cuando él tenía dieciocho y ella dieciséis. Se habían conocido siete años antes, cuando la familia de ella se mudó al barrio de La Piedra. Durante un tiempo ambos buscaron trabajo en las fábricas-bodegas ubicadas en los alrededores de la colonia. El fue contratado en Simex, donde se dedicó a empacar semillas.

–Ya de ahí empezamos a hacer unos cuartitos con los aguinaldos que le daban. Él empezó a construir. Nuestra casa está muy mal hecha. Él no sabía muy bien, pero no tenía para pagar albañiles ni nada. Sus amigos le ayudaban los fines de semana. Batalló mucho en la vida, pobrecito. Aquí fue donde se remató más él. Empezó a sentir más ese dolor desde que empezó a trabajar en Simex. Cargaba los

sacos, se los echaba al hombro y se lastimaba más.

De la empacadora lo despidieron durante un recorte de personal y entonces intentó dedicarse a la albañilería. Cada vez que veía un grupo de albañiles colando cemento se acercaba a pedir empleo. No siempre le daban. Irma trabajaba en una fábrica limpiando garbanzos. En las rachas de desempleo de Santiago, ella además limpiaba casas ajenas. Un día, cansado de las chambitas temporales, él decidió irse a Tijuana a probar suerte, como muchos de sus paisanos que se mudan a esa frontera.

Para ese momento, tenía tres hijos pequeños, dos niñas y un varón. Irene, la mayor, nacida con una enfermedad que le generaba hiperactividad, necesitaba medicinas que él no podía costearle. Una vez incluso intentaron llevarla a una escuela especial, cargándola sobre la espalda porque no tenían para una silla de ruedas, pero la sacaron porque no se acostumbraba.

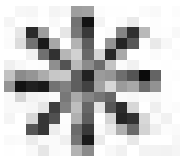
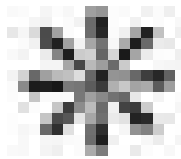
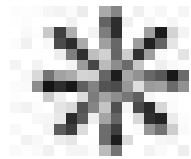
A comienzos de la década de los noventa, Santiago se marchó a Tijuana con otros albañiles guamuchilenses, entre ellos Martín Rodríguez. Allá se encontró con uno de sus hermanos mayores, que le consiguió trabajo en una construcción. Al principio se iba por temporadas de tres meses y regresaba a su ciudad. Con el paso del tiempo, empezó a alargar sus estadías en Tijuana y sus envíos de dinero también se espaciaron. Cada vez que regresaba a Guamúchil, Irma trataba de convencerlo de que se quedara o se llevara con él a toda la familia. El decía que no, porque la vida en la frontera era dura y cara.

–Empezó construyendo casas en Tijuana. Él se venía y duraba tres meses, seis meses. A veces también aquí batallaba mucho, la lluvia no lo dejaba trabajar. Yo le decía: “Viejito, yo también me quiero ir, así batallamos juntos”.

Mejor morirse de hambre juntos que separados, pensaba Irma, quien en una de esas ausencias, cuando él llevaba mes y medio sin reportarse, sintió un impulso desesperado, tomó a sus hijos, cerró su casa y se aventuró a buscar a su marido sin avisarle. Quería sorprenderlo. Sospechaba que quizás había encontrado a otra mujer. Ahora Irma se ríe de sus celos, porque lo encontró hacinado en un cuarto con otros albañiles.

–Y yo imaginándome lo peor.

Como en Tijuana las rentas son caras, la familia se mudó al pueblo de Tecate, a hora y media en autobús, por un camino de cerros secos y piedras del tamaño de sillas: el lugar donde se filmó el desierto fronterizo de la película Babel. Rentaron la casa de un compadre apodado Kali. Años después, cuando ya tenían dinero asegurado, se mudaron a otra.

Las zonas residenciales de Tijuana están ubicadas en los cerros. Se llega a ellas por caminos zigzagueantes que, dice la gente, el cártel local mandó construir de ese modo para impedir que el ejército llegara sin ser detectado. En esas colinas empinadas, los narcos viven en residencias ostentosas, muchas veces ocultas detrás de fachadas sencillas. Algunas de las mansiones son del estilo art-narcó, según un chiste local. Los narcotraficantes recurren a las constructoras para lavar dinero y la familia Arellano Félix no fue la excepción: según reportes del gobierno estadounidense, tuvo al menos dos constructoras.

A su llegada a esa ciudad, el albañil Santiago Meza López comenzó a trabajar en distintas obras. Irma dice que una de las casas en cuya construcción trabajó su marido fue la de Mario Quintero, el cantante del famoso grupo musical Los Tucanes de Tijuana, que dedicó un álbum completo de narcocorridos al grupo de los Arellano Félix.

–A Mario le empezó a construir casas –recuerda Irma en la mesa de la cocina de su casa en Tecate–. Varias casas hizo de estos… negocios grandes, obras donde él trabajaba. Cuando estaban haciendo la casa de Mario, el Tucán, se le dañó la columna. Llegaba y se agarraba de las paredes para estirarse, pagaba dos calafias (microbuses) para llegar a trabajar. Llegaba en la noche y se agarraba así –Irma encoge las manos como si arañara la pared–. El doctor le decía: “Si sigue así va a quedar inválido”. Incluso el Mario trató de darle para que se operara. Pero él no quiso. A él no le gusta que otra gente le haga favores. No sé por qué no le gusta ocupar a la gente, de lo mismo tímido que es él. No sé por qué, pero daba las gracias y decía que no.

Santiago Meza iba a un médico en el barrio de Otay, que le recetaba desinflamantes. Todas las tardes llegaba a casa con la espalda destrozada. Irma recuerda que decía: “Me vengo muriendo”, se tiraba a la cama y ya no se levantaba. Ella le pasaba sobre la espalda un foco infrarrojo encendido que el doctor le había recetado como calmante.

El tono de Irma es cada vez más amigable. Ninguna pregunta la pone a la defensiva. No hay tema que no toque. Habla de la infancia de su marido, de la historia de amor que vivieron juntos, de las escenas de celos y las palabras cariñosas y las enfermedades. Pero al llegar al oficio de Santiago, siempre le faltan palabras.

En la calle oscurece y a esta casa, dentro de otra casa más grande, no llega la luz del sol. Su nieta, la Cachorrita, está en el piso de arriba con su madre. Irene sigue en el sillón que Irma tiene a sus espaldas, con la mirada fija en el piso. Finalmente, cuando la entrevista hace rato que se ha vuelto monólogo, Irma revela que un día su marido le comunicó su decisión de trabajar para el narcotráfico.

–Me dijo: “Vieja, no me queda de otra, de hambre no se van a morir y no voy a quedar inválido”. Le dije: “Tú sabrás lo que vas a hacer, piénsalo”.

Dice que nunca volvieron a tocar el tema. A él no le gustaba dar información y ella tampoco preguntaba de dónde sacaba el dinero. Lo cierto es que cada vez le dolía menos la columna y no volvieron a pasar hambre. El compró una camioneta pequeña, empezó a mandar dinero a doña Rita y se mudaron a otra casa en Tecate.

–¿Cómo conoció al Teo? –le preguntó a Santiago Meza López uno de los reporteros que lo interrogaron en el predio Ojo de Agua, aquel 25 de enero de 2009.

–En la construcción –respondió, esquivo.

Por sus declaraciones se sabe que ingresó al cártel a mediados de los años noventa y que fue reclutado cuando era albañil. Después lo ascendieron a cuidador de bodegas y autos. Seis años más tarde, y a lo largo de casi una década, se dedicó a deshacer los cuerpos de los enemigos de sus jefes.

El periodista Francisco Garfias reprodujo el 31 de enero de 2009, en su columna del diario Excélsior, un fragmento de una de las declaraciones que rindió Santiago Meza al momento de su captura (se sabe que existen tres, pero no son públicas):

–¿De dónde es originario y cómo entró al crimen organizado en Baja California?

–De Guamúchil, Sinaloa. Hace como unos diecisiete, dieciocho años. Entré por la construcción.

–¿Cómo conoció al Teo?

–En una casa, estábamos en la casa esa, como para salir a trabajar, a cuidar mercancía.

–¿Cómo aprendió a realizar su trabajo (de disolvedor de cadáveres)?

–Pues haciendo experimentos, con pocas porciones.

–¿Cuál es el procedimiento?

–Es de… lleva sosa cáustica, agua y gas.

–Además de deshacer cuerpos ¿existen incineradores?

–Que yo sepa, no.

–Dijo que en diciembre de 2007 fue cuando más cuerpos le llevaron. ¿Cuántos en 2008?

–Pues no tengo la cifra, pero sí fueron más que otras veces.

–¿Cuánto es "más que otras veces"? Un número.

–Unos sesenta.

–¿Cuántos son en lo que va del año?

–En este año, uno nada más.

–¿Sabe quién es?

–No, yo nunca conozco, recibo a una persona y no sé ni quiénes son.

–¿Quién, cómo y en qué condiciones se los llevaban?

–Los llevaban ya muertos, y me los entregaban en un carro.

–¿Cómo llegó a esa posición?

–Pues en esto, como empezamos a hacer experimentos y yo me convertí, agarrándole a la movida, y ese fue mi error, que le puse más interés y por eso me quedé.

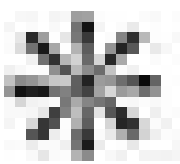
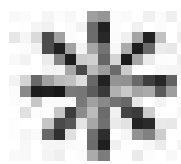
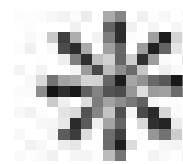
Irma no conoce esas declaraciones. Solo sabe lo que le escuchó decir a su marido por televisión. Pese a esas confesiones, no cree que su esposo hiciera eso. Se lo ha preguntado en sus visitas a la cárcel.

–A veces le digo: "Ay, viejito, ¿qué te hizo entrar?". Y me dice: "¿Y qué querías, que pasara otra cosa? ¿O que quedara inválido o algo así?".

Irma visitó por primera vez a su marido en la prisión dos días después de su captura. Ella quiso saber si era cierto lo que le había escuchado confesar. Él contestó: "Ni modo, viejita, uno tiene que estar consciente de que una u otra cosa puede suceder y esto me sirvió de experiencia". Los dos lloraron.

Según Irma, ante ella Santiago Meza López nunca admitió lo que ya había confesado. "Ni modo, las cosas pasaron, quedó mucho que decir. Muchas personas están inconformes y solo yo y Dios sabemos cómo y por qué pasaron las cosas", le dice, si ella toca el tema.

La segunda vez que fue a visitarlo, Irma lo notó menos angustiado y con la esperanza de quedar libre porque –como insiste en sus declaraciones– él no se encargaba de asesinar a sus víctimas, sino que ya se las entregaban muertas. Las leyes mexicanas no están preparadas para castigar el método con el que los narcos mexicanos hacen desaparecer los cuerpos de sus víctimas. No existe el delito de la disolución de cuerpos, y el que más se le aproxima en el código penal es el de la exhumación de cadáveres, tejidos humanos o fetos, que se paga con dos años de cárcel.

El 25 de enero de 2009, el detenido Santiago Meza López declaró sus crímenes ante el Ministerio Público Federal, asistido por un defensor de oficio. En la declaración se lee que sus alias son el

Pozolero, el Chago y el Chaquito. Al momento de su declaración tenía cuarenta y cinco años. Presentaba un moretón de tres a cuatro centímetros en la frente, otro en el ojo izquierdo, un derrame en el ojo derecho y huellas de moretones en la región lumbar y en los pómulos. En los márgenes de las diez hojas de la declaración, escribió su nombre a modo de firma, trazando las letras con dificultad, usando sin distingos mayúsculas y minúsculas, batallando para delinear la letra a. En esas diez hojas, quedó mecanografiado lo siguiente: "Manifiesta llamarse como ha quedado escrito, ser de nacionalidad Mexicana, hijo de los señores SALVADOR MEZA ACOSTA FINADO Y RITA LÓPEZ MONTOYA, de estado civil casado (…), de cuarenta y cinco años de edad, por haber nacido el día once de Junio de mil novecientos sesenta y tres, originario de Guamuchil Sinaloa, con domicilio (…) en Tecate, por la calle de PGR en unos departamentos de color azul, sin numero telefónico, con instrucción escolar de tercer grado de primaria, si sabe leer y escribir, trabajo de pozolero 'DESHACER LOS CUERPOS para el TEO DURANTE NUEVE AÑOS', antes trabajaba para El 85, EL EFRA durante cuatro o cinco años, que tiene cuatro hijos (…) con ingreso de seiscientos dólares moneda americana mismos que se los pagaba una persona que le apodan TOBOLOBO, que si consume cigarro (ilegible), si consume bebidas embriagantes, si es adicto al consumo de la cocaína desde hace siete u ocho años aproximadamente…".

En la declaración contenida en la averiguación previa AP/PGR/BC/TIJ/217/09-M-III manifestó que, cuando fue detenido, no portaba ningún arma ("ya que no acostumbro hacerlo"), y tampoco intentó darse a la fuga.

Cuando le preguntaron qué hacía en el lugar de su captura, contó que el 20 de enero de 2009 recibió una llamada del Teo, a través del radio que le había dado para que desempeñara su trabajo. El jefe le pedía que contratara los servicios de comida del Marisquero (apodo de Héctor Manuel Valenzuela Lobo) y recibió dos mil dólares para comprar mariscos y bebidas para sesenta personas, porque iban a tener una fiesta. Al día siguiente, 21 de enero, a partir de las siete de la mañana, él, el Marisquero y un veterinario amigo de este (Fernando López Alarcón, que ayudaría en la cocina) llegaron a los condominios Baja Season's. Pronto empezaron a llegar camionetas de lujo, en las que viajaban jefes del grupo del Teo y sus sicarios. Festejaban a "una morra" (a una mujer) que cumplía años. Por la noche se acabó la cerveza. Santiago Meza declaró que fue a buscar más, y que entonces llegó el aviso de que varias camionetas militares habían ingresado al fraccionamiento y todos empezaron a huir. Él, el Marisquero y el veterinario se quedaron paralizados y fueron detenidos.

En su declaración del 25 de enero de 2009 explicó que su primer trabajo dentro del grupo criminal había sido el de cuidar las "oficinas" (como se llaman los lugares donde se almacena droga) de los hermanos Arellano Félix. Su primer jefe fue Ismael Higuera, alias el Mayel, que fue detenido y relevado por Efraín Pérez, alias el Efra. En las "oficinas" había conocido al Teo. Acerca de sus inicios en el oficio de la desaparición de personas, en la declaración consigna: "Que hace aproximadamente nueve años empecé a trabajar con el CRIS el cual es el hermano mayor del TEO, que utilizaba una bodega que le llamaban el 07 que esta por JARDINES DE LA MESA lugar donde echaban los cuerpos en el ARROLLO ALAMAR, que aprendí a hacer pozole con una pierna de res la cual puse en una cubeta y le eche un líquido y se deshizo, los cuerpos que me daban para pozolear me los daban ya muertos y los metía completos a los tambos y les vaciaba cuarenta o cincuenta kilos de polvo que compraba en una ferretería…".

Durante el relato mencionó que, en una ocasión, sus compras masivas de químicos en la ferretería Construrama llamaron la atención de una empleada que, intrigada por la cantidad de sosa cáustica que había adquirido, le preguntó para qué la usaba. Y él contestó que para limpiar casas. Dijo también que cada tanto recibía llamadas del Teo en las que le pedía que esperara "un paquete" en alguna calle. Una vez en el lugar indicado, otro automóvil le hacía señas con un cambio de luces. Entonces le entregaban los cadáveres que debía desaparecer. La última entrega había ocurrido quince días antes de su detención. No hacía solo el trabajo. Cuatro "chavalos" altos, guamuchilenses como él, de entre veinticinco y treinta años, lo ayudaban en la tarea y ganaban seiscientos dólares cada uno. Sus apodos eran el Yiyo, el Cenizo o Chalino, el Satur y Mario, este último originario de Culiacán, también en Sinaloa.

El comunicado 057/09, que la Procuraduría General de la República (PGR) emitió en enero de 2009 para informar de la captura, contiene una explicación más gráfica del procedimiento que utilizaba Santiago Meza para la desaparición, como si fuera una receta para quien quisiera seguir su ejemplo: "Era llenar a la mitad un tambo de 200 litros con agua, al cual se le ponían dos costales de sosa cáustica, lo ponía al fuego, y al empezar a hervir se colocaban los restos humanos, dejándolos por ocho horas aproximadamente; acto después del cual únicamente quedaba el líquido con los dientes y las uñas, el que se dejaba enfriar para posteriormente vaciar el contenido en otro tambo de plástico, y que se llevaba a un lote baldío, de preferencia con basura, en el que finalmente se tiraba el líquido, prendiéndole fuego con gasolina a lo que quedaba".

Para desempeñar su trabajo usaba equipo de protección: guantes de látex y máscara antigases. Reconoció que la célula para la que en ese momento trabajaba era comandada por el Teo –entonces ya enfrentado a los Arellano Félix–, quien introducía a Estados Unidos marihuana que mandaba a pedir de Sinaloa.

"Mi función específica dentro de la organización es hacer el trabajo del pozole, que consiste en que los miembros de las diferentes células de la organización me llevan cadáveres para que sean disueltos", dijo, según quedó escrito en el expediente.

¿En cuántos eventos delictivos ha participado por órdenes del Teo?, le preguntaron durante su declaración. La respuesta quedó asentada así: "…que por orden directa del Teo ha pozoleado como a 70 personas, pero en total son como 300, ya que también recibió órdenes del Mayel (Ismael Higuera Guerrero) y del Efra (Efraín Pérez) para pozolear cuerpos".

En sus distintas declaraciones, Santiago Meza López hizo referencia a diferentes lugares donde aseguró haber desintegrado personas. Con el paso del tiempo, los familiares de las víctimas verificaron que esos centros de exterminio existían. Pero, a pesar de contar con el nombre y la ubicación exacta de los lugares, y pedir ayuda a las autoridades, la procuraduría no quería iniciar excavaciones en esos sitios.

Antes de que terminara su declaración, los policías investigadores de la PGR le mostraron las fotografías de treinta y tres personas desaparecidas. Desde que las noticias habían difundido su captura, decenas de familiares con parientes desaparecidos habían acudido a la Procuraduría para exigir que se le preguntara por sus familiares. En esa época las organizaciones de familiares de Baja California tenían un registro de cuatrocientos. Pero Santiago Meza López, después de mirar las fotos, dijo que no había visto el rostro de ninguna de esas personas.

En la última hoja de la declaración, se lee que el defensor de oficio argumentó que las afirmaciones autoinculpatorias de su defendido no probaban "el cuerpo del delito" ni su responsabilidad en lo relatado. Pero no pudo salvarlo de lo que ya había dicho ante los periodistas, ni de la cárcel.

Seis meses más tarde, en agosto de 2009, el periodista Héctor De Mauleón escribió en la revista Nexos que, desde 2005, la PGR estaba al tanto de la existencia del Pozolero, a raíz de la captura de Regimiro Silva Pereida, un secuestrador del grupo de los Arellano Félix detenido

en Mexicali, ciudad cercana a Tecate, quien para la averiguación previa 3694/05/208 había declarado: “Recibí instrucciones de El Cris para que yo y otro, de apodo El Flama, priváramos de la vida a tres personas por las que ya se había pedido rescate. Entre El Flama y yo les colocamos cinta adhesiva color canela en la cara para que dejaran de respirar y murieran por asfixia, hasta que dejaron de moverse. Después, otra persona a la que conozco como Chago se llevó los cuerpos a un lugar que desconozco, pero me enteré que los hicieron ‘pozole’, utilizando unos tambos de agua, de los cuales se pegan uno encima de otro con soldadura, se agregan casi doscientos litros de agua y se vierten dos sacos de sosa cáustica. Luego se arroja el cuerpo humano, sin ropa de vestir, y después de permanecer aproximadamente catorce o quince horas que tarda el cuerpo en desintegrarse, pero no completo, sino que quedan restos óseos, es arrojado el ‘pozole’ al drenaje o en cerros”.

Otra declaración citada en el reportaje de este periodista fue la del secuestrador Iván Aarón Loaiza Espinoza, quien dejó asentado en esa misma causa judicial que: “Al llegar a Tijuana conocí a una persona de nombre Luis, alias El Sombrero. Me invitó a trabajar para que le cuidara unas galleras pero con el tiempo me gané su confianza y me invitó para que yo le cuidara casas de seguridad en las cuales tenían personas secuestradas. Me llevó a un rancho conocido como Los Licuados, ya que en ese rancho ‘pozolean’ a las personas, desintegran los cuerpos de las personas secuestradas. Mi primera función fue la de ayudar a soldar los tambos, ya que se requieren de dos para que quepan los cuerpos completos”.

Hoy se sabe que desde 2004 policías municipales de Tijuana estaban al tanto de su oficio, e incluso sabían dónde localizarlo. No era raro que las víctimas de desapariciones con ese método fueran transportadas a bordo de patrullas. Gran parte de la policía estaba en la nómina del cártel. El propio detenido declaró que conocía a catorce policías al servicio del Teo. Se desconoce si existían distintos “cocineros”.

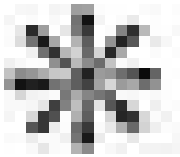
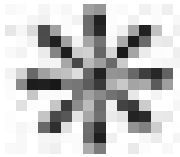
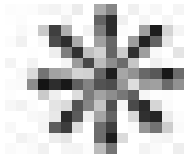
En octubre de 2011, la agencia de noticias AP publicó extractos de otra averiguación previa (PGR/SIEDO/JEIDCS/032/2009), en la que Santiago Meza cuenta el momento exacto en el que se inició en el oficio.

“Como a los cinco años de haber llegado a la organización, un día en la bodega 07, Efraín Pérez me llamó para que viera un experimento”, dice Meza. “Ellos llevaban sosa granulada y una cubeta, le echaron a la cubeta agua como a la mitad y le echaron como cuatro kilos de la sosa cáustica. Como a mí me estaban explicando, me pidieron que moviera la sosa en el agua para que se desbaratara y cuando empezó a humear le eché una pierna de res que llevaron y la dejamos como por dos horas. En esas dos horas la empezamos a mover y se deshacía la carne”.

En esta misma confesión aseguraría que, seis meses después, el Efra le dijo que iban a “experimentar con carne humana” y que además le mandaría “unos plebes” para que los preparara para ese trabajo. Se trataba de cuatro jóvenes a los que sólo conocía con los apodos de el Negrillo, el Chico, el Cuic y el Don King. Esa noche, dijo Meza López, deshizo su primer cadáver. Los pedazos que no se desintegraron los tiró por la mañana al arroyo Alamar, a un costado del canal del río Tijuana. Era 1996. En doce años de oficio sofisticaría la técnica para desaparecer personas.

Desde que salió en las noticias no hubo mexicano que no supiera de la existencia del Pozolero. En los medios de comunicación aparecieron lamentos horrorizados de familias con personas desaparecidas y entrevistas a psiquiatras que señalaban que el detenido era un psicópata, de abogados que advertían que disolver cadáveres no es un delito consignado en el código penal. Químicos y expertos forenses iniciaron un debate acerca de si la sosa cáustica tenía tales poderes corrosivos: debatían si los huesos podían ser destruidos con esa receta y señalaban que si realmente hubiera trabajado en ese oficio, Meza López debía tener quemaduras en la piel.

En el imaginario de los mexicanos quedó fija la imagen de Meza López, de pie al lado de un tambo metálico, removiendo por horas el guiso humano mientras se refrescaba la garganta con unas cervezas, como un brujo que prepara un brebaje. Así lo caricaturizó la famosa película mexicana El Infierno, la primera que enfrentó con humor ácido las descarnadas violencias desatadas por la “guerra antidrogas”.

Aquel 25 de enero de 2009, doña Rita vio a su hijo por televisión, en su casa de Guamúchil, avisada por una de sus hijas. Lo notó golpeado y triste, pero lo escuchó hablando normal. No le pareció que estuviera intoxicado.

–En tele sí se miraba que tenía golpes, un ojo hinchado, pero él platicaba bien. Lo miraba así, esposado, con sus manitas atrás y unos enriflados. Pensé que me lo iban a desaparecer. ¿Cuántos no desaparecen?

La mujer prohibió durante un tiempo que en su casa se vieran los noticieros. Dice que después de la detención, supo por Irma que su hijo se había metido a trabajar con el cártel, como es tradición de muchos en todo el estado de Sinaloa. Pero ella lo justifica así:

–Porque no pudo trabajar por sus hijos, no pudo levantar las carretas, andaba a gatas, no podía levantarse. Dice la mujer, la Chiqui, que no tenían ni para un kilo de masa o de tortilla. Los plebes lloraban de hambre y no tenían. Hasta fue a vender cosas que vendió para alimentar a sus plebes. La Chiqui lloraba con sus plebes. Y ahí fue cuando le cayó ese trabajo y él no se lo hizo a mal. “Es que lo obligaron, suegra”. Se le enfermó un plebe, un chamaco varoncito, se le iba a morir, no tuvo cómo ayudarlo. En una oficina sí le dieron trabajo. Ella tenía miedo que se muriera. Se le hizo fácil para alivianarse, darle de comer a sus hijos. Un día me dijo: “Me puede mucho que usted esté acá y no tenga qué darle”. Tenían que dormir encima del piso, no tenían ni en qué sentarse, nomás la pura paredcita y el techo. Y cocinaba ella en una parrillita que le prestaron. No encontraba trabajo y si le daban no podía trabajar en lo que sabía. Chiqui me decía: “Me da mucha lástima, se levanta y anda a gatas por la casa”. No se podía levantar. La Chiqui lo curaba con una pomada, y sí se alivianaba, pero dejó de trabajar. No tenía ni para darles una tortilla. La Chiqui dice que era tarde cuando supo. Le dijo: “Déjate de eso porque si te llegan a agarrar, qué vamos a hacer”. Pero cuando se quiso capear, no pudo: ya que entró, no lo dejaron salir.

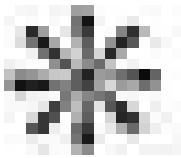
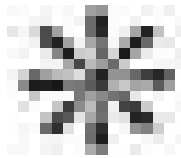
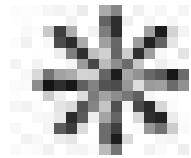
Doña Rita tiene miedo de que le desaparezcan a su hijo. La desaparición le da más miedo que la muerte. En México las desapariciones son epidemia y han generado una crisis humanitaria.

Solo de 2006 a 2012, durante la llamada “guerra contra el narcotráfico” que declaró el presidente Felipe Calderón, desaparecieron 26,121 personas, según datos gubernamentales Santiago Meza colaboró en esa trágica lista con unas trescientas. El método que utilizó para practicar la disolución de personas –en serie– impedirá para siempre identificar a sus víctimas. Pero doña Rita insiste con que, en verdad, su hijo nunca mató a nadie.

–Él no los asesinaba. Él mismo dijo que se los entregaban muertos, porque lo entrevistaron a él. Él dice que tiene la conciencia tranquila, porque estaban muertos. El no mató a ningún cuerpo. A naiden le quitó la vida. El dijo que esos cuerpos ya estaban muertos. A naiden.

–¿Por qué estaba ahí?

–Yo digo que lo obligaron, y si se hubiera salido le hubiera ido peor, porque muchos se han salido y los atrapan y luego los desaparecen. Este sé que está y algún día lo vamos a ver, con el favor de Dios.

Los familiares y amigos de infancia de Santiago Meza que coincidieron con él en Tijuana no abundan en detalles sobre su vida después de que dejara la albañilería. Es como si se les hubieran bloqueado los recuerdos. Melchor, el más joven de los hermanos Meza López, es uno de los más reacios a recordar.

A principios de 2014, durante el fin de semana de mi visita a Guamúchil, empieza a contar entusiasmado el accidente carretero que sufrió cuando vivía en Tijuana, por el que estuvo dos meses en coma y más de un año en silla de ruedas. Me acerca la cabeza, me pide que la toque hasta que palpo el hueso hundido en forma de herradura. Está sentado en una silla metálica, viendo a su madre, sus hermanas y sus sobrinas jugar la lotería en una mesa puesta bajo los árboles. Es la diversión dominical, la apuesta máxima por persona no supera un peso por tirada.

Melchor se queja de la escasez de empleo, de los diecisiete dólares que gana al día, del aumento del precio de las gaseosas. Habla con voz nasal, entrecortada, poco inteligible. Una voz cavernosa que no termina de salir. Cuando se le pregunta sobre sus actividades en Tijuana –durante el tiempo en que coincidió allá con Santiago– evita responder. Dice, cortante, que cuidaba casas. Si la pregunta es acerca de Santiago, se aferra a las respuestas cortas. Pone énfasis en que no trabajaban juntos.

–Estábamos muy aparte, yo y él. Muy a lo largo lo miraba.

–¿A qué se dedicaba él?

–Él movía carros. Los carros que tenían los señores con los que trabajaba.

–¿Era chofer?

–Casi.

–¿Ustedes no se llevaban bien?

–No… sí… como le digo, yo mis cosas y él sus cosas.

Un vecino dice que Melchor era la preocupación de sus padres, por tomador y parrandero. Algunos hasta rumoran que el de los malos pasos era él y que su hermano mayor paga una culpa ajena. Pero lo cierto es que regresó a su casa para rehabilitarse antes de que atraparan a Santiago y que tras la captura nunca quiso volver a Tijuana. Otro que se molesta cuando se le pregunta por la vida de Santiago en Tijuana es el compadre Lupecholo, amigo de la infancia, albañil convertido en transportista que algunas veces visitó a Irma y Santiago en aquella ciudad fronteriza. Se muestra hosco, dice que anda apurado y no tiene tiempo para hablar. Es amigo de la familia del marisquero Valenzuela, el otro detenido junto a Meza López, pero cuando se le menciona ese dato lo niega, se queda serio, mira amenazante.

Tampoco parece de buen humor el hermano de Martín Rodríguez, el albañil que invitó a Meza López a Tijuana y que falleció en esa ciudad. Endurece la mirada, busca impaciente cortar la entrevista. Su mamá, una anciana desganada, dice que nunca vio el cadáver de su hijo, que murió de un supuesto derrame.

Después de que Santiago dejara esta ciudad, un muro grueso dividió su vida en dos. Solo algunos de los que convivieron con él en

Tijuana lo vieron metiendo personas adentro de tambos metálicos, vigilando el hervor hasta la disolución del último pedazo de carne. La mayor parte de esos testigos están presos, muertos o viven huyendo.

Pero para Irma y sus hijos, Santiago Meza López era un hombre generoso, un padre de familia trabajador y casero, incapaz de abandonar unos gatos a su suerte, enemigo de la violencia. Irma lo recuerda aficionado a las películas de humor blanco de Cantinflas y del galán ranchero Pedro Infante, las series cómicas y los dibujos animados. Los Pitufos eran sus preferidos, y así llama a sus nietos cuando telefonea desde la cárcel. Disfrutaba pasar los fines de semana en familia, haciendo carnes asadas en sitios arbolados o comiendo ceviche y tomando algunas cervezas en la playa de Rosarito. Aunque en el expediente él admite su adicción a la cocaína, ella dice que ni siquiera se emborrachaba.

–Yo le puedo asegurar que son mentiras eso que él… o sea, él dice: "De la delincuencia no tengo por qué discutir ni echarme para atrás". Él acepta, pero del daño que ha hecho a la gente, eso que le publicaron, la verdad no creo –dice Irma en su casa aunque, un rato después, abre una rendija a las posibilidades–. A lo mejor él cometió el error, pero no en esas cantidades.

–¿Entonces sí era… "cocinero"?

–No. Nunca. Ya ve que en la película hierven las cosas, yo digo que por eso ha de ser, por eso le pusieron cocinero, no sabían qué nombre ponerle.

–Él lo dijo en televisión.

–Lo ha de haber dicho porque no le quedó de otra al pobre, no creo que haiga llegado a tanto.

Irma cree que su marido lloró el día de la detención al pensar en toda la gente con familiares desaparecidos, pero no porque él fuera responsable.

–Yo creo que se puso del lado de la gente, me imagino que le dolió esa declaración.

–Entonces sí lo hizo.

–Él para su trabajo no le gustaba dar detalles. Yo soy su esposa y no por eso puedo dar detalles. Yo lo que puedo decir es que es muy reservado.

Tan reservado que nunca le ha contado con quién comparte celda en Almoloya, donde lo ha podido visitar cinco, quizás seis veces. A Irma le gustaría verlo con más frecuencia, pero dice que no tiene dinero para el viaje y tampoco puede dejar sola a Irene que, desde que perdió a su papá, se hizo más rebelde. Desde 2009, cuando detuvieron a su marido, Irma vende tamales y ropa de segunda. Con lo que gana, no puede pagar un abogado para su esposo. Antes lo financiaba un primo que trabajaba en un restaurante en Estados Unidos, hasta que quedó desempleado. En el expediente judicial de Meza López puede verse que ha cambiado tres veces de defensor. Primero compartió abogado con el marisquero Valenzuela y el veterinario López, acusados todos por delincuencia organizada, asociación delictuosa y portación de armas de uso exclusivo del ejército, pero por alguna razón se separaron y Meza López quedó con un defensor público. A finales de 2013, ellos salieron de la cárcel pero él se quedó.

La versión de la captura que da Irma es distinta a la que difundió el gobierno. Según ella, el ejército detuvo al marisquero y al veterinario mientras arrastraban una carreta de mariscos. Dice que los hombres se quedaron mirando cómo todos huían de la fiesta porque no tenían motivo para correr. Santiago, que se sentía responsable de haberlos contratado, se quedó con ellos, en un gesto de solidaridad. Irma alza el brazo, mostrando el departamento que renta, como prueba de que su esposo no es narco. Si lo fuera, dice, vivirían en una mansión, no en ese sitio pobre. Lamenta no haberlo convencido de que regresaran a Guamúchil, aunque asegura que él soñaba con volver. Ella cree que no podía, que no lo dejaban. Dice que su marido es tan reservado y cuida tanto su privacidad, que hasta le molesta que en las noticias se hable de él.

–Un día me dijo: “M’ija, ¿es cierto que hasta película me hicieron?”. Eso le duele.

–¡Discovery Channel! –grita de pronto Irene.

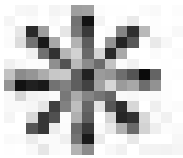
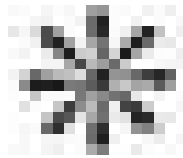
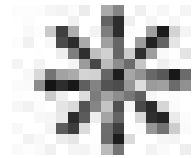
Irma continúa:

–Ya cuando pasó eso, a mí hasta hoy me da coraje. A él le decían por su nombre siempre, nunca, nunca ese nombre, que no sé de dónde lo sacaron. Pero cuando se publicó eso de los tambos yo le decía: “Óyeme, si tú llegabas temprano, ¿en qué momento hacías los

movimientos de los tambos?”. “Ay, viejita”, me dice, como diciendo “ni modo”. Ya ve que en el periódico sale que lo agarraron drogado, de un modo u otro. Eso es mentira. Él no se drogó, no faltó a casa. Diario, diario, llegaba a la casa. Hubo una ocasión que no llegó, una que tuvo un accidente en el carro o se quedó tomando con amigos en Tecate. Se me hace raro por qué hablan tan mal. Lo miré en la tele. Luego me contó que le pusieron algo caliente en su frente, le pegaron en la cara mucho. Le echaron fregazos para que diga hasta lo que no.

Al final de la entrevista, cuando en la calle ya oscurece, Irma me pide que no tome fotografías de ella o de su familia, porque tiene miedo de que “esa gente” les haga algo. Se refiere a las familias de las víctimas.

En el registro de la propiedad de Baja California existe un documento que indica que, en 2006, Irma inició un juicio en el que reclamó un terreno de ochenta y cinco metros cuadrados, sin construir, en un fraccionamiento con viviendas populares en Tijuana, llamado Residencial Las Américas. Ganó su posesión contra una inmobiliaria porque probó que lo utilizaba o se lo donaron desde 1998. Su valor es de treinta y dos mil dólares.

En una de tantas colonias marginadas de la periferia de Tijuana, tapizada de arena suelta, donde las fachadas de las casas están cubiertas de grafitis, hay un lote baldío y en un extremo un cuarto de ladrillos. Donde debería haber puerta y ventanas hay huecos.

Botellas rotas cubren el piso. Indescifrables pintadas plagan las paredes. En el centro del cuarto hay una alberca de cemento cubierta de flores amarillas secas. Una treintena de veladoras en vasos largos dedicados a san Judas Tadeo o a la virgen de Guadalupe, dispuestas alrededor, dan cuenta del rezo que hubo ahí el Día de Muertos, el 2 de noviembre. La Gallera es un terreno abandonado de la colonia Maclovio Rojas, donde muchos habitantes se dedican a la cría de gallos. Es un lugar común en las pesadillas de muchas familias que buscan a sus parientes desaparecidos, uno de los cinco lugares que Santiago Meza López usó como centro de operaciones durante los diez años en los que se dedicó a su oficio: la bodega, en Villa Floresta; un

sitio sin nombre al este de la ciudad; Loma Bonita; La Gallera y Ojo de Agua.

Desde 2009, primero bajo las siglas de la Asociación contra la Impunidad y luego agrupadas en Unidos por los Desaparecidos en Baja California, las familias se han dedicado a identificar los terrenos o bodegas donde Meza López habría instalado su eficiente maquiladora de la desaparición, y a peinar la tierra para buscar rastros. Auscultan terrenos baldíos en busca de cadáveres, con la ayuda de varillas que entierran y después huelen para constatar si tienen el olor de la materia orgánica putrefacta; rastrean cementerios clandestinos en expedientes ministeriales; buscan desde el cielo sitios de exterminio a través del Google Earth; ubican casas de seguridad donde operaron grupos criminales; recurren a perros rastreadores para ubicar cadáveres.

Fernando Ocegueda es quizás el hombre que más le ha seguido la pista a Meza López. Fundador de Unidos por los Desaparecidos, encabeza las búsquedas de cadáveres sobre terreno y es padre de Fernando, un estudiante que fue sacado de su casa por un comando armado –por error, según supo por declaraciones de quienes lo secuestraron–, y desde que comenzó a investigar qué había pasado con su hijo se convirtió en el portavoz de muchas familias con la misma incertidumbre.

–¿Cuántas personas han encontrado?

–No podría decir de personas, podría hablar de pedazos –responde a bordo de un jeep prestado en el que se dirige a un terreno donde está por realizarse un rastreo de cadáveres, como ocurre casi cada tres meses desde que Meza López confesó sus actos. Fernando Ocegueda conoce y se fía de las declaraciones de Meza López porque pudo comprobar que las ubicaciones existen. Nunca se refiere a él como el Pozolero, porque el sobrenombre le parece una burla cruel para quienes tienen familiares desaparecidos. Los años de búsqueda de restos han enfrentado a Fernando Ocegueda a rastreos infructuosos, hallazgos macabros, funcionarios públicos burlones, amenazas criminales, hasta convertirlo en un hombre duro y sin miedo. Sabe que puede ser asesinado, pero dice que incluso los delincuentes ven utilidad en su búsqueda.

–Las familias saben que busco a todos. Las mamás (de los narcos) les dicen que no me hagan nada porque busco también a sus hijos.

En su casa tiene un registro con doscientas cincuenta personas desaparecidas desde la década de los noventa, pero calcula que las víctimas de ese delito son miles, pues solo Meza López –con su ritmo de trabajo, la infraestructura que construyó y su eficacia– pudo haber desaparecido a unas novecientas personas. Y no era el único que se dedicaba a esa actividad. Fernando Ocegueda fue uno de los que, cuando escucharon en las noticias las confesiones de Santiago Meza, se plantaron en las puertas de la Procuraduría para exigir que el detenido no fuera transportado a Ciudad de México sin antes ser interrogado sobre quiénes fueron sus víctimas.

"Siempre que se trabajaba con los cuerpos humanos, no les veíamos la cara, ya que todos traían una máscara de cinta adhesiva de plástico de color gris y cuando los metíamos a la olla o a los tambos con sosa cáustica en agua, solo le cortábamos la cinta por la parte de la nuca, sin quitársela totalmente", declaró Meza López en un interrogatorio el día en que lo capturaron, según cita la agencia AP. "No sé quiénes eran, ni a qué se dedicaban".

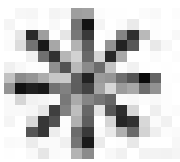
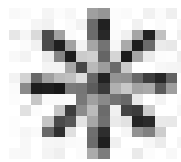
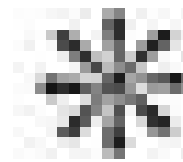
En aquel momento, Fernando Ocegueda, como los otros manifestantes, que también entendieron que Meza López no había querido ayudarlos, se trasladaron al terreno baldío de Ojo de Agua, donde el detenido había sido presentado ante la prensa. Intentaron entrar pero no pudieron.

En 2010, Ocegueda recibió de manera anónima la averiguación previa número AP/PGR/BC/TIJ/217/09-M- III, en la que Meza López menciona otros dos lugares donde trabajó. Uno de ellos era el llamado La Gallera, localizado "entrando por la (carretera) libre de Tecate por el Maclovio Rojas, cruzando los ductos de agua, siguiendo todo hasta arriba, topando con una caseta y junto hay un lote baldío, y junto a la barda hay dos fosas donde se vaciaba el pozole y hay como 60 cuerpos pozoleados". También mencionó "un ranchito por el Bulevar 2000", siguiendo un camino rural que lleva a un centro de rehabilitación, el Crea, en el rancho contiguo, propiedad de una persona apodada la Güera, donde vaciaban los cuerpos –que describió– "ya pozoleados".

A partir de esas pistas, Ocegueda y un grupo de familiares peinaron durante dos años, los fines de semana, la colonia Maclovio Rojas, hasta que un día ubicaron La Gallera. Entonces pidieron ayuda de la PGR, que envió personal para remover el cubo de cemento que tapaba el piso. Era la tapadera de una fosa séptica de tres metros de largo, tres de ancho y tres de profundidad. El vertedero de lo que quedaba de los cuerpos sometidos al ácido: una masa gelatinosa mezclada con una sustancia amarilla en la que iban revueltos dientes,

pedazos de hueso, brackets, anillos y tornillos quirúrgicos, y que despedía un olor insoportable. Un olor triste que Ocegueda dice que, por más que te bañes, nunca se quita de las fosas nasales ni de adentro del alma. Era la materia biológica que quedaba de las personas que Santiago Meza se había encargado de desaparecer.

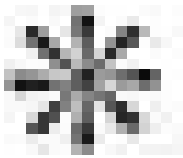
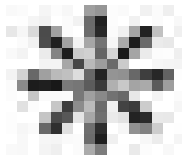
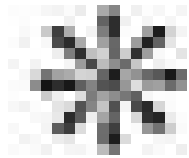
Aunque se dijo que el Pozolero echaba ajos al cocido para matizar el olor a carne humana, lo cierto es que la tierra conserva el olor a muerte. En La Gallera, cada vez que alguien raspa el suelo de la fosa, se escapa ese olor acumulado. Olor a catástrofe. Olor a destrucción. Hasta el momento, Unidos por los Desaparecidos en Baja California ha encontrado más de ochocientos dientes y cientos de fragmentos de huesos en diversos sitios. Solo en La Gallera ubicaron diecisiete mil quinientos litros de restos humanos que guardan como un tesoro: con la esperanza de que alguna pieza haya aguantado a la quema con ácidos y conservado el ADN que en un futuro arroje la identidad de sus genes. Cada vez que tienen una buena pista, piden a la Procuraduría un equipo de buscadores de cadáveres, acompañados por perros. Cuando se confirma que el lugar era un centro de exterminio, las familias llevan flores, entierran cruces, rocían agua bendita y rezan.

Cuando ya hacía dos años que Santiago Meza López se había convertido en el “cocinero”, o disolvedor del grupo, el Efra lo llevó a una bodega –ubicada en la colonia Villa Floresta–, “donde la técnica para pozolear era mejor” –según las declaraciones obtenidas por AP–, pues habían soldado los recipientes con ácido a una tubería que descargaba en un drenaje. Así, Meza López podía tirar los restos humanos que no habían sido disueltos por el ácido directamente en el desagüe, y ya no tenía que transportarlos en carretillas.

Meza López operó en varios lugares en diferentes años. Durante un tiempo, lo hizo en un rancho al este de Tijuana que, como no tenía drenaje, según explicó ante la Procuraduría, lo obligaba a hacer “unos hoyos como de un metro o metro y medio de profundidad por un metro de ancho, aproximadamente, y ahí echábamos los restos del

pozole". Trabajó también en una finca de la periférica colonia Loma Bonita, a unos metros de un centro de readaptación de drogas, a la que se llega subiendo un cerro. En el lugar hay una bodega abandonada, unos tambos y una barda que aún conserva una silueta humana delineada con color azul, baleada a la altura del corazón y la cabeza, y que los sicarios usaban para practicar la puntería. En ese sitio, Meza López tenía que llevar los tambos con los cuerpos disueltos hasta un tubo que desemboca en el drenaje, para descargar los restos. Pero deshacer personas seguía exigiendo mucho esfuerzo, había que simplificar el trabajo. En La Gallera, y posteriormente en Ojo de Agua, utilizó una infraestructura más desarrollada: los tambos metálicos estaban conectados con ductos y tubos que transportaban la masa orgánica, vertiéndola en una fosa oculta bajo la tierra. La tecnología al servicio de la desaparición perfecta en la que no queda cadáver y se condena a la familia de la víctima a la tortura de penar de por vida preguntándose por el paradero de su ser querido.

La primera vez que intenté entrevistar a una de las familias que creen que su hijo fue víctima de Santiago Meza, no pude hacerlo. Yo acababa de recibir varias fotos con los restos encontrados en los terrenos inspeccionados. Una de ellas era la foto de una taza en la que se veían dientes y fragmentos de huesos, pero no rebasaban el tamaño de una uña. Tenía en el teléfono a un padre de familia que buscaba a su hijo. Fernando Ocegueda me había dicho que él querría hablar. Pero al comenzar la entrevista, noté un silencio doloroso. Cuando le pregunté si quería continuar, me dijo, con la voz apagada, que no podía, así que le pedí una disculpa y colgué.

Más tarde, en una manifestación, encontré a Rebeca Gómez, madre del vendedor de autos Juan Francisco Santibáñez, desaparecido el 27 julio de 2005, a la edad de veintisiete años. En el momento en que hablamos, ella había sido amenazada de muerte, como Fernando Ocegueda y muchas de las personas que investigan el paradero de sus familiares. Pero eso no la detenía.

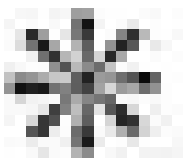
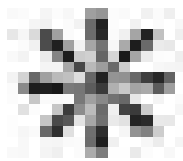
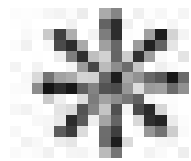
–Cada vez que encuentran un nuevo terreno, se abre una nueva puerta. Tienes la esperanza de que ahí salga algo, y pues ahí anda uno, buscando y buscando toda la vida. Es volver a recordar las cosas,

a durar días y noches imaginando lo que le hicieron a mi hijo: si lo golpearon, si le dieron de comer; cómo me lo mataron, si me lo echaron en ácido. Eso del ácido me lo quito de la cabeza. Yo me imagino que me lo mataron de un balazo y cayó y ya; que no sufrió tanto.

En noviembre de 2013, los directores de los laboratorios forenses de la PGR acudieron a Tijuana para hablar con las familias de Unidos por los Desaparecidos. Llevaban en PowerPoint una explicación de los trabajos realizados en tres de los predios señalados por el Pozolero: Ojo de Agua, Loma Bonita y La Gallera. Mostraron las capas de tierra, las excavaciones y la masa orgánica encontrada. Explicaron que, aunque habían estudiado los restos, el acido impedía extraer ADN de los huesos cocidos y que, por eso, nunca podría saberse la identidad de esas víctimas. Al escuchar eso, muchas personas comenzaron a llorar, muchos reclamaron, furiosos, y una mujer quiso quedarse con la dentadura que habían llevado como muestra, porque aseguraba que había reconocido, en ella, los dientes de su hijo.

Un funcionario de la PGR me dijo que en nueve estados de México se empleó el método del ácido para disolver cadáveres, y que calculaba que el ochenta por ciento de los desaparecidos de esas regiones nunca iban a ser encontrados. Incrédulo, Fernando Ocegueda se unió a un grupo de familiares de personas desaparecidas que aprendió ciencias forenses y abrió un banco genético ciudadano. La experiencia le ha dejado claro que culpar a Santiago Meza de todas las desapariciones puede ser una coartada del gobierno:

–Lo más triste es que cuando hay un desaparecido que coincide con esas fechas en las que él trabajaba, les dicen a las familias que ya ni lo busquen, que seguro se quedó con Santiago Meza. Ya es la manera de esquivar la investigación.

Los perros, Barri y Miura, olfatean las lomas en las afueras de Tijuana, a un lado de un campo de paintball, donde un informante le aseguró a Fernando Ocegueda que podría haber restos humanos

enterrados. Es enero de 2014. En el enorme terreno, donde cabría un estadio de futbol, los perros buscan el olor a muerte. Nayeli Lara es la expareja del médico cirujano Horacio Berruecos Anaya, desaparecido el 3 de enero de 2008, en Tijuana, cuando salió a atender a un paciente. Ella ha acompañado a Fernando Ocegueda en los rastreos realizados los últimos cinco años y hoy está aquí, en el segundo día de la inspección del terreno señalado como cementerio clandestino. El primer día fue decepcionante. Los perros no detectaron nada; el método del olfateo de varillas tampoco. Esta tarde de enero, antropólogos, policías, funcionarios, geólogos y peritos observan aburridos a Miura en acción.

Recostada sobre unas llantas viejas, una mujer del Ministerio Público comenta al equipo de rastreadores que meses atrás ubicaron una bodega, en la que había barriles con masa orgánica, que podría ser otro lugar de operaciones de Meza López. Asegura que ha visto a Meza López en la cárcel, para entregarle oficios e interrogarlo, y que no tiene duda de que es un psicópata que no siente culpa por lo que hizo.

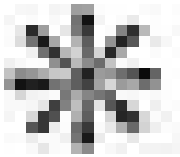
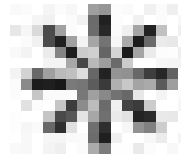
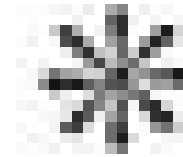
–Cuando hemos entrado a la cárcel para entrevistarlo, él dice que nunca vio a ninguna de sus víctimas. Es una persona insensible. Solo repite que él y Dios saben lo que hizo, que Dios es el único que lo puede juzgar, y de ahí no lo sacamos.

–¿Alguna vez han sabido sus motivaciones? ¿Han entrevistado a su familia? –le pregunto.

–No, nunca. La familia desapareció de inmediato, no hay rastros de ellos –contesta segura.

Otra integrante de Unidos por los Desaparecidos en Baja California, esposa de un militar que investigaba al Teo (pidió el anonimato porque ya una vez tuvo que exiliarse por amenazas de muerte), asegura resignada que su marido fue entregado a Meza López para su desaparición porque había orden de tratarlo con saña, debido a su alto rango dentro del ejército.

–El Teo lo mandó a matar porque mi esposo apoyó en la captura de su hermano, el Cris. Años después, cuando pasó lo del Pozolero, me llamó un militar y me dijo: “Vaya al cuartel, porque tengo entendido que su esposo se lo dieron a ese señor”. Les pedí que le enseñaran una foto de mi esposo, pero me dijeron: “Aunque le enseñemos la foto, dice que no se acuerda porque le llegaban golpeados, todos desfigurados”. Para él, el cuerpo de mi esposo era uno más.

El fin de semana de comienzos de enero de 2014 que pasé en Guamúchil, Santiago Meza López no llamó a su madre. Doña Rita me pidió entonces que le anotara los temas que quería hablar con él, y me dijo que le pediría a alguno de sus hijos que se lo leyera en la próxima llamada.

En marzo de 2014, cinco años después de su captura, Meza López seguía en la cárcel, sin sentencia. Tras meses de noticias sobre su posible liberación, el 13 de marzo de 2014 un juez federal le abrió un nuevo proceso por los delitos de delincuencia organizada y secuestro, pues la Procuraduría presentó una acusación en la que se lo culpa del asesinato de una novia del Teo, la mamá de esa chica, su hermano y su sobrino. Al parecer, el Teo los invitó a cenar y, después de esa cita, nunca más se supo de ellos. Según el comunicado de la PGR, "cuando Víctor Alejandro López Soto (padre de la novia de El Teo), denunció la privación de libertad de sus familiares, fue secuestrado por Marcos Javier Lujan Rosales y Héctor Manuel Diarte Guerrero, policías ministeriales, quienes lo subieron a una patrulla y lo entregaron a Meza López, quien lo mató y disolvió en sosa cáustica". Esta es la primera acusación directa contra Meza López, con el nombre de una víctima.

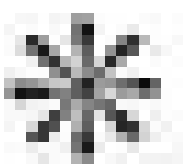
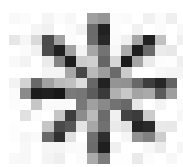
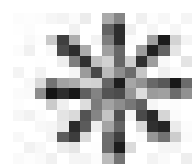
Seis días después de que se supiera de ese nuevo proceso, el 19 de marzo de 2014, desde el penal, Meza López me envió una carta para responder a mi petición de hacerle una entrevista. La dirección y el remitente están escritos por otra persona, con letra elegante. En el papel del interior, la letra es pequeña, las frases corridas, sin pausas, sin puntuaciones. Meza López dice que acepta ser visitado y advierte que los trámites son complicados:

(…) mi madre me dijo que avias pasado tres días con ellos me hablo muchas cosas buenas de ti son personas buenas sin malicia de las cosas de la vida de eso ya tediste cuenta conosiste a chabela ella es mi amiga de toda la vida y su esposo a mi compadre espero te aiga

servido platicar con ellos ese es mi rancho donde vivi mi infancia y mi jubentud con muchas carencias y un mundo para explorar desde que tenia 12 años quice ser independiente y lo conseguí pero con eso muchas responsabilidades a lo largo de mi viva e tenido muchos trabajos y e aprendido de todo a pesar de no tener estudio pero e salido a delante con esto que estoy viviendo ahora estoy a prendiendo muchas cosas vuenas porque de los errores se a prende espero le entiendas a mi letra como te diste cuenta tengo muchas faltas de ortografia quiero a provechar el tiempo y seguir a prendiendo es todo por oy es muy breve esta carta pero la ago con gusto.

Pero, hasta ahora, el acceso al penal de Almoloya no ha podido concretarse. Solo pueden entrar familiares o abogados de los presos, y eso tras pasar una larga serie de requisitos y papeleo.

En abril encontré un mensaje en la contestadora de mi casa. Una voz femenina decía que hablaba de parte de Santiago Meza López y que volvería a comunicarse. No dejó datos. Meses después, la misma mujer volvió a llamar: él quería verme, pero antes de aceptar la entrevista me invitaba a presenciar una audiencia ante el juez. Una vez que él me hubiera visto, decidiría si iba a contarme su historia. Pero eso todavía no ha ocurrido.

(Nota de la reportera para esta edición: en recuerdo de las personas desaparecidas en Baja California, las familias de las víctimas –entre ellas el papá incansable Fernando Ocegueda– crearon un memorial en La Gallera, a un lado de la cisterna donde conservan los miles de litros de materia orgánica en espera de identificación, y registraron los nombres de cincuenta y tres personas que, según sus sospechas, pudieron haber sido destruidas en ese sitio. En México la cifra de personas desaparecidas pronto llegará a cien mil).

* Esta crónica fue escrita originalmente para el libro Los malos (2015), editado por la periodista Leila Guerriero y publicado en

Ediciones Universidad Diego Portales, Santiago de Chile.

FANTASMAS DE TÁNGER

Edgardo Cozarinsky

Si hubiese ido a Tánger en busca de un pintoresco dépaysement nada me habría devuelto más bruscamente a mi propia tierra firme que Paul Bowles, al preguntarme en nuestro primer encuentro, en un castellano perfecto, qué era de Adolfo Bioy Casares. Gran admirador de La invención de Morel, sobre todo de Plan de evasión, Bowles –que ha dejado gradualmente de interesarse en el presente "en la medida en que puede hacerlo alguien que aún no ha muerto"– recuerda que a principios de la guerra, durante una visita a Victoria Ocampo en el Waldorf Astoria de Nueva York, la formidable anfitriona le había arrojado sobre las rodillas un ejemplar de El jardín de senderos que se bifurcan, publicado por Sur meses antes, con un perentorio "¡Léalo!".

Fue así como conoció a Borges, como empezó a familiarizarse con los escritores argentinos. Me cuenta la historia del epígrafe de Mallea que puso a The Sheltering Sky, cómo el escritor argentino no lo reconoció y Bowles mismo no pudo encontrar su fuente cuando más tarde la buscó. "La memoria suele hacernos jugadas como esta", comentó, arrugando tal vez en un guiño algunos de los innumerables pliegues de piel bronceada que rodean sus ojos clarísimos, luminosos. Es un día de primavera, pero en la chimenea del cuarto vecino arden leños y él, con una bata de lana sobre el pijama, me recibe sin dejar su lecho, cubierto con dos frazadas.

Bowles detesta que le pregunten por qué "eligió" vivir en Tánger. Tal vez la tácita respuesta sea parte de esa aceptación resignada de la fatalidad que tanto lo emparenta con una sensibilidad islámica. Si lo hostigan, repite que "los males de la sociedad industrial" llegan más lentamente y con mucho atraso a ese rincón del norte de África. Pero también admite que le gusta pensar que vive en una tierra donde la brujería es una realidad cotidiana, en la que el veneno circula como mensaje de amor o de odio entre los individuos, en la que los duendes –los djinn del folklore magrebí– explican tanta cosa que "los norteamericanos de mi generación, con sus supersticiones científicas, llamaban bacilos y los jóvenes de hace treinta años bautizaron malas ondas". Sonríe al evocar esos vaivenes de la ideología cotidiana.

En la opaca, rastrera verdad de los documentos, Tánger fue una "zona internacional" entre 1922 y 1956. En 1912 el Káiser había visitado ese puerto, destinado al comercio por su posición en el extremo atlántico del estrecho de Gibraltar. En la orilla de enfrente, en el peñón, los ingleses se inquietaron. Apenas terminada la Primera Guerra Mundial, intrigaron para que ese punto estratégicamente valioso quedara neutralizado. El estatuto de la zona internacional completó la dominación colonial sobre el territorio marroquí: el sur ya era protectorado francés, el norte protectorado español; la ciudad, gobernada por una junta donde estaban representadas las principales potencias marítimas de la época, debía asegurar la libre circulación por el estrecho.

El corolario de esas maniobras mercantiles fue imprevisible. Se abrió la puerta a todos los fantasmas. Puerto franco, Tánger se convirtió en una zona extraterritorial con un mínimo de leyes, sin impuestos, donde el oro y las divisas entraban y salían libremente: más aún, donde lejos del control de sociedades más rígidas las extravagancias de la conducta suscitaban una sonrisa divertida pero ninguna censura moralista. El kif y otras variantes indígenas del cannabis, las preparaciones opiáceas que las farmacias de otras latitudes retaceaban, sobre todo la tradicional bisexualidad de los jóvenes, convirtieron la zona internacional en un limbo donde Jean Genet y William Burroughs, entre cientos de europeos y norteamericanos menos prestigiosos, pudieron vivir las fantasías que, en aquellos tiempos, en otras latitudes, los habrían llevado entre rejas.

A otros, ese microcosmos cosmopolita les permitió construirse un reino imaginario para sus veleidades de ficción. David Herbert era el segundo hijo del duque de Pembroke, por lo tanto sin derecho al título ni a la herencia familiar. En los años treinta llegó a Tánger con Cecil Beaton y muy pronto se instaló en una casa más fantasiosa que sólida, más colorida que señorial, en medio de un parque de la vieja Montaña; desde allí urdió sus redes hasta convertirse en el árbitro social de la vida elegante tangerina. Hoy su mayordomo ha heredado la residencia y la alquila a turistas recomendados por la pintora escocesa Marguerite McBey o por el profesor John McPhillips, dos lazos vivos con la leyenda de la zona internacional; en su tarjeta se lee, más grande que su propio nombre, former owner: the Honorable David Herbert. Cuentan que este "segundo hijo" (expresión que eligió como título de sus memorias), condenado a vivir de su ingenio, no se desplazaba sin llevar en el bolsillo etiquetas autoadhesivas con su nombre. Si el anfitrión de turno lo dejaba solo un instante, pegaba una de esas etiquetas bajo la silla o la mesa más valiosa de la casa; más tarde, cuando el dueño era atropellado por un taxi o asesinado por un

gigolo, llamaba a los herederos para comunicarles que el difunto “le había prometido” el mueble en cuestión. Al hallar su nombre en una etiqueta envejecida, se lo entregaban, halagados como suele estarlo la clase media cuando la aristocracia la pone a su servicio.

En otro extremo, Barbara Hutton, heredera de la fortuna de las tiendas Woolworth (las originales five and dime stores) –millones que siete maridos sucesivos, el actor Cary Grant incluido, no lograron agotar–, llegó a Tánger en la segunda posguerra mundial y se inventó una residencia, Sidi Hosni, a partir de siete casas de la Casbah. Walter Harris, arquitecto inglés, aristócrata expulsado de la Corte por sus indiscreciones, las comunicó y decoró hasta componer el miliunanochesco palacio de esa monarca de café-society. El alcohol y el aburrimiento la sometieron como a otros el sexo o el juego. Padecía de hipotermia y le regalaba joyas y pieles a la mujer del doctor Little, que era hipertérmica, para que le calentara la cama media hora todas las noches. Al final de su vida no caminaba más, se hacía llevar en brazos, y explicaba que era “demasiado rica como para caminar”. Ningún museo, ninguna fundación perpetúa su nombre. Apenas si, poco después de su muerte, un pequeño bazar (¿justo regreso a las fuentes?), improvisado ante su casa, intentó durante unos meses aprovechar su nombre para atraer a los turistas que pasaban por allí.

Pero el destino cosmopolita de la ciudad, sólidamente asentado sobre todo tráfico y comercio, databa de mucho antes. Ya en el siglo XIX las caravanas que llegaban del desierto depositaban su cargamento en el patio de los locales, tan modestos como cualquier otra casa de la Medina, de los bancos Abensur y Pariente. En 1956, un año después de la independencia de Marruecos, abolido el estatus internacional de la ciudad, esos mismos bancos ya habían trasladado hacia Gibraltar el “oro de Tánger”, acumulado durante la Segunda Guerra Mundial, celosamente conservado en la posguerra, cuando las economías dirigidas de Europa occidental, por no hablar de lo regímenes del Este, hicieron apreciar particularmente ese refugio cercano y discreto.

Larbi Yacoubi me cuenta que, en el subsuelo de una casa hoy cerrada, en pleno centro de Tánger, sobre la plaza de Faro, operaba una fundición donde hasta los años cincuenta se hacían lingotes con cuanta joya o moneda llevaba el público. Jovencito, al visitar esa reliquia de otra era, encontró en el piso una moneda con la cruz esvástica. La única explicación es que los ingleses, amenazados por las libras falsas que los nazis acuñaban en Berlín, habían decidido replicar con Reichsmark falsos made in Tánger.

La diferencia de presión atmosférica entre el Mediterráneo y el Atlántico mantiene el aire del Estrecho en constante mutación. Las nubes rosadas se disuelven en una bruma plomiza y esta es pronto atravesada por los haces dorados de un sol crepuscular. El mar nunca está lejos: irrumpe, visible entre dos paredes encaladas, o al pie de tantas calles que descienden abruptamente, de la Medina o de la ciudad "moderna". A lo lejos, el puerto una vez activo nunca parece terminar de desperezarse. Los colores de las buganvilias, de los laureles blancos y rosados, reflejan las horas del día; si se apagan al anochecer es para permitir que la brisa difunda el perfume de jazmines y damas de noche. Es tan fácil dejarse acunar por esta naturaleza, efusiva sin énfasis, por la indolencia que, de invitación en paseo, de excursión en visita, lleva al visitante, con un breve trayecto, de las playas del Mediterráneo a las del Atlántico… Pero el verdadero exotismo de Tánger es social, humano, aun cuarenta años después de clausurada la zona internacional.

David Herbert y Barbara Hutton fueron solo las efigies más visibles de una época en que "Orejas alertas" Dean, barman del Hotel El Minzah, espiaba simultáneamente para alemanes e ingleses; así pudo, después de la guerra, abrir su propio bar e iniciar una tercera carrera como proxeneta para visitantes distinguidos. En que una tal Phyllis de la Paille coleccionaba en su residencia de la Nueva Montaña animales exóticos en libertad; un buen día, al quejarse de que ya nadie aceptaba sus invitaciones, Truman Capote le explicó que en su casa el olor a excrementos era demasiado fuerte; sorprendida, Madame de la Paille prometió encadenar los monos a los grifos del cuarto de baño…

En que un joven lord desheredado se jactaba de haber hecho chantaje al Vaticano con la amenaza de difundir su liaison con un arzobispo húngaro; nadie supo nunca si el relato era verídico, pero el relator terminó como representante en Tánger de un banco de la Santa Sede, hasta ser a su vez desplumado por un jovencito malagueño, hoy maduro y opulento anticuario muy fotografiado por las revistas de decoración…

En que un tal Topic Mimara, estudiante croata de historia del arte que pasó la Segunda Guerra Mundial en la Unión Soviética, al llegar a Austria en 1945 como intérprete del Ejército Rojo se vio confiar el inventario de un depósito de obras de arte robadas por el Tercer Reich. Tras consignar solo dos tercios de los objetos hallados, se incautó en medio de la noche de un camión, lo llenó con el tercio restante y gracias a salvoconductos inverificables en la confusión de

aquellos meses logró llegar a Trieste y embarcarse con su tesoro rumbo a Tánger. Allí murió hace un lustro, en un piso alto del edificio Méditerranée; cada año llevaba a Gibraltar un par de telas y las vendía a Sotheby's, "para ir tirando"…

En que Jean Genet, al ver al borde de las lágrimas, humillado por dos turistas suecas, a un policía que intentaba vender billetes para una rifa, lo llamó, le compró el talonario entero y exclamó: "¡Cómo no amar un país donde un policía es capaz de llorar!". Hoy Genet está enterrado en Larrache, a ochenta kilómetros al sur de Tánger, sobre el Atlántico; los azares póstumos suelen ser irónicos: para esa tumba no musulmana había un solo cementerio posible en la ciudad y era el del ejército colonial español.

Los fantasmas de Tánger existen, como el peligro o la Gracia, para quienes creen en ellos, para quienes llegan alimentados por la literatura que esos fantasmas han cultivado, que en torno a ellos aún proliferan. Otra humanidad, agreste, nada divertida, se agita por la ciudad. Como en Nueva York y en Buenos Aires, busca ropa o comida en los tachos de basura. Cuando ven pasar un Mercedes o un BMW saben que lo conduce alguien "que está en la menta", es decir en el tráfico de haschich, que otros llaman "exportaciones no tradicionales", aunque se trate del cultivo más tradicional del Rif.

Yunes tiene trece años y viene del sur, pero no de una ciudad invadida por el turismo elegante, como Marrakech, ni de una meta del turismo de masa, como Agadir. Desde muy chico, oyó decir en su pueblo que, de Tánger, parten embarcaciones clandestinas que depositan a diez, veinte personas en algún lugar de la costa española. (¡España! Esa parcela de la comunidad europea, de la sociedad de consumo donde –enseña la televisión española, que se capta en todo el país– con sólo asistir a un programa de juegos puede ganarse el automóvil, el departamento, las sumas de dinero que de este lado del estrecho son símbolo de riqueza…). En Tánger, Yunes trabaja como lavaplatos en distintos cafés, vende cigarrillos de contrabando; cuando su madre se prostituye en algún hotel de la Medina duerme bajo los puestos del mercado o tal vez no rehúse la invitación de algún europeo sonriente, generoso, tanto más amable que los patrones que lo explotan en el trabajo cotidiano. Cuando tenga reunida la inimaginable cantidad de dirham, podrá cruzar el estrecho en una "patera". Rezará para que no lo larguen, como les ha ocurrido a otros, en algún punto desconocido de la costa marroquí, para que al avistar la costa española no lo arrojen al agua con un "de aquí puedes llegar a

nado”. Él nunca ha oído hablar de Bowles, de Burroughs, de Genet. Para él, Tánger es solo un punto de partida.

UN AÑO EN LA VIDA DE HAITÍ

Maye Primera

Herosia jura, por Nuestra Señora de la Asunción, que Brunny, el menor de sus cinco hijos, dejó de crecer el 12 de enero de 2010, a las 4:53 de la tarde, en el instante mismo en que Puerto Príncipe, la capital de Haití, tembló con un terremoto de 7 grados en la escala de Richter que mató a más de 300,000 personas.

–Tiene cuatro años y míralo, parece de tres. No ha crecido ni un centímetro desde el día del terremoto. El niño no crece porque aún tiene miedo.

Lo que Herosia fue a pedir a las imágenes de los santos aún tapiadas bajo las ruinas de la Catedral de Notre-Dame de L'Assomption, durante la misa que se celebró el 12 de enero de 2011 en honor a las víctimas que se tragó el seísmo, es que salven a su hijo de las llamas del miedo. Para que crezca robusto, como ella. Para que consiga el trabajo que ni ella, a sus treinta y cuatro años, ni el padre del niño han conseguido nunca. Para que, de grande, se largue de la sucia rue de Sufill en el centro de Puerto Príncipe: el lugar donde estaba la casa de la familia y donde desde hace un año está la carpa con el logo de una agencia de cooperación en la que viven todos.

"Oh, señor, / mi señor, / ruego que tu amor esté con nosotros".

Herosia encontró un espacio para rezar donde antes estaban las puertas de la catedral. Ni un escombro se ha movido desde que, hace un año exacto, el temblor la destrozó junto a la casa de un millón y medio de haitianos. Sus vitrales siguen en el piso junto a los hierros de las columnas, del techo, de los dinteles. Hay más sombra bajo los sombreros de las mujeres que dentro de la cáscara de lo que alguna vez fue un templo. Pero la Iglesia son sus fieles, dice la Biblia, y si eso es verdad la Iglesia de Puerto Príncipe es esa masa compacta, vestida de domingo, que alza las palmas blancas de las manos negras, que suda y huele a incienso, que canta y grita y se aprieta y se balancea bajo el sol de las nueve, en el lugar donde solían estar las escalinatas y la plazoleta.

Con el resto de la ciudad pasa lo mismo: lo que la tierra no se tragó en enero, lo escupió a las calles y allí sigue. Las ventas de arroz

robado a las misiones humanitarias. Las peluqueras y los barberos. Los especialistas en curar llantas ponchadas. Las mujeres que se agachan y orinan en la acera. La botella de whisky a cincuenta gourdes, que es poco más de un dólar. Las ofertas de ropa gringa de segunda mano. Y niños, muchos niños, que llenan la calzada de lunes a viernes con el uniforme de la escuela.

Atrapadas entre el hacinamiento de las calles, van las tap-tap: las pick up que se encargan del transporte público en Puerto Príncipe. Atrapados en sus cabinas viajan treinta haitianos donde solo deberían viajar diez. Van o regresan de ningún trabajo. El creole, la lengua haitiana, tiene una palabra para ese oficio duro que es no tener oficio: degajé. Viven del degajé los hombres que escrutan en los escombros buscando metales, piezas eléctricas, cacharritos que luego puedan vender en las aceras. Viven del degajé las mujeres que cocinan pollo y arroz con frijoles en cualquier esquina y venden el plato en cajitas de anime "para llevar". Degajé es buscarse la vida y, al final del día, siempre la consiguen.

–Aquí no todos hemos muerto. Hoy es el día de dar gloria a Dios.

El dios de Marie-Rose Senestile no quedó atrapado en las ruinas de la catedral pero el temblor atrapó y mató al marido de una de sus hijas dentro de la casa donde vivían todos, que ya no existe, en el barrio de Carrefour Feuille. Dejó vivos a sus cuatro hijos sin padre, a otro yerno y a un cuñado que, ahora, viven con ella en el campamento de la plaza Toussaint Louverture, en los Campos de Marte, frente a las ruinas del Palacio Nacional de Gobierno. Marie-Rose tiene cuarenta y ocho años y los hijos que el señor le dio: el mayor tiene treinta y el menor ocho. Ella es evangélica y predica la palabra de Dios en letra de kompa, una mezcla de reggae, merengue y salsa elevada al cielo desde los parlantes de un camión que recorre el centro y llega al cementerio principal. Allí, entre las tumbas, Shiller Saint Eloi está por darle la última pincelada al mural que armó sobre la fosa común, donde está enterrada una mínima parte de las 300,000 víctimas del terremoto: cincuenta camiones rebosantes de cadáveres. Los demás están en las fosas comunes de Saint-Christophe, en Titanyen, a una hora en auto desde Puerto Príncipe. Y hay más muertos, pero siguen tapiados entre las ruinas de sus casas y ninguna estadística ha sido capaz de contarlos. En el marco inferior del boceto de Saint Eloi hay escombros, niños aplastados por bloques de concreto, llantas incendiadas, un ataúd. Sobre el ataúd, un hombre de traje y corbata cuenta un fajo de dólares. Sobre el hombre de traje se asoman dieciocho cabezas sin rostro.

–El del centro es René Preval [el presidente de Haití] y los que están alrededor son los candidatos que buscan sustituirlo. A los que llegan o quieren llegar al gobierno solo les preocupa su interés personal.

Nicole Pierre se acerca para ver trabajar al artista. Se sienta en un bloque, sobre la enorme placa de cemento.

–Justo aquí debajo están mi Junette, mi Johanna, mi Edison, mi Marie-Helenne.

Son su tía, sus primos, su cuñada, que murieron en el número 4 de la rue Lamivalle del barrio Carrefour Feuille. Ella, de unos treinta años, cargó con los cuerpos para sepultarlos aquí, para que no quedaran perdidos en las fosas comunes de Saint- Christophe de Titanyen. Ahora al menos tiene una tumba donde dejar sus flores plásticas.

Haití ya era esto.

Era el epicentro de la pobreza occidental cuando el 12 de enero de 2010 la golpeó un terremoto de 38 segundos y 7 grados de intensidad en la escala de Richter. Más del sesenta por ciento de los niños nacían anémicos, como sus madres anémicas. Y en los seis primeros meses de vida miles de esos niños sufrían una desnutrición crónica que restringió de por vida su capacidad de moverse y aprender.

Haití ya era esta tierra arrasada, seca, semidesértica. Sus bosques ya habían sido talados y quemados para la prosperidad de los empresarios del carbón. Puerto Príncipe, desde hacía mucho, había dejado de oler a mar: ya era esta capital opaca, hedionda a aguas negras por las mañanas, a leña por las tardes y a plástico quemado por las noches. Congestionada por los buses escolares gringos de segunda mano, nublada por el polvo y la basura que arde.

Los haitianos ya creían en el vudú: la amalgama sincrética que usaron los esclavos africanos durante todo el siglo XIX para adorar a sus dioses disfrazándolos con el rostro de los santos cristianos. Ya las dictaduras de François Duvalier y su hijo Jean-Claude se habían servido del vuduismo para dominar, para pretenderse hougans: sacerdotes capaces de conceder la gracia de la vida a los benditos o de castigar con la muerte a quienes merecieran su maldición. Las milicias duvalieristas –los leopardos, los tonton-macoutes– ya habían asesinado y torturado a miles de haitianos que se opusieron al régimen no con el

vudú sino con sus pistolas y machetes.

Haití también había fracasado en su intento por superar la ocupación norteamericana, que dominó el país entre 1915 y 1934, y por construir un sistema de gobierno democrático tras décadas de mandatarios militares. El primer presidente electo en votaciones libres y universales, el pastor jesuita Jean-Bertrand Aristide, había sido expulsado del país por un golpe de Estado que lo envió al exilio en Sudáfrica en febrero de 2004. Porque Aristide, con su milicia de chimés, también construyó para sí un gobierno violento y personalista.

Haití ya era toda esta tragedia que Dominic, a sus cuarenta y cinco años, sabe contar en cuatro idiomas: creole, francés, inglés, español. Una lengua por cada episodio fatal de 2010: el terremoto que arrasó en enero, los huracanes de agosto, la epidemia de cólera que comenzó en octubre y el caos político después de las fallidas elecciones presidenciales de noviembre. Es la única forma de sobrevivir en este trozo de isla que ya era así, dice: conocer muchas lenguas y trabajar para los extranjeros que vienen a ocupar, a mirar o a ayudar. Los días trágicos en Haití son todos, pero los que Dominic añora son los días del terremoto: cuando perdió su casa, a uno que otro familiar lejano y el pie derecho de su esposa. Los extraña porque nunca, como entonces, volteó el mundo a mirarlos con tanta atención.

Cuando Stefano Zannini llegó a Puerto Príncipe para hacerse cargo de la misión humanitaria de Médicos Sin Fronteras, en junio de 2009, había solo tres ambulancias del gobierno en esta ciudad de tres millones de habitantes. En aquella época, anterior al terremoto, el presupuesto nacional de Haití ya dependía en un sesenta por ciento de las ayudas humanitarias de gobiernos y donantes extranjeros. Un tercio de la población, especialmente en zonas rurales, estaba obligada a caminar casi tres horas antes de llegar al ambulatorio médico más cercano. Una vez que llegaban, no encontraban doctores ni medicinas. Entonces, en enero de 2010, llegó el terremoto. Luego, en octubre, la epidemia de cólera que ya suma más de 3,900 víctimas. Pero por las calles de Puerto Príncipe siguen circulando tres ambulancias del gobierno para más de tres millones de habitantes.

–Lo único que ha cambiado desde que llegué es que ahora hay más actores internacionales –dice Zannini.

Desde el momento en que la tierra se abrió brotaron de todas partes las organizaciones de samaritanos. De evangélicos. De

electricistas. De cienciólogos. De almas bienintencionadas que prometían curar a los heridos con solo posar energía sobre sus cabezas. De abogados que tramitan adopciones de niños huérfanos, y de los que no lo son, por 12,000 dólares. Se dice que hay más de doce mil organizaciones no gubernamentales trabajando en Haití después del terremoto. Pero ni el presidente René Préval sabe cuántas son en realidad o qué vinieron a hacer ni mucho menos cuándo se irán. Cientos de ellas habían llegado a la isla en la década de los ochenta, con el fin del duvalierismo, para hacer labor humanitaria y promover programas de desarrollo.

–¿Cuándo nos iremos? Es imposible predecirlo, depende del proceso de reconstrucción después del terremoto. Cuanto más rápido se haga, será más fácil para las ONG dejar el país. ¿Pero cómo podemos pensar en irnos cuando la población es tan dependiente de las organizaciones internacionales? –dice Zannini.

Los 9,900 millones de dólares que sesenta países de todo el mundo prometieron invertir para reconstruir la isla en diez años llegan a Haití a cuentagotas. Los frena el papeleo de una burocracia lenta, de instituciones públicas desmanteladas por el mismo desastre que tratan de enfrentar. Alrededor del sesenta por ciento de las oficinas de gobierno, incluyendo el Palacio Presidencial, se vinieron abajo con el seísmo. Aunque antes tampoco servían para mucho. Servicios fundamentales como la salud y la seguridad están en manos de las organizaciones no gubernamentales desde hace veinte años y de la Misión de Naciones Unidas para la Estabilización de Haití (Minustah), que llegó con sus agencias y sus cascos azules en 2004, tras la caída del gobierno de Jean-Bertrand Aristide.

Lo que saben Médicos Sin Fronteras y la Cruz Roja Internacional y las grandes ONG que trabajan en Haití es que pocos billetes de los 9,900 millones de dólares se han movido de las cuentas bancarias de los donantes, que dicen que sólo soltarán los fondos cuando en Haití se configure un escenario político más saludable, cuando llegue a la presidencia un nuevo gobierno que rinda cuentas.

–Esto es algo demasiado cínico, muy lejano a los compromisos que los países adoptaron en Nueva York. Los haitianos necesitan escuelas, hospitales, casas, mejores condiciones higiénicas, y las necesitan ahora. No pueden esperar a que venga un nuevo gobierno –dice Zannini.

Por eso hoy, en Haití, todo está como estaba: las calles, las casas, los edificios derruidos. Porque el poco dinero que llega a través de las

agencias de la onu y de las ONG se usa para la atención humanitaria y para la supervivencia: para pagar el agua, la comida y las medicinas de cerca del millón de personas que aún viven en los campamentos. No para mover escombros.

Choupette tenía treinta y nueve años y estaba loca. “Fou à lier” (loca de atar), decían sus familiares. Así tuvo dos hijas, Beatrice de trece y Carinne de dieciséis. El 21 de noviembre de 2010, cuando Rusford Saint Loui, de la Dirección Departamental Sanitaria de L’Ouest, fue a recoger el cadáver de Choupette, se las escuchaba llorar, al otro lado del muro. Ella estaba vestida con harapos, sobre una sábana, en una de las casas de la avenida Magloire Ambroise, en el centro de Puerto Príncipe, que había resistido al terremoto.

“Ella no murió de cólera”, decía Charles Dieusel, el padre de Choupette, mientras esperaba que los recogedores de cuerpos vinieran a buscarla para llevársela quién sabe adónde. Dieusel, vestido de guayabera verde manzana y zapatos negros impecables, explicaba a sus vecinos que su hija había muerto de una sobredosis de medicamentos: que había ido al Hospital General, donde le aplicaron una inyección sospechosa, y que por la noche comenzó a tener un poco de diarrea. A eso de las tres de la madrugada, había dejado de respirar.

El cólera está asociado a la suciedad, a la falta de higiene. Es una bacteria que se aloja en aguas y en alimentos contaminados e infecta los intestinos humanos. En una de cada veinte personas la infección se vuelve enfermedad aguda: a esa una se le entumecen las piernas y se deshidrata a fuerza de diarrea y vómitos. Y a nadie le gusta admitir que en casa hay problemas sanitarios. Ni siquiera a los damnificados que cada mañana se enjabonan, se frotan y se enjuagan en plena calle, para que todos vean cómo se mantiene limpio un cuerpo. Nadie quiere ser señalado de llevar la peste al vecindario, aunque el vecindario esté rodeado por la peste de las cloacas, de los chiringuitos de comida ambulante y de los puestos que ofertan frutas y moscas.

La mayoría de los 200,000 pacientes de cólera que se reportaron en Haití entre el 16 de octubre de 2010 y el 25 de enero de 2011 se enfermaron en los barrios marginales de Puerto Príncipe y no en los campamentos de víctimas del terremoto. Desde hace un año, los damnificados beben del agua potable que envía gratis el gobierno y si se contagian de cólera es por la contaminación de la comida o la pestilencia de las letrinas. En cambio, el agua llega a los barrios

pobres de la ciudad a bordo de La Sirene de L'Eau o de Victoria da Vida o de Mon Bel Auge. Cada dueño es libre de ponerle a su camión cisterna el nombre que le plazca. Todos llenan sus tanques con agua de un pozo, a 200 metros de profundidad, que está entre un campamento de damnificados del terremoto, un riachuelo de aguas negras y toneladas de basura en medio del barrio de Cité Soleil: el más grande y peligroso de Puerto Príncipe, donde los cascos azules patrullan armados de fusiles, encaramados en tanques de guerra.

El primer caso de cólera del que se tuvo noticia se reportó en el Hospital de Saint-Marc, a un par de horas de distancia de la capital. En pocos días, la bacteria se extendió por toda la Petite Rivière de l'Artibonite, donde corre un río ancho, del que beben todos los pueblos cercanos. Dicen que fueron los soldados nepaleses de Naciones Unidas los que contaminaron con mierda el río. Dicen que fue una empresa relacionada con la esposa de René Préval la que lanzó la mierda al río. Dicen que fueron unos brujos los que echaron unos polvos para provocar el cólera en el río. Comoquiera que haya sido, solo cuatro semanas después de la aparición del primer caso ya habían muerto trescientas personas y otras veinte mil estaban contagiadas, ya no solo en Saint-Marc: también en Puerto Príncipe y en Gonaïves, Cabo Haitiano y Port-de-Paix, al norte de la isla.

Rusford Saint Loui es el jefe del grupo de tres hombres que se encarga de recoger a los muertos de cólera de todo Puerto Príncipe: tres desempleados que el gobierno reclutó y entrenó en una semana.

–René Préval me llamó personalmente para decirme que me entregará las llaves de diez camiones como estos para hacer la faena –decía en noviembre.

El 21 de ese mes, cuando fue a buscar el cadáver de Choupette, la promesa de Préval no se había cumplido y Rusford seguía recogiendo los cuerpos –unos treinta y seis por día– en la tap-tap número 218 escoltada por un convoy de apoyo, una ambulancia que abre paso entre el tráfico, los peatones y las cabras, y una patrulla de la Policía Nacional de Haití, con cinco agentes armados de fusiles.

En los primeros días de trabajo, la caravana fue recibida a pedradas en el barrio de Martissant: la gente, enfurecida, creyó que el camión había llegado para traer cuerpos infectados al barrio y no para llevárselos. Por eso las autoridades sanitarias enviaron un mensaje a la población explicando que el camión no representaba ningún peligro, que le permitieran entrar. Por eso el jefe del departamento les advirtió a los recogedores de cuerpos antes de la partida: "Ya lo saben: si los

agreden, no respondan. Pidan más apoyo de la policía".

El cólera le robó los funerales a muchos. Todos son un bulto que viaja apilado en la cabina de la tap-tap. Un bulto plástico, bañado en agua clorada, que salta en cada bache de la carretera. Que suena como un golpe seco al caer en el fondo de las fosas comunes de Saint-Christophe de Titanyen.

Joan tiene once años y es un pecador. Iba camino a casa al terminar la escuela, el 12 de enero de 2010, a las 4:53 de la tarde, cuando Dios, enfurecido, derrumbó un muro de concreto sobre su pierna izquierda. Al día siguiente, le cortaron el colgajo que quedaba en el Hospital Fontana, él despierto. Al día siguiente, le enviaron a casa con la tibia expuesta y sin receta para el dolor. Los médicos de una de las doce mil organizaciones no gubernamentales que operan en Haití encontraron a Joan entre las tiendas de campaña del barrio Cité Soleil, una semana después. Ya ni gritaba. Tenía el gesto hecho piedra. Cortaron de nuevo y moldearon, una cuarta por debajo de la rodilla, el muñón sobre el que Davor Krcelic construye el perdón de los pecados de Joan.

–En Haití existe la creencia de que si alguien pierde una pierna o un brazo ha sido como un castigo de Dios. Así todos pueden ver por la calle que allí va un pecador.

Dieciséis años atrás, Davor Krcelic ganaba buen dinero como fabricante de prótesis cuando la tercera guerra de los Balcanes llegó a Novisat, su pueblo, al norte de Serbia y en la frontera con Hungría. Entonces, huyó a República Dominicana. Entonces, llegó a Haití.

Solo en esta clínica del bulevar Toussaint Louverture de Puerto Príncipe se practican seis o siete amputaciones al día. Con días peores que otros, ha sido así a lo largo del último año. Porque Dios no solo castiga con el terremoto: castiga con la gangrena y, luego, en la mutilación. Para correr la voz de su advenimiento, Davor, el protesista, ofrece cincuenta gourdes (poco más de un dólar) a cada chico que encuentre a algún mutilado en la calle y lo traiga a su consulta.

El país que a René Préval le hubiese gustado legar brilla como una postal de Miami Beach. En ese país, los chicos pasean en Vespas y no en motos chinas que se deshacen en nubes negras de humo. Las

familias viven en apartamentos de cincuenta metros cuadrados y no en tiendas de campaña-regalo-de-la-comunidad-internacional, donde solo cabe un colchón en el que duermen seis. Los niños no son negros sino mulatos, sí van a la escuela, sí lucen saludables y no están condenados de por vida a las secuelas de la desnutrición. Pero en el país de miserias que administra Préval, las únicas luces que permanecen encendidas en el miércoles 12 de enero de 2011, a las 6:00 de la tarde, son las que alumbran sus proyectos de papel para la reconstrucción de Haití, dibujados en computador y colgados como carteles sobre una de las cercas que protegen las ruinas del Palacio Nacional de Gobierno. El resto es oscuridad.

El mandato del presidente Préval termina legalmente el 7 de febrero de 2011, pero podría continuar en el poder un par de meses más. Él habría querido dejarle este país a su yerno, el candidato a la presidencia por el partido oficialista Inité Jude Celestin, para seguir gobernando con él y a través de él. Y estuvo cerca. El Consejo Electoral Provisional de Haití declaró a Celestin uno de los dos ganadores de la primera vuelta electoral que se realizó el 28 de noviembre de 2010. Pero hasta la Organización de Estados Americanos (OEA) denunció el fraude e impugnó los resultados. De acuerdo con los escrutinios de la oea, la profesora y ex primera dama Mirlande Manigat y el cantante de kompa Michel Martelly deben ser quienes se enfrenten en la segunda vuelta electoral, que debería realizarse en marzo de 2011.

Lo que ocurrió el 28 de noviembre de 2010 ni siquiera merece llamarse "elección", dice Susy Castor, historiadora y directora del Centro de Investigación y Formación Económica y Social para el Desarrollo de Haití. Fue un proceso lleno de fallas que debería ser anulado por la paz futura de Haití.

–En vista de la situación de Haití, cualquier autoridad que suba al poder sin legitimidad se convertirá en una fuente de conflicto y no en una solución. Ahora todo el mundo trata de tomar distancias, pero es evidente que la Minustah y la oea tienen una enorme responsabilidad en lo que pasó. El gobierno haitiano no da un paso sin contar antes con su consentimiento.

El mundo ha prometido que cuando la crisis política al fin se resuelva, su dinero llegará a los haitianos, pero de la cifra global de las donaciones falta deducir el costo de la intervención militar de cada uno de los países que envió tropas a Haití después del terremoto. También falta restar la deuda externa que varios de estos países aceptaron condonar después de las sucesivas tragedias. Sería algo así

como lo que ocurrió en Afganistán y en Irak y en otras intervenciones posemergencia que ha coordinado Naciones Unidas alrededor del mundo.

Muchos de los billetes que queden después de esta ecuación ya tienen de antemano nombre y apellido. En el caso del dinero donado por los Estados Unidos, la agencia USAID (United States Agency for International Development) decide en qué proyectos se invertirán sus aportes y cuáles deben ser las características de las empresas que se contraten para realizar los trabajos. Las compañías favoritas de las agencias de cooperación de cada país son las que pertenecen a sus connacionales.

Mientras tanto, Fritz Polidor se pasa la tarde del 12 de enero de 2011 mirando el futuro a través de los barrotes del Palacio Nacional. Es sargento retirado del ejército, tiene casa, y a los cincuenta y tres años lleva el luto de un hijo adolescente muerto.

–No sé si todo eso que está en los carteles va a hacerse realidad. Lo que sé es que si depende de los gobernantes haitianos, nunca va a ocurrir. Todo ese trabajo solo lo haría un gobierno extranjero.

Cuando lo dice, suena al fondo el cornetín de los guardias del palacio, que van arriando la bandera haitiana, izada a media asta durante el 12 de enero de 2011.

Puerto Príncipe es más cara después del terremoto. El precio de los alquileres ha aumentado hasta una tercera parte. Si Milton pagaba 80,000 gourdes (2,000 dólares americanos) por la renta de una casa de un cuarto, sala y cocina, ahora quieren cobrarle 120,000. Milton no tiene opción porque no hay demasiada oferta inmobiliaria para que los haitianos puedan elegir. En cambio, para los voluntarios de las ONG hay residencias de todos los tamaños.

–Si ya era difícil para los haitianos conseguir una casa en Puerto Príncipe, ahora lo es más. Mucha gente de clase media ha preferido mudarse a un lugar más pequeño para alquilar sus casas a los voluntarios de las ONG y cobrar una renta fija en dólares –dice Alain Gilles, vicerrector de asuntos académicos de la Universidad Quisqueya.

El desembarco de las ONG, con sus viáticos en dólares, ha distorsionado aún más la economía de la isla, dependiente de las ayudas internacionales y de las remesas del extranjero. La inflación se

ha disparado y, ante la perspectiva de obtener comida y agua gratis, los desempleados de las clases más empobrecidas no hacen mayores esfuerzos por buscar un trabajo fijo.

Las pocas familias ricas de Haití lo son cada vez más. Su prosperidad depende de establecer contratos con el gobierno y con las ONG, para importar alimentos o coches, sobre todo. El sector bancario vive de los depósitos del Estado, que obtiene sus dólares de las ayudas internacionales, y de las remesas del extranjero. En cada esquina de Puerto Príncipe hay una oficina de Western Union o de Money Gram que también hace llegar a las familias ese dinero fresco.

Los restaurantes caros del barrio rico de Pétion-Ville están a reventar cada noche. Sirven salmón en salsa de eneldo, filetes a la pimienta verde, bisque de frutos de mar, langostas grilladas, escargots al ajillo a precios de restaurantes neoyorquinos. Afuera, los valet parkings cuidan las patrullas con el logo de Naciones Unidas y placas diplomáticas de los comensales.

Cada vez más policías de la onu están interesados en aprender a bailar salsa para ir a mostrar sus pasos en las pistas de baile del Quartier Latin, del bar Jet-Set, del latin-dancing-club Almendra de Pétion-Ville. Con los dólares que ha ganado en el último año, Daniel Fombrun –cincuentón, dueño de los apartamentos Tropical donde se alojan policías de al menos cinco países– construyó una terraza en la que tres veces por semana hay lecciones privadas de baile.

“Un, deux, trois… back… flip-flap”, le indica en francés el maestro haitiano a sus discípulos turcos, franceses, croatas. Terminada la clase, se lavan el sudor con un baño, visten de nuevo el uniforme y la nueve milímetros, y se despiden.

Haití, contra todo pronóstico, sigue creciendo. Durante el año siguiente al terremoto del 12 de enero de 2010, la tasa anual de embarazos se ha triplicado en la zona metropolitana de Puerto Príncipe, de acuerdo con las cifras del Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA, por sus siglas en inglés).

Las parturientas que no gritan en el Hospital Isaïe Jeanty de Puerto Príncipe, cantan. Cantan lo primero que se les viene a la garganta. Cantan plegarias a Dios, cantan kompa. Cantan tumbadas en el suelo, por los pasillos de la maternidad. Cantan hasta merecer, a pocos minutos de traer otro hijo al mundo, una de las seis únicas camas que

hay en la sala de partos. Con el niño viene el silencio. Y si no hay complicaciones, al cabo de seis horas están de vuelta en la calle, buscando una tap-tap para volver a casa.

La maternidad está a reventar y ellas también. Hay mujeres en trabajo de parto, sentadas en la sala de espera, tratando de acompasar la respiración. Mujeres en los pasillos, echadas en el piso, secando con un trapo cuanto líquido les brota del cuerpo. Los corredores huelen a una mezcla de cebo, sangre, cloro y alcohol. En condiciones normales, una parturienta con cinco centímetros de dilatación estaría hospitalizada. En este hospital sin suficientes camas, se las acuesta cuando alcanzan los ocho centímetros de dilatación: cuando el niño está por nacer.

Desde noviembre de 2010 funciona en el patio de la maternidad un centro para el tratamiento del cólera que dirige Médicos Sin Fronteras. Ese fue el mes más crítico en esta área del hospital. El día 22, diez mujeres con cólera estaban recluidas, conectadas a bolsas de suero, desnudas, con espasmos, vomitando. Casi todas perdieron a sus bebés. Felipe Rojas López –chileno, de veintisiete años– es uno de los médicos que desde aquella fecha y hasta ahora las atiende.

–Las embarazadas llegaban acá en muy malas condiciones y, ya con ese nivel de deshidratación, el feto era precario. La mayoría de los bebés morían en el útero y había que sacarlos –explica Rojas.

Cerca de dos tercios de estos embarazos son no deseados. Y en el uno por ciento de los casos ha habido violencia sexual en el momento de la concepción, dice Igor Bosc, representante de la UNFPA en Haití. Hasta 2005, la violación intrafamiliar no era considerada delito en este país. Para algunos de los hombres haitianos que viven en los campamentos de refugiados aún no lo es. Solo en los primeros 150 días siguientes al terremoto, la Comisión de Mujeres Víctimas por las Víctimas (KOFAVIV, en sus siglas en francés) registró más de 250 casos de violación, la mayor parte de niñas.

Las pacientes del Hospital Isaïe Jeanty se registran con las direcciones que ya no existen, las de sus casas que se desplomaron durante el terremoto. Muchas lo hacen porque les avergüenza decir que viven hacinadas en una tienda de campaña. Otras, porque de antemano han tenido la intención de abandonar a sus hijos en la maternidad.

En enero pasado había cinco chicos abandonados en la maternidad, esperando a ser recogidos por la Dirección de Bienestar

Social. Como Mivier Normil, que pesó 1,6 kilos al nacer, el 7 de enero a las 6:33 de la mañana, y era demasiado flaco, demasiado débil como para que Ilania Normil –su madre de veinticuatro años– se lo llevara a casa. Que lo buscaba después, dijo ella. Dejó un número de teléfono en el que una máquina dice “esta línea está fuera de servicio” cada vez que las enfermeras llaman.

EN FAMILIA (PLAZA DJEMÁ EL F'NÁ)

María Moreno

El aire traía olores conocidos, olores del país beduino en las noches de verano: humo de tuya y de enebro. Olor de pieles de cabra. De alquitrán. De carnes tostadas y húmedas.

ISABELLE EBERHARDT

A Mayra Leciñana

Al señor Plaza le preocupaba mi desinterés por los museos europeos y los monumentos históricos y se había decepcionado cuando vio el ánimo palurdo y compungido que yo había adoptado durante una velada de Ópera en el Liceu, aunque luego, a la salida, hubiera intentado excitarme con mis propias interpretaciones que ni él ni el señor Kaiser compartieron entonces. Un día declaré: "El viaje para mí solo puede ser a Oriente". Y mi Oriente era África, como para los españoles, aunque África les quedara al sur. Yo había alimentado mis fantasías, mucho antes de la lectura de las novelitas de Delly de la biblioteca de mi madre que abundaba en bestsellers exotistas de la década del cincuenta, en el Oriente traducido por el Azul de Rubén Darío y las crónicas de Gómez Carrillo, o en versiones adaptadas de Las mil y una noches. Y así como solía dibujar, al igual que todas las niñas, la clásica casita de techo de dos aguas, madres e hijas donde el moño simbolizaba la transmisión primaria de la feminidad, representaba a la mujer a secas con una bailarina oriental de la que mi amiga Ana María era la consumidora habitual: "Dibujame una odalisca". El pedido me daba ocasión de lucirme. Mi odalisca no estaba velada y su larga cabellera me permitía el ejercicio virtuoso del grafismo: bandas de paréntesis de apertura y de cierre puestas en sucesión y en cantidad suficiente para simular una melena derramada. Dos espirales resolvían el corpiño. El pantalón abombado y las babuchas completaban la identidad de esa odalisca que no hacía otra cosa que bailar eternamente en mis hojas de papel canson.

Por las historietas de D'Artagnan conocía la iconografía

argumental del desierto. La soledad viril de los reclutados en la Legión Extranjera no satisfacía mi alma romántica, aunque sentía gran placer en diseñar legionarios solo por el detalle del pañuelo blanco bajo el casco. En el relato, que solo conocí ilustrado, el oasis era siempre un espejismo. El explorador se arrastraba apoyado en los antebrazos, la mano como una garra alrededor de la cantimplora vacía, con un impulso redoblado por esa visión que no hacía más que repetirse en el horizonte hasta la muerte. Yo pensaba el charco junto a las escuálidas palmeras como punto de llegada o de tránsito. No podía haber allí una vida organizada ni un más allá del oasis que no fuera llegar hasta el próximo. Vagamente imaginaba, porque a veces hacia el final feliz de la historia había un oasis verdadero, el sueño del sediento explorador bajo la palmera como en el cliché del náufrago, solitario en su hamaca. Ignoraba que un oasis era una pequeña ciudad extrañamente geométrica en sus acequias de verdes verduras. En el oasis de Ourmés, me asombré de estar tomando una gaseosa sentada en un bar y rodeada de plantas y de pájaros. El oasis como apogeo del huerto. Un emblema literario de mi infancia acababa de disolverse bajo el golpe pedestre de una organización casi urbana. "¿Ves?", me dijo el señor Plaza más tarde. Pero debió haber dicho "¿Viste?", porque ninguna conjugación en presente era posible ya que el señor Plaza –retenido por una irregularidad en su pasaporte– no me había acompañado a Marruecos.

Había olvidado que Orson Welles, tal vez más conmovido por el ahorro que implican al equipo de producción de un filme patios ajedrezados y puertas con ojivas naturales que por el África en sí misma, había pasado mucho tiempo en Essauira, por eso me sobresaltó la enorme foto del gordo en la puerta del comedor del hotel. El nombre de Orson Welles estaba inevitablemente unido al de Essauira, aunque en este caso Essauira fuera un hotel de Marrakech y no la ciudad. Luego pensé que la foto era un buen augurio. Imaginé una avenencia mayor con el lugar a través de la presencia de un mito del cine aunque fuera en foto. Como si dijera: nada me une a Orson Welles ni a Essauira bajo la forma del hotel o de la ciudad pero a todos nos une Hollywood y eso es tranquilizador, un territorio conocido por mero contraste con el torrente de signos que, desde que había llegado a Marrakech, se me escapaban. Estaba ansiosa por llegar a la plaza, y aunque no entendía los mapas, pude comprender lo suficiente como para concluir que siguiendo por Riad Zitoun El Kadim hacia la izquierda me toparía con ella. De la misma manera que recorría los museos corriendo, como para apurar de un saque los mandatos del viajero y abandonarme luego a una cotidianidad ilusoria

que me permitiera prestar atención apenas a los objetos que me provocaran ciertas resonancias familiares, apresuré el paso por la calle, y me limité a meteóricos vistazos a los lados solo para advertir la brillantez y el contraste de los colores que tenían, sin embargo, la cualidad de mimetizarse con los de un paisaje, donde una pátina de pastel atenuaba las estridencias. Lo primero que oí fue una especie de brama en la que poco a poco fui identificando voces humanas y el sonido de instrumentos de viento, que parecía aumentar el volumen al mismo tiempo, como si provinieran de un parlante y no, como comprobé más tarde, de músicos ubicados en puntos de la plaza, mientras yo marchaba casi a paso militar por una amplia avenida bordeada de naranjos y de mateos. Los músicos, aun sin verse, parecían darse señales para mantener un crescendo en el que podían reconocerse turnos para el solo aunque la melodía no cambiara. La mayoría de los tenderetes eran mesas cubiertas por manteles de papel, iluminados por diademas de bombitas. Había pocos turistas, porque yo me había adelantado a la hora del retorno de las excursiones organizadas fuera de la ciudad o de la ducha que suele dividir el día y la noche en la farra turística. Como siempre que veía objetos vagamente orientales, sentía una punzada de culpa por las piezas que mi bisabuelo Harold había logrado conservar hasta su afincamiento en la Argentina y que yo, en un período en que me creía libre del sentido de la propiedad, había perdido en el banco de empeños. Es cierto que cuando empecé a viajar moderadamente comprobé que eran souvenirs y no elecciones de un espíritu que busca diferenciarse del vulgo: un sombrero indochino de paja para recoger arroz tan pesado y rígido que solo podría haber sido utilizado por un esclavo, un diente de tigre engarzado en un prendedor de oro, el bastón macizo de un cacique mataco, una cartera de dientes de tiburón atribuida a una tribu australiana. Pero los más valiosos eran joyas holandesas: dos camafeos con filigranas, uno de los cuales tenía una rosa grabada; un anillo de oro blanco con un ópalo, y un reloj con una miniatura del siglo XVIII pintada en el centro, que me fue robado por piezas sin que yo me animara a increpar a la culpable. Queda, quizá porque su valor fue subestimado, el pequeño carcaj con una comadreja tallada, cuyas flechas conservan el curare.

Como si hubiera estado escuchando instrucciones de mi madre, me senté en el puesto más concurrido evocando su axioma de que el número de parroquianos garantiza condiciones sanitarias seguramente transmitidas de boca en boca. Un cartel pregonaba en árabe, francés y español un plato digno de la memoria de mi bisabuelo, que, según mi padre, untaba la médula del caracú en su tostada diciendo que sabía a

cráneo de mono. En mi plato, de tópicos arabescos, solo vi una lonja de carne muy cocida que podía cortarse con la cuchara, rodeada de aceitunas, pasas de uva y membrillos. Su terneza y su sabor me evocaron la cabeza de vaca guateada que había comido durante los festejos del solsticio de invierno en Salta, cocida durante veinticuatro horas en una parcela de brasas bajo tierra. Los descendientes de pueblos originarios, casi todos proletarizados en el gremio de la construcción, la ofrecieron en un campito público, al azar del turismo, en una ceremonia menos concurrida que la oficial, que se había hecho en lo alto de un cerro y donde los rituales se iniciaron luego de consultar la hora exacta al Observatorio de Greenwich –el saludo al Sol fue dirigido desde un micrófono por el intendente–. Lo que yo comí esa tarde en Marrakech fue guiso de camello.

Por deducción supe que estaba atemorizada: mis pasos eran extremadamente cortos y cada vez que me encontraba cerca de otro visitante de la plaza o de uno de sus habituales mercaderes cedía el paso en forma pusilánime. Era un repliegue sin matices discriminatorios, fobias de larga data, no rechazo a las diferencias. La familia de cualquier origen, parapetada en un gritón cuerpo común, era capaz de provocarme un respingo; en cambio, podía tolerar que algún nativo solitario me tomara de la manga o intentara arrastrarme de la mano, pronunciando palabras incomprensibles para mí. En un rincón, cerca de la entrada que se abre desde la avenida Mohamed V, en el final de los mateos estacionados, como si constituyera una jerarquía menor dentro de los transportes de tracción a sangre, aunque se tratara del más común en la zona y, sobre todo, el único con una tradición duradera, había un camello acostado sobre sus rodillas. Me acerqué con vacilación, pero la presión de los niños que, a su vez, empujaban a sus padres, me empujó a mi vez y quedé casi en la primera fila de la multitud de mirones a quienes el camellero contaba en francés las ventajas de un viaje corto alrededor de la plaza que, desde un sitio preciso, podía volverse irreconocible ante una cámara de fotos, de modo que la toma pareciera haber sido realizada en el mismísimo desierto. La tentación apareció con la forma de una creencia imperiosa: si no me animaba a subir al camello, nada de ese viaje habría valido la pena y tal vez daría un vuelco negativo a mi vida toda por haber sido incapaz de asumir lo que cualquier turista septuagenaria asumía con liviandad y soltura. Cuando el último niño bajó del camello, cuando los gritos de un hombre calvo que debía tener menos edad que yo, me persuadieron de que no sería la peor jinete, me coloqué decididamente en la cola y, entonces, me asaltó una impaciencia movediza que, en mi caso, suele ser el preámbulo del

miedo máximo: comencé a dar saltitos y a intentar débiles acercamientos, aprovechando los breves momentos en que el camello, entre un jinete y otro, volvía a acostarse sobre las rodillas, mientras le acomodaban el "apero". Nunca puse la mano lo suficientemente cerca como para tocarlo. La vez que estuve más cerca justo se levantó, de modo que di un chillido y volví a mi lugar, pero nadie a mi alrededor dio indicios de haber prestado atención. Subí casi inconsciente, concentrada en aferrarme a una cruz de madera que sobresalía sobre el fardo de tela de colores que pesaba sobre la joroba. Inútilmente busqué los estribos. Un tirón agradable me hizo recordar el que se percibe en la caña de pescar cuando acaba de picar un pez o el movimiento del feto en la matriz, algo levemente erótico sin que pierda su marca de sobresalto. En una perspectiva extraña, vi el pelo opaco de la testuz del camello, las pestañas largas y polvorientas, como si improvisaran un animal separado, tal vez una criatura mimética de la arena, un antepasado ya extinto del ciempiés. La brusquedad del fin del viaje se me hizo sentir con un doloroso golpe en los talones; había colocado las piernas demasiado rígidas en torno al cuerpo del camello, que debería medir en sus reflejos el tiempo exacto de cada viaje, y por eso se agachó para volver a su posición de relax, imagino que sin ninguna orden de su dueño, quien lo habría adiestrado para hacer la mayor cantidad de pequeños trayectos en el menor tiempo posible. Volví rengueando al hotel con la idea de que el dolor se extendería hasta mi vuelta a Buenos Aires, lo inverosímil de mi argumento sobre el origen de mi marcha dificultosa o la posible intención de esnobismo que se me adjudicaría si me empeñaba en la sinceridad. A pesar de la renguera, aceleraba el paso con esa alegría zonza de haber vencido en una prueba que nadie me había pedido, y –quería creerlo a pesar de toda esa leyenda de camellos que muerden ferozmente o propinan patadas mortales aun a los expertos en su manejo– sin ningún riesgo.

El comedor del Essauira era feo, con los remedos plásticos del lujo, el dorado propio del betún de Judea y las aristas de 1950, sin el encanto del kitsch que hubieran agregado mis propias odaliscas enmarcadas. Pero desde la ranura de los tajines solía desprenderse un aroma a carne aderezada con limón en conserva, a azafrán y a canela que hacía picar la nariz pero que englobaba a los huéspedes en una idea de hogar, más notable a la hora de la cena, cuando las luces de la plaza Djemá el F'ná dibujaban un afuera de brillos y de estrellas que nos hacía sentir juntos, aun en mesas separadas. Lo comprobé solo hacia el final.

Yo almorzaba en el Essauira cuando casi todas las mesas estaban vacías porque la mayoría de los turistas elegía realizar todas las actividades propuestas desde la mañana, sin detenerse en el hotel hasta la hora de la cena, pero solo después de haber ido dos o tres veces a cenar a la plaza, lo que hacía que muchos, dotados de una erudición culinaria reciente, se permitieran hacerle comentarios sobre el menú a Bechir, el joven a cargo del servicio de las mesas que el primer día había anotado en mi mantel su número de habitación y de teléfono celular "porque puedo conseguirle lo que quiera, se lo aseguro". Soy impermeable al exotismo. Los hombres tomados del meñique no me despiertan ninguna curiosidad. Y el camellero que se ofrece apoyando la cara en la montura de su animal, bajando con lascivia sus ojos almendrados y pasándose la lengua por su boca sin diente, no me evoca delicias sensuales sino una posibilidad vulgar: la mujer mayor y el pelele exótico, el homosexual y el efebo de oferta disfrazado de hombre natural. ¿Qué puede hacer un árabe? ¿Qué producto tiene África que no esté catalogado por los mil sitios de internet? O un árabe tiene el sabor agreste de hacerlo sin malicia. "Porque puedo conseguirle lo que quiera, se lo aseguro". Ah, qué sueños había despertado esta frase, no precisamente eróticos: una botella de whisky, tener treinta y cinco años, las obras completas de Sarmiento, ser delgada, comprar una casa en el Delta del Paraná, que se mantuviera intacta al paso del tiempo. Me daba cuenta de que cada sueño no contradecía al otro. No almorzaba en el Essauira para diferenciarme sino porque no podía seguir el tren de los otros y, después de todo, había llegado a Marruecos ya cansada de recorrer Europa en lucha con los mandatos que exigían agotarlo todo, como si no fuera posible volver. Por lo general, al mediodía sólo había tres mesas ocupadas. En una se sentaba un sevillano joven pero de aspecto ajado de esos rubios a los que el sol enrojece y marca las arrugas, con edad como para ser todavía hippie. No tardó en pedirle kif a Bechir y Bechir no tardó en contármelo a mí, buscando un principio de contagio comercial –es un yonqui, dijo en español–. En la otra mesa había una mujer un poco mayor que yo con tres jóvenes, tal vez sus hijos. Luego supe que solo las mujeres lo eran y que el muchacho era el novio de una de ellas. La más joven era en realidad casi una niña, y todo movimiento de la mesa estaba pendiente de ella; incluso Bechir le acercaba los platos con una variedad de comentarios estimulantes cuando lo común, como yo lo había podido comprobar, eran los murmullos y las esquelas clandestinas. La muchacha, al parecer excitable, por los efectos de una conversación que se me escapaba, se ponía de pronto de pie con estrépito y aplaudía gritando "¡Bravo!" con una voz impostada de barítono. Al segundo día en que coincidimos a la hora del almuerzo y, al advertir que la miraba fijo, se entretuvo en

devolverme la mirada con el ceño fruncido y la boca entreabierta. Le sonreí. Entonces volvió la cara con brusquedad. Continué mirándola fijamente y como de vez en cuando se volvía hacia mí, yo desviaba con ostentación la mirada hacia la ventana. El juego continuó sin que ninguna se distrajera demasiado, a no ser por la comida, que era módica pero que afectaba prodigalidad al estar dividida en entrada, plato principal y postre, que podían repetirse luego de que Bechir se sintiera alentado a la cortesía cuando el contenido del plato desaparecía con demasiada rapidez. Un cierto comienzo de aburrimiento hizo que el gesto de volver la cabeza se volviera, por lo exagerado, casi paródico. Entonces la joven abrió la boca súbitamente y me mostró la comida que acababa de masticar, por lo visto, con meticulosidad. Por entre los dientes teñidos de azafrán asomaban unos jirones de pollo moteados de un verde que debía ser de perejil o de cilantro sobre una lengua burlona y misteriosamente limpia. Me indigné. Lo primero que hice fue mostrar que esta vez mi indiferencia sería definitiva. Pero luego sopesé una represalia. Estaba claro que no podía responder con la misma moneda, pero no me tentaba una respuesta de las denominadas adultas. Así que mastiqué un poco de arroz pilaf hasta darle la consistencia de una bolita y la puse en equilibrio en la punta de la lengua: era una respuesta bárbara pero de una barbarie estetizada. Mi madre hubiera dicho: “Miren cómo se entretiene en Marruecos y para qué ha pagado 300 euros”. Es de rigor que recuerde a mi madre cuando emprendo cosas por encima de mis posibilidades, como un viaje al extranjero, de nuestras posibilidades solía decir ella, aun en el período en que había dejado de mantenerme, refiriéndose a un plano más simbólico que empírico. Me refiero al costo del viaje en general, aunque, en ese momento preciso, me estaba comportando muy por debajo de mis posibilidades. ¿Lo estaba haciendo por condescendencia con alguien a quien le había adjudicado una posición infantil luego de una rápida mirada? ¿Ejercía la demagogia para dar pruebas de mi desprejuicio en el trato para con los diferentes? ¿O aprovechaba la oportunidad para, en una ciudad de promesas siempre anunciadas en proporción a su peligro, es decir cuando más me sentía obligada a asumir las responsabilidades de la adultez, infantilizarme yo misma? Bechir debió de haber visto mi gesto y como cualquier hombre occidental interpretó que la soledad me era penosa y, en lugar de reforzar sus ofertas –era discreto en el negocio de lo que fuera o tenía otras preferencias aun en el negocio–, empezó a musitar transacciones de una mesa a la otra. Era evidente que, más allá de las prerrogativas de su sexo, la soledad del sevillano tenía para Bechir plena justificación en el comercio y esta era suficiente para que no se lo molestara. Fue así como, luego de rebelarme débilmente, terminé sentada a la mesa de esa familia de

origen madrileño que había tomado el mismo paquete aéreo que yo pero desde la propia ciudad. Matilde se había jubilado como maestra, Carmen trabajaba de cosmetóloga pero estudiaba computación; Ramonet, su novio, había sido su profesor durante un breve seminario en Barcelona. Ana estudiaba en el CEPRI, una sigla que no significaba nada para mí, pero sobre la que no se me ocurrió preguntar: seguramente evitaba el tremendismo de la denominación de escuela para personas con alteraciones severas del desarrollo. Ana había sido educada según las premisas pedagógicas recientes que tienden a mejorar las capacidades ya existentes o preservadas en lugar de tratar los déficit, que era la manera con que Carmen, fuera de la presencia de Matilde y de la misma Ana, había nombrado lo que yo no me habría animado a nombrar más que como estilo. Porque la incapacidad social de Ana era la capacidad de hacer lo que le venía en gana, sin atender a ninguna reconvención y con premura. Pero eso lo supe después, nunca por Matilde, que se ajustaba estrictamente a la norma de permitir que los ajenos al núcleo familiar se las arreglaran para hacer contacto con su hija de acuerdo con sus prejuicios, siempre que estos no propiciaran hostilidad o menosprecio, de ninguna manera mediante una información orientadora. Ni bien me senté a la mesa, y a modo de iniciación, Matilde sacó un pequeño álbum de fotos y me lo pasó. Ana comenzó a mirarlo por sobre mi hombro, pero parecía no ver; sabía que se trataba de fotos de ella que los demás estaban mirando y aceptaba los comentarios como ofrendas. Ana frente a la Muralla China con una larga túnica color fucsia y cartera de Kitty en bandolera, de espaldas a la historia, sonrisa feliz. Ana en camello sonriendo forzadamente con la cara cubierta de lágrimas. Ana apoyándose en un pecho de su hermana mientras esta le ataba el cordón de las zapatillas en un puente colgante. Ana bailando con un negro enorme al que le miraba fijamente la boca.

–Ha cumplido ya veintinueve años –dijo Matilde, no como para señalar el déficit, me pareció, sino por orgullo de esa vida que se abría paso entre las dificultades para continuar adelante.

Ana tenía un gran interés por los atributos sexuales; lo que ocultaban las braguetas y el contenido de los corpiños que se transparentaban bajo suéteres y camisas. Solía desvestirse con una velocidad y eficacia que parecían fruto de un acuerdo entre los imperativos pacientes de la educación especial y la impaciencia personal. Pero casi siempre comenzaba a hacerlo en público; se lo impedían con dulzura. Su madre o su hermana. Usaba ropa cómoda. El pantalón elástico le permitía, las manos aferradas al cinturón,

bajarlo hasta las rodillas. Desde allí la ley de gravedad y un metódico pataleo la encontraban, al final, triunfante sobre la prenda abollada. Con los suéteres el sistema era más caótico. Escondía la cabeza en el interior y, desde allí, iniciaba una estrategia de resistencia que a veces adoptaba la forma de los movimientos del boxeo, otras, de la natación. Para las camisas se dirigía a la madre. Se le paraba delante sin una palabra y ella le iba desprendiendo los botones lentamente mientras le decía algo adulador acerca de lo bonita que había estado con esa camisa y que por eso había que cuidarla.

Era como una princesa loca, necesitaba cumplidos y zalamerías y, de haber podido, habría organizado certámenes de elegías y madrigales en su honor ya que le gustaban la rima y la entonación declamatoria, seguramente otra secuela que las estrategias de civilización le habían dejado. Cuando devolví el álbum de fotos, Ana señaló a su futuro cuñado y emitió un sonido escatológico que imitaba al de la diarrea. Ramonet se sonrojó levemente. Matilde y Carmen simularon avergonzarse de su propia risotada y Matilde hasta fingió tapar la boca de Ana, pero con un gesto tan suave que más bien parecía una caricia. La diferencia de Ana había sido recreada en la mitología familiar como extravagancia. Yo fingí no entender y me dispuse a terminar el plato que Bechir había trasladado desde mi mesa a la de los Adúriz –Matilde era viuda de un vasco que trabajaba en una compañía de seguros–. Pero el mismo Ramonet me dijo sin traza de pudor:

–Es que he estado muy descompuesto, he comido en la plaza y ese aceite con que fríen… quién sabe. –Y en los puntos suspensivos yo creí leer la búsqueda de no sé qué complicidad en contra de la transgresión a las reglas bromatológicas aunque, como pude comprobar muy pronto, Ramonet comía varias raciones de cada plato, aderezadas con todos los condimentos disponibles y acompañadas por abundante cerveza y con una velocidad capaz de poner a prueba la fortaleza de cualquier estómago.

Solía prepararme té en el calentador que me había prestado el señor Plaza. Mientras hacía hervir el agua en el jarro enlozado, colocaba en el colador té verde de Formosa y dos cucharadas de azúcar. Trataba de que fuera un té fuerte, pero me resultaba repugnante a pesar de la expresión alentadora de que el té era el whisky de Marruecos. El día en que nos sentamos juntos en el restaurante del hotel, Ramonet y Carmen vinieron a tomarlo a mi habitación mientras Matilde intentaba que Ana durmiera la siesta.

Querían consultar mi guía, donde yo recordaba se mencionaba un remedio para la diarrea, fácilmente conseguible en la farmacia. Por suerte Bechir tenía en su locker raciones de inodio que debían valer más que en la farmacia pero que ahorraban los equívocos idiomáticos y el taxi. Me confesaron que Matilde no los dejaba dormir juntos y que les había hecho firmar un acuerdo por el que, a su muerte, Ana quedaría a cargo de ellos. En un tono más distendido, que me habían visto subir al camello en la plaza y les había hecho gracia que gritara al bajar mientras que la mayoría gritaba cuando el camello se incorporaba bruscamente. Me sonrojé. Les dije que al ver al animal sentado sobre sus patas me había parecido fácil montarlo, siempre que no fuera yo quien sostuviera las riendas, que seguramente para montar un caballo habría sido preciso colocarme un arnés e izarme sobre la montura desde un vehículo. Volvieron a reírse.

Ana era incapaz de ponerse en pose provocadora: no le hacía ninguna seña al hombre, objeto que le interesaba por sobre la mujer, aunque sin una preferencia muy notable. Su propio deseo la absorbía totalmente: era Ana, su voluntad, la que se imponía cuando observaba con una atención de entomólogo el bulto en la bragueta de su cuñado. La reciprocidad era algo que ignoraba como objetivo, por eso no fracasaba nunca. Solo conocía la frustración por interferencia de un elemento exterior, por otra parte dulcemente persuasivo, la mano de la madre que tomaba la suya y la quitaba de la bragueta de Ramonet, la frase que la distraía de mirar fijamente al mozo, el sobresalto y la retracción súbita cuando dejaba caer pesadamente la cabeza sobre mi hombro, como la vez que ese gesto me dio entrada en el círculo familiar alrededor de la mesa en Essauira.

Matilde tenía una divisa: dulzura e imperturbabilidad. Pero su sangre fría se detenía ante la repetición de un gesto de Ana: el de llevarse súbitamente la mano a la entrepierna. Si su ánimo estaba calmo, era una especie de toquecito, una constatación de propiedad, como si aquello que apretaba entre los muslos pudiera desaparecer. Ana era semejante al que cuenta billetes o pesa oro. Pero cuando comenzaba a impacientarse se metía y sacaba la mano de la entrepierna con ansiedad. No parecía consciente de hacerlo, pero sí debía serlo vagamente de la irritación contenida que despertaba. Porque, entonces, el tono monocorde con que su madre pretendía mantener una atmósfera de normalidad se desquiciaba y dejaba escapar algunos agudos. Y era precisamente con la palabra normalidad con la que Matilde solía reprender a Ana. “¿Es normal bajar la escalera corriendo? ¿Es normal la bikini con este vendaval?”. La

diferencia de Ana se nombraba indirectamente de ese modo. O bien con un “Para eso sí que eres buena”. Por ejemplo, cuando comía en un santiamén las papas fritas y empujaba el entrecot al borde del plato. O era la primera en correr hacia el micro a la hora de irse. O cantaba a los gritos un tema de Mecano. “¿Es eso normal?” contenía la afirmación Ana no es normal y “Para eso sí que eres buena” contenía por omisión todo aquello para lo que Ana no era buena. Pero ninguna de esas dos formaciones reactivas familiares se utilizaba si Ana se tocaba la entrepierna.

Cuando el gesto se repetía hasta aumentar su frecuencia, Matilde le daba una pastilla derretida en una cucharada de agua con azúcar que ella tragaba mecánicamente. De ese modo, imagino, detendría los paroxismos nocturnos o, si Ana intentaba concentrarse en la oscuridad en lo que seguramente conocía del placer, le interferiría la llegada al clímax, trocándola por la merma paulatina de la excitación.

La tolerancia de Matilde consistía en armar un iglú de seguridad contra la mirada de los otros pero tenía un límite: que esa hija que tenía gozara ruidosamente. Yo no juzgaba a Matilde y disfrutaba como uno más de la familia cuando Ana tenía por fin las manos quietas y fláccidas, un poco curvas hacia adentro como las de los gatos cuando no quieren comer el alimento directamente del plato y lo sacan poniendo las patas en forma de cucharita.

La costumbre de que los Adúriz y yo nos ubicáramos juntos en el ómnibus de la compañía de turismo no fue producto de ninguna acción premeditada. Subiéramos en el orden en que subiéramos, el primero en acomodarse guardaba sitio para los demás y yo misma insensiblemente pasé a formar parte de un cuerpo común familiar que me dio mayor decisión para enfrentarme a la muchedumbre que avanzaba hacia la plaza en corrientes más a menos desordenadas pero con un itinerario que no dejaba afuera ninguno de los principales puestos. Una tarde Matilde quiso comprar aceite de argón en el tenderete de una farmacia bereber donde los farmacéuticos, vestidos de blanco y colocados detrás de una especie de púlpito, enumeraban precios y virtudes de los productos. Los chistes sobre sexo parecen tener una raíz común que atraviesa las lenguas y las culturas, y sus temas recurrentes –la impotencia, los cuernos, el ardor sexual de las mujeres– despiertan la risa con tanta facilidad en la plaza de Marrakech como en el porteño teatro de revistas. El viagra marroquí, que en los puestos no especializados de la plaza tenía el aspecto de un fardito de hierba bañado en saliva, en el de los farmacéuticos

bereberes era un polvillo disecado y envuelto en envases de nailon sellados con cablecitos de plástico retorcido. Era una pena que Ana no entendiera el sentido de las alusiones del vendedor, que iban acompañadas por gestos universales, incluido el dedo índice de una mano entrando y saliendo del círculo trazado por el índice y el anular de la otra, movimientos de cejas y una rápida pasada de la lengua por los labios, luego de que a las señoras se nos hubiera sugerido apartarnos un poco con la esperanza de que no lo hiciéramos, como efectivamente no lo hicimos, para asistir a una supuesta intimidad ingenuamente escatológica donde a las tradiciones del chiste verde se sumaban detalles del tracto urinario masculino.

Sé que la timidez predispone a ser señalado por la fatalidad. El joven ayudante fue pasando una barrita color rosa por el dorso de la mano de cada una de las integrantes de la troupe. El color cambiaba de acuerdo con el de la piel y el ayudante iba haciendo interpretaciones: esta mujer necesita una sorpresa nocturna, esta está un poco desganada pero es porque su marido tiene mucho trabajo, esta es muy joven todavía –se había detenido en Ana–, esta me hace sonrojar –a Matilde– y esta anda muy contenta con lo que tiene –a Carmen–. Alargué mi mano, ya con la idea de que me tocaría la salida más graciosa aunque más no fuera porque el pequeño suspenso de cada diagnóstico exigía ya el remate de un final. El ayudante fingió que lo que tenía que decir era muy grave. Luego estalló: ¡esta mujer es terriblemente ardiente! En la risa contenida del grupo leí mi edad, no la suficiente como para que se hicieran comentarios de fingida incredulidad ni para que la carcajada se soltara con grosería, como hubiera sucedido de haber sido yo una anciana, pero tampoco era la risa franca que se le hubiera dedicado a una chica. Marrakech me confirmaba en mis rumias melancólicas: estaba demasiado mayor para aventuras. Cuando nos alejamos del puesto, Ana corrió hasta el de las cobras. Decidí levantar el ánimo con un acto de coraje. El aspecto de la cobra estrella anticipaba cómo luego fue su piel al tacto: un roce correoso e irregular. Estaba dotada de una gran fuerza estrangulatoria pero ejercida con debilidad; tenía cara de viejita y la temible lengua oculta. Seguramente le habían extraído el veneno. Yo estaba lo que se dice jugada, con tal de no ser la que huía pegando gritos, la que era vencida por la tenacidad inocente de las septuagenarias norteamericanas que se probaban la víbora entre risotadas, frente a la complicidad de las amigas que ya habían hecho su número y aplaudían y gritaban. Jugada como en Cancún cuando me dejé remontar en un paracaídas por un carromato, sobre los acantilados, como cuando me dejé abrazar por un león inglés en un zoológico privado…

Ana había levantado la pollera de su madre y se la había colocado sobre la nariz como un velo para tenerla pronta en caso de que tuviera que taparse los ojos cuando la cobra me picara. Tomé al animal y se lo acerqué para que lo viera bien. Entonces se escondió bajo la pollera y comenzó a tironear de la madre, se veía la forma de su cabeza bajo la tela; los chillidos y resoplidos le iban dibujando el agujero de la boca en la trama que mordió sin saber que imitaba la cabeza de la cobra, pero no la de la plaza sino la de las imágenes de los libros de ilustraciones donde era nítida, redondeada, de apariencia lustrosa y estampados nítidos (Matilde tenía una pollera a lunares). Ramonet, que había buscado en la Enciclopedia británica, dijo que mi cobra no era del lugar, que debía habérsela buscado más lejos, quizás en la Argentina.

La música hipnótica en sus cruces de flautas y laúdes, el humo de las pipas de kif que aunque débil se imponía en el aire libre entre el de las frituras, el llamado de los almuecines desde las ventanas de la mezquita –el poco familiar La ilaha, illa Allah wa Muham rasull Allah que no puedo reproducir sin copiar– provocaban un "coloque" natural que me llevó a seguir mi espectáculo levantando a upa a un mono que me tomó delicadamente del cuello con sus manos pegajosas. Estos animales apolillados me profetizaban una rigidez de pergamino o, por contraste, me hacían sentirme joven. El pelo del mono era como la lana de un carnero y en esa evocación me sorprendí irremediablemente autóctona y hasta con cierto espíritu de denuncia. Esos pellejos cubiertos de mataduras, esos grilletes y correas con pinches, daban cuenta del animal esclavo y convertían al caballo de calesita con los ojos vendados de mi infancia y que caminaba en círculo con horario corrido, ganándose así su fardo de alfalfa, en un obrero sindicalizado.

El mateo entró a la medina sin disminuir la velocidad. Desde la carcasa, por delante de la cabeza del caballo, era como si fuéramos atropellando a los transeúntes que se interponían constantemente para cruzar la estrecha calle pero, en cada caso, alcanzábamos a ver cómo llegaban del otro lado y se perdían en una multitud que se desplazaba a los lados, de ida y vuelta, en corrientes rápidas y abigarradas, arrastrando bultos de los que se acumulaban en los pequeños comercios que no se expandían sobre la acera, como en la plaza, quizás no tanto por falta de espacio sino porque eran de tiendas para el abastecimiento interno. Nadie nos miraba, y había en esa indiferencia algo estudiado. Era preciso ser muy rápido si se quería retener algunas escenas, tener suerte en la errancia de la mirada, a

ambos lados de la calle, para recoger la imagen de un vendedor que colgaba de su puerta varias perchas con chilabas oscuras y de tramas rústicas como vestimentas talares y de manera que pudieran verse a medias, aun superpuestas, para dar cuenta del módico stock. Una mujer velada amasaba pan sobre una mesa, un grupo de muchachas palpaba las verduras de un puesto, un viejo dormitaba bajo la varilla de la que pendían relojes pulsera de mallas diversas, algunas con guardas de flores de lis.

Ana solo estaba atenta al movimiento del mateo, había que retenerla para que no se pusiera de pie para vigilar al caballo o bien sostenerla cuando lo lograba, totalmente ajena a los movimientos en la calle.

De pronto advertí que un muchacho en bicicleta se había colocado al costado del mateo y andaba en piñón fijo compartiendo con nosotros el usufructo del esfuerzo del caballo al que el cochero molía a latigazos aunque mantuviera un ritmo parejo aun con una multitud por delante. Por los ademanes, el cochero y el muchacho parecían estar discutiendo. El cochero le dio una moneda. Alrededor del mateo se habían ido juntando niños pequeños, vestidos solamente con un pantalón corto y sandalias. El cochero y el muchacho levantaban la voz, el muchacho con la mano extendida y agitada con violencia bajo la barbilla del otro, que miraba con obstinación hacia delante y seguía agarrándoselas con el caballo y redoblando los rebencazos como si, al conseguir acelerar el mateo, pudiera sacarse de encima al muchacho. Y la oportunidad era la esquina de la calle que salía de la medina hacia el bulevar. Ahí el cochero obligó al caballo a doblar bruscamente y el látigo casi rozó la cara del muchacho que, con astucia, estiró el brazo para alejarse, aunque sin soltarse del mateo cuyas ruedas amenazaban con embestir la bicicleta y hacerla caer. Al parecer, el muchacho había ganado una especie de prueba porque el cochero le dio otra moneda. Antes de que lo dejáramos atrás, vi que el muchacho le daba la segunda moneda a uno de los niños, el que había corrido más rápido que los otros.

Varias generaciones de vendedores para quienes la evolución económica no ha sustituido la estera a ras de tierra sino que la ha yuxtapuesto al tenderete y al local con vidrieras, han naturalizado el andar en cuclillas. En la plaza Djemá el F'ná era posible ver a ancianos caminar con las nalgas pegadas a los talones. He visto a uno atravesar el zoco de los tintoreros con el pecho apoyado en las rodillas y dando pasos firmes mientras barría la bosta de la acera con una diminuta

escoba. En la medina, en cada esquina había un grupo en cuclillas con los brazos curiosamente relajados y de manera que la palma de la mano derecha permaneciera hacia arriba para pedir ahorrando mayores movimientos.

Djemá el F'ná parece entregar sus secretos, pero solo ofrece con un exceso de visibilidad exactamente lo que el turista cree de Oriente: danza de siete velos, acróbatas, tragafuegos y boas amaestradas, al mismo tiempo que lo reduce a un conjunto de clichés, si no a un único personaje de acuerdo con el lugar de origen. Cuando le dije que hablaba español, el ascensorista del Essauira había exclamado con un castellano radiofónico: "Don Quijote de la Mancha".

A Ana le gustaba la textura de tramas como la de los azulejos del hammam, de minuciosos relieves, y que ella, arrastrándose sentada por el borde de la pared, iba limpiando de vapor. Hizo su tarea tan concienzudamente que llegó a pedirle a dos jóvenes marroquíes que se corrieran de su lugar, para lo cual intentó tirarles de los toallones que las cubrían. Las muchachas obedecieron con un gesto de condescendencia, de esos que Ana no advertía cuando estaba ocupada en una tarea que pensaba cumplir hasta sus últimas consecuencias. El ambiente del hammam era distendido y sencillo. En la decoración, carecía de influencia occidental, a excepción de los almohadones de plástico rayado. Era también piadoso para las bañistas de mediana edad: el vapor hacía menos visibles las imperfecciones de los cuerpos, difuminaba la celulitis y atenuaba las arrugas. Por otra parte, el hacinamiento y la variedad de los tipos físicos apenas permitían fijar la mirada en los grupos, que se apretujaban con toda clase de implementos de belleza a su alrededor –cepillos y secadores de pelo, potes de kohl, ungüentos para masajes, pincitas y ruleros– y en agradable molicie. No había ningún rasgo de exhibición en ese estar ahí, dejando que los poros de la piel se dilataran para eliminar sus toxinas. El espacio era muy diferente del de las piscinas públicas occidentales donde las posturas mantenían, aun relajadas, no sé qué de trabada prestancia ante la mirada de los demás. Algunas mujeres tenían la cabeza cubierta por una especie de lodo, otras se propinaban entre sí rudas restregadas que luego eran seguidas por suaves movimientos de masaje y de lubricación con sustancias aromáticas. Yo llevaba una prenda no del todo adecuada, algo que oscilaba entre el vestido corto y la túnica. Y aunque ya no formaba parte de las jóvenes y estilizadas que rara vez estaban en banda sino que formaban parte de los grupos familiares, tampoco era la última en el lugar y me sentía cómoda en esa atmósfera de cuidados mutuos y ensimismamientos

narcisistas que consistían en revisarse una por una las uñas de los pies, desenredarse lentamente el cabello o tomar té con un rollo de toalla alrededor del cuerpo. Miré a Ana que llevaba una malla enteriza negra, tal vez su prenda más discreta. Tenía la chuequera común de los obesos: muslos juntos y, de las rodillas para abajo, una separación en forma de v invertida. Era encogida de hombros y de pechos fofos, pero al parecer no debido a un envejecimiento prematuro sino a su postura, un poco encorvada. Yo la había visto desvestirse dos veces: primero, en un frustrado intento de meterse en el mar durante la excursión a Essauira; luego, a la entrada del hammam, donde, sin que Matilde tuviera tiempo de impedirlo, había llegado a quitarse la bombacha. Ignoro qué medidas exige la cultura árabe a las mujeres como Ana y si el islam contempla el caso. Pero, al menos en el Saida, la reacción fue semejante a la de cualquier sauna occidental. Una empleada le habló a Matilde con dulzura y en voz baja y Ana fue doblegada bajo una salida de baño. Le mostré cómo podía llevar cosas en la capucha como la carterita de Kitty y el cepillo de pelo, pero no fue una buena idea, ya que la capucha solo podía funcionar como bolsa si pertenecía a una prenda que estuviera bien ajustada. La cartera y el cepillo rodaron por el piso y algunas bañistas miraron con apática reconvención.

Cuando Ana dejó de quitar el vapor de la pared, descubrió que el lugar por donde había empezado estaba nuevamente empañado y reinició su tarea. Aproveché para escabullirme y entrar en uno de los compartimentos individuales donde había una enorme bañera con agua caliente, pero como la temperatura del agua me resultó insoportable, salí y me senté en el suelo. Al poco rato escuché venir por el pasillo unos pasos inconfundibles acompañados por risitas ahogadas. No tuve tiempo de reaccionar. Ana entró de sopetón y fijó la mirada en la cicatriz que tengo desde el ombligo hasta el pubis ralo. Las pecas de mi mano izquierda no le merecían atención porque no tenían ninguna connotación sexual, mi barriga le resultaba un almohadón cómodo, un punto débil para una topada de toro, cuando la ponía celosa, por ejemplo si hablaba demasiado con su hermana. Pero aquello, ¡aquello!

Se quedó muda; se descontaba que no era por pudor y que la educación especial no había generado conductas de adaptación para el caso –eso era, tal vez, un límite del posfranquismo–. ¿Cómo enseñar la conducta social ante el cuerpo del otro, sus accidentes? ¿Que el silencio era de obligación, aunque las comprobaciones despertaran preguntas, por ingenuas que fueran? Se mordía el labio y se levantaba el flequillo con la mano, como si eso favoreciera una visión panorámica. Bueno, tampoco era una cicatriz tan impresionante

puesto que había sido sometida a una operación de estética y siempre había sido lampiña. Pero para Ana todo eso era una fuente de atención puesto que tenía una connotación sexual. ¿Acaso de la panza no venían los niños? ¿Me había quedado calva como un hombre? Empecé a calcular la revelación a gritos en medio del hammam, donde, al ignorar el español, los únicos no informados serían los marroquíes, que se habrían perdido, de ese modo, la oportunidad de reír, aunque el islam prohíba hasta lo que no se puede evitar. Sentí, con la cara ardiente y las manos en una posición engañosamente parecida a la de Ana cuando rememoraba el placer, un horror sin límites. Mientras la cara se me iba enfriando y me tapaba con el toallón, iba reconociendo un progresivo sopor. Y era debido a la alta temperatura del agua de la bañera, claro, pero el hecho de que primara sobre el horror anunciaba un inequívoco alivio. Yo era como uno de esos calvos a los que se les vuela la peluca y, pasado el intento de recomponerla, luego del instante de humillación, sienten una enorme libertad ganada y hasta llegan a creerse la voz femenina que dice por compromiso “Pero no entiendo por qué la usabas si sos mucho más interesante así”; o aquella otra con menos contemplaciones “¿A qué tanto escándalo, si todo el mundo sabía que usabas bisoñé?”. Ana miraba aquello y casi podía ver una línea de puntos surgir de sus ojos, quedar suspendida en medio del baño y detenerse allí. Yo ignoraba qué idea se había formado en su mente, qué clase de comparación estaba estableciendo, las conclusiones que tanteaba, la frase que planeaba. Con Ana la única defensa posible era contar con su escasa capacidad de concentración, quiero decir su enorme capacidad de concentración pero su incapacidad para sostenerla durante un tiempo. Ana no olvidaba, quizás no tuviera capacidad de introspección meditativa, pero si se presentaba un estímulo, si se la inducía a recordar, podía hacerlo, entonces el recuerdo no se diferenciaba de su relato a viva voz. Con los consabidos bravos y vivas, como si el recuerdo tuviera la forma de la alucinación. Pero no habló. Después de todo, sí era capaz de desarrollar estrategias, me miraba con picardía y llegó a llamar la atención con su silencio concentrado. Deduje que nunca había visto el cuerpo de su madre. Pero ya no se llevaba la mano a la entrepierna, como si el lugar hubiera sido contaminado por inquietantes asociaciones.

Matilde decía que una maestra con décadas de experiencia –omitía mencionar las que le debía al trato con Ana– era imbatible en el arte de convencer. ¿Podía probar sus teorías acerca del regateo? Sabía que para que su plan tuviera alguna chance debía estar libre de interrupciones, así que dejó a Ana comiendo un helado en el café

Francés, en una mesa desde donde se podía apreciar la vista de la plaza, y me pidió que la acompañara al zoco de los vestidos. No me permitió detenerme y recorrer las tiendas por orden de aparición: ya tenía algo visto y contaba con la simpatía de un vendedor que –decía– le había dado los precios sin presionarla.

Llegamos a una tienda flanqueada por dos percheros, uno con chilabas de seda, otro de albornoces tejidos. Anmed no era el vendedor sobre el que pretendían advertir las guías turísticas ni el de los libros de viajeros que se precipita con zalamerías hasta obtener una visita a la trastienda. Sentado, con las piernas cruzadas, permaneció en silencio mientras Matilde acariciaba la fila de chilabas revisando largamente los talles. Por último se acercó a Anmed y le estiró la mano. Anmed pareció desconcertado: extender la mano y presentarse suele ser el primer acto con que el vendedor compromete al comprador en potencia y no al revés. “Yo me llamo Matilde”, dijo Matilde, “¿y usted?”. Anmed respondió: “Q’importe ça? Je suis un marchand”. Pero Anmed debía ser extraño aun para su propia tribu, porque un muchacho que lo acompañaba y que estaba apostado en la puerta del local dijo: “No le haga caso, madame. Anmed está de mal humor porque no ha vendido nada desde la mañana. Y hoy tiene que viajar a Rabat”. Creyéndome inteligente imaginé la complicidad para armar una escena destinada a forzar una compra. “¿Cómo se llama esto, Anmed?”, dijo Matilde sacando del perchero una chilaba, un gesto que según las guías, que recomendaban no mirar el objeto de interés y jamás detenerse frente a él, era de gran temeridad y volvía inexorable la compra. Anmed balbuceó. “¿Y esto?”, Matilde miraba a Anmed con estudiada admiración como a quien se atribuye un saber superior. Pero Anmed no miraba esa mirada. “¿Pensabas llevar otro, tú también, verdad?”, me preguntó Matilde. Fui lenta para cazar la estrategia y estuve a punto de negar furiosamente con la cabeza pero ella me guiñó un ojo y yo dije en forma pusilánime: sí. Y simulé buscar una chilaba cuando lo único que hice fue desordenarlas un poco. La heterogeneidad de los objetos de la tienda a los que a duras penas podía bautizar y entre los que no era capaz de reconocer variaciones me provocaba un cierto desencanto. Veía babuchas de cuero descarnado con y sin costura, otras profusamente bordadas. Durante cualquiera de mis viajes, la proliferación no despertaba en mí un espíritu de apropiación, aunque más no fuera por el nombre –de haberlo sabido lo hubiera olvidado inmediatamente–, y mantenía un vago desprecio por aquellos que, sin haber viajado, adquirían familiaridad con palabras como tahine o wasabi en los programas culinarios de la televisión. En el fondo, por más que argumentara lo contrario, era como si hubiera en mí un desencanto profundo por la

inaccesibilidad de una verdad esencial acerca de África que, al parecer, situaba en alguna parte. Pero Matilde, más modesta, quería un inventario sintético de una tienda árabe y, luego de escuchar cada palabra desganada de Anmed, la repetía y, cuando cesó de preguntar, las dijo todas juntas, tocando el objeto correspondiente, mientras le preguntaba a Anmed si estaba en lo correcto. Él se limitaba a bajar la cabeza, dignándose en algún momento a ponerse de pie para acomodar las chilabas que yo había revuelto.

Matilde me mostró un albornoz azul y amarillo que, seguramente, para ella no tenía ninguna connotación futbolística.

–¿Cuánto? –preguntó moviendo la prenda y alejándosela para mirar desde lejos un supuesto efecto–. No sé, no sé. Abrigado es, pero no me parece muy absorbente. ¿Y si le da agobio? Hay que ver cómo es cuando se pone… A la carita le irá bien pero ya me veo que lo arrastra por el piso en el baño. No sé, no sé, francamente no sé. ¿Cuánto?

Bajó la voz hasta pretender que había hablado sin querer, como para sí, para presionar a Anmed a hacer una rebaja.

–Seize euros, señora –dijo Anmed.

–Si llevo dos, ¿cuánto sería?

Anmed sacó con desgano una calculadora del bolsillo de su albornoz. Estaba dispuesto a hacer un tres por ciento de rebaja. Matilde dejó el albornoz sobre el perchero y tomó otro. Era negro y naranja.

–Da el pego, ¿no? Es que el negro para una chica… ¿Cómo te irá a ti?

Fingí que no había oído. Luego retrocedí hacia la vereda con la intención de buscar mi número entre las babuchas bordadas.

–¿Entonces seis?

–Seize euros.

–¿Y por qué dijo seis? Yo escuché seis, ¿tú no?

Me quedé quieta.

–Seize euros –deletreó el muchacho de la puerta–. Il parle français,

madame.

–¿Y por qué dijo seis? –preguntó Matilde fingiendo confusión.

–Je ne parle pas l'espagnol –dijo Anmed.

–¿Ah, no? ¿Entonces por qué dijo señora?

–Porque señora es lo único que sabe decir en español –dijo el acompañante de Anmed.

Pero Matilde no tenía límite.

–Pongamos ocho, entonces.

–Señora, si je vous le donne par ce prix, je ne gagne rien –dijo Anmed.

–Pero si yo la he visto a cinco euros –dijo Matilde temerariamente.

La respuesta estaba tan servida, era tan universal, que casi no tuve necesidad de escucharla.

–Entonces vaya a comprarla donde la vio.

Matilde tomó el albornoz, lo dobló lentamente y lo colocó sobre el perchero, como si estuviera segura de que terminaría por pertenecerle, por lo que no hacía falta volverlo a su sitio. Comencé a alejarme de la puerta de la tienda. Pero el acompañante de Anmed me atrapó la mano.

–¿De dónde?

–Argentina.

–Batistuta –dijo, y me soltó.

Matilde caminaba tan lentamente que si alguien la hubiera visto de lejos habría apostado a que se encontraba parada todavía enfrente de la tienda. Esperaba que Anmed la corriera e hiciera una nueva oferta.

–Creo que te pasaste. Te pueden bajar el precio hasta la mitad pero no más. Y menos tan bruscamente. –Ella se llevó la mano a la boca haciéndome la señal de que me callara y tomándome del brazo para retrasar mi marcha. Pero Anmed no se movió. En la tienda de al lado, Matilde consiguió la rebaja de dos euros en un albornoz idéntico al anterior y que también valía 16 euros. Terminó por comprar dos, uno

para Ana y otro para Carmen. Me sentí aliviada cuando emprendimos la marcha hacia el centro de la plaza. Tenía la impresión de que habíamos transgredido el tiempo acordado para que los turistas nos reuniéramos antes de volver al hotel. Entre la multitud que rodeaba los puestos de comida, vimos venir a Ramonet.

–¿Qué os pasó? Ana está apenadísima. Muna amenaza con irse sin nosotros.

Corrimos. Todo el mundo había subido al ómnibus.

–Esto es una falta de respeto. Hay que pensar en los demás. Uno no puede hacer lo que quiere cuando hay un horario que cumplir. Y la pobre Muna todavía tiene que ir a cambiarse pues tiene que estar en el raid antes de la cena –comenzó a quejarse en voz alta una mujer mayor que viajaba con su marido.

–Dios mío, qué vergüenza, les pido perdón. No nos dimos cuenta, ¿verdad, María?

Asentí sin convicción. Pero la otra continuaba mientras salíamos de la plaza y tomábamos la avenida hacia el hotel.

–Nos hemos perdido los malabaristas. Hay que ver que hasta en esto no se ha pensado en los demás. Es como si hubiéramos perdido dinero. Porque nosotros sí pensamos en los demás y la pobre Muna…

–No sé cómo pedirle perdón. Pídeselo tú, María.

Me callé pero puse cara de contrición. Desde el fondo del ómnibus, donde me había metido, con la vana ilusión de evitar la discusión, escuchaba el llanto monocorde de Ana. El yonqui dijo con su habitual aire conciliador:

–A ver, señora, que esto pasa en todas las excursiones, por eso no hay horario fijo. Los malabaristas vienen todos los días.

–Pero nosotros nos vamos mañana –dijo la mujer, buscando la aprobación de su marido, pero este insistía en mirar por la ventana un paisaje donde ya no había ni siquiera luna para iluminar algo interesante.

–No hay que hacerse problema –seguía el yonqui–. Usted es una mujer que se hace problemas. Y eso también es un incordio en las excursiones. Mire cómo me lo tomo yo, cómo se lo están tomando los demás, ¿alguien quiere seguir protestando?

–Si uno tiene paciencia con los problemas de los demás, los demás deben tenerlos con los de uno. ¿O usted no tiene fe? –La mujer había pasado por alto al yonqui y se dirigía a Matilde.

Me puse tensa. ¿Qué podía significar problemas de los demás sino Ana como problema?, pensé paranoicamente, y quizás estuviera totalmente equivocada.

–Y ahora viene una de curas. –El yonqui hizo un gesto con la mano como de que no volvería a hablar.

–¿Qué ha pasado? –le pregunté a Ramonet, que seguramente estaba en uno de esos momentos de maldecirse por haber decidido pasar las vacaciones con la suegra.

–Ana se ha largado a llorar y todos se han puesto muy nerviosos. Carmen tuvo que darle una pastilla.

–Eso es comportarse en compañía. No dar problemas –seguía la mujer.

–Señora, ya le hemos pedido disculpas de todas las maneras posibles y solo falta que nos cortemos el cuero en lonjas. Usted nos ha dado una lección de solidaridad y la hemos aprendido. Nos sentimos solidarios con su marido. –Me había agarrado la peor veta de patotera de bar. Se escucharon dos o tres risas, pero debo confesar que no lo dije en voz tan alta como para que oyera la involucrada. Solo hice reír a Ramonet y al yonqui. Pero la mujer comenzó a pelearse con otra persona, a la que yo no podía ver desde atrás, ya en voz más baja, tal vez con el marido, que, imaginé, se había sonreído.

El paseo estaba arruinado, o al menos había concluido sin esos saludos sentimentales que prometían un encuentro al día siguiente. Al entrar al hotel me topé con Matilde y con Ana.

–Buena la has hecho para arreglarla –me dijo Matilde, injustamente, porque ella era la única de las dos que llevaba reloj. Ana se volvió con furia, tomó envión y, con la mano abierta, me golpeó con fuerza en el pecho, haciéndome trastabillar. Algo me había arañado el esternón, quizás un anillo.

–¡Ana! –dijo Matilde, con tono de reproche que no ocultaba una vaga admiración. Me dolía, era como si me hubieran dado con un mazo. Entonces me apresuré, tomé con fuerza a Ana del brazo y la obligué a mirarme. Hasta le torcí la cara con las dos manos. En la mirada de Matilde vi el amago de una objeción.

–Ana, yo no tuve la culpa de que tu mamá llegara tarde. Estaba eligiendo un albornoz bien bonito para que llevaras a la playa. –Ana subió corriendo las escaleras. Matilde la seguía.

"¿Es eso normal?", alcancé a oír.

Lo de Alí era una tienda del tamaño de la de un circo, tal vez un poco más baja, como la que se utiliza para los remates de tierras, amueblada con mesas y sillas Luis XV cuyas patas puntiagudas se hundían en la arena. Los manteles estaban adornados con guardas bereber del tipo Sahara y sujetos con tachuelas. Somnolientos, luego de la excursión al valle de Ourika de la que habíamos llegado apenas con el tiempo justo para tomar una ducha, nos acomodamos según la proximidad que solíamos adoptar en los restaurantes del hotel, así que Matilde, su familia y yo nos apresuramos a ocupar una mesa de acuerdo con su accesibilidad al bar ya que las gaseosas eran el elemento más convincente utilizado con la impaciencia de Ana. Desde afuera llegaban inquietantes ruidos de relinchos, voces de mando y risotadas. Por un parlante la guía, Muna, anunció que disponíamos de no más de veinte minutos para comer, que lo fundamental de la noche era el espectáculo de fantasía y, para adelantarse a cualquier queja, recordó el abundante almuerzo en Arhabalou, por otra parte totalmente gratuito. Su estilo persuasivo apuntaba a que luego de ser beneficiados con una auténtica pichincha no podíamos menos que devolver la gentileza contentándonos con un buffet froid hecho de hogazas de pan caliente untadas con puré de olivas, berenjena y de garbanzos, tabulé y té de jazmín acompañado por baklava cuyo sitio, en el sector de la tienda donde se encontraba el samovar, ya había sido indicado expresivamente por las moscas. Durante esa comida rápida, Ana me mostraba su enojo evitando mirarme y, al mismo tiempo, emitiendo sonidos destinados a llamar mi atención. Gritó bravo varias veces, como mezzosoprano, soprano ligera y contralto, espaciadas por esos silbidos admirativos que antiguamente se lanzaban al paso de las mujeres bonitas, hizo gárgaras de soda Sidi Harazem y hasta provocó indirectamente ruido, al morder a Carmen en el codo. Le respondí dando un aullido considerable luego de probar un pan demasiado caliente y riéndome con exageración luego de fingir que lo que Ramonet me había dicho al oído –alcánzame las olivas– era extremadamente gracioso. De solo correr como si no hubiera asiento para todos –en realidad no los había–, cuando nos persuadieron de que saliéramos al aire libre, Ana y yo quedamos una al lado de la otra y Ramonet un poco apartado.

Hicimos silencio bajo el cielo estrellado, aún más notable luego de que se apagaran las lámparas de querosene colgadas a las puertas de la tienda. Apenas entrevimos a lo lejos unas sombras diminutas que bien podrían ser tanto de hombres como de animales, pero los guías, alertados sin duda por una experiencia que les decía que es mejor administrar las sorpresas a riesgo de atenuar los efectos del descubrimiento, nos habían dicho de manera escueta que habría una exhibición ecuestre. Por el altoparlante se oían tambores como los que se utilizan en el circo antes del salto mortal del trapecista. Se encendieron las luces y en el horizonte vimos ya claramente una hilera de jinetes alineados, dos de los cuales llevaban estandartes con franjas verdes, rojas y amarillas. Sentí un miedo irracional y cerré los ojos como si no ver lo que, creía, iba a atacarme, pudiera defenderme de la posibilidad de ser herida. En verdad, no temía un ataque sino que un fallo de la ficción de ataque generara un accidente con los animales o las armas. Pero el murmullo alegre y excitado que se levantaba de las gradas me tranquilizó un poco y, casi abrigada por el espíritu de comunidad, abrí los ojos y sonreí con entusiasmo y la certeza infantil de participar de algo único. Entonces vi a los jinetes cargar contra nosotros con una gritería que aumentaba a medida que se acercaban. Todo fue tan breve que apenas noté las palpitaciones de mi corazón. Atiné a oír el chillido de Carmen y, con el rabillo del ojo, vi cómo se había abrazado estrechamente a Matilde, obligándola a volverse y soltar la mano de Ana, que, seguramente, había abarcado de un vistazo la imposibilidad de refugiarse y, casi sin llegar a medir su exclusión, me lanzó su habitual golpe de testuz contra el pecho, esta vez con una imperiosidad angustiada. Se oían disparos y chispas que iluminaban su cara con la boca abierta hasta el paroxismo pero en absoluto silencio, como la de los niños pequeños antes de estallar en llanto, y mientras yo la cubría menos para abrazarla que para alentar la descarga de lágrimas antes de la asfixia, vi el pecho enjaezado de los caballos a la altura de la primera fila de gradas, casi al borde de los pies de los turistas –no de todos: algunos se habían subido precipitadamente a sus asientos–. Doblaban bruscamente y, aún al galope, iban rodeando las gradas. Los jinetes hacían cruces por sobre sus cabezas con las armas en medio de una polvareda de arena. Por los parlantes pasaban una música militar que bien podría haber sido de Souza. En el cielo estallaban fuegos artificiales.

La compañía de turismo me había garantizado un régimen de media pensión en el Essauira, que en este caso significaba el almuerzo o la cena. Fue durante la noche de despedida que decidí variar mi hábito de almorzar en el hotel por el de cenar. Y a los Adúriz se les

ocurrió lo mismo. Hasta entonces me había dejado las noches para vagar por la medina y comer algo informal en alguno de esos locales que están a medio camino entre el quiosco y el restaurante, no muy diferentes de los que, en Buenos Aires, frecuentan los jóvenes para fumar paco y beber cerveza. En el Fatima había una mesa junto a la ventana que no solía estar ocupada por la simple razón de que pertenecía de palabra al diariero de la esquina. No sé si la caballerosidad se extendía a las mujeres árabes pero el caso es que, siempre que la ocupé, no fui molestada y solo percibí que ese espacio estaba reservado cuando vi al diariero instalado, con la cartera colgada de la manija de la puerta y leyendo su propio diario ante una taza de té, simplemente porque ese día yo había ido más temprano: era mi última noche en Marrakech y pensaba cenar en el hotel.

Me senté a la mesa con los Adúriz en una atmósfera de solemnidad seguramente más debida a la cortesía que a la pena por tener que volver a casa; ellos continuaban viaje hasta Fez; yo me volvía con gusto a Barcelona, un poco harta de la vorágine de sucesos extraños y obligados a ser vividos –a riesgo de tener la sensación de haber perdido no solo el tiempo y el dinero– como una oportunidad única. Apenas me había podido resistir a conocer la Katubia por dentro y a recorrer cada zoco temático sin saltearme ninguno y ansiaba beber un whisky en un hotel de ni siquiera dos estrellas pero donde el islam no interfiriera en la carta. Quería, sobre todo, saber qué había sido aquel alboroto en la puerta del edificio del señor Plaza en Vía Augusta en el momento en que yo tomaba el taxi para ir al aeropuerto, y deslizarme indolentemente en el castellano de la Argentina, previas negociaciones con el señor Plaza sobre el uso de expresiones como culeado o acá.

Como nos suele pasar a los cobardes, al tratarse de las últimas horas de una convivencia forzada, yo había ganado una súbita soltura y espíritu de integración, y cuando Ana inició su habitual pataleo de la sobremesa le hice un gesto a Matilde para que no se levantara y la llevé de la mano hasta la baranda de la terraza. A lo lejos se iban apagando las luces de Djemá el F'ná. Le propuse a Ana que contáramos cada vez que se apagaba una, pero como no había un horario preciso para el cierre de los puestos –seguramente dependía de la concurrencia–, entre uno y otro apagón pasaron dos o tres minutos. Y Ana, luego de contar hasta tres con su habitual exaltación, empezó a sacudirse para soltarse de mi mano.

Entonces se me ocurrió comenzar a respirar ruidosa y acompasadamente, reteniendo un poco el aire entre inspiración y exhalación como si estuviera practicando yoga. Al principio me costó encontrar un ritmo y respiraba a los tirones, como si me estuviera

asfixiando. Empecé a contar hasta seis entre cada inspiración y exhalación, incluido el tiempo en que retenía el aire mientras apretaba con firmeza el puño de Ana y le señalaba con el índice de la mano libre el cielo sobre la plaza, con la ilusión de que ella atendiera a la aparición de algo nuevo, como aquellos fuegos artificiales que habían estallado sobre la cabeza de los jinetes que habíamos visto en lo de Ali. Al rato yo respiraba con la profundidad y las pausas que me había impuesto, ya con menos intervención de la voluntad y tratando de mantener alrededor de la mano de Ana una firmeza cálida y no un gesto de sujeción. Me mordió en la muñeca, pero como me mantuve imperturbable, me miró mientras iniciaba un chillido desganado. Yo necesitaba, para mantener la respiración, olvidarme un poco de Ana y buscar un punto de atención en el cielo o en la plaza ya totalmente a oscuras. Al principio me pareció que la relativa quietud de Ana se debía a que se había desconcentrado de su misma cólera y no tardaría en exigir su libertad para volver a la mesa, pero pronto percibí que respiraba conmigo mirando hacia delante, imitándome. Veía su boca abierta, el perfil de sus pestañas bajo el flequillo y el sutil aleteo de la nariz, pero en un movimiento decreciente y no hacia la aceleración con que solía indicar un próximo acceso de ira. Los párpados se le iban bajando al mismo tiempo que yo también me obligaba a cerrar los ojos y era como si las dos fuéramos cerrando Marrakech en su corazón mismo, donde no quedaba ya ninguna luz que no fuera la del cielo, ese lugar, si no más conocido, más familiar, o al menos de apariencia más semejante al que veríamos siempre en lo alto, estuviéramos donde estuviéramos.

EL CINEASTA INVISIBLE

¿ES TAN CALLADO UN DIRECTOR DE CINE QUE AMENAZA DE MUERTE A SU ACTOR FAVORITO?

Julio Villanueva Chang

Nadie sabía que era él, y Werner Herzog, el hombre que hipnotizó a sus actores para que rodaran una película en estado de sonambulismo, se paseaba como un extra del cine mudo por el diario El Comercio. Incógnito, callado, inadvertido, esa mañana de invierno en Lima andaba por allí sin que nadie le pidiera, señor, un autógrafo, sin que nadie le mintiera que había visto todas sus películas. Un equipo de la televisión alemana había llegado al periódico para filmar una secuencia de Alas de esperanza, un documental sobre la única sobreviviente de una caída de avión en la selva del Perú. Cuando sucedió, el veinticuatro de diciembre de 1971, Juliane Koepcke era todavía una adolescente y en el mismo vuelo perdería a su madre. Hoy es una bióloga especialista en mariposas y murciélagos. Veintisiete años después, esa mujer caída de una máquina de volar estaba sentada en una sala del archivo de El Comercio mientras la filmaban revisando periódicos amarillentos sobre la tragedia. No se podía interrumpir la filmación, y el mayor ruido era el de las páginas de los diarios que revisaba Koepcke. Para matar el tiempo, pregunté quién era el director del documental al único de los alemanes que parecía no estar haciendo nada.

–Herzog –me dijo como si fuera un secreto–. Pero no lo mlestes.

Un empleado del archivo recordaba que ese mismo hombre había llegado una semana antes a pedir la carpeta de accidentes aéreos. No sabía que era Herzog, dijo, como si hubiese dejado escapar una recompensa por su captura. Los que el día de la filmación lo vieron en medio de miles de recortes de periódicos solo se acordaban de un señor que detrás de una cámara ordenaba silencio en un delicado alemán. Estuvo en el archivo de recortes, en la hemeroteca, en la cafetería, en el baño. Nadie le preguntó su nombre. A nadie le pareció haberlo visto en otra parte. Tal vez porque solo era memorable el rostro de degenerado de Klaus Kinski, su actor fetiche e

indomesticable con quien de cuando en cuando intercambiaba amenazas de muerte en los rodajes. Al fin y al cabo, quién se acuerda bien de la cara de un director de cine que no sea la de Woody Allen.

Nadie sabía que era él, pero, si alguien lo hubiese sabido, habría sido lo mismo. Herzog huye casi siempre de las palabras como si estas atenuaran el drama que quiere contar. Había crecido en las frías montañas de Baviera, en un pueblo muy cerca de Munich, encerrado en las ruinas de una Alemania que acababa de perder la guerra. El niño que a los doce años vio por primera vez un automóvil solía permanecer tan callado que los otros se burlaban de él hasta hacerlo llorar. Soy de monólogos, el diálogo me traba, había declarado una sola vez y punto. Después de haber trabajado como soldador en una fábrica de acero, un día se fue a pie desde su país hasta Albania. Otro día se fue caminando hasta París. Desde hace un tiempo Herzog amenaza con fundar una escuela de cine que solo admita alumnos que hayan viajado mil kilómetros a pie. Es un cazador de energía salvaje: Jouko Ahola, dos veces el hombre más fuerte del mundo, fue uno de sus protagonistas extremos. Otro fue Timothy Treadwell, un ecologista que tras trece años de proteger a los osos grizzly moriría descuartizado por uno de ellos. “Lo que más me obsesiona –dijo Herzog– es que en todas las caras de los osos que filmó Treadwell no descubro ninguna amabilidad ni entendimiento ni agradecimiento. Solo veo la abrumadora indiferencia de la naturaleza”. Desde su estética, para filmar una película es más útil saber robar un automóvil que psicoanalizar a Kurosawa. Hacer cine es para Herzog una cadena de penalidades, un arte para iletrados, un trabajo físico más propio del levantamiento de pesas o de escalar el Himalaya. La primera película que vio fue Tarzán de los monos. Herzog filmaba en el Sáhara, en Alaska, en un volcán de la isla Guadalupe. Haber hipnotizado a sus actores durante el rodaje de Corazón de cristal parecía su mayor concesión a los poderes de la mente.

Lo acusaban de arriesgar la vida de sus actores. En Fitzcarraldo, Herzog hizo que una tribu de indígenas desafiara al Amazonas y subiera un barco por una montaña –no fue hipnotismo: la paga fue doble–. Pero esa mañana en Lima huía de El Comercio como un fantasma en punta de pies, alto y flaco calavera, sin gafas de sol, aunque con su halo de épico y kamikaze. Herzog es un cineasta con la experiencia de un domador de leones y la ambición de un conquistador de Marte: en una entrevista, quejándose de que solo enviaran a ingenieros y amas de casa al espacio, proclamó su derecho natural a filmar en otro planeta. Por ahora, parecía irse del periódico contento de no ser un cineasta popular, de no haber oído susurrar su nombre, de no haber sido señalado ni detenido. Hasta que alguien que

no había visto todas sus películas le cerró el paso en la puerta del archivo para preguntarle si seguía siendo tan callado.

–No –mintió Herzog–. Pero hasta los diecisiete años nunca hice una llamada telefónica.

También yo le había mentido. Quería en verdad preguntarle por qué a esa edad tramaba hacer un documental sobre la cárcel. Preguntarle si también era suyo el enigma de Kaspar Hauser, un hombre encadenado en un sótano desde su nacimiento. Preguntarle si, como el nombre de una de sus películas, también los enanos empezaron pequeños, y si él se sentía un enano. Cuando Herzog habla, se oye como una voz en off narrando el fin del mundo, como si al hablar fuese borrando toda presencia hasta convertirse en el monólogo de un espectro. No es un hombre de monosílabos, pero ha creado el hermetismo de quien solo dice lo justo. Quería preguntarle más: si seguía pensando que el ser humano era un eterno penitente. Preguntarle qué buscaba en alguien que se negaba a evacuar una isla amenazada por la erupción de un volcán. Pero al final le pregunté: ¿sigue siendo considerado un cineasta maldito, el de la generación de Fassbinder y Wenders, el otro?

–No, yo soy un cineasta bendito –me dijo, con el ademán de irse–. Si no, no hubiera hecho hasta hoy cuarenta películas.

Iba a desaparecer sin sus créditos y con una mochila al hombro tras la puerta del archivo del periódico. Años más tarde me enteraría de que la había heredado de Bruce Chatwin, el viajero insignia del siglo XX que, al contrario de él, era como una avalancha de palabras, pero con quien compartía la perversa costumbre de responder un rumor con otro aún más salvaje. En la mochila de Chatwin, un hombre horrorizado de quedarse en casa, Herzog guardaba algunos restos del accidente aéreo de la sobreviviente Juliane Koepcke hallados al acompañarla en su viaje de regreso a la selva del Perú: un rulero de pelo, el tacón alto de un zapato, un fragmento del control de mando del avión. Herzog, que había apostado a comerse sus zapatos si el cineasta Errol Morris acababa su primera película, estaba a punto de atravesar la puerta del archivo, pero tenía más preguntas para él. ¿Qué le atraía más de filmar un documental sobre Juliane Koepcke? ¿Había sido su versión de Nosferatu la que lo llevó hasta una experta en murciélagos? ¿Era su obsesión por la jungla como escenario de caos, asfixia y muerte? ¿A qué sabe un zapato después de cinco horas de hervido?

–Yo estaba en el mismo avión –me dijo.

Herzog había estado en la lista de espera del vuelo fatídico. Debía partir de Lima a Cusco la víspera de esa Navidad de 1971, urgido por iniciar el rodaje de Aguirre, la ira de Dios, una película sobre el feroz y ambicioso soldado de la conquista española quien desde la Amazonía se había declarado traidor contra su reino. Pero los reportes de un clima adverso, quién sabe si por obra divina, decidieron que el destino de su avión se desviara hacia otras dos ciudades de la selva del Perú donde la compañía más fiel iba a ser la de los endemoniados mosquitos. Al cineasta aún no se le cae la escena de la memoria: hombres y mujeres empujándose por un asiento en el que iba a ser un avión mortal, los gritos de júbilo al enterarse de que eran los elegidos para viajar en él, de que iban a tener la suerte de llegar a la selva antes de la Nochebuena.

–Debí de haber visto a Juliane –me dijo Herzog en la puerta del archivo–. La debo de haber visto empujándose con los demás pasajeros.

Nadie sabía que uno de los que empujaban era él. Había sobornado a un empleado de la compañía para conseguir sus tarjetas de embarque. Pero el avión partió sin él, sin su esposa y sin los ojos desorbitados de Kinski. Juliane Koepcke se sentó en la fila diecinueve, en el asiento F que daba a la ventana. Mientras ella caía al vacío, contaría después, la selva le pareció un inmenso campo de brócolis. Al despertar sobre un colchón de vegetación, la muchacha caída del cielo ejecutó un manual de supervivencia que recordaba de su padre, un biólogo alemán que había viajado de Brasil a Perú a pie. Cuando Herzog empezaba a rodar Aguirre, la ira de Dios cerca de allí, Juliane Koepcke peleaba contra la selva para sobrevivir.

Pero veintisiete años después, un lunes de invierno por la mañana, uno tarda en ponerse al día, como quien entra a un cinema con la película empezada, y no se da cuenta de que Werner Herzog pasea por El Comercio como un fantasma en tecnicolor, aliviado por el barniz de lo invisible. La entrevista duró lo que un intermedio en el cinema, y el director se fue tan enigmático como llegó, más pariente del mimo que del cine.

Una última pregunta, Herzog, ¿qué película se va a ver esta noche?

–No hablemos de eso –me dijo, como si le molestara el cine–. Mi único sueño es acabar esta historia.

ENTREVISTA CON LA NUEVA ESPECIE HUMANA

Juan Gabriel Vásquez

En agosto de 2001, después de un par de días en Delhi, viajé a Pondicherry, la ex colonia francesa de la costa suroriental de la India. La ciudad está enclavada en (y rodeada por) el estado de Tamil Nadu; su estación ferroviaria es pequeña y presta un servicio mediocre, de manera que lo más fácil es llegar en tren a Madrás y luego hacer cuatro horas por una carretera que bordea el mar durante buena parte del recorrido. Y eso hice: el trayecto entre Delhi y Madrás tardó treinta y seis horas, cruzó tres paralelos y el Trópico de Cáncer, y acabó enfrentándome a un cambio de paisajes tan brusco como si se cambiara de hemisferio. Los vagones de segunda clase estaban divididos en apartados de seis literas; esos vagones, con sus ventanas sin cristales y sus altas temperaturas, eran curiosamente mucho más salubres que los de primera, donde el aire acondicionado y las alfombras creaban un ambiente que fascinaba a las cucarachas. Durante dos noches y un día entero, acabé recorriendo el tren para no desesperarme, hablando íntimamente con desconocidos, haciendo preguntas y, por supuesto, contestándolas. Entre otros vecinos de litera o de vagón hubo un grupo de soldados que iba a Sri Lanka para combatir a la guerrilla de los Tamil Tigers; un informático de Madrás que dejó de ser amable cuando entendió que yo venía de Colombia, un país de Latinoamérica, y no de Columbia, la universidad de sus sueños; y una mujer de sari blanco, viuda reciente, que se entusiasmó al saber que yo no iba a Madrás, sino a Pondicherry. En la mañana del tercer día, con el calor ya azotándonos a pesar de que todavía no eran las ocho, la joven viuda –tenía un bindi de plástico pegado en la frente, pero no llevaba joyas de ningún tipo– me preguntó si yo iba, como ella, para unirme al ashram de Sri Aurobindo. Un ashram es una comunidad de aprendizaje montada alrededor de un líder místico; el de Sri Aurobindo es uno de los más conocidos, y es la razón de que Pondicherry no se haya aislado del mundo. Pondicherry recibe más extranjeros que casi cualquier otro lugar de la India; una buena parte ha ido a parar, tradicionalmente, al famoso ashram, pero hoy existe otro destino.

Auroville es una comunidad de unos dos mil habitantes, pero que está planeada para cincuenta mil. Fue fundada en 1968; sus dominios comienzan a pocos kilómetros de Pondicherry, cubren un área de

veinte kilómetros cuadrados y se van extendiendo a medida que la financiación proveniente del Primer Mundo (desde la Alianza Francesa hasta la Municipalidad de Pamplona han sido colaboradores) hace posible la adquisición de nuevos terrenos. Estos son datos banales; más importante es el que sus miembros –provenientes, en un setenta por ciento, del Primer Mundo– crean que en Auroville habrá de crecer la Nueva Especie Humana. En un taxi fletado, mientras viajaba entre Madrás y Pondicherry por la carretera desigual y bordeada de margosas, mientras cruzaba la frontera resguardada por policías de vestido caqui, leí uno de los documentos que rigen la vida en la ciudad: "Para ser un verdadero auroviliano". En su quinto punto, leí: "La tierra entera debe prepararse para el advenimiento de la nueva especie". Y quise saber quiénes harían parte de ese advenimiento.

Lo primero que hice al llegar a Pondicherry fue visitar la tumba en la que yacen Sri Aurobindo y la Madre, los inventores ya legendarios del ashram y de Auroville. El Samadhi quedaba en la Ciudad Blanca –la zona francesa y lujosa de la ciudad, donde a cualquier hora del día uno puede encontrar un croissant y un café con leche–, en el viejo edificio principal del ashram, última morada de Aurobindo. Es una casona colonial: un patio interior enmarcado por habitaciones bien ventiladas por las cuales puede pasear el visitante y comprar en los almacenes adyacentes toda la parafernalia auroviliana que pueda desear. Entre los libros que había a la venta, llegué a contar decenas de biografías distintas de Aurobindo y la Madre, y noté cómo las vidas redactadas de esa pareja mezclaban de manera curiosa los datos fácticos con los milagros, las cifras con el mito. Aurobindo Ghose, el filósofo místico que recibió de la Conciencia Divina el encargo de ponernos en contacto con el Poder Supramental y conducirnos así al siguiente paso en la evolución de la especie, había nacido en Calcuta en 1872, había estudiado latín y griego en Cambridge, y a los veintiún años había regresado a la India. Aprendió las técnicas del yoga y decidió liberar a su país del yugo inglés; en 1908 fue encarcelado, y durante su encierro recibió la visita de Vivekananda, un filósofo que había muerto seis años antes y decía haber visto a Dios. Ese mismo año, Aurobindo llegó al Nirvana y permaneció allí varios meses; su maestro yogui, Vishnu Baskar Lele, lo consideró desde entonces su alumno más aventajado. Pocos años después, en 1913, Sri Aurobindo conoció a la que sería su compañera espiritual, la mujer que todo el mundo llegaría a conocer como la Madre –o Mother, o la Mère–, una mujer cuyos retratos tienen un lugar privilegiado en los hogares y los almacenes de Pondicherry. ¿Privilegiado? No: sus retratos son ubicuos, y la Madre, para el visitante profano, se convierte

rápidamente en una especie de Gran Hermano con moño y ojeras.

Mirra Alfassa –así se llamaba realmente– había nacido en París. Desde muy joven sintió que su destino estaba unido a un hombre desconocido que vivía muy lejos y, tras estudiar las doctrinas del ocultismo con el maestro polaco Max Theon, viajó a Pondicherry, y supo que Sri Aurobindo era aquel desconocido. Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, la Madre debió regresar a Francia, pero siete años después viajó de nuevo a Pondicherry y recibió el encargo que cambió su vida: ocuparse de los discípulos de Aurobindo, que había decidido apartarse de la vida material y necesitaba que alguien de confianza se encargara de dar techo y comida a sus seguidores. Fue así como se fundó el ashram, concebido por la Madre como un lugar donde la gente con inquietudes espirituales pudiera vivir sin preocuparse por las necesidades mundanas. Tras la muerte de Aurobindo, en 1950, la Madre dio un paso más: consciente de que el mundo se hallaba en medio de un proceso de intensa transformación –en 1956 la Luz Supramental había penetrado la atmósfera terrestre por primera vez–, decidió que la evolución de la Nueva Especie necesitaba un escenario propicio. El proceso duró varios años durante los cuales la Madre tuvo varias experiencias supramentales: percibió que todos los objetos de su cuarto de baño estaban inundados de gozo, visitó la morada de Aurobindo y habló con él, estuvo en un barco supramental lleno de gente con cuerpos supramentales. En febrero de 1968, por fin, un grupo de jóvenes de más de cien países se reunió en los terrenos recién adquiridos, y cada uno de ellos depositó un puñado de tierra en una urna de mármol con forma de loto. Auroville, la capital universal del atruismo, quedó fundada; en 1973, la Madre murió.

Los documentos que contaban esta historia se conseguían por unas pocas rupias a pocos pasos de las tumbas. Desde las paredes del almacén, Aurobindo nos miraba, sentado en un sillón de tonos verdosos, casi hundido tras su túnica amplia y su larga barba blanca. Salí; en el centro del patio, bajo un toldo azul que proyectaba una sombra delicada y pacífica, había un gran cofre de mármol adornado con una figura parecida –pero no idéntica– a la estrella de David. La tumba estaba cubierta de flores azules; las flores, de moscas gruesas; la gente se arrodillaba y tocaba las flores con ambas manos (las moscas levantaban el vuelo y luego volvían a posarse), rezaba y se llevaba las manos a la frente, como bañándose con un líquido invisible, como contagiándose de algo. Aquello ocurría debajo de un árbol inmenso cuyas ramas, me informó alguien, tocaban la habitación donde había vivido Aurobindo. Había una repisa para la barra de incienso y un bote de basura de aluminio manchado; más allá, a un

lado de la tumba, un plato con agua que los fieles usaban para mojarse los dedos, la frente, el bigote. Diciembre 9, 1950, se leía sobre el mármol. Un hombre sin brazo llegó a mi lado y puso el muñón sobre las flores; lo vi cerrar los ojos y rezar en silencio, de rodillas sobre el suelo de piedra dura y rugosa, y luego levantarse, caminar hacia la salida por el sendero del jardín y hablar con una mujer que lo esperaba afuera, bajo la sombra de un árbol de la calle. La mujer le entregó un sobre; el hombre volvió a entrar, caminó despacio hasta el porche de la casa y metió el sobre en una caja de madera. Esperé a que se fuera y me acerqué a la caja. Leí:

Cartas a la Madre

Había cinco o seis adentro. Algunas no tenían sobre; pero estaban escritas en lengua tamil, y no pude saber si pedían algo, ni cómo lo pedían. Tampoco supe si la Madre, veinticinco años después de su muerte, era todavía capaz de leer en tamil. El tamil es una lengua difícil.

Pero yo no había venido para ocuparme de los muertos. Mi objetivo eran los vivos, y había decidido que intentaría hablar con ellos fuera de la ciudad, lejos de los demás. Quería aislar a mis interlocutores, entrevistarlos cuando no hubiera nadie más presente, para evitar las presiones que suelen ser habituales en las comunidades de cualquier tipo. Primero, por supuesto, tenía que encontrarlos.

¿Quiénes eran los herederos de Aurobindo, quiénes eran los hijos de la Madre? La India ha sido desde hace varias décadas una especie de banco espiritual para occidentales. A la India acuden los europeos, los americanos –hippies o músicos de éxito, actores en busca de sí mismos o simples descontentos– para acumular espiritualidad, para aprovisionarse de buenas energías. Saben, o creen saber, que la riqueza económica de su civilización ha traído consigo la pobreza espiritual; les parece evidente que la pobreza india es un síntoma externo de la Renuncia a lo Material y, por lo tanto, de un Alma en Buena Salud. La atención de Occidente –y del dinero de Occidente– halaga a los indios, cuyas doctrinas metafísicas se han convertido, a finales del siglo XX, en su primer producto de exportación. ¿Dónde estaba la línea (si la había) entre la convicción inocente y la estafa

intelectual, entre la fe y la mentira? ¿Qué se creía y qué se fingía creer? ¿Era posible esta distinción? Y sobre todo: ¿a quién hacerle estas preguntas?

Poco después de mi llegada conocí a Anju. Desde la pared principal de su salón, la imagen amable pero autoritaria de la Gran Abuela Francesa presidía sobre su vida. Anju, una mujer de buena posición en Pondicherry –es decir: casta alta, casa en conjunto cerrado, dos motos–, había aceptado hablarme de su relación con el ashram de Sri Aurobindo. Anju era una mujer de unos cuarenta y cinco años, de manos delgadas y modos elegantes, que llevaba siempre el pelo recogido en una moña y tenía el tic curioso de pasarse un dedo por la papada. Me recibió en su casa de Solai Nagar, un suburbio de Pondicherry; me ofreció un jugo de fruta de color violeta oscuro. "Este jugo se llama Radha's consciousness, la Conciencia de Radha", me informó. "La Madre dio nombres espirituales a todas las frutas. Le preguntaron cómo escogía los nombres y ella dijo: Cuando miro una flor, la escucho, y la Conciencia me comunica el significado. Simplemente lo sé en ese momento". Después de un rato de declaraciones semejantes, decidió que otras personas podían hablarme con más propiedad; yo no la contradije. Según entendí, cierto pariente de Anju conocía personalmente al señor Arya, una figura de importancia dentro de la jerarquía espiritual del ashram (cuando menos, una figura de la cual se hablaba con respeto) y autor de varios libros de filosofía, y no era imposible que me consiguiera una cita con él.

"Es un gran hombre", me dijo Anju. "Hablando con él, todas tus dudas quedarán entonces disipadas". No supe si la grandilocuencia era deliberada o irónica, pero en el fondo Anju tenía razón: Auroville era un producto (espiritual, moral, económico) del ashram. "Pero primero nos encontramos para desayunar. Luego vamos a las oficinas".

Y eso hicimos. Al día siguiente, un rickshaw me dejó, muy temprano, en el Covered Canal, la frontera entre la Ciudad Blanca y el resto de Pondicherry. En épocas coloniales ese canal no estaba cubierto, y guardaba la función expresa de distinguir los barrios europeos de los indios. Ahora era un separador de tierra suelta, adornado por margosas esporádicas y atravesado por calles que seguían describiendo la delicada parábola de un puente. Se había transformado en una zona perfecta para que los vecinos del lugar aparcaran sus vehículos: bicicletas, viejos Ambassadors ingleses y camiones Tata se disputaban el espacio bajo la sombra de los árboles. Junto a un tronco, un adolescente recostó su bicicleta en el parachoques de un auto estacionado, buscó un lugar idóneo, se

acurrucó en una posición diestra y precisa, se levantó el dhoti, con evidente cuidado de no ensuciarlo, y comenzó a cagar. Del otro lado de la calzada, una anciana azotaba una prenda informe que debía ser un sari húmedo, recién lavado, contra la pared de cemento. No supe si el contraste de las dos imágenes era debido al hecho adicional de que el canal las separaba. La mujer exprimió la prenda con ambas manos y entró en su casa sin cerrar la puerta y sin percatarse del hombre que ya continuaba su recorrido, después de cubrir sus desechos rojizos pateando tierra sobre ellos.

Sobre un mapa, la Ville Blanche ocupa una tercera parte del casco urbano de Pondicherry. Constatar el tremendo contraste no tiene ningún valor: todo viajero, incluso todo turista, lo ha observado y lo observará sin esfuerzo. Entrar en la Ciudad Blanca es dejar atrás la intoxicación de los escapes y el olor de las cocinas y también el barullo de la vida en las calles, invadidas de cornetas y bocinas que van desde la campanilla de una bicicleta hasta el estruendo hidráulico de los buses. Por la calle Romain Rolland me interné en un ámbito de silencio, irreal a tal punto que, en la esquina de una cuadra residencial, alcancé a escuchar las lecciones de piano clásico que alguien recibía (cuatro veces sonaron los primeros acordes del Rondó alla Turca antes de que me alejara lo suficiente para dejar de oírlos). Y allí, en la Ciudad Blanca, en la irrealidad de esos barrios, quedaban las instalaciones del ashram. Antes de las ocho de la mañana, Anju y yo habíamos llegado al comedor del ashram y nos formábamos en la fila de los comensales más perezosos, los que se levantan más tarde.

El día anterior se había celebrado el cumpleaños de Aurobindo. La excitación de la fecha todavía estaba entre los comensales de Government Square, pero el silencio era respetado sin excepciones. El comedor del ashram era una construcción colonial de techos altos y paredes claras y escrupulosamente limpias. La fila iba pasando frente a una mesa de servicio (una mesa que parecía recién limpiada, en la que nada parecía haberse derramado) y la comida caía sobre los platos: del otro lado, una persona servía el pan y el plátano, otra la leche, otra daba la cuchara, otra el azúcar: allí se respetaba la costumbre india del sobreempleo, según la cual se contratan tres personas para hacer el trabajo de una sola. Alguien se detuvo, preguntó algo. Se interrumpió el curso normal de la fila; hubo protestas calladas de parte de los comensales, miradas recriminatorias, y enseguida se reanudó el movimiento. Miré hacia delante: el culpable del atasco era un joven blanco de pelo largo y piercing en la nariz. Nos miraba como disculpándose, pero nadie parecía hacerle demasiado caso.

Anju y yo recibimos nuestra ración, nos sentamos solos a una mesa de madera que parecía sacada del comedor de una escuela, y comimos en silencio. Ella miraba al frente, se pasaba un dedo por la papada, pero no me veía. Yo, en cambio, la evitaba: miraba a las mujeres que limpiaban, miraba la fila que ya desaparecía (el plazo para desayunar llegaba a su fin), y miraba las paredes. Come para vivir, no vivas para comer, se leía en uno de los carteles que servían de único decorado. Y en otro: La comida del ashram es para ti. No la des a los mendigos. En otro más, Aurobindo hablaba del cuerpo como templo y la comida como ofrecimiento. El mensaje era sencillo: no comer para saciar las necesidades, ni para satisfacer los sentidos, sino como rito espiritual. En otras palabras: comer es mucho más que simplemente comer. En el curso de esos días encontraría esa retórica del nada-es-tan-simple, del todo-es-más-de-lo-que-parece, en varios momentos de la vida cotidiana.

Al salir vimos a un mendigo cagando bajo uno de los árboles gigantes de la plaza. Anju, visiblemente incómoda, intentó dar explicaciones, llevarme por otro de los senderos. “Qué gente”, dijo en tono indignado. “Si Madre los viera”. Y seguimos caminando.

“Construimos las oficinas porque Madre tuvo una visión”, me explicó el oficinista. Pero no explicó de qué visión se trataba.

El edificio quedaba sobre Beach Road, apenas separado de la playa rocosa por la cinta de cemento de la avenida y el paseo peatonal que la bordeaba, pero la entrada no estaba sobre la avenida, sino sobre la calle trasera. El hombre –gafas gruesas, algunas canas; creo que tenía labio leporino, pero el bigote me impedía estar seguro– había bajado las tres plantas del edificio para recibirnos en la puerta y subir de nuevo con nosotros. “Usted es escritor”, fue lo primero que me dijo. “Puede cambiar vidas, transformar a la gente”. Nunca me quedó muy claro cuál era su trabajo, pero a él eso no parecía importarle: sus monólogos eran complejos inventarios de eslóganes y obsequiosidades, y en ellos surgía de vez en cuando un elogio del ashram o de sus miembros, y, sobre todo, de los hombres como él, cuyo trabajo en aquel edificio y con aquella gente financiaba en buena medida las actividades de la comunidad. La industria es parte integral de la vida en el ashram –se hacen fotos y postales, se publican libros de Aurobindo y la Madre, se organizan cursos y conferencias: la industria incluye la explotación del mensaje–, pero sobre todo en Auroville. También esto fue decisión de la Madre, que intuyó la importancia del comercio y designó una de las cuatro zonas en que se divide el territorio de Auroville como zona industrial. La zona se llama (supe después) Auroshilpam. En ese vocablo sánscrito están las

nociones de producción a pequeña escala y de producción ecológica.

"Todo comenzó con trabajos manuales", me dijo el hombre. "Antes, los occidentales iban a sus países, trabajaban seis meses y volvían para vivir los otros seis en Auroville. A alguno se le ocurrió trabajar aquí. Producir aquí. No tener que viajar".

"Pero son productos indios", le dije. "De artesanía india".

"No. En la zona de Auroville no había artesanía nativa. Los occidentales lo inventaron todo. Ellos inventaron los productos que querían vender".

"¿Y se venden?".

"Sí, sí. Se venden muy bien. En el ashram y en Auroville está la gente más acomodada de Pondicherry. Compran todo". Y luego aclaró: "Es cuestión de poder adquisitivo".

La última planta era un espacio abierto, sin divisiones de ningún tipo, atravesado por varias hileras de escritorios vacíos que miraban hacia el mar: un salón de clases en tiempo de recreo. Luego me di cuenta de que los empleados estaban allí, pero no era fácil notar su presencia, porque entraban y salían sin ruido o conversaban en voz baja junto a las paredes. De repente todos interrumpieron sus ocupaciones: las conversaciones cesaron, los transeúntes se detuvieron en medio de los corredores. Sonó una voz por un altoparlante y empezó una música pacífica y sosegada, y solo en ese momento me di cuenta de que el ruido de la calle no llegaba hasta nosotros. Una mujer cantaba. Eran las nueve en punto: los oficinistas cerraron los ojos, pusieron las manos sobre el escritorio y comenzaron a meditar. A las 9:04 exactamente se saltó la cinta (era una grabación imperfecta, llena de ruidos de fondo) y comenzó otra distinta. Fue la primera vez que escuché la voz de la Madre.

Mientras hablaba, tocaba en el órgano melodías monótonas y más bien lúgubres. Al fondo cantaba un coro; la voz de la Madre se ahogaba entre los cantos y la música, y no logré entender una sola de sus palabras (hablaba en pésimo inglés, me pareció adivinar, y su voz ya era la voz de una anciana). En realidad, pensé que ninguno de los presentes entendía, pero comprendí que lo importante era la voz, la presencia de la voz, no el significado de lo que la voz decía. Luego, tan abruptamente como había comenzado, la grabación se detuvo. Los empleados regresaron a sus ocupaciones; el que nos había recibido no estaba, así que me senté a esperar su regreso debajo de un cartel en el

cual la Madre recomendaba que subir las escaleras no fuera solo subir las escaleras, ni bajar las escaleras fuera simplemente bajarlas.

Subir unas escaleras: no pueden ustedes imaginarse lo útil que eso puede ser desde el punto de vista de la cultura física, si uno sabe cómo usar esos momentos. En vez de subir porque uno está subiendo, y bajar porque se está bajando, como un ser humano ordinario, uno debe subir con la conciencia de todos los músculos que trabajan, haciéndolos trabajar de manera armoniosa. Ya lo verán. Solo inténtenlo, ¡ya lo verán! Esto significa que pueden usar cada momento de su vida para lograr un desarrollo armonioso del cuerpo.

En ese momento llegó nuestro contacto, el pariente de Anju. No entendí cuál era su parentesco, pero su parecido físico era evidente. Lo primero que me dijo el hombre fue que no tendría demasiado tiempo para atenderme; enseguida, sin embargo, me acompañó a la sala de meditación, donde están las sandalias de la Madre expuestas en una caja de cristal. Había, a un lado de la caja, un sillón cubierto con una tela fina de rayas blancas y amarillas; en los jarrones que enmarcaban el lugar había lirios, claveles, rosas, gladiolos; la alfombra era azul y decorada con esvásticas hindúes. Acerca de la estatua de Ganesh, el dios con cuerpo de hombre y cabeza de elefante, no hice ninguna pregunta; pero el hombre me dijo:

“Ganesh se apareció a Madre en sueños. Por eso está aquí”.

La cita con el señor Arya quedó programada para la tarde siguiente, después de las cuatro, cuando ya hubiera pasado el momento de más calor. ¿A qué hora exactamente?, pregunté. Después de las cuatro, insistieron. En cualquier momento después de las cuatro.

Su apartamento de la calle Sri Aurobindo, a pocos metros del Covered Canal, era también su lugar de trabajo. Yo había pasado por esa calle unas noches atrás, y el espectáculo había sido muy distinto. En las aceras, los hombres dormían uno contra otro, espalda contra espalda. Algunos utilizaban su propia estera de fique; otros soportaban la dureza del concreto. Eran tantos que caminar entre ellos habría sido imposible: sus cuerpos –torsos desnudos y dhotis brillantes en la noche– cubrían el área por completo. En ese momento de la tarde, en cambio, la calle estaba desierta, pero imaginé la procesión de hombres que ocuparían poco a poco las aceras durante las próximas horas. Subí los tres pisos, me abrió un asistente (esto no me sorprendió: la

utilización de un intermediario era una de las formas con que el señor Arya quería demostrar su estatus, dar a conocer su posición, poner las reglas previas al juego). Se entraba directamente a la habitación principal: había un armario con libros, dos mesas cubiertas de papeles y folletos, varios retratos de la Madre y Aurobindo. Había dos puertas más, ambas cerradas. El asistente era menos joven de lo que un asistente suele ser, y su porte en general, del bigote a las sandalias, era el de alguien que se ha quedado rezagado en la vida. Me indicó una de las puertas y dijo algo que no entendí. Me pidió que me sentara, me ofreció un plato de galletas y un vaso de agua, y me miró comer. Al cabo de un rato apareció el señor Arya, y de inmediato su asistente acomodó una silla frente a mí, a unos tres metros, aunque entre la silla y yo no hubiera más que espacio vacío.

"Recuerde", me dijo mi anfitrión aun antes de saludarme, "que la India está en el sabor, no en las palabras".

El señor Arya –esto era visible en su piel clara, en su apellido casi reivindicativo– venía del norte de la India. Era un hombre corpulento: después me enteraría de que en su juventud había sido levantador de pesas de peso mediano, porque el yoga de Sri Aurobindo predicaba la salud del cuerpo tanto como la de la mente. Había llegado a Pondicherry en 1947, había visto lo que allí se hacía; y lo que vio lo satisfizo, porque regresó en 1949.

"Después de la independencia", comenté.

"Ah, no", me dijo él, "a mí la política no me interesa".

Iba a decirle que a la independencia le importaba poco su desinterés por la política, pero él se adelantó.

"No leo periódicos, no veo televisión. El Todopoderoso tiene el poder de corregir cualquier mal en el mundo, así que no me preocupo, yo cumplo con mi deber".

"¿Cuál es su deber?".

"Despertar y ayudar a los otros".

A sus padres, por supuesto, no les había hecho ninguna gracia que abandonara el hogar (y los planes que tenían para él) por venir a despertar en el ashram. Él, en cambio, había sentido desde siempre que no tenía otra opción: a los siete años había decidido no casarse, vivir una vida monacal y consagrarse al estudio de los Vedas, "el primer libro de la raza humana". Por supuesto que hubiera podido

quedarse en el norte, con los gurús del norte, pero prefirió a Aurobindo. “Shankarachya y Buda tuvieron más influencia sobre el norte”, dijo. “Ambos dicen que el mundo es una ilusión, Maya. Yo creo que debemos tratar de salir de la ilusión lo antes posible. En Sri Aurobindo, el mundo es uno con los Vedas. El mundo es la manifestación del Señor (de Dios, puede decirse). ¿Cómo puede ser falsa una idea tan hermosa? Yo encontré una luz, no, una luminosidad en la posición de Sri Aurobindo. Todos viviremos en la unidad del espíritu, dice Sri Aurobindo. Esta idea me llamó. Yo tenía siete años y esta idea me llamó”. Me sorprendió que subrayara tanto esa precocidad: el señor Arya repetía lo de los siete años como un mantra. “A los siete años ya sabía salir del cuerpo”, dijo. “De los siete a los diecinueve no tuve más experiencias. Cuando llegué al ashram, por la gracia de Madre, el poder regresó a mí. Eso prueba que tenía razón, que mi destino estaba con ella”.

Había trabajado cuatro años en la panadería del ashram, luego en el departamento de publicaciones, y luego, finalmente, en el Samadhi. A un miembro del ashram se le puede enviar a cualquier parte de la organización, se le puede encargar cualquier tarea, en función de las necesidades internas; a él, sin duda por sus méritos pero también por su karma, le había correspondido el Samadhi, y era una fortuna inmensa estar cerca de la Madre. “Todo lo que sé de la vida cotidiana lo aprendí de Madre. ¿Quiere usted conocer mi rutina? ¿La rutina de un hombre del espíritu? Me levanto a las cuatro de la mañana, me lavo la boca, pero no me baño, tomo un vaso de agua y me siento a meditar. ¿Sabe cómo recibí estas costumbres? Viviendo con Madre. A las seis de la mañana, Madre solía darnos la bendición. Así que a esa hora yo estaba ya listo”.

Y esto me sorprendió: la nostalgia. El señor Arya hablaba de sus años de formación –allí, con la Madre, tras la muerte de Aurobindo– como si los echara de menos. ¿Estaba contemplado el sentimiento nostálgico en el Yoga Supramental, o se trataba de un accidente? El señor Arya me hablaba de las reuniones en el patio de recreo, en las cuales los alumnos se formaban frente a la Madre y llevaban a cabo grandes espectáculos de cultura francesa; o de cuando hacían el saludo militar frente a un gran mapa de la Madre India, y luego la Madre se ponía de pie, a pesar de su edad, y también saludaba; o de las sesiones de meditación colectiva donde la palabra de Aurobindo se discutía durante quince minutos y luego había otros quince de silencio absoluto para que los alumnos pudieran reflexionar sobre lo recién aprendido. Y en cada anécdota había un cierto tono de niño extraviado, y al contarlas el señor Arya me pareció disminuirse. Era como si no se hubiera acostumbrado a la ausencia de la Madre, y

entonces comprendí por primera vez lo que esa mujer –una occidental– había llegado a significar para los indios del ashram. Imaginé a un adolescente que sale de su casa y atraviesa el mundo (entre el norte y el sur de la India puede haber dos o tres días de viaje, y ese tránsito implica cambiar de comida, de clima, de costumbres) para unirse a una comunidad de desconocidos. El adolescente llega y se aferra a sus gurús, a la palabra y las disciplinas que sus gurús le enseñan.

"Lo recuerdo muy bien. Madre me tocó y me dio la revelación de Dios, y vi mi cuerpo separado de mi mente. Estaba arriba, flotando, iluminado, y veía mi cuerpo abajo, en el Samadhi. Madre lo sabía todo: me dijo que también Ramakrishna me había tocado".

El líder espiritual Sri Ramakrishna murió en 1886. "¿Cómo sabe que lo tocó?", pregunté.

"En ese momento pude hablar bengalí", dijo él. "Es una lengua que desconozco".

Le pregunté si la Madre era un ser superior.

"Un gurú siempre es superior. Es alguien que ha encontrado la divinidad, que ha llegado a la Conciencia Universal, que se ha identificado con el Señor. Los hombres comunes no lo hacen. No se trata simplemente de una superioridad del ego. Usted quiere saber si la escogió alguien. ¿Cómo puedo garantizar una respuesta? Las acciones, el papel que jugó en nuestro mundo, prueban que fue escogida".

"¿Por quién?".

"Por la Conciencia Divina".

"¿Y usted?".

"¿Yo qué?".

"¿No ha sido escogido?".

"No".

"¿No le gustaría que alguien heredara su sabiduría?".

"No".

"¿Por qué?".

“Porque ser un gurú, ser un profesor, no es un ideal en el ashram. Para nosotros, sus seguidores, Madre y Aurobindo no se han ido. Las vibraciones de su conciencia están con nosotros”.

“Las vibraciones”, dije.

“Sí. Madre dijo: ‘No puedes engendrar aquí sin engendrar mi conciencia. Todos ustedes viven en mi conciencia’. Dijo: ‘El crecimiento espiritual de aquel a quien haya visto una vez en la vida queda bajo mi responsabilidad para siempre’. Son palabras bellísimas. Yo no podría decir algo así. La Madre era una gran líder, y yo tengo plena fe en todos sus hijos. Pero el objetivo toma tiempo. El Superhombre ha descendido, pero no podemos probarlo. El tiempo lo dirá, y hasta los ciegos verán entonces. El Superhombre es verdad y su descenso se ha hecho posible en la tierra. Una nueva especie va a manifestarse en la humanidad. El Superhombre de Nietzsche está con el Mal y el Bien; éste, en cambio, es Divino. Es un Asura: un hombre inconquistable. Este Superhombre es el representante directo de Dios sobre la tierra. Viene para ayudar a los hombres, guiarlos, protegerlos. ¿Puedo preguntarle una cosa?”.

“Sí”.

“¿Va a escribir todo esto que le digo? Porque si es así, lo puedo ayudar”.

“¿Ayudar a qué?”.

“Yo tengo language people, gente que sabe de esto. Si me da su texto, ellos lo pondrán bonito”.

Su asistente se acercó y me entregó un librito pequeño, de tapas color salmón: Towards the Divine Life. El señor Arya lo había publicado en el año 2000, y ahora le interesaba enseñármelo, tal vez como propaganda personal, tal vez como ejemplo de lo bonito. Le pregunté si seguía escribiendo. “Solo escribí seis años”, dijo. “Escribía de las seis de la noche a las seis de la mañana. Madre solía tener papel y lápiz listos para mí, con té y café”.

En el prefacio se presentaba el libro: era la primera compilación de las experiencias de su autor durante el descubrimiento de su Ser, durante su Sadhana. La palabra vida aparecía en el título y tres veces en el primer párrafo; pero cuando me referí a esa vida y hablé de la forma en que había renunciado a ella, el señor Arya me corrigió severamente. La espiritualidad no es renuncia, me explicó. Al principio de su vida en el ashram, él había sufrido pasiones sexuales,

tentaciones económicas. Estos eran los dos enemigos del alma: impedían que el alma avanzara. “Tuve que luchar. Madre me ayudó. Recé, le ofrecí mis debilidades a ella, y recibí su ayuda. Un día me dijo: estas cosas no forman parte de la verdadera individualidad, son elementos extraños en tu naturaleza. Estas debilidades vienen de la naturaleza universal, del ser emocional. Ofrécelas al señor, me dijo. Permanece vigilante, atento, alerta, y entrégate al señor. Y lo logré”.

“¿Cuánto tardó en lograrlo?”.

“Del 49 al 69. Treinta años”.

El asistente lo corrigió: “Son veinte”, dijo.

El señor Arya no se dio por aludido. Esta renuncia a las debilidades, siguió explicando, no implicaba renunciar al mundo. Shankarachya y Buda renunciaron a la vida; la nueva espiritualidad no lo hace. “Si debemos abandonar el mundo, ¿cómo lo corregiremos, cómo lo levantaremos?”. Y esta declaración de intenciones me pareció por lo menos curiosa, porque una de las pocas evidencias que permitía el señor Arya, en medio del clima abstracto que su conversación pretendía crear, era su falta de contacto con la realidad. En algún momento le conté de un dalit con el que había hablado en esos días, y no supo a qué me refería. “Un dalit”, le dije, “un intocable”. Y entonces comprendió. Pero tuve que explicarle yo que los intocables habían adoptado ese nombre (un vocablo en lengua pali que significa “los oprimidos”) como parte de cierto activismo político muy reciente. El señor Arya los seguía llamando harijans, “hijos de Dios”, el apelativo con que los bautizó Gandhi como parte de su intento por redimirlos. Los intocables –los dalits– habían rechazado el apelativo gandhiano, por considerarlo paternalista y condescendiente. Aquello había ocurrido décadas atrás. Y el señor Arya no se había enterado.

“Las enseñanzas del hinduismo no creen en rituales ni en castas”, dijo. “Pero los harijans son tan impuros que no podemos comer con ellos. Tal vez es culpa de ellos. Somos distintos”.

“¿En qué se diferencian?”.

“Ellos comen vaca. Nosotros no”.

Su respuesta era una caricatura, deliberada o no: al señor Arya no le interesaba el tema, y me veía sin duda como uno más de tantos occidentales inocentemente preocupados por los problemas del sistema de castas. Esto lo impacientaba; me di cuenta de que todo conflicto lo impacientaba, y, en parte para provocarlo, le pregunté por

las pruebas atómicas que la India había llevado a cabo por esos días, con grandes celebraciones del BJP –el partido hindú y ultranacionalista que ocupaba el poder en ese momento– y gran preocupación de la comunidad internacional. “Madre India necesita la bomba para defenderse”, me dijo. “Si el mundo comienza una guerra nuclear, Madre India también destruirá. Pero los líderes solo son líderes, no representantes de la cultura india. La India es un país espiritual. La primera cualidad del hombre espiritual es desear el bien a todo el mundo: la paz, la armonía, la felicidad, hasta donde sea posible”. Yo no estaba preparado para la simpleza de esas opiniones, para semejante proliferación de la ingenuidad. El señor Arya seguía prodigándolas: “Decir que el mundo está mal es ignorancia. Es poca gente la que está mal. El conocimiento verdadero trae como consecuencia automática la felicidad. En el conocimiento de uno mismo, el sufrimiento no existe. El mundo no es malo por naturaleza, se lo aseguro. Entre tormentas de sufrimiento, el conocimiento puede mantener la paz”. Pregunté cómo había reaccionado Auroville ante las pruebas atómicas, si es que hubo reacción alguna. “Auroville es una creación de Madre”, dijo el señor Arya. “Allí hay más libertad. No hay tanta disciplina”. Sentí que con esta respuesta –con esta evasiva– quedaba cerrada toda discusión posible.

Al momento de despedirnos, me dijo:

“Cuando escriba, tenga en mente una cosa. Usted no es dueño de sí mismo. Usted no ha venido aquí. Usted ha sido enviado”.

Poco después, dos o tres días más tarde, supe de la existencia de Bruno. Alguien me habló de él e hizo el contacto (Bruno no tenía teléfono, venía a Pondicherry una vez por semana para hacer llamadas desde una cabina). Y fui a visitarlo.

Varunaar era el nombre tamil más próximo al suyo, y así lo llamaban los indios. Bruno, italiano de nacimiento, era uno de los fundadores de Auroville, uno de los jóvenes que se reunieron en febrero de 1968 para dar por inaugurado el proyecto de la Madre. “Febrero, date cuenta”, me dijo, en francés y no sin cierto orgullo. “Somos anteriores a lo de mayo en París”. A Bruno ya no le interesaba el “discurso 68” de los occidentales que venían a la India. Le interesaban los indios, y fue por eso que no se unió a los primeros éxodos, cuando los occidentales, desencantados por no haber encontrado lo que buscaban en la India, decidieron regresar a sus países. Su primer hijo había nacido antes y muerto en un accidente; el

segundo fue el primogénito de Auroville. En más de un sentido, Bruno era un pionero. Pero ahora le había llegado también a él la enfermedad del desencanto.

"Gran parte de este asunto tiene que ver con cosas de la época", dijo. "Eran los sesenta. Por todas partes los jóvenes buscaban un nuevo mundo. También yo. Pero eso ya nadie lo acepta".

Había hecho parte de movimientos anarquistas; buscar sectas, grupos, facciones se había vuelto para él un movimiento natural, una forma de estar en el mundo. En 1967, tras la anexión de la zona este de Jerusalén, decidió alejarse de Occidente de una manera más o menos definitiva. "Todas las neurosis europeas se daban cita en Israel. Yo no quería ser parte de eso. Puedes llamarlo evasión, pero sería simplificarlo". La evasión, o como se le llamara, adoptaba formas disímiles, y las drogas –la experimentación con drogas– eran una de ellas. "Buscábamos un estado contemplativo, eso es todo. Entonces, alguien nos dijo que en la India se conseguían los efectos de las drogas, pero sin drogas. Y nos pusimos en marcha". ¿El viaje como proceso iniciático? "Sí, sin duda. El viaje también era un fin en sí mismo. Eso ahora es imposible: pasas de un país al otro y ves las mismas cosas, comes la misma comida, oyes las mismas opiniones".

Bruno aparentaba más edad de la que tenía. Sin duda producían el efecto el pelo largo y la coleta, la barba descuidada, la delgadez extrema que su dhoti blanco y suelto no llegaba a disimular. Vivía a una media hora (en moto: una moto vieja, lenta, inestable) de Pondicherry, en territorios colindantes con Auroville, pero que no pertenecían a la comunidad. Su casa era un rectángulo de ladrillo de arquitectura que parecía moderna, con un patio en medio y las habitaciones a los lados, y mucha agua corriente, agua bordeando los corredores en estrechas acequias y refrescando la construcción entera. De hecho, el calor parecía una obsesión allí, y en esa casa todas las persianas estaban cerradas, todas las puertas abiertas: el aire debía circular, nunca estancarse. La madre de Bruno estaba pasando unos días con él: era una mujer pequeña –calculé que tendría más de ochenta años– cuya conversación desvariaba un poco. Salió de su cuarto sombrío, nos saludó, habló un rato de los enfrentamientos con los eslavos en Istria, volvió a esconderse. "En realidad, esta casa es suya", dijo Bruno. "Yo todavía tengo una habitación en el ashram. Ella me pidió que le construyera esta casa, para pasar aquí temporadas más o menos largas, y yo me he venido poco a poco a vivir con ella". A unos metros de la casa había una construcción más primitiva, de cemento y suelo de tierra y techos de paja. En ella vivía Jeanette, una mujer tamil con quien Bruno había tenido un hijo. No vivían juntos,

no dormían juntos. Pero eran, visiblemente, una pareja. En casa de ella había fotografías del pasado europeo de Bruno: de niño, en el colegio; de recién casado y con su esposa blanca.

La cabeza de Bruno funcionaba de maneras compartimentadas y eclécticas, y podía acoger la lógica más estricta y permitirse, a la vez, rezagos de superstición que no dejaban de tomarme por sorpresa. Era capaz de hablarme de la historia del tamil (una lengua que había aprendido fácilmente, lo cual no era fácil porque el tamil, al contrario del sánscrito, había evolucionado sin fracturas, mira tú, y el que quiera aprender tamil deberá evolucionar dos mil años, como lo hizo la lengua, porque de lo contrario no la aprenderá nunca, ya lo ves, esto es lo que tienen las lenguas indias, ningún pueblo ha estudiado el lenguaje como el pueblo indio, y la prueba es el sánscrito, un verdadero estudio fisiológico de los órganos del habla, de las posibilidades de esos órganos, las lenguas indias llevan nuestros órganos al extremo, y después da vergüenza enseñarle a un niño los alfabetos occidentales, me parece a mí), era capaz de esa lección, digo, pero también de responder, cuando le pregunté cómo había conocido a la Madre, con un breve esoterismo.

"Algo nos comunicaba", dijo. "Yo la sentí desde Israel, y seguí su llamado".

Siguió su llamado. Y poco después, estando en algún lugar de la ruta entre Turquía e Irán (su acompañante y él habían tenido que esperar a la primavera para seguir el viaje desde Jerusalén), en medio de una caravana que avanzaba a unos quince kilómetros por hora, alguien pasó y les dio algunas direcciones que les serían de ayuda en la India. Una de ellas era la de una comunidad de investigadores dirigida por una dama francesa. Pondicherry era colonial, una especie de introducción a la vida en el país; era, además, un lugar ya célebre entre los hippies occidentales. Un amigo le enseñó a Bruno una fotografía de Aurobindo. "Yo me había apartado ya del cristianismo, pero ese hombre se me pareció a Jesús. Y quise saber más". Y esto fue lo que supo: que Aurobindo y la Madre eran la misma persona. Que Aurobindo y la Madre eran una síntesis de materia y espíritu.

"¿Cuál de los dos es la materia?", pregunté.

Bruno no me contestó. Creyó que no me tomaba en serio sus palabras. Siguió hablando.

Fue la Madre quien le aconsejó instalarse en Pondicherry; fue ella quien lo vinculó al ashram, donde Bruno trabajó como investigador

durante un tiempo breve, y donde más tarde comenzó a practicar el Yoga Supramental de Aurobindo. “Puede que me equivoque, pero en el proyecto de esos días había la intuición del mundo de hoy. Estaban los africanos, los refugiados políticos, los islamistas. Y ese es el problema: la incomprensión mutua, cómo te enfrentas al otro si ni siquiera sabes quién eres tú mismo. De hecho, lo fundamental es el cuestionamiento de la propia identidad cultural. El yoga cuestiona lo personal: todo lo personal es producto del ego, de influencias familiares, y hay que estudiar para encontrar lo que no viene dado”. Sus frases, de vez en cuando, asumían este hermetismo; pero había algo detrás de ellas, como si hubiera querido confesar algo y no se atreviera a hacerlo. “Eso creíamos. Pusimos a gente de civilizaciones muy distintas a vivir en el mismo sitio, y creíamos que la buena voluntad era suficiente. Creíamos que el pasado se eliminaba y eso era todo. Pero no: muy pronto nos dimos cuenta de que la tolerancia no bastaba, y para muchos fue una gran desilusión. Había que estudiar, trabajar. Había que saber lenguas, entre ellas el sánscrito, y eso tomaba tiempo. Creíamos haber llegado al final, cuando no habíamos hecho más que empezar”.

El trabajo: muy pocos estaban dispuestos a hacerlo. Al venir a la India, la intención de muchos era exactamente la contraria: dejar de trabajar, vivir del estatus privilegiado de las monedas duras. Habían perseguido una vida de ocio, pero sin llamarlo de ese modo: se usaban palabras como contemplación o meditación o paz, y se olvidaba que era el dinero occidental lo que permitía esa paz, esa contemplación. “Algunos venían a tomar el aire durante un año seguido, sin aportar nada. Fue necesario obligarlos a producir algo, aunque fuera una artesanía simple que pudiera venderse por diez veces su precio en Europa”. Pero Bruno aceptaba esa situación casi a regañadientes, como un mal (no tan) necesario. “Hay un lado empresarial de toda esta historia que me resulta muy molesto”, dice. “Demasiados gerentes, ¿me entiendes? Demasiada gente convencida de que Auroville es una empresa. Y son ellos los que se han impuesto con los años”.

En los últimos años, Auroville había crecido como una entidad en conflicto con el ashram y en conflicto consigo misma. En algún momento se había creído que los alumnos indios del ashram serían inmediatamente aceptados en Auroville; al descubrir que no era así, que los requisitos económicos los excluían de plano, los ashramitas se sintieron ofendidos. El espíritu de secta o de cofradía, que en principio había sido extraño a Auroville, ahora se manifestaba poco a poco: al interior de la comunidad había enfrentamientos radicales. Los nacionalismos europeos se exacerbaban: en Italia, decía Bruno, todo

italiano respetable despreciaba a Berlusconi; al llegar acá, todos comenzaban a defenderlo. “El arquitecto que diseñó el interior del Matrimandir es un italiano, Cicionesi. Y los italianos andaban por ahí diciéndolo con orgullo, como si les cupiera algún mérito. Sabes lo que es el Matrimandir, me imagino”.

Sí, lo sabía. El Matrimandir es el centro de meditación de Auroville. Es una construcción casi sobrehumana: una esfera hueca de cemento de más de veinte metros de altura, levantada sobre un cráter de cincuenta metros de diámetro y diez de profundidad, y recubierta de 750,000 láminas de oro que vibran cuando pasa el viento. En el centro físico de la esfera hay una Cámara Interna; en el centro de la Cámara un globo de cristal que costó en su momento más de 100,000 dólares, fabricado por Zeiss, Alemania, para los aurovilianos. Un rayo de sol, controlado por un heliostato computarizado, baja desde el techo y golpea en el cristal, y la refracción ilumina la sala entera con un tono levemente azulado que les sirve a los aurovilianos para meditar.

“El Matrimandir entero es absurdo”, dijo Bruno, consciente de que sus palabras eran un acto de herejía. “Su mantenimiento cuesta más que los salarios de todos los trabajadores de Auroville. Pero ya es tarde para convencer a la gente de eso. Uno se cansa de repetir lo mismo: ‘en un país donde la gente se muere de hambre’, etcétera, etcétera. No da resultado”. El Matrimandir había contribuido a los choques culturales, por supuesto, porque fuera de Auroville no se comprendía que semejante cantidad de dinero –mármol de Lasa y de Rajastán– se gastara en ese edificio megalómano.

Pero luego estaban también los choques pequeños, las europeas que iban desnudas a la playa y esperaban que a los indios les pareciera normal. “Es casi una provocación”, dijo Bruno. “¿Por qué no van a la playa privada de Auroville? Así podrán desnudarse si quieren, y no molestar a nadie”. No era imposible, decía, que en cierto tiempo asistiéramos a un enfrentamiento más en la larga historia de enfrentamientos entre Oriente y Occidente. Y eso sería para la Madre la tristeza más grande del mundo.

“Pero ella está muerta”, dije.

Bruno no me oyó. “Es que la cosa no es fácil, si te pones a pensarlo. ¿Cómo gerenciar un proyecto del espíritu? ¿Cómo es la economía que nos llevará a lo Supramental?”.

Pensé que respondería a sus preguntas. No lo hizo.

En algún momento, siguió explicando, se había intentado que el ashram tuviera el papel de consejero de Auroville, pero esto –que implicaría de seguro un cierto control económico– les pareció absurdo a los aurovilianos: entre ellos había gente que entendía de dinero, que veía el potencial mercantil de la empresa. Hoy en día, dijo Bruno, los nuevos aurovilianos deben comprar sus terrenos por un precio cinco veces superior al que pagaron los primeros gestores de Auroville treinta años atrás. ¿Quién puede renunciar a ese tipo de ganancias? "A alguien se le ocurrió entonces crear la Society, una organización que dirigiría Auroville desde Pondicherry. The Sri Aurobindo Society. Ah, sí. Una vez soñé que la Society se incendiaba. Fue un sueño feliz".

¿Era resentimiento lo que había en su voz?

"Sí, resentimiento, ya lo creo. Esto no es lo que se había pensado. Esto no es lo que nosotros planeamos hace treinta años".

"¿Qué planearon?".

"Un lugar de paz. Y lo que hay ahora es un lugar histérico. Todos se pegan con todos, son cuatro gatos que se molestan entre ellos. Ese es el lado sectario de Auroville: los unos contra los otros".

Bruno me aconsejó marcharme antes de que oscureciera –a su casa se llegaba después de superar un laberinto de caminos de laterita, todos iguales entre sí–, y le hice caso. Me acompañó al árbol donde había dejado mi moto, y me explicó que bajo un árbol similar se había sentado el dios Krishna. Les había robado los vestidos a unas pastoras que se bañaban en el lago; luego, había escogido el árbol y se había sentado a tocar la flauta en la sombra. "Era un dios bromista", dijo Bruno. Enseguida me dijo que muy cerca de allí, pero del otro lado de la carretera que llevaba a Pondicherry, había un templo dedicado al bromista, un pequeño templo, casi una casa de muñecas, que valía la pena visitar. Me explicó cómo llegar: entre los puntos de referencia que me dio estaban el Café Orly y el anuncio de Napoleón VSOP. "Conozca el carácter francés", recitó Bruno. "Eso dice en ese anuncio".

Entonces le pareció necesario contarme otra historia.

Una de sus vecinas indias había encontrado, al volver del baño, una serpiente negra que descansaba sobre la estera donde estaba su niño. No hizo nada al respecto: esperó a que la serpiente saliera, sin espantarla, sin tratarla con violencia. Y varias semanas después su niño enfermó gravemente. La mujer estaba desesperada. Rogaba a Kali, su diosa, que la ayudara; y Kali no respondía. Perdió la

paciencia. Un día enfureció y empezó a gritarle a Kali, a insultarla: "¡Aquí no hay médicos, tú lo sabes y no haces nada por nosotros!", me decía Bruno que decía la mujer. Al cabo de unas horas entró una cobra. Uno de los hombres levantó un palo y se acercó al animal, pero la mujer lo detuvo. "Saldrá por donde entró", dijo la mujer. Y así fue; pero cuando eso ocurrió, cuando la cobra se empezó a arrastrar hacia la puerta, el niño enfermo la alcanzó a ver, la señaló y dijo algo. A partir de ese momento comenzó a mejorar.

"A partir de ese momento", repitió Bruno, "comenzó a mejorar".

Jan, el holandés, me citó en casa de un conocido común, director de una ONG dedicada al asunto de los intocables. Era un departamento de segunda planta; la calle, siempre calmada pero casi muerta a la hora de más calor, quedaba en uno de los barrios indios del este de la ciudad, cerca de Mission Street. En un armario de puertas cristaleras había traducciones francesas de Alejo Carpentier, libros sobre el problema de las castas y folletos que denunciaban las atrocidades del fundamentalismo hindú. Jan estuvo hojeando uno de ellos mientras una mujer nos traía un té con leche recién hecho. Luego, en el salón fresco y bien ventilado, se sentó frente a mí sobre una silla de cuero, se sirvió una taza de té y empezó a hablar de manera automática.

Había llegado a Auroville en 1976, pero hubiera podido escoger cualquier otra parte como destino: no le interesaba llegar, le interesaba alejarse de Europa. Su abuelo había quebrado; el pastor de la comunidad le prohibió a su esposa, la abuela de Jan, que prestara dinero a su marido, y este, desesperado, se había suicidado ahorcándose. Jan entró al ejército y más tarde viajó a Israel –dos de las panaceas de la Europa de esos años–, y, fracasados aquellos intentos por imponer una mínima estructura sobre su vida, buscó donde veía que muchos buscaban. Descubrió a Vivekananda y a Aurobindo. "Pero, al contrario de lo que les sucede a muchos, nunca olvidé que tengo los pies en la mierda. Aurobindo dice: Un paso hacia arriba, un paso hacia abajo. La gente lo olvida".

Los primeros días fueron difíciles. Jan no sabía adónde había llegado; los indios le parecían cerrados y distantes. Dormía por cinco rupias la noche en el Guest House, la casa de huéspedes. Y luego llegó a Auroville: comenzó dedicándose, como muchos de los recién llegados, a la agricultura; como muchos de los recién llegados, enfermó casi de inmediato. "En tres años tuvimos sesenta y cuatro

infecciones de Hepatitis A", me contó casi con orgullo. "Yo mismo me jodí los riñones antes de que me diera cuenta". Lo llevaron al ashram para curarlo, pero él se negó: había oído hablar de la terapia de una mujer de Kerala que llevaba veinte años comiendo únicamente ajo. "Pesaba 48 kilos cuando cogí el tren para Kerala. Desde entonces, nunca he vuelto a enfermarme".

Entonces, ¿practicaba la terapia? ¿Se alimentaba tan solo de ajo?

"De ajo y de vino", dijo Jan. "Pero, claro, la cosa no es igual para todo el mundo. Si uno está al nivel mental de Aurobindo, no necesita ajo".

Pero él no era Aurobindo, me aclaró, y además su trabajo era mucho más agotador (y en este comentario percibí una ironía leve, apreciable por lo escasa en mis conversaciones de esos días): en cierto momento notó, después de tres días de agricultura, que el dinero se le había acabado, que todo había ido a parar a la comunidad. Pero no habló del tema con nadie. "Auroville es una de las comunidades más adineradas del mundo, pero aquí nadie habla de dar plata. Uno se entrega a la Divinidad, confía en lo que va a pasar, y no se cuestiona renunciar a todo". Después de su recuperación supo que seis meses atrás había recibido dinero desde Holanda, y que el banco se lo había guardado sin dar aviso de ningún tipo. "Así se hacen ricos", dijo.

Por esos días decidió montar su escuela, una escuela nocturna.

"En Auroville está el dinero. Para que un indio pueda ganarlo debe hablar inglés. De lo contrario, nunca conseguirá trabajo en Auroville. Inventé un lema, a los indios hay que darles un lema. ¿Quiere que se lo diga? I don't want to be a fool, that is why I go to school. Es muy sencillo. Pero no fue tan sencillo que vinieran a clase. No les interesaba". ¿Ha cambiado en algo esa situación? "Ahora, cuando se habla de Auroville, se habla de poder. Poder económico, poder político. Quién lo hubiera dicho hace treinta años". Me contó que en cierta oportunidad las autoridades de Pondicherry habían tenido la intención de pavimentar el territorio, e incluso llegaron a hacer arrestos contra quienes se les oponían, pero el asunto fue a juicio y Auroville ganó esa batalla.

"Aquí no hay jefes, pero sí hay líderes. Íbamos a reuniones organizadas, curiosamente, por un francés. El espíritu de esas reuniones era como un avance de lo que pasa ahora".

El enfrentamiento entre Auroville y las autoridades tenía varias

caras, y el asunto del pavimento era una de las menos importantes. En esas reuniones se discutía ese enfrentamiento; se hacían listas negras, y el que no estaba con los reunidos no era un verdadero auroviliano. El francés echó a todos los indios que hubieran estado relacionados con el gobierno, y llegó a quemar todos los libros que no estuvieran relacionados con Aurobindo. No fue el único desmán cometido: todavía se recuerda en Auroville el día en que el francés y sus seguidores bañaron con cemento fresco a un grupo de ashramitas que venían a visitar el Matrimandir.

"Las relaciones de Auroville con los indios no son las que uno quisiera", dijo Jan.

A él, sin embargo, eso le había convenido. En 1982, después de que un auroviliano alemán tuviera un fuerte enfrentamiento con las autoridades de Madrás (de las razones Jan prefería no hablar) y se viera obligado a dejarlo todo y regresar a Europa, Jan se quedó con su casa. El alemán, dueño de una empresa aseguradora, era uno de los hombres más ricos de Auroville. "Tenía una casa inmensa, con piscina y todo", dijo Jan. "Yo acababa de montar un grupo de danza, y veintitrés niños indios vinieron a vivir a casa. El hombre, este alemán, me pidió que le permitiera tomar parte en la escuela nocturna, ya sabe, para verse mejor, para mejorar su imagen. Y a cambio me dio una participación en su aseguradora. Cuando se fue, tomé mi parte de esa compañía y se la regalé a Auroville. Al alemán no le gustó. En el contrato decía algo que yo no había leído. Así que tuve que ir a Alemania y trabajar gratis para pagarle. Auroville es así".

"¿Cómo?".

"El dinero va todo para los europeos, nada queda para los indios. Fíjese en el Matrimandir. Madre decía que el Matrimandir era muy importante, pero que los tamiles eran importantes también. ¿Importantes cómo?, me pregunto yo. ¿Como limpiadores de mierda? Todo este dinero va al Matrimandir, no a los tamiles. ¿Dónde está la comunidad de pioneros que se quería al principio? Déjeme que se lo diga, yo estoy muy desilusionado, hay mucha gente desilusionada. Hasta estuve a punto de no volver a la India después de mi último viaje".

"¿Cuándo fue eso?".

"En el 92. Llevaba varios años en Europa, mi padre tenía Alzheimer, estaba muy enfermo. Iba a morir en cualquier momento, y yo quería estar presente. Fui un vagabundo en Europa. Viví con una

mujer ciega. Viví en la Gare du Nord de París. Viví en el sur de Francia, cambiando trabajo por comida. Nunca viví en Holanda. Holanda no sirve para eso. Es una época curiosa de mi vida: es curioso buscar formas de perder el tiempo mientras esperas a que muera tu padre. Estuve en Inglaterra por azares que no vienen al caso. Estuve aquí y allá, siempre listo para recibir la llamada e ir al entierro. Pero el entierro nunca llegó. Después de unos días en Finhorn, decidí que tenía que volver a Auroville".

(Finhorn es una comunidad de meditación con sede en Escocia. Según sus postulados, su trabajo "se basa en los valores del servicio planetario". Creen que "la humanidad se encuentra en medio de una expansión evolucionaria de la conciencia". Buscan "la sintonía con la divinidad de todos los seres vivos").

"Y entonces volvió", le dije.

"Sí, volví. Volví en octubre del 92. Mi padre murió en enero del año siguiente".

Tal vez había contado antes la historia, porque en este momento hizo una pausa de gran efectividad dramática.

"En esos años entró mucha gente rica a Auroville. Se volvió demasiado fácil tener una casa grande, tu propia moto, todo eso… Pero volver a entrar, en cambio, no fue fácil. Quiero decir, no fue automático. Como habían pasado más de cinco años, yo había perdido todos mis derechos en la comunidad. Tuve que aplicar de nuevo. Pero no tuve que pasar por el año de aprobación, en eso tuve suerte. Y sin embargo… Toda mi vida dedicada a Auroville, y luego te eliminan como si fuera un club social. Y es paradójico, porque a mí ya ni siquiera me interesa Auroville. Me interesan los indios, y los indios, a su vez, interesan muy poco en Auroville. Hacer el Matrimandir cuesta mucho dinero, pero es fácil. Lo difícil es trabajar en los pueblos de Tamil Nadu. Enseñar a tejer, a pescar mejor. Esas cosas no interesan en Auroville. En Auroville solo interesa el dinero. Ya hay varios millares de personas. La inmensa mayoría de los indios son empleados. Un indio nunca tendrá en Auroville las mismas posibilidades que un europeo. Es cuestión de dinero".

Bruno me lo había sugerido –o más bien me lo sugirieron involuntariamente sus dudas y sus palabras a destiempo, ciertos gestos reticentes y el bienvenido escepticismo de hombre mayor–, pero yo no estaba preparado para el cuadro que el holandés parecía dispuesto a pintarme. Yo sabía, porque se comentaba con frecuencia entre los

aurovilianos –y entre sus críticos–, que Aroma, la fábrica de incienso que se había convertido en una de las empresas más lucrativas de Auroville, había sido trasladada fuera de la comunidad cuando los salarios de los trabajadores aurovilianos se hicieron demasiado elevados: había que buscar mano de obra más barata, y varios indios aurovilianos se vieron obligados a buscarse otro empleo. Y este era apenas uno de los escándalos íntimos que en los últimos meses se habían presentado en la Ciudad Que No es de Nadie. ¿Así que en eso se había convertido el proyecto supramental de la Madre? ¿En una Utopía de la comodidad, un Brave New World para monedas duras? Durante esa semana, el director de una ONG (que nunca ha mirado Auroville con buenos ojos y no se esfuerza por ocultarlo) me diría algo tajante: "Es un Club Med esotérico. Poco más".

Y el holandés parecía, a veces, estar de acuerdo. Auroville, me explicaba, se había vuelto el destino de los más perezosos, del ocio occidental. "Hubo una vez una limpieza en Goa", me dijo. Goa es un paraíso extraoficial del Occidente más escapista, un cóctel industrial de prostitución y drogas muy buscado por los hijos menos lúcidos del hippismo. "Y todos vinieron a Auroville. Es que aquí hay comodidades. Al ser aceptado, uno gana comodidades que en Europa son imposibles. Por lo menos por el mismo dinero". Me contó que en cierta ocasión una mafia había tratado de meter a trescientos rusos de contrabando. "Pero los logramos echar. Solo quedaron cien".

"¿Y qué les ha pasado?".

"Muchos se han ido ya, pero el daño está hecho. Eran algo terrible. Auroville ha ganado muy mala reputación, en parte por su culpa. Yo he oído cosas, cosas que me duele repetir… he oído que en Auroville se hacen negocios raros… eso no es cierto, nada de eso es cierto. Dicen que Auroville comercia con armas, ¿se imagina usted? Eso no es cierto, se lo juro. Hay gente interesada en que Auroville no prospere. Y hay gente que simplemente no entiende una ciudad como esta".

No dijo "como la nuestra". No se refería a Auroville en los términos orgullosos de otros aurovilianos: no se sentía parte de una nueva raza. Para mí resultaba evidente con cada nueva frase suya que no se sentía parte de nada, que su estadía en este lugar –su estadía transitoria– era tan solo un nuevo intento por encontrar un lugar en el mundo.

Le pregunté en qué habían quedado entonces los presupuestos espirituales de la Madre. Se encogió de hombros. ¿Y las religiones?

“Aurobindo es muy claro con el significado de los dioses. No rechaza ninguna religión, y en Auroville pueden coexistir todas. En teoría. Los empleados tamiles de Auroville hacen la puja de Ganesh: por supuesto que hay todo un significado espiritual detrás, pero lo hacen solo por superstición. Las religiones, si me permite, solo lo enredan todo. Una cosa es espiritualidad y otra muy distinta es religión, ¿ve usted?”. Le dije que sí, que veía. “Es que a mí no me gustan, qué puedo hacer. Las detesto. Detesto a estos malditos brahmanes, son tan desagradables. Pero los católicos son peores. El hinduismo, comparado con el catolicismo, está mucho más vivo. Los católicos están locos. Fíjese en lo de Ruanda. Todo es culpa de los misioneros. Auroville podría ahorrarse lo de la religión. Y, al mismo tiempo, para mí es claro que Auroville no hubiera sido posible en otra parte. En el norte de la India, sin ir más lejos, a mí ya me habrían asesinado varias veces. Pero aquí la gente es más dulce. Auroville es lo que es gracias a Tamil Nadu. ¿Y cree usted que los indios se han beneficiado en algo de todo este espectáculo? No, para nada. Y son gente sorprendente. Son muy materialistas, pero tienen un ingrediente divino”.

El holandés se rascó el brazo.

“Aquí te frotas un poco y encuentras lo divino”, dijo. “En Occidente te frotas y te frotas y no sale nada”.

Uno pasa por Auroville, por sus colonias rodeadas de bosques enteros, y ve las casas con piscina y los edificios de estilo a veces europeo y a veces más asiático, y ve las fachadas inevitablemente urbanas de las empresas que alimentan a los habitantes (hasta que comienzan a funcionar tan bien que sus dueños las trasladan a lugares donde el lucro no sea mal visto), y camina por los caminos de tierra –de esa tierra que ahora, tras las reforestaciones, es varios grados centígrados más fresca que hace treinta años–, y atraviesa los pueblos tamiles que han sido devorados por la Sociedad, o, en otras palabras, que tienen la mala fortuna de haber sido construidos en terrenos que Auroville ha ido adquiriendo (¿pero cómo podían prever los indios que algo como Auroville ocurriría?), y, si levanta un poco la cabeza, puede ver las antenas parabólicas que distinguen a los aurovilianos más pudientes de los demás… Yo había alquilado una moto, y una mañana, antes de ir a un pueblo de pescadores de Coromandel para hablar un poco con ellos, recordé que Bruno me había contado de la playa privada de Auroville, y me di cuenta de que no me había sorprendido entonces lo que habría debido sorprenderme. ¿Una playa

privada? ¿Auroville tenía una playa privada? Habría debido preguntarle en qué podía consistir el carácter privado de una playa en el caso de una comunidad como Auroville, cuyos estatutos dicen, en su primer punto: “Auroville no pertenece a nadie en particular. Auroville pertenece a la humanidad entera”. Pero en ese momento no lo hice, y ahora llegaba, casi sin buscarlo, al sendero que partía hacia la playa desde la carretera principal. Al final, el sendero estaba cortado por una puerta, y en la puerta un letrero ponía enfáticamente:

Playa privada. Solo para aurovilianos.

La playa se llama Eternity Beach. Ese día, por lo menos, estaba vacía. Pero es verdad que el cielo se había nublado un poco, y es verdad que tal vez fuese muy temprano.

“Auroville es una creación de Madre”, me recordó el señor Arya la siguiente vez que fui a verlo. “Sigue siéndolo. Madre construye Auroville a través de sus seguidores”. En los últimos días se había celebrado el aniversario de la independencia india, y se hablaba mucho en los medios de la identidad india, del significado de lo indio, de las opiniones de Occidente sobre lo indio. Tradicionalmente, la India ha dado mucha importancia a la imagen que Occidente tenga de ella; los esfuerzos sociopolíticos –desde la inmensa industria del cine hasta la bomba atómica– parecen conducidos a formar esa imagen, pero en realidad contribuyen, y quieren contribuir, a perpetuar la imagen que Occidente ya se había formado por su cuenta. Sobre todo esto, y sobre el hecho de que cientos de indios hubieran aceptado la regencia espiritual de una mujer francesa sobre sus vidas, le pregunté al señor Arya. “India es una gran nación”, se limitó a responder. “Sri Aurobindo dijo que el futuro era grandioso”. Pero más tarde, hablando de otra cosa, empezó a contarme de sus viajes astrales. “Yo tengo la habilidad de abandonar mi cuerpo a voluntad”, me explicó. Era algo que había aprendido de la Madre. Me habló de las cosas que ella le había contado: cómo, desde muy niña, ella salía de su cuerpo y volaba sobre París, y podía ver sus anteriores reencarnaciones (en otra vida había sido princesa). “Mi alma seguirá buscando a la Madre cuando el cuerpo haya muerto”, dijo el señor Arya, conmovido por el recuerdo. “Y, gracias a ella, en mi próxima reencarnación seguiré sirviendo al mundo”.

EL TEATRO DEL CRIMEN

Fabrizio Mejía Madrid

I

Las cruces en el desierto, algunas con nombres y otras con la palabra "desconocida", las madres, hermanos, novios dolientes, los grupos de cazadores de restos humanos, las frases acuñadas por dos gobernadores de Chihuahua, uno de cada partido en la fiesta de las boletas ("El índice de homicidios en Juárez no es más alto que la media nacional", "Propongo que los ciudadanos honestos se autodecreten un toque de queda. Así los malosos serán los únicos en la calle después de las diez de la noche"), los detenidos que declaran que han confesado bajo tortura, las mujeres –hermanas, madres, amigas, colegas de las víctimas– que van y vienen con velas, cruces, fotografías sin avanzar, las hipótesis sobre rituales de iniciación a la mafia, ocio de los sicarios, negocios de cacerías por internet, videos snuf, tráfico de órganos, los enfrentamientos entre policías locales y federales, la red de protección política de algunos sospechosos, la negación de la mayoría, el silencio. Las muertas de Juárez son el límite de lo pensable en el país: la negación colectiva de que una cadena de asesinatos cometidos en el poniente, sur y suroriente de una sola ciudad no es digerible sin pensar en una basta complicidad de autoridades policiacas, funcionarios y asesinos. La opinión pública ha decidido que solo puede pensar ese límite mediante una cifra que aumenta cada vez que la noticia es la de su propio aumento: 297, 298, 299, 300, 301. Lo demás sería pensar que la política, las mafias, y la policía, un día, podrían matarnos al azar.

II

Llego a Ciudad Juárez en la misma semana de octubre del 2002 que la Sociedad Interamericana de Periodistas decretó a la franja

fronteriza como de “alto riesgo”. No es que yo sea periodista, pero quién va a saberlo cuando me encuentren tasajeado en el desierto. Esa es la idea edificante que tengo en la cabeza mientras camino por las calles de Juárez buscando una explicación, además del azar, para que en este lugar, donde se han sacrificado oficialmente a 275 mujeres en nueve años y extraoficialmente a casi 400, se cuenten ya en dos veintenas los ejecutados en lo que va del año.

La noticia del día es que un ama de casa de la zona suroriente de la ciudad disparó en la madrugada contra un muchacho de quince años que intentaba entrar a robarle. Lo mató. Su razón es clara: “Si no me defiende nadie, yo estoy aquí para hacerlo”, sale su voz del radio del chofer del autobús. A pesar de que el camión circula muy cerca del lugar donde ocurrió el homicidio de esta mañana, la gente no se inmuta. La violencia parece tener ese rasgo en Ciudad Juárez: es tan cotidiana como lejana. Sin embargo, los juarenses tienen ya las manías que solo había visto en el D. F.: poner seguros a las puertas, viajar –a pesar del calor– con las ventanillas cerradas, abstenerse de la noche.

–¿Para qué andar en la calle a las tres de la madrugada? –se pregunta José Luis Rueda, dueño de una farmacia–. Si andas ahí, es que buscas problemas.

En buena medida la idea es errónea: las ejecuciones han sucedido a plena luz del día. A pesar de los datos la idea de una noche más violenta que el día se ha extendido y las decenas de antros sobre Avenida Juárez, en torno a los puentes internacionales, y en el centro de la ciudad, lucen un tanto muertos. Los jóvenes cuentan que en el Yankees Bar se encontraron cierta madrugada dos congestionados sicarios. Se retaron con la barbilla y se acercaron uno al otro, desenfundando.

–Yo creo que si no vas a bailar, vas a tener que irte –dijo uno.

–Más agüita irse tan temprano –respondió el otro.

Y se pusieron a bailar.

III

Sin duda, una de las señales de las víctimas de la nueva violencia

es la soledad. El penúltimo ejecutado era “madrina” de la judicial federal, pero una vez asesinado, envuelto en una cobija y arrojado casi a las puertas de la Unidad Especializada Contra la Delincuencia Organizada (UEDO) en el clasemediero fraccionamiento Los Nogales, la vícitma ya no tenía nombre. Tuvo que identificarlo una mujer, también sin nombre, que dijo haber sido su novia. La falta de identidad oficial es uno de los signos que solo alcanzo a leer como la provisionalidad de todo. No obstante que Juárez fue fundada casi en cuanto Núñez Cabeza de Vaca pasó por ahí solo y habiéndose comido a sus propios caballos, la extensa ciudad sobre el desierto se mira a sí como un paso hacia otros sitios definitivos. Los cuarenta mil baldíos en los que todavía cabrían un millón más de nuevos inmigrantes, el hecho padecible de que sólo esté pavimientada en un cuarenta por ciento, y de que el diez por ciento de las casas sean de cartón, ayuda a sostener su carácter de territorio pasajero. De hecho, me resulta aterradora la enorme cantidad de no-lugares que ha desarrollado en estos últimos diez años: largas paredes a ambos lados de los parques industriales, gasolineras fantasma, callejones de bodegas y contenedores que funcionan como bardas, líneas de bares, antros y lupanares que solo abren hasta el atardecer. Si algo permite la ejecución, el secuestro, el asalto sexual es esa soledad de las ciudades desiertas.

IV

Doscientas cincuenta y siete muertas oficiales que no tienen más rasgo en común que ser mujeres jóvenes. Tres cuartas partes no eran empleadas de maquiladoras, sus grados educativos varían (quince por ciento eran estudiantes menores de diecinueve), en casas pobres de la ciudad expandida en fraccionamientos por el sur, suroriente y poniente. Pero el rasgo común es que eran peatones. Caminaban largas distancias para tomar un transporte hacia el otro lado de la ciudad. Las muertas no tenían coche y, sin duda, eso es una condena en una ciudad planeada para automovilistas y camiones de carga: los amplios bulevares no guardan relación alguna con la cantidad de coches que andan por ellos. Los linderos donde entroncan las avenidas que desembocan en los puentes internacionales agobian a cualquiera.

Pero no tengo idea de lo que digo como pasajero en tránsito: en el cruce de dos importantes avenidas –Ignacio Mejía y Américas– una

mujer en minifalda de mezclilla deslavada no puede sino mirar al infinito cuando grupos de hombres maduros se reúnen para escudriñarla, los automovilistas se detienen para ofrecerse a llevarla, los camioneros la claxonean. No, no tengo idea.

V

A Antonio Chávez Cortés, el trigésimo noveno ejecutado del 2002, lo mataron a golpes y en una cobija apareció a espaldas de la UEDO. Era un policía sin credenciales. En la ciudad se comenta que su muerte es parte del ciclo de venganzas de un muchacho de diecinueve años llamado Hugo Iván García, el Dream. El 25 de julio, el Dream se había escapado de la cárcel de Juárez, ayudado por su madre, también presa, y por los custodios. Veinte días después, el Dream y sus sicarios hablaban con unos policías estatales en las calles de Hacienda de las Torres. La charla versaba sobre la posibilidad de que dejaran escapar a la madre del Dream a cambio de dinero y drogas. La negociación se puso tensa y terminaron a balazos. El Dream huyó pero fue detenido ese mismo día por la policía federal. Se supone que el ejecutado número 39 participó de alguna manera no muy clara en este episodio. Para la policía judicial es signo de que se avanza en la lucha antinarco.

En la dispersión que dejó en la mafia la muerte de Amado Carrillo, un ejecutado puede ser signo de que ahora las policías deben pactar con unos y con otros para, al final, terminar traicionando a alguno. Las policías y los ministerios públicos funcionan como una forma de relación entre bandas armadas: por medio de ellos se envían mensajes. Un ejemplo: una parte de la procuraduría en Ciudad Juárez cita al dueño de Auto Value, Fernando Ramos Vargas, para reabrir el caso en el que su esposa, la cuñada de Amado Carrillo, Linda Sandoval Sanders, fue asesinada; otra parte de la procuraduría se niega a reabrir la investigación en vista de que, en ese episodio, el empresario terminó secuestrado. El mensaje no es que se vaya a investigar, sino que hay turbulencias entre los herederos de Carrillo Fuentes. El chiste es saberlo leer.

La manera en que se usan los cadáveres también es un lenguaje. En la era del piercing y el body art, los cadáveres están cifrados: cómo murió, dónde lo o la aventaron, y en qué momento. El ejecutado de

esta semana, todavía sin identidad clara, fue encontrado en un deportivo en el norte de la ciudad. Estaba quemado.

–Eso quiere decir que a alguien de más arriba le va a llegar el calor –me explica César Martínez.

–¿Y la cobija?

–A veces no es muy elaborado: el 'Madrina' cobijaba a alguien y éste lo envió de regreso. Ya no me sirve tu protección, no la necesito, no me importa. Toma tu cobija. Ese es el mensaje.

–¿Y las muertas? –le pregunto. Me obsesiona el tema, como al resto de la opinión.

–A unas les falta el seno izquierdo, otras tienen mordidas, a unas ocho las aventaron justo a la entrada de la Asociación de Maquiladoras. Otras presentaban rastros de haber estado refrigeradas. Eso quiere decir que las sacaron cuando era conveniente, para que el cadáver creara un efecto. Son mensajes.

–¿Pero de qué? –me abismo.

–Ah, pos eso, ni ellas lo supieron –remata César.

A César lo conocí hace casi diez años, la última vez que estuve por acá. Era dueño de un billar. Ahora regentea un neotabledance: ladies & pool. Cada noche se rifan boletos para que los espectadores se metan a una tina con dos o tres mujeres desnudas. Repruebo su nuevo negocio con el argumento de que se están acabando los billares.

–Sigue siendo pool, ¿no? –se defiende César, y su barriga tiembla de risa debajo de su camisa hawaiana.

VI

A la teoría del enfrentamiento entre narcos, le sigue otra explicación para la nueva ola de violencia en Juárez: la población crece al 4.3 % anual, mientras que las maquilas han despedido a sesenta mil trabajadores en un año. La percepción local es que los jóvenes sin empleo se están alquilando como sicarios y las chicas como table-danceras. Así, las víctimas se presentan como culpables de

su desenlace violento –un deporte del imaginario nacional desde 1968–. Pero esta imagen tranquilizadora no explica por qué han sido asesinadas trabajadoras, estudiantes, jóvenes en su paso a Texas. Del lado de los verdugos –se argumenta– están también los desesperados por el repliegue de las maquilas. Los sicarios cazan a estos nómadas de a pie y estarían usando el femicidio como iniciación a una mafia, competencia y reto a vencer.

Por supuesto, ninguna de estas razones explica el clima de miedo en Juárez. No se ve a la policía por ninguna parte y la que hay, los de tránsito, se guarecen de los 36 grados bajo los árboles. Dice la comunidad que ahí reciben sus pagos por dejar hacer a los dealers. Los encuentro de tanto en tanto limpiando sus bicicletas. Pero, nuevamente, no tengo idea: una camioneta con placas de Arizona disminuye el paso y sigue a una peatona, algo rechoncha. La mujer ni siquiera mira al interior. Simplemente, se descalza, se arranca los zapatos de tacón, y se echa a correr.

VII

El origen de la violencia en Juárez acaso sea una extraña mezcla entre narcotráfico, ritos de invulnerabilidad –impunidad ritualizada–, y la extinción de lo comprobable. El primer dato disponible comienza cuando en 1983 Henry Lee Lucas confesó haber cometido más de mil crímenes y fue acusado de 156. Una mañana de 1978 él y su amigo-amante, Ottis Toole, entraron a un estacionamiento de un mall en San Antonio, Texas, y vieron a una niña de nueve meses en una silla con pañales y biberones. Como la puerta del automóvil estaba abierta, tomaron a la niña. Para dormirla en el viaje de seis horas hasta un rancho en México, le inyectaron heroína. Una vez en el rancho, en las afueras de Ciudad Juárez, entregaron el bebé a la secta satánica a la que dijeron pertenecer, La Mano de la Muerte, dirigida por un tal don Meteric. “Hice más de treinta y cinco viajes a México, llevando en cada uno tres o cuatro niños. Normalmente eran niños pequeños, de entre cuatro y once años. Me daban mil dólares por cada cargamento”, le confesó a su psiquiatra, el doctor Joel Norris. Aparentemente, los niños eran sacrificados cerca de Ciudad Juárez y su sangre y carne comida en rituales satánicos cuyo objetivo era la invulnerabilidad de sus miembros. Dedicados originalmente a la introducción de drogas a Miami y al robo de autos con destino a México, la secta también

comenzó a producir videos snuf. Su primera víctima fue una stripper pelirroja de Denver a la que Ottis y Henry drogaron hasta llegar a México. Le siguieron decenas de putas, autoestopistas, adictas que se subían al coche con la promesa de "en la fiesta a la que vamos va a haber toda la mierda que puedas meterte". Todas fueron actrices de una sola película.

En 1986 la incredulidad de la opinión pública fronteriza empezó a dudar de los asesinos seriales. El FBI no encontró evidencias de la secta, aunque sí armas y opio en unas bodegas de la zona portuaria de Miami, donde Lucas dijo que La Mano de la Muerte los había contactado. Se acusó a la policía texana de querer resolver con dos detenciones cientos de casos no resueltos. Aislado de todos, Henry Lee Lucas se apropió de esa versión: "No he matado a nadie, más que a mi mamá", declaró a los medios, y confesó ya no saber si sus declaraciones eran las que la policía le había indicado o recuerdos propios de asesinatos reales. Condenado a muerte para 1990, su ejecución se retrasó por problemas periciales. Ya para entonces Henry Lee Lucas decía ser el autor de la más grande puesta en escena para exhibir al sistema de justicia estadounidense. Convertido en un católico fundamentalista, decía ser un simple vagabundo de la interestatal 35, tuerto, alguien que nunca conoció a su verdadero padre, pero dispuesto a morir por los pecados de otros. Simón del Desierto.

Ese es el origen: cientos de homicidios a los que les faltaba, desde entonces, un culpable.

VIII

Vuelvo a Ciudad Juárez y solo puedo pensar en lo que aquí ocurre: la matanza. No tenía yo ni dos horas en Juárez cuando tuve una intensa necesidad de subirme a un avión de regreso. La ausencia de policías en las calles, el calor acumulado dentro del concreto, el miedo que se palpa en el transporte público, debajo de los puentes pensados solo para los tráilers, me pesó. Me encierro en un cuarto de hotel a contar las horas antes de mi vuelo de regreso. Y me siento fatal, por no poder sobreponerme a mi propio pánico. Enfrentado al límite de lo políticamente pensable, me desarmo. Solo la negación podría hacerme salir de nuevo a las calles de Juárez.

IX

Lo que ocurre ahora en Juárez preocupa en sí mismo, pero también porque algunos de los eventos culturales más profundos se han expandido desde ahí. El triunfo de Fox contra el PRI no puede explicarse sin la toma del puente internacional Juárez-El Paso en 1984. Y el hecho de que el entonces defraudado candidato panista, Francisco Barrio, hablara con Dios contiene ya los usos que el actual gabinete hace del arrebato místico. Encerrado en un cuarto de hotel, insomne, quisiera caminar valientemente por la Juárez nocturna en busca de una cubeta de cervezas y de alguien que me explique qué hicimos para ir de la prosperidad maquiladora, la democratización anti-PRI y Juan Gabriel para llegar a la violencia de los herederos de Amado Carrillo, las elecciones que deben anularse hasta tres veces y el dominio de la tambora sinaloense. No existe quien pueda comprenderlo. Puede ser que la nueva violencia comenzara solo zentre narcos y acabara expandiéndose hacia otros grupos menos poderosos, otros fraccionamientos, otros horarios. Puede ser que lo pasajero haya caído en el abismo cultural de pensar en el que va caminando como un no-humano, un simple mensaje a cifrar con su tortura y ejecución. Puede ser que en Juárez estemos pagando los platos de las técnicas de la guerra sucia con una desaparición selectiva, al azar, de cualquier forma. Puede ser que sea este el nuevo paisaje después del fin de los grandes cárteles, el fin de la maquila como solución mágica, y del inicio, no sé, de la resignación a morir ahora y prosperar después. O callar ahora y seguir viviendo con la conciencia sucia de los cadáveres apilados en las dunas del desierto.

FANTASMAS TERRIBLES DE UN EXTRAÑO LUGAR

Cristina Rivera Garza

LETICIA HERNÁNDEZ GARZA

Conoció a Ángel cuando entró a la preparatoria. No le cayó bien al principio, pero la hacía reír con un montón de tonterías. Era divertido. La invitaba al cine. Le regalaba flores. Le decía que no podía vivir sin ella. Era solícito; se ofrecía a llevarla en su cochecito rojo a donde tuviera que ir. Su vehemencia terminó por apabullarla. Y, ya casi al final de la prepa, se hicieron novios de verdad.

Pero Ángel era muy celoso. Le hacía panchos por cualquier cosa. Una vez le hizo un drama gigantesco porque un compañero de natación le regaló algo y él no lo pudo tolerar. Poco a poco se dio cuenta de que era bien absorbente y controlador. Le dio un primer jaloneo, creo una cachetada, cuando ya tenían como un año de salir como amigos. Y Lili dejó de hablarle por un tiempo largo. No sé cómo o por qué regresó con él. Al principio Liliana vio eso como un juego, algo inofensivo, una señal más de su vehemencia, pero al entrar en la universidad, él se volvió más violento. Liliana estaba ampliando su mundo y conocía a personas que él no podía supervisar. Su mundo, el de ella, estaba dando un vuelco. Y el de él seguía siendo más o menos el mismo. Ángel la jaloneaban los dos, pero la fuerza de un hombre es distinta, además, le decía que estaba gorda.

RAÚL ESPINO MADRIGAL

Estaba a punto de partir cuando la divisé corriendo por los pasillos. Tenía casi una hora esperándola y ya temía que me hubiera dejado plantado. Empezaba a ponerme de malas, pensando que no llegaríamos a tiempo a ver la película. Pero fui a encontrarla, ¿qué onda?, le pregunté. Se disculpó profusamente y me explicó que había

tenido un contratiempo. Me dijo que había recibido una visita inesperada. Como me sacaba de onda que no me dijera bien a bien qué pasaba, le pregunté si era algún pariente. Entonces, ya cuando había recobrado el aire, me platicó que se trataba de un tipo que había venido del pasado. No me acuerdo exactamente de las palabras que usó para referirse a él pero no lo llamó "mi exnovio" ni utilizó su nombre. En su lugar, enunciaba términos genéricos como "alguien con quien hubo historias", o "alguien que pertenece a la historia" o "alguien que apareció del pasado", entre que ella no quería contar más detalles y yo tampoco quería preguntar, puesto que no quería oír respuestas que involucraran a otro hombre, guardé silencio.

Después de calmarnos, me platicó que no le había quedado de otra. Que ese tipo llegó a su casa y que no le había dado chance de nada. Que lo había tenido que escuchar. El tipo estaba muy alterado y lo había tenido que tranquilizar. Debiste mandarlo a la chingada, Liliana, le dije. Nosotros teníamos nuestro plan. ¿Por qué soy yo el que tiene que quedarse solo aquí, esperándote? Ella no me contestó. Parecía perdida dentro de sí misma. Finalmente le pregunté qué onda con ese fulano. Me miró directamente a los ojos. Ya te dije, es alguien que pertenece al pasado, repitió. Alguien que pertenece ya a la historia, y que no significa nada para mí.

Estamos en el presente, Raúl, añadió. El pasado no pertenece al presente, así que no cuenta.

Pero justo admitió que había sido algo más grave. El tipo llevaba "una de esas cosas que disparan balas", y esa frase sí la recuerdo textualmente porque me impactó. Liliana acompaño la revelación de un gesto peculiar: apuntó el pulgar y el índice desde el interior de la chamarra. Ahí me quedé congelado, con la cabeza dando vueltas. Pasé del enojo por la tardanza a considerar en serio lo que me contaba en cuestión de segundos. Me preocupé por ella y pregunté si estaba bien. Ella asintió. Por lo que entendí, la amenaza era hacerse daño él mismo, suicidarse, ¿Quieres decir…?, le pregunté, nada más para asegurarme de que estaba entendiendo. Y ella volvió a asentir. Por eso había tenido que esperar a que se calmara y, en cuanto pudo, había arrancado a encontrarse conmigo porque sabía que estaría esperándola.

No le pregunté qué había hecho para calmarlo. No le pregunté dónde estaba ese hombre o a dónde había ido. No se me ocurrió voltear a ver alrededor para comprobar que no nos estuviera acechado detrás de algún matorral.

Todo fue muy raro en ese momento. La mezcla del enojo con los celos no me dejaba entender de quién estábamos hablando. ¿Cómo era que, de la nada, aparecía un personaje así? Y, todavía más, ¿qué implicaciones tenía para su vida, o para la mía con ella? El tema del arma era asunto aparte. Era, por supuesto, algo absolutamente ajeno para mí. Nunca había tenido el más mínimo contacto con algo similar, ni de la manera más remota. Era algo que, simplemente, no existía en mí mismo. Un arma. Alguien con un arma en la ciudad.

Me escandalizaba que Liliana estuviera metida en algo así, pero ella me dijo entonces que no había problemas, que todo estaba bajo control. ¿Estás segura?, le pregunté. Sí, me dijo.

Y yo le creí.

¿Qué hacemos entonces?, nos preguntamos después de un rato, dándonos cuenta de que seguimos ahí, sentados sobre el borde del pasillo en una escuela casi vacía a esa hora. Lo importante es que estás bien, le dije. Sonreímos sin ganas, como si hubiéramos corrido un maratón y tuviéramos mucha sed. Vimos el reloj y nos preguntamos qué podíamos hacer para aprovechar el resto de la tarde. Nos incorporamos casi al mismo tiempo y salimos hacia el cine a toda velocidad, sabiendo que llegaríamos tarde a la película. El cambio fue súbito. De repente ya estábamos corriendo, atravesando la ciudad en una combinación de metro, autobús y taxi, y encontramos a mis amigos en las primeras filas del cine. Alcanzamos a ver un cachito de Acusados, con Jodie Foster, que estaba de estreno esa semana. Debió de haber sido marzo. Sí, marzo de 1959.

NORMA XAVIER QUINTAN

La única vez que le supe de un novio se trataba de Ángel. Bueno, habría que corregir: un exnovio, no su novio. Creo que nunca lo llegué a ver en persona. Sabía que él a veces la llevaba a la casa de Toluca, que a veces pasaba por ella a la universidad y, a veces, la esperaba en el departamento de Mimosas. Realmente no sé si solo vi una foto suya, pero lo tenía ubicado físicamente. Él andaba en una moto roja, muy ruidosa. O en un sedán negro. Un auto compacto. Lo que sí me acuerdo es que era una relación de la que ella quería salirse, pero que no podía. El tipo era muy insistente. Ella andaba, o parecía que andaba, con Manolo, pero Ángel insistía todavía en que era su novia.

Nunca vi ninguna escena de violencia entre los dos.

ÁNGEL LÓPEZ

Yo me topé con Ángel un par de veces. Un hombre raro. Nunca tuvimos una conversación directa. Llegó a la escuela alguna vez y lo vi de lejos. Alguien me comentó que ése era el amigo de Liliana y deduje que era, o había sido, su novio. Pero nunca nos lo presentó como tal, como su novio. Nunca estuvo en ninguna de las fiestas que organizamos en el depa. Nunca formó parte, ni con mucho, de esta vida que Liliana llevaba acá, con nosotros. Ella era muy discreta. Incluso cuando anduvo con Manolo, mucho después, fue así: nada de besos ni abrazos, nada de andar de la mano. Nada de nada.

OTHÓN SANTOS ÁLVAREZ

No seré muchas cosas, pero sí un buen observador. Cuando veía a alguno del grupo medio alicaído o apachurrado, pues les dejaba algún mensaje, alguna frase de buen ánimo, algún verso. Lili era igual que yo, así que intercambiábamos papelitos y recados a cada rato. Alguna vez se me hizo fácil opinar sobre Ángel, pero ella de inmediato me puso el alto. Era franca y dicharachera, pero también ponía sus barreras. Me llamaba la atención la prepotencia de Ángel, toda esa cosa de la moto, su actitud completa. Me caía bastante mal. Él estacionaba la moto en el departamento de Lili, la metía al patiecito central. Una vez cuando hizo eso, noté que traía una pistola. Yo era de Necaxa, en el estado de Puebla, y mi familia acostumbraba portar armas, así que de inmediato reconocí el bulto que se formó detrás del pantalón, por debajo de su chamarra de piel, que además le quedaba muy justa. Me alarmé y le pregunté a Lili sobre el arma, tratando de prevenirla, pero ella desestimó mi preocupación y me dijo que no sabía nada. Él era el típico cuate que medio saludaba y, si se quedaba con nosotros, se aislaba, viéndonos de lejos con desconfianza. O, si veía que nos íbamos a tardar, mejor se desaparecía por una hora o más, y venía de regreso cuando nosotros ya íbamos de salida. Nunca hizo ningún intento por convivir con nosotros. Nunca me latió. El

cuate se desapareció por un tiempo largo, y fue entonces que Lili anduvo con Manolo dos trimestres, en la universidad solo lo vi un par de ocasiones. Esperaba a Liliana en el estacionamiento y luego se iban en esa moto tan ruidosa, sin casco ninguno de los dos.

GERARDO NAVARRO

Liliana no era nada noviera. De hecho, nunca la vi con alguien. Andábamos todos en bolita de arriba para abajo: para hacer tareas, para ayudarnos todos en bolitas de arriba para abajo: para hacer tareas, para ayudarnos con los proyectos, hasta para organizar fiestas. Ese Ángel de repente iba por ella a la escuela los viernes, cuando le tocaba ir de regreso a Toluca. Eso fue lo único que supe de él: era el chavo que los viernes iba por Liliana en una moto muy acá, muy aparatosa, para ir a casa de sus papás. Yo lo vi apenas unas tres ocasiones y en ninguna de ellas presencié alguna escena de celos o violencia entre ellos. Igual se quedaba muy poco, el chavo iba solo de pasada. Liliana, por su parte nunca hablaba de él; ni lo mencionaba. Era como si no existiera, o como si fuera un fantasma. Liliana, comoquiera, era muy reservada. Y sí hablábamos un montón, pero de la escuela o del cine, que le gustaba tanto, o bromeábamos, pero pocas veces tocábamos temas así de personales. Si no estaba con la bolita, Lili andaba siempre con Ana, a veces con Fernando. Usualmente con los dos.

LEONARDO JASSO

Me lo topé una vez que acompañé a Liliana a su departamento, habíamos salido de clase y yo quería seguir charlando con ella, así que me ofrecí a ir a su lado hasta el metro. No sea que te vaya a pasar algo en el camino, bromeé, y ella se echó a reír. Y, sin pensarlo mucho, agarramos camino juntos. Nos bajamos en la estación Tezozomoc y yo, como quería seguir cerca, iba caminando despacio, sacándole plática de cualquier cosa. Tomamos la calle de los camellones y, luego luego, nos topamos con Mimosas, y ahí doblamos a la derecha. Él la estaba esperando en un auto negro. Yo me detuve casi por instinto, titubeé,

pero Liliana me dijo que no había problema, que Ángel era un amigo. Un amigo de Toluca. Y casi me jaló del codo para que avanzara a su lado. Cuando se bajó del auto, Ángel me vio con mucha desconfianza y, aunque me dio la mano, yo sentí una vibra muy pesada. Hasta sentí que tenía que darle una explicación, cosa que no hice. De cualquier forma, la acompañé hasta la puerta de su departamento y ahí todavía platicamos otro rato.

Ese día entendí que Liliana no era libre.

ANA OCADIZ

A Ángel lo vi varias veces y conviví con ellos básicamente siempre aquí en la Ciudad de México, excepto una vez que fuimos a Toluca con él, de ida y vuelta, y como "de escapada" porque ni mis papás ni los suyos supieron que salimos. Siempre conviví con él cuando Lili estaba presente. No es que yo me llevara bien con él o no, pero el trato era cordial. No recuerdo por qué me regaló un casete, aunque creo que fue porque la canción estaba de moda, pero al casete le añadió una fotografía tamaño pasaporte de él mismo que fue la que luego utilizó la policía para identificarlo. Sabes que es con cariño, le puso atrás de la imagen.

En una ocasión lo acompañamos a entregar unas calcomanías de verificación vehicular que eran falsas o chuecas. Recuerdo haber sentido miedo, tanto Lili como yo sabíamos que era algo ilícito, y yo sentía además que nos hacía cómplices, pero nunca lo platicamos entre nosotras. Nunca dijimos: Ángel es un falsificador, pero lo pensamos. Había un constante sentimiento de riesgo a su alrededor. No lograría explicarlo con toda claridad, pero despedía a su paso esta sensación persistente que sí inspiraba temor. Ahora, con la perspectiva de los años, veo que éramos pequeñas, sin experiencia ni malicia, y que confundimos ese temor con complicidad, incluso con confianza. La sensación de que era posesivo provenía, para empezar, de su apariencia física: aunque no era alto, sí era fuerte y se hacía notar. Por ejemplo, todo mundo lo volteó a ver que fue a la universidad, cuando entró al edificio de Diseño. Sin ser escandalosa, su presencia no pasaba desapercibida. Había separaciones y reconciliaciones entre ellos, pero no sé quién se alejaba o cómo se daba el reencuentro. Tengo idea de que él le llamaba para insistir, y hasta cierto punto la

chantajeaba con la amenaza de hacerse daño. De él fue la idea de sacarle el aire a las llantas del auto de Manolo, porque supo que tenía interés en Liliana, como para que entendiera que tenía que alejarse.

EMILIO HERNÁNDEZ GARZA

A Ángel lo conocí en Toluca. Cerca de la casa donde vivían los papás de Lili, en el parquecito que estaba cruzando la calle. Yo me bajaba del taxi y, a lo lejos, vi que Liliana y un mono chaparro y güero, con un pantaloncillo de ciclista, estaban discutiendo. Él la empujaba una y otra vez sobre el pecho, obligándola a retroceder. Corrí hacia ellos, lo aventé y él se cayó. Quiso ponerse al tiro, pero en aquel entonces yo era una mole. Liliana me pidió que no le pegara, diciendo que era su novio. Ese pelado ya había sido su novio en la prepa, pero yo no lo conocí hasta entonces. Nos calmamos un poco antes de caminar los tres hacia la casa, porque él había dejado su bicicleta recargada sobre la reja. Todavía no se había ido él cuando me burlé de Liliana porque el tipo era un verdadero enano. ¿Cómo puedes andar con esa chingadera, prima?, le dije. El tipo se volvió a crispar, pero tuvo que tranquilizarse. Luego ya nada más entramos a la casa y no le dijimos nada a mis tíos. Ese domingo Lili regresó conmigo a la Ciudad de México.

ANA OCADIZ

Liliana había comprado unos boletos de lotería del zodíaco para regalárselos a Ángel por su cumpleaños y, de paso, compró dos o más, uno para ella y otro para mí. Debió de haber sido a mediados de abril. Luego fuimos al mercado de Azcapotzalco por unas fresas con crema que, además de fresas y crema, tenían nieve de limón y miel. Nos encantaban, de verdad, pero solo podíamos comernos una entre las dos. Así de enormes eran. Estábamos ya de regreso cuando vimos al hombre vendiendo pájaros en una de las entradas. La idea se le ocurrió de inmediato y, sin necesidad de que me dijera algo, lo entendí todo de una vez. Lili compraría un gorrión, y ese sería el segundo regalo para el cumpleaños de Ángel: él tendría el honor de

liberarlo. Verlo volar por los aires.

Salimos corriendo de ahí, con el pájaro dentro de una bolsa de papel estraza, directo a la universidad. Teníamos clases y cosas que investigar en la biblioteca y apuntes que pasar en limpio, pero entre una cosa y otra Lili abría la bolsa para asegurarse de que el pajarito siguiera con vida. Así pasaron las horas, y Ángel no llegó o se le hizo tarde. Tenemos que liberarlo nosotras, me dijo Liliana un poco después del mediodía toda cariacontecida. Estuve de acuerdo. ¿Dónde?, le pregunté. ¿Aquí? Cómo crees, este es un lugar. Tenemos que hacer un viaje especial. Lo pensó por un rato y, de repente, se le iluminó la mirada. Ya sé, dijo. Sígueme. Y salí tras ella.

No tardamos mucho en llegar al Parque Tezozomoc, que estaba no lejos de su casa. A una estación del metro. Quiso que hiciéramos un pequeño ritual. La libertad, me lo recordaba a cada momento, era lo más importantes en la vida. Cuando finalmente abrimos la bolsa, esperábamos que el gorrión tomara aire y saliera volando, pero no fue así, dio un par de pasos sobre el pasto y, luego, cayó. Tratamos de reanimarlo, pero pronto entendimos que ya no podíamos hacer nada. Su muerte nos destrozó el corazón. Está en un mejor lugar ahora, le dije a Liliana que se había quedado inmóvil, muy consternada, como si algo se le hubiera quebrado adentro. Estaba a punto de ser libre, dijo cuando ya caminábamos a paso lento hacia su casa.

Lo está, le dije tratando de reanimarla.

PUNTA DE SAL

Jaime Bedoya

Lo he visto en todos lados. Es universal e inevitable. A nadie le gusta que le recuerden que está huyendo de algo: hay que dispararle a los letreros de carretera. Dispararles hasta matarlos. Ocho son los orificios de bala de distinto calibre que tiene el letrero verde olivo en el kilómetro 1188 de la Panamericana Norte, anunciando el inicio del puente Punta de Sal.

Los dos sujetos al mando de la camioneta combi que nos ha llevado hasta allí deben ser –tienen que ser– hermanos. Al margen del parecido físico, guardan estilos estéticos en común, como peinarse hacia atrás formándose una cresta ondulada salpicada de caspa, y usar medias blancas de deporte con mocasines negros. La gruesa fibra del algodón hace aparecer hinchados sus empeines, y esto algo debe tener que ver con su tono de voz agudo y sibilante. Se miran entre ellos sonriendo con afinidad porque no estamos yendo al hotel de Punta Sal sino a una casa. Lo único que puede darles risa es que a pesar de nuestro aspecto citadino, Morey Boogies incluidas, no tengamos dinero para pagar el hotel. Dar explicaciones sería ocioso. Aparte, el mundo necesita reír.

Como todo dato identificatorio de la casa a la cual vamos, sabemos que tiene dos perros labradores, uno blanco, otro negro. La combi entra al desvío hacia Punta Sal buscando perros.

Nos duele el culo. Es comprensible. Llevamos a cuestas tres horas de aerolínea nacional, y dos más del penoso estado de la carretera Talara-Órganos, que, según nos dijera uno de los hermanos de la combi –mirando con odio la accidentada serpiente de asfalto contra un horizonte erizado por bombas de petróleo–, lleva el misterioso nombre de X-11. La única gratificación hasta el momento ha sido un excelso jugo de naranja servido en el Bar Restaurant Córpac, que regenta –según rezaba en la factura, único material de lectura durante un refrigerio sin conversación–doña Francisca Moscol viuda de Núñez en el aeropuerto Capitán Montes de Talara, un lugar donde está prohibido tomar fotos por razones de seguridad militar. La gente se

despide sin testimonios. Tomamos dos vasos cada uno.

Los demás pasajeros de la X-11 (todos bajaron en Órganos, nadie vive en Punta Sal) no podían dejar de voltear de vez en cuando a disfrutar de las largas piernas de Sofía. Tres de ellos eran jóvenes magros y angulosos con camisetas del Club Universitario, únicos e improbables abanderados de las Barras Bravas en todo el desierto de Sechura, que resolvían su falta de contexto con una resaca colectiva y llevando acunado en brazos un equipo de música donde escucharon, con monótono ritmo cervical, el mismo casete de rap todo el camino. El short de Sofía devino en obvio, pero con el calor cualquier otra vestimenta hubiera sido demagogia. Todos somos Perú. Sus piernas también.

Acercándonos ya a la playa distingo lo que debe ser, según recuerdo, la mítica bodega de Marchand. Ahí vendían las únicas Concordias heladas de Punta Sal, cuando nadie conocía Punta Sal y no había casas sino campamentos. Doblando tras lo que ya constituye una segunda y hasta tercera hilera de casas de playa, no dos sino tres labradores nos salen al encuentro, ladrando con ánimo. Sobra un perro y es negro.

Luz nos esperaba en el umbral de la puerta trasera. Nos recibe con pomposidad e inmediatamente empieza a hablar de comida. No hay. Pero, si no nos ofende, podemos comer cabrito. Dicho mamífero abunda en el norte y, además, como al orinarse suele ensuciarse por su naturaleza descuidada, se le considera comida de pobres. Resultó delicioso. O fue el hambre.

La casa de Vicente –él y su mujer están de viaje y han tenido la gentileza– tiene tres habitaciones, y Luz ya nos tenía preparada una, a mi entender un tanto infantil. Tiene dos camas camarotes. Sofía hace caras, yo voy en busca del mar.

La terraza es espectacular. Dos hamacas, dos perezosas, larga mesa de comedor, quitasueños y decenas de fotos de Vicente acompañado de su mujer y sus trofeos de pesca. Esta es la casa de un hombre feliz, y no se parece a la nuestra.

El mar sigue ahí, y con solo nombrarlo bastaría, pero ha cambiado. Da la impresión de que la marea hubiera retrocedido y la densidad del agua se hubiera diluido, evaporado, supongo que ante la proliferación de casas y el aumento de las previsibles conversaciones de verano en ella. Pásame el whisky, la empleada es una malagradecida, etc. No es ecología, pero esas cosas influyen sobre los elementos naturales.

Llega Sofía y en su rostro se refleja el paisaje, que más allá de mis observaciones neuróticas es generoso. Sonríe con alivio, ignorándome –esa es la felicidad que me gustaría que alcance: ajena a mí–, y la dejo sola mientras voy a ver el cuarto, o a sacar las aletas, no sé, determinar con algún gesto que ya he llegado a algún sitio.

Luz me indica que Sofía ha cambiado de cuarto. Ha elegido otro, más amplio. Tiene dos camas de una plaza que han sido unidas. Fue su señora, dice con rubor. Vuelvo a la terraza y Sofía ya ha entablado amistad con el tercer perro negro, el que sobraba. Se llamaba Oso, y resultó ser el mejor perro de todos.

Amanece nublado y hasta con un poco de viento proveniente del sur, que desbarata desde un primer momento la falsa promesa del inexistente Caribe peruano. Esto sigue siendo el océano Pacífico, frío y distante, regido por la áspera Corriente de Humboldt y los devaneos de otra marea de nombre infantil y destructiva presencia verde, el Niño.

No importa, no estamos de vacaciones. En realidad hemos venido hasta acá para olvidarnos cada uno de otra persona. Pasó, y así fue. La historia es la de siempre. A cada rato nos preguntábamos '¿ya te conté esto?' y nos escuchábamos repitiendo historias porque simplemente ya no sabíamos con quién estábamos hablando, ni para qué lo hacíamos. Nosotros teníamos algo, que supuestamente Punta Sal nos habrá de devolver. En una ciudad, en esa ciudad especialmente, no se puede querer lo que se debe.

Cada mañana los tres perros cumplen con saludar efusivamente a quien primero aparezca en la terraza. Luego los tres canes se pierden solos detrás de la curva que delimita la playa, corriendo a lo largo de la orilla, persiguiendo pequeños peces en una ceremonia hermosa por la cual el National Geographic pagaría bien. Después regresan, comen y duermen hasta que se les antoje, como nosotros. Tony, el labrador blanco, es el líder. Cumplirá un año en mayo. Es el más sereno de los tres y observa las cosas con detenimiento, sin actuar. Brill, de color negro, es malgeniado y temperamental, aunque caninamente subordinado a Tony, haciendo todo lo que él hace excepto tener paz en su corazón. Finalmente Oso es el tercero, el que sobra. Es hermano de Brill, pero este abusa de él y lo muerde cada vez que así lo juzga conveniente. Oso no responde, ni es un perro interesado. Se acerca al humano así haya comida o no, inclina la cabeza y la frota contra tu canilla, se sienta y te mira, agradecido de ser perro. A la hora de

acostarnos es el único que nos acompaña hasta la puerta del cuarto. Debe saber por qué hemos venido.

Lilt es la hija de Luz. Tiene seis años y a veces su madre la deja acercarse a hablar con nosotros, como si hacerlo fuese un magnífico privilegio para Lili, un pesar insostenible para nosotros. La verdad es que nos da igual. Sofía quiere un hijo, pero no soporta mucho a los niños que crecen.

Lili va todos los días al colegio en Cancas. Va en moto-taxi junto con otros cuatro niños más. El chofer que la recoge es siempre el mismo. Le dicen el Gordo, y lo es. Cuando se sienta sobre la Honda 125 el pantalón (que usa sin correa) desciende hasta mostrarle al pasajero la primera cuarta parte de la línea del culo del Gordo.

Una tarde fuimos a Cancas y nos llevó el Gordo. En Cancas Sofía llamó por teléfono a Lima desde las oficinas de la CPT. En la sala de espera había una impresionante langosta de cerámica, ajena a una escala real, clavada en la pared como todo adorno, sometiendo a consideración del visitante el imaginarla como una fantástica cucaracha reina con insolación, diosa mitológica de las comunicaciones norteñas. Mientras el Gordo compraba víveres que Luz le había encargado, caminamos un poco por Cancas, adquiriendo los afamados wafers ecuatorianos de vainilla y admirando el reposo del orgullo móvil del lugar, las camionetas refrigeradas para llevar pescado. La mayoría ha adoptado como símbolo, presumiblemente de velocidad y eficacia, el logotipo de Lufthansa (ese que parece un pterodáctilo de perfil), debajo del cual dice “Cancas”: parece la onomatopeya del rápido reventar de su pequeña ola orillera.

De regreso a Punta Sal inmensos buses de pasajeros y camiones interprovinciales con escaso líquido de frenos cruzaban en sentido contrario y nos remecían a su antojo. El Gordo no le prestaba mayor atención a la posibilidad de ser aplastados. Ante la distinguida monotonía del desierto, ambos nos sorprendimos absortos en la contemplación del inicio de la raya del poto del Gordo. Lili debe conocerla de memoria.

La observación del mar debería proporcionarme algún tipo de paz a la cual no puedo llegar. Solo pienso en comer. Es que Luz cocina demasiado rico. Los tallarines al limón que hizo ayer me han dejado

un ácido deseo. Su chupe de cabeza de pescado me proporcionó extraordinario sueño compensatorio en que las personas éramos elásticas. La omnipresencia del Tabasco en la mesa, imagino que gusto impuesto por la felicidad de Vicente, es asimismo estimulante. Reza en la etiqueta que la familia McIlhenny lleva ciento veintinco años haciendo la afamada salsa picante. La perseverancia, lo dice el I Chinginsistentemente, es admirable. Uso Tabasco hasta en el desayuno.

Sofía dice que comer todo el día es una manera de evitar hablar de lo que tenemos que hablar.

En realidad, el único problema alimenticio lo han constituido los percebes. Sofía jamás los había probado, y qué mejor oportunidad de hacerlo que acá, antes que en un miserable restaurante limeño donde nos asalten cordialmente por ello. Sabía, recordaba mejor dicho, que tras la curva al lado del cerro había una peña bajo la cual viven percebes. Fuimos los tres, con Oso, y ahí seguían prendidos de la piedra como si nada más importara en el mundo. No les falta razón. El próximo verano en lugar de esa peña habrá un muelle, un Zodiak acodado al lado, una empleada cuidando un niño rubio jugando con algo Fisher Price sobre él. Dedos negros, tentáculos perdidos, pichulas con atrofia: los afamados moluscos pueden parecer cualquier cosa. Sofía los vio y prefirió comer otra vez pescado. Pero ya estábamos ahí.

Cogí un puñado y sin atreverme a ver lo que hacía sentí cómo se movían. Oso seguía la escena ladeando la cabeza como hacen los perros cuando exigen una explicación, reacción que también ha sido llevada al logotipo comercial. Los percebes no salían. Los solté un rato y mi mano ya estaba húmeda de algún líquido que anunciaba su lucha y su dolor. Tuve que ver qué estaba haciendo, y una línea rosa asomando en su base acusaba la herida. Con cinco dedos estaba matando casi veinte animales. Solo un cobarde hace cosas como estas.

Volví a cogerlos y jalé sin asco. El sonido fue carnoso; el jugo, aceitoso. Le ofrecí el puñado caliente a Sofía, un racimo de flores vivas y sangrantes de lento pulso, que ella rechazó preguntando si estaban sufriendo.

Imagino que sí, le dije.

En la noche quisimos comerlos con salsa golf, pero tan solo probamos algunos. Oso no tuvo reparos y acabó con ellos.

En todos estos días Sofía ha caminado más que yo. Es su manera de no hablar –ella tampoco– de lo que tenemos que hablar. Sus paseos han sido con los perros, y me ha invitado a caminar hasta el hotel, a varios kilómetros de distancia.

A mitad de camino tres cóndores daban cuenta de un lobo de mar muerto, mientras por lo menos una veintena de gallinazos esperaban respetuosamente su turno desde prudente distancia. Los cóndores no se inmutaron con nuestra presencia. Frente a la playa del hotel había dos lanchas ancladas, jet ski en la orilla, y una multitud de jóvenes revoloteando al son de un reggae que sonaba omnipresente.

Bebíamos Bloody Marys en el bar del hotel. Una canción de Madonna sonaba demasiado alto. Quería un periódico, y abajo había un vendedor. No tenía cambio de cincuenta así que me acerqué a las oficinas a cambiar el billete. Tampoco tenía vuelto.

Nos tomamos otro trago más. Hicimos tiempo viendo cómo fracasaba una nube en su intento por pasar detrás del sol, y nos fuimos.

El regreso era con el viento en contra. Nuestra piel ya quemada olía a mar y el aire la curtía suavemente con gotas de agua que salpicaban ante cada ola que reventaba. Caminábamos entre multitudes de cangrejos que ante nuestra llegada se abrían paso de costado, histéricos, remedando un desfile de manos nerviosas.

Acercándonos a la casa los tres perros empezaron a correr a nuestro encuentro como hijos agradecidos. Esta imagen se ha vuelto extrañamente importante para mí.

Si hemos arrastrado las dos Morey Boogies hasta acá es para darles uso. Sofía duerme y aprovecho para entrar solo, evitándome papelones. Las aletas hacen olvidar la posibilidad de rayas, pero la corriente es poderosa y rápidamente arrastra hacia el norte.

Sin duda el mar se ha retirado con el tiempo. Lo que antes era el point ahora carece de agua, por lo que el tamaño de las olas deviene insignificante. Además, las rocas submarinas que producen la reventazón están demasiado expuestas, forzándome a levantar las piernas del agua y sumir el estómago con anticipación cuando creo que estoy sobre ellas. Sofía aparece en la terraza, con la otra tabla bajo el brazo.

Apenas llega la racha dejo pasar la primera ola, voy hacia la segunda y escojo la tercera, que no era tan grande como parecía. En medio del pataleo siento que el talón de la aleta derecha se está soltando, y saco esa pierna del agua. Estoy en la ola, pero no tiene fuerza ni convicción. Un desastre.

Sofía quiere entrar. Trato de disuadirla: no hay olas, las piedras son peligrosas, las aletas no sirven y encima hay corriente.

Tú me prometiste, dice.

Está bien.

Empieza a entrar pero le cuesta trabajo mantener el equilibrio. No rema más fuerte que el mar y la corriente ya se la ha llevado unos treinta metros hacia la derecha. Luego cuarenta, luego cincuenta. La corriente nos separa físicamente con crueldad y no sé si ella piensa, como yo, que puede ser una señal. No hago ningún esfuerzo por ayudarla y ella sale, tirando tabla y aletas en la orilla.

Se ha echado a tomar el sol. Debe tener puesto el walkman. Un condor da vueltas en círculo sobre ella. El verdadero amor hace frecuente el pensamiento de la muerte.

Pasaremos una noche en Máncora antes de tomar el avión de regreso en Talara. A Máncora se le llama ciudad como si serlo fuera gran cosa, pero en realidad es básicamente la amable agrupación longitudinal de viviendas y construcciones a ambos márgenes de la carretera. Una caleta. Llegando por el norte se encuentra primero la estación de combis y colectivos, algunas canchitas de fútbol de tierra, viviendas de los pobladores locales y más de una panadería donde se anuncia con esmero que hay pan de Órganos, localidad favorecida por el petróleo y por ende –no entiendo cómo– con mejor pan. Luego, los suculentos restaurantes donde se sirven verdaderos manjares de mar en un sencillo mobiliario de acero inoxidable y marroquín, pero rodeado de impresionantes frescos de temas marinos tan grandiosos como la comida, desde la típica escena de pesca submarina hasta el hundimiento del Titanic registrado en el restaurante Mechita, donde ya es difícil determinar si se va por la comida o por el mural del célebre desastre marítimo. Una variante moderna de esta vocación muralista la constituye el establecimiento de alquiler de Nintendo llamado Cassette Show, que ostenta dos inmensas representaciones. Una de Street Fighter II, la otra de Super Mario Brothers, mostrando al

gasfitero bigotudo sonriendo en diagonal, hacia el norte, hacia Órganos y su pan.

Antes de cruzar el puente Máncora y alrededor de la ola perfecta que ha hecho famosa dicha localidad para los tablistas, están los hostales de playa. Entramos a uno que se llamaba Punta Palmeras. Un sujeto sin camisa, de aspecto limeño y tomando una cerveza, me saluda diciéndome brother. Dice que si no nos conocemos de Barranco. Creo que no, le digo, y le pregunto por un cuarto, solo por cumplir.

Cogemos una moto-taxi y nos vamos más hacia el sur, cruzando el puente inclusive, buscando un lugar sin aspavientos (su fachada es un simple portón) llamado Punta Ballenas. En el garaje se pueden reconocer los carritos de golf que alguna vez circulaban por la Granja Azul, restaurante campestre en Lima cuyos inolvidables pollos conocieron su apogeo hasta entrados los años setenta, y la grata reminiscencia infantil es inevitable. Tiene forma de papa frita remojada en la salsa agridulce de la ensalada. Los carritos han sobrevivido al desmantelamiento del pasado: en vez de reposar en Máncora podrían haber acabado convertidos en triciclos para verduras en Canto Grande y, a pesar de lo inútil del hecho, esto resulta bueno. Hay poca gente y un ambiente desaprensivo que la tarde contribuye a hacer más agradable, pero son dos características del bar lo que determina nuestra decisión de quedarnos en dicho hostal: su quieta luz y una pared cubierta de diferentes placas de automóviles, peruanas y de otros países. Interpreto arbitrariamente algunos números, por la fecha, como la posible placa del esbelto Buick Skylark que tenía mi padre; o la del insulso Daihatsu donde era violento de día y feliz por las noches. El sol está por caer y casi por inercia sentimos que hay que caminar por la playa. Mientras lo hacemos ambos extrañamos a Oso, y nos sentamos un rato. Sofía quiere que vaya por la cámara de fotos, pero la convenzo para que se calme y mire la ola con detenimiento, en busca de su celebrada armonía. El viento empieza a correr.

Al comienzo parecía un cangrejo, pero no hay cangrejos amarillos. Viene rápidamente hacia nosotros, apenas arañando la arena. Podría ser una nueva especie transformer, mutante, pero es sólo un pedazo de papel higiénico, que esquivamos. Lo siguieron tres más, de desigual recorrido.

Horas después despierto en medio de lo que se suponía era una siesta. Deben ser como las ocho. La veo dormir a mi lado, y miro su cuerpo sin más luz que la suya. Algo azul. Recuerdo los primeros días, cuando no dormía por verla durmiendo. La despierto y hacemos el

amor, o al revés.

Si queremos comer debemos cruzar el puente hacia los restaurantes. Además necesitamos Tonopán y Xanax, solo para tener, por si acaso.

El puente no tiene iluminación, y un Expreso Internacional Ormeño de ocho llantas puede aparecerse de la nada en cualquier momento. Una poderosa linterna de seis pilas grandes nos indica el camino, y el halo de luz ilumina una inscripción filosófica a lo largo del murito que delimita el puente:

AMA LA VIDA, ODIA LA DROGA

Te lo recomienda la Municipalidad de Máncora.

No quiero hablar de las cosas por las cuales hemos pasado. A pesar de que aún me duelen, ahora son solo historia.

Preferiría hablar del grupo ABBA.

No se trata de evitar el tema alegremente, sino de enfrentarlo limpia y directamente, incluso con generosidad: estamos comiendo una inmensa langosta sancochada en El Anzuelo, un restaurante de Máncora. El ejemplar es majestuoso, tal cual lo imaginábamos semanas atrás en busca de argumentos básicos para este viaje, pero aún no lo hemos tocado y los nuevos cubiertos siguen envueltos en servilletas. Es que antes ya hemos acabado con un gigantesco arroz con langostinos y cuatro Inca Kolas, desmedido apetito que suele presentarse después de hacer el amor, que es lo que hacíamos antes de tener hambre. Hace tiempo que no teníamos hambre así.

La Panamericana Norte discurre al borde mismo de El Anzuelo y la intermitente brisa petrolera que acompaña el paso de un Ormeño o cualquier otro vehículo pesado nos releva extrañamente del paso del tiempo. El propietario del restaurante nos mira sorprendido: tal vez piensa que no nos ha gustado el abrumante aspecto del plato, y comparte orgullosamente con su clientela un equipo de música con CD. Tal vez para estimularnos interrumpe una balada romántica y pone un nuevo CD: ABBA Gold. Hemos empezado a comer langosta, y yo hablo de ABBA.

Cuando el cine Alcázar era un cine de verdad, de pantalla grande, luces de colores y juego de cortinas (y no los asépticos y exageradamente refrigerados multicines en que lo han convertido ahora), dieron alguna vez la película de ABBA, la única que hay. No vale nada, obviamente, pero había un momento en que la cantante rubia, Frida, vestida en un enterizo color blanco metálico, daba la espalda a la cámara en medio de un concierto. Todo el auditorio, en su mayoría adolescente y sexualmente aguantado, se elevaba en una breve exhalación de tono grave. Yo estuve ahí.

Ese culo era espectacular, y además blanco.

Sin embargo, era sin duda Agnetta, la morena, quien parecía ser una mujer más interesante. Las angulosas líneas de su quijada al menos así lo indicaban. Pero ella no daba la espalda a la cámara, no tenía con qué, y se planteaba –de la manera más burda– un conflicto para el que no conozco solución: la cara de Agnetta merecía el culo de Frida, y al revés, el culo de Frida la cara de Agnetta. Esto es pueril, lo sé, pero fue un primer acercamiento a la pregunta a la que me refería anteriormente: ¿se debe creer en lo que se ve, o en lo que se intuye?

ABBA, compuesto por dos matrimonios, se disolvió precisamente por problemas conyugales entre ellos.

Cuando el cd llega a la canción “Chiquitita” (la más insoportable del extinto cuarteto sueco), de la majestuosa armadura naranja de la langosta solo quedan las tenazas, mordidas humillantemente como galletas, y Sofía tiene los labios jugosos y coloreados. La beso, y sabe a un mar íntimo, conocido.

El largo Dodge azul, ese modelo tosco y ostentoso que estuvo de moda entre los militares que gobernaban en los setenta, nos lleva a Talara corriendo hacia la salida del sol. El conductor disfruta de la velocidad y el silencio, y una polvareda queda como vestigio de nuestro paso. A un lado del camino una patrulla de carretera nos ve pasar, hace señas con las luces, el conductor las ignora. El conductor fuma y tiene el brazo tatuado. Sofía dormita en mi hombro y diversos pájaros siguen nuestro viaje, en sospechosas postas y bandadas.

En el centro de Lima una vez vi matar un pelícano a pedradas, le cuento al piloto. Él no responde. Algunas de las aves sobre nosotros, de plumaje blanco con filos negros en las alas, tienen todo el aspecto

de una gaviota, y supongo que lo son. Pero hay otras casi iguales aunque de plumaje inverso, es decir todo negro pero con filos blancos en las alas. Le pregunto cómo se llaman esas. Sé que puede decir alcatraz, albatros, hasta tijereta. Pero dice que las cosas son como uno las ve. Y él dice ver gaviotas blancas y gaviotas negras. Sofía ha estado escuchando y acerca los ojos a la ventana para verlas. Las gaviotas ven un brillante animal azul arrastrándose limpio y solo por el desierto. No hacen preguntas.

KAFKALANDIA

Rodrigo Fresán

"Al despertar Gregorio Samsa una mañana, tras un sueño intranquilo, se encontró en su cama convertido en un monstruoso insecto", anuncia uno de los principios más justamente célebres y celebrados en toda la historia de la literatura. La primera línea de La metamorfosis, de Franz Kafka, el texto que hizo por las cucarachas lo que Moby Dick hizo por las ballenas: les dio estatura mítica, las convirtió en algo inmenso y poderoso y capaz de simbolizar casi todas las cosas de este mundo.

Es fácil sentirse una cucaracha kafkiana cualquier mañana que uno se dispone a tomar un avión. No por los terrores aéreos (que no los tengo, nunca los tuve) sino porque los aeropuertos, el aire y todo lo que los rodea nos ubica velozmente en una situación de multitud en tránsito y en trámite, de extrañeza ante la súbita alteración de nuestra rutina. Ahora vuelo hacia la Praga de Kafka y, sentado y con el cinturón de seguridad en su sitio, yo me había prometido no leer a Kafka durante el viaje a Praga. Queda mal, queda tonto, del mismo modo que, pienso, sería excesivo leer el Quarteto, de Lawrence Durrell, en Alejandría, o El sol también saleen Pamplona. Es un poco obvio y, desde ahora, poco elegante. Aun así, me agarro a la reciente edición –completa por primera vez en español– de los Diarios de Kafka. Un tomo contundente de más de mil páginas producido por Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, donde se incluyen los cuadernos y legajos, los diarios de viaje, la "Carta al padre". La idea no es tanto la de leerlo in situ, sino la de utilizarlo como suerte de guía de turismo alternativa: ver Praga a través de Kafka. O ver a Kafka a través de Praga. Algo así. Ya veremos.

En cualquier caso, decido que leer a Kafka en el avión puede traer mala suerte o, cuando menos, una suerte kafkiana. Abro la ligera revista de línea aérea. Leo que la NASA planea enviar a Marte, en 2005, una nave rebosante de cucarachas. "Los insectos reúnen las características ideales de resistencia y, además, son ideales a la hora de controlar biológicamente todo tipo de detritos", dice un microbiólogo. En la ventanilla del avión –ocupo el asiento 7F– veo cómo Praga se acerca y, con ella, Kafka que está en todas partes, que pronto conquistará Marte.

Hago memoria: ¿qué fue lo primero que yo oí de Praga? Recuerdo: primero fue la leyenda del Golem (esa especie de monstruo de Frankenstein judío creado por la ciencia y la magia de un rabino iluminado) y, después, una efeméride cuyo título siempre me impactó: "La defenestración de los reyes de Praga". Con el tiempo supe que no se trató de reyes sino de gobernadores nombrados por reyes, pero –habiendo nacido, vivido y padecido en un país de robusta tradición golpista– eso de tirar funcionarios por la ventana debe de haberme impresionado mucho durante mi infancia. Tiempo después vino Franz Kafka (después de y a partir de Jorge Luis Borges) y Praga como capital kafkiana del mundo.

¿Cuándo una ciudad se convierte en la ciudad de un escritor? ¿Cuándo Dublín se transforma en Joyceworld, Londres en Dickensland o Illiers en Proustville? Está claro que la escritura de un libro grande como una ciudad es condición primera e inevitable. Joyce y Proust y Dickens –los otros tres grandes urbanistas literarios– acometen la empresa de la manera más efectiva y directa: reescriben el mapa, lo hacen suyo. La conquista de Praga a manos de Kafka es una conquista casi secreta, poco evidente y tal vez más elegante. Porque mientras Joyce y Dickens se valen de sus ciudades para reevaluar el pasado y el presente, la Praga de Kafka (la Praga que se intuye en los libros de Kafka) apunta al futuro, a lo que vendrá. En este sentido, Kafka se encuentra mucho más cerca de la ciencia ficción de lo que parece, y Praga de las colonias marcianas y ruinosas de Philip K. Dick. Praga es otro mundo que está en este.

Praga –como tal, con todas sus cinco letras– aparece en apenas dos textos en toda la obra de Kafka: en "Descripción de una lucha" y en "El escudo de la ciudad", donde leemos: "Toda leyenda o canción surgida en esta ciudad está colmada de la nostalgia por el profetizado día en que será hecha añicos por cinco golpes dados a cortos intervalos por un puño gigantesco. Por esta razón, la ciudad tiene un puño en su escudo".

En el resto de todo lo que llegó a escribir Kafka y no llegó a quemar el buen amigo Max Brod, Praga es más una presencia inevitable que un nombre propio. Praga, para Kafka, es un sentimiento y, como los sentimientos, posible de confusiones, malentendidos, alternativas emocionales. Para mí, Praga –en mi desconocimiento puntual del territorio– era un sitio al que siempre imaginé más como laboratorio que como ciudad. Más Bauhaus y minimal que gótica o barroca: de líneas limpias y expresivas, como esos dibujitos que hacía Kafka en los márgenes de sus manuscritos. Una ciudad de pocas palabras, de palabras justas. Una ciudad, sí, kafkiana. En los Diarios

del escritor, sin embargo, Praga aparece por todas partes y se corresponde más con la estética de su realidad que por momentos recuerda tanto las escenografías retorcidas de los filmes de Tim Burton como los prolijos dibujos de Hergé para El cetro de Ottokar, mi aventura favorita de Tintín. Praga como un punto en el mapa que crece hasta convertirse en devorador agujero negro y del que el breve Kafka (1883-1924) apenas salió para darse unas vueltas por Berlín, París, Múnich, Budapest y sanatorios intermedios.

"Praga no te suelta. Menudas zarpas tiene la madrecita", "Irme de Praga. Frente a este daño humano, el más grande que jamás he sufrido, proceder con el más fuerte antídoto de que dispongo", "Praga: las religiones se extravían, como los hombres", escribe Kafka cada vez que vuelve, cada vez que decide no salir. Así, el Kafka de los Diarios –enfrentado al Kafka de sus ficciones– es otro Kafka. Pero es el mismo. O no. Voy a intentar aclararlo, aclararme. Hay dos tipos posibles de diarios. Los diarios iniciáticos y adolescentes donde, día tras día, suspiro a suspiro, consignamos cada instante de nuestra existencia súbitamente trascendente con la obsesión detallista de un cronista de Indias adentrándose en territorio desconocido del que, en más de una ocasión, no sale entero. Y están los diarios espasmódicos, que atrapan momentos como fotos, impresiones movidas que encuentran foco más tarde, en la relectura de la memoria. "Alemania ha declarado la guerra a Rusia. Por la tarde, fui a nadar", apunta Franz Kafka en su diario el 2 de agosto de 1914, recién llegado de las piscinas de la Escuela Civil de Natación. Eso es todo. Así y así son los Diarios de Kafka. Un producto sanamente esquizofrénico donde lo privado acaba pariendo lo público y la realidad comienza a incubar la ficción del mismo modo en que la más maternal de las cucarachas incuba sus huevos. "No hay crescendo en las visiones y descripciones, sino choques de fragmentos", define con precisión Nora Catelli en su prólogo a la nueva edición de los Diarios. Así y así, pienso, me gustaría que fuera este diario mío de una semana en la Praga de Kafka o en el Kafka de Praga.

Lo que van a leer ustedes –anotado y vivido, o viceversa, en la primera semana de la primavera europea de 2001– son, sí, "mis circunstancias de entonces", en Praga, en una ciudad en la que nunca había estado pero acerca de la que tanto había leído e imaginado.

Praga desde el aire es una ciudad igual que todas, porque todas las ciudades, tal vez para confundir la furia de los ángeles exterminadores, son iguales vistas de arriba. Bajamos del avión, pisamos una alfombrita bacteriológica para desinfectar las suelas de nuestros zapatos de fiebre aftosa, y ya estoy dentro. El aeropuerto de

Praga –que en lengua local pasa a llamarse Praha, así como Franz Kafka se convierte en Franze Kafky– es, también, similar a buena parte de los aeropuertos que, más o menos modernos, ofrecen ese oxígeno de internacionalidad, ese perfume de turbina y cuero de valija. Y si los aeropuertos son, claro, sitios definitivamente kafkianos, entonces los hoteles lo son todavía más. Kafka siempre se sintió huésped incómodo en los sucesivos domicilios familiares donde sus hermanas lo pasaban por alto con afecto y su padre lo despreciaba con amor. Mi hotel, el Paríz, está considerado por mi guía visual Peugeot –"la guía que le enseña lo que otras solo le cuentan"– "todo un monumento nacional". El Paríz impresiona desde afuera como una suerte de perfecta mutación entre el neogótico y al art nouveau, y fue construido a principios del siglo pasado por el célebre arquitecto Jan Vejrych. Es un hotel caro, como suelen serlo los hoteles aceptables de Praga, ciudad que no hace mucho descubrió que el destino de convertirse en obviedad turística no es algo tan terrible después de todo. Los hoteles tradicionales de Praga son majestuosos por fuera y decadentes por dentro. Las habitaciones tienen algo de esa austeridad soviética a la que, por momentos, se le reprocha la ausencia de interruptores, botones, números digitalizados. Kafka –que soñaba con los Estados Unidos como tierra prometida "estilo Dickens", y quien en una novela inconclusa y viajera y desorientada, América o El desaparecido, le regalaba una espada a la Estatua de la Libertad y un puente que comunicaba con Boston a Nueva York– hablaba de los hoteles como de ambientes "encantadores, emocionantes y ruines" donde protagonizar situaciones "mezquinas y sucias". Es decir: comercio sexual con señoritas de dudosa moral para distraerse de las persecuciones matrimoniales e intelectuales de las kafkettes Felice y Milena.

Sobre la cama alguien me ha dejado un ejemplar del periódico local en versión para viajeros. "Fiestas con hermosas modelos estilo años treinta Naomi.2001@volny.cz", ofrece un aviso clasificado. Enciendo la televisión. CNN y BBC: el holocausto de las vacas británicas y de los niños africanos que murieron en una escuela en llamas que me recuerdan párrafos de En la colonia penitenciaria. Y hay pocas situaciones más kafkianas que la inminente caída de la estación espacial Mir. Visiones kafkianas –todo comienza a kafkiarse– que decido conjurar saliendo a caminar por Praga, la visión más kafkiana de todas.

Hay tres maneras diferentes de utilizar una guía turística. La primera es estudiarla de memoria incluso meses antes del viaje en cuestión y trazar un perfecto itinerario luego de desechar varias opciones, como si nos dispusiésemos a desembarcar en las playas de Normandía un día D cualquiera. La segunda es comprarla en la ciudad

a la que acaba de arribarse y llevarla en el bolsillo y consultarla de vez en cuando, como si se tratara del horóscopo o del I Ching o, ya que en eso estamos, de los Diarios de Kafka, donde ahora leo: “21 de agosto de 1922. La imagen de la insatisfacción que representa una calle en la que todo el mundo levanta los pies del sitio en que se encuentra para irse de él”. La tercera –mi sistema preferido, y creo que esto dice más de mí que lo que puede llegar a revelar el análisis de mi ADN– es leerla recién regresado al hotel, cuando ya se ha visto lo que no se sabe muy bien qué es, pero que nos hizo imaginarnos tantas historias que, en ocasiones, se parecen mucho a la verdad.

De regreso en el Paríz –luego de haber caminado por varias horas en la Ciudad Vieja– leo la guía y, de acuerdo, aclara algunas cosas, fechas, acontecimientos. Pero, sin guía y caminando como zombi o sonámbulo, Praga es una ciudad singularmente generosa con el turista porque parece haber sido construida para ser apreciada –con la boca abierta y los ojos más abiertos todavía– por el forastero que no da crédito a que la Praga que creó en su imaginación se parezca tanto pero tanto a la Praga que imaginaron sus creadores. Ana –quien saca las fotos de todo esto, quien asegura que no le van a alcanzar los rollos de película que trajo y que se confiesa agotada por una ciudad tan descaradamente fotogénica– se derrumba aquejada, tal vez, de un hipotético “mal de Praga”, versión centroeuropea del “mal de Stendhal” o “de Florencia”. Yo sigo leyendo la guía y poniéndole nombres y etiquetas a lo que acabo de ver. Comprendo, de improviso, por qué no existe una versión de Praga en Epcot. No tendría sentido, nunca les saldría tan bien a los sicarios de Disney: tan cierta y, al mismo tiempo, tan imposible como la Praga verdadera y única.

Hay una sola historia de Praga que en sus idas y vueltas, alzas y bajas, asemeja al trazado de un electrocardiograma en el instante preciso de un infarto que dura milenios y que empieza a agitarse con la llegada de los celtas a partir del 500 a. C. Imposible resumir una trama que involucra a varios santos patronos y martirizados, príncipes renacentistas, rabinos mágicos, cortesanos italianos, astrónomos polacos, reyes estrafalarios como Rudolf II, feliz de ser retratado por el pintor frutal Arcimboldo, invasores comunistas, inviernos y primaveras, revoluciones y contrarrevoluciones, Mozart estrenando Don Giovanni (“Una porcheria tedesca!”, dicen que se indignó la emperatriz María Ludovica) y presidentes progres y fanáticos de Lou Reed y de la Velvet Underground.

Pensar en Praga como en el Macondo de Europa y recordar las palabras de Gabriel García Márquez en una entrevista: “En la universidad de Bogotá un amigo me prestó un libro de cuentos de

Franz Kafka. Esa noche, de regreso en la pensión, empecé a leer La metamorfosis. La primera oración casi me hizo caer de la cama… Yo no sabía que a alguien se le permitiera escribir algo así. De haberlo sabido yo hubiera empezado a escribir mucho tiempo antes. Así que me puse a escribir".

El escritor inglés Bruce Chatwin en las páginas iniciales de la novela Utz –para muchos el mejor libro jamás escrito por un extranjero a la hora de destilar el espíritu de esta ciudad hecha de extranjeros– escribe: "Praga era todavía la más misteriosa de las ciudades europeas, donde lo sobrenatural era siempre una posibilidad atendible. La propensión de los checos a 'doblarse' ante una fuerza superior no es ni ha sido, necesariamente, una muestra de debilidad. Por lo contrario, su apreciación metafísica de la vida los empujaba a mirar estas demostraciones de fuerza como algo efímero". Así, Praga cambia todo el tiempo –donde alguna vez hubo una estatua de Stalin hoy hay un metrónomo gigante que marca el latido de una ciudad–, para de este modo mantener inalterable su curso siempre fluido y decididamente europeo.

Lo recomendable es quedarse un mínimo de una semana y dedicarle por lo menos un día a cada uno de sus rostros, reservándose dos días extras para retornar a los rasgos favoritos. Dividir a Praga en la Ciudad Vieja (Staré Město), el Barrio Judío (Josefov), el castillo de Praga y Hradčany (Prazsky Hrad y Hradčany), Malá Strana, y la Ciudad Nueva (Nové Město) fundada en 1348 y rediseñada casi desde cero a finales del siglo XIX con sus anchas avenidas y fachadas ministeriales ideales para el tránsito de tanques de guerra ocupacionistas, sus suspiros de art nouveau y su abundancia de restaurantes de comida trash, sus hoteles de pasado glorioso y presente derrotado, y sus edificios viejos hoy coronados por aplicaciones futuristas que los convierten en algo a medio camino de metamorfosis arquitectónica. Clavar el mapa contra una de las paredes del cuarto del hotel –puede ser útil el librito La Praga de Kafka, de Klaus Wagenbach, fácil de hallar en cualquier librería de Praga– y marcar en rojo las escalas en el "Camino de Kafka" a lo largo y ancho de los cinco distritos. Kafka estuvo en todos, y todavía sigue estando.

La Ciudad Vieja era y sigue siendo el ombligo del mundo de Kafka, y es el barrio de Praga que más y mejor permite una suerte de reinterpretación inmobiliaria de la vida de Franz Kafka. En sus bordes todavía están la casa natal y la casa Oppelt, donde transcurre La metamorfosis. Varias de las otras viviendas de los Kafka –una familia adicta al nomadismo sedentario dentro de una misma ciudad– han desaparecido, pero se conservan fotografías. Son edificios señoriales,

perfectos para alimentar los sueños de grandeza de una clase media adinerada donde Kafka sufrió como un condenado el soundtrack de música concreta de la vida familiar. “Para leer, para estudiar, para dormir, para nada necesita nadie el silencio que yo necesito para escribir”, escribe Kafka mientras su padre le grita que no moleste, que no esté tan callado, que diga algo.

Kafka decide salir a pasear. Decide no ir a las veladas literarias de El Unicornio Dorado o al café Slavia, donde en más de una ocasión escuchó las vibrantes arengas de Albert Einstein, y camina hacia el río por la todavía hoy elegante avenida Parizska, y llega hasta un puente. Hay algo siempre terrible y feliz al mismo tiempo en el acto de cruzar un puente. Kafka piensa en tirarse, en saltar, en dejarse llevar por la corriente. Se le ocurre la idea para un cuento titulado “La condena” y vuelve a casa. Las hermanas ríen, los canarios cantan y su padre come con la boca abierta y haciendo mucho, pero mucho ruido.

Al igual que los japoneses invadieron París o los argentinos Miami, Praga –caído el muro de la historia– se ha convertido en el destino favorito de parejas en luna de miel (españolas en su mayoría) o de grupos de adolescentes (italianos) que aúllan con todo el volumen de sus hormonas la felicidad automática del viaje de egresados. Estos últimos –siempre en alegre manada– son los que más ruido hacen, los que más basura producen, los que más desesperarían a Franz Kafka, seguro. “¡Más agresiva!”, le indica un kafkalzone, Nikon en mano, a una amiguita de pechos Cicciolina mientras la toca una y otra vez con el flash de su cámara digital.

21 de marzo del 2001. Empieza la primavera y, sin embargo, está nevando. La nieve –si se lo piensa un poco– es el mejor de los efectos especiales de la naturaleza. La nieve enaltece y funciona como lo más cercano que tenemos a la máquina del tiempo. La nieve altera nuestra percepción del presente y de la realidad y hace que las ciudades cambien y encuentren su edad y momento perfecto, ideal. Toda ciudad debería tener un botón para hacer nevar o una ranura por la que arrojar algunas monedas y comprarse un poco de nieve. La nieve le queda extremadamente bien a Praga, la vuelve todavía más kafkiana. Corro por una calle del Barrio Viejo de Praga. Persigo una cucaracha. La alcanzo frente al reloj astronómico del Ayuntamiento. Dan las dos de la tarde. La figura de la muerte sacude una campanita. El Turco sacude la cabeza de un lado al otro. La Vanidad se mira en un espejo junto a la Avaricia. Acorralo a mi cucaracha. Me pregunto si no será pecado mortal matar a una cucaracha en Praga. La observo

alejarse. La saludo con la mano. Suenan fúnebres campanas de gloria y hasta la hora que viene, hasta dentro de sesenta eternos minutos. Es primavera –primavera de Praga– y está nevando.

"Kafka es el gran escritor clásico de nuestro atormentado y extraño siglo… Era judío, pero la palabra judío no figura, que yo recuerde, en su obra", escribe Jorge Luis Borges en su breve introducción a los Relatos breves de Franz Kafka. La omisión de la palabra, de la condición, de la religión, encuentra pronta explicación en el hecho de que el padre de Kafka –el colosal y monstruoso Hermann– escondía celosamente su origen optando por el de checo a secas, sintiéndose orgulloso de su "asimilación" y modernidad de próspero hombre de negocios. La relación de Kafka con lo judío es ambigua: se resiste a ello por temores kafkianos y persecutorios, pero al mismo tiempo ¡¡¡tiene fantasías de alcanzar la siempre esquiva felicidad trabajando de camarero en Palestina!!!

Kafka hereda la pulsión negadora paterna –alimentada por el terror a las persecuciones sufridas desde el principio de los tiempos por los suyos–, pero la eleva a una especie de estigma de extranjero de todas partes que, incluso, lo perjudica en su patria, ya que buena parte de los checos –por haber escrito en alemán– lo consideran todavía hoy un escritor "de afuera". El estigma se hizo más drástico al ser denunciado por la intervención soviética como "satirista decadente". La redención política no llega sino hasta 1963, cuando, en un congreso revolucionario, se enaltece al camarada Franz como "denunciador de las miserias del capitalismo". En 1968 vuelve a ser prohibido luego de la euforia de la Primavera de Praga. A partir de 1990, Kafka retorna para quedarse en los estantes como marca registrada y producto for-export.

Uno de los mejores libros sobre Kafka es, sin duda, el Kafka para principiantes, ilustrado por el genio del cómic underground Robert Crumb. Allí, en viñetas oscuras, se repasa su vida y obra, y Kakfa aparece como una especie de antihéroe parecido al "alfeñique de 44 quilates" de aquel ancestral aviso fisicoculturista de Charles Atlas sufriendo por casi todas las cosas que se pueden sufrir. Allí aparece Kafka caminando por las calles del antiguo Barrio Judío de Praga que Hitler (a quien Kafka anticipa en más de un texto) decidió dejar intacto para que funcionara como "museo de horrores" de una raza extinta. "Este estrecho círculo contiene toda mi vida… Es mi celda, mi fortaleza", escribe Kafka mientras, por razones sanitarias, el barrio infestado de ratas es derribado y reconstruido. Allí está, todavía, la sinagoga Staronová, la más antigua de Europa, construida circa 1270 y que, dicen, esconde los restos del Golem. Allí está, en el antiguo

Cementerio Judío protegido por el canto de los cuervos, la tumba del gran rabino Low, científico o mago, prócer indiscutido. Allí están, en uno de los muros de la sinagoga Pinkas, los nombres de los 77,297 judíos checoslovacos deportados y muertos en varios campos de concentración, y entre los que figuran tres hermanas de Franz Kafka. De allí parten –todos los días, justicia poética e ironía histórica– los ómnibus de la Wittman Tours, especializada en excursiones "de interés judío" a, por ejemplo, Auschwitz-Birkenau, Mauthausen y Terezín.

Mi cuento favorito de Kafka es un cuento breve en extensión pero inmenso en sus intenciones, y se titula "Una confusión cotidiana". Menos de una página le alcanza a Kafka para narrar la imposibilidad del encuentro entre A y B para concretar un asunto laboral, "un importante negocio". El tema subyacente es el del trabajo, y poca cosa le causaba más horror a Kafka que el tema del trabajo. "Por mucha indiferencia que sienta interiormente, el contacto directo con la vida laboral me impide totalmente adoptar una visión panorámica de las cosas, como si estuviera en el fondo de un barranco y ni siquiera pudiera erguir la cabeza", escribe. Existen en Praga dos de los domicilios laborales más presentes en el paisaje ficticio kafkiano. Uno es la compañía de seguros Assicurazioni Generali, en la Ciudad Nueva, y donde casi enloquece ("jornadas terribles" y "la esperanza de algún día ocupar asiento en países remotos"), pero que le sirve para escribir El proceso (obra maestra de la angustia que, sin embargo, y para desconcierto de sus amigos, leía en voz alta llorando de la risa). El otro es la Mutualidad de Seguros y Accidentes Laborales, en la Ciudad Vieja, donde fue un poco más feliz redactando tratados sobre mutilaciones varias, sintiendo que sirve de algo a la sociedad y conmovido por la suerte trágica de obreros "que vienen a pedirnos las cosas con tanta humildad en lugar de tomar la mutualidad por asalto y hacerlo todo trizas". Kafka mata el tiempo sentado a su escritorio imaginando variantes sobre su propia muerte, cada vez más terribles, sin dejar de sonreír una sonrisa casi idiota en su santidad. Sus jefes lo respetan, aprecian su trabajo y le preguntan cada vez más seguido si se siente bien, si le pasa algo.

Fotos de Kafka. Miro fotos de Franz Kafka recopiladas por Klaus Wagenbach para el libro Franz Kafka: imágenes de su vida. Asombran las viejas fotos de Praga y asombran las fotos de Kafka que, siempre, parece estar fuera del tiempo y del espacio. En la más famosa de ellas –un retrato del escritor en 1922 delante del domicilio familiar, casa Oppelt, 1920-1921–, la sensación de extraterrestre fotografiado en un planeta que no es el suyo pero que no puede dejar, es todavía más evidente. Ahí, Kafka parece un alien abducido por sí mismo. Hay algo en el rostro de Kafka –como lo hay en el del subconsciente Freud, en

el del atómico Einstein, en el del diabólico Hitler, los otros tres rostros que terminan de definir el siglo XX– que lo convierte en definitivo y paradigmático y representativo de tantos otros rostros. Un rostro inequívocamente vanguardista, moderno, revolucionario, inmediatamente reconocible. Se tiene cara de Kafka como se tiene cuello de Audrey Hepburn o anteojos de John Lennon.

John Lennon, no hay duda, es el más kafkiano de los Beatles, y no es casual que, en los bajos de Malá Strana, un mural al que los viajeros anexan graffiti como sellos en las páginas de un pasaporte, celebre su figura y ocupe toda una pared en la plaza del Gran Priorato, frente a la Embajada de Francia. Canciones kafkianas de John Lennon, enumero: "A Day in the Life", "I'm so Tired", "I'm only Sleeping", "I'm the Walrus", "Help!"… Malá Strana y sus calles configuran la parte más popular y juvenil de Praga. Por aquí caminó Mozart y por aquí se filmaron escenas del filme Amadeus, y hacia aquí cruzan el puente de Carlos VI –pasan entre las estatuas santas y negras y doradas, caminan como nazarenos cargando sus cruces– los chicos y las chicas que arrastran sus cellos rumbo a los diferentes conservatorios. De las ventanas abiertas cae música de cuerdas y abundan las disquerías dedicadas exclusivamente a la venta de música clásica. En todas las esquinas reparten volantes para conciertos. No escucho, por suerte, por los altoparlantes de Malá Strana, nada del un tanto enervante rock checo –que se parece al rock de los años ochenta del resto del mundo–, y subo por la calle Mostecká, empalmo con Nerudova (nombrada así en honor del poeta local Jan Neruda, y donde el poeta chileno Ricardo Neftalí Reyes Basualto encontró su seudónimo para siempre) y alcanzo la parte más alta, donde, como corresponde, se alza el castillo de Praga y Hradčany, obvia inspiración para El castillo, de Kafka, y punto de partida de esta ciudad al ser erigido por el príncipe Borivoj en el siglo IX. El castillo de Praga es, en realidad, un complejo de edificaciones que incluyen monasterios de monjas y monjes, la catedral de San Vito, torres de mala fama, museos un tanto anticuados, palacios de largos pasillos y estancias inmensas –como en El castillo, de Kafka–, en los cuales uno sabe cuándo entró pero por momentos cuesta imaginar cuándo se va a salir. Aquí se encuentra el destino ideal para el turista museológico (abundan las colecciones de cuadros, la joyería religiosa, las proezas gótico-arquitectónicas, las tumbas de amos y señores), y desde aquí se contempla la mejor vista de Praga, que no ha cambiado demasiado en siglos si se ignora el injerto vertical, casi donde termina el horizonte, de la torre de televisión de 260 metros de altura en el Mahler Park. Pero yo vengo tras los pasos de Kafka. A los fondos del castillo llegó Kafka en compañía de su hermana Ottla huyendo de los ruidos del centro de

Praga y del fragor de su familia para instalarse en una casita medieval de la Alchimistengasse –o callejón del Oro–, barriada en línea recta alguna vez habitada por los alquimistas locales en insomne búsqueda de la piedra filosofal. Aquí, durante 1916, el insomne Kafka escribe textos como "Un médico rural" e "Informe para la Academia". Aquí, Kafka fue feliz o algo parecido: "Es algo insólito eso de tener una casa, de no cerrar tras el mundo la puerta de la habitación, ni la del piso, sino, sin más ni más, la de la casa; pisar la nieve de la silenciosa callejuela al salir directamente de la puerta de la casa. Todo ello por 20 coronas al mes". Hoy, una pequeña placa señala el pasado virtuoso de la casita que, al igual que todas las que la acompañan, hoy comercia con artesanías de dudoso gusto. Después, se muda a un piso del palacio de Schönborn en Malá Strana. Después vomita sangre por primera vez. Después vuelve a lo de sus padres, en la casa Oppelt. Después se lo llevan al sanatorio Hoffman en Karling, cerca de Klosterneuburg. Después pronuncia sus últimas palabras a un doctor que le asegura que no se va a ir de su lado ("Pero yo sí", le responde Kafka). Después se muere. Después resucita.

24 de marzo del 2001. Salgo a buscar –a ver si lo encuentro– el set de filmación de Blade II, la película de vampiros que está filmando por aquí el mexicano Guillermo del Toro. No hay caso. No veo cámaras. La película del mexicano podría estar filmándose en cualquier esquina, porque Praga es, desde ahora, una de las ciudades más filmables jamás construidas. El paraíso, supongo, de los directores de cine que no solo pueden permitirse que Praga actúe de Praga sino de cualquier otra cosa. Praga puede ser, sin demasiado esfuerzo, otro planeta. De improviso, un tumulto de personas y gritos rodeando a una pareja aterrorizada. Tal vez sean vampiros, me digo, y corro hacia ellos y, sorpresa, son Bruce Willis y Demi Moore. Están cercados por fans dispuestos a chuparles la sangre y la tinta de los autógrafos. Willis –que está por aquí filmando algo que se llama Hart's War– tiene todo el aspecto de alguien aterrorizado. Los ojos bien abiertos y muy kafkianos preguntándose por qué a mí y cómo voy a salir de esta. Dos policías checos intervienen y se los llevan casi al trote mientras son perseguidos por una jauría de italianos. Al día siguiente –salió en todos los periódicos– Bruce envió una carta en que agradecía a los dos agentes del orden, encerrado en su hotel, mirando por la ventana desde atrás de cortinas corridas.

Descubro que estoy más gordo que cuando llegué. En Praga –"En realidad se llama Traga", me advirtió un amigo de Barcelona– se come muy bien, se come mucho, se come barato. Contundentes goulash,

carne de caza, vinos rojos y espesos, panes artesanales y mantequilla perfumada. Después, se gime el insomnio de los pecadores carnales. Kafka –para furia de su siempre furioso padre– era un dedicado fan de la calistenia digestiva predicada por Mueller y de la doctrina masticadora del norteamericano Horace Fletcher. Masticar cada bocado más de diez veces y, de ser posible, consumir nada más que vegetales, nueces y frutas. No es mi caso después de meses de abstinencia carnal y paranoica por la peste de "las vacas locas". Entro en un McDonald's y –venganza encubierta de los checos, pienso– descubro que es mucho más caro un menú con Big Mac a la USA que una comida de tres platos y postre de delicias locales. Salgo corriendo y entro caminando en un restaurante de comida checa. El menú incluye el peso en gramos de lo que se va a servir, costumbre que permanece desde los tiempos del racionamiento de posguerra. Pido carne. Para alegría de Hermann y tristeza de Franz, no hay buenos restaurantes vegetarianos en Praga.

27 de marzo del 2001. Por reflejo animal o justicia poética –me da igual, lo que ustedes prefieran– el aparente azar de los viajes acaba imitando el orden previsible de la vida. Los viajes –como nosotros– nacen, crecen, envejecen y mueren. Esta es la inevitable muerte de mi viaje a Praga. Vuelve a nevar una nieve que –ahora más ligera, y a diferencia de la primera nieve del primer día– ya no es el último rugido del invierno sino el primer suspiro de la primavera. Subo a un vagón de metro en la estación central de Můstek y me voy a bajar, cinco estaciones más tarde, en Želivského, en las afueras de Praga. El metro de Praga –como los tranvías– es inequívocamente soviético pero cómodo y amable. Nunca dejo de viajar en metro en cualquier ciudad adonde llego: la parte de debajo de la ciudad es, para mí, tan importante como la de arriba y, creo, para conocer una ciudad de verdad hay que descender al paradisíaco infierno de sus vagones eléctricos. Los metros –el más kafkiano de todos los medios de transporte– son, también, el único sitio donde es políticamente correcto mirar a los ojos de los desconocidos y pensar cosas absurdas. Para cuando alcanzo la superficie, la nieve se ha convertido en llovizna y solo tengo que cruzar la calle para alcanzar la verja del cementerio de Olsany. Los terrenos consagrados a la colectividad judía –inaugurados en el siglo XIX– están cubiertos por lápidas negras y autoritarias, más disciplinadas en su formación que las inmemoriales lápidas del antiguo cementerio judío. Me cubro la cabeza y sigo las indicaciones de un cartel con una flecha donde se lee en mayúsculas: Dr. Franz Kafka: 21-14-33. Demoro un tanto en decodificar la clave (manzana 21, fila 14, tumba 33) y bastante más en encontrar la

lápida. Me cruzo con la tumba de –¿casualidad?– un tal Isidoro Borges. A unos pocos pasos, a unos cuantos muertos, encuentro a quien estaba buscando. No es la misma lápida que había visto en el café Kafka del Barrio Judío. Las cosas han cambiado. En aquella –de forma clásica– aparecía Kafka solo y, pienso, feliz. En esta, una especie de obelisco de mármol claro, más ancho en la punta que en la base, el sufrido escritor muerto en 1924 ha sido alcanzado por los belicosos restos mortales del insufrible padre Hermann (fallecido en 1931) y de la sufrida madre Julie (quien hizo lo propio en 1934). Otra vez. Todos juntos y en familia. Uno encima de otro. Como antes. Como cuando el pobre Franz intentaba escribir y el terrible Hermann intentaba que no escribiera. Me cuesta creer que Franz Kafka descanse en paz. Dejo una piedra al pie de la lápida. El viaje termina, la vida continúa, Bob Dylan ganó un Oscar y la Mir ha caído sobre alguna ola par o impar del océano Pacífico.

Esa noche, mi última noche en Praga, tengo un sueño definitivamente kafkiano que, seguro, estuve incubando en la oscuridad de mi inconsciente, como una fiebre, durante toda esta semana. Ahora, por fin, sale: en mi sueño, al principio, aparecen una sucesión de imágenes desordenadas, paisajes de la ciudad, nieve y sol, Big Macs, muñecas rusas, música esférica descendiendo desde balcones sostenidos por titanes de piedra. De uno de esos balcones sale una columna de humo blanco y negro y, ahí dentro, Max Brod obedece la voluntad de su amigo de toda la vida recién muerto. Max Brod quema la obra de Franz Kafka y, con la última página hecha cenizas, Praga desaparece. Entonces, en algún lugar de los rojos canales de Marte, todas las hermosas cucarachas se despiertan para descubrir que se han convertido en horribles hombres.

LA MUDANZA

Mónica Baró

La independencia de un pueblo consiste en el

respeto que los poderes públicos demuestren

a cada uno de sus hijos.

JOSÉ MARTÍ, "Carta a J. A. Lucena", 1885

–Me mudaron porque dicen que les hace falta el lugar. Les hace falta el lugar porque van a hacer un trabajo de no sé qué cosa.

Vicente no se conforma. Ni Orestes. Ni Rolando. Agradecen las buenas intenciones de quienes los mudaron a ellos y a otros cientos. Se alegran por los cientos que en pocas horas desarmaron eufóricos sus viviendas, que canjearon montículos de maderas por la llave de un apartamento, o por las llaves de varios apartamentos. Porque era dando y dando: ruinas por llave(s).

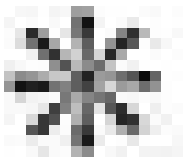
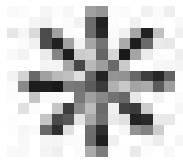
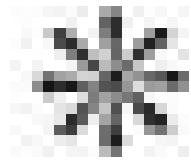
La mayoría que eran los cientos no tenía la menor idea de cómo era lo que abría la llave prometida. Hubo quienes ni siquiera visitaron la vivienda a la que iban a mudarse antes de destruir la propia. A veces los custodios que las cuidaban no disponían de llave para mostrar, en caso de que aparecieran candidatos exigiendo ver. No podría decirse que no era parte del trato, pero tampoco que era parte del trato. La inspección previa quedaba en ese limbo de lo que no se prohíbe ni propicia. Muy pocos fueron y echaron su ojeada. A inspeccionar, nadie con quien hablara. La mayoría que eran los cientos tenía el tipo de vivienda que se destruye sin dubitaciones ante la promesa de una llave inaugural, o varias llaves inaugurales. Lo malo conocido era lo suficientemente conocido como para saber que era mejor cualquier bueno por conocer.

Vicente no era de la mayoría que eran los cientos. Ni Orestes. Ni Rolando. Sus casas costaron mucha mandarria destrozarlas. Brigadas musculosas que se beneficiaron directamente o ayudaron al beneficio ajeno. Solo Vicente tuvo fuerza para dar golpes de hierro y ablandar el

concreto. Toda una vida de canto y baile trae sus bendiciones. Con sesenta y un cumplidos, su cuerpo todavía puede destrozar la casa construida con casi toda una vida de canto y baile. Orestes y Rolando acumulan más experiencia. La sumatoria de ambos da ciento setenta y dos años. A uno le resta salud la próstata; a otro, la columna. Es decir, el tiempo royendo los huesos. Ninguno de los dos pudo alzar una mandarria y reventar una pared. A la casa de Orestes la sacrificaron albañiles amigos de un hijo suyo mediante una especie de saqueo convenido: no cobraron un quilo pero se quedaron los restos. Ninguno de los tres se acostumbra a mirar el tamaño de su ausencia en el lugar.

Nadie sabe, con seguridad, qué cosa se va a hacer con el lugar.

Vicente, Orestes y Rolando son minoría. Pero no los únicos. Hay otro Vicente, otro Orestes, otro Rolando, que se llama Tomás. Hay una Miriam que no se ha mudado porque teme llamarse Tomás. Y hay otros nombres distintos que podrían llamarse Vicente, Orestes o Rolando. También Miriam. Todos, aún, son minoría. Por suerte, residen en un país donde se afirma que las minorías importan.

Siete años atrás.

El lugar es La Playita. Reparto San Pedrito. Provincia Santiago de Cuba. La Playita es el seudónimo de un desastre. Puro sarcasmo. Aquí no hay playa ni nada similar. Al lugar lo bautizaron así porque suele inundarse con lluvias intensas. Porque es zona baja y lo atraviesa un río de aguas podridas con reputación de zanjón, pero que es un río y su nombre es Yarayó, aunque desde hace décadas lo traten como cloaca, por las conexiones clandestinas de demasiados hogares al drenaje pluvial.

Este es uno de los primeros paisajes que se le descubre a la ciudad si se entra por tierra: tras pasar la Plaza de la Revolución Antonio Maceo, descendiendo por la Avenida Juan Gualberto Gómez, justo frente a la terminal de ómnibus, a menos de un kilómetro del Cementerio Santa Ifigenia.

La Playita –circunscripción 37 del Consejo Popular Mariana

Grajales, en jerga administrativa– es otro barrio insalubre dentro de ese otro barrio insalubre que es San Pedrito. Su trama es caótica, desfigurada. Un diálogo contradictorio entre necesidad, pobreza y emprendimiento. La gente sabe resolver el diario. Sea por vías lícitas, no tan lícitas pero toleradas, o incuestionablemente ilícitas. El diario. Esa es la máxima que rige todo el diseño. La espontaneidad como respuesta a problemas coyunturales. Crece un hijo, se casa, nace un nieto: un cuarto de tablas al fondo del patio. Y si hay casa de mampostería y placa libre y se resuelve mejor: un cuarto de bloques en los altos.

La población supera la cifra de mil cuatrocientos. Se acomoda en un aproximado de quinientas viviendas. No todas se respaldan con título de propiedad. Algunas tampoco parecen viviendas. Desde inicios de los sesenta, San Pedrito es zona congelada. Congelar es una metáfora para restringir. Y es muy acertada. Quienes habiten bajo congelación no pueden construir, ni permutar, ni vender, ni etcétera. Su movilidad queda reducida. Esa es una política frecuente para enfrentar barrios insalubres, o ilegales, o ilegales e insalubres. Se espera que así no se expandan. Aunque, en ocasiones, la política no responde solo a un optimismo invertebrado sino, además, a una acción simultánea que fundamenta la congelación. Tal fue el caso, una vez, de San Pedrito.

Desde siempre, San Pedrito ha carecido de sistema de alcantarillado e instalaciones hidráulicas apropiadas. Una red de zanjas se encarga de las operaciones albañales. Hay un recuerdo que conserva una memoria de ochenta y un años, Miriam Vicet, otra Miriam, que habla de inundaciones en 1948. Ya en esa época había casas. Y antes de esa época. Desde principios del siglo XX, San Pedrito existe y con bulla. Montó una conga que le trajo fama, que era competencia dura. Cuando arrancó 1959, ahí no quedaba de qué asombrarse. Se conocía hasta los tuétanos. Incluso lo premiaron por su contribución a la gesta revolucionaria, fundando en casa de Maíta, Guardado no. 60, la primera delegación de barrio de la Federación de Mujeres Cubanas en la provincia, en agosto de 1960. Vilma Espín, presidenta de las federadas, lo visitó tres veces.

En 1963, el trauma Flora aportó al país un mapa siniestro de vulnerabilidades. La zona oriental, por donde el huracán se entretuvo, quedó hecha un harapo. Fue como si algo hubiera agarrado a la isla por la cola y matraqueado con ella hasta descoyuntarla. Fue toneladas de lluvia. Fue inundaciones. Fue mil ciento veintiséis muertos. Fue 11,103 viviendas desaparecidas y otras 21,486 con daños. San Pedrito, en especial La Playita, se convirtió en la Atlantis del Yarayó. Y el

Gobierno fue y vio el horror y decidió mudar.

El destino iba a ser el Microdistrito José Martí. Un asentamiento que se construía con el sistema Gran Panel Soviético (GPS), gracias a una planta de prefabricación donada por los camaradas de la Unión Soviética a la Cuba post-Flora. La decisión parecía más definitiva que una carta astral. A muchas personas las compulsaron a vender sus muebles, porque los apartamentos nuevos venían amueblados y esos armatostes antiguos no les iban a caber. No les iban a hacer falta. Muchas personas vendieron sus muebles. El padre de Cecilia Oriz, de la calle Antúnez, vendió todo y dejó solo las camas donde dormía su familia, porque ya estaba entrevistado, con planilla hecha y numerito en la puerta. Congelaron la zona. Se paralizaron obras de ampliación y reparación. ¿Para qué construir si van a mudar? El asunto parecía bastante serio. Las federadas organizaron trabajos voluntarios y fueron a limpiar y las niñas ayudaron a sacudir. Cecilia fue a sacudir. Las viviendas las iban a entregar listas para vivir. Era solo mudarse. Ni siquiera había que cargar muebles. Pero la ilusión duró poco. Los encargados del otorgamiento ejecutaron un acto de prestidigitación, no se sabe si por iniciativa propia o por órdenes superiores, y empezaron a cubrir las miles de capacidades con gente que aparecía de cualquier parte. A quienes quedaron atrás en la cola, no les explicaron razones.

Al final, lo que cuenta son los hechos. Y el hecho es que los habitantes de San Pedrito no se mudaron a ningún lugar. Aquello no fue más que un reality show. Las viviendas martianas las limpiaron y sacudieron para otros. Las que le tocaron al barrio se podrían contar con una mano. Nadie se olvida de los elegidos que se marcharon, ni de quienes montaron su tinglado en el terruño disponible, ni de quienes agarraron un pedazo para sembrar hortalizas. Ahí se quedaron con su conga, su Yarayó, su delegación primogénita, sus numeritos en las puertas. Muchos, sin muebles. Congelados todos, con el argumento de que todavía los iban a mudar. Hasta que en 2009, más de cuarenta años después de aquella premonición de mudanza, los astros se alinean de manera insólita.

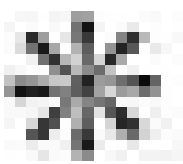
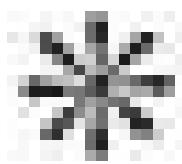
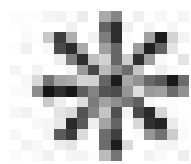
El Partido Comunista de Cuba (PCC) barajea la política nacional y en la repartición a Santiago le cae un As. El maestro Lázaro Expósito, un cuadro con la rara cualidad de ser más líder que cuadro, es designado primer secretario en la provincia. Le precede la legitimidad que su trabajo le ganó en Granma, donde ocupaba el mismo cargo desde 2001. Lo respetan primero porque sus resultados son visibles y ponderables, segundo porque su militancia no se agota en reuniones, tercero porque la gente siente que no ha dejado de ser parte de la

gente. Pero Santiago es, en todos los sentidos, una bola de fuego. Lo que para La Habana es rebeldía, para Santiago es mero desparpajo, un performance. Y a pocas semanas de oficializarse en la ciudad, el As debuta en el juego.

Unas intensas lluvias activan el Consejo de Defensa Provincial. Asume el mando. Se inundan comunidades en distintas regiones de Oriente. Se inunda, por supuesto, San Pedrito. Se hunde, o emerge, La Playita. Para no perder la costumbre, habrá periódicos que priorizarán la historia de la sequía aliviada y los embalses recuperados. Sin embargo, para La Playita, por ejemplo, será la historia de más pérdidas, del petróleo manchándolo todo, de las zanjas vomitando inmundicias, del Yarayó desbordando sus aguas podridas, de las costras de fango, de la piel restregada con luz brillante (querosene) para quitar el petróleo. En medio de la desgracia, el primer secretario se presenta en San Pedrito. Les ve la cara a sus dolores. Conversa, no discursa. No utiliza la calamidad de tribuna. Y sus palabras se acogen con esperanza.

A partir de este momento, el año de las inundaciones será el año en que entró Expósito a Santiago y el año en que entró Expósito a Santiago será el año de las inundaciones.

En 2010, empezará el proyecto. Se reactivará la mudanza.

Vicente se hizo el hombre que quiso ser en La Playita. De niño fue un callejero consagrado, sobresaliente. La calle fue su talento. Pero no lo malgastó. La calle, ese oráculo subestimado, retribuyó la lealtad. Le reveló lo que debía hacer con su vida antes de alcanzar una edad sensata para preguntárselo. Hay muchas materias que la escuela no imparte, muchas respuestas debajo de las piedras. La base de su formación es una música, una cultura, tan esencial como arrabalera: la rumba. “Miraba y me gustaba y me metía y bailaba y así iba aprendiendo cosas”. Y con la rumba, un poco más profundo, lo afrocubano. Y el tambor batá y el cajón y el palo y los caracoles. De ahí resultó Vicente Portuondo, de una simbiosis entre fe y vocación, que agregó al título de callejero los de bailarín, percusionista, profesor.

La casa a la que iba gente buscando sus criterios profesionales, para entonces ya había prosperado de tablas a bloques, se había convertido en la de cuatro hijos y cuatro nietos y se había expandido para acotejar a la familia multiplicada. “Tenía cinco cuartos. Piso de granito. Clósets. Cocina azulejada. Arriba y abajo placa. Patio enlajado”. Era de una enormidad sin pretensiones, humilde como su entorno, pero resistente a lo que la naturaleza deparara. Cuando el demonio de Sandy atacó la provincia en octubre de 2012 y eligió el viento como arma de destrucción masiva, Vicente permaneció impasible bebiendo vino. Estaba seguro de las paredes y el techo que lo guardaban. Tampoco hubo inundaciones como las de 1963, ni como las de 2009. Meses antes, al canal del Yarayó le habían ampliado las medidas y extraído sedimentos malignos. El río no estaba curado, pero al menos había mejorado su digestión de residuos. Por eso a Vicente le costó entender por qué debía demoler una vivienda que con el huracán no había sentido ni cosquillas. “A mí no me sacaron por Sandy. A mí me sacaron porque a ellos les hace falta el lugar para el proyecto”. En el patio, además, procuraba el sustento familiar criando animales: chivos, ovejos, gallinas, gallos, caballos. Mudarse no suponía un simple cambio de casa sino de vida. Si accedió a irse, fue porque no pudo elegir quedarse.

Los dos apartamentos que le otorgaron en el Asentamiento Yarayó II tuvo que lucharlos. Al principio, ellos, los del proyecto, solo querían otorgarle uno de tres cuartos a cambio de sus escombros. Pero no era justo y protestó porque sus escombros serían de cinco cuartos. Había una esposa, un hijo mayor, y una hija con dos hijos y esposo. No se iban a apretujar en tres cuartos. Los del proyecto aceptaron y concedieron el segundo. “Prepárense que en cualquier momento pueden irse”, dice que les dijeron. El cualquier momento sucedió el 29 de octubre de 2015, que lo anunciaron con casi una semana de anticipación para que despejaran el terreno.

–La casa uno es el que tiene que desbaratarla. Y en el caso mío yo empecé cuatro o cinco días antes porque, ya le dije, mi casa era arriba y abajo.

–Y usted, ¿cómo se sintió? –le pregunto.

–Ah, mija, ¿cómo me voy a sentir? Mal. Todavía estoy mal. No me adapto aquí. Estoy adaptado a tener animales para comer. Aquí no puedo tener ninguno. Y me los robaron casi todos el día antes de venir. Me robaron cinco chivas preñadas. Me robaron un caballo. Que el caballo yo vi cuando me lo llevaban y corrí detrás de la gente, pero tuve que dejar que se fueran porque ya yo estaba durmiendo al aire

libre y tenía la cama afuera, el frío… Esto a mí me dejó pérdidas por dondequiera.

–¿Y por qué había que demoler?

–Lo que se dice es que ahí va una avenida, que creo que llega hasta la tumba del Comandante. Esos son los comentarios. Que la carretera tiene que pasar por ahí, que van a fabricar, que no sé qué. Yo lo que sé es que había que irse obligado.

A pesar de las inconveniencias, Vicente fue uno de los primeros en ocupar el edificio donde vive. Se lo entregaron totalmente nuevo. Tanto, que no lo terminaron. Entiéndase que Santiago de Cuba es una provincia en fase de recuperación. Las ráfagas de Sandy acribillaron el fondo habitacional. El cincuenta y uno por ciento de lo que fuera. Afectaron 171 380 viviendas, derrumbaron 15,889 de las 171,380 ("Ciudad que retoña", Bohemia, no. 6, marzo de 2013). Hay un programa constructivo acelerado que responde a esa contingencia, que apoyan brigadas de otras provincias y hasta Ecuador y Venezuela. Hay un Plan General de Ordenamiento Urbano, aprobado en mayo de 2014, publicado, en síntesis, por el Instituto de Planificación Física, que fija la meta de crear 29 400 en la provincia con plazo hasta 2025. Entiéndase que no se puede perder tiempo en nimiedades como pegar lozas, nivelar pisos, colocar puertas. No importa que la producción de materiales indispensables para las obras no concuerde con lo planificado. De Santiago nunca se espera menos que heroísmo. Los pueblos heroicos no sustentan planes en el análisis de sus posibilidades sino en la fe en su capacidad de esfuerzo y sacrificio. Esfuerzo y sacrificio han permitido recuperar sesenta y dos por ciento del fondo habitacional en tres años. Porcentaje que, según el periódico Sierra Maestra, incluye "105,800 soluciones para derrumbes parciales y totales". De todas esas soluciones, las que registró la Oficina Nacional de Estadísticas como "viviendas terminadas" por el sector estatal civil en su último anuario de la ciudad fueron 2,254, en 2013; 2,685, en 2014. Las de 2012, por curiosidad: 1,417. Y al concluir 2015, el presidente de la Asamblea Provincial del Poder Popular, Reinaldo García, informó que 2,632. Entiéndase que ninguno de estos números debería aparecer en la historia de Vicente. Aunque lo montaron en el mismo tren de los damnificados, nunca mereció ese boleto. Y de Flora, ya hacía bastante que se había recuperado.

No es que Vicente sea un hombre ingrato. Es un hombre que aceptó una ayuda en contra de su voluntad. En lugar de preguntarse si su inconformidad clasifica como ingratitud, habría que preguntarse si la ayuda clasifica como ayuda. Hay que disculparle que no salte de

alegría en un solo pie. A sus sesenta y un años, cuando ya no cuenta con el recurso de los aplausos, ni el socorro de sus animales, debe volver a construir. “A esto hay que hacerle muchas cosas. Te la dan con este piso, pero este piso no sirve, es cemento que le derriten ahí, le pasan la cuchara y lo pulen un poquito. Los cuartos vienen sin marcos, sin puertas, sin clósets. Es una casa para resolver y sacarnos del lugar”.

De tan nueva que la dan, la dan hasta sin acceso al agua. En enero de 2016, cuando ya casi todos los edificios del asentamiento se encuentran pintados y ocupados, es que se rompe para el hueco de la cisterna. “Es desde las cinco de la mañana: pa-prrrr-ta-pa-pa-pa…”. Las ventanas de la sala de Vicente, en planta baja, se abren a una loma de arena. Las paredes exteriores de su vivienda muestran grietas y golpes. En la pintura, arañazos. “Esto es una falta de respeto”. Una vez cada no se sabe cuánto, mandan un camión abastecedor de agua. Dos veces, desde el 29 de octubre. No obstante, ya esas viviendas las avalaron colocándoles habitantes y pasaron a engrosar la fila de terminadas en 2015.

–Hay muchas personas que sí se favorecieron porque nunca fabricaron y vivían sin nada –reconoce Vicente–. Es como se dice: en casa del ciego, el tuerto es rey. Pero ese no fue el caso mío.

–¿Y la zanja a usted no le afectaba?

–Mija, nosotros estábamos adaptados a la zanja. El problema es que esa zanja es un río. Ahí antes la gente se bañaba, pescaba. Y lo hicieron el desagüe de la ciudad. Pero la zanja para mí… Casi yo me sentía mejor que en esto. Nunca me enfermé, nunca padecí de nada, y desde que estoy aquí no se me quita el catarro.

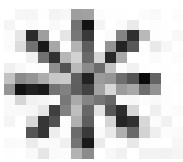
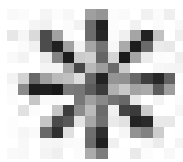
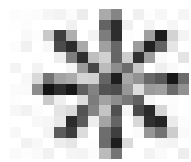
Si Vicente se hubiera llamado Ramona, no hablaría de la mudanza con amargura. Ramona Guevara es de la mayoría que eran los cientos. Desbarató unas horas antes de mudarse, el mismo 21 de noviembre de 2015. “En La Playita vivía muy mal. Casa de tablas, en lo más bajo, como a una cuadra del río”. Le entregaron tres llaves. Una para su hijo, que tenía un cuarto en el patio con su esposa y dos niños. Otra para su exesposo. Otra para ella y su hija. “Aquí me siento muy bien porque nunca imaginé tener esto. Pensé morirme en mi casita vieja sin poder comprar nada, porque todo se perdía en las inundaciones”. Su principal preocupación es un muro que queda a pocos metros de su puerta, donde se sientan hombres a beber y hablar cosas que ella preferiría no escuchar. Por eso piensa ir a ver a Expósito, para que mande a enterrar unas cabillas en el muro y nadie más pueda sentarse.

Sin embargo, a Vicente le tocó llamarse Vicente. Su principal preocupación no son las conversaciones despelotadas que el ron estimula.

–Algo que me está golpeando a mí fuerte es esto que voy a decir: la propiedad de mi casa la tengo ahí, más de setenta años, por mi mamá. Ahora me dan dos casas. Yo pienso que yo pague una sola, que yo no tenga que pagar las dos.

–Pero si la suya estaba pagada, ¿por qué tendría que pagar las que le dieron?

–No… pero hay que pagar. Es obligado así. Todo esto yo tengo que pagarlo, me dicen. Entonces voy a ir adonde tenga que ir, porque si pago, pagaré una de las dos. Si a mí me quitaron una casa más grande. ¡Qué pasa compay!

El Quilombo es la idea original del asentamiento donde reside Vicente. Lo denominaron Asentamiento Yarayó I, pero nadie se identifica con esa denominación. El Quilombo sugiere más espíritu, más carácter. Algo con mayores posibilidades de despertar sentido de pertenencia. Un intento quizás por reconocerse en lo nuevo. Porque la gente todavía no se apropia del espacio. Como si no pudiera creer la realidad donde pisa. Las viviendas permanecen demasiado desnudas. El cemento es pornográfico. Permanecen, además, amnésicas. No revelan conflictos, pérdidas, romance. Les falta acumular historia, obvio. Pero les falta, sobre todo, la predisposición a la historia. A casi dos años de ser habitados, muchos apartamentos en El Quilombo lucirán como lucen hoy muchos apartamentos en el Abejita Laboriosa a casi dos años de ser habitados. Es la misma ajenidad. Sus habitantes usan las casas como un traje al que no le cortan la etiqueta. En San Pedrito quedan hogares vulnerables que palpitan con más energía.

Conozcamos a María Antonia. Un término medio entre la minoría y la mayoría que eran los cientos. Se siente bien, pero está inconforme: desde hace siglos se advierte que somos criaturas complejas y contradictorias. “Porque nos entregaron esto con defectos y no ha venido más nadie”. María Antonia vive y muere poniendo parches en

el piso que se rompe. “El problema del agua. Hoy estamos secos. Sí, tenemos cisterna, pero no hay motor”. Y no pueden pasarse el día entero cargando tanquetas. “No digo que estoy mal, porque me siento feliz”. El problema son las situaciones que no han arreglado desde que se mudaron hace dos meses. “No, antes de tumbar nosotros no vinimos a ver”. A ellos les dijeron se mudan y ellos se mudaron. “Porque necesitaban el terreno”. Y todavía queda gente allá abajo que no se ha ido porque no acepta las ofertas que le han hecho. “Esa gente está pidiendo lo que necesita. Porque en la vida real, ellos se van a quedar con el terreno de nosotros y nosotros tenemos que volver a pagar esto”. No es que sea una mujer ingrata. María Antonia Bandera es una mujer que aceptó una ayuda que no fue incondicional. “No, todavía no me han dicho cuánto es. Pero yo sé que tengo que pagar. Y mi casa estaba pagada y era más grande”. No se equivoca. Deberá volver a pagar.

Mariela es otra de esas criaturas complejas y contradictorias. “Sí, yo nací en La Playita y tengo cuarenta y nueve acabados de cumplir. Así que imagínate cuántos ciclones pasé allí”. Los ciclones en La Playita eran lo más malo, lo más malo del mundo. “Bien afectados estuvimos bastante tiempo”. Su familia creció hasta doce y su casa hasta cuatro cuartos. “Aquí nos dieron tres viviendas”. Y a un hermano suyo ya le habían dado una en 2012, antes de Sandy, con piso de losas, baño y cocina de losas, clósets. “A nosotros no. A nosotros nos mataron como a los machos. Esto es una mierda lo que han dado. Y tenemos que pagarla”. Si hubiera sabido esto, ella no hubiera roto su casa. “Pero ya cuando tú rompes tienes que ir para donde te metan”. Se desesperaron. Llevaban dos meses: que se van hoy, que se van mañana, y con todo empaquetado. “Demoler la casa fue lo más grande. Mi hermano desde las cuatro de la mañana trajo una brigada que se favoreció de los materiales. Nos desbarató la casa y se llevó los bloques, unos pisos buenos que mi papá había puesto…”.

El papá de Mariela es Orestes. Orestes Guillart es una miniatura de ochenta y nueve años con bastón, sombrero y botas de niño, que todavía sonríe cuando le sacan fotos. Mariela lo trata a ratos como un muñeco. Lo manda a callar, le prohíbe esforzarse. Lo quita, lo pone. Siempre, como una reliquia. Es su manera de cuidarlo. Las preguntas para Orestes, ella las responde o completa. Explica que hasta el final su papá no quería romper su casa. “Su casa que él la hizo. No quería, no quería, no quería. Él nunca quiso venir para acá”. Pero los hijos lo convencieron de asumir el sin remedio. “Mi mamá y mi papá eran propietarios, pero si el Estado necesita… El Estado es el que manda”.

–¿Y por qué estaban haciendo la mudanza? –pregunto a Mariela.

–Ay no sé… No sé si es por la cercanía de nosotros del cementerio… Cuando se muera Fidel Castro eso tiene que estar verde desde allá hasta acá. Yo pienso que por eso es que nos mudaron. Eso es lo que comentan las personas.

–Que es para hacer la avenida.

–Para hacer la Avenida Patria.

–Pero nunca se lo dijeron así en ninguna reunión.

–No. Nunca nos dijeron por lo que era. Que se necesita ese pedazo y a todo el mundo hay que mudarlo, pero los motivos, nunca los he sabido.

El hermano de Mariela que trajo la brigada que desbarató la casa que construyó su padre, trabaja como pintor en la Avenida Patria. Eduardo ha hecho mucho por esto. Integró el Contingente Héroes del Moncada, el Contingente Ho Chi Ming. "Yo sí tengo qué contar". Su ruta como pintor y auxiliar de albañilería es la ruta de las construcciones monumentales en Santiago de Cuba. Entregó el Mausoleo José Martí en el Cementerio Santa Ifigenia, la Plaza de la Revolución, el Teatro Heredia, la Sala Polivalente. Y ya entregó también la Avenida Patria. Nunca ha hecho ni ha entregado nada él solo, pero siente muy suya cada obra. Eduardo ha sentido mucho por esto. Ahora con la mudanza siente gratitud, y con la Avenida Patria, orgullo. "Gracias a la Revolución, tengo lo que tengo. Jamás en la vida yo iba a pensar tener un apartamento". Ya hizo su clóset, el de su mamá, porque a él le tocó con sus padres. "Poco a poco. Hay que sacrificarse".

–Y en la Avenida Patria, ¿hace cuánto que trabaja?

–Desde que empezó la Avenida Patria. Yo empecé en la Plaza de la Revolución.

–¿En qué año?

–En el 2015. Hace un año.

–¿Y qué pinta?

–Las fachadas de lo que es toda la Avenida Patria, desde la Plaza de la Revolución hasta después del cementerio, hasta la barca de oro, que es el tramo siete. El tramo uno es la Plaza de la Revolución.

–¿Y cada qué tiempo pinta?

–Ahora mismo estamos repintando lo que se hizo hace nueve meses, un año. Ya yo empecé de allá para acá.

–Está pintando por segunda vez.

–Por segunda vez.

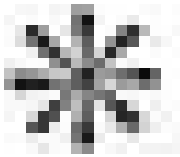
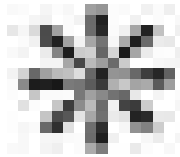
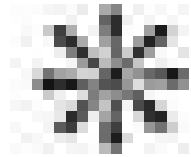
–Las fachadas.

–Las fachadas. Lo que hicimos, lo estamos haciendo de nuevo. Eso se llama repin-tar.

–Y esa avenida ¿para qué la hicieron?

–Esa Avenida Patria tiene mucho sentido. El día de mañana, cuando suceda lo que va a suceder, van a venir cientos de presidentes, porque están interesados en conocer Cuba. Cuando suceda lo que va a suceder. Que Dios me lo libre, porque yo soy fidelista. El día de mañana, cuando él caiga, como cayó Hugo Chávez, un ejemplo, esto va a ser lo más grande. Entonces por eso se empieza la Avenida Patria hasta el Cementerio de Santa Ifigenia. Eso va a ser lo más grande de la vida. Como Lenin en la Unión Soviética.

La casa que construyó Orestes comprando bloque por bloque y con un crédito del banco no era lo más grande de la vida, pero era su casa. Y una parte de su vida lo justamente grande como para no querer derribarla. Orestes era operario de máquinas soviéticas empleadas en la construcción y conocía los métodos y proporciones que garantizan la solidez de una obra. “Manejar el equipo y graduar el agua para poder hacer un concreto con calidad. La fundición para la placa y los pisos. Ese era el trabajo mío”. Hoy mira a quienes construyen asentamientos como El Quilombo y se ríe. “Hacen las cosas comoquiera”. Tampoco consigue adaptarse. A él le gusta estar amplio. “Yo tenía lugar para diecisiete machos. Mis pollos. Gallinas”. Y aquí no los puede tener. “Vamos a ver cuando acaben esto cómo es la cosa, si se puede tener un corral fuera, que tú lleves la comida allí y los atiendas”. Extraña su patio. “Sí, sí, cómo no”. No quería demoler. “No, hija, no. Fíjate que desde que me mudaron, allá no he vuelto más que un día”.

–Entonces tenemos que pagar diez mil pesos, como si esto estuviera enchapado y pintado.

–¿Y usted era propietario?

–Sí. Y nos dijeron que los propietarios íbamos a pagar la mitad del precio. Pero no cumplieron.

–Tienen que pagar los diez mil pesos.

–Diez mil pesos valoraron así: ¡pum! Y yo digo: "Señor mío, aguanta un momento, yo soy jubilado, ¿de dónde voy a sacar?". Que si tienes que buscar codeudor… Y nadie me quería servir de codeudor. Ahora, después de varias protestas, arriesgándome a otro infarto e incomodándome por la situación que estoy viviendo, es que me han permitido ajustar cincuenta pesos de mi propia chequera para el pago de la vivienda.

–¿Cincuenta pesos mensuales?

–Sí, por encima de cincuenta. No me especificaron.

–Y su chequera, ¿de cuánto es?

–Es de doscientos pesos.

–Y tiene que pagar el refrigerador.

–Ajá. Estoy pagando el frío. Lo que me quedan son 143. Ahora cuando me ajusten la vivienda no sé si que me quedo en ochenta o noventa.

Fernando Salazar se mudó de La Playita para el Asentamiento conocido como Abejita Laboriosa en marzo de 2014. Vive con su esposa, su hija menor y un nieto que nació aquí. Como es un hombre enfermo, le dieron planta baja. Pero la ubicación en vez de traerle alivio lo que le trajo fue problemas. Cuando llueve, en su casa se cuela una mezcla de agua estancada y orine, más lo que no es orine, si coincide el mal tiempo con un horario pico del proceso digestivo del vecindario.

–Como no han hecho los canales que evacúan el agua pluvial, de allá atrás viene toda esa agua rodando y se hace un embalse detrás de mi edificio. A mí me entra por los tragantes del baño y el patio. Y al señor de al lado le entra más cantidad.

–¿Eso cuando pasó?

–En el último aguacero que cayó fuerte. Y no me entró caca porque fue por la madrugada y en el edificio a esa hora es difícil que una persona vaya a hacer caca. Pero sí entró orine. Aquí esto estaba… ¡Imagínate! Ácido vivo. Cuando me levanté: todo corriendo y con la escoba aproveché y busqué un poco de luz brillante y fui echando… Fue tremendo para sacarlo por la puerta. Tuve que meter mis manos ahí porque yo no dispongo de guantes. No estaba esperando que esta sorpresa me cogiera así a bocajarro.

–Pero cuando se mudó para acá no pasaba eso.

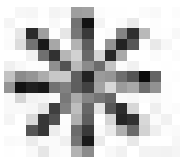
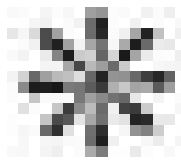
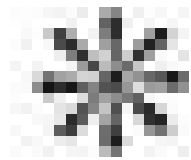
–No hubo aguaceros. Ya fueron dos aguaceros fuertes.

–¿Y pasó en los dos?

–Sí. En el segundo no me dio tiempo porque no tenía bloques, ni cemento, ni arena disponibles. Ahora ya hice un muro por si acaso viene otra lluvia, se quede todo dentro del baño.

La realidad de Fernando obliga a conceptualizar de nuevo lo que es bajo costo, mediante una pregunta que permita valorar más socialmente los beneficios: ¿para quién es bajo el costo?

“Hay que tener cuidado de cómo va a ser el futuro de nuestra patria. ¿Qué les estamos dejando a nuestros hijos? A nadie le gusta que lo engañen”.

A Cecilia, la que fue a sacudir con las federadas, le hubiera encantado llamarse Vicente, Orestes o Rolando. Lo que ella no consigue entender es por qué todavía no la han mudado. A ella, a su familia, al resto de sus vecinos. Cecilia no tuvo la dicha de ser de la mayoría que eran los cientos. Su casa no entorpece ningún proyecto

de avenida. Es una de las enumeradas de San Pedrito que soltaron pájaro en mano por cien volando. Se inunda en tempestades y no precisamente de aguas pluviales. Sus pisos y paredes son un campo de batalla entre remiendos y musgos. La manosea una zanja poblada de ratas insomnes que socavan los cimientos. Pero, al parecer, no es nada que no se pueda continuar postergando.

En 2012, Sandy ubicó la vivienda de Cecilia en la cifra de las 171,380 desafortunadas. Otra vez, la respuesta fue que esperara. Que esperara por el proyecto San Pedrito. Que no le iban a entregar materiales para que pusiera techo y reparara porque la iban a mudar y sería un despilfarro en medio de tanta necesidad. Que mientras, resolviera con unas lonas de nailon y unos palos rollizos. Que ya la intercalarían entre las personas que fueran mudando. Y Cecilia se animó. Creyó que el estatus de damnificada de Sandy traería el beneficio que anhelaba desde los once años, cuando fue a sacudir aquellos muebles que nunca fueron suyos y por los que perdió los de caoba que acomodaban su casa. Si había que esperar un poco más por la mudanza, esperaría. Sabía bien cómo hacerlo.

Tres años y tres meses después, Cecilia permanece en el mismo lugar, con cincuenta y ocho años y la esperanza quieta en la mirada. Pero Cecilia es cada vez menos Cecilia. En 2013, su hija perdió una barriga de gemelos con siete meses de gestación. “Los médicos dijeron que podía haberla afectado el lugar donde vivíamos, pero no se sabe”. En abril de 2015, enterró a su esposo con los pulmones minados de cáncer. “Pasó dos años y ocho meses con su enfermedad en esta humedad, que fue lo que lo acabó de matar”. Y en septiembre de 2015 nació su nieto, tras librar una batalla con la muerte. Yeny sufrió preeclampsia y hematoma retroplacentario: presión arterial alta y desprendimiento prematuro de la placenta. Sin embargo, las complicaciones no acabaron en el parto. Con cinco meses, Alex ha estado hospitalizado en dos ocasiones. “Cuando cae la tarde, ya el niño se nos pone malo, empieza a tupirse y con falta de aire”.

En la casa, honestamente, cuesta respirar a cualquier hora. La pestilencia ácida de la zanja se siente incluso detrás de la lengua, en la garganta, hasta en los lagrimales. Allí se han acostumbrado al asco. Después de unas horas, cualquier persona que no sea alérgica podría acostumbrarse, sin que un ataque de tos tranque su sistema respiratorio y le obligue a marcharse. Después de unos años, cualquier persona podría volverse alérgica. Pues es un hecho que nadie se transformará en anfibio.

El doctor Enrique Molina, en su artículo “Contaminantes biológicos

del aire interior de la vivienda: factores contribuyentes, afecciones relacionadas y medidas correctivas", publicado en 2015, en la Revista Cubana de Higiene y Epidemiología, explica que los mohos, desencadenantes comunes de alergias, se reproducen por medio de pequeñas esporas que se transportan continuamente en el aire libre y en interiores, y que cuando se adhieren a superficies húmedas, comienzan a crecer y a alimentarse de esas superficies. Asimismo, entre los síntomas y afecciones asociadas a la exposición a tales esporas, identifica "reacciones alérgicas, como irritación de los ojos o la piel, rinitis, tos y estornudos, manifestaciones de asma". Orientación del doctor: eliminar la fuente de la humedad.

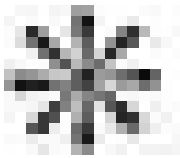
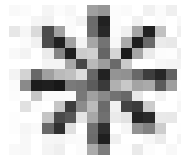
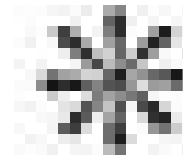
"Cuando tú ves ese verde que se está dando en una pared, ¿qué te dice eso? Esa es la humedad que tenemos abajo. Dondequiera se da una matica", dice Cecilia mientras me muestra ese jardín exuberante que es su casa. "Todo esto es hueco. Ya hemos tapado, pero persisten los huecos. Por todos esos entra agua". Y una vez comprendida la delicadeza de paredes y suelos, me invita a apreciar los techos: prodigios de la ingeniería post-Sandy. Desde 2012, lo que les cubre las cabezas son los mismos troncos y lonas que otorgaron, láminas de cinc recuperadas del desorden que dejó el huracán, unas tablas de madera para ataúdes que les regaló un pariente. "Esto es para guarecerse del sol y el sereno. Pero llueve y se moja todo". En la casa hay capucha para cada caja que guarda cada cosa. Para completar el cuadro, los troncos han empezado a desmoronarse en un polvo amarillento y las tablas para ataúdes a incrementar la población de insectos. "Sueltan un bichito negro, que es una puntica así, con una guasasita verde, que pica. Al niño me lo están picando".

Lo mejor de la casa, según Cecilia, es el frente. El frente del pedazo que le corresponde a Aleida, una de sus dos hermanas, que por su ubicación privilegiada en el campo de visión de cuanto transite por la Avenida Patria, clasificó en el plan de reparación por el 500 aniversario de la ciudad. Lo mejoraron con tres ventanas de aluminio, una puerta de aluminio, y esmalte rosa pálido. "Tú ves el frente y qué te vas a imaginar lo que hay aquí adentro. Por eso yo digo que estamos viviendo detrás de la fachada". Pero lo que más ha perturbado a Cecilia y a sus iguales ha sido la demolición de las viviendas de la acera del frente, del otro lado de la Avenida Patria, o Crombet, como aún se le llama.

–En toda esa avenida desbarataron casas que valían… Aquello partía el alma. ¡Acabaditas de hacer! Y las que no, estaban por terminar. Sin necesidad. Porque esa gente se llenaba cuando ya nosotros estábamos ahogados.

–Y las quitaron.

–Sí, las quitaron para agrandar la avenida. Todo lo desbarataron. Y mira las condiciones en que nosotros vivimos. Van cambiando, van cambiando las formas de hacer las cosas y se van quedando las personas.

El proyecto San Pedrito se define como una transformación integral, o también como un programa de reordenamiento urbanístico, donde intervienen instituciones múltiples con el fin de mejorar las condiciones de vida de una población estimada en dieciséis mil.

Madelín Méndez, jefa del Puesto de Dirección del proyecto, expresidenta del Consejo Popular Mariana Grajales, apunta que "había una deuda pendiente con esta comunidad y felizmente la estamos realizando".

Los primeros en intervenir para saldar la deuda fueron los especialistas de la Dirección Provincial de Planificación Física. En 2010 realizaron un diagnóstico para valorar las vulnerabilidades del territorio, los cacharreados sistemas sanitarios, el fondo habitacional, las vías de circulación. Lo típico en esos estudios. Trazaron planes, objetivos, acciones, distribuyeron informes, y arrancó el trabajo.

Entre 2010 y 2012 la gente empezó a ver y escuchar los cambios. Se instalaron miles de líneas de teléfono y se iluminaron espacios públicos. Se emprendió una labor de saneamiento del río, rehabilitación de redes de drenaje pluvial, creación de alcantarillados. Y, por supuesto, se reactivó la mudanza.

Una noticia publicada en Granma en noviembre de 2011, bajo el título "San Pedrito comienza a cambiar su imagen", hablaba de las primeras doce familias mudadas, o reubicadas, y aseguraba que "mediante el esfuerzo concentrado del país" el reparto transformaría la imagen infraestructural de sus 9,845 viviendas clasificadas entre regular y mal estado. Dos datos que no necesariamente han estado relacionados. De acuerdo con Méndez, el reparto contaba con más de 10,715 viviendas cuando el levantamiento, es decir, que si a esa cifra

se le restan aquellas 9,845, el resultado importante es que la mayoría se encontraba en mal estado. Para ahorrar molestias: ochocientas setenta buenas. Sin embargo, el estado constructivo no siempre ha funcionado como indicador determinante en las mudanzas.

El proyecto se organiza en seis zonas. El orden de las zonas indica la prioridad. La zona uno corresponde a La Cañada, hermana menor de La Playita. De ahí eran las doce familias contentas de las que hablaba Granma. En la cañada habitaban unas ochocientas personas. Se fueron quinientas, quizás seiscientas, "el número exacto no lo puedo dar", para 349 apartamentos. Este último número sí es exacto. Y se quedaron entre setenta y ochenta viviendas, "que no afectan al proyecto, que están del otro lado de donde realmente se va a hacer la gran inversión". Esas las van a rehabilitar. ¿Y no se inundan? "No se inundan".

La zona dos corresponde a La Playita. De ahí eran Vicente, Orestes, Rolando. De La Playita se fueron más de mil personas para cuatrocientos veinticinco apartamentos. Y se quedaron unas noventa y cinco viviendas que no reubicarán: "están en un plan de reposición o rehabilitación, o esperando decisiones finales del Gobierno". Más otras diez, que sí deben reubicarse, pero sus moradores no han accedido. "Casitos muy puntuales que necesitamos mudar para que los constructores puedan desarrollar lo que quieren en esa área".

–Y esas diez, ¿por qué no las han mudado?

–Sí, esas están siendo atendidas por las comisiones para mudarlas.

–¿Para qué fecha?

–Estamos esperando la entrega de nuevas viviendas para poder hacer la entrega a cada morador.

–¿A esas personas les darían casas? Porque supe que no querían apartamentos.

–Eso no puedo respondértelo. Eso está en manos de la dirección del Gobierno, que está evaluando la atención que se le va a dar a cada caso.

–Y si esas personas no quisieran mudarse, ¿se podrían quedar ahí?

–No. El proyecto no permite que alguien se quede, porque hay una inversión que se va a hacer en esa área. Debe haber un acuerdo con esa familia para solucionar los problemas del Gobierno y de ese

morador.

La zona tres del proyecto, la más extensa, que es por donde marcha ahora la mudanza, abarca desde la Avenida Crombet (o Patria) hasta Los Pinos. Abarca las calles Bacardí, Frías, el triángulo de San Pedrito. Abarca la franja de Cecilia y sus iguales de la zanja. Lamentablemente, antes de Cecilia y sus iguales de la zanja, hubo que reubicar en 2014 a los vecinos del triángulo, a los de las casas acabaditas de terminar. Yarielis Ferrer, jefa de Departamento de Planeamiento Municipal de la Dirección Provincial de Planificación Física, precisa que esas viviendas habían sido rehabilitadas, pero "hubo que reubicarlas por la Avenida Patria, porque por ahí pasaba y se afectaban". Los dos carriles de Patria costaron veinticinco viviendas recién rehabilitadas, más las otras que tuvieron que entregar a quienes habitaban en las veinticinco.

Las zonas cuatro, cinco y seis aguardan su turno. Corresponden a sitios disímiles del barrio. Menos urgentes. Aunque igual Sandy alteró un poco el orden y obligó a anticipar beneficios por "situaciones emergentes".

En total, en San Pedrito se deben reubicar y reponer 1,917 viviendas hasta 2017. Esa es la meta del proyecto. Según Ferrer, 1,527 se reubicarán y trescientas noventa se repondrán (se van a demoler y construir en el mismo emplazamiento). De las que se están reubicando, 1,400 fueron catalogadas en mal estado. El resto, entre bueno y regular. Y en La Playita, Méndez dice que de las cuatrocientas ocho reubicadas: 146 malas, 169 regulares y noventa y tres buenas.

No son muchas. Si se piensa en la cifra de malas, las viviendas buenas que desbarataron no son muchas. Sin embargo, si se piensa en las personas damnificadas por Sandy que todavía aguardan por un techo seguro, las viviendas buenas que se desbarataron no son ni muchas ni pocas: son un absurdo.

–Mi yo dice que es aquí –afirma Miriam, otra más que sacudió muebles junto a las federadas–. Cuento con sesenta y dos años y quiero seguir dando frutos. Yo soy activa. Voy para aquí, voy para allá. Y quiero estar en mi lugar, donde me siento cómoda para desplazarme.

El lugar de Miriam, aún, es La Playita. La Playita es una sombra mutilada de lo que fue. El terreno: desolación y ruinas. Casas a medio tumbar, cascarones rotos. Golpes de mandarria como premoniciones. La vida silvestre apoderándose del abandono. Y el río, un coágulo

verdinegro de fecales, donde la luna inescrupulosa se refleja. El Yarayó continúa siendo esa gran comunión intestinal de la ciudad. Su olor es tenaz. Al rato, se tolera. La nariz deja de resistirse y siente que así es el aire original. Sin embargo, para Miriam todo eso es una realidad desenfocada. Para Miriam Zamora, cronista popular de San Pedrito, integrante del proyecto De la Ciudad, las Calles y sus Nombres, lo central es su barrio. De eso es de lo que puede contar y para ella poder contar lo es todo.

Miriam Zamora puede contar los orígenes de los nombres de cada calle. El fusilamiento de los cincuenta y tres expedicionarios del vapor Virginius y de Perucho Figueredo. El puente que mandó a erigir don Emilio Bacardí y su apoyo a la causa independentista. La ruta del Yarayó que seguían los pescadores hasta la bahía. Los nombres de los muertos que la tiranía batistiana dejó en la Avenida Crombet. El paso de Flora y las pérdidas y la recuperación. Los mandatos de todos los secretarios del Partido en la provincia.

Que no son más que un montón de historias. Cosas que no se pueden tocar. Porque estrictamente el pasado no existe. Pero no solo con bloques se construye un país. Por eso le preguntaba a Miriam, una y otra vez: ¿por qué usted no quiere mudarse? Y una y otra vez ella me contaba las mil y una historias. Se erguía, adornaba la voz, como si hubiera un auditorio en su sala y no fuera tarde en la noche. “Y es verdad que patria es humanidad”, dice citando a Martí, “porque si tú no amas a tu patria, no tienes el sentido de pertenencia que imbrica el lugar donde naciste, no te quieres a ti misma, no te conoces ni tienes un objetivo para luchar en la vida”. Y otra vez don Emilio Bacardí, los muertos en Crombet, el fusilamiento de Figueredo. Y otra vez la pregunta torpe: ¿por qué no se quiere ir? Hasta que entiende que no la entiendo, desviste la voz, se quita la sonrisa desatornillada de la cara y contesta: “No. No es que no quiera irme. Yo no me resisto al desarrollo. Si aquí se va a hacer algo que afecta mi vivienda, yo puedo cruzar para otras que se hagan cerca. Porque donde conozco la historia es aquí. Lo demás sería tirarle piedra al morro”. Y tampoco le gustan las edificaciones nuevas.

–Son muy estrechas. Mira el espacio que yo tengo. Yo trabajo costura, vivo de eso y lo pongo al servicio de lo que haya que hacer. Nunca he afectado a mi Revolución pidiéndole ayuda económica. Con mis manos es que sobrevivo. Yo hago cosas que sean de fácil adquisición, modelos que puedan agradar a la gente.

–Porque usted hace ropa. No remienda.

–No, no remiendo. Yo hago ropa. Los remiendos no me gustan. Porque digo que eso es atraso. Yo transformo. Un pitusa que se rompió, trato de que te quede no como un pitusa emparchado sino como un modelo. Y todas las telas que tú estás mirando ahí son del campo socialista.

–¿Del campo socialista?

–Sí. De cuando la Unión Soviética ayudaba a Cuba.

–¿Conserva telas de esa época?

–Sí. Tengo un cuarto con sacos de retazos múltiples, porque no boto nada.

–¿Pero eran de ropas suyas?

–No… son telas nuevas, recorterías, porque yo hacía canastillas, trajes de novia… Antes las telas eran liberadas y las compraba en la tienda. Mira: este tejido es uno de los mejores del campo socialista. Y mira: esto es campo socialista, combinado con una modificación actual que hice, porque se están usando estos contrastes…

–¿Y cuánto cobra por los modelos?

–Bueno, como está la vida. Yo adecuo que lo que haga me alcance para una botella de aceite, una libra de carne. Todo yo lo suplo con la costura.

Aunque no quiere resistirse al desarrollo, a Miriam le cuesta entender por qué debe demoler. “Esto me ha costado dinero, porque tú sabes que hacer una casa de placa no es fácil. Y que tenga que trasladarme hacia otro lugar, con diferentes condiciones… Esto no es bajo costo”. Miriam construyó para que durara. Trabajó en construcción industrial y se instruyó en los métodos para evitar hundimientos en terrenos húmedos. “Hice los dados que eran de mi tamaño, subí 1,25 y fundí en seco. La cimentación con grado de oscilación en balsa, como se suele decir, pero en balsa de los arquitrabes. Amarré, hice una balsa y no me hundo porque todo el peso lo reciben el arquitrabe, la balsa y los dados”. La casa es su patrimonio familiar. La comparten hijos, nietos, un hermano. Tiene dos niveles y soportaría un tercero: “porque la esperanza del pobre es el techo”.

Quienes quedan en La Playita guardan más o menos la misma esperanza. Amado, Ana Rafaela, Leonardo, Ricardo, Josefa, Zurelis,

Magdalena, Enélides… Unos exigen casas para poder dividir o fabricar en la placa cuando crezca la familia. Otros, que les otorguen algo equivalente a lo que perderían. Otros, más apartamentos para solucionar sus problemas de hacinamiento. Todos son propietarios.

Amado Palacios, mecánico industrial, miembro de la Asociación Nacional de Innovadores y Racionalizadores, inventor de un sistema para proteger motores eléctricos que ha sido implementado en varias empresas, desde sus casi dos metros de estatura, argumenta: "Yo me he sacrificado para atender a mi familia. Toda mi vida he luchado para esto. ¿Por qué razón debo irme ahora para un apartamento chiquitico? Mire el tamaño que yo tengo. ¡Que no entro! Mire los pies largos que tengo… Y mis hijos son iguales". Su vivienda es impecablemente nueva. Piso de granito, baño y cocina enchapados, dos cuartos. Sencilla, pero amplia y fuerte. "Si la cosa es para mejorar la vida de las personas, ¿por qué tengo que sacrificarme? ¿No es para mejorar? Denme algo que mejore lo mío. Porque yo no puedo echar para atrás. Yo quiero irme, porque estoy a favor del desarrollo. Yo soy revolucionario y todo el mundo aquí es revolucionario, pero no puedo empeorar mi vida".

–Se nos ha dicho hasta de expropiación –acota Miriam, que acompaña.

–¡Hasta esas cosas nos han dicho! –agrega Disnaidis Lovaina, esposa de Amado–. ¿Cómo van a decirnos ese tipo de cosas? No nos pueden decir eso.

De hecho, sí pueden. El artículo 25 de la Constitución de la República de Cuba autoriza la expropiación de bienes "por razones de utilidad pública o interés social y con la debida indemnización". Y tampoco es algo atípico en el mundo.

–¿Y qué explicaciones les han dado para la mudanza?

–Ellos dicen que hay que irse porque esto se va a seguir inundando –responde Disnaidis.

–Es un proyecto de mejorar la comunidad –precisa Amado.

–Aunque a lo mejor no es tanto así –continúa Disnaidis, suspicaz–. A lo mejor el mejoramiento está en cambiar toda esta zona, como está cerca del cementerio… Y esto realmente afea. Dicen que es para evitar las inundaciones, pero aquí nadie es bobo. Hicieron una avenida muy linda y es lógico que quieran hacer otra reestructuración.

De repente, Miriam comienza a cantar: “Qué profunda emoción, recordar el ayer, cuando toda Venecia me hablaba de amor…”. Y seguido exclama: “¡Esta es nuestra pequeña Venecia! Esto era un canal. Yarayó lindo. Agua azulita. La gente tenía botecitos y se echaban a la mar a pescar almejas y…”.

Los argumentos que los otros venecianos exponen son bastante similares.

Ana Rafaela Arada: “Nos querían dar una sola vivienda y como nosotros tenemos condiciones, no accedimos. Porque nos decían que no teníamos cantidad de personas, y sí, no tenemos cantidad de personas, pero sí condiciones para que cuando mis tres hijos crezcan puedan dividir y tener lo suyo”.

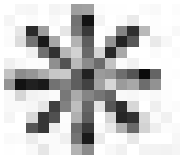
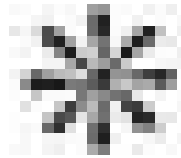
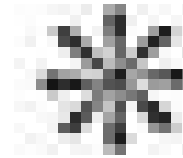
Ricardo Ribeaux: “Yo les dije a los compañeros del Gobierno que si mi vivienda molestaba para el proyecto, yo no iba a frenar el desarrollo de la ciudad. Dije que estaba en disposición de irme, pero que no aceptaba apartamento. Quedé en que me hicieran una vivienda con las características de la mía. No estoy pidiendo nada más que lo mismo que tengo”.

Leonardo Sánchez: “Esto es hereditario. Es mío por derecho. Y como dice la Constitución, uno tiene sus deberes y derechos. Yo no me opongo, pero sí exijo mis derechos”.

A Miriam también le inquieta la cuestión del pago. “Es de por vida, dice la gente. Nunca llegas a ser dueño de tu vivienda. Porque si me muero, el que venga sigue pagando. Y los salarios son bajos. Muy bajos. Entonces no entiendo. No entiendo”. Pero incluso sin entender, está dispuesta a derrumbar su patrimonio familiar, marcharse a otra vivienda e incrementar la deuda que ya tiene con el banco por su refrigerador. Lo único a lo que no está dispuesta Miriam Zamora es a abandonar San Pedrito. De ninguna manera quiere llamarse Tomás.

Tomás era de la mayoría que eran los cientos. Pero Tomás no era una casa precaria. Tomás era sus trece matas de aguacate y sus doce matas de mangos. Era sus tamarindos, ciruelas, plátanos, guayabas, naranjas, lechugas. Tomás no habla de la mandarria que destrozó su casa. Habla de sus matas cortadas, de sus cultivos arrasados, de tanto esmero vuelto nada. En un cuarto piso, entre cuatro paredes, con sus ataques de asma, no sabe ser feliz. Le faltan sus raíces. Y Miriam se lo nota en la cara cuando lo visita y se asusta. Así como Tomás se hace en la siembra, ella se hace en la historia.

“Y eso es lo que sucede. Como yo conozco la riqueza que tiene San Pedrito, me gustaría morirme en mi tierra, donde yo puedo hablar con claridad de qué pasó aquí, qué pasó allá. Me ennnnnnncanta… Y que sí, que se mejore la vida, pero con igualdad”.

No existe confirmación oficial de que la Avenida Patria fuera concebida para acoger la procesión que acompañaría el féretro del Comandante Fidel Castro hasta la necrópolis Santa Ifigenia. No existe confirmación oficial de que lo enterrarán en Santa Ifigenia. Su destino final no es de dominio público. Lo que se ha publicado al respecto no son más que especulaciones, rumores, hipótesis. Nada que se respalde en evidencias sólidas o fuentes autorizadas para responder esa incógnita.

La cobertura de medios de prensa estatales –como Granma, Juventud Rebelde, Cubadebate o Sierra Maestra– sobre la Avenida Patria sostiene que su construcción es parte del programa por el 500 aniversario de la ciudad y se limita a ofrecer los datos elementales acerca de la obra. Que alcanza 2,7 kilómetros de longitud. Que es una ampliación de las Avenidas Juan Gualberto Gómez y Flor Crombet ya existentes y no un vial rigurosamente nuevo. Que se rehabilitaron las viviendas ubicadas en el trayecto. Que se colocaron señalizaciones, luminarias, un separador entre los dos carriles. Que comienza en la Plaza de la Revolución Antonio Maceo y culmina en Santa Ifigenia.

En “Avenida Santiago”, una noticia publicada por Juventud Rebelde en junio de 2015, se cita al arquitecto Omar López, director de la Oficina del Conservador de la Ciudad, explicando que “tiene el sentido de una avenida para la Patria; de ahí todo lo que se está haciendo para darle la sobriedad, la elegancia y monumentalidad que debe tener una vía histórica como esta”. Fuera de esto, no se ha explicado mucho más.

Yarielis Ferrer también confirma que es “en saludo al 500 aniversario”, y que es una inversión aparte del proyecto San Pedrito. “Que muchas viviendas de San Pedrito se beneficiaron con eso, es verdad, pero fue un proyecto aparte”.

–¿Y en qué consistió ese proyecto?

–Esa fue una propuesta del General de Ejército Raúl Castro. Una propuesta de hacer una avenida que uniera la Plaza de la Revolución con el Cementerio Santa Ifigenia.

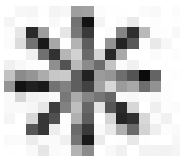
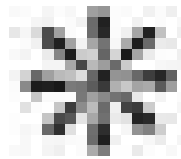
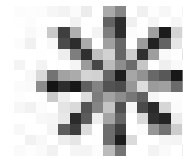
–¿Cuándo se hizo la propuesta?

–En 2014. Y en 2014 a finales se empezó a construir.

–Y en el territorio de La Playita, ¿qué se piensa hacer?

–Como eso es zona inundable, nosotros propusimos que en la parte cercana al canal se hicieran áreas deportivas, parques, pero nosotros proponemos, no decidimos.

Lo único que se puede afirmar, sin margen de error, es que Fidel morirá algún día. Es un ser vivo y todos los seres vivos nacen, se desarrollan, se reproducen –o no– y mueren. Es tan mortal como el más anónimo de los mortales. Más allá de ese dato básico que aporta la biología, nada más se puede afirmar. Lo otro, queda a la imaginación.

“Ven, ven a ver a mi papá…”, me dice Mileysi en medio de su relato envolvente sobre mudarse a Los Pinos y me hala por el brazo hasta el hombre que es su padrastro, pues como la genética no siempre hace familia, Mileysi dice que es su papá.

El Asentamiento Los Pinos es el alter ego de El Quilombo. Calle central de casi un kilómetro de largo, pendiente de asfalto, que asimilaría tres automóviles sin peligro. Edificios monocordes de cuatro y cinco niveles. Unos frente a otros: concreto versus metal. Y más de lo mismo: tanques botándose, paredes veteadas, caños tupidos, pisos con estrías, desniveles, cero losas. Incluso un chorro provocando arcoíris en la calle. Que si no fuera por la sequía que enfrenta la provincia, podría haber resultado hasta simpático.

“Yo le estoy diciendo a ella que la casa de nosotros tenía de todo”. El padre, sentado en una butaca roja, absorto frente al televisor,

asiente. “Mira este piso. Mira aquello. Todo rústico. Desastre vivo”. Transmiten una de esas series norteamericanas donde hay persecuciones, patadas, música tensa, bonitas en pantalones ajustados. “Sí, Yarayó cuando se llenaba, pero nosotros vivíamos bien”. Leer los subtítulos a la distancia de la butaca demanda un esfuerzo de examen oftalmológico. “Ahora aquí estamos mejor en un aspecto, pero veo que es lo mismo. ¿Tú sabes por qué?”. El padre voltea la cabeza un instante y luego se recoge como caracol en el centro de su cuerpo. “Porque tienes que empezar a pagar una casa. Y mi papá echó la vejez allá abajo construyendo con sus propios esfuerzos. Ahora él no tiene condiciones para hacer nada. No tiene ni chequera”. La butaca roja es una maceta. El hombre, un árbol que se marchita.

–Entonces, ¿cuándo fue que empezó a construir? –le pregunto.

–Hace rato de eso –responde sin quitar los ojos de la pantalla.

–¿Y qué fue lo que hizo? ¿Qué construyó?

–Hice la casa.

–Hizo una vivienda de tres cuartos, con su cocina, baños, sala y comedor –aclara Mileysi–. La hizo él criando puercos.

Y de pronto, alguna palabra que lo saca de su recogimiento.

–Yo no me siento satisfecho con que me hayan desbaratado lo mío para meterme aquí, mija. Desde que me mudé estoy triste, porque yo estaba cómodo allá, criaba mis animales… Y ya no hay fuerza para echar piso, ni poner cocina. Ya no hay fuerza.

–¿Y cómo se sintió cuando tuvo que demoler?

–Todavía no me he repuesto. Desde que nos mudamos hace un mes yo no he salido. Estoy sentado viendo el televisor y pensando en la vida. Que ya uno está en un lugar tranquilo, llevando su vida, para que vengan: quítate tú, para ponerme yo.

–¿No podía decir que se quería quedar?

–No, nadie dijo nada. Querían ese terreno porque por ahí pasan carreteras, pasa esto, el cementerio… Una pila de barbaridades que hablaron.

–¿Quiénes?

–Todos los que mandan, mi vida. “Y si no quieres irte de aquí te vamos a citar para el tribunal”.

–¿Le dijeron eso?

–No a mí solo. ¿Pero qué vamos a hacer? Tribunal, ¿para qué? Si de todas formas, el que tiene el poder o el mando es el Estado. Dice que hay que irse, hay que irse.

–¿Y cómo es su nombre? Todavía no sé su nombre.

–¿Mi nombre verdadero? Rolando.

–Rolando qué.

–Maceo Santaclara.

–¿Maceo?

–Maceo. Familia del Maceo del machete. Mariana Grajales es mi bisabuela.

–¿En serio?

–Palabra. Yo no voy a mentirle. Mi papá era sobrino del general Antonio y yo soy sobrino del general Antonio en segundo lugar.

–¿Cómo se llamaba su abuelo?

–Tomás. Mi bisabuela le decía a ese sobre todo: empínate. –De acuerdo con un relato de José Martí, Mariana le dijo eso a otro hijo, pero no cuesta creer que también se lo dijo a Tomás.

–¿Y qué más le contaron?

–La historia que yo sé es esa nada más… Y así mija… ¡Qué cará! Ya está de más que uno haga comentarios, porque todos esos comentarios son cuentos. Si fueras a resolver algo… Pero no se resuelve nada.

–Por lo menos la gente se entera.

–Eso sí. Que se enteren: yo no quería mudarme de mi casa. Porque tú no sabes, mija, tú no sabes el sacrificio y la lucha que nosotros pasamos para construir. Para que entonces usted venga a última hora a decir que hay que irse. Vamos a mudar no: vamos a demoler. Es muy distinto que mudar. Vamos a demoler porque esto hace falta para

embellecer el país, que esto está muy atrasado, que qué se yo qué…

Rolando Maceo vuelve a ser el hombre en la butaca roja. La butaca roja, una maceta.

“La cuestión es que ya estamos aquí. Y aquí, hasta esperar la muerte, o lo que sea. Nadie sabe. El mundo da mucha vuelta y yo he visto muchas cosas”.

GRANDES HITS

Guillem Martínez

QUE HAY TRES TIPOS DE TIEMPO

EL TIEMPO ES ESO QUE PASA. Martí Llorens sabe tanto sobre la Vila Olímpica que es extraño que uno de los actos del último Congreso de Arquitectos no consistiera en cogerle, ponerle unos zapatos de cemento y tirarlo por la façana marítima. Martí estuvo trabajando en la Vila desde 1987. Era el fotógrafo que hacía la documentación gráfica de las obras. Aparte, con una cámara estenopeica –sin óptica, vamos–, hacía unas fotos grandotas, marronáceas, de larga exposición, en las que se ven edificios cayendo durante varios días, horas, segundos o lo que uno quiera. Son fotos en las que pasa algo. Pasa el tiempo. Exactamente, más de cien años desde que el señor Rius hace el edificio hasta que el nieto del señor Rius se lo vende a precio chachi piruli al bisnieto del señor Rius, para que haga una Vila Olímpica. Por esas fotografías recibió en Berlín el European Photographic Award 1991. “Se trata de un reconocimiento a mi aportación a la fotografía escapista”. “¿Mande?”. “No, que tenía que escaparme corriendo antes de que se me cayera un edificio encima”.

EL TIEMPO ES UNA NUBE. Más fotos. Ahora de Nanterre-La Défense, un encargo de 1992 coordinado por la Pompidou, aquel edificio parisino que se parece a una disco de Mollerussa. Se trataba de fotografiar la demolición de una autopista. Martí lo hizo con una cámara de principios de siglo. “Era de madera, de formato 30 $\times$ 40 y pesaba diría yo que como un güevo”. “El tiempo de exposición de estas fotos fue de más de noventa minutos. ¿Y por qué?, me digo yo. Pues porque aquello estaba muy nublado”.

EN EL TIEMPO LAS COSAS SUCEDEN A LA VEZ. Más fotos. Un encargo de su galerista berlinés –Bodo Niemann Galerie–. Son vistas de la Potsdamer Platz. Esta plaza era el centro de Europa, hasta el punto de que fue el primer sitio en el que se puso un semáforo. Un

semáforo es, a su vez, otra medida del tiempo. Destrozada por los bombardeos, hace un par de años se decidió urbanizarla. “Cuando excavaron en el centro de Europa se encontraron otro centro de Europa, es decir, el führerbunker”.

HAY TRES TIPOS DE TIEMPO. Más fotos. Series de fotos falsas, de falsa antigüedad, en las que aparecen imágenes del Graff Zeppelin entrando en Barcelona en 1929 –este verano se pueden ver en la expo Die kunts des fliegens, en el Zeppelin Museum de Friedrichshaffen–. Fotos del Ciudad de Barcelona sobrevolando la Barcelona de 1850. Se trata de las primeras fotos aéreas de la historia, falsificadas por él desde un dirigible a vapor que nunca existió. Fotos del Ariel volando por Egipto o Grecia. El Ariel es el primer avión de la historia, proyectado en 1840 y que nunca se construyó. Martí y Ricard Martínez, productor publicitario, están haciendo un libro sobre este gran hito de la aviación, que nunca sucedió. En ese momento Martí formula toda su obra en conjunto. “Yo fotografío el tiempo. Hay tres tipos de tiempo. El tiempo es lo que pasa, lo que pasó y las cosas que nunca pasaron ni pasarán”.

NO PASARÁN. Martí me enseña su último trabajo, unas fotos que próximamente formarán parte de la exposición itinerante Making it Real, que se inaugurará en enero en Nueva York. Son fotos del 19 de julio en Barcelona, hechas el año pasado, durante el rodaje de Libertarias. Las fotos transfieren una sensación extraña, alegre y festiva. “Ese día mi bisabuela Magdalena, pescatera de la Barceloneta, ocupó el tiempo en hacer sardinas escabechadas para los milicianos que tiraban tiros desde los terrados a los militares que salían del cuartel de los Docks. ‘Mengeu, nanos’, decía. ‘Àvia, que li tiraran un tret’, le decían los milicianos. En estas fotos supongo que se percibe algo del tiempo empleado por mi bisabuela”.

EL GRAN PADRE BLANCO

ICH BIN AUCH A BABY BOOMER. Floquet entonces se llamaba Copito, pero nosotros le llamábamos Cupitu. En clase, por cierto, había un chaval rubio con aspecto de gorila al que llamábamos Copote, Cupitu, Copote y el resto de la clase teníamos la misma edad.

Cupitu, Copote y el resto de la clase somos, pues, baby boomers, una generación que se diferencia de la posterior –generación manga– y de la anterior –generación mangui– por el hecho de que somos la tira. En mis recuerdos de infancia éramos la tira para todo. Éramos la tira para ira ver a Cupitu y éramos la tira para que Copote nos diera para el pelo en el recreo. Somos una generación con proporciones coreográficas de peli de Griffith. Somos una generación de homínidos que la Divina Providencia envió a su país favorito para resolver el problema de las pensiones hasta el 2013. Bueno. Es el cumple de Cupitu y me voy al zoo. Espero que se note el crecimiento demográfico cero y que no me vea obligado, como antaño, a pegar un capón al niño de al lado en la cola de Cupitu.

YO SOY COPITO / EL DE LA VOZ DE ORO. Error, error, error. Los accesos al parque están colapsados. En la entrada del zoo están todos los baby boomers que nos pisábamos en la Fira de Mostres. Han venido, además, con sus vástagos. Observo a sus vástagos –la generación Súper 3–. Hagan lo que hagan no paran de comer donetes. No sé lo que eso significa, pero pienso en el 2015 y me digo que, por si acaso, debería informarme sobre un plan de pensiones. La cola es galáctica. El componente manga de la cola está desolado. Los manguis contemplan el espectáculo con cara de póquer. La única solución que se les ocurre para evitar la cola es acceder a un cargo público, entrar por la puerta de vips y, ya puestos, recalificar el terreno del parque. Somos los baby boomers los que nos veremos obligados a hacernos cargo de la situación. No hay cola que se nos resista –la primera cola que tuvimos que superar nos pilló ya en el pasillo de maternidad–, de manera que nos colamos mientras interpretamos la cara del baby boomer en una cola –cara de yo-no-sé-nada-que-soy-el-músico–. Hay algún baby boomer virtuoso que lo hace mientras habla por el teléfono móvil. Ovación.

GORILA BLANCO SOLTERO BUSCA. Accedo a los boxes de Cupitu. Cupitu y sus inmediaciones están como los dejé hará veinte años. Él con cara de resaca y como si el Barça hubiera perdido contra el Estrella Roja. Sus inmediaciones repletas de baby boomers. Y de niños de baby boomers. Por un momento entro en la dimensión desconocida y vuelvo a los setenta. Me sorprendo tarareando “Fernandow”, de los ABBA y, por unos segundos, temo encontrarme con el último baby boomer que empujé para acceder a un palmo visual de Cupitu. Me tranquilizo pensando que me aterraría más coincidir con Copete. Por

un momento Cupitu y yo nos cruzamos la mirada. Somos dos baby boomers frente a frente. Supongo que Cupitu y yo pensamos, cada uno a su manera, lo mismo uno del otro. Ambos somos, el uno para el otro, el de la cola.

DICCIONARIO DE SÍMBOLOS. Salgo de le mêlée y me fumo un pito. Le ofrecería uno a Cupitu. Ya puestos, somos de la misma quinta y hemos llevado una vida parecida. Al menos somos más bien blanquitos y hemos tenido varias señoras. Nacimos cuando su pueblo, Guinea, era materia reservada –ahora lo es otra cosa–, cuando Cupitu era Copito, que no Floquet –ahora hasta Samaranch habla por la tele en la lengua en la que decíamos a Copote que, por caridad, no nos pegara más–. Me pongo melancólico. Cuando abandono el recinto paseo por unos paneles en los que están colgadas las cartas que han escrito a Cupitu los hijos de los baby boomers. Leo una: "… Y cuando vine a visitarte me enseñaste el culo, pero te quiero". Son palabras de amor sencillas y tiernas, de hecho muy parecidas a las que decía Aquiles a Patroclo. Aun así, el lunes me voy a ver lo del plan de pensiones.

ENTREVISTA CON LA BABY BOOMER

LOS CHIRIPITIFLÁUTICOS EN LA PISCINA. Son las tantas. Un amigote me lleva a un bar de baby boomers. Vamos, que no se cabe. Somos la tira y hacemos mucho ruido. El ruido parece la banda sonora de un curso de natación de cuando éramos peques. De hecho, impera cierto calor húmedo que evoca aquellas piscinas repletas de baby boomers con cara de baby boomer haciendo pis en el agua. Se supone que a estas horas los baby boomers tendríamos que estar en casa con nuestra pareja de hecho, nuestro caniche, o nuestra parabólica. Pero estamos aquí, bebiendo como para una boda, posiblemente prolongando la juventud. La juventud prorrogada, sea lo que diantres sea –y ahora que me fijo, glups–, tiene aspecto de piscina recalentada. Bueno. En la sala priman los baby boomers-profesiones-liberales. Periodistas, abogados de okupas, abogados de divorciados, músicos y parados vintage. Incluso hay un diputado baby boomer del espacio centro-derecha, aunque, como todo el mundo en la sala, tal vez formó su corpus ideológico con los Chiripitifláuticos. Debe de ocupar, por tanto, el espacio centro-derecha-chiripitifláutica. En fin. Veo a Reyes

Torío. Son esas horas en las que todo el mundo se quiere, así que aprovecho para hacerle una entrada a lo Couto, presentarme, intercambiar banderines y quedar otro día para comer y bla-bla-bla.

"YOU DON'T MEAN A THING IF YOU AIN'T GOT THAT SWING". Reyes es una rocanrolestar. A finales de los ochenta Reyes montó en Bilbao con unos amigotes un grupo que se llamó Dinamita pa los pollos. Era un grupo divertido, que tocaba canciones tex-mex de indios y vaqueros, con títulos como "El mejor bourbon de todo Texas" o "Toro mecánico en el saloon", y letras como la de mi estribillo favorito: "Rosita, tú quieres matarme, / purita dinamita es tu chile con carne". El grupo se comió el mundo durante un par de años. Un par de años en los que –ñam-ñam– yo también me comía el mundo. Cuando escucho esas canciones creo recordar que fui plenamente joven, y que la juventud igual es mucha energía para nada. Ahora que lo pienso, eso mismo se puede decir de la madurez. O, si nos ponemos flamencos, de los marcianos. Bueno, bórrenlo todo. El caso es que eran canciones desgarbadas y con ganas de liarla. La juventud quizás es eso: una mezcla de fragilidad y de ganas de liarla. La madurez –¿juventud recalentada?– tal vez es una mezcla de fragilidad y de otra cosa. Quedo con Reyes para hablar de esa otra cosa.

OTRA COSA. Reyes trabaja en una discográfica (Aleluia Records). Salimos pitando de la discográfica. Vamos a una cervecería. Vamos vestidos de artistas. Supongo que artistas recalentados. Pedimos una de mejillones. En el plato aparece un mejillón chungo, que hace recordar que uno se alimenta, en el fondo, de cadáveres, y que incluso los mejillones son también frágiles. Hablo con Reyes de su grupo. Por lo visto los grupos se forman, la lían, ríen y, finalmente, acaban por no aguantarse. Su grupo se disolvió llegada esa última fase. Reyes ha sido la única que se ha quedado en el mundo de la música. Me dice que ahora lleva grupos que tienen la edad que tenía Reyes, que se comporta con ellos como antaño su representante con ella, y que cree que tiene razón. Me dice que antes se teñía el pelo con tinta china y que cuando llovía se ponía pringada, y que ahora lo hace en Llongueras. Me dice que de vez en cuando vuelve a Bilbao y reencuentra a sus antiguos amigos. Me dice que a) visten diferente; b) hablan de los plazos del tresillo, y c) que se cansa y se vuelve a Barcelona.

LA FRAGILIDAD. Le comento mi teoría de la juventud recalentada. “No lo había pensado, pero supongo que algo hay”. “Tengo la edad que tengo y no sé qué haré el año que viene. En cualquier aspecto de mi vida”. “No pago plazos de ningún tresillo, quizás esa sea la prolongación de la juventud”. “No tener tresillo te convierte en extraño”. “A veces pienso en el futuro y lo veo extraño”. “Oye, tú tampoco tendrás plan de pensiones, ¿no?”. Pues no. La fragilidad.

BRUCE LEE Y “AMARCORD” (I)

Este año se cumplen veinticinco de la muerte de Bruce Lee. Gran ideólogo. San Francisco, 1940. Su padre era cantante de ópera cantonesa –para ir a trabajar se ponía la ropa de domingo de su señora–. A los cuatro años Bruce emigra con su familia a Hong Kong, donde triunfa como niño actor-karateka con el nombre artístico de Li-Hsiao –Lisiao, que los golpes iban en serio, vamos– Lung. Vive en un barrio bien de Hong Kong, pero a la que tiene cinco minutos se va a partirse la boca con charneguillos chinos. Mirando atrás sin ira ese periodo, Bruce declaró posteriormente: “Si no hubiera sido actor, me habría gustado ser gángster”. Vuelve a EE.UU. Compagina sus estudios de karate con los de, glups, filosofía. En el ’66 actúa en la serie de televisión El abejorro verde. Un fracaso en EE.UU., pero un éxito en Extremo Oriente. Tanto que vuelve a Hong Kong a firmar cromos. Allí, Raymond Chow –el de Golden Harvest, mítica productora de pelis de chinos– le ofrece el contrato de su vida. Bruce lo rechaza. Quiere triunfar en Hollywood. Se va a Hollywood. Hollywood le dice que si quieres arroz, Catalina, y vuelve a Hong Kong, con Chow, donde se hace el rey del pollo frito de las pelis ay-uy. En el ’71 rueda Kárate a muerte, en el ’72 Furia oriental y El furor del Dragón –el malo era, guau, Chuck Norris–. En el ’73 protagoniza en Hollywood Operación Dragón, primera peli de chinos en inglés. Luego va y, lo dicho, se muere. De un edema cerebral. Aunque en mi cole se barajaban varias hipótesis: a) lo ametrallaron 3,457 matones chinos, y b) sus poderes mentales parakaratekas le reventaron el celebro. Un poco como Nijinsky, pero más a lo karateka.

Bruce Lee –es decir, Bruze Lée– y 1973 se me funden en la cabeza con otras cosas y, quizás, otros años, tal como le debió de pasar a Bruce Lee en sus últimos cinco segundos de vida. De aquel periodo recuerdo los adultos reunidos en habitaciones oscuras, fumando como carreteros y hablando de Franco flojito. O la tele hablando de la

OPEP. O los primeros parados. Sus hijos iban a clase con zapatos que les venían pequeños –Estadella dejó de ser el pichichi de mi clase por esa razón; no podían regatear–. O la primera gran huelga en la Gran Fábrica, con la que aparecieron las primeras pintadas. Eran pintadas de trazo continuo, larguísimas, ilegibles. Supongo que su traducción directa era no-entiendo-nada. Por entonces empezaron las cargas de la poli. En el cole jugábamos al fútbol con las pelotas de goma de la poli. Si tenías más de una pelota de esas eras considerado un chico duro. Medina tenía cuatro. Medina era el presidente planetario del club de fans de Bruce Lee. Además, era el rey del luchaco. Ya saben, dos palos de escoba aserrados y unidos por una cadena de váter. Medina –en su luchaco se podía leer escrito con chinchetas: M.E.D.I.N.A.– era capaz de pasarse su luchaco por la entrepierna, operación en la que se arriesgaba a desgraciarse para toda su vida. Andúbar, más sutil, era capaz de matar una mosca con el luchaco. Ñaca. Posteriormente, se la comía. A Andúbar le vi comer también gusanos de seda, lagartijas y una rata, que asó junto al río. Era tan grande que por un momento no se sabía quién se comía a quién. Bueno. La cadena de váter del luchaco era una pequeña gran inversión. Para comprarse una, algunos chavales reventaron su primera cabina telefónica –aquel modelo, snif, se abría con suma facilidad–. Ese fue el caso de Alcedo, que petó la cabina de debajo de su casa justo cuando su padre estaba esperando para telefonear, lo que le costó una cara nueva. De vez en cuando venía una madre al cole serenamente cabreada. Traía a su hijo con el brazo roto, le daba el luchaco al profe y le decía que si su niño volvía a hacerse otro luchaco, que se lo partiera en la cabeza. M.E.D.I.N.A. se partió su brazo con el luchaco en directo, en el patio. No lloró. Pronunció un taco tan espectacular que en alguna aula se debió de mover un pupitre por telequinesia. Eso es, en fin, lo que hubiera hecho Bruce Lee. Aquella región del extrarradio estaba a punto de convertirse en un suburbio de Irlanda del Norte o de Los Ángeles. Bruce Lee era una tercera opción de futuro. Al final, no ha sido nada de esas tres cosas. Es posible que no haya sido nada. Yo qué sé. Hummm, me he calentado con el tema Bruce Lee. Creo que voy a hacer una segunda parte, en la que hablaré de los chorizos. Para hablar de Bruce Lee y de mi país en 1973 es necesario hablar del chorizo/chori/quinqui, personaje hoy desaparecido, quizás la adaptación peninsular del pensamiento Bruce Lee. No se lo pierdan.

BRUCE LEE Y “AMARCORD” (Y II)

PEQUEÑAS EXPLOSIONES. Bruce Lee –gran ideólogo, San Francisco, 1940-1973, etc.– muere de un edema cerebral, es decir, con la cabeza hecha un lío. La muerte es, pues, un lío. Y la vida. Por ejemplo, el otro día hablando de Bruce Lee hablé de la vida cuando era petit écolier. Era el pasado –es decir, otro lío–, rescatado o pervertido a través de Bruce Lee y los luchacos de los chicos de clase. Esos chicos del extrarradio con luchaco hacían una apuesta de riesgo limitado. Había otros que no, y que con su luchaco saltaron la línea no sólo de lo políticamente correcto, sino la de lo judicialmente permitido. Eran los chorizos, grandes lectores de la obra ecuménica de Bruce Lee, ese hombre. Los choris tenían la edad de nuestros hermanos mayores, por lo que eran admirados y temidos. Después del cole se iban a un vertedero y endurecían el lomo karateka de la mano rompiendo racholas. Después, se sentaban alrededor de una hoguera, fumaban Bisonte y lanzaban al fuego trozos de uralita. La uralita con el fuego hace pequeñas explosiones. Posiblemente con cada explosión pensaban en su vida.

LA MEDIDA DEL HOMBRE. Eran sistemáticamente expulsados del cole cuando cambiaban la voz. De vez en cuando los veías por ahí con chicas de las de verdad –chicas que "nacieron con dieciocho años", como se dice en una peli de Coppola–. Elegían mesa en los billares. Cada día tenían un coche distinto. Si daban un golpe en una fábrica de jerséis, durante semanas iban todos iguales, con el mismo jersey y más contentos que un chinche. Sus peleas eran extraordinarias. Duraban dos movimientos. Los había que siempre atacaban de frente, por principio. Los había que no, también por principio. Iban a donde querían y hacían lo que querían. Avanzaban por la calle despacio –"para demostrar que no se movían para nadie", que diría Scorsese–. Eran la medida del hombre. Si te cruzabas con ellos y no dabas la medida, tenías veinte minutos difíciles.

"QUE YO RECUERDE, SIEMPRE QUISE SER UN GÁNGSTER" (GOODFELLAS). A la salida del cole íbamos a jugar con los coches que habían abandonado. Les caíamos bien. Nos explicaban cómo hacer el puente al Seat 1430, un coche tan fácil de mangar que era conocido como Seat-Chorizo. De vez en cuando atravesaba la ciudad un Seat-Chorizo, con ocho tipos dentro con cara de póquer. Cuando bajaban una ventanilla, salía humo de tabaco a presión y las notas de algún tema de Los Chichos a toda leche. El Dos Caballos –un modelo que jamás interesó a este colectivo– era, por cierto, el coche más fácil de

abrir: se hacía calentando la cerradura con un mechero Bic. Dejaban que escucháramos sus hazañas. Como a Robert de Niro en Uno de los nuestros, lo que en verdad les gustaba era robar. Pero la coreografía del robo era complicada. Tenía que haber cierto componente artístico, que consistía en humillar absolutamente al agredido –una víctima, por definición, aquí y en Lima, nunca da la medida del hombre–. Cuando lo explicaban, reían y repetían varias veces las mejores jugadas. Tú intuías el terror. Pero también cierto arte. En ocasiones aparecían con la cara completamente desfigurada. Habían estado en comisaría. Su chica iba a su lado, absolutamente enamorada y desvivida por sus heridas. Entonces comprendías que algún día serías mayor y tendrías una chica. Y que ella también sabría ver tus heridas. Eran absolutamente libres, mientras no sucediera lo contrario. La biografía de uno de estos chicos listos podría haber comenzado como una peli de –otra vez– Scorsese: "Que yo me arrecuerde, siempre quise ser un chori".

"LA DROGA ACABÓ CON LAS BANDAS" (THE MOTORCICLE BOY). De pronto todo cambió. Los hombres libres dejaron de serlo. Dejaron, incluso, de ser. De estar en todas partes pasaron a estar en las plazas, esperando algo durante todo el día. De ir vestidos para matar, pasaron a ir vestidos para esperar. Con chándal, una costumbre adquirida en el trullo. Después, sus cuerpos se adelgazaron y llegaron a pesar treinta kilos. A su lado ya no iban sus chicas. Iban sus madres, que les sacaban a pasear como cuando pesaban treinta kilos. Algunos ya no regían y, mientras caminaban con su madre, hacían algo que nunca habían hecho antes: sonreír como un niño a todo el mundo. Cuando veías a sus madres, comprendías que habían nacido con sesenta años, que si naces con sesenta años no puedes elegir, y que la vida es un lío.

LA MERCÈ CUANDO NO HABÍA MERCÈ. RECUERDOS FESTIVOS DE LOS SETENTA

QUÈ BORDE ERA MI VALLE. Nací en 1965. En el extrarradio. Que yo recuerde, no había fiestas. Cuando había una fiesta gorda, por la tele jugaba el Madrid. Cuando había una fiesta local, tampoco había fiesta, de manera que nos íbamos a Barcelona, donde, por cierto, tampoco había fiestas. Me explico.

VIAJES AL PAÍS DE LA FIESTA. Una fiesta urbana es un montón de desconocidos. Un montón de desconocidos es algo raro y perplejo, de manera que se puede decir que una fiesta urbana es donde vas a ver más personas como tú ejerciendo la rareza y la perplejidad. Además, debe existir la sensación de que es gratis, de que hay un fulano que lo paga todo. Aunque ese fulano seas tú. Bueno. No recuerdo fiestas de ese tipo. Lo más parecido a una fiesta de ese tipo era la Feria de Muestras. O el zoo. O la cabalgata de Reyes. Y ya puestos, el Concurso Nacional Nocilla de dibujo deportivo, cuando venía al cole un fulano, te regalaba la tira de potes de Nocilla y volvías a casa hecho un hombre-fuerte-de-Nocilla, con un cerco negro de Nocilla en donde deberías tener una boca roja. Cuando había un evento raro, perplejo y con fulano-que-pagara-aunque-tú-fueras-el-fulano, la charnegada nos íbamos a Barcelona. Esos viajes eran breves y sensacionales. Recuerdo la estación repleta de lolailos y chicas con pantalones blancos acampanados, que se pasaban el trayecto en tren hasta Gotham City palmeando rumbas de Rumba Tres o, los más selectos, de Los Amaya. Tenían edad de liarla. Iban en tren a liarla. Los pollos, para impresionar a las chicas, se subían a los portaequipajes que había encima de los asientos y seguían tocando las palmas o se tiraban unos pedos formidables y luego se reían. De vez en cuando algún señor se levantaba y se indignaba en voz alta. El vagón le dedicaba la siguiente rumba. Cuando llegábamos a la ciudad nos disolvíamos en la ciudad. Era una ciudad un poco tristona. Un poco como las fotos de Miserachs. Y un poco "era de Acuario". Era, en todo caso, una ciudad que ya no existe y que vi o me inventé cogido de la mano de mi mamá. Recuerdo, por ejemplo, una pantalla de televisor gigante –me han dicho que estaba donde los almacenes Sears–. Recuerdo que todo estaba lleno de cacas de perro y que olía a Nápoles. Recuerdo que las chicas iban cogidas de la mano entre ellas en grupos de cuatro o cinco. Recuerdo que las mujeres llevaban los párpados pintados de azul. Recuerdo un puesto de sandías en la plaza España. Un señor se ganaba su primer millón de dólares vendiendo rajas de sandía. Las tenía en una mesa. Cada raja estaba sujeta a la mesa por un clavo oxidado. Como dijo un Nexus-6: todos esos recuerdos se perderán en el tiempo como lágrimas en la lluvia, etc.

BARCELONA ERA UNA FIESTA, PERO ¿QUÉ FIESTA? Cuando tendría unos diez añitos ya nadie cantaba nada de Los Amaya. En contrapartida, en Barcelona había algo parecido a una fiesta. No, aún no era la Mercè. De esa época recuerdo las Ramblas repletas de

tenderetes políticos, en unos había gente cabreada, en otros gente que me recordaba la que se tiraba pedos en los trenes. Recuerdo un tenderete bajo una pancarta en la que se leía: "Volem la Lluna, Ara!". Recuerdo la salida de una función en el Liceu. Cientos de tipos y tipas con greñas esperaban la salida de Samaranch. Cuando apareció, le empezaron a tirar tomates, a reír y a llamarle feixista. A veces pienso que aquel hubiera sido un buen inicio de la Transición. Cogerles a todos, tirarles tomates, llamarles fachas y luego invitarles a participar en un proceso constitucional. No lo hicimos. Ni siquiera eso. Bueno. Recuerdo una fiesta que se inventaron unos vecinos de Montjuïc y que consistió en darle una patada a un almacén en el que alguien había descubierto una estatua retirada en el 39. Frente al almacén había una orquesta tocando música chumba-chumba. En el almacén todo el mundo entraba en silencio, como en misa. Recuerdo que una noche mis padres volvieron de una fiesta del psc. Me explicaron que la fiesta, en el Poble Espanyol, estaba repleta de pancartas divertidas –ejemplo: en un sitio donde se vendían tortillas, había este cartel: "Aquí estem començant a girar la truita"–. Y banderas republicanas. Eran las primeras que mis padres veían desde la gran goleada. Después de explicarme todo eso, mi padre hizo silencio y dijo: "No sé, igual todo empieza a cambiar". La sensación era que aquella fue la primera fiesta de mis padres. Y que Barcelona era una pequeña república divertida. Sus habitantes reían, querían fiesta, tiraban tomates o comían tortilla.

LA FIESTA. Los primeros recuerdos de una gran fiesta ciudadana son de poco después. Tendría quince o catorce años. Era la extinta Festa del Treball en la extinta recta de l'Estadi. Mike Oldfield, los Ramones, Ian Dury. Recuerdo que no cabía un alfiler. Recuerdo que era imposible sentarse en los jardines aledaños a la Recta. Estaban repletos de gente de la edad de nuestros hermanos mayores haciendo el amor. En silencio, como la gente que iba a ver la estatua esa del 39 de aquel almacén. Recuerdo que, de casualidad, me encontré entre la multitud a mi novia de entonces. Y recuerdo aquel abrazo. Recuerdo la cara de los militantes del psuc. Mientras asaban butifarras, su expresión era de no comprender nada. Recuerdo cuando la charnegada cogíamos el primer tren de vuelta. Éramos felices. Estábamos alucinados. Nos sentíamos raros y perplejos. Pensábamos que la vida siempre sería así. Con nosotros viajaban los obreros que iban al tajo a primera hora. Esos señores igual eran aquellos chicos que se tiraban pedos en los trenes diez años antes. Nos miraban. Su expresión era como la de los señores que freían butifarras. A veces, alguno se indignaba en voz alta. Pero nosotros no cantábamos nada de Los Amaya, La Mercè vino un año o dos después.

LA JUVENTUD DOSCIENTOS AÑOS DESPUÉS DE LEOPARDI

"QUANDO SOVVIEMMI DI COTANTA SPEME, / UN AFFETTO MI PREME". Por las emisoras de radio que emitían house se daba una dirección y una hora. A la hora convenida, frente a una boca del tube, nos encontrábamos. Alguien nos conducía a una fábrica abandonada, a cuya puerta, previamente, le habían dado una patada. Pumba. En la fábrica bailábamos hasta las tantas. Éramos cientos de chicos y chicas, todos y todas bailando con el torso desnudo, libres, invictos. Es decir, jóvenes. Frente a mí bailaba Elisabeth. Como muchas chicas de su raza, en el ombligo tenía una nube de vello. Su ombligo parecía, por tanto, un nido delicado. Esto del nido no lo pensaba entonces. Lo pienso últimamente. Elisabeth bailando con su torso desnudo era lo que veía. Ahora solo veo aquel nido. Entre una imagen y la otra hay una gran diferencia. De tiempo. Sea lo que sea un nido, no es un torso desnudo, libre, invicto. Un nido es una reflexión sobre la juventud que, muy probablemente, ya no se realiza desde la lógica de la juventud.

"SOTTENTRÀ IL MORBO, E LA VECHIEZZA, E L'OMBRA / DELLA GELIDA MORTE". Recientemente ha aparecido una fabulosa edición de los Cantos de Leopardi (Editorial Cátedra), a cargo de María de las Nieves Muñiz. Es una edición bilingüe, con un aparato crítico altamente elaborado y con un estudio preliminar breve, denso y que sitúa al lector en las coordenadas más profundas de Leopardi. La traducción al castellano, muy meditada –doce años de trabajo–, es, sencillamente, la mejor que existe. Se trata, en fin, de una edición que debe cambiar, por fuerza, la recepción de este primer espada europeo por aquí abajo. Me voy a ver, por todo ello, a María de las Nieves Muñiz. El tema de la conversación es Leopardi. Es decir (me temo que), el final de la juventud. Gran tema y una cosa que le podría pasar a cualquiera.

"O SPERANZE, SPERANZE; AMENI INGANNI / DELLA MIA PRIMA ETÀ". "La primera edición de los Canti es de 1830. Leopardi tiene treinta y dos años. En el prólogo se despide del cultivo de la poesía, e interpreta su obra ordenándola sobre una idea: el fin de la juventud".

“La juventud es un estado de esperanza futura, que nunca se llega a materializar”. “La juventud para Leopardi es la de los otros”. “Leopardi quizás ilustra la idea de que cuanto más sensible es uno, más precozmente envejece”. “Su vida, además, es de una concentración espectacular; a los quince años ningún maestro le puede enseñar nada más; tras seis años de estudios densos y solitarios, sufre un envejecimiento general de todos sus órganos; muere muy joven”. La segunda edición de los Canti –1835, Leopardi tiene treinta y siete años– aparece con nuevos poemas capitales. “Leopardi vuelve a escribir, ha descubierto el amor”. “El tema de la juventud perdida pierde importancia y la gana el amor”. “El amor se presenta como algo que casi es igual a la vida; es una segunda realidad; es una ilusión diferente a la vaga ilusión de la juventud”. “El amor anula cualquier otro interés en la vida; lo que por contraste apunta que la vida no es nada, un tránsito hacia la muerte, un morirse”. “Por primera vez se escribe una poesía del desengaño, que no se inspira en la belleza; ésa es la gran novedad y eso es lo que nos acerca a los lectores de hoy a Leopardi”. “Aún hay una tercera edición, póstuma, en la que aparecen dos últimos cantos”. “La poesía sigue sin ser belleza; es verdad, y la verdad es terrible y amarga”. “El poeta es aquí un hombre ante la obligación de mirar cara a cara los problemas fundamentales de la vida: la nada, la muerte”.

“NELLI MIA PRIMA ETÀ, QUANDO S’ASPETTA / BRAMOSAMENTE IL DÌ FESTIVO”. María de las Nieves lleva muchos años leyendo a Leopardi. Le pregunto sobre la formulación de su juventud. Cuando uno habla de su juventud habla de algo que ya no existe. Habla de la vida que ha quedado tras esa desaparición. Es decir, de la vida. “Mi vida era la de una españolita en el franquismo. Fui a Italia y viví la libertad a fondo. Allí tomamos la Universidad de Turín en el ‘67 y vivimos una explosión de libertad fantástica. El encuentro con Leopardi coincidió con un momento en el que me retiraba un tanto de la acción y entraba en la reflexión y el estudio. Por supuesto, y creo que como Leopardi, pienso que existe lo mejor y lo peor, y que debemos actuar para conseguir lo mejor. Pero también veo que la felicidad humana es una imposibilidad”. Supongo que algo así como un nido en el que ya no dormiremos.

CONSEJOS DE UN AMA INFLEXIBLE A UNA DISCÍPULA TURBADA

Gabriela Wiener

Monique está sentada en un sofá de piel rojo sangre. La espío a lo lejos. Un pobre hombre enmascarado y casi desnudo, con una cadena al cuello, le besa insistentemente la punta de la bota. Ella le acaricia la cabeza como si se tratara de una especie de mascota o un animal de circo y luego le da un puntazo en la barbilla que le hace caer suavemente. Uno de los ojos de Monique es gélido como el ojo de un pez. El otro mira todo con infinito desprecio. Yo no soy la excepción. Al verme me reconoce y sonríe agriamente. Tiene la facilidad para hacerte sentirte como una cucaracha a punto de ser aplastada por uno de sus tacos altos.

Estoy en el Festival Internacional de Cine Erótico de Barcelona porque una revista me ha encargado cubrir la performance de la estrella del Club Bizarre –el área dedicada a las prácticas sadomasoquistas–: la temible Lady Monique de Nemours, una de las pocas amas en el mundo que ha llegado a la categoría de Sublime Lady, es decir, miembro de la corte del Other World Kingdom (OWK), un mundo al revés situado en un castillo de Cerna, en la República Checa, que es visitado únicamente por acaudalados hombres de negocios que por lo general mueven los hilos de la política y la economía mundial pero que en ese lugar pagan por ver cumplida su máxima fantasía: ser blanco de las crueldades más extremas de las que es capaz una mujer. Allí reinan ellas –al mando de una dómina profesional, la reina Patricia I– y los hombres son poco más que animales domésticos, criaturas inferiores a su servicio, con los que las dóminas suelen hacer carreras de ponis humanos cuando no están subastándolos como un cuadro o una guitarra de Elvis; en esta monarquía los machos pagan impuestos con su sangre. Monique es la única dómina española que ha llegado a ser ciudadana del reino y alcanzado la categoría oficial de “ama”.

Tener acceso a tan ilustre personaje no es tarea fácil, menos en este momento en que está a punto de iniciar una sesión para el público del festival y la gente se aglomera en la puerta del Club Bizarre esperando ver escenas de dolor en vivo.

–Quería pedirte algo… –alcanzo a decirle a Monique que se dirige rauda hacia la segunda planta seguida de una corte de hombres arrodillados que llevan los testículos atados con cuerdas y anillos de metal.

–Dime.

–¿Podrías pegarme? –Se detiene unos segundos, me mira fijamente y lanza una sonora carcajada.

–Yo no domino mujeres –dice categórica antes de perderse entre la multitud.

Resignada, me ubico al final de la cola y cruzo los dedos para alcanzar alguna plaza en el auditorio.

Lady Monique y yo nos conocemos. Hace una semana pasé por su estudio para entrevistarla. No fue un momento agradable.

–¿Tú eres la periodista? –Al volverme a ver de quién es esa voz masculina y grave en medio del barullo, reconozco a uno de los guardaespaldas de Monique. Están los dos. Son musculosos y van vestidos con la misma camisa negra y lentes de sol.

–Dice Monique que vengas con nosotros.

Había llegado a la entrevista temprano y llena de ilusión, pero la ilusión pronto se convertiría en desesperanza. Para empezar, la esperé al menos una hora, marcando sin éxito su número telefónico. Por fin llegó acompañada de un hombre y un perro. Aunque era difícil saber en realidad qué papel representaba cada uno. Las dóminas suelen tener uno o más esclavos a su merced. Ni siquiera son sus amantes. Son personas a su disposición que se sienten privilegiadas por estar al servicio de alguien como Lady Monique. Y por estar al servicio me refiero exactamente a eso, el esclavo se disculpó explicando que debía llevar la ropa de Monique a la lavandería. Nosotras penetramos en su mazmorra que aparentaba ser un departamento en un edificio como cualquier otro. Me pregunté qué pensarían los vecinos de la dómina. En la planta baja estaba el BDSM Studio, el lugar en el que oficia sesiones por las que cobra un mínimo de 500 euros. Otras mistress más jóvenes que ella le alquilan el local de vez en cuando para hacer sus propias sesiones. Son dos plantas llenas de objetos y accesorios, como las celdas de la Santa Inquisición, por las que me hizo un tour relámpago. Los juguetillos de mi ama estaban a la vista: una rueda,

una cruz, un potro de spanking, abajo una camilla de estiramiento, una mazmorra de juegos acuáticos, una jaula de hierro, una silla de bondage, un equipo de suspensión. Mientras avanzábamos yo le iba preguntando qué era cada cosa como un niño que aprende a hablar.

Antes de ir había descubierto en internet el término "switch" (alguien que puede sentirse cómodo en el rol pasivo y en el dominante) y lo había adoptado para mí. Me interesaba especialmente entender el lado físico del sadismo y ella podía enseñármelo.

Pero la entrevista no pudo empezar peor: había olvidado mi grabadora y me disponía a tomar nota con lapicero y papel. A Monique esto le pareció horroroso. Pronto se puso a la defensiva. Cada pregunta que le hacía le parecía impertinente y estúpida. Así que optó por hacerme ella las preguntas a mí. Su propósito era a todas luces desvalorizarme: que de dónde era, que si realmente era periodista, que de dónde había salido. Es probable que estuviera bastante torpe pero no podía esperar comprensión de una dómina. Se estaba ensañando conmigo, aprovechándose de mi condición de novata. Monique comenzó a hacerme preguntas para medir mis conocimientos de bdsm y pronto se dio cuenta de que no era ninguna entendida en la materia. Estaba tan enfadada que comenzó a gritar que no podía creer que mi jefe, amigo personal de ella, le hubiera enviado una periodista tan inepta. Realmente quise irme de ahí en ese mismo instante pero respiré hondo y le dije que estaba haciendo mi trabajo lo mejor que podía y que no me juzgara tan a la ligera. Volví a la carga.

–¿Qué piensa una Sublime Lady como tú de los casos de violencia contra la mujer que se ven todos los días en los noticiarios españoles? –solté con cara de preocupación social.

–Lo detesto. Cada vez que pasa eso me admiro más a mí misma.

–¿Crees que algunos esclavos vienen a tu estudio a redimirse?

–Tendrías que entrevistar a los esclavos. Es algo personal. Pero que yo sepa no tengo maltratadores de mujeres aquí, si lo supiera la puerta les quedaría muy pequeña para salir.

Al escuchar a Monique decir esto recuerdo cada uno de los rostros de los hijos de puta que me han herido, no importa si justificadamente o no, y comprendo al fin la cruzada del ejército de dóminas. Uno de mis ojos brilla en la oscuridad. Tengo ganas de usar ropa de cuero, aprender algo de ese sofisticado juego de poder que acaba con un hombre atenazado pidiéndome piedad, quiero cumplir la fantasía de

tenerlo bajo mis botas y convertirlo en alfombra.

Los sigo, atravesamos la muchedumbre y cruzamos la puerta. El Club Bizarre está compuesto por un escenario, una barra de bar y una docena de mesas y sillas para los invitados. Luces bajas y las notas de alguna marcha fúnebre ayudan a crear atmósfera. Los dos tipos me sientan en una privilegiada mesa al lado del escenario. Las indicaciones de su ama son las siguientes:

–Dice Monique que si quieres que acceda a tu propuesta te ofrezcas como voluntaria durante la sesión, cuando ella lo solicite.

–Ok –le digo. Mi idea original, que ya me parecía bastante arriesgada, era que la mujer me llevara al baño de mujeres o a alguna trastienda del festival y me enseñara el sonido de su látigo en mi piel. Algo anecdótico, curioso, el tipo de cosa que uno escribe en la intro de un artículo por hacerse la graciosa. Otra cosa muy distinta era salir al escenario para ser masacrada en público. ¿Por qué Monique había traicionado su principio de no someter mujeres y me invitaba a ser parte del espectáculo?

En el escenario brillan bajo la luz de los reflectores las máquinas de tortura. Uno de los esclavos ya está atado con brazaletes a la cruz de San Andrés. Monique sale con otro esclavo al que lleva con un collar de perro. Este va sin máscara. La sala permanece en silencio. Monique tiene puesto un body de látex negro, unas medias color fucsia, guantes del mismo color y unas estilizadas botas de tacón de aguja. El ritual se inicia con una tenue caricia que Monique aplica al esclavo en el pene para a continuación propinarle un severo golpe de su látigo. El esclavo no es un hombre joven. Su contextura es la de un abuelito que corre la maratón. No sé si reírme o llorar, su estado es flácido además de pasivo, en suma da un poco de lástima. No tiene una erección ni mucho menos. Mira al suelo. Cuesta creer que la esté pasando bien. Pero es así. El placer no tiene por qué ser visible. Debo admitir, sin embargo, que no encuentro aún la gracia de humillar a un hombre de esa manera. Mi experiencia del sadismo es muy distinta. Supongo que lo mío es el maltrato psicológico. He sentido placer haciendo daño a un hombre, ganando una discusión, imponiéndome con razones, haciendo cosas desagradables a sus espaldas, mofándome de sus costumbres, de su apariencia, de sus sueños, manipulándolo, consiguiendo lo que quiero a su costa, pero nunca he tenido que atarlo ni darle golpes. Por otro lado, mi idea del sadomasoquismo hasta ese instante estaba más cerca a la imagen de la fulgurante Betty Page

azotando a sus sumisas, entendía que la humillación erótica pasa por gente guapa vestida de látex. No por esto.

Monique coge una vela y vierte la cera hirviendo sobre el pecho del hombre que se estremece levemente. Al final hace chorrear unas gotas sobre su glande. Se puede escuchar un "oh" del público. El siguiente número consiste en practicar el bondage (ligamientos o ataduras) sobre el magullado pene del esclavo. Monique va entretejiendo un nudo de carne y cuerdas que acaba por dejar el órgano del esclavo de un color violáceo. La gente aplaude. Yo no. Yo temo. Yo tiemblo. Yo siento pena. Pero no de ese ovillo de carne sino pena de mí.

El BDSM (bondage, disciplina, dominación y sumisión), término que denomina esta afición sexual y que no debe confundirse con el sadomasoquismo, designa toda una subcultura en la que los participantes construyen relaciones de poder de forma voluntaria y partiendo del consenso. Recordé que la idea de iniciar un juego de dominación con Monique había salido nada menos que de mi mente enferma y exhibicionista hacía pocos minutos. Yo había dado el sí. Ella sería la parte dominante y yo la parte pasiva. Formas de placer mutuo. Víctima propiciatoria en mi caso.

–¿Hay algún voluntario o voluntaria que quiera subir al escenario y probar mi látigo?

La voz de Monique suena meliflua, hasta tierna. Veo que uno de sus dispares ojos brilla en la oscuridad. Se refiere a mí. Me está llamando.

–Mido 1.68 y peso 47 kilos –me aclara–. Se pone de pie y nos medimos, no creo que sea tan alta. Soy un trocito de carne y hueso. La superioridad no es física. Es intuición, tacto, erotismo.

Los interesados en ser sometidos por Lady Monique deben someterse antes a un largo cuestionario. El amplio cuestionario incluye preguntas acerca de los problemas de salud de la víctima. También es importante para ella saber si puedes ser marcado, qué vestuario prefieres que use, si te va un collar de perro, un arnés o un cinturón de castidad, quizá una mordaza o si prefieres estar completamente desnudo. Qué tipo de bondage prefieres, momificación o correas de cuero. También te preguntará si te gustaría estar orgulloso o humillado por tu estatus de sumisión. Si quieres expiar culpas o sufrir contra tu voluntad o ser usado para el placer de Lady Monique. Si prefieres ser un perro o un cerdo ante una domadora, un

esclavo sexual para una diosa, la víctima de la torturadora, el paciente de la enfermera, el prisionero ante su violenta interrogadora o un colegial travieso en manos de una intransigente institutriz. Si aceptas para ti la humillación verbal, el entrenamiento ecuestre, la lluvia dorada, los enemas, el fisting o el mueble humano (hombres que aman ser sillas, mesas, alfombras, estatuas). Si lames pies, botas, coños, anos, si recibes patadas, cachetadas, cera caliente, hielo, arañazos, privación sensorial o la inigualable electroestimulación. Hay que decirlo todo.

–Enséñame algunos trucos del oficio. ¿Qué tengo que hacer si quiero convertirme en dómina? ¿Con qué instrumentos es mejor empezar?

–Da lo mismo que lo hagas con las uñas, con los dientes, con la palabra, quizá con una cuchara de madera, un cinturón, todo sirve. No hay una regla. No es como ir al colegio con un cuaderno y un lápiz. Esto es muy amplio, puedes jugar con todo lo que tu imaginación te permita. Todos los estados son diferentes: hay a quienes no les gustan las marcas y hay otros a los que sí, hay quienes gustan de la fusta y hay quienes no disfrutan con el gato, hay quienes prefieren el cepillo de pelo.

Monique parecía encantada de compartir sus secretos. Empezaba a sentirse cómoda teniéndome de discípula obediente.

–¿Tú con qué empezaste?

–Yo empecé con agujas, porque soy muy kamikaze. Con agujas y con pinzas. Se las pones en las tetillas, en los pezones, en los testículos, en el pene.

–¿Qué debo saber antes de usar las agujas?

–No te recomendaría que empieces con agujas. Yo conozco mucho sobre la piel, he estudiado algo de dermatología. ¿Tú sabes algo de medicina?

–No.

–Pues entonces no. Has de saber dónde pinchar. Se trata de jugar con una persona. Desde el momento en que juegas con una persona tienes muchas cosas en tus manos, no es solo un juego tonto. Estás jugando con su sensibilidad, con su inteligencia, con su cuerpo. Tienes que vigilar que si pones sus manos atadas hacia arriba llega la circulación a la punta de los dedos, si esas manos no se ponen

temblorosas y violetas, tanto que están a punto de caer. No puedes atar a una persona a una cruz y dejarla ahí más de quince o veinte minutos, a no ser que tenga una circulación sanguínea fantástica. Has de controlar si tiene la presión baja o alta.

–¿Cuál es el más arriesgado o doloroso de tus juegos? –le pregunté mientras cogía un látigo y lo probaba en la palma de mi mano.

–No hay medida, cada persona es distinta, es como el ADN. ¿Cuál es el nivel más alto? El nivel que cada uno decida, cada uno tiene el suyo. Es recomendable utilizar la rueda con personas que ya hayan probado otras cosas, a no ser que les guste estar con el cuerpo invertido. Hay personas que en la cruz sienten algo muy fuerte y hay personas a las que basta decirles "ven, póstrate ante mí". ¿Dónde empieza lo fuerte y dónde termina?

–El macho ibérico debe tener su no sé qué especial.

–El macho ibérico no tiene ni idea, cree que el BDSM es daño, dolor, sangre. No me pondrán una placa en un parque pero espero que esto contribuya a que las mentes se abran y se deje la ignorancia.

–¿Cuándo descubriste que esto era lo tuyo?

–Desde el parvulario iba dándome de hostias con los chavales en los descampados. Empecé con mi pareja, como un juego que luego combinas con el sexo y de la manera que quieras.

–¿Una dómina puede dejarse ver llorando?

–¿Por qué no? Lloré en público cuando me nombraron "Sublime Lady", lloré cuando me entregaron el título de "Reina de Picas" en el Club Bizarre del FICEB. Claro que puedes llorar.

–Pero supongo que no es recomendable comerte las uñas. –Le muestro mis carcomidos dedos.

–Hombre, comerte las uñas es un acto de debilidad terrible ante todos, es signo de inseguridad y nerviosismo, de falta de autocontrol. Si eres nerviosa en el momento en que vas a poner una pinza y una aguja, ¿dónde las colocarás?, ¿en el pezón o en la oreja? No puedes dudar, tienes que dar un paso firme. Una buena ama debe saber adiestrar a su propio perro, que es su propio hombre.

–¿De qué raza es tu perro?

–Es una perra, una boxer. Se llama Switch. No cruza la calle sin que yo se lo indique. Si detecta algún peligro sale corriendo. Cuanto más conozco a la gente más quiero a mi perra –cita.

–¿Los hombres son como perros?

–También podría compararlos con otros animales. Algunos son brutillos como una silla, un poste de luz, una mesa. Hay muchos a los que puedes usar para deleitarte los oídos. Oír un "gracias, mi ama" después del crash de mi látigo es para mí como música en los oídos. El arte y la devoción para besarte las manos, ese "perdón, señora" o cuando bajan la cabeza y piden permiso para saludarme. Es acojonante. Aún no les he puesto un dedo encima y ya están temblando. ¿Dónde está lo sanguinario? Soy refinadamente cruel, agriamente atenta.

–¿Debo practicar el sexo con mi esclavo?

–Yo no practico el sexo con los esclavos. En general, ama y esclavo tendrán sexo solo si el ama lo consiente. El esclavo se lo tiene que ganar a pulso.

–¿Y hay que ser dómina las veinticuatro horas del día?

–Yo soy persona las veinticuatro horas del día. Mi carácter es este siempre.

Lady Monique no tenía un esclavo a mano que nos sirviera de conejillo de indias esa noche, así que para las clases prácticas imaginamos que el esquinero de un mueble era la punta de un pene.

Lección 1: Cómo flagelar el miembro viril con rigor y sutileza. Monique me ordenó coger la fusta. Logré batirla con rapidez en el supuesto glande.

–Trabaja el movimiento de tu muñeca –dijo Monique–. Bien, lo estás haciendo bien. Ahora imagina que estos son unos pezones.

Lección 2: Cómo dar ramalazos certeros. Me dio una varilla y me pidió que intentara desprender de un solo golpe las pinzas que había colgado de un mueble como si fuera el pecho de un hombre. En caso de que fueran unas tetillas reales la idea es evitar desgarrar la piel.

Lección 3: Cómo azotar. Para ello me presentó al flogger o gato de

nueve colas, un látigo con puño y tiras de piel.

–Quiero ver tu garra. Pruébalo sobre tu mano.

Cogí el gato, lo peiné con mis dedos y lo aticé sobre la palma de mi mano poniendo cara de mala. Llegó el turno de probarlo con algo distinto. Monique dijo que lo hiciera sobre el potro. Le di tan duro que pensé que había estado a punto de desmantelarlo. Monique rio burlonamente.

–Si fuera un esclavo le hubieras destrozado los riñones. Lo importante no es golpear duro, lo importante es golpear rico.

Dicen que la crueldad es una virtud propiamente femenina. Miré a Monique y le pregunté qué era lo más importante que debía saber, lo imprescindible.

–Creer en ti, quererte a ti misma, y saber que eres la mejor. Has de ser consciente, consecuente, saber tus límites, conocer tus miedos, conocer el cuerpo humano, saber si puedes pegar y saber dónde pegar. De lo contrario, es como darle un revólver a un mono.

Me levanto y me dirijo al escenario poseída por un espíritu masoquista. Al subir por las escaleras me doy con el rostro de Monique que me susurra:

–Quédate en bragas y sujetador.

–¿Ehh, puedo quedarme con la falda? –digo sin saber qué digo y sin saber lo que me espera.

Sus guardaespaldas me colocan en el centro del escenario como una estatua. Estoy paralizada por el miedo escénico más que por el miedo al dolor. Monique habla con el público, le cuenta cosas. No sé qué cosas pero habla de mí, de eso estoy segura. Que soy sumisa. Que va a azotarme. No puedo ver al público, afortunadamente, por las luces. El esclavo de los huevos lívidos permanece en cuclillas a mi lado.

–Quítate la camiseta –dice Monique con gesto ritual.

Lo hago.

–¿Tienes miedo? –me susurra al oído. Le digo que no.

Nadie más se ha enterado, pero desde sus asientos notan nuestra complicidad. Me trata con extrema delicadeza. Me indica que suba al potro. Mi posición es de semiarrodillada. Llevo unas botas negras altas, una minifalda y sostén. Me doy cuenta de que me veo bastante fetish. Monique me levanta la falda, dejando al descubierto mi pequeño pero firme trasero y la tanguita negra especialmente escogida para mi visita al festival erótico.

–Qué tierno culito –me dice Monique al oído.

Lo acaricia con dulzura. Le da pequeñas nalgadas, como una madre amorosa. Me gustaría estar en el público para ver la escena completa del spanking (flagelación, azotes con la mano) protagonizada por mí misma. ¿Resultaré excitante para alguien? Monique vuelve a acariciarlo. Me azota con una mano y me acaricia con la otra. La forma en que ejerce disciplina es de doble filo. Se parece al amor de pareja. Dolor y placer intermitentemente.

–¿Estás bien? –me dice con amabilidad la mujer que se empeña en someterme a "malos tratos". Me doy vuelta para ver lo que va a hacer a continuación en mi retaguardia. No puedo evitarlo. Ahora coge el famoso gato. Lo prueba en la palma de la mano, como me enseñó a hacerlo aquella vez en su mazmorra. Una, dos, tres. Lo deja caer sobre mi culo. La primera vez solo es un cosquilleo. Al segundo y al tercer azote la sensación es de un calor agradable en la piel. Me zumban los oídos, como, por ejemplo, cada vez que me quieren vender algo por teléfono y usan un tono de voz tan cordial y monocorde; cuando ocurre algo que no entiendo y no puedo controlar, y en su extrañeza y devenir me hipnotiza agudamente. Así me siento ahora. ¿Será eso el placer maso?

Mi culo ya debe estar rojo, pienso, será la última vez, imagino. Pero no lo es. Sigue y ahora descarga el látigo con fuerza.

No sé si es alguna tara que me viene de la infancia pero la desobediencia y la posterior disciplina tienen mucho que ver con mi carácter. ¿Sería una auténtica sumisa como me había presentado Monique hoy ante el público?

En ese instante de breve dolor no veo pasar mi existencia como una película antigua ante mis ojos, pero sí vienen a mí las imágenes de todas las veces que practiqué la sumisión con mis parejas de cama. No hay como una cuota sadomasoquista para sacar una relación sexual del letargo. Pedirle a tu pareja que te dé una tunda no tiene nada de raro, es parte de la vida en pareja decirle que te dé un poco

más duro, un poco más fuerte, pidiéndole que te reproche que eres mala y que hay que darte tu merecido porque eres una desagradecida. Los hombres responden al desafío con nalgadas potentes y embestidas furiosas, fingen ahorcarte, no te dejan correrte, te dan bofetadas, te tapan la boca, excitados ante la fantasía de que seas una perra a la que hay que corregir. Es más excitante una sumisa rebelde, es menos aburrido. Lo que no saben es que no es una fantasía, que en realidad eres una perra mala y que se están desquitando sin saberlo. ¿Quién domina a quién? He gozado siendo inmovilizada, recibiendo azotes y aceptando la servidumbre sexual a cambio de expiar mi sadismo oculto. Pero nunca he tenido un amo.

Me vuelvo para ver qué sigue y Monique asesta un último azote con buena puntería en mis nalgas marcadas. Me ayuda a ponerme de pie. La piel de mi culo palpita y arde pero puedo levantarme del potro y dirigirme hacia la salida. “Caer en el subspace”. Así llaman las sumisas al estado de trance posterior a la aceptación de su condición pasiva. Un cambio dramático en el que la sumisa se vuelve maleable, amante y feliz. Lo describen como una sensación parecida a flotar o volar.

–Un fuerte aplauso para ella –escucho decir a Monique, y detecto un tinte de sorna en la voz de mi ama.

Los gorilas me ayudan a descender las escaleras, uno a cada lado. Todavía me tiemblan las piernas. Miro por última vez a mi público y vuelvo a mi sitio ovacionada. Qué más da, ovacionada, ovacionada.

CENANDO CON NIETZSCHE Y FIDEL EL 12 DE ENERO DE 2000

Edgardo Rodríguez Juliá

I. EL COCTEL

Durante el llamado "período especial", eufemismo para la peor crisis económica en cuarenta años de Revolución, los cubanos sí pasaron hambre. El período especial sería algo así como la gran guerra patriótica para los rusos: solo los historiadores y los polemistas, también los ideólogos, hablarían mucho sobre ese período de dos años entre el 1993 y 1994. Cuando indago sobre esos años, el pueblo prefiere callar, casi todos los testigos se muestran parcos: algunos me hablan de cómo los productos agrícolas se pudrían en los campos porque no había gasolina para transportarlos. La crisis energética en Cuba se debió principalmente al colapso del socialismo en la Unión Soviética. Fue entonces que la independencia de Cuba se puso a prueba, y casi de un modo descabellado: la Revolución Cubana sobreviviría a como diera lugar, por encima de la globalización del sistema capitalista y el desplome del bloque soviético. Cuba probaría su independencia ya no únicamente frente a los Estados Unidos sino frente al mundo: por obra y gracia del fácil verbo caribeño, de ese Fidel Castro Ruz nuestro de cada día durante cuatro largas décadas.

El Malecón, lo mismo que la playa de Copacabana en Río, se ha convertido en sitio de manifestaciones multitudinarias y algaradas revoltosas. La peor manifestación del período se celebró en franca turba y pedrea por parte de mozalbetes y jóvenes hartos de tanta carestía y tanto Silvio Rodríguez. "De Fidel Castro se podrá decir cualquier cosa, pero tiene los cojones puestos en su sitio". Lo mismo que un Jaime Benítez de voz pastosa por el whisky, durante la primera pedrea universitaria del año 1964, transcurridos dieciséis años desde la huelga universitaria del año 1948, ya entrada la noche en el caso de don Jaime, Fidel se enfrentó valientemente a la manifestación multitudinaria de jóvenes y la aplacó, la desactivó, enviando a los muchachos a sus casas con la serenidad de un padre firme y benévolo. Carlos Franqui siempre me lo aseguró: Fidel tiene, sobre todo, un genio táctico y propagandístico; nada está asegurado a largo plazo,

pero sí se captura el titular en el periódico de mañana. Así lo probó en el Moncada y en el llamado "Maleconazo".

Parte de la paupérrima dieta de los cubanos durante el período especial era freír la cáscara de los guineos. Ahora, ya en el repentino crepúsculo invernal, sentado en esta guagua turística, pasando frente al coloso de José Martí que se oscurece en la Plaza de la Revolución, el caso de Elián González todavía retumbándome en el chicho de la oreja después de una larga sesión de "tribuna abierta" en el Palacio de las Convenciones, una especie de revolucionario muro de las lamentaciones, voy camino a cenar con Fidel Castro, el supuesto responsable de tan dramática reducción en el consumo calórico de los cubanos. A Manuel Maldonado Denis, que en paz descanse, consumado turista revolucionario, le impresionaban mucho los langostinos y langostas servidos en el Palacio de la Revolución.

Antes de la cena tendríamos un coctel. Así se anunció en la guagua que llevaba al jurado del premio literario Casa de Las Américas 2000 a cenar con Fidel Castro. El grupo rezumaba esa melancolía de los intelectuales latinoamericanos comprometidos con el ideal de la justicia social. Pero todos los intelectuales llevamos esa tristeza del pobre espectador que sueña con el caviar que se merecen las masas. Todos éramos incoloros excepto Nietzsche, quien ya pronto enloquecería de ternura ante Fidel, allí abrazando el cuello del Caballo y no en Milán sino en La Habana. El hombre sucumbió ante la voluntad de poder; eso fue lo que pasó.

Tan pronto llegamos al Palacio de la Revolución reconocí la premeditación del arquitecto contratado por el dictador. La entrada al edificio está justo en una especie de callejón; nada de escalinatas para pistoleros suicidas a la José Antonio Echevarría o Griselio Torresola. Nada de plazas para el desplazamiento de tanques o protestas al modo del Maleconazo. Parece una entrada secreta, o la puerta destinada para la servidumbre refunfuñona.

En el interior, ya reunidos en el amplio y despejado vestíbulo del Palacio, el jurado se reviste algo inesperadamente de esa informalidad sartoria, rayana con el mal vestir, que caracteriza al turismo literario: casi todas las mujeres con sandalias, una que otra guayabera, pocos de los caballeros con corbatas, muchas barbas, greñas y bigotes.

Jamás había visto tanto mármol travertino junto. La entrada, con sus columnas de diseño rectangular que forman claustro, proclamó cierto airecillo a arquitectura italiana fascista de los años treinta. El interior conserva esa sobriedad moderna, y a la vez grandilocuente,

algo imperial, pero con cierto toque de desparpajo caribeño. En la pared del fondo reconocemos varias pinturas tamaño mural de Wifredo Lam. Los marrones oscuros, los destellos repentinos de ocres y amarillos que combinan con el color crema del mármol, la iconografía mágica de los santos yoruba, le dan viveza y calor a este gran vestíbulo que, por otra parte, resulta un poco más acogedor que la Funeraria Buxeda. Nuestro grupo se ve humano, demasiado humano, ante tan mal disimulada pompa revolucionaria. El Palacio de su Revolución fue concebido según el dogma marxista leninista de la dictadura del proletariado; es por ello que podemos llamar dictador a Fidel sin sonar reaccionarios; el proletariado se merece lo mejor de la misma manera en que una vez la silla de san Pedro en Roma se mereció lo mejor. Lo suntuoso entonces sería la maduración irreversible del proceso terrenal, el triunfalismo mundano de ideologías mesiánicas que pretendieron reivindicar a los pobres de la tierra, para ganancia del cielo o las utopías.

Subimos en ascensor hacia un piso indefinido. Como ocurre en los palacios que hemos visitado como turistas, la sensación es de encontrarnos desubicados, como flotando en un laberinto de pasos perdidos que se repiten. Ya no sé el norte del sur ni el este del oeste. El Palacio de la Revolución es el sitio de trabajo de Fidel, su oficina, supongo que también será una de sus viviendas. Quien entre aquí en ánimo de ajusticiarlo para la Historia tendrá que venir con algo más que una guía turística, o el hilo de Ariadna. El Palacio de la Revolución también es su búnker.

Los edecanes nos condujeron hasta la salita donde se celebraría el coctel. Primeramente repasarían con nosotros el orden protocolar de los asientos. Domingo Miliani, escritor venezolano, me aclaró que nos asignarían los asientos según los misterios de la etiqueta diplomática. Afortunadamente me sentaron al lado de Ilca; a mi izquierda tendría a Fernández Retamar. Frente a mí estaría sentado Fidel Castro. Los otros miembros del jurado reclamaban y escamoteaban ante los edecanes cierta flexibilidad protocolaria, queriéndose sentar según las afinidades selectivas del momento o los requerimientos de pareja. Los dos edecanes, mulatos, esbeltos, de pelo canoso y con cierto airecillo solemne de directores de pompas fúnebres, los trajes grises puestos con la elegancia dominguera de campesinos invitados a la ópera, contrastaban, en su sobriedad, con un notable guardaespaldas que me había cautivado el ojo.

Este lucía uniforme verde olivo y la panza colgante sobre el cinturón le daba un talante de impostergable urgencia. Las botas militares eran un acento innecesario si sabíamos apreciar la pistola

Glock al cinto. Era un hombre feo, de cutis algo dañado por el acné, con un color sanguíneo de piel que lo mismo apuntaba al alcoholismo que a una vocación colérica. Pero no se veía amenazante sino eficiente. Se movía algo perdido, inquieto, como si la mujer lo hubiese abandonado por la mañana. Sin duda era alguien del círculo pretoriano de Fidel; siempre dispuesto a coger el tiro, era de la camarilla más leal. Lo imaginé como antiguo combatiente de la Sierra Maestra, aunque sería un niño por aquel entonces; el recorte militar, corto y de escobilla, flat top, era un distintivo algo excéntrico para sus funciones palaciegas. Después del coctel no lo vi más.

El coctel empezó con los ya consabidos mojitos, cuba libres y una bebida con pinta de manhattan, color rojo liviano y con cereza al fondo, servida en copa de martini. Los mozos uniformados, este servicio tan complicado de bebidas –hasta ahora sólo era omnipresente el cuba libre–, aparecieron de súbito, en una entrada casi teatral, como si el Palacio de la Revolución ofreciera como parte de sus atractivos esta legión de tramoyistas con inclinación a la invisibilidad. Era gente silenciosa, acostumbrada a bajar la voz. Opté por el omnisciente cuba libre.

De pronto apareció Fidel. Francamente, lo encontré menos alto de lo que pensaba y un poco encorvado; era el tío que uno dejó de ver por mucho tiempo. La barba, aún salvaje y de revolucionario bolchevique, sin ese meticuloso cuido que observamos en la del Rubén Berríos viequense, es la del Rey Lear, es decir, encrespada, canosa, por momentos rala. Decía Cabrera Infante que sin la barba Fidel tendría cara de tonto: poca quijada –no Clint Eastwood–, un rostro algo mofletudo y largo al modo peninsular gallego o vasco. La CIA de Dulles trató de depilarlo con rocambolescos inventos a la James Bond; ya reconocían el valor remedial de la barba. De todos modos, si se la quitara, ahí le quedarían esos ojos pequeños y naturalmente suspicaces para intimidarte mejor; más adelante me sorprendería que esa suspicacia por momentos se velara de timidez.

Ahí bajo el dintel de la puerta, acosado por edecanes, guardaespaldas y recibido por Roberto Fernández Retamar, Fidel ha remontado en exceso su propia leyenda. Conocerlo personalmente es demasiado humano, me dejará en la perplejidad, quedará un poco del lado de la irrealidad. Cuarenta años de Revolución y testadurez gallega lo han vuelto faraónico. Muñoz Marín vio cómo le pasó por el lado la sociedad que creó; a Fidel nada le pasa por el lado; su tiempo es el tiempo suspendido de Cuba, el Chevrolet Bel Air del 1953 que todavía camina; su gran voluntad es el estancamiento de una sociedad; ahí reside la diferencia entre el demócrata viejo y el dictador

envejecido. Sorprende la cantidad de pelo que todavía tiene Fidel. Parece peinado por el mismo estilista que cuida el pelo de Clinton. "A político exitoso, buen cabello", reza el dicho, y Fidel le ha encomendado el suyo a alguien que sabe colocar cada cabello con premeditación maquiavélica. Al entrar al salón el encanto del hombre es innegable. De paso ágil aunque no contundente, el Comandante en Jefe va perdiendo firmeza; pero es como si flotara un poco en su propio carisma.

Viene hacia acá y somos, por mera casualidad –Ilca y yo–, los primeros en el besamanos. Cuando Fernández Retamar nos presenta recuerdo el famoso dicho de Manuel Maldonado Denis cuando conoció a Fidel: "Yo también fui pitcher"… Más que nada, siento curiosidad, porque la admiración estaría mediatizada por el reconocimiento de que Fidel aún está en el proceso de ser juzgado por la Historia; por voluntad de él, verdadero radical que lleva las cosas hasta sus últimas consecuencias, ese desenlace, posiblemente trágico, ensombrece su relación con el pueblo cubano y con el mundo. Hay algo de cimarrón libertario en Fidel. Vive la paradoja de la inmovilidad revolucionaria.

Ya todos estamos obligados a pensar que también hay mucho de chiste en él; muy a pesar de la supuesta violación de los derechos humanos y los crímenes que se le atribuyen, ahí está esa familiaridad con que casi estamos obligados a tratarlo, tanto adeptos como enemigos. Es como me decía un salvavidas en la playa de Varadero, ya con algo de socarrona ironía asomándole a su fidelismo: "Si va a conocer a Fidel esta noche dígale que Miguel, aquí en la playa, lo respalda cien por ciento en lo de Elián".

No sé, no puedo hablar de Castro, ni de Fidel Castro, ni del Comandante en Jefe, como dicen algunos partidarios cubanos de la Revolución, correveidiles que he venido a conocer aquí. Para mí sigue siendo Fidel; no hay grandes ecuaciones de resentimiento o coraje histórico entre él y yo. De hecho, es el responsable de que yo tuviera amigos cubanos en mi adolescencia, me aficionara al barroco sándwich cubano a la Carpentier como el reverso del recortado bocadillo puertorro a la José Luis González y que, además, me hartara de escuchar a Cabrera Infante decir que Paquito D'Rivera es el más grande saxofonista del mundo. Lo siento por todos ustedes, víctimas de la catastrófica aunque no apocalíptica historia caribeña. Fidel es un poco más que conocer a Muñoz Marín y algo menos que haber conocido a Víctor Pellot. Pero es que los políticos nunca me han impresionado mucho… Los mejores son especialistas en el mazo de Caín, como decía Lutero… Soy del PPP, como decía José Luis, es decir, del Pobre País Pendejo… y lírico… Lo épico lo secuestró Cuba

en el 1868: nuestra revolución de Lares duró apenas tres días y la de Yara diez años.

Fidel luce pálido; las manchas de envejecimiento en la piel acentúan que el tiempo no ha pasado en vano. Vuelvo a notar la timidez, que es como el disfraz de su mirar taimado, siempre alerta a la impresión que causa. Roberto Fernández Retamar nos presenta y sé que estoy dibujando, justo en el momento en que Fidel estrecha la mano de Ilca, un semblante a mitad de camino entre la sonrisa, ese aprecio irónico de su capacidad de sobrevivencia, y la admiración, ese reconocimiento de que Fidel, a pesar del envejecimiento de las células, la presión alta y los pequeños derrames, todavía luce magnífico. Pienso que si yo bajo de esta manera la guardia, Ilca, a pesar de sus grandes peros con Fidel, lucirá algo conmovida, un paso acá del arrobo adolescente que hubiese sufrido de haber conocido a John Lennon, o Franco Corelli. Es lo que dice Ilca: "Por más que digan, Fidel no es Pinochet". Vale para uno curarse en salud, ¿no es así? Todos nos sentíamos dichosos y sonrientes.

Cuando lo conocí, pretendí parear mi mirada con la de él, como sacando pecho. Ahora que sigue saludando en el besamanos, pretendo husmearlo con precisión y detallismo algo femenino, probar que el maldito carisma es la cantidad loca y desconocida, es ese atractivo animal que antecede la fama y que sin las ejecutorias se convertiría en pura seducción. Ya en las fotos del juicio del Moncada, en 1953, Fidel había inaugurado su carisma, aunque por aquel entonces no luciera la barba más famosa del siglo, como tampoco había corregido las glosas de Mussolini al Príncipe de Maquiavelo. Pero sí estaba a menos de diez años de aparecer representado en uno de los últimos capítulos de La Dimensión Desconocida, seguramente de alguien que regresa en el año 2000 a un mundo poblado por Chevrolets Impalas del año 1957.

Las mujeres del grupo, las parejas de los melancólicos intelectuales latinoamericanos, se han puesto todas a tiro de la mirada fulminante de Fidel. Se les nota el cosquilleo, esa admiración que también confiesa su aspecto hormonal. Y es que Fidel tiene aún los buenos usos de cierta coquetería aprendida en esos años iniciales de la Revolución, cuando sí que se las traía con las mujeres y siendo el primer playboy bolchevique quiso extender en algo la fama de La Habana como playground del capitalismo yanqui. Primeramente están sus manos, que son algo pequeñas pero muy cuidadas, como las de un cura jesuita que vela por la vida espiritual de doñas de clase alta, o las de un cardenal de la Curia romana. Las uñas reciben el mismo cuido que el cabello, la manicura alarga las manos a la vez que acentúa su suavidad y gracia. Resulta casi inimaginable que esas manos sí son las

de un guerrero, dispuesto a empuñar fusiles, pistolas o metralletas. Hay algo exquisito y lírico, casi literario, en las manos de Fidel Castro. Los exilados dicen que chorrean sangre… Remata la gracia en el gesto con la manera de agarrar el vaso de whisky. Con la mano izquierda toma el vaso por los bordes, lo sujeta con el dedo índice y el pulgar, que apunta hacia arriba en un ángulo perfectamente amanerado. Los otros dedos quedan libres para la gesticulación y los muchos énfasis.

Fidel va apropiándose de los tics del viejo cascarrabias. Algo ocurrió con el plan de la cena que lo ha incomodado, refunfuña sobre cómo los intelectuales son pésimos organizadores a la vez que fulmina con mirada torva, y algo fingida, a Fernández Retamar, quien siendo un criollo aristocrático lo trata con una equilibrada y precisa dosis de cariño, vigilancia y deferencia. Cuando el viejo guerrillero va liquidando el tema de cómo los intelectuales ni siquiera podemos organizar correctamente un coctel, ocurre algo que me explica la vigilancia de Fernández Retamar: Fidel se burla de las pretensiones de García Márquez, siendo este intelectual, de ser presidente del Ecuador… Siempre alerta a estas metidas de pata, que son como la prueba de cómo la memoria de Fidel ya no resulta presentable en sociedad, Roberto Fernández Retamar interviene prontamente y le presenta al escritor colombiano Héctor Abad, puntualizando a Colombia como el lugar de procedencia de este escritor y del otro, el que pretende gobernar a Ecuador… Fidel parece perfectamente distraído de esta diplomática y delicada corrección. No se da por enterado. Sigue ahí, con esa astuta aunque ya brumosa mirada a la Rey Lear.

Como el tema obligado es el secuestro de Elián González, y las preguntas de los compañeros fellow travelers del jurado no se hacen esperar, Fidel comienza su ya impostergable perorata sobre el Niño de Atocha arrebatado a los tiburones. Casi sentenciosamente, devuelto a su elemento y hábitat que son la confrontación y la propaganda, de nuevo excitado por otros quince rounds con el imperialismo yanqui que ha combatido desde los años de Eisenhower, el viejo guerrillero proclama con gesto de abuelo sabio: Mañana marcharán cien mil madres cubanas por el Malecón, en silencio, en silencio (especial énfasis), y cada una de ellas con la banderita cubana, solo con una banderita cubana (especial énfasis). Ese acento particular de Fidel –tan habanero, tan seguido por mí a los catorce años por el radio de onda corta, ¡Primera y Segunda Declaración de La Habana!, tan imitable y parodiable– revela esa modulación ya adicta a los énfasis del discurso revolucionario, y ahora se encandila para asegurarnos que el niño Elián ha sido sobornado por el imperialismo yanqui, por Disneyworld, comprado a fuerza de regalos, promesas millonarias y la

notoriedad instantánea que otorgan los medios. Pero Fidel se abandona a este oficio suyo con el mismo gusto con que confrontó la crisis de los cohetes, donde el destino de la humanidad descansó bajo ese dedo índice de Fidel que sí llegó a apretar el botón del Apocalipsis, según Carlos Franqui en Retrato de familia con Fidel.

Hacía años que Fidel no recibía al jurado del Premio Casa de Las Américas. Sin duda esta deferencia hacia nosotros tiene que ver con el caso del Niño Elián. Hay insomnio en el Palacio de la Revolución. Las luces permanecen encendidas toda la noche. Y en momentos de crisis siempre agradecemos los alzacolas; un miembro cubano del jurado, por la edad antiguo pionerito, se exalta en declaraciones bien sonantes a los oídos del "Comandante" en Jefe. Resulta cómico el regusto con que este enguayaberado, que calza chancletas y luce un mostachón espeso, se dirige a Fidel como el "Comandante". Según José Luis González en el alma cubana siempre hubo esta veta hiperbólica y loca, apasionada hasta el fanatismo.

Fidel a veces articula bajando la voz, hasta alcanzar un susurro casi inaudible. Entonces el labio inferior se extiende hacia afuera, la prueba de que los pequeños derrames cerebrales que lo aquejaron hace unos años han dejado señas imborrables. A mí me luce que es esa humedad excesiva en los labios, ese sacar la trompa, ese relamido semblante que van teniendo los viejos en su propia senectud.

Cuando Fidel apareció vestido de civil en la Cumbre Latinoamericana, y también en la visita papal, adquirió una elegancia inusitada. Era como si Armani hubiese logrado disimular la espesura municipal de Fidel. Pero ahora, por lo del Niño Elián, de nuevo está en Sierra Maestra, con el impecable uniforme verde oliva restándole esos buenos modos que el resentido siempre identificó con la pomposa y cursi, decadente y pretenciosa burguesía cubana. Es como defecarse en esa Elena Ruz cuyo sándwich conmemorativo consiste de pavo con salsa de arándano, algo inventado en algún pitiyanqui Country Club habanero a fuerza de las doñas sacudirse esos pedos extraviados en las enaguas.

Y ahí están las espaldas magníficas de baloncelista, de lanzador, de nadador y buzo, de medio blanquito caribeño con buena disposición para los deportes. El perfil sigue mejorado por la barba, la panza retumbante es la de un atleta que envejece con dignidad. La parte superior de esas espaldas que ya van encorvándose muestra, sobre el intenso verde olivo del uniforme, una caspa tolerable; son las distracciones que lo humanizan. De talle alto, acentuado por el cinturón del uniforme militar, reconozco que Fidel está del lado

chumbo, como buen sabio farfullero de botica habanera de los años cuarenta, la pinta trasera del señorón filósofo de esquina. Algo que ha dejado en la perplejidad a Ilca son los pies pequeños del Jefe Máximo. Ya saben lo que las mujeres sospechan de los hombres de pies pequeños. Y para colmo las botas negras del Caballo son antiques de los años setenta, tienen en el empeine forma de pico de pato con costuras laterales, es decir, Fidel calza zapatacones vintage, detalle de vulnerabilidad como pocos, quién iba a pensarlo.

II. LA CENA

Pasamos al salón comedor y reconocí la misma tendencia del decorado a la neutralidad funeraria. Ahora bien, las mesas rectangulares, cerradas a ambos extremos por mesas más pequeñas, creaban una atmósfera de intimidad cuya identificación con la formalidad diplomática resultaba difícil. Me tocó al frente de Fidel, el espacio entre él y yo era el de las dos mesas largas puestas la una frente a la otra, algunos tres metros; era un arreglo para que la intimidad de la cena estuviese salpicada por la retórica, los discursos y esa vocación persuasiva del Comandante en Jefe.

Y los discursos no tardaron en empezar. Domingo Miliani, simpático y cuentero ensayista venezolano, partidario a brazo partido de Fidel, la Revolución Cubana y Hugo Chávez, me hace una seña para que yo me dirija a Fidel en nombre del grupo. En obras teatrales de vanguardia donde se pide la participación del público me siento al lado de la salida. Con tanto pico de oro latinoamericano en el salón, tenía que tocarme a mí agradecer la hospitalidad de Cuba y del Comandante en Jefe. Me había tocado el tostón justo porque estaba sentado al frente de Fidel y era su interlocutor en potencia, solo en potencia.

Mientras los mozos uniformados y con guantes servían el primer plato, un mousse de camarones algo genérico, de avión, como de restaurante que sirviendo comida “internacional” anhela los merecimientos del Paco Villón crowd, improvisé retumbantes palabras sobre el Premio Casa de las Américas y cómo Cuba le había dado a los escritores de la generación del boom –repetí varias veces lo del “boom”– un sentido corporativo y presencia en el mundo. Le expliqué al Comandante en Jefe la naturaleza monumental de nuestra encomienda, es decir, evaluar alrededor de cien novelas y otros tantos

ensayos, libros de poemas, etc… Fidel me mira entre aburrido y suspicaz mientras pide el segundo servicio de tomates, que desde el pequeño derrame su dieta es rigurosa, no puede comer cerdo ni fumar habanos. Esa sobriedad de Fidel en el banquete era un peligroso modo de incitación para su elocuencia, pensé algo fatalmente… Finalmente le agradecí a Cuba, y personalmente al Comandante, la hospitalidad recibida. Entonces, mientras Fidel apuraba la primera copa de vino tinto y Roberto Fernández Retamar aceptaba mis elogios a Casa de Las Américas y los hacía suyos, puntualizando el hecho de que esa primerísima institución cultural cubana nació con la Revolución, Nietzsche quiso terciar en el diálogo, saltó cual espontáneo y a punto de abrazar, enloquecido por la ternura, al Caballo.

Se me antoja que es Nietzsche justo por el bigote. Se trata de un intelectual ecuatoriano –estaba en el jurado de ensayo– que luce ese mostacho de escobillón que a Nietzsche le añadía un quince por ciento de profundidad teutónica y que a él lo hace lucir casi célibe. El fulano tiene un mazo de pelo azabache como crín de caballo árabe y una piel aceitunada de morocho triste. Es solemne como una butaca y mal disimula su pedantería. Y, cual Nietzsche, es ese tipo de intelectual que se lleva la mano, o el puño, a la cabeza, o a las sienes, enfrascado como está en el esfuerzo desesperado por emblematizar la profundidad de su oficio. El fulano me cae mal. Una mañana de ventolera lo vi ponderar el universo desde la playa de Varadero. Soplaba el norte, el mar estaba encrespado, el viento azotaba las palmeras y este Nietzsche del cono sur recortaba su complicado perfil contra un cielo gris y un mar verdoso, de marullos que alcanzaban el horizonte. Nietzsche caminaba la playa de Varadero con la melancolía del indio ecuatoriano a cuestas; como el pescador de la emulsión de Scott, su carga era insoportable. Para colmo este nube negra es un hombre joven, lo cual lo hace todavía más irremediable.

Leí a Nietzsche en mi adolescencia. Entreví en aquel filósofo nada sistemático –de ahí que yo lo pudiera manosear– el mismo síndrome que veía en los curas de mi colegio: estos se empeñaban en hablar de lo que no sabían, es decir, principalmente hablaban del matrimonio y el sexo cuando de lo único que podían hablar era de la masturbación. Nietzsche proclamaba que cuando fueras a tratar con mujeres mejor llevar un látigo, lo cual me sonaba demasiado cercano a palos, puños y bofetás de Ismael Rivera. Además, por las fotos de Nietzsche era fácil adivinar que cualquier mujer sería capaz de quitarle el látigo y zurrarlo a él. También decía que el matrimonio era la conversación más larga que uno pudiera sostener. La vida me probaría que lo más importante del matrimonio no es comprar un televisor sino descubrir dónde rayos está el clítoris. Y, como nunca leí alemán, jamás pude

diferenciar, de verdad, entre Así habló Zaratustra y El profeta de Kahlil Gibrán. Pero en la universidad occidentalista de Jaime Benítez era necesario haber leído a Nietzsche, casi imprescindible haber manoseado el pensamiento alemán.

Los mozos enguantados servían los medallones de cerdo con salsa bechamel, y las papas majadas más suntuosas y apetecibles que jamás haya probado, cuando el Nietzsche ecuatoriano tomó la palabra y ya no la soltó por buen rato. Jamás pensé que esta cena se parecería tanto a esos banquetes gringos donde algún payaso caro, keynote speaker, sirve su elocuencia cual bufón de corte. Pero el Nietzsche ecuatoriano tendría en la agenda algo más que su pretendida profundidad; deseaba impresionar a Fidel, lo cual siempre es arriesgado. Cuando al Comandante en Jefe le traían el tercer pedazo de tomate y el cuarto camarón, Nietzsche se zafó en una perorata que un poco violaba todas las reglas de juego de cualquier concurso. Hacía públicas sus lecturas y preferencias entre las obras sometidas, elogiaba un ensayo sobre Antígona nada menos que como la clave para solucionar todos los problemas latinoamericanos, Fidel lo miraba entre aburrido y francamente sorprendido; era imposible que alguien, a estas alturas, tuviera tanto interés en impresionarlo a él. Y finalmente Fidel no entendió nada, lo cual era una invitación impostergable para que hablara. Nos jodimos.

De una atmósfera donde el silencio era de catedral un lunes por la mañana, pasamos a cierto relajamiento de cháchara donde el verbo fácil de Fidel pronto se vengaría. Además, los vinos ya nos habían "achispado", como diría Carpentier. El tema de la jodida Antígona fue cediendo justo cuando Fidel ya iba terminando su primera copa de tinto y yo me aprestaba a comentarle a Ilca cuán imprudente había sido el Nietzsche ecuatoriano. Me sentí como se sentiría una dama cívica en el momento de comentar el sombrero de la fulana que siempre me ha caído mal: solo alcanzada la menopausia las mujeres son capaces de confundir el esnobismo con la irritabilidad.

Los tics de Fidel a veces parecen los del ensimismamiento, los de alguien verdaderamente distraído de los entornos. El ego de este hombre cabe en un hangar. Las dos horas que nos dedicaría en esta cena posiblemente tuvieron su origen no en Elián sino en esa región brumosa que son los caprichos del dictador. Es una región cuidadosamente cultivada por él. Eso lo vuelve algo impredecible y, por lo tanto, más temible. El capricho sería a un dictador lo que el repentinismo temperamental a una Maria Callas; es esa seña loca de su condición excepcional. Y Fidel conserva los haberes de la sorpresa excepto en una cosa: es incapaz de ser breve en el discurso, la

verborrea es su antiguo padecimiento, quizás condición ancestral, quizás costumbre habanera, hablar por largo rato es su tic preferido. Al principio fue el verbo de seis y ocho horas, a mediados de los cuarenta años de revolución moderó sus discursos a dos horas y ya ha vuelto a las andanzas juveniles.

Para Fidel el tiempo es elástico. Es otro de los conocimientos arcanos del dictador. Solo los otros tienen que apresurarse. De hecho, Fidel devora el tiempo de sus allegados con la misma fruición que ha devorado cuarenta años de la historia de Cuba, casi la mitad de su historia republicana. A todo esto, ese tiempo personal suyo que ha congelado los Chevrolets Bel Air lo mismo que el socialismo estalinista es marcado por un modesto reloj Casio. Nada de Rolex o Vacherons en la muñeca de Fidel. No es ese tipo de sofisticado socialista viajero a la Cortázar, Carpentier o García Márquez. Fidel, sobre todo, es un cubanazo algo espeso y municipal.

La frase de la espesura municipal no es mía sino de Rubén Darío. El nicaragüense universal, viajero de la imaginación, bohemio a la belle époque europea, no de cantinas y ron sino de ajenjos y hachís, ya pronto comenzó a reconocer en sus orígenes la rusticidad de sociedades aún apegadas al agro. Muñoz Marín acabó con la caña de azúcar en Puerto Rico, con ese producto definitorio de estas sociedades caribeñas; Fidel aún no ha podido. Todavía tiene la mancha del hombre fuerte latinoamericano, calza esas botas que aún se enfangan.

Justo cuando le comento a Fernández Retamar la familiaridad que Fidel provoca, esas dotes persuasivas y calor en el trato íntimo que a veces terminan convenciéndonos, que por lo menos nos seducen, obligándonos a llamarlo Fidel, y que según Roberto lleva a muchos cubanos pueblerinos a tutearlo, Fidelón que se zafa de la tabla y empieza su gran perorata; quiere probarnos que su tiempo es inmortal y el nuestro elástico.

Sobre todo, esta noche quiere hablarnos de sus grandiosos proyectos culturales, olvidar lo que sabemos es su especialidad, esa política a la Elián de trinchera y barricada, y allegarnos a esa región siempre utópica, la construcción de una sociedad verdaderamente culta en estas latitudes de la bachata y el guaguancó. Nos habla de un proyecto algo desfasado y passé, justo para alguien como yo que viene de una sociedad de consumo donde el gobernador ha proclamado el derecho de cada maestro y/o estudiante a tener una computadora “lap top”.

Fidel pretende que en cada pueblo, en cada escuela de Cuba, haya un depósito audiovisual para que los estudiantes cubanos de intermedia y escuela superior puedan ver las maravillas de los grandes museos del mundo. Se dirige a Fernández Retamar y le pregunta por ese proyecto, para entonces darnos unas cifras –Fidel es adicto a las cifras, algunas veces las olvida y hay silencio sepulcral en el salón comedor– y rematar con el siguiente pronunciamiento: Pretendemos también que ningún muchacho cubano interesado en la poesía, por más alejado que esté su pueblo o su escuela, deje de publicar sus poemas. Aunque sean pequeñas ediciones en una encuadernación rústica. Queremos que esos poemas se publiquen…

Me tocaría a mí entrar y salir del "diálogo" con Fidel, hacer las veces de interlocutor precario, moderar, en alguna medida, la notable ausencia de espíritu dialéctico en la personalidad del Comandante en Jefe. Supongo que cuarenta y pico de años de conocer el fácil verbo cubano, unido a mi adiestramiento con los cubanos de Kasalta –la de la McCleary, porque la de La Habana la encontré transformada en un "Sports Bar"– me sirvieron para moderar el monólogo de Fidel.

Quise retomar el proyecto del depósito de audiovisuales y le pregunté a Fidel por esos viajes de la imaginación, esas fantasmales visitas a los grandes museos del mundo, porque que yo supiera Fidel había viajado poco, el recuerdo más notorio de sus viajes siendo aquella vez que visitó por vez primera las Naciones Unidas y se alojó en un hotel de Harlem, donde misteriosamente las bañeras de todo un piso quedaron repletas de plumas de pollos.

Fidel pareció incomodarse con la pregunta de si había visitado esos museos, provoqué cierto acomplejamiento, toqué ese nervio de un provincianismo tercermundista que sí tiene a flor de piel. Es la gran contradicción de Fidel; a pesar de ese papel protagónico que su gran voluntad ha ejercido en el mundo, el hombre sigue siendo un fenómeno de la cubanidad, hay mucho de pueblo chiquito en Fidel, inclusive cierta rusticidad municipal a la Ramón Luis Rivera que por ingenua a veces resulta encantadora, charming dirían las doñas de Compostela en el almuerzo de los viernes. Sin mucho empacho se pone a la defensiva y me contesta: "Yo soy un ignorante"… Y precisamente por eso es que quiere el máximo de cultura para su pueblo.

Tenía respecto de los otros compañeros "latinoamericanos" del jurado la ventaja de mi antillanía. Ese hacer guantes con Fidel dependía de haber conocido durante toda la vida el arte suntuoso y sinuoso del discurso antillano, ese entrar y salir de lo grandilocuente

mediante la bachata, el relajo, la chacota, la pizca de ironía y el grano de sarcasmo en el choteo. Mientras tanto, los compañeros de viaje permanecían en catedral. Nietzsche había sido reducido a su natural melancolía andina.

Y con esa ingenua ambición cultural de Fidel va cierto apego a una comprensión territorial y racial de la política. Lo mismo que Ramón Luis, que no sabe inglés, Fidel es monolingüe y alérgico al difícil. Toda la maestría de su discurso se ha reservado para el español habanero. Formado en tiempos distantes de la globalización, Fidel entiende, sin embargo, que su amistad con Ted Turner es parte de su acceso al mundo a través del béisbol y CNN. Pero que estos alardes diplomáticos, esta trabajosa seducción del capital europeo o norteamericano, no lo alejen de sus verdaderas raíces que son, en última instancia, la cofradía testicular del hombre fuerte latinoamericano a la Torrijos. De ahí que Hugo Chávez, el presidente venezolano, sea su hermano menor, alguien para ser formado por él en las artes de la confrontación y el tirijala de voluntades con el imperialismo yanqui, de ahí que Fidel, en uno de los actos más reprochables de su larga estadía en el poder, haya abrazado al General Galtieri durante la crisis de Las Malvinas, olvidando el gorilismo militarista argentino y de paso, también, lo peor, a los miles de torturados y desaparecidos. Todo lo justifica el nacionalismo arielista latinoamericano, su sobrevivencia ante los bárbaros anglosajones del Norte.

Le pregunté por su afición al béisbol como instrumento de diplomacia. Se le encendió el enano. Cuando Fidel nos cuenta del reciente juego de béisbol entre Cuba y Venezuela, de la jocosa intervención del presidente Chávez en el partido, de la disfrazada inclusión de grandes luminarias del béisbol en el trabuco habanero, lo hace de manera tan relamida y jocunda, aquí y ahora en el postre, tomando su segunda toronja dietética, que debe llevarse la breve y curial mano a la boca so pena de escupir algo de vuelta a la mesa. Fidel está relajado, se ríe con gusto, disfruta de su picardía al tomarle el pelo a Chávez, tenemos que aguantarle la pavera, nos dice con esa franca y a la vez incontenible risotada. Roberto Fernández Retamar se inclina y me comenta: “Hacía tiempo que no veía tan relajado a Fidel”. Tal parece que Fidel ha bajado por algunos minutos esa doble guardia de su timidez y absoluta autoridad.

Como la conversación se ha vuelto relajada, como Fidel está revelándonos ahí su lado jocundo y jovial, me he decidido por bajarle la nota un poco, ponerlo de nuevo en el disparadero de subir los guantes y asumir la defensiva. Decido hacerle una pregunta que en

Cuba siempre resulta espinosa, le pregunto por los efectos sociales de la campaña para levantar el turismo, para convertir a Cuba, nuevamente, en el principal destino turístico del Caribe.

No uso las palabras "prostitución" ni "jineteras" por delicadeza. Tampoco quisiera hablar de los efectos en la población de un resentimiento justo y necesario. Mientras los turistas vienen a Cuba a gastar dólares y en el anhelo de algún encuentro sexual, a recibir la abundancia, el despilfarro y los lujos de la globalización en marcha, los cubanos de todos los días no pueden acercarse a los hoteles con otras intenciones que no sean las de ofrecerles servicios y artesanías baratas a los turistas. Cuando dejé en el Hotel Riviera una literaria propina de diez dólares a la mucama, me lo agradeció con lágrimas en los ojos, aquella mujer mayor que debería estar retirada y disfrutando de sus nietos… La vida en Cuba es durísima y los que se allegan al turismo son pocos y privilegiados. Les caen las migajas de la dolarización, por así decirlo. No sabía yo que al dejarle esa propina a la mucama le estaba dejando el equivalente a la mitad del sueldo mensual de un cirujano en Cuba.

Pero Fidel ostenta su retórico manejo del asunto al evadir el gran issue de las economías paralelas que ha desarrollado el turismo en Cuba. Prefiere elogiar un sistema de promoción turística diseñado sobre la gran educación del pueblo cubano, los encantos naturales de la isla, también esa buena dosis de lo que ha venido a llamarse ecoturismo. Fidel resulta casi persuasivo, a mí me perturba el hecho de que el timbalero que amenizaba nuestras noches en Varadero tuviese de profesión la arquitectura y de vocación el joseo y el pluriempleo. Pero supongo que en esto hay cierto ideal inconcluso de La ideología alemana, del socialismo utópico según Marx y Engels: por la mañana el hombre nuevo, el no enajenado por el capitalismo, pescaría, por las tardes haría filosofía y en la noche tocaría a paila y cencerro "El cuarto de Tula". Es que a Fidel no se le puede dejar ni media cancha, remató su perorata hablando de cómo el imperialismo ha exagerado la prostitución en Cuba y los efectos negativos del turismo.

Luego lamentaría, por escrúpulos aprendidos en colegios de curas, no haber sido más directo en la crítica de un sistema absurdo, que ha desatado en el cubano medio un escepticismo que raya con el cinismo. En visita a la Habana Vieja, y saliendo de un Floridita en que los daiquiris costaban ocho dólares, trago de museo sin duda, pude comprobar el fleteo carnal y la droga en su punto, nada de vigilancia policiaca, un estado de "negligencia benigna" con tal de devolverle a La Habana algo del sabor de antaño. Un borracho con cerveza en

mano me asedió con una petición en dólares, era una mezcla del joseo desfachatado de los calcutos de la Iturregui con la urgencia sexual de los antiguos bares de Tursi.

De regreso de Cuba, ya en la guagua que nos llevaría al aeropuerto, un cubano que siempre me lució de la llamada "seguridad del estado" me contaba, con franca ironía y regusto, de cómo el dictador Machado estableció en los años veinte lo que se llamaba el highball express, una manera de atraer al turista norteamericano en excursiones cortas y de intenso sibaritismo habanero. Cuando le insistí en que habría un nuevo highball express en el futuro de Cuba, me asintió con una pícara sonrisa. Pero a Fidel no lo perseguí hasta las sogas, aguanté el bolo punch a la Kid Gavilán, el Caballo intimida como el carajo y ya me miró con esos ojos de serpiente y sentenció: "¿Tienes algo más que añadir? Si no estás muy convencido, habla ahora o calla para siempre"… Callé para siempre. Me limité a comentarle a Ilca la incapacidad de Fidel para escuchar a uno.

Supe que esa había sido la culminación de la cena con Fidel. Quedaban los Cohíba y el café por servir, mi mente flotaba en el vino tinto y la irresolución. Pero decidí indagar, a modo de desenlace, en uno que otro tema. Puse el tema de Vieques y Fidel sonó oracular. Me aseguró que Vieques, lo mismo que la lucha por la Telefónica, habían sido los dos pilares de la resistencia puertorriqueña. Una de esas batallas se había perdido y la otra sería negociada, ante Cuba siempre lucimos algo disminuidos, la vocación cubana es el heroísmo y la nuestra los discretos encantos de la tan cacareada sociedad civil.

Ya de salida –Fidel había terminado la segunda copa de vino tinto y nosotros el café, quise guardar el Cohíba como souvenir– le pregunté a Fidel por su formación con los jesuitas. Siempre me han intrigado esas estructuras mentales que el catolicismo ha lanzado por el mundo. La casuística fue en los jesuitas una manera de justificar los medios, de hacer viable la salvación en el reino de este mundo; de ahí al cinismo a veces hay un solo paso. Lo que era una pregunta a destiempo, personal y hasta algo rebuscada, sin interés para el resto de los comensales, se convirtió en la oportunidad dorada para que Fidel sellara con un pronunciamiento absolutamente descabellado y demagógico: "Sí, estudié con los jesuitas en el Colegio de Belén, de ahí viene mi cristianismo"… Esto lo dijo sin pizca de ironía, con solemnidad papal y una cara de butaca a la Buster Keaton. Decía Mary McCarthy que la religión solo debe ser para la gente buena. Los estatutos de la Compañía de Jesús los usó Himmler para organizar las S.S.

Fidel tenía reunión con el Consejo de Ministros y ya se levantaba para despedirse. Acudimos a despedirnos casi en tropel, con la urgencia del acoso, las mujeres del grupo, sobre todo, le pedían el autógrafo. Nos acercamos sin el afán de los otros, Ilca y yo. Me dijo, a modo de reproche, casi por encima del hombro, mientras firmaba autógrafos… "No he aprendido nada con esta conversación. A mí me gusta escuchar para aprender". Ilca le ripostó con ironía: "Sí, en eso de escuchar es usted un verdadero maestro"… Fidel volvió a dirigirse a mí… "Te vi refunfuñando todo el tiempo con tu mujer"… Aprecié el verbo refunfuñar, tan de otros tiempos, y no pude evitar el tutearlo: "Es que tú no dejas hablar a uno, te estoy escuchando desde el 1959"… "Y ya no me hables más del béisbol"… "Escribí un libro sobre béisbol"… "Debiste escribirlo sobre otra cosa, chico, todo el mundo piensa que me gusta tanto, la verdad es que… me regalan guantes, trochas, gorras firmadas, tengo cajas de esas vainas por ahí"… Todo esto en buen choteo habanero, a veces Fidel asume la pinta y voz del cubanazo profesional… Dirigiéndose al Nietzsche andino fue todavía más fulminante, le aseguró a viva voz, y para las risotadas de todos, que no había entendido nada de la perorata sobre Antígona. Nietzsche lucía encogido, reducido a una mirada de corderito degollado, Fidel le puso las dos manos por los hombros y le aseguró paternalmente que él no entendía mucho de esos asuntos y vainas.

De salida le preguntó a Miliani por Ilca, quién era esa mujer tan bella, y cuando Miliani le aseguró que era una cantante lírica puertorriqueña, Fidel le reprochó: "Oye tú, y por qué no me lo dijiste con tiempo, hubiera cantado para mí"…

Pasamos a que el fotógrafo oficial nos tomara un retrato de familia con Fidel en el centro. Al día siguiente nos lo entregarían como recordatorio de nuestro inesperado paso por el Palacio de la Revolución.

Nos acercamos al salón donde estaba reunido en pleno el Consejo de Ministros. Cuando aparece Fidel en la puerta todos se ponen de pie. Ilca, que está al lado de Fidel junto a las otras féminas del jurado, cierra la noche con su "Esperemos que con ustedes sea breve"… Y aquello fue la gran risotada de los ministros y nuestra despedida. Algo de lo que no estoy muy seguro es del sentido del humor de Fidel Castro; supongo que nadie lo está.

RETRATO DE "FELLOW TRAVELER" CON FIDEL

Al otro día recibimos las fotos del encuentro con Fidel. En la que nos tomaron en el salón del coctel todos estamos sonrientes y algo eufóricos. Solo los miembros cubanos del jurado lucen sombríos. Fernández Retamar luce solemne y preocupado. Fidel luce algo tímido, el uniforme verde oliva le queda un poco grande y se ha inclinado a la izquierda porque la esposa de uno de los miembros del jurado le echó el brazo. Se ve torpe, hay tristeza en este hombre ya encaminado a la vejez.

En la foto final del encuentro, posterior a la cena, todos estamos sonrientes y eufóricos hasta la necedad; Fernández Retamar luce relajado, ya fuera de las ansiedades del oficio, está en cuclillas frente a Fidel y disfruta de las ocurrencias de Ilca, quien se ha colocado justo al lado del Jefe Máximo "para que se me pegue algo del carisma". Justo en ese momento sonó el click de la cámara. Fidel, sin embargo, luce sombrío, nube negra, nada sonriente, ensimismado en su colosal soledad. Los ojos lucen más pequeños que de costumbre. Tiene una pinta excesivamente célibe. Es como una de esas fotos que los turistas se sacan en el veraniego Village niuyorkino. Aparecen en pantalones cortos junto a una efigie tamaño real y recortada a cartón de Reagan o Clinton, Nixon y Hillary. Retratarse junto a un icono del siglo XX es saborear nuestra propia irrealidad. Fidel es faraónico y nosotros somos sombras de nuestras pretensiones. Fidel pertenece a la Historia y nosotros a la dudosa ambición del arte.

CODA

Antonio Benítez Rojo nos asegura en su gran libro La isla que se repite que estas tierras nuestras, el Caribe antillano, no son apocalípticas. En 1962, durante la crisis de los cohetes, él tuvo esta epifanía justo cuando vio pasar por su calle habanera a cierta jacarandosa y sandunguera mulata de grupa alzada y cesto a la cabeza… De ello no estoy seguro del todo. Cuba, Haití, la República Dominicana tienen, en sus respectivas historias, el recuerdo de atrocidades espeluznantes.

Cuando ocurrió la invasión de Bahía de Cochinos, José Luis González estaba en Cuba. Quiso salir inmediatamente del país so pena de quedar en medio de La Bayamesa: el himno guerrero de Cuba

recuerda cómo el pueblo de Bayamo fue quemado por los insurgentes cubanos antes de que cayera en manos de los españoles. Bayamo era la patria chica de Carlos Manuel de Céspedes, el sitio donde comenzó la Primera Guerra de la Independencia, la llamada Guerra Grande que duró diez años. En esta otra guerra, esta vez contra el imperialismo yanqui, por toda La Habana, y en todas las dependencias gubernamentales, había toneles de gasolina para simplemente pegarle fuego a La Habana si los yanquis invadían. De nuevo La Bayamesa… José Luis González me contaba esto para ilustrar ese lado loco y fanático de los cubanos cuando de la patria se trata. Algo totalmente ajeno a nosotros los puertorriqueños. De ahí que Albizu sea algo así como una mutación de nuestro liderato político, siempre civilista y negociador.

Carlos Franqui es un escritor cubano que vive exilado en Puerto Rico. Uno de los combatientes de la Sierra Maestra, gran propagandista de la Revolución Cubana en los primeros años, entonces comunista confeso, fue director del periódico Lunes de Revolución. Más adelante se desafilió del fidelismo; entonces fue que escribió Retrato de familia con Fidel.

Ahora Franqui es, como Fidel, también un hombre camino a la irritabilidad y el repentinismo de la vejez. Todavía tiene una hermosa cabeza que delata su antigua nobleza de perfil. También afecta cierta pinta algo estrafalaria y excéntrica, como de guajiro bolchevique que aún pretenda espantar al burgués.

Usa unas chaquetas holgadísimas con guayabera debajo, sabiduría sartoria que jamás he visto en nadie más. Franqui es crítico de arte y polemista político, en sus escritos de ambición es un verdadero maestro de los puntos suspensivos… Lo consideré mi amigo. Lo entrevisté con beatería y admiración.

En el intermedio de un reciente concierto de Paquito D'Rivera en Bellas Artes, me encontré con él. Ya sabía que yo había estado en Cuba. Vino a saludarme. Lo saludé efusivamente y le dije que había estado en su patria, me contestó algo refunfuñón, me percaté de su mal humor. Ilca le comentó que le había encantado La Habana, Franqui le ripostó que "también las ruinas tienen su encanto" y nos dio la espalda para siempre.

Aunque le dé fe a Benítez Rojo y piense que Cuba no es apocalíptica, hay algo de la cultura política cubana que me hace

temblar; es la herencia del poeta que murió absurdamente en la batalla de Dos Ríos, o la de aquel político liberal, Eduardo Chibás, que se suicidó en un programa de radio, asegurándose de que el fogonazo fuera al aire, para que toda Cuba lo oyera y se estremeciera.

A 1 de junio de 2000

POLE POLE. DE ZANZÍBAR A TANGANICA

Martín Caparrós

Hace caliente. Las sábanas se encharcan y busco la manera; el olor es sudor y canela. Dos mariposas rojas se rozan en el aire; cotorras cuchichean. La plegaria del almuecín se cuela por las celosías; más abajo, en la calle, las colegialas llevan velos negros, y gritos cuando las mira un hombre. La siesta llama cuerpos. Un soplo apenas mueve el tul azul que cuelga de las columnas de mi cama: relámpagos serenos. Zanzíbar es un exceso de todos los sentidos, el peso de una fruta reventando y la cama encharcada y yo, en medio de este aire, sigo leyendo como un nabo el mayor best-seller periodístico del siglo XIX.

"El 16 de octubre de 1869, cuando me hallaba en Madrid en mi casa de la calle de la Cruz, me trajo mi criado un telegrama expedido por el señor James Gordon Bennet, director del New York Herald, de quien yo era corresponsal. Rasgué el sobre y leí: 'Vuelva a París, asunto importante'". Así empezaba En busca del doctor Livingstone, de Henry Morton Stanley: el asunto era, por supuesto, la búsqueda de David Livingstone, el explorador por excelencia, que llevaba años perdido en el corazón del África. Para el público occidental de 1870 las expediciones al África eran tan emocionantes como lo fueron para el de 1970 los viajes a la Luna, sólo que mucho más difíciles: sobre el África nadie sabía nada.

Stanley era básicamente un mentiroso: un gran cronista. Cuando nació, en 1841, Henry Morton Stanley se llamaba John Rowlands y lo anotaron como el hijo bastardo de una mucama soltera y galesa; hay quienes dicen que toda su vida fue la lucha para deshacerse de esa primera etiqueta. Muchos años después, cuando escribió sus memorias, Stanley dijo que se llamaba Stanley porque lo había adoptado Henry Stanley, un comerciante de Nueva Orleans que nunca lo adoptó. Stanley había cruzado a Norteamérica buscándose la vida y se enroló en el ejército esclavista del Sur porque una señorita sureña le mandó una enagua vieja para tratarlo de cobarde. Pero cayó prisionero en su primera batalla. Seis semanas después aceptó la oferta yankee: recuperaría su libertad a cambio de incorporarse al ejército enemigo.

A sus veinticinco años, marinero experimentado y embustero crónico, Stanley decidió dedicarse a la profesión que le correspondía: el periodismo. Empezó en un diario de Saint Louis, Missouri: lo mandaron a seguir una campaña contra los pieles rojas. La expedición fue pacífica, casi pachorrienta, pero Stanley informó a sus lectores "el principio de la Gran Guerra India". Stanley, pese a todo, sabía mirar a su alrededor para contar lo que veía: eso, en el periodismo de 1870, era una novedad, y le dio cierto espacio.

Stanley era sobre todo un resentido: alguien que quería más que nada demostrarle su error al mundo que lo había despreciado. Tiempo después le ofreció al dueño del New York Herald, el diario más amarillo de la época, cubrir a sus expensas la expedición militar británica contra Teodoro, emperador chiflado de Abisinia. Fue su primer gran éxito: sobornando al telegrafista de Suez consiguió mandar la noticia de la muerte del emperador mucho antes que sus colegas. Aquella exclusiva lo convirtió en un periodista reconocido, y en eso estaba cuando se lanzó a la búsqueda del viejo explorador. Livingstone, misionero escocés, era uno de los grandes personajes mediáticos del momento, un héroe nacional británico: su desaparición tenía en vilo a las masas.

Dicen que Stanley era bajo, gordito, cara coloradota, y la primera mentira de su relato es aquel primer párrafo: en realidad, le costó horrores convencer a su jefe de que lo dejara emprender la partida. Su viaje, como todas aquellas expediciones, vino a empezar aquí. Zanzíbar es una isla deliciosa en el océano Índico, frente a la costa oriental del África, y era, entonces, el mayor centro del tráfico de esclavos. Yo siempre había soñado con Stanley y Zanzíbar: desde mi primer romance. Fue en las sierras de Córdoba, años sesenta: mis padres psicoanalistas me habían llevado a un congreso, y la hija de otros psicoanalistas y yo decidimos que seríamos novios. Teníamos siete u ocho años: la palabra novio no tenía mucho sentido para mí, pero ella insistió y yo quería darle gusto. Creo que nuestro noviazgo se basaba en la posesión común de dos gatitos. Los recuerdo mal; sé que uno era casi pelirrojo y que los dos se lanzaban intrépidos a través del pasto que rodeaba aquella casa. No sé quién tuvo la idea pero creo que fui yo: los gatitos exploradores se llamaron Livingstone y Stanley. Fueron los nombres de mi primer amor. Y estaba, por supuesto, la famosa frase.

Por las calles de Zanzíbar no circulan ni los coches ni el tiempo: los coches no cabrían en este laberinto tan estrecho, el tiempo no sabría

adónde ir. Sí pasan mujeres envueltas en túnicas negras desde los pies hasta el final del aire, chicos revoloteando, olores de las especias del mercado. Las viejas casas árabes se rinden: el salitre del mar las va royendo. De pronto se abre una pequeña plaza: hombres toman café, juegan al dominó, charlan, no charlan.

–Ndio, hakuna matata.

"Sí", dice, "ningún problema". Zanzíbar se presenta como el reino del hakuna matata. El hakuna matata tuvo un breve período de gloria cuando una mangosta que se divertía con El Rey León lo repetía y lo volvió canción.

–Hakuna matata, pole pole. ¿Y no te querés comprar una mujer? Acá es tan barato comprarse una mujer. ¿No querés? Te consigo una.

Me dice un cuarentón de panza. En el África la panza todavía es un orgullo: la moda light es un lujo de países obesos. Aquí cuando se come hay que aprovechar cada bocado, porque no siempre hay.

–A nosotros nos puede costar unos 200,000 shillings; a vos seguramente te harían precio de blanco, te cobrarían más.

Doscientos mil shillings son 250 dólares, y yo juro que no había hecho nada; la idea de casarme se le ocurrió al panzón. En Tanzania, como buen país musulmán, las bodas se arreglan entre el novio y el padre de la novia, y la dote es de rigor. Una vez que se ponen de acuerdo, el novio se aposenta en su casa y espera: el día señalado le llega el delivery de novia, joya nuevita nunca taxi.

–Un hombre puede tener dos o tres porque acá no se gasta mucho en una mujer. Hay que comprarle dos kangas y poco más: no necesita zapatos ni cosméticos ni sacarla a pasear. La mujer es una flor que crece en el hogar. Así son felices: tienen todo su tiempo y uno después viene y les trae el pescado y ellas lo cocinan y no tienen que hacerse más problemas. Hakuna matata.

El tipo me sigue dando charla; a mí, al principio, me parece un dechado de amabilidad, hasta que entiendo: me está ganando para la causa del negocio:

–Bueno, entonces, ¿qué necesitás? ¿Un hotel, cambio de dólares…?

Me decepciona y reacciono mal: que se vaya, que me deje tranquilo. El panzón intenta recomponer y al final se ofende con altura:

–¿Y a vos te parece que a mí me gusta hablar con gente como vos? Lo que pasa es que yo soy pobre.

En Tanzania casi todos son pobres. Tanzania es un país imaginario: la unión, resuelta en 1964, de dos unidades totalmente distintas. Zanzíbar, una pequeña isla árabe en el Índico, y Tanganica, un millón de kilómetros cuadrados altamente africanos. Tanzania tiene 35 millones de fulanos, un gobierno elegido en elecciones más o menos limpias y hace quince años que abandonó el camino al socialismo del padrecito Nyerere para seguir las recetas del fmi. Tampoco le resulta: su producto bruto es de 250 dólares por cabeza, entre los diez más bajos del mundo, y sigue malviviendo de la agricultura: café, té, sisal, algodón, maní, maíz, banana, coco. Y ahora, si pueden, en Zanzíbar, turismo. Por eso tienen que vender hakuna matata y pole pole: es lo que quieren los blancos cuando se van al trópico.

–Acá antes había paz: ni siquiera se conocían las armas de fuego. Comíamos pescado, coco, lo que había, y vivíamos tranquilos…

Me dice Ibrahim, las lanas rastas, la musculosa vieja, y me muestra con la mano alrededor. Si algún lugar da bien el mito del paraíso primitivo, debe ser Bwejuu. Bwejuu es un pueblito de pescadores en la costa este de la isla de Zanzíbar: palmeras, la playa interminable, sus corales, colores: celestes, verdes, turquesas y violetas de mentira en el agua. No sé cuándo se nos ocurrió que este era el paisaje del paraíso, pero es. Para nosotros occidentales estas playas pueden ser uno de los rincones más hermosos del mundo. Para sus habitantes, en cambio, son algo casi superfluo; a lo sumo, el lugar por donde pasan cuando van a pescar o a cosechar algas. Las mujeres de Bwejuu no saben nadar.

–… hasta que llegó el doctor Livingstone y todos ésos, los blancos que vinieron detrás, y ahora estamos como estamos.

Dice Ibrahim. El pueblito es una imagen casi excesiva del huevo tropical: las chozas de caña y de coral, los techos de palma–, las calles caprichosas, trazadas al azar de las casas, el movimiento: pescadores que reparan sus redes, dos vacas flacas que lamen una piedra, una nena que dibuja vestidos en un cuaderno viejo, la tonta del pueblo que corre y da gritos, cinco chicos que juegan al fútbol con su pelota de trapos mal atados, tres cabras que escalan una colina de basura, siete adolescentes que charlan sentados junto al único kiosco de gaseosas, mujeres con sus telas de todos los colores que preparan la comida de

la noche, dos patos que gritan al paso de una bicicleta, una chica velada que avanza con el Corán en la mano y cara de saber algo importante, cuatro viejos con kepí musulmán que se quejan de la pesca últimamente. El olor son los pescados que se pudren al sol y la leche de coco bullendo en los calderos. Yo doy vueltas y vueltas y por momentos me parece que acá nunca debe pasar nada, que el tiempo no llegó, que la pobreza es una carga tolerable en el trópico feliz.

–Eh, vos, el mzungu.

Mzungu, en swahili, quiere decir hombre blanco –o algo peor, pero te dicen que quiere decir hombre blanco–. Alguien me dijo que en verdad quería decir "lo que es blanco y se vuelve rojo bajo el sol"; otros, que significaba "los que nos rodean".

–Sí, vos, ení.

Insiste en inglés un hombre sentado con otros veinte en un claro entre las casas. Es una ronda adorable: los supongo contándose viejos relatos ancestrales.

–Vos sos un espía, ¿no?

–¡¿Cómo?!

–Sí, vos debés ser un espía. Hace días que te vemos que venís por acá, mirás todo, das vueltas.

Parece que el concepto de turista mirón no ha llegado a estas playas –y en otras circunstancias podría ser una suerte–.

–¿Y espía de quién, sería?

–Del gobierno, quién va a mandar espías.

Yo trato de explicarles que no soy y que, además, si su gobierno quisiera espiarlos se buscaría a alguien más mimetizable, menos evidente. Dicen que bueno y les pregunto de qué estaban charlando.

–Nada, de la vida, del mundo, de esas cosas.

–¿O sea?

–Bueno, estábamos hablando de política.

Declara el portavoz, y mira alrededor. Después baja la voz y me dice que ellos son del partido de oposición, el CUF, y que esa tarde su

partido ha hecho manifestaciones en las islas para pedir que repitan unas elecciones que fueron, dice, fraudulentas.

–Parece que hubo muchos muertos. Por lo menos diez muertos, hay. Yo lo sé porque estuve escuchando la radio de Londres.

Es un mazazo: el idilio se destroza de pronto. El edén vuelve a ser de este mundo.

–¿Y ustedes qué piensan hacer?

–No, eso no te lo puedo decir. Yo soy un político, y los políticos no podemos decir abiertamente todo lo que pensamos.

La postal tropical se cae en mil pedazos, y yo me siento el más tonto del barrio. Después leeré la historia: el gobierno había dicho que si el cuf se manifestaba le tirarían, y cumplió. Hay políticos serios. Nadie sabe cuántos son los muertos: entre 25 y 150. Hasta ayer, Tanzania tenía la reputación de una isla de paz en un continente agitado por las guerras; mañana los diarios del mundo dirán que en África ya no quedan islas.

El accidente existe para que uno recuerde que nada vale nada y por lo tanto todo vale muchísimo. El accidente es un refinamiento: la irrupción bruta de lo innecesario. Un patinazo que no tenía por qué ser, de pronto, cambia el mundo: justo me encandiló la luna, aquella puta piedra resbalosa de musgo, ese mosquito me distrajo. Por lo que fuere, esa mañana, un coral me cortó feo la planta del pie y tuve que caminar varios kilómetros hasta el dispensario de Bwejuu, el único para una zona de más de cinco mil personas.

–No, el daktari debe estar durmiendo la siesta. Si quiere lo vamos a buscar.

El daktari Ahmed llegó chancleteando media hora más tarde. El daktari tenía una camiseta muy lavada y el kepí ladeado, la sonrisa atractiva, no más de treinta años. El daktari se lavó las manos en el agua que le tiraba su enfermera con un jarro de plástico; después me toqueteó un poco la herida, me hizo inventar puteadas en swahili, me dijo que debería coserme pero no había instrumentos y cuando tuvo que ponerme una gasa se acordó de que hacía mucho no tenía. En la sala había media docena de pinzas y tijeras, dos o tres palanganas, una silla, un banquito cubierto con un hule sucio, un frasco de desinfectante que decía atención no beber, un afiche de lucha contra

la malaria con dibujitos infantiles, una gran ventana por la que cinco o seis mujeres miraban los monigotes de mi cara, y nada nada más. La enfermera dijo que quizás a fulano le quedara todavía un sobrecito y fue hasta su casa, a ver si se lo regalaba. Esperamos. La enfermera volvió con dos gasas envueltas en un papel de diario. Tampoco había tela adhesiva, pero el daktari me pegó la gasa con dos curitas mías. Después me dijo que tenía mucho trabajo porque estaba solo para hacerse cargo de todo y no me quiso cobrar nada; le pregunté cuánto ganaba.

–Cuarenta y cinco mil por mes, pero si fuera médico ganaría un poco más.

Cuarenta y cinco mil son 60 dólares, y mi sobresalto fue bastante más caro:

–¿Cómo que si fueras médico? ¿Qué sos?

–Bueno, en realidad soy dentista.

Me dijo, y me explicó que la carrera de Odontología eran solo tres años y que no le había alcanzado la plata para más pero como faltan médicos el gobierno le dio este trabajo.

–Igual algunas cosas de medicina tuve que aprender en la facultad.

–¿Y a veces podés hacer algún trabajo de dentista?

Le pregunté, casi apiadado.

–No, casi nunca, porque hace mucho que no tenemos material para hacer los empastes. Lo único que puedo hacer son extracciones.

En Tanzania hay un médico cada treinta mil habitantes; en la Argentina, sin ir más lejos, uno cada trescientos. En Tanzania la esperanza de vida está en los cuarenta y siete años –por persona–. Algunos, por supuesto, tienen suerte y viven más, lo cual significa, como de costumbre, que muchos viven menos.

–Cuidate el pie: quedate sin caminar por unos días, tratá de cambiarte el vendaje.

–¿Cada cuánto?

–Cuando puedas.

Así fue como tuve que recorrer tres mil kilómetros de África a paso

pole pole.

Pole pole parece ser el concepto básico del weltanschauung swahili: se podría traducir libremente como tranqui, para-qué-calentarse, take it easy. Se lo puede pensar como una manera de saber vivir sin apremios o resignarse a los ritmos posibles, o como una forma de resistencia pacífica: cuando cualquier prisa es beneficio para el amo, ir pole pole es una forma de recortarle las ganancias.

–Hakuna matata. Pole pole.

Todos lo dicen, todo el tiempo, y no es reciente: Henry Stanley se pasó meses en Zanzíbar tratando de apurar los preparativos de su expedición, sin conseguirlo. Aquellas expediciones eran algo serio: para lanzarse a lo desconocido se necesitaban muchos hombres y equipo; sobre todo, porteadores que llevaran los travellers checks de entonces, los fardos de tela que servían como dinero para pagar peajes y sobornos a los reyezuelos que aparecían en el camino. Aquella expedición le costó al New York Herald 20,000 dólares de entonces –250,000 de ahora–.

Por fin, el 4 de febrero de 1871, Stanley desembarcó en el continente, en Bagamoyo. En esos días Bagamoyo era el puerto más próspero del tráfico de esclavos; de hecho, Bagamoyo significa "deja aquí tu corazón", porque era el lugar donde los esclavos se embarcaban hacia el mercado de Zanzíbar, donde perdían toda esperanza de volver a su tierra alguna vez. Eran, cada año, unos cien mil. A principios de siglo el puerto de Dar es Salaam reemplazó a Bagamoyo; ahora Bagamoyo es una ruina que no sabe que ya hace mucho que no existe.

–Yo pensaba que cuando llegara mi futuro iba a ser un médico, iba a encontrar las causas de la malaria, iba a curar a mucha gente. Pero mi futuro está cada vez más lejos, se me escapa todo el tiempo. Últimamente parece que hubiera una pared entre él y yo. Igual yo creo que en algún momento, cuando corresponda, Alá va a derribar esa pared. Yo creo en Él, y no puedo creer que Él no haga eso por mí.

Rakki habla buen inglés pero está cargando bolsas de ananás en una chalupa de vela en el puerto. Rakki me cuenta que terminó la secundaria pero no encuentra trabajo porque su familia es muy pobre y no pertenece a ninguna tribu importante.

–Acá para tener un buen trabajo tenés que tener influencia y yo no

tengo ninguna, así que ahora estoy acá, cargando bolsas, esperando que llegue mi futuro.

Rakki tiene veintisiete años, una musculosa azul llena de agujeros y una bermuda desflecada. Gana unos mil shillings por día: muy poco más de un dólar.

–Yo sé que estoy haciendo algo útil: si no fuera por nosotros estas bolsas se quedarían acá y el comercio no funcionaría. Es importante, pero igual me gustaría hacer otra cosa.

A su lado toneladas de moscas, una nube negra de moscas se disputa un trozo de carne del tamaño de una mano, rojo fuerte, verde amarillento: putrefacto. Me parece una metáfora demasiado evidente.

–¿Y no pensás en irte?

–Yo nací acá. Pero quizás algún día me voy a tener que ir a Dar. Quizás allá esté mi futuro. Lo que pasa es que Dar es un peligro: una ciudad sin alma.

Rakki todavía me debe una explicación sobre el peligro de las ciudades sin alma. O, incluso, sobre cómo detectar el alma de una ciudad. Pero es cierto que si hay ciudades sin, Dar parece una de ellas.

Dar es una ciudad chiquita, polvorienta, acostada sobre una gran bahía donde entran cada día unos pocos aliscafos, cuatro o cinco barcos por semana, las chalupas a vela. Dar tiene poco más de un siglo. Primero fue capital de la colonia alemana: los germanos construyeron un hospital, un edificio de correos, una catedral, un fuerte con prisión, un monumento al ejército del Káiser y no mucho más. Los ingleses que vinieron después tampoco exageraron: Tanganica no era una colonia sino un protectorado que no les importaba mucho: no valía la pena gastar en ladrillos. Tras los vuelos orientales de Zanzíbar, Dar es África, crudamente África: las calles anchas desoladas, las veredas de tierra, el sudor, los olores, los vendedores gritando su carga de bananas o buñuelos, los coches destartalados embistiendo ciclistas, el sol sin sombras, las casas de los años sesenta roídas derruidas, algún hotel reciente ya patinado por el tiempo, las multitudes pisoteando. Dar es Salaam es la capital de la República Unida de Tanzania.

Ahora Dar es Salaam está sin agua porque la estación que la provee se quedó sin electricidad. Hace tres días que no puedo ducharme, pero

paso a comprar los diarios por el Sheraton y el jardín está lleno de mangueras que lo riegan generosamente. En el mercado de pescados, en cambio, no hay más agua que la del mar en baldes. Pero hay algo parecido a un alma: la agitación de miles de personas peleando por sus vidas. El mercado es una playa atestada donde los pescadores recién llegados rematan sus langostas a los gritos y después se juegan sus monedas a los dados; otros arreglan redes, uno afila amoroso su machete, otros se frotan con el agua de balde para sacarse este olor indeleble; muchos miran, sentados a la sombra de algún tronco raquítico, pole pole, rascándose los pies. Las mujeres sentadas en la arena desescaman el pescado chico con cuchillos chiquitos o lo cocinan en calderos tiznados, las moscas forman cuerpos tan negros como los cuervos que revolotean a ver si pueden picar algo, un chiquito de un año juega a comerse la cabeza de un pescado boqueando, un chiquito de doce le dice cosas a una chiquita más chiquita y la toca y se miran con risas, el vendedor de cigarrillos los cobra cinco centavos cada uno y los que llegan del mar se dan el gusto, de una canasta se escapan docenas de cangrejos y hay corridas y todos gritan mucho, como si quisieran combatir el silencio del mar. El brujo me saluda dándome la mano.

–Karibu, mzungu.

Dar la mano aquí es muy intrincado: un movimiento que involucra la palma, el índice, el pulgar, con varias posiciones. Me costó varios errores aprenderlo. Al cabo de unos días alguien me dijo que entre ellos no se saludaban así, que eso lo hacían con los mzungus porque sabían que los mzungus lo hacían: un buen ejemplo del malentendido.

–Si necesitás cualquier embrujo, yo te puedo proveer los mejores. Tengo remedios para la mala suerte, la impotencia, el cáncer. Te puedo curar esa renquera.

–¿Y está seguro de que funciona?

–Si tenés fe va a funcionar.

El planteo es perfecto: toda la responsabilidad del éxito o fracaso del ensalmo queda depositada en mí. Su magia es impecable, aunque sea imposible comprobarlo: si no produce los efectos deseados el fallo es todo mío. Aquí saben de eso. Hace unos años, el brujo más poderoso de Tanzania fue convocado para un trabajo de suprema importancia: Simba, el mejor equipo local, tenía que jugar la final de la Copa de África contra Stella, de Costa de Marfil. El fútbol, aquí, está por todas partes, y Maradona es un grito frecuente. El brujo se instaló

frente al hotel del equipo visitante y le lanzó todo tipo de conjuros letales. Pero después llegó el partido y los marfileños ganaron dos a cero. Nadie entendía qué había pasado, hasta que al fin se supo que los verdaderos jugadores del Stella nunca habían estado en ese hotel: habían mandado un grupo falso. Los verdaderos llegaron directo al estadio desde el aeropuerto, limpios de toda magia, arrolladores.

Henry Morton Stanley se alejó de la costa escoltado por 180 porteadores nativos y los gritos de todos, las salvas y los himnos. Yo dejo Dar en micro. Este es uno de los más nuevos que he visto por aquí: un Scania con menos de veinticinco años de servicios, y una de sus cubiertas tiene la sombra del dibujo: la delantera izquierda. La terminal es un caos de gritos, paquetes, vendedores, y todos se te tiran encima todo el tiempo. Lo que la civilización provee son intermediaciones, filtros. Un heladero ambulante en España está tan ansioso por venderte un helado como este, pero el español no se te va a tirar encima porque le enseñaron que eso no se hace; un taxista argentino odia que no lo tomes pero no te va a seguir durante dos cuadras al grito de taxi taxi bwana: supone que su orgullo está en no hacerlo; un escolar americano siente tanto picor de huevos como el morocho de aquí enfrente, pero la madre le dijo que queda feo rascárselos en público. A cambio hay otras reglas, pero no siempre resulta fácil descubrirlas.

–¡Arriba, arriba que nos vamos!

El ómnibus tenía que salir a las diez, pero a las diez y cuarto éramos solo quince pasajeros a bordo, así que decidimos esperar un rato más. A las once menos cuarto el pasaje no había aumentado mucho; era lógico: cada vez que alguien quería subir una docena de morochos se le tiraba encima y lo empujaba hacia el ómnibus de la competencia; muy pocas veces se agarraban a piñas. Los ómnibus de la competencia eran un par de años más modernos pero el nuestro tenía mejor música: reggae del Congo y algún son cubano. Cada ómnibus llevaba el nombre del espíritu que debía protegerlo: Beckham, Thierry Henry, George Weah. El mío era Roberto Carlos.

–¡Vamos, que nos vamos!

Ya habían salido dos ómnibus llenos de la competencia, y nosotros seguíamos esperando. Un par de veces pensé en pasarme a la contra, pero es triste traicionar una causa tan ajena. Miré a mi vecino, le señalé el reloj, el tipo se sonrió y me dijo: pole pole. De puro embole

prendí un cigarrillo. Sabía que estaba prohibido, pero ellos no podían obligarme. Es lo que se llama un espiral: si ellos no cumplen con el horario yo no tengo por qué cumplir con sus reglas, y así sucesivamente: grandes reinos se han derrumbado de esta suerte. Salimos a las once y veinte, cuando mis convicciones ya flaqueaban. Pole pole.

El ómnibus avanza a golpes de una bocina honda como la sirena de un barco. La carretera es la mejor del país: los pozos nunca tienen más de medio metro de profundidad. A los lados, una larga llanura enturbiada de arbustos: tierra roja. De tanto en tanto aparece un pueblito de seis o siete chozas, techo de paja y algún maíz plantado alrededor, o un pastor massai con su capote rojo, sus piernas largas desnudas, su rebaño de seis o siete vacas esqueletos. Mujeres caminan con un balde en la cabeza y un bebé a la espalda. Cada tanto alguien se baja en el medio de la nada; a veces, unos metros más allá, un sendero de tierra se mete en la espesura. En cada parada una docena de chicos corre a ofrecernos bananas, huevos duros, pan, maíz asado, mandioca, caña de azúcar, un reloj, bolsitas de plástico, jabón, papel higiénico y otros elementos indispensables para el viaje. Las paradas parecen infinitas y los chicos también. Va subiendo cada vez más gente: ahora sí que el ómnibus rebosa. Hay unas diez personas paradas en el pasillo y son todas mujeres: a los hombres locales les parece bien. El ómnibus no baja de noventa por hora; de tanto en tanto una gallina huye despavorida o un ciclista se tira a la banquina; a veces hay banquina. El chofer va charlando con un amigo pero de vez en cuando mira la ruta: seguramente no hay nada en ella que le interese demasiado.

O sea que el viaje no parece mucho más peligroso que iniciar una guerrilla en el Congo y, en cambio, hay esperanzas de llegar a alguna parte, pero yo debo estar poniendo alguna cara, porque mi vecina de asiento, que no me ha dicho una palabra en todo el viaje, me mira condescendiente, casi compasiva:

–Cuando te tiene que tocar te toca: ni antes ni después.

Quizás el fatalismo sea la respuesta a mi pregunta: hace días que trato de imaginar por qué soportan todo lo que soportan, cómo. Había pensado en los bebés: los bebés africanos pueden pasarse horas y horas colgados a la espalda de su madre, envueltos en un pañuelo, con los brazos apretados retorcidos, sin una sola queja: aprenden la resignación. Y suponer que lo que debe pasarnos ya está escrito ayuda

mucho a aceptar lo que sea.

Esa tarde di vueltas y vueltas por Dodoma buscando el centro de la ciudad; al final decidí preguntar dónde estaba.

–Pero si este es el centro, señor.

Me contestó un paseante. Nadie sabe bien cuáles fueron las razones que impulsaron al Padrecito de la Patria, míster Julius Nyerere, a instalar la nueva capital del país en este peladal. Algunos hablan de un intento de contrapesar la influencia de los poderosos del puerto de Dar; otros, de una tentativa de equilibrar la geografía nacional; otros, de las ganas de producir un cambio que se recordaría por siglos; lo que todos saben es que no funcionó. Dodoma es la capital formal pero ninguna repartición oficial funciona en ella. Dodoma es un páramo sin ningún atenuante. No muy lejos de aquí aparecieron los primeros antepasados del hombre: está claro que llegar primero no siempre da ventajas.

En Dodoma hay calles de tierra polvorienta, dos cuadras de edificios de tres pisos, una gran iglesia luterana, una mezquita en mal estado, la estación de servicio, varios árboles serios, algunos cientos de casitas bajas y un ejército de mariposas negras grandes como puños picoteando por todos los rincones. El tipito apareció cuando yo estaba por prender un cigarrillo:

–No lo hagas, no lo hagas.

Lo miré sorprendido. El tipito medía uno cincuenta y tantos: tenía camisa a cuadros, un jean negro y un estetoscopio que le colgaba del bolsillo.

–No tienes que hacerlo. Fumar es una debilidad del cuerpo, como beber alcohol. Es una debilidad de los que no conocen a Dios.

Supongo que en otro momento le hubiera echado flit, pero estaba aburrido y le di charla. El tipito me dijo que era médico, que se llamaba doctor Julius y que sabía de esas cosas, porque fumar le había despertado el apetito por la marihuana, y que eso lo había llevado a prisión, pero que en la prisión había conocido al Señor.

–Dios me ordenó que salga por el mundo a difundir Su palabra. El problema es que hay tantas iglesias que solo sirven para mentir y para confundir a la gente. Dios es uno solo, y yo tengo que convencerlos a

todos ustedes de que lo sigan.

Doctor Julius tenía treinta años y un trabajo difícil por delante, pero no se arredraba. Me explicó que Dios lo había elegido para ser el rey del mundo.

–¿Y vas a ser rico cuando seas el rey del mundo?

–Sí, muy rico, para darles todo a los pobres. No va a haber más distinciones de raza y todo va a ser de todos. Y voy a destruir todas las iglesias, así todos van a conocer al verdadero Dios.

El tipito era pelado, la barbita rala. Al final me agradeció que lo hubiera escuchado;

–Ustedes los blancos nunca me escuchan, son los que más lejos están de Dios.

Me amonestó el tipito y pude irme, renqueando pole pole. En la estación de servicio están arreglando la rueda delantera izquierda del ómnibus que acaba de traerme. El chofer se lava las patas en una palangana y me mira, se ríe, me dice:

–Kaput.

Hablando, supongo, de la rueda.

En la estación de Dodoma, esta mañana, un par de cientos de personas esperamos que llegue el tren. Algunos, para tomarlo; la mayoría, para tratar de venderles algo a sus pasajeros. Las mujeres jóvenes vienen con bebé y el revoltijo de telas y colores alrededor del cuerpo y el pañuelo de colores envolviendo cabezas: una masa de colores y una cara negra. Los hombres en cambio se visten occidental: cuestiones de género y desarrollo desigual. Y siempre hay un chico chiquito que me ve y se larga a llorar con mocos y terror: nada personal, supongo. Pero son tantos: la mitad de la población tiene menos de quince años.

–¿Así que va a llegar a las nueve y media?

–No, caballero, no es tan así. Sospechamos que va a llegar a las nueve y media, pero nadie puede estar seguro.

El tren tenía que pasar a las siete; ya son las ocho y cuarto y me

preocupa que no hayan abierto la boletería: me han alertado mucho sobre lo difícil que puede ser sacar boletos. Así que decido hacer lo que detesto: chapear. Yo pensaba que no había nada peor que chapear de periodista –no, mire, agente, lo que pasa es que estoy cubriendo una nota, entonces…–, pero chapear de blanco es aún más detestable. A los que quieren ser siempre el alma de la fiesta les recomiendo los pueblitos del África: nunca dejarán de ser mirados. Siempre el mzungu, el raro: el blanco de los ojos. Entro en la oficina del jefe de la estación y le pregunto cómo es posible que su ventanilla esté cerrada; el jefe me pide disculpas y me despacha él mismo. Afuera hay diez o doce locales aguantando la cola bajo el sol socarrón.

–Los blancos nos convencieron de que éramos incapaces de hacer nada. Tuvieron que hacerlo: si no, ¿cómo iban a controlarnos, por qué íbamos a obedecerlos? Pero ahora nos cuesta mucho sacarnos esa idea de la cabeza.

Me dirá, más tarde, en el tren, el estudiante Francis. El vagón de tercera es una fiebre de personas. Las personas abundan, rebosan: personas se desbordan. Docenas y docenas de personas en los lugares más inverosímiles: sobre los bancos de madera, en los espacios entre los bancos en el suelo, en el pasillo, en los apoyabrazos. Las personas subieron con sus mejores galas pero ya llevan más de un día frotándose, y todo se derrama. De los portaequipajes cuelgan cosas: bolsas de pan, canastas, botellas con agua. Lo que cuelga se mueve al compás del traqueteo, hay grabadores que gritan música y el olor también es fuerte: el tren rebulle de sentidos. El micro es un vehículo; el tren, un mundo que se mueve. Despacio, en este caso: pole pole.

Cuando pasamos por Saranda es mediodía: el tren se para. Todo a lo largo de la vía hay mesitas que ofrecen arroz, verduras, pollo, cocinados ahí mismo sobre un fuego de brasas; los pasajeros bajan, compran, van a comer su plato con la mano a la sombra de un árbol. Una docena de mujeres sentadas en ronda dan la teta a sus hijos. Otras no, pero tampoco se cubren demasiado.

–Mzungu, ¿cómo se puede hacer para que el tren pase todos los días?

Me pregunta una vendedora, esperanzada. Tres viejas ciegas con tambores y maracas y un viejo ciego con una mandolina cantan una canción sobre Julius Nyerere: parece un gran lamento. Están sentados en el suelo y el ciego se revuelca de espaldas para agitar los cascabeles que tiene atados a las piernas: patalea, sin dejar de tocar su mandolina. Los pasajeros hacen una ronda alrededor para escucharlos

y el tren no sale hasta el final de la función.

El ferrocarril entre Dar y Kigoma fue construido por los alemanes hacia 1915, y no muy renovado desde entonces: sigue pasando, tres veces por semana, por una zona que no le importa a nadie. El terreno se hace pantanoso y las nubes de mosquitos se ven a la distancia. Acá era donde las expediciones sucumbían a las fiebres: donde Stanley arreaba a sus porteadores a fuerza de látigo y cadenas. Caminando. Durante siglos, viajar requirió un bruto esfuerzo físico; ahora solo es una cuestión de paciencia: sentarse y esperar.

–Pero es cierto que acá somos muy perezosos.

Me dice el estudiante Francis. Ya lo escuché demasiado en estos días; yo creía que era una idea de blancos sobre negros: parece que muchos negros también lo suponen. Y he escuchado a tanzanos que definían a sus paisanos como cobardes o corruptos o brutos: todas flores.

–Bueno, a ver cuánto pararemos acá.

–¿Cuánto?

–Vaya a saber.

Estamos detenidos en el medio de ninguna parte: al cabo de un rato muchos nos bajamos, nos amontonamos a la sombra de un árbol enorme. El campo fulge de mariposas blancas. Cerca de aquí vivían los Doe, unos caníbales: los primeros blancos los convencieron de que si se comían un blanco su reino desaparecería. El estudiante me explica que estamos esperando que traigan otra locomotora porque una sola no alcanza para subir la cuesta que tenemos delante. El estudiante tiene veintipico, una barbita bien cortada, su musculosa blanca limpia, y me dice que se quiere ir del país, que casi todos los jóvenes como él, educados, se quieren ir de su país, y yo no le digo que su cuento me suena.

Cuando llegué a Tabora ya era noche cerrada. Pregunté por el hotel que me habían recomendado y me miraron con horror; un taxista me sugirió llevarme al Golden Eagle. El edificio del Golden era de pena: lo habían construido ya viejo hace unos veinte o treinta años, y aceptaba mansito su destino. El Golden tenía una docena de habitaciones alrededor de un patio; la mía era paredes de distintos colores, el suelo de cemento, una camita triste, su tremendo candado y

el techo amenazando. El ventilador tampoco andaba. La habitación costaba cuatro dólares, desayuno incluido.

Al costado había un bar: guirnaldas en el techo y una reja sobre la barra, al estilo de las viejas pulperías, que protegía a la camarera. En la barra cuatro putas en el viaje de vuelta y alrededor los cinco o seis fulanos que las malvivían; yo era el único cliente posible. Era un entorno acogedor y traté de adaptarme. Uno de los fulanos me contó que el gobierno había cerrado el otro hotel porque el año pasado violaron a una huésped danesa. Las chicas me miraban sugerentes; una, la más sutil, se manoseaba la entrepierna. Los empresarios no se tocaban pero me miraban con caras peor trazadas. Fue una velada encantadora.

La luz, decía Perogrullo, despeja muchas sombras. A la mañana siguiente la habitación ya no era tan terrible, el bar estaba vacío, el mundo refulgía, caliente, luminoso, y decidí ir a dar un paseo. Tabora es una ciudad de 50 o 60,000 habitantes, destartalada, bulliciosa. En Asia aun los países más pobres tuvieron culturas que dejaron monumentos, y nosotros respetamos ese tipo de marcas. Acá, en cambio, da la impresión de que todo fue mal hecho ayer para que dure hasta mañana. El centro de Tabora es un mercado al aire libre, algunos negocios, la iglesia, la mezquita, un par de oficinas; el cine del pueblo anuncia que allí se dan películas parlantes, pero hace tanto que no da ninguna. Todo lo demás son callecitas de tierra, chozas, pequeños cultivos de maíz, gallinas fugitivas: éste es un mundo básicamente rural, y una ciudad es casi un accidente. Aunque Tabora ya era una ciudad en junio de 1871, cuando vino Stanley: “Es el establecimiento más considerable de los traficantes (de esclavos) de Mascate y Zanzíbar en el centro de África, una buena colección de ejemplos de nobleza y elegancia”, escribió entonces el cronista, que se quedó por aquí dos o tres meses, en un caserón de adobe amurallado que todavía se guarda. Allí, Stanley resistió los ataques de Mirambo, el jefe de una tribu que se había levantado en armas y asolaba la región. Allí pensó, seguramente, su famosa frase. Allí se aburrió lo suficiente como para caer en ciertas tentaciones: “El hombre que desprecia al principio la figura poco clásica de una negra africana acaba por no fijarse luego en los perfiles ni el color, y aprecia las curvas poco armoniosas de aquellas formas pesadas, encontrando atracción en aquellos rostros anchos, sin la menor expresión inteligente, y en aquellos ojos de un negro azabache privados de la chispa que ennoblece nuestra pobre humanidad”.

Mi pie empezaba a curarse. Al lado del Golden, en la calle, unos chicos arreglaban bicicletas; les propuse alquilar una, me pidieron dos dólares y ninguna garantía: ni siquiera me preguntaron cómo me llamaba. Era agradable pasear en bicicleta: en las calles casi no había coches –probablemente porque casi no había calles–. Iba entre palmas, bananeros, mangos, cuando se me cruzó una lagartija de medio metro: cola azul, cuerpo naranja y cabeza rosada; yo debería haber sospechado. Justo entonces vi un grupo de muchachos con bermudas y camisas blancas, descalzos, que cortaban el pasto a la entrada de un hospital con sus machetes. Me paré a sacarles una foto: ni siquiera era muy interesante, pero algo había que hacer.

–¡Stop picha, stop!

Al swahili –como al castellano– le faltan ciertas palabras de la modernidad y por eso usan el anglicismo picha –picture– donde nosotros usaríamos el galicismo foto –photo–. Por alguna razón los tanzanos detestan que les hagan fotos. Quizás sea su espíritu musulmán o quizás solo el hecho de que no quieren trabajar gratis de modelos. Y el grito es siempre el mismo:

–¡Stop picha!

Recién había hecho una cuando lo oí. Ya estaba acostumbrado y no le hice gran caso, pero cuando levanté la cabeza vi a un soldado con uniforme marrón y boina de comando que me apuntaba con un fusil viejo. Se lo notaba intrépido:

–Esos son presos. No se puede sacarles fotos, porque los presos son propiedad del Estado. Me tiene que entregar el rollo.

Yo le pedí disculpas y le dije que me dejara conservarlo, que tenía fotos que quería guardar: discutimos un rato. El soldado resultó ser sargento y no dejaba de apuntarme. Me pareció que el tipo esperaba que le ofreciera una coima, pero no podía estar seguro y un error en eso podía ser terrible. Me acordaba de algo que había dicho Richard Leakey, el paleontólogo y político keniata: “Aquí la mayoría de la gente vive de la tierra y no tiene acceso al dinero, pero cada vez hay más cosas para las que se necesita dinero. Entonces quien tiene acceso a él, un policía por ejemplo, está casi forzado a ser corrupto, porque tiene una familia extensa que espera que se ocupe de ella”. Al final el sargento me dijo que tenía que seguirlo: pegó un chiflido y su subordinado reunió a los muchachos de blanco.

Fuimos una curiosa procesión: adelante, dos docenas de presos descalzos armados con machetes; yo detrás, arrastrando la bici, reputeando; al fondo, el sargento y su subordinado. Después el sargento decidió que era un caballero y le ordenó a un preso que me llevara la bici; yo le pregunté si era peligroso y el sargento me dijo que no.

–No mató a nadie…

Se sonrió.

–… todavía.

Caminábamos entre huertas y maizales: pole pole. Por alguna razón extraña yo trataba de que no se me notara la renquera. Una mujer le preguntó algo al sargento; yo entendí que hablaban de mí e intenté mi primera frase en swahili:

–Mzungu matata.

Blanco problema, dije, con sintaxis dudosa. La mujer no sabía si reírse. Por afuera la prisión era una fortaleza; por adentro una villa miseria. Una puerta chiquita y sólida daba a un gran patio de tierra lleno de chozas; alrededor, paredón alto con alambre de púas. El sargento le explicó al jefe de la prisión lo que pasaba; el jefe me dio la mano, me sonrió, me dijo que se llamaba Joseph y que lo que yo había hecho era muy serio: tenía que mandarme al cuartel de policía.

–¿Estoy arrestado?

Le pregunté, y me contestó que no, pero que en la policía había un buen cuarto oscuro.

–Ahí van a poder solucionar nuestro problema.

Todo lo que me dijo era mentira. Caminamos diez cuadras: en la comisaría había un tremendo olor a meo, mucho botón en marcha, seis presos sentados en el suelo, maniatados, con cara de tragedia; el sargento me dijo que esperara. Cuando prendí un cigarrillo me dijeron que ahí no se fumaba; cuando quise salir a fumarlo a la puerta un policía me agarró de la camiseta y me hizo entender que no podía. Después pasaron dos policías agarrados de la mano. Al cabo de un rato llegó un jefazo y todos se cuadraron. Le pregunté al sargento quién era.

–Es el jefe de toda la región.

–Qué raro, parece más joven que los demás.

–¿Más joven? No, es por la buena vida.

Después el sargento dijo que entráramos mi bicicleta. Le pregunté por qué: si la querían guardar era que no pensaban dejarme salir. El sargento me dijo que era por los ladrones.

–Pero cómo la van a robar acá, en la puerta de la comisaría…

El sargento me miró con sonrisa: no me hagás hablar, decía, o algo así. Al final el jefazo se dignó a atendernos: estaba sentado detrás de una mesa y delante de su mesa había otra mesa, perpendicular: yo tenía que pararme al final de la segunda mesa, guardando las distancias. En su oficina había un mapa de la zona, un cartel que decía "esta es una región libre de corrupción", una palangana para lavarse las manos y un teléfono. El sargento le explicó en swahili lo que había pasado; el jefazo puso una cara muy seria y agarró el teléfono. Mientras escuchaba al sargento hablaba con alguien y le comunicaba la cuestión; yo no podía entender ni una palabra: era perturbador. Después de un rato de charla entre ellos y el teléfono me dijo que había cometido un delito muy serio y que me iban a procesar; yo le dije que no sabía nada, que era un extranjero, que había obrado de buena fe. El sargento parecía un poco arrepentido del alud que había desatado. El jefazo disfrutaba poniendo cara de servidor del orden y diciendo que no era su problema: me decía que aquí también tenían leyes y que todos debían respetarlas:

–Incluidos los extranjeros. Ahora le vamos a enseñar cómo cumplimos las leyes, nosotros, en Tanzania.

Me gustan los policías cuando les da el nacionalismo: son como próceres de un billiken porno. Después me interrogó hábilmente:

–¿Para que vino a Tabora?

–Estoy de viaje, voy hacia Kigoma.

–¿Y para qué quiere ir a Kigoma? Digame la verdad.

–Le digo, estoy viajando, conociendo. Quiero hacer el viaje que hizo el inglés Stanley.

–Esa no es una razón. Usted me miente.

Al final tocó un timbre, vino un zumbo y me mandó con él. El

zumbo me llevó a un cuartito donde el olor a meo era más fuerte y me empezó a tomar declaración. Produjo una hoja en blanco no muy blanca, le trazó márgenes con una regla rota y escribió el encabezado: "Tanzania Police Force, Official Statement". Después escribió que si lo que yo declaraba no era cierto todo el peso de la ley caería sobre mí, y me hizo firmarlo; después tuve que contarle el incidente y él lo anotaba en un inglés imposible. En ningún momento me pidió un documento.

Cuando la terminó se fue y cerró la puerta; yo seguía sin poder creer lo que estaba pasando. Empecé a imaginarme las posibilidades: un par de días en ese calabozo, un abogado chanta de Tabora, si tenía suerte quizás me echaran del país sin joder demasiado. Era un clásico pobre: cómo una tontería se vuelve pesadilla.

Pasó más de una hora: de vez en cuando alguno entraba y me miraba: visiblemente se estaban divirtiendo. A eso de las doce el jefazo me llamó de nuevo, me dijo que había leído mi declaración y que si entregaba el rollo no me procesarían; a esa altura, es obvio, el rollo me importaba tres carajos. El jefazo gozaba como un chancho: esa noche le contaría a sus amigos que había tenido un mzungu a su merced.

–Estamos considerando la posibilidad de dejarlo en libertad.

El fulano me dio un sermón edificante sobre el respeto por las leyes de los países, las propiedades del Estado y su resanta madre, y al final me dijo que estaba libre y podía irme. Afuera hacía un calor intolerable pero ya no olía a meo. A esta altura, supongo, el estimado lector se estará preguntando qué carajo hacía yo en un sitio como ese; yo también. La clave del buen periodismo es hacer las preguntas adecuadas. Iba en mi bicicleta, pole pole, buscando una respuesta –cabeza dura, confusión, el recuerdo de un héroe de mi infancia–, pero un ruido en la rueda trasera me impedía concentrarme en la respuesta. En la calle, bajo un árbol frondoso, tres muchachos arreglaban bicis. Uno me chifló y señaló mi rueda, desinflada; por señas me dijo que tenían un inflador y fui. El más joven me mostró que la rueda no tenía válvula, le puso una nueva, la infló y me mostró con orgullo el trabajo terminado. Le pregunté cuánto le debía y me dijo que nada; tratamos de conversar un poco, nos sonreímos.

–Karibu. Tu taunana.

"Bienvenido. Hasta la vista", me dijo, y yo me fui pensando que quizás esto fuera la estúpida respuesta a mi pregunta.

–¿Te puedo contar una historia?

El pibe no sabe que ha dado con la frase precisa. Una de mis actividades principales en este viaje es decir que no a cantidad de ofertas, pero una historia es una que no sé rechazar.

–Hace dos años me escapé de Ruanda, sabés. Mi madre era hutu y mi padre era tutsi. Cuando empezaron las matanzas yo no sabía de qué lado ponerme: todos me tomaban como un enemigo.

El pibe se llama Rachid, tiene diecisiete y una camisa de franela que lo hace transpirar a manantiales. Es pleno invierno: la temperatura ha bajado hasta los 25 grados así que esta mañana todo feliz poseedor de un pulóver lo está usando. Kigoma temblequea.

–¿Y qué pasó?

–Los mataron a los dos…

Cuando llegué a Kigoma el cielo estaba encapotado y turbio: el lago era un mar infinito. Stanley lo llamó el mar de Ujiji, y supongo que tenía razón. Ahora le dicen lago Tanganica: mide 650 kilómetros de largo, 50 de ancho y su margen es una de las formas posibles del fin del mundo. Estoy a 1,600 kilómetros de la costa: acá se acaban Tanzania, el ferrocarril, la relativa paz, y empieza lo que Conrad llamó el corazón de las tinieblas. Del otro lado del lago, tras esa línea de montañas azuladas, yacen Ruanda, Burundi, el Congo: las peores guerras de estos días.

–¿A los dos los mataron los mismos?

–No, a cada uno los otros. Eso fue hace tiempo. Yo traté de seguir mi vida, empezar todo de nuevo, quedarme, pero el año pasado cuando hubo otro golpe militar pensé que ya no soportaba más y me fui.

Rachid, entonces, me pide algún dinero para ayudarlo en sus estudios: se lo doy, emocionado. Al cuarto que me aborda con la misma historia, el sonsonete empieza a parecerme sospechoso o por lo menos aburrido: quizás hasta sea cierto, pero es duro que todo pueda ser usado así. Y, además, no hay nada más banal que el horror repetido.

–¿Mzungu, te puedo contar una historia?

–Después, más tarde.

Kigoma es un pueblo como tantos: una calle principal más o menos asfaltada, rodeada de los mayores mangos, que baja una colina hasta la estación de tren, un edificio alemán de principio de siglo que todavía se usa, imponente, a punto de caer. A los costados de esa calle están los puestitos de ananás o maíces asados, los bicicleteros, los bodegones de tres mesas, un banco, dos almacenes de ramos generales, tres chiringuitos que ofrecen fotocopias, una carnicería, cuatro pensiones imposibles, la peluquería Tercer Mundo, la peluquería Barcelona, la peluquería Sheraton, la peluquería Saigón, la entrada del mercado, el descampado donde paran los daladalas, una tienda de casetes más o menos truchos, y docenas de carteles pintados a mano que muestran lo que cada negocio ofrece: aquí la palabra escrita no siempre sirve, y los dibujos garantizan. Kigoma es una calle como tantas, solo que la atraviesan todo el tiempo 4 × 4 nuevas relucientes con un negro afeitado al volante y un blanco mal afeitado al lado y el escudo de un organismo internacional pintado en cada puerta.

–Puede sonar raro, pero para nosotros la llegada de estos refugiados trajo sus beneficios…

Me dijo un funcionario del gobierno tanzano. En los campamentos alrededor de Kigoma se hacinan 400,000 fugitivos de los países fronterizos, la mayor concentración del mundo ahora: esto es un enclave de los nuevos misioneros –Cruz Roja, ACNUR, Médicos sin Fronteras– y los viejos, los de las iglesias más diversas.

–Con todas las agencias y organizaciones que vinieron a instalarse la economía de la zona se dinamizó mucho, hay nuevos puestos de trabajo, han hecho carreteras, algún puente, traen medicamentos… A nosotros nos ha venido muy bien toda esta historia.

Los primeros llegaron amontonados en la parte de atrás de una pickup. Lloraban, gritaban y agitaban una cruz de madera. Eran como veinte, más mujeres que hombres; entre todos, gritando, llorando, bajaron de la pickup el ataúd. El cementerio viejo de Kigoma está en una colina: desde aquí se ve el lago y, en los días claros como hoy, las montañas del Congo. Los árboles parecen centenarios y algunas tumbas están comidas por la hiedra.

–Era tan joven, era tan tan joven…

Un muchacho de veinte no paraba de decir que el muerto era tan joven:

–Casi tan joven como yo. Así vamos a terminar todos, me dijo el reverendo, si no seguimos el camino recto.

Tardaron en contarme que el muerto se había muerto de sida: tuve que preguntarlo varias veces, escuchar negativas o puteadas hasta que, al final, una chica me lo dijo en voz baja.

–Pero hay que decirlo. Si no empezamos a pelear contra el sida nos vamos a morir todos.

Es probable que se mueran igual, pero la chica era demasiado joven para saberlo. Las estadísticas oficiales –confusas, aproximativas– dicen que el diez por ciento de los tanzanos es VIH positivo: la cifra real parece bastante mayor. Lo cual significa que, de estos veinte jóvenes en el cementerio, siete u ocho van a morirse de sida más o menos pronto: dicho así suena fuerte. Pero hasta ahora fue muy difícil combatir la epidemia, y no solo por el precio de las drogas; además, el pudor de la sociedad musulmana y tribal impedía llevar adelante campañas de educación sexual que redujeran los riesgos. La semana pasada el primer ministro hizo un discurso lanzando “la guerra contra el sida” y dijo que si la tendencia no cambia pronto, la esperanza de vida de los tanzanos va a caer unos quince años en la próxima década.

–Acá hay un par de hospitales que te hacen el análisis.

Me dice la chica, y que algunos lo hacen sin consultar, como los bautistas. Y que cuando alguien es positivo lo anuncian a la comunidad; supuestamente para que no contagie a nadie pero sobre todo como ejemplo moral. Los infectados quedan afuera, temidos, despreciados.

–Pero ¿para qué? Si te llegan a decir que sos positivo, ¿qué hacés?

Los remedios son inalcanzables. La medicina occidental no soluciona nada, y muchos vuelven a los viejos brujos: al menos se hacen cargo.

–¡Ujiji, Ujiji!

Junto al mercado de Kigoma, los boleteros de los daladala ofrecen el viaje. Los daladalas son las combis que recorren los peores caminos

del África y que, en la última década, han transformado la vida de millones de africanos: campesinos clavados en la tierra ahora pueden moverse, ir a vender sus productos a mercados, ver a un médico, llegar hasta una escuela; donde no parece posible meter más de diez personas suelen amontonarse veinticinco, y un daladala que se precie no anda más de doscientos metros sin parar para que se suba o baje un pasajero.

–¡Ujiji, Ujiji!

Hace cuatro días que vegeto en Kigoma: llueve y llueve. El tren no funciona, el avioncito no puede volar por las tormentas. Ya estoy casi curado de mi herida pero no tengo adónde ir: estoy en la apoteosis pole pole y me paso las tardes mirando el lago-mar, encapotado. Estoy a diez kilómetros de Ujiji, el lugar del encuentro, pero no quiero ir todavía; no hasta que sepa cómo saldré de aquí. Cuando llegue a Ujiji, mi viaje estará terminado.

–¡Ujiji, Ujiji!

En 1870, Ujiji era la base de los traficantes árabes junto al Tanganica: allí recibían los esclavos que les traían desde la otra orilla. Los alemanes lo condenaron cuando decidieron que la terminal de su ferrocarril iba a estar en Kigoma. Ahora es un pueblito amable, cinco mil habitantes, calles de tierra roja que se cruzan en esquinas, casas de adobe. Ujiji es un pueblito pero fue una ciudad; Kigoma es una ciudad que siempre será un pueblito. Pero de pronto el pueblo se acabó y empecé a caminar por un lugar de ensueño: un bosque de palmeras, mundo verde, senderos retorcidos y de tanto en tanto alguna choza. Grandes orquídeas colgaban de las ramas, sombra, una brisa fresca. Abundaban unos bichos extraños: eran mariposas muy azules en el aire y cascarudos feos cuando se posaban y cerraban las alas. Crecían las guaridas de termitas: castillos de arena grandes como castillos. La ilusión era casi perfecta: chicos jugando, perros perezosos, mujeres peinándose o lavándose o amamantando chicos. La miseria era otra vez belleza. Tardé en darme cuenta de que en ese mundo perfecto no había hombres. Cuando salí a la costa descubrí que no sabía dónde había estado, que nunca más podría volver.

–Muy buenos días, señor, cómo le va.

Me dice ahora, en un francés de opereta, un viejo con la ropa en jirones. A la orilla del lago pescadores reparan sus redes, chicos empaquetan pescaditos minúsculos en bolsas elefante, unas pocas mujeres cocinan pescado en un caldero muy tiznado, un pato verde se

pasea con cara de despiste, boteros construyen sus chalupas tallando troncos igual que sus abuelos. Estos botes, antaño, traían esclavos desde el corazón de las tinieblas. Ahora traen refugiados que se escapan de la guerra del Congo, veinte dólares por cabeza: a veces llegan, otras los tiran en el medio del lago.

–Muy bien, y usted.

–Excelente, gracias. ¿Y cómo está la salud de su señora mamá?

Me sigue preguntando. Tres vacas duermen a la sombra, cangrejos corren locos, mujeres lavan ropa, muchachitos se bañan. Un chico de remera amarilla salta saltos mortales de a docenas. El viejo aprendió su francés en una escuela de misioneros belgas en el Congo, y me da charla.

–¿Usted viene de América, parece?

–Sí, de Sudamérica.

–Y ustedes en América son ricos. Hasta los negros son ricos en América. Yo a veces pienso, sabe. Pienso: qué curioso. A nuestros mayores más desafortunados los llevaron a América de esclavos; esos ahora son ricos. Nosotros, los descendientes de los hombres libres, en cambio somos pobres. ¿No le sorprende a usted, señor? A mí sí me sorprende.

Un chico arrea cabritos a piedrazos. Al cabo de muchos circunloquios, el viejo me dice que su red se rompió y está desesperado y si, cuando vuelva a mi país, no podría mandarle el dinero para arreglarla.

–Usted no sabe lo que eso significaría para mí.

–¿Y cuánto sería eso?

Le pregunto, ya malhumorado: el antiguo mangazo nunca muere.

–Tres mil shillings.

Que son exactamente cuatro dólares.

Creo que hice todo este viaje solo por la frase, y la frase, en principio, no es nada memorable. Solo vale la pena si alguien hizo todo aquel viaje antes de pronunciarla. La frase es bastante banal pero

era, también, la puesta en escena de una idea del mundo: lo íbamos a dominar sin que se nos torciera el nudo del black tie, así somos, lo dominamos bien derecho. La frase se hizo célebre: la repetían en los diarios, teatros, tabernas y academias. La frase fue la síntesis de un mundo.

Es mediodía: el sol está sañudo. Ya he caminado mucho por Ujiji; vueltas y vueltas para no terminar de llegar al lugar del encuentro: el lugar de la frase. Pole pole. Es obvio que no tengo nada que hacer aquí: lo mío era un jardín en las sierras de Córdoba donde Livingstone y Stanley eran dos gatitos que ya deben haber muerto, y eso no está en Ujiji ni en ninguna otra parte. Cavafis, el viejo poeta alejandrino, me dice que no me preocupe:

–Itaca te dio el hermoso viaje. / Sin ella no habrías emprendido el camino. / Pero no tiene ya nada que ofrecerte.

El lugar está en las afueras del pueblo, donde llegaba la orilla del lago Tanganica. La orilla ya no llega: por alguna razón el lago mar huyó y ahora está mil metros más abajo. En el lugar sólo quedaba el mango enorme a cuya sombra se saludaron dos ingleses; el mango cayó en 1927 y ahora hay uno que dice ser su cría. El cuidador trata de contarme la historia de aquellos exploradores en un inglés incomprensible: la herencia que dejaron.

El cuidador se va y solo queda la vieja calma cementerio. Una avispa me ronda. Una hoja cae del árbol de mango pole pole y planea minutos antes de aterrizar; la avispa se cruza con un avispo y se fornican en el aire. Lejos se oyen voces de chicos; una mariposa roja y negra chupa de flor en flor: la agitación es casi intolerable.

Aquí, bajo aquel mango, Henry Morton Stanley encontró, el 10 de noviembre de 1871, tras ocho meses de marchas espantosas, al doctor David Livingstone. Era la culminación perfecta del viaje más osado: el momento del éxito. Stanley sabía que lo había logrado, que su vida ya tenía sentido, pero estaba confuso: los caballeros british siempre se habían reído de él, y Livingstone cargaba fama de despreciativo. Sería más inglés que los ingleses, pensó Stanley:

“Podría haber dado rienda suelta a mi alegría de alguna forma loca, mordiéndome la mano, dando volteretas o aporreando los árboles, para moderar esos sentimientos de excitación que iban más allá de lo controlable. Mi corazón galopaba, pero no debía dejar que mi cara traicionara mis emociones, y menos aún faltar a la dignidad de un hombre blanco que se presentaba en circunstancias tan

extraordinarias.

Así que hice lo que creí más digno. Aparté a las multitudes y caminé a lo largo de una avenida viviente de hombres hasta que llegué frente al semicírculo de árabes que rodeaba al hombre blanco con la barba gris. Avanzando hacia él, noté que estaba pálido, parecía cansado. Llevaba una gorra azulada con una cinta de oro marchita, una chaqueta de mangas rojas y un par de pantalones grises. Yo habría corrido hacia él, pero me acobardé al ver a tanta gente –y lo habría abrazado, pero él era un inglés y no sé cómo me habría recibido, así que hice lo que la cobardía y el falso orgullo me sugirieron: caminé hacia él con calma, me saqué mi sombrero y dije:

–¿Doctor Livingstone, supongo?”.

DICCIONARIO ABREVIADO DE CRONISTAS HISPANOAMERICANOS

María Angulo, Jorge Carrión, Marco A. Cervantes, Gustavo Cruz, Diajanida Hernández

La intención de este breve e incompleto diccionario de cronistas hispanoamericanos es menos la exhaustividad que la invitación a la lectura. La difícil definición del concepto crónica hace que en esta lista de autores y obras aparezcan libros de no ficción que participan del reportaje, el perfil, la investigación periodística, el viaje, la autobiografía, la entrevista, el testimonio, la memoria, el ensayo y el resto de estrategias discursivas que confluyen en el terreno de la crónica. La nómina se ha limitado a los autores nacidos a partir de 1930 que hayan publicado libros de no ficción o que hayan sido incluidos en las antologías de crónicas que se citan en el apéndice. Se consignan solo los libros que fueron publicados originariamente en español.

Abad Faciolince, Héctor (Medellín, Colombia, 1958): Oriente comienza en el Cairo (2002), El olvido que seremos (2005), Traiciones de la memoria (2009).

Abal, Marcos (Pontevedra, España, 1975): Una insolencia (2012).

Abdallah, Ricardo (Ibagué, Colombia, 1978).

Acosta, David (alias Usuario Arroba, 1983): Aviones y verbenas (2021).

Afanador, Luis Fernando (Ibagué, Colombia, 1958).

Agredano, Antonio (Córdoba, España, 1980): En lo mudable (2014).

Aguilar, Luis Miguel (Chetumal, México, 1956): Nadie puede escribir un libro (1997), Pláticas de familia (2007).

Aguirre Zimerman, Natalia (Medellín, Colombia): 300 días en Afganistán (2006).

Aguirre, Osvaldo (Colón, Argentina, 1954): Los pasos de la memoria (1996), Historias de la mafia en Argentina (2000), Enemigos

públicos (2004), La pandilla salvaje. Butch Cassidy en La Patagonia (2004), La Chicago Argentina: crimen, mafia y prostitución en Rosario (2006), La conexión latina (2008).

Alarcón, Cristian (La Unión, Chile, 1970): Cuando me muera quiero que me toquen cumbia. Vidas de pibes chorros (2003), Si me querés, quereme transa (2010), Un mar de castillos peronistas (2013).

Alberto, Eliseo (Arroyo Naranjo, Cuba, 1951-Ciudad de México, México, 2011): Informe contra mí mismo (1997), Dos cubalibres: nadie quiere más a Cuba (2004), Una noche dentro de una noche (2006), La vida alcanza (2010).

Alcoverro, Tomás (Barcelona, España, 1940): El Decano: de Beirut a Bagdad. Treinta años de crónicas (2006), Espejismos de Oriente (2007), La historia desde mi balcón (2011), Por qué Damasco (2017), La noria de Beirut (2018).

Aldekoa, Xavier (Barcelona, España, 1981): Océano África (2014), Hijos del Nilo (2017), Indestructibles (2019).

Almandoz Marte, Arturo (Caracas, Venezuela, 1960): Crónicas desde San Bernardino (2011)

Almarcegui, Patricia (Zaragoza, España, 1969): Una viajera por Asia Central. Lo que queda del mundo (2016), Conocer Irán (2018): Cuadernos perdidos de Japón (2021).

Almada, Selva (Villa Elisa, Argentina, 1973): Chicas muertas (2014).

Almazán, Alejandro (Ciudad de México, México, 1971): La victoria que no fue (2006), Gumaro de Dios, el caníbal (2007), Placa 36 (2009), Entre perros (2009), Palestina, historias que Dios nunca hubiera escrito (2011), El más buscado (2012), Chicas Kaláshnikov y otras crónicas (2013).

Alvarado, Sinar (Valledupar, Colombia, 1977): Retrato de un caníbal (2005).

Álvarez, Carlos Manuel (Matanzas, Cuba, 1989): La tribu. Retratos de Cuba (2017).

Alzola Kirschgens, Laura (Vitoria-Gasteiz, España, 1991): No os recuerdo. Una historia familiar de cuando Europa se desmoronaba (2021).

Amadoz, Sergio (Murillo el Cuende, Navarra, España, 1977): Aquí no se rinde ni Dios (2020).

Amat, Jordi: El hijo del chofer (2020).

Ampuero, Fernando (Lima, Perú, 1949): Gato encerrado. Crónicas, entrevistas, reportajes (1987), El enano, historia de una enemistad (2001).

Ampuero, María Fernanda (Quito, Ecuador, 1976): Lo que aprendí en la peluquería (2011).

Anaya, Martha (Guadalajara, México, 1954): 1988. El año que calló el sistema (2008).

Angulo Daneri, Toño (Lima, Perú, 1970): Llámalo amor, si quieres (2004), Nada que declarar (2006), Treinta y seis años después (2018).

Antón, Jacinto (Barcelona, España, 1957): Pilotos, caimanes y otras aventuras extraordinarias (2009).

Arce, Alberto (Gijón, España, 1976): Misrata calling (2012), Novato en nota roja. Corresponsal en Tegucigalpa (2015).

Argullol, Rafael (Barcelona, España, 1949): Visión desde el fondo del mar (2010).

Aristizábal, Adriana (Manizales, Colombia, 1971): La guaca de las FARC (2003).

Armada, Alonso (Vigo, España, 1958): Cuadernos africanos (1999), España, de sol a sol (2001), El rumor de la frontera (2006), Diccionario de Nueva York (2010), Mar Atlántico. Diario de una travesía (2012), Sarajevo. Diarios de la guerra de Bosnia (2015), El Celta no tiene la culpa (2015), Por carreteras secundarias (2018).

Arteaga, José (Pasto, Colombia, 1963): La salsa. Crónica social de la música del Caribe urbano (1990), Grandes fugas de las cárceles colombianas (1994), Grandes crímenes de la historia de Colombia (1997).

Arteta, Aurelio (Sangüesa, España, 1945): Parva política (1995).

Avilés Fabila, René (Ciudad de México, México, 1940-2016): El libro de mi madre (2003).

Avilés, Jaime (Ciudad de México, México, 1954-2017): La rebelión

de los maniquíes (1991), Los manicomios del poder: corrupción y violencia psiquiátrica en México (2007).

Avilés, Marco (Lima, Perú, 1978): Día de visita. Confesiones de mujeres desde el penal de Santa Mónica (2007), De dónde venimos los cholos (2016), No soy tu cholo (2017).

Ayala, Juan (Valentín Alsina, Buenos Aires, Argentina, 1963).

Ayala Ugarte, Álex (Vitoria-Gasteiz, España, 1979): Los mercaderes del che. Grandes hazañas de personajes minúsculos (2012), La vida de las cosas (2015), Rigor mortis. El hombre que plantó un árbol para construir su ataúd y otras maneras de dejar el mundo (2017).

Azúa, Félix de (Barcelona, España, 1944): El aprendizaje de la decepción (1989), Salidas de tono (1996), Autobiografía sin vida (2010).

Ballester, Enrique (Castelló, España, 1983): Infrafútbol (2014), Barraca y Tangana (2018), Otro libro de fútbol (2020).

Barba, David (Barcelona, España, 1973): Nacho Vidal. Confesiones de una estrella del porno (2004), 100 españoles hablan de sexo (2009).

Barrera Tyszka, Alberto (Caracas, Venezuela, 1960): Hugo Chávez sin uniforme: una historia personal (2005, con Cristina Marcano), Alta traición (2008), Un país a la semana (2013).

Barros, Rodolfo (Mendoza, Argentina, 1967): Fuimos. Aventuras y desventuras de la clase media (2005).

Barsy, Kalman (Budapest, Hungría, 1942).

Becerra, Juan José (Junín, Argentina, 1965): Vaca: un viaje a la Pampa carnívora (2007), Grasa (2007).

Bedoya, Jaime (Lima, Perú, 1965): ¡Ay, qué rico! (1991), Kilómetro cero (1995), Mal menor (2004), Trigo atómico. Textos reunidos (2010).

Bellinghausen, Hermann (Ciudad de México, México, 1953).

Bilbao, Guido (Buenos Aires, Argentina, 1975).

Blanco, José Joaquín (Ciudad de México, México, 1951): Función de medianoche (1981), Cuando todas las chamacas se pusieron medias

nylon (1987), Un chavo bien helado (1990), Se visten novias (1993), Álbum de pesadillas mexicanas (2002).

Bonilla, Juan (Jerez de la Frontera, España, 1966): La Costa del Sol en la hora pop (2007), El tiempo es un sueño pop: vida y obra de Terenci Moix (2011), La novela del buscador de libros (2018).

Bonilla, María Elvira (Cali, Colombia, 1957): Grandes conversaciones, grandes protagonistas (2005), Palabras guardadas (2007).

Botero, Joaquín (Bogotá, Colombia, 1972): El Jardín en Chelsea (2007), Memorias de un delivery (2009).

Briante, Miguel (General Belgrano, Argentina, 1944 -1995): Desde Este Mundo, antología periodística 1968-1995 (2004).

Brienza, Hernán (Buenos Aires, Argentina, 1971): Maldito tú eres, el caso Von Wernich. Iglesia y Represión ilegal (2003), Valientes. Crónicas de coraje y patriotismo en la Argentina del siglo XIX (2010).

Bryce Echenique, Alfredo (Lima, Perú, 1939): A vuelo de buen cubero (1977), Crónicas personales (1987), A trancas y barrancas (1996), Entre la soledad y el amor (2005).

Budassi, Sonia (Bahía Blanca, Argentina, 1978): Mujeres de Dios. Cómo viven hoy las monjas y religiosas en Argentina (2008), Apache, en busca de Carlos Tévez (2010).

Bustos, Óscar (Bogotá, Colombia, 1960).

Caballero, Antonio (Bogotá, Colombia, 1945): Toros, toreros y públicos (1992), A la sombra de la muerte (1994).

Cabrujas, José Ignacio (Caracas, Venezuela, 1938): El país según Cabrujas (1997), El Mundo según Cabrujas (2009).

Cacho, Jesús (Palencia, España, 1943): Asalto al poder (1988), Duelo de titanes (1989), La Estafa. Ibercorp y el Fin de una Era (1992), M.C. Un intruso en el laberinto de los escogidos (1994), El negocio de la libertad (1999).

Cacho, Lydia (Ciudad de México, México, 1963): Los demonios del Edén (2004), Esta boca es mía…y tuya también (2007), Esclavas del Poder: Trata sexual, (2010); La ira de México (2016), #Ellos Hablan (2018).

Caellas, Marc (Barcelona, España, 1974): Carcelona (2011), Caracaos (2015), Drogotá (2017), Neuros Aires (2020).

Campo, Jesús del (Gijón, España, 1956): Castilla y otras islas (2008), Berlín y el barco de ocho velas (2010).

Caparrós, Martín (Buenos Aires, Argentina, 1957): Larga distancia (1992), Dios mío (1994), La guerra moderna (1999), Amor y anarquía (2003), Boquita (2005), El Interior (2006), La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina 1966-1978 (2007, con Eduardo Anguita), Una luna (2009), Contra el cambio (2010), Argentinismos (2011), Palipalí (2012), Entre dientes (2012), El Hambre (2014), Lacrónica (2015), Ahorita (2019), Ñamérica (2021).

Carnero, Alejandro (Lima, Perú, 1972): Tanta gente extinta, tanta tinta tonta (2010).

Carrión Rivera, Lydiette (Ciudad de México, México, 1975): La fosa de agua (2018).

Carretero, Nacho (A Coruña, España, 1981): Fariña (2015), Nos parece mejor (2018), En el corredor de la muerte (2018).

Casals, Marc (Girona, España, 1980): La piedra permanece. Historias de Bosnia-Herzegovina (2021).

Castaño, José Alejandro (Medellín, Colombia, 1972): ¿Cuánto cuesta matar a un hombre? (2006), Zoológico Colombia: crónicas sorprendentes de nuestro país (2008).

Castañón, Adolfo (Ciudad de México, México, 1952): Viaje a México. Ensayos, crónicas y retratos (2008).

Castellanos Moya, Horacio (Tegucigalpa, Honduras, 1957): Envejece un perro tras los cristales. Cuaderno de Tokio seguido de Cuaderno de Iowa (2019).

Castellanos, Laura (Ciudad de México, México, 1965): México armado (2007), Crónica de un país embozado 1994-2018 (2018).

Castillo, Laura Helena (Valencia, Venezuela, 1976).

Castro Caicedo, Germán (Zipaquirá, Colombia, 1940): Colombia amarga (1976), Mi alma se la dejo al diablo (1982), El Karina (1985), Con las manos en alto (2001), Objetivo 4 (2010).

Caviria, Mariana (La Plata, Argentina, 1976): Vivir a oscuras. Escenas cotidianas durante la dictadura (2006).

Cazón, Patricia (Zotes del Páramo, León, España, 1980): El largo invierno (2020).

Cercas, Javier (Cáceres, España, 1962): Una buena temporada (1998), Relatos reales (2000), La verdad de Agamenón. Crónicas, artículos y un cuento (2006), Anatomía de un instante (2009), El impostor (2014).

Cerdá, Paco (Genovés, España, 1985): Los últimos. Voces de la Laponia española (2017), El peón (2020).

Cerruti, Gabriela Carla (Bahía Blanca, Buenos Aires, 1965): El octavo círculo. Crónica de la Argentina menemista (1991, con Sergio Ciancanglini). Herederos del silencio (1997).

Chejfec, Sergio (Buenos Aires, Argentina, 1956): Baroni, un viaje (2007), Mis dos mundos (2008).

Cherem, Silvia (Ciudad de México, México, 1961): Trazos y revelaciones. Entrevistas a diez pintores mexicanos (2004), Una vida por la palabra. Entrevista a Sergio Ramírez (2004), Por la izquierda (2010).

Chirinos, Eduardo (Lima, Perú, 1960): Epístola a los transeúntes (2000), Los largos oficios inservibles (2004), El fingidor (2003).

Chitarroni, Luis (Buenos Aires, Argentina, 1958): Siluetas (1992).

Cicco, Emilio (Buenos Aires, Argentina, 1976): Yo fui un porno star y otras crónicas de lujuria y demencia (2006).

Cid Cañaveral, Ricardo (Madrid, España, 1945-1987): Todos al suelo: la conspiración y el golpe (1981), El bordillo (1988).

Cifuentes, Rosa María (Lima, Perú, 1975): Asesinas (2008), 13 asesinas (2010).

Cirules, Enrique (Camagüey, Cuba, 1938): Conversación con el último norteamericano (1973).

Cisneros, Antonio (Lima, Perú, 1942): El arte de envolver pescado (1990), El libro del buen salvaje. Crónicas de viaje / Crónicas de viejo (1995), Ciudades en el tiempo (crónicas de viaje) (2001), Los viajes

del buen salvaje (crónicas) (2008).

Cittadini, Fernando (Buenos Aires, Argentina, 1958): Partes de guerra. Malvinas 1982 (2005, con Graciela Speranza).

Clarembaux, Patricia (Caracas, Venezuela, 1982): A ese infierno no vuelvo (2009).

Cohen, Marcelo (Buenos Aires, Argentina, 1951): Un año sin primavera (2017), Notas sobre la literatura y el sonido de las cosas (2017).

Colomer, Álvaro (Barcelona, España, 1973): Se alquila una mujer. Historias de putas (2003), Guardianes de la memoria (2007).

Contardo, Óscar (Curicó, Chile, 1974): Siútico. Arribismo, abajismo y vida social en Chile

Coronell, Daniel (Bogotá, Colombia, 1964).

Correa Soto, Carlos Mario (Medellín, Colombia, 1962): Préstame tus ojos (2004), Las llaves del periódico (2008).

Corresas, Jaime (Mendoza, Argentina, 1961): Los falsificadores de Borges (2011).

Cortés Arce, David (Ciudad de México, México, 1961): Escritos en el tiempo (2019).

Cortés Fernández, Rubén (Pinar del Río, Cuba, 1964): Crónicas de guerra (2003), Nueve meses en la eternidad (2009), ¡Cuba, Cuba! (2009).

Cortés, Carlos (San José, Costa Rica, 1962).

Cortina, Sergio (Oviedo, España, 1980): Saliendo de la calle Oscura (2017).

Costa, Jordi (Barcelona, España, 1966): Mundo Bulldog: un viaje al universo basura (1999), ¡Vida mostrenca! Contracultura e infierno postmoderno (2002).

Costa, Marithelma (San Juan, Puerto Rico, 1955): Las dos caras de la escritura (1988), Kaligrafiando con Klemente Soto Vélez (1990).

Cozarinsky, Edgardo (Buenos Aires, Argentina, 1939): El pase del testigo (2001), Palacios plebeyos (2006), Milongas (2007), Blues

(2010).

Crespo, Mónica (Madrid, España, 1980): Por mí, por ti, por todos (2020).

Cristoff, María Sonia (Trelew, Argentina, 1965): Patagonia (2005), Falsa calma. Un recorrido por pueblos de la Patagonia (2005), Desubicados (2006), Mal de época (2017), Los atrevidos - Crónicas íntimas de la Argentina (2018).

Cruz, Juan (Tenerife, España, 1948): El peso de la fama (1999), Egos revueltos. La vida literaria: una memoria personal (2010), Ciudadano Polanco (2021).

Cruz Lapeña, Silvia (Barcelona, España, 1978): Crónica Jonda (2017), Lady Tyger (2020).

Cueto, Alonso (Lima, Perú, 1954): Valses, rajes y cortejos (2005).

Dahbar, Sergio (Córdoba, Argentina, 1957): Sangre, dioses, mudanzas (1989), Gente que necesita terapia (2004).

De la Calle, Fermín (Jerez, España, 1973): Con fina desobediencia (2019).

De Dalmases, Pablo Ignacio (Barcelona, España, 1945): Oficio de carroñero. Un periodista en la calle (2013).

De Mauleón, Héctor (Ciudad de México, México, 1963): El tiempo repentino. Crónicas de la Ciudad de México en el siglo XX (2000), El derrumbe de los ídolos (2010), La ciudad que nos inventa. Crónicas de seis siglos (2015), 200 lugares imprescindibles. Centro Histórico (2017), La ciudad oculta (2018).

Del Ángel, Diana (Ciudad de México, México, 1982): Procesos de la noche (2017).

Dehesa, Germán (Ciudad de México, México, 1944-2010): ¡Qué modos! Usos y costumbres tenochcas (2005).

Dillon, Marta (Buenos Aires, Argentina, 1966): Corazones cautivos. La vida en la cárcel de mujeres (2006).

Domínguez, Íñigo (Avilés, España, 1972): Crónicas de la mafia (2014), Mediterráneo descapotable. Viaje ridículo por aquel país tan feliz (2015), Paletos salvajes. Crónicas de la mafia II (2019), Polo de

limón. Y otros artículos veraniegos para leer a lametazos, escritos cuando se podía viajar y éramos felices y no lo sabíamos (2020).

Duizeide, Juan Bautista (Mar de Plata, Argentina, 1964): Crónicas con fondo de agua. Vidas secretas del Río de la Plata (2011).

Duque, José Roberto (Carora, Venezuela, 1965): Guerra nuestra. Crónicas del desamparo (1999), La ley de la calle (1995).

Duzán, María Jimena (Bogotá, Colombia, 1960): Crónicas que matan (1994).

Enríquez, Mariana (Buenos Aires, Argentina, 1973): Alguien camina sobre tu tumba. Mis viajes a cementerios (2013), La hermana menor. Un retrato de Silvina Ocampo (2014), El otro lado. Retratos, fetichismos, confesiones (2020).

Elizalde, Teresa de (Buenos Aires, Argentina, 1975): 24/24. Un día en la vida de 24 mujeres argentinas (2009).

Eltit, Diamela (Santiago de Chile, Chile, 1949): El padre mío (1989), El infarto del alma (1994), Puño y letras (1995), Emergencias. Escritos sobre literatura, arte y política (2000).

Escamilla, Óscar (Ibagué, Colombia, 1969): La tragedia continúa (1999, con José Luis Novoa).

Escanlar, Gustavo (Montevideo, Uruguay, 1962-2010): Crónica roja (2001), Disco duro (2008).

Escobar, Eduardo (Antioquia, Colombia, 1943): Prosa incompleta (2003).

Escohotado, Antonio (Madrid, España, 1941): Majestades, crímenes y víctimas (1997), Sesenta semanas en el trópico (2003).

Escudos, Jacinta (San Salvador, El Salvador, 1961): Felicidad doméstica y otras cosas aterradoras (2002).

Eslava Calvo, Jorge (Lima, Perú, 1953): Flor de azufre (1997).

Espada, Arcadi (Barcelona, España, 1957): Contra Catalunya (1997), Raval. Del amor a los niños (2000), Ebro/Orbe (2007).

España, Ramón de (Barcelona, España, 1956): Sospechosos habituales (1998).

Esquivada, Gabriela (Buenos Aires, Argentina, 1967).

Esteva, Jordi (Barcelona, España, 1951): Viaje al país de las almas (1999), Los árabes del mar (2006), El impulso nómada (2021).

Estrada, Josefina (Ciudad de México, México, 1957): Para morir iguales (1991), Virgen de medianoche (1996), Señas particulares. La muerte violenta en la Ciudad de México (2003).

Faccio, Leonardo (Buenos Aires, Argentina, 1971): Messi (2011), La reina impaciente (2020).

Fadanelli, Guillermo (Ciudad de México, México, 1963): Al final del periférico (2016), El billar de los suizos (memorias atendidas) (2017).

Falcón, Lidia (Barcelona, España, 1935): En el infierno. Ser mujer en las cárceles de España (1977), Viernes 13 en la calle del Correo (1981), El varón español en búsqueda de su identidad (1984), El alboroto español (1984), La vida arrebatada (2003).

Fallarás, Cristina (Zaragoza, España, 1968): A la puta calle: Crónica de un desahucio (2013), Ahora contamos nosotras (2019).

Feliciano, Héctor (Bayamón, Puerto Rico, 1952): El museo desaparecido. La conspiración nazi para robar las obras maestras del arte mundial (2004).

Fernández, David (Madrid, España, 1975): Los de la ETA han asesinado a tu hijo (con José Antonio Gutiérrez, 2013)

Fernández, Emilio “Cicco” (Buenos Aires, Argentina, 1976): Rock and Roll Islam (2020).

Fernández Chadwick, Francisco (Santiago de Chile, Chile, 1969): Escritos Plebeyos (2003).

Fernández, June (Bilbao, España 1984): 10 Ingobernables (2016).

Fernando Arce, Antonio (Trujillo, Perú, 1931): China: el asombro. Crónicas y reportajes (2008).

Ferri, Pablo (Valencia, España, 1985): La Tropa. Por qué mata un soldado (con Daniela Rea, 2019).

Figueroa Lasch, Juan Pablo (Santiago de Chile, Chile, 1968): El Último Ramal (2009).

Fihman, Ben Amí (Caracas, Venezuela, 1949): Los cuadernos de la gula (1983), Boca hay una sola (2006).

Fiorillo, Heriberto (Barranquilla, Colombia, 1952): Nada es mentira. Crónicas y otros textos (2000).

Foncea Maturana, Sebastián Ignacio (Santiago de Chile, Chile, 1978).

Fonseca, Diego (Las Varillas, Córdoba, Argentina, 1970): Hamsters. Una casa con historias que ruedan (2014), Tiembla (editor y compilador, 2018), Voyeur (2020).

Franco, Jorge (Medellín, Colombia, 1962).

Freire Sarriá, Luis (Lima, Perú, 1945).

Fresán, Rodrigo (Buenos Aires, Argentina, 1963).

Fritz, Darío (Sundblad, Argentina, 1966): Con la muerte en el bolsillo. Seis desaforadas historias del narcotráfico (2005, con María Idalia Gómez).

Fuentes-Beraín, Rossana (Ciudad de México, México, 1958).

Fuguet, Alberto (Santiago de Chile, Chile, 1964); Primera parte (2000), Apuntes autistas (2007), Missing (una investigación) (2010), Cinépata (una bitácora) (2012), Tránsitos: una cartografía literaria (2013), Todo no es suficiente. La corta intensa y sobreexpuesta vida de Gustavo Escanlar (2014), VHS (unas memorias), Despachos del fin del mundo (2020).

Galarza, Sergio (Lima, Perú, 1976): Los Rolling Stones en Perú (2007, con Cucho Peñaloza).

Galindo, Bruno (Buenos Aires, Argentina, 1968): Diarios de Corea. Viaje a la última frontera de la guerra fría (2007), Toma de tierra, (2021).

Gamarra, Luis Felipe (Lima, Perú, 1977): Pequeños dictadores (2007).

Gamboa, Santiago (Bogotá, Colombia, 1965): Octubre en Pekín (2001), Océanos de arena. Diario de un viaje por Oriente Medio (2013), Ciudades al final de la noche (2017).

García Ángel, Antonio (Cali, Colombia, 1972).

García Gascón, Eugenio (Barcelona, España, 1957): La cárcel identitaria. Dietario de Jerusalén (2013), La derrota de Oriente. Dietario de Jerusalén 2013-2017 (2017).

García Jaén, Braulio (Cádiz, España, 1978): Justicia poética (2007).

García Lupo, Rogelio (Buenos Aires, Argentina, 1931): La rebelión de los generales (1962), Contra la ocupación extranjera (1968), Mercenarios y Monopolios en la Argentina -de Onganía a Lanusse (1971), Diplomacia secreta y rendición incondicional (1982), Paraguay de Stroessner (1989), Últimas Noticias de Perón y su tiempo (2006).

García Ramis, Magali (Santurce, Puerto Rico, 1946): La ciudad que me habita (1997).

García Robayo, Margarita (Cartagena, Colombia, 1980): Las personas normales son muy raras (2011), Primera persona (2017).

García Usta, Jorge (Ciénaga de Oro, Colombia, 1960): Diez juglares en su patio (con Alberto Salcedo Ramos) (1991).

García-Planas, Plàcid (Sabadell, España, 1963): La revancha de reporte. Tras las huellas de siete grandes corresponsales de guerra (2007), Jazz en el despacho de Hitler (2010), Como un ángel sin permiso. Cómo vendemos misiles, los disparamos y enterramos a los muertos (2012), El marqués y la esvástica. César González-Ruano y los judíos en el París ocupado (con Rosa Sala Rose, 2014), La guerra es una piscina (con Guillermo Cervera, 2017).

Garrido, Felipe (Guadalajara, México, 1942): Viejo continente (1973), Crónica de los prodigios. Más allá de lo humano (1992).

Garzón, Diego (Bogotá, Colombia, 1974): Otras voces, otro arte (2005).

Gaviria, Pascual (Medellín, Colombia, 1972).

Gil Olmos, José (Ciudad de México, México, 1962): Los brujos en el poder. El ocultismo en la política mexicana (2008-2009), La santa muerte: La virgen de los olvidados (2012), Santos populares (2017).

Giraldo, Carlos Alberto (Antioquia, Colombia, 1969): Desplazamiento forzado en Colombia. Relatos e imágenes (1997)

Gómez, Galo (Santiago de Chile, Chile, 1960-Ciudad de México, México, 1999): Días de coraje (1999).

Gómez, María Idalia (Ciudad de México, México, 1970): Con la muerte en el bolsillo. Seis desaforadas historias del narcotráfico (2005, con Darío Fritz).

Gómez, Pablo (España, 1980): Los cisnes (2013).

Gómez Leyva, Ciro (Ciudad de México, México, 1957): Ya vamos llegando a México (1999).

Gómez Mango, Edmundo (Montevideo, Uruguay, 1940): Crónica de la amistad y el exilio (2011).

González Castillo, Alejandro (Ciudad de México, México, 1975): Manual de carroña (2020).

González de Alba, Luis (Charcas, México, 1944-2016): Los días y los años (1971), Mi último tequila (2016), Tlatelolco aquella tarde (2016).

González Rodríguez, Sergio (Ciudad de México, México, 1950-2017): Huesos en el desierto (2002), El hombre sin cabeza (2009), Los 43 de Iguala (2014), El robo del siglo (2015), amigas: los años 90 fueron mejores (2017).

González, Enric (Barcelona, España, 1959): Historias de Londres (1999), Historias de Nueva York (2006), Historias del Calcio (2007), Historias de Roma (2010), Memorias líquidas (2012), Una cuestión de fe (2012).

Gorodischer, Julián (Buenos Aires, Argentina, 1973): Golpeando las puertas de la TV: crónicas de la fama repentina (2004), La ruta del beso. Biografía sexual colectiva (2007), Orden de compra. Diarios de un consumidor compulsivo (2010), La ciudad y el deseo (2011).

Gorriti, Gustavo (Lima, Perú, 1948): Sendero: Historia de la guerra milenaria en el Perú (1990), Ideología y destino (2003), La batalla (2003), La calavera en negro: el traficante que quiso gobernar un país (2006), Petroaudios (2009).

Gossaín, Juan (San Bernardo del Viento, Colombia, 1949): La nostalgia del alcatraz (1989), Crónica del día (2003).

Goytisolo, Juan (Barcelona, España, 1931): Campos de Níjar

(1954), Pueblo en marcha. Tierras de Manzanillo. Instantáneas de un viaje a Cuba (1962), La Chanca (1962), Alquibla (1988), Estambul otomano (1989), Aproximaciones a Gaudí en Capadocia (1990), Cuaderno de Sarajevo (1993), Argelia en el vendaval (1994), Paisajes de guerra con Chechenia al fondo (1996), Lectura del espacio en Xemaá-El-Fná (1997), Paisajes de guerra: Sarajevo, Argelia, Palestina, Chechenia (2001).

Grecko, Témoris (Hermosillo, México, 1970): La ola verde. Crónica de la revolución espontánea en Irán (2010).

Guardela Vásquez, Juan Carlos (Bolívar, Colombia, 1964).

Guerriero, Leila (Junín, Argentina, 1967): Los suicidas del fin del mundo. Crónica de un pueblo patagónico (2005), Frutos extraños (2009), Una historia sencilla (2013), Zona de obras (2014), Plano americano (2018), Teoría de la gravedad (2019), Opus Gelber. Retrato de un pianista (2019).

Guillén, Gonzalo (Bogotá, Colombia, 1952): Colombianos en el exterior: los que nunca volvieron (1985), Guerra es War (1993), Cónicas de la guerra sucia (1995).

Guillermoprieto, Alma (Ciudad de México, México, 1949): La Habana en un espejo (2005), Desde el país de nunca jamás (2011), Los placeres y los días (2015), ¿Será que soy feminista? (2020).

Gumucio Rafael (Santiago de Chile, Chile, 1970): Monstruos cardinales (2002), Los platos rotos. Historia personal de Chile (2004), Páginas coloniales (2006), La situación (2011), La edad media (2017), Rey y mendigo. Biografía de Nicanor Parra (2018).

Gutiérrez, José Antonio (Bilbao, España, 1986): Los de la ETA han asesinado a tu hijo (con David Fernández, 2013).

Gutiérrez, Pedro Juan (Matanzas, Cuba, 1950): Vivir en el espacio (1987), Corazón mestizo: el delirio de Cuba (2007), Diálogo con mi sombra. Sobre el oficio de escritor (2021).

Guzmán, Juan Andrés (Santiago de Chile, Chile, 1974).

Haberkorn, Leonardo (Montevideo, Uruguay, 1963): Nueve Historias Uruguayas (2005), Historias tupamaras (2008), Crónicas de sangre, sudor y lágrimas (2009), Milicos y tupas (2011).

Hacher, Sebastián (Buenos Aires, Argentina, 1976): Salada (2011).

Herbert, Julián (Acapulco, México, 1971): Canción de tumba (2011), Algunas estúpidas razones para volver a Berlín (2013), La casa del dolor ajeno, crónica de un pequeño genocidio en La Laguna (2015), Ahora imagino cosas (2019).

Hernández, Anabel (Ciudad de México, México, 1972): Fin de fiesta en Los Pinos (2006), Los cómplices del presidente (2008), Los señores del narco (2010), México en llamas. El legado de Calderón (2012), La verdadera noche de Iguala (2016), El traidor. El diario secreto del hijo de Mayo (2019).

Hernández, Avelino (Soria, España, 1944-Selva, España, 2003): Donde la vieja Castilla se acaba (1982), Viaje al poniente castellano (1985), Viaje a Serrada (1992), Myo Cid en tierras de Soria (viaje para Claudia) (2001), Cuerdas y recuerdos en sa Gerrería (2001), Invitación a Soria. A quien conmigo viene (2006).

Hernández, Jorge F. (Ciudad de México, México, 1962): Solsticio de infarto (2015), Llegar al mar (2016).

Herrera, Earle (Anzoátegui, Venezuela, 1949): Caracas 9 mm. Valle de balas (1993).

Herrscher, Roberto (Buenos Aires, Argentina, 1962): Los viajes de Penélope: la historia del barco más viejo de la guerra de Malvinas (2007), El arte de escuchar. Viajes por la música clásica (2015), Crónicas bananeras (2021).

Hidalgo, David (Lima, Perú, 1974): Sombras de un rescate: tras las huellas ocultas en la residencia del embajador japonés (2007), La biblioteca fantasma (2019).

Hinojosa, Francisco (Ciudad de México, México, 1954): Un taxi en L. A. (1995), Mexican Chicago (1999), Migraña en racimos (2016).

Hippolyte Ortega, Nelson (Caracas, Venezuela, 1953): O sea: Es decir. Es decir: O sea (1985), Con un país así (1990), Para desnudarte mejor (1993).

Hoyos, Juan José (Medellín, Colombia, 1953): Sentir que es un soplo la vida (1994), El oro y la sangre (1994).

Huchín Sosa, Eduardo (Campeche, México, 1979): ¿Escribes o trabajas? (2004), Ni siquiera es un trabajo, pero alguien tiene que hacerlo (2014).

Ibaibarriaga Moya, Mercedes (Madrid, España, 1971).

Iglesias Illa, Hernán (Buenos Aires, Argentina, 1973): Golden Boys. Vivir en los mercados (2006), American Sarmiento. Tras los pasos de un viaje que cambió la historia argentina (2007), Miami. Turistas, colonos y aventureros en la última frontera de América Latina (2010), Cambiamos (2016).

Iwasaki, Fernando (Lima, Perú, 1961): El sentimiento trágico de la Liga (1995), La caja de pan duro (2000), Sevilla, sin mapa (2010), Una declaración de humor (2012), Desleídos y efervescentes (2013), El laberinto de los cincuenta (2014), Somos libros, seámoslo siempre (2014).

Izaguirre, Ander (San Sebastián, España, 1976): El testamento del chacal (2003), Plomo en los bolsillos (2005), Los sótanos del mundo (2005), Cuidadores de mundos (2008), Groenlandia cruje (y tres historias islandesas) (2012), Mi abuela y diez más (2013), Regreso a Chernóbil (2014), Cansasuelos. Seis días a pie por los Apeninos (2015), Potosí (2017), Pirenaica (2018), Cómo ganar el Giro bebiendo sangre de buey (2021).

Jabois, Manuel (Sanxenxo, España, 1978): Irse a Madrid (2011), Grupo salvaje (2012), Manu (2013), Nos vemos en esta vida o en la otra (2016).

Jáuregui, Eloy (Lima, Perú, 1955): Usted es la culpable (2004), Pa' bravo yo. Historia de la salsa en el Perú (2011).

Jeftanovic, Andrea (Santiago de Chile, Chile, 1970): Conversaciones con Isidora Aguirre (2009), Hablan los hijos (2011), Escribir desde el trapecio (2017)

Jochamowitz, Luis (Lima, Perú, 1953): El descuartizador del Hotel Comercio y otras crónicas policiales (1995).

Jordá, Eduardo (Palma de Mallorca, España, 1956): Tánger (1993), Canciones gitanas (2000), La ciudad perdida (2001), Norte Grande (2002), Lugares que no cambian (2004).

Juan-Cantavella, Robert (Castellón, España, 1976): El dorado (2008), La Realidad. Crónicas canallas (2016).

Juanatey, Héctor (Santiago de Compostela, España, 1987): El analista. Un espía accidental en el caso Assange y Snowden (2020).

Juliana, Enric (Badalona, España, 1957): La España de los pingüinos (2006), La deriva de España. Geografía de un país vigoroso y desorientado (2009), Tarjeta negra: 80 días que convulsionaron la política española (2015), Aquí no hemos venido a estudiar (2020).

Jursich, Mario (Valledupar, Colombia, 1964): La Virgen María. Fe y aventura en Colombia (1997).

Kazumi Stahl, Anna (Nueva Orleans, Estados Unidos, 1963).

La Fuente Portillo, Sandra (Caracas, Venezuela, 1974): El acertijo de abril (2003, con Alfredo Meza).

Lammers, Gerardo (Ciudad de México, México, 1970).

Lanata, Jorge (Mar del Plata, Argentina, 1960): La guerra de las piedras (1988), Cortinas de humos (con Joe Goldman, 1994), 56. Cuarenta años de periodismo y algo de vida personal (2017).

Lara Klahr, Marco (Ciudad de México, México, 1962): Días de furia. Memorial de violencia, crimen e intolerancia (2001), Hoy te toca la muerte. El imperio de las Maras visto desde adentro (2006).

Lasa, León (Sevilla, España, 1961): Al sur del Sur. Viaje a la Patagonia (2006), Por el oeste de Irlanda (2008), En Noruega (2009).

Lecuna Torres, Vicente (Washington, Estados Unidos, 1939): Informe Médico (2006).

Leguineche, Manuel (Vizcaya, España, 1941): Los topos (con Jesús Torbado, 1977), El camino más corto (1978), El estado del Golpe (1982), Yugoslavia kaputt (1992), En el nombre de Dios: el Islam militante, los árabes, las guerras del Golfo (1992), Los años de la infamia: crónica de la II Guerra Mundial (1995), El precio del paraíso. De un campo de exterminio al Amazonas (1995), Adiós, Hong-Kong (1996), Apocalipsis Mao: una visión de la nueva China (1999), Hotel Nirvana (2001), Gibraltar (2002), Madre Volga (2003).

Leguizamón, Dante (Córdoba, Argentina, 1974): La marca de la bestia (2005).

León, Rafo (Lima, Perú, 1950): Viajes de perro. Crónica de travesías y extravíos (2005), Lima Bizarra (2006), La cruel servidumbre (2009).

Lemebel, Pedro (Santiago de Chile, Chile, 1955-2015): Los

incontables (1986), La esquina es mi corazón (1995), Loco afán: crónicas de sidario (1996), De perlas y cicatrices (1998), Zanjón de la Aguada (2003), Adiós, mariquita linda (2005), Serenata cafiola (2008).

Lemus Escalante, Eric (San Salvador, El Salvador, 1970): Érase otra vez en la calle (2004).

Leñero, Vicente (Guadalajara, México, 1933-2014): Asesinato, el doble crimen de los Flores Muñoz (1985), Periodismo de emergencia (2007), Solo periodismo (2019).

León, Juanita (Bogotá, Colombia, 1970): No somos machos, pero somos muchos (2004), País de plomo (2005).

Lerner, Elisa (Valencia, Venezuela, 1932): Una sonrisa detrás de la metáfora (1968), Yo amo a Columbo o la pasión dispersa (1979), Crónicas ginecológicas (1984), Carriel para la fiesta (1987), En el entretanto (2000), Así que pasen cien años (2016).

Levy, Alegre (Cali, Colombia, 1947): Veinticuatro horas en la vida de una reportera (1977)

Lezcano, Arturo (Ferrol, España, 1976): Madrid, 1983. Cuando todo se acelera (2021).

Licitra, Josefina (La Plata, Argentina, 1975): Los Imprudentes. Historias de la adolescencia gay lésbica en Argentina (2007), 38 estrellas: La mayor fuga de una cárcel de mujeres de la historia (2020), Los otros (2011).

Linares, Albinson (San Cristóbal, Venezuela, 1981): Hugo Chávez, nuestro enfermo en La Habana (2013), El último rostro de Chávez (2014).

Llamazares, Julio (León, España, 1955): El río del olvido (1990), En mitad de ninguna parte (1995), Trás-os-montes (1998), Los viajeros de Madrid (1998), Cuaderno del Duero (1999), Las rosas de piedra (2008), Atlas de la España imaginaria (2015), El viaje de Don Quijote (2016), Las rosas del sur (2018), Primavera extremeña (2020).

Llonto, Pablo Gustavo (San Martín, Buenos Aires, Argentina, 1960): La Noble Ernestina (2002), La vergüenza de todos (2005).

Loaeza, Guadalupe (Ciudad de México, México, 1946): Las reinas de Polanco (1988), Los grillos y otras grillas (1991).

Lobo, José (Sevilla, España, 1980): Yonkis y gitanos (2014).

Lobo Guerrero, Catalina (Bogotá, Colombia, 1980): Los restos de la revolución. Crónica desde las entrañas de una Venezuela herida (2021).

Lobo, Ramón (Lagunillas, Venezuela, 1955): Isla África (2001), Cuadernos de Kabul. Historias de mujeres, hombres y niños atrapados en una guerra (2010), El autoestopista de Grozni y otras historias de fútbol y guerra (2012), El día que murió KapuŚciński (2019).

López Echagüe, Hernán (Buenos Aires, Argentina, 1956): Gajes del oficio (1993), La Frontera. Viaje al misterioso triángulo de Brasil, Argentina y Paraguay (1997), Tierramemoria. Semblanzas, fragmentos, apuntes (2004), Crónica del ocaso. Apuntes sobre las papeleras y la devastación del litoral argentino y uruguayo (2007).

López, Manuel (Barcelona, España, 1949): La ética y los periodistas que hacen publicidad (2019).

López Vinogradoff, Liza (Caracas, Venezuela, 1971).

López, Rolando (Mendoza, Argentina, 1967): Partes Diarios (2000), Entrevista con el bandido (2006), Textos de periodismo para no morir en el bostezo (2009).

Lorenz, Federico (Buenos Aires, Argentina, 1970): Fantasmas de Malvinas. Un libro de viajes (2008).

Lores, Eduardo (Lima, Perú, 1951): Luces (2007).

Lozada, Ángel (Mayagüez, Puerto Rico, 1968).

Lugo Filippi, Carmen (Ponce, Puerto Rico, 1940).

Luiselli, Valeria (Ciudad de México, México, 1983): Los niños perdidos (2016).

Luque, Antonio (Sevilla, España, 1970): Marchito azar verdiblanco (2012).

Mairata, Sandro (Lima, Perú, 1977).

Maldonado, Tryno (Zacatecas, México, 1977): Ayotzinapa. El rostro de los desaparecidos (2015).

Maqueira, Enzo (Buenos Aires, Argentina, 1977): Historias de

putas (2008).

Marañón, Carlos (Barcelona, España, 1974): Quedará la ilusión. Una correspondencia durante el Mundial de Rusia (en coautoría con Galder Reguera, 2019).

Marcano, Cristina (Caracas, Venezuela, 1960): Hugo Chávez sin uniforme: una historia personal (2005, con Alberto Barrera Tyszka).

María Valero, Luis (Murcia, España, 1984): Sed en La Condomina (2016).

Marías, Javier (Madrid, España, 1951): Pasiones pasadas (1991), Literatura y fantasma (1993), Vida del fantasma (1995), Salvajes y sentimentales: letras de fútbol (2000), Donde todo ha sucedido: al salir del cine (2005), Aquella mitad de mi tiempo: al mirar atrás (2008), Los villanos de la nación. Letras de política y sociedad, Mano de sombra (1997), Seré amado cuando falte (1999), A veces un caballero (2001), Harán de mí un criminal (2003), El oficio de oír llover (2005), Demasiada nieve alrededor (2007), Lo que no vengo a decir (2009).

Maristain, Mónica (Concepción del Uruguay, Argentina, 1961): El hijo de Míster Playa. Una semblanza de Roberto bolaño (2012).

Márquez, Ramón (Ciudad de México, México, 1936): Medallistas olímpicos mexicanos (1990).

Martínez de Pisón, Ignacio (Zaragoza, España, 1960): Enterrar a los muertos (2005), Las palabras justas (2007), El siglo del pensamiento mágico (2013).

Martínez S., José Luis (Ciudad de México, México, 1955): El día que cambió la noche (2016).

Martínez, Carlos (San Salvador, El Salvador, 1979).

Martínez, Gabi (Barcelona, España, 1971): Diablo de Timanfaya (2000), Una España inesperada (2006), Los mares de Wang (2008), Solo para gigantes (2011), En la barrera (2012), Animales invisibles (2019), Un cambio de verdad. Una vuelta al origen en tierra de pastores (2020).

Martínez, Guillem (Cerdanyola del Vallés, España, 1965): Grandes hits (1999), La canción del verano (2007), La Barcelona rebelde (2009), 57 días en Piolín (2018), Caja de brujas (2019), Los domingos

(2021).

Martínez, Ibsen (Caracas, Venezuela, 1951).

Martínez, Jesús (Barcelona, España, 1975): Molly. Historia sobre los centros de menores en Cataluña (con Gustavo Franco, 2010), Monopoly BCN (2013), BCN Tourist (con Marc Javierre, 2013), Club desahucio (2015), Hijos de las barracas (con Oscar Dhooge, 2016), Lancaster, 13. Y otras historias de miedo en la Barcelona Zombi (2018), Un país llamado Zona Franca (2019), Akei 2019 (con Marc Javierre, 2019), Naruto. Los guerreros de Glovo y otras historias en la Barcelona de la aluminosis social (2020), Time: Jacint Ferrer, el desahucio del sigo (con Marc Javierre, 2020), Casas robadas (2021), Forbes: el banco de Mayka. La lista de los diez más pobres de Barcelona (con Marc Javierre, 2021).

Martínez, Óscar (San Salvador, El Salvador, 1983): Los migrantes que no importan (2010), La bestia (2013), Una historia de violencia. Vivir y morir en Centroamérica (2016), El niño de Hollywood (con Juan José Jiménez, 2019), Los muertos y el periodista (2021).

Martínez, Sanjuana (Monterrey, México, 1963): La cara oculta del Vaticano (2004), Sí se puede. El movimiento de los hispanos que cambiará a Estados Unidos (2006), Manto púrpura. Pederastia clerical en tiempos del cardenal Norberto Rivera Carrera (2006), Prueba de fe. La red de cardenales y obispos en la pederastia clerical (2007), Se venden niños (2009), La frontera del narco (2011), Los amantes del poder: los escandalosos usos y abusos del poder público en la vida privada (2014), Soy la dueña: una historia de poder y avaricia (2014), La señora Calderón (2018).

Martínez, Tomás Eloy (Tucumán, Argentina, 1934-Buenos Aires, 2010): La pasión según Trelew (1974), Lugar común la muerte (1979), El sueño argentino (1999), Ficciones verdaderas (2000), Episodios argentinos (2002), Réquiem por un país perdido (2003), Las vidas del general (2004), La otra realidad (2006).

Masó, Fausto (Camagüey, Cuba, 1938): Sabana Grande era una fiesta (2004).

Matilla, Alfredo (Alcázar de San Juan, España, 1982): Por si acaso (2020).

McCausland, Ernesto (Barranquilla, Colombia, 1961): Las crónicas de McCausland (1996).

Medina, Efraim (Cartagena de Indias, Colombia, 1967).

Mejía Madrid, Fabrizio (Ciudad de México, México): Pequeños actos de desobediencia civil (1996), Salida de emergencia (2007), Tequila D. F. (2008), Días contados (2013), Crónica de la victoria (2018).

Mejía, Javier (Medellín, Colombia, 1970).

Melchor, Fernanda (Boca del Río, México, 1982): Aquí no es Miami (2013).

Mendoza, Virginia (Valdepeñas, España, 1987): Heridas del viento. Crónicas armenias (2018), Quién te cerrará los ojos (2017); Detendrán mi río (2021).

Meneses, Juan Pablo (Santiago de Chile, Chile, 1969): Equipaje de mano (2003), Sexo y poder, el extraño destape chileno (2004), La vida de una vaca (2008), Crónicas Argentinas (2009), Hotel España (2009), Niños futbolistas (2013), Una vuelta al Tercer Mundo (2015), Una granada para River Plate (2016), Un dios portátil (2020).

Meradi, Laura (Buenos Aires, Argentina, 1981): Alta rotación. El trabajo precario de los jóvenes (2009).

Merino, Roberto (Santiago de Chile, Chile, 1961): Santiago de Memoria (1997), Horas perdidas en las calles de Santiago (2000), En busca del loro atrofiado (2005), Barrio República. Una crónica (2013), Lihn. Ensayos biográficos (2016), Puentes levadizos (2020).

Mesa, Eduardo (La Habana, Cuba, 1969): El bronce vale y otras crónicas (2011).

Meza, Alfredo (Ciudad Bolívar, Venezuela, 1971): El acertijo de abril (2003, con Sandra La Fuente).

Michelena, Esteban (Quito, Ecuador, 1962): Pase al vacío (2010).

Micó, Josep Lluís (la Font de la Figuera, España, 1974): Periodismo BOP (2016).

Millás, Juan José (Valencia, España, 1946): Cuerpo y prótesis (2000), Articuentos (2001), Números pares, impares e idiotas (2001), Los sueños se cumplen (2002), Hay algo que no es como me dicen (2004), Todo son preguntas (2005), María y Mercedes (2005), El ojo de la cerradura (2006), Sombras sobre sombras (2006), Vidas al límite

(2012), La vida contada por un sapiens a un neandertal (2020, con Juan Luis Arsuaga).

Miranda, Luis (Lima, Perú, 1967): El pintor de Lavoes y otras crónicas (2009).

Mochkofsky, Graciela (Neuquén, Argentina, 1969): Los farsantes. Una crónica de fin del menemismo (1997, con Gabriel Pasquini), Timerman. El periodista que quiso ser parte del poder (2003), Tío Borís, un héroe olvidado de la Guerra Civil Española (2006), La Revelación. Una historia real (2007).

Moix, Llàtzer (Sabadell, España, 1955): Mariscal (1992), Wilt soy yo (2002), La ciudad de los arquitectos (2004), Mundo Mendoza (2006), Arquitectura milagrosa (2010).

Moix, Terenci (Barcelona, España, 1942-2002): Crónicas italianas (1971), Terenci del Nilo. Viaje sentimental a Egipto (1983), Tres viajes románticos (1987).

Molano, Alfredo (Bogotá, Colombia, 1944): Los bombardeos de El Pato (1980), Selva adentro (1987), Ahí le dejo esos fierros (2009), Desterrados. Crónicas del desarraigo (2005).

Monge, Emiliano (Ciudad de México, México, 1978): No contar todo (2019).

Monsalve B., Jaime Andrés (Bogotá, Colombia, 1974).

Monsiváis, Carlos (Ciudad de México, México, 1938-2010): Días de guardar (1970), Amor perdido (1977), Entrada libre. Crónicas de la sociedad que se organiza (1987), Escenas de pudor y liviandad (1988), Los mil y un velorios. Crónica de la nota roja (1994), Los rituales del caos (1996), Parte de guerra. Tlatelolco 1968 (1999) (en coautoría con Julio Scherer), “No sin nosotros”. Los días del terremoto 1985-2005 (2005), Apocalipstick (2009), Que se abra esa puerta. Crónicas y ensayos sobre la diversidad sexual (2010).

Montemayor, Carlos (Parral, México, 1947-Ciudad de México, México, 2010): Chiapas, la rebelión indígena de México (1998), Guerra en el paraíso (1991), La guerrilla recurrente (1999).

Montenegro, Maximiliano (Buenos Aires, Argentina, 1969): Es la Ekonomía, estúpido. La historia secreta de las decisiones, trampas y falacias del kirchnerismo (2011).

Montero, Mayra (La Habana, Cuba, 1952): Aguaceros dispersos (1996).

Montero, Rosa (Madrid, España, 1951): España para ti para siempre (1976), Cinco años de país (1982), La vida desnuda (1994), Historias de mujeres (1995), Pasiones (1999), Estampas bostonianas y otros viajes (2002), Maneras de vivir (2014).

Monteverde, Eduardo (Ciudad de México, México, 1948): Lo peor del horror (2004).

Montiel Figueiras, Mauricio (Guadalajara, México, 1968): Un perro rabioso. Noticias desde la depresión (2021).

Morales, Agus (El Prat de Llobregat, España, 1983): No somos refugiados (2017), Cuando todo se derrumba (2021).

Morcillo, Cruz (Castellar, España, 1973): Palabra de VOR. Las mafias rusas en España (con Pablo Muñoz, 2010), El crimen de Asunta (2014), Departamento de homicidios. Una memoria de la España negra (2021).

Moreno, María (Buenos Aires, Argentina, 1947): El petiso orejudo (1994), A tontas y a locas (2001), El fin del sexo y otras mentiras (2002), Vida de vivos (2005), Banco a la sombra (2007), La comuna de Buenos aires. Relatos al pie del 2001 (2011), Teoría de la noche (2011), Black Out (2016), Oración. Carta a Vicki y otras elegías políticas (2018).

Moreno-Durán, Rafael Humberto (Tunja, Colombia, 1946-2005).

Moret, Xavier (Barcelona, España, 1952): América, América (1998), Boomerang (2000), La isla secreta (2002), A la sombra del baobab (2006), El Bulli desde dentro (2006), Viaje por la Costa Brava (2008), Grecia. Viaje de otoño (2016), La memoria de Ararat (2015), Tras los pasos de Livingstone (2019).

Mouat, Francisco (Santiago de Chile, Chile, 1962): Cosas del fútbol (1989), El Teniente Bello y otras pérdidas (1998), El empampado Riquelme (2001), Nuevas cosas del fútbol (2002), Chilenos de raza (2004), Crónicas ociosas (2005), Tres viajes (2007), La vida deshilachada (2008), Algunos adioses (2010), Las siete vidas del Gato Gamboa (2012).

Muñoz Molina, Antonio (Jaén, España, 1956): El robinson urbano (1984), Diario del Nautilus (1985), Ardor guerrero (1995), Ventanas

de Manhattan (2004), Días de diario (2007), Un andar solitario entre la gente (2018), Volver a dónde (2021).

Muñoz, Boris (Caracas, Venezuela, 1969): La ley de la calle (1995), Despachos del imperio (2008).

Mussachio, Humberto (Ciudad Obregón, México, 1943): Ciudad quebrada (1985), Urbe fugitiva (2002).

Navi, Roberto (Santa Cruz, Bolivia, 1975): Un tal Evo (con Darwin Pinto, 2006).

Navia Lame, José (Popayán, Colombia, 1959): El lado oscuro de las ciudades (1998-1999), Confesiones de un delincuente (2000), Historias nuevas para la ropa vieja (2001).

Neira, Armando (Bogotá, Colombia, 1961): Monte adentro (2004).

Nieto, Patricia (Sonsón, Colombia, 1968): El sudor de tu frente (1998), Llanto en el paraíso (2008), Relatos de una cierta mirada (2012), Los escogidos (2012).

Novoa, José Luis (Bogotá, Colombia 1968): La tragedia continúa (2000), Años de fuego (2001).

Novoa, José Luis (Colombia, 1968): La tragedia continúa (1999, con Óscar Escamilla).

Núñez, Werne (Santiago de Chile, Chile, 1975): Crónicas de un subnormal para gente inteligente (2008).

Ordaz, Pablo (Sevilla, España, 1965): Crónica negra del Prestige (2003), Voto de castigo (2004), Los tres pies del gato. 11-M. La crónica del juicio (2007), Así fue la dictadura (2018), El juicio sin final (2019).

Ordóñez, Marcos (Barcelona, España, 1957): Gato Pérez, la rumba como ética (1987), Una vuelta por el Rialto (1994), La bestia anda suelta. Conversaciones con Álex de la Iglesia (1997), Alfredo el Grande. Vida de un cómico (2002), Beberse la vida: Ava Gardner en España (2007), Ronda del Gijón: una época de la historia de España (2007), Alfredo el Grande (2008), Telón de fondo (2011), Un jardín abandonado por los pájaros (2013), Big Time: la gran vida de Perico Vidal (2014), Juegos reunidos (2016).

Orejudo, Antonio (Madrid, España, 1963): Almería. Crónica

personal (2008).

Orranta, Marta (Bogotá, Colombia, 1970).

Ortiz, Beto (Lima, Perú, 1968): Grandes sobras (2006), Por favor, no me beses (2009).

Osío Cabrices, Rafael (Caracas, Venezuela, 1973): Salitre en el corazón (2003), El horizonte encendido (2006), La vida sigue (2008), Apuntes bajo el aguacero (2013).

Osorno, Diego (Monterrey, México, 1980): El cártel de Sinaloa. Una historia del uso político del narco (2009), Oaxaca sitiada. La primera insurrección del siglo XXI (2010), Nosotros somos los culpables. La tragedia de la guardería ABC (2010), La guerra de los Zetas (2012), Contra Estados Unidos. Crónicas desamparadas (2014), Slim. Biografía política del mexicano más rico del mundo (2015), El valiente muere solo una vez (2019).

Ovejero, José (Madrid, España, 1958): Bruselas (1996), China para hipocondriacos (1998).

Pacheco, Cristina (San Felipe, México, 1941).

Pacheco, Laura Emilia (Ciudad de México, México, 1963): El último mundo (2009).

Padgett León, Humberto (Ciudad de México, México, 1975): Historias mexicanas de mujeres asesinas (2008), Los muchachos perdidos (con Eduardo Loza, 2012), Tamaulipas (2016), La monarquía de la barbarie (2017).

Páez Varela, Alejandro (Ciudad Juárez, México, 1968): No incluye baterías (2011).

Páez, Natalia (Mendoza, Argentina, 1974): Mitos y leyendas del vino argentino (2011).

Palacios, Rodolfo (Mar del Plata, Argentina, 1977): El Ángel Negro (2010), Pasiones que matan. Trece crímenes argentinos (2011).

Palomar, Jorge Antonio (Buenos Aires, Argentina, 1951).

Pancorbo, Luis (Burgos, España, 1946): Otros Pueblos (1984), Los viajes del girasol (1989), Enviado especial al Polo Sur (1989), Amazonas último destino (1990), Son los mares del sur (1997),

Samsara. Un viaje a Oriente (1999), La última vuelta al mundo en 80 días (2000), Tiempo de África (2000), Río de América (2003), Las islas del rey Salomón (2006), Avatares. Viajes por la India de los dioses (2008).

Pardo, Pablo (Oviedo, España, 1969): El Monstruo. Memorias de un interrogador (2011).

Paredes, José Carlos (Andahuaylas, Perú, 1969): La caída del héroe (2006).

Paredes, Julio (Bogotá, Colombia, 1957).

Pasik, Daniela (Buenos Aires, Argentina, 1974): Hacerse (2010), Porno nuestro. Crónicas de sexo y cine (con Alejandra Cukar, 2014).

Pauls, Alan (Buenos Aires, Argentina, 1959): La vida descalzo (2006).

Peinado, Quique (Vallecas, España, 1979): Futbolistas de izquierdas (2013), ¡A las armas! (2015).

Peláez, Raquel (Ponferrada, León, España, 19): ¡Quemad Madrid! (o llevadme a la López Ibor) (2014).

Peña, Juan Cristóbal (Santiago de Chile, Chile, 1969): Los Fusileros. Crónica secreta de una guerrilla en Chile (2006).

Peñaloza, Cucho (Lima, Perú, 1962): Los Rolling Stones en Perú (2007, con Sergio Galarza).

Perantuono, Pablo (Buenos Aires, Argentina, 1971).

Peregil, Francisco (Nerva, España, 1967): Estamos bien en el refugio los 33 (2011), Camarón en la isla. El dolor de un príncipe (2014).

Pérez de la Cruz, Javier (Valencia, España, 1988): El guardián en el cemento (2021).

Pérez Gay, Rafael (Ciudad de México, México, 1957): Sonido local. Piezas y pases de futbol (2006), No estamos para nadie. Escenas de la ciudad y sus delirios (2007), El cerebro de mi hermano (2013), Perseguir la noche (2018).

Pérez Mendoza, Rosa Elena (Mérida, Venezuela, 1966): Juanita Poulin y otras crónicas (2006).

Pérez Reverte, Arturo (Cartagena, España, 1951): Patente de corso (1998), Con ánimo de ofender (2001), No me cogeréis vivo (2005), Cuando éramos honrados mercenarios (2009).

Pinilla Cisneros, Jimena (Lima, Perú, 1970–2006): Me he sentado a caminar (2003).

Pinto, Darwin (Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, 1978): Un tal Evo (con Roberto Navia, 2006).

Piñón Balderrama, David (Chihuahua, México, 1978): Conversaciones con la muerte. Memorias de la ola de violencia (2009).

Pitol, Sergio (Puebla de Zaragoza, México, 1933-2018): El arte de la fuga (1996), El viaje (2000), El mago de Viena (2005), Trilogía de la memoria (2007), Una autobiografía soterrada (2011), Memoria (2011).

Politzer, Patricia (Santiago de Chile, Chile, 1952): Altamirano (1989), El libro de Lagos (1998), Bachelet. En tierra de hombres (2011).

Pombo, Álvaro (Santander, España, 1939): Alrededores (2002).

Pomeraniec, Hinde (Buenos Aires, Argentina, 1961): Katrina, el imperio al desnudo (2007), Rusos. Postales de la era Putin (2009).

Poniatowska, Elena (París, Francia, 1932): La noche de Tlatelolco (1971), Fuerte es el silencio (1980) Nada, nadie: las voces del temblor (1988), Todo México I-VII (1991-2002), Luz y luna, las lunitas (1994), Las mil y una… La herida de Paulina (2000), Amanecer en el Zócalo (2007), No den las gracias. La colonia Rubén Jaramillo y el Güero Medrano (2009), Leonora (2011), El universo o nada. Biografía del estrellero Guillermo Haro (2013).

Porcel, Baltasar (Mallorca, España, 1937-Barcelona, 2009): Baleares (1989), Viajes expectantes. De Marrakech a Pekín (1994), Geografías expectantes (2004).

Posada, Margarita (Bogotá, Colombia, 1977): Las muertes chiquitas (2006).

Prenz, Miguel (Bahía Blanca, Argentina, 1979): El heredero del General. La desconocida historia de Mario Rotundo (2011).

Primera, Maye (Valencia, Venezuela, 1976): La República alucinada. Conversaciones sobre nuestra decadencia (2016).

Quiroz, Fernando (Bogotá, Colombia, 1964).

Raab, Enrique (Viena, Austria, 1932-Buenos Aires, Argentina, 1977): Cuba. Vida Cotidiana y Revolución (1974), Crónicas ejemplares: Diez años de periodismo antes del Horror, 1965-1975 (ed. de Ana Basualdo, 1999).

Rahn, Hensli (Caracas, Venezuela, 1982): Crónicamente Caracas (2008).

Ramos, Juan Antonio (Bayamón, Puerto Rico, 1948).

Ramos, Laura Elisa (Buenos Aires, Argentina, 1962): Buenos Aires me mata (1993), Ciudad Paraíso (1997), Diario íntimo de una niña anticuada (2002), La niña guerrera y otras historias reales (2010).

Ramos, Luis Arturo (Minatitlán, México, 1947): Crónicas desde el país vecino (1998).

Ravelo, Ricardo (Carlos A. Carrillo, México, 1966): Osiel. Vida y tragedia de un narco (2000), Crónicas de sangre (2007), Los capos: las narcos-rutas de México (2007), Narcomex (2011).

Rea, Daniela (Irapuato, México, 1982): Nadie les pidió perdón (2015), La Tropa. Por qué mata un soldado (con Pablo Ferri y la colaboración de Mónica González Islas, 2019).

Reguera, Galder (Bilbao, España, 1975): Quedará la ilusión. Una correspondencia durante el Mundial de Rusia (en coautoría con Carlos Marañón, 2019).

Reverte, Javier (Madrid, España, 1944): Los dioses bajo la lluvia (1986), El aroma del Copal. (1989), El hombre de la guerra (1992), Bienvenidos al Infierno. Días de Sarajevo (1994), El sueño de África. En busca de los mitos blancos del continente negro (1998), Vagabundo en África (2000), Billete de ida (2000), Los caminos perdidos de África (2002), El ojo sentimental (2003), El río de la desolación. Un viaje por el Amazonas. (2004), Corazón de Ulises. (2006), El río de la luz. Un viaje por Alaska y Canadá (2009).

Rey Rosa, Rodrigo (Guatemala, Guatemala, 1958): La cola del dragón (2014).

Reyes, Gerardo (Cúcuta, Colombia, 1958): Made in Miami: vida de narcos, santos, seductores, caudillos y soplones (2000).

Reymúndez, Carolina (Buenos Aires, Argentina, 1971).

Reyna, Juan Carlos (Tijuana, México, 1980): Confesiones de un sicario: la historia de Drago, lugar teniente de un sicario mexicano (2011).

Reynaldo, Sietecase (Rosario, Argentina 1961): Las crónicas del viajero que huye (1994), Bares (1997).

Ribas, José (Barcelona, España, 1951): Los 70 a destajo. Ajoblanco y libertad (2007).

Riera, Daniel (Buenos Aires, Argentina, 1970): Vas a extrañarlo, porque es justo (2002), Sexo telefónico (2005), El carácter Sea Monkey (2007), Buenos Aires Bizarro (2008), Familia y propiedad/La vergüenza nacional (2009), Evangelios y Apócrifos (2010), Nuestro Vietnam y otras crónicas (2010).

Rivas, Manuel (La Coruña, España, 1957): Galicia, el bonsái atlántico (1994), Galicia, Galicia (2001), A cuerpo abierto (2008), Vicente Ferrer. Rumbo a las estrellas con dificultades (2013).

Rivera Garza, Cristina (Matamoros, México, 1964): Autobiografía del algodón (2020), El invencible verano de Liliana (2021).

Robles, Juan Manuel (Lima, Perú, 1978): Lima freak. Vidas insólitas en una ciudad perturbada (2007), Zaraí Toledo. La hija patria (2009).

Rodrigálvarez, Eduardo (Bilbao, España, 1985): Un soviético en la Catedral (2014).

Rodríguez, Maxi (Mieres, España, 1965): Lear o el deporte rey (2021).

Rodríguez Juliá, Edgardo (Río Piedras, Puerto Rico, 1946): Las tribulaciones de Jonás (1981), El entierro de Cortijo (1982), Una noche con Iris Chacón (1986), Puertorriqueños (1988), El cruce de la bahía de Guánica (1989), Peloteros (1997), Caribeños (2002), San Juan: ciudad soñada (2005), La nave del olvido (2009), Tres vidas ejemplares del Santurce antiguo (2018).

Rodríguez Marcos, Javier (Cáceres, España, 1970): Medio mundo

(1998), Los trabajos del viajero: tres lecturas de Cervantes (2003), Un torpe en un terremoto (2011).

Rodríguez Reyna, Ignacio (Ciudad de México, México, 1960).

Rodríguez Z., Jaime (Lima, Perú, 1973): Solo quedamos nosotros (2021).

Rojas, Patricia (Mendoza, Argentina, 1970): Los pibes del fondo (2000), Mundo Privado, historias de vida en countries, barrios y ciudades cerradas (2007).

Roncagliolo, Santiago (Lima, Perú, 1975): La cuarta espada. La historia de Abimael Guzmán y Sendero Luminoso (2007), El amante uruguayo (2012).

Ronderos, María Teresa (Bogotá, Colombia, 1959): Punch (1992), Retratos del poder (2002), 5 en Humor (2007).

Ronquillo, Víctor (Ciudad de México, México, 1959): El caso Molinet (1995, con Paco Ignacio Taibo II), Las muertas de Juárez. Crónica de una larga pesadilla (1999).

Rosemberg, Diego (Buenos Aires, Argentina, 1969).

Rudni, Silvia (Buenos Aires, Argentina, 1946-1975): De Profesión periodista (1984).

Ruiz, Julio (Madrid, España, 1971): Yo me voy al Manzanares (2012).

Ruiz Parra, Emiliano (Ciudad de México, México, 1982).

Russo, Sandra (Buenos Aires, Argentina, 1959): No sabés lo que me hizo (2002), Crónicas del naufragio. Apuntes sobre la caída argentina (2002), Arquetipos - Diccionario de varones disponibles (2003), Perdonen nuestros placeres (2006), Erótika - Crónica de mis viajes por ti (2007), Milagro Sala-Jallalla. La Tupac Amaru, utopía en construcción (2010), La presidenta. Historia de una vida (2011). Fuerza propia - La Cámpora por dentro (2014), Contratapas 2003-2013 Página 12 (2015), Lo femenino. Aproximaciones a las mujeres como enigma (2016).

Ruvalcaba, Alonso (Ciudad de México, 1973): Ciudad de restaurantes (2008), 24 horas de comida en la Ciudad de México (2018).

Saccomanno, Guillermo (Buenos Aires, Argentina, 1948): Un maestro. Una historia de lucha, una lección de vida (2011).

Sagarra, Joan de (París, Francia, 1938): Las rumbas de Joan de Sagarra (1971), La horma de mi sombrero (1997).

Salazar, Jorge (Lima, Perú, 1940): La ópera de los fantasmas (1980), Poggi. La verdad del caso (1987), La medianoche del japonés (1996), Crónicas gastronómicas (2004).

Salcedo Ramos, Alberto (Barranquilla, Colombia, 1963): Diez juglares en su patio (1991, con Jorge García Usta), Los golpes de la esperanza (1994), De un hombre obligado a levantarse con el pie derecho y otras crónicas (1999), El oro y la oscuridad. La vida gloriosa y trágica de Kid Pambelé (2005), La eterna parranda. Crónicas 1997-2011 (2011), Los ángeles de Lupe Pintor (2015), Viaje al Macondo real y otras crónicas (2016), Boxeando con mis sombras (2018).

Salinas Maldonado, Carlos (Managua, Nicaragua, 1982).

Samper Ospina, Daniel (Bogotá, Colombia, 1974): Volveremos, volveremos (2012).

Samper Pizano, Daniel (Bogotá, Colombia, 1945): A mí que me esculquen (1980), Les Luthiers, de la L a la S (1991), Con la música a otras partes (2011).

San Miguel, Marta (Santander, España, 1981): Una forma de permanencia (2019).

Sanabria Santaliz, Edgardo (San Germán, Puerto Rico, 1951).

Sánchez León, Abelardo (Lima, Perú, 1947): La balada del gol perdido (1993), El viaje del salmón (2005).

Sánchez, Gonzalo (Buenos Aires, Argentina 1977): La Patagonia vendida (2006).

Sánchez, Luis Rafael (Humacao, Puerto Rico, 1936): La guagua aérea (1994), No llores por nosotros, Puerto Rico (1997), Devórame otra vez (2004).

Sánchez Mediavilla, Emilio (Santander, España, 1979): Una dacha en el Golfo (2020).

Sánchez, Matilde (Buenos Aires, Argentina, 1958), Historias de vida, una biografía de Hebe de Bonafini (1985), La canción de las ciudades (1999).

Sánchez, Yoani (La Habana, Cuba, 1975): Cuba libre. Vivir y escribir en La Habana (2010).

Sánchez Ocampo, Carlos (Medellín, Colombia, 1957): El contrasueño, historias de la vida desechable (1993), Yendo viniendo y así (1995), Argentina: rostros mixtos y mutantes (2004), Intemperies, obras de arte y esculturas del espacio público de Medellín. Crónicas (2007).

Sans, Joan (Palma de Mallorca, España, 1977): Rectángulo de amor bizarro (2021).

Santa Cruz Mendoza, Santiago (Guatemala, Guatemala, 1956): Insurgentes. Guatemala, la paz arrancada (2004).

Sanoja Hernández, Jesús (Tumeremo, Venezuela, 1930): Entre golpes y revoluciones (2007).

Santamaría, Germán (El Líbano, Colombia, 1950): Crónicas de Germán Santamaría (1982), Colombia y otras sangres (1987).

Santoro, Daniel (Avellaneda, Argentina, 1958): Operación Cóndor, la historia secreta del misil que desmanteló Menem (1991), El hacedor, una biografía política de Domingo Cavallo (1994), Los Intocables (Los verdaderos) (1996), Venta de armas: hombres de Menem (1998), María Julia. Espejo de la corrupción en la Argentina (2010).

Santos-Febres, Mayra (Carolina, Puerto Rico, 1966).

Sanz, José Luis (Valencia, España, 1974).

Schmidt, Esteban (Buenos Aires, Argentina, 1967).

Scherer García, Julio (Ciudad de México, México, 1926-2015): La piel y la entraña: Siqueiros (1965), Los presidentes (1986), El poder: historias de familia (1990), Estos años (1995), Salinas y su imperio (1997), Cárceles (1998), Pinochet: vivir matando (2000), Máxima seguridad: Almoloya y Puente Grande (2001), La pareja (2005), el perdón imposible: no solo Pinochet (2005), El indio que mató al padre Pro (2005), La tercera memoria (2007), La reina del Pacífico: es la hora de contar (2008), Allende en llamas (2008), Secuestrados (2010),

Historias de muerte y corrupción (2011), Calderón de cuerpo entero (2012), Vivir (2012), Niños en el crimen (2013).

Serna, Enrique (Ciudad de México, México, 1959): Giros negros (2008).

Servín, J. M. (Ciudad de México, México, 1962): Por amor al dólar (2006), D. F. Confidencial (2010), Del duro oficio de vivir, beber y escribir desde el caos (2012), Nada que perdonar (2018).

Seselovsky, Alejandro (Rosario, Argentina, 1971): Cristo llame ya! Crónicas de la avanzada evangélica en la argentina (2005), Trash. Retratos de la argentina mediática (2010).

Sheridan, Guillermo (Ciudad de México, México, 1950): Cartas de Copilco (1994), Frontera norte (1998), Lugar a dudas: crónicas escogidas (2000), Viaje al centro de mi tierra (2011), Toda una vida estaría conmigo (2014), Paseo por la calle de la amargura (2018).

Sierra, Álvaro (Cali, Colombia, 1958): Rusia: los años decisivos: crónicas y reportajes (2001).

Silva, Lorenzo (Madrid, España, 1966): Viajes escritos y escritos viajeros (2000), Del Rif al Yebala. Viaje al sueño y la pesadilla de Marruecos (2001), Líneas de sombra. Historias de criminales y policías (2005), En tierra extraña, en tierra propia. Anotaciones de viaje (2006), Ahí fuera (2018), Diario de la alarma (2020).

Sinay, Javier (Buenos Aires, Argentina, 1980): Sangre joven, matar y morir antes de la adultez (2009), 100 crímenes resonantes que conmovieron a la sociedad argentina (2010), Sangre joven. Matar y morir antes de la adultez (2018), Camino al Este (2019), Los crímenes de Moisés Ville (2019).

Sivak, Martín (Buenos Aires, Argentina, 1975): Asesinato de Juan José Torres: Banzer y el Mercosur de la Muerte (1997), El dictador elegido: Biografía no autorizada de Hugo Banzer Suárez (2001), El Doctor: Biografía no autorizada de Mariano Grondona (2005), Jefazo: retrato íntimo de Evo Morales (2008), El salto de papá (2017).

Socorro, Milagros (Maracaibo, Venezuela, 1960): Criaturas verbales (2000); Catia, tres voces (1994) y Alfonso ‘Chico’ Carrasquel Con la V en el pecho (1994).

Soifer, Alejandro (Buenos Aires, Argentina, 1983): Los Lubavitch en la Argentina (2010).

Solano, Andrés Felipe (Bogotá, Colombia, 1977).

Solano Abadia, Margarita (Cali, Colombia): Crónicas de la violencia (2011).

Soler, Silvia (Montevideo, Uruguay, 1962): La Leyenda De Yessie Macchi (2000), La carpera: memorias de una prostituta rural (2004), Manuscritos de vida. Historias de mujeres (2007) y Crónicas de la nada. Montevideo, el violinista y otras historias (2010).

Soriano, Osvaldo (Mar del Plata, Argentina, 1943-Buenos Aires, 1997): Artistas, locos y criminales (1984), Rebeldes, soñadores y fugitivos (1988), Cuentos de los años felices (1993), Piratas, fantasmas y dinosaurios (1996).

Sosa Villada, Camila (Mina Clavero, Córdoba, Argentina, 1982): Las Malas (2019).

Sosa, Gabriel (Montevideo, Uruguay, 1966): Orientales excéntricos (2001).

Sosa, Omaya (Ciudad de México, México, 1972).

Speranza, Graciela (Buenos Aires, Argentina, 1956): Primera persona. Conversaciones con quince narradores argentinos (1995), Partes de guerra. Malvinas 1982 (2005, con Fernando Cittadini).

Sucarrat, María (Buenos Aires, Argentina, 1966): Vida sentimental de Eva perón (2006), El inocente. Vida, pasión y muerte de Carlos Mujica. (2010).

Symsns, Enrique (Lanús, Argentina, 1946): La banda de los chacales (1987), Invitación al abismo (1995), La vida es un bar (2002), El señor de los venenos (2004), En busca del asesino (2005), Big Bad City (2006).

Taboada, Lucía (Vigo, España, 1986): Como siempre, lo de siempre (2019).

Taborda, Oscar (Rosario, Argentina, 1959).

Taibo II, Paco Ignacio (Gijón, España, 1949): Cárdenas de cerca: una entrevista biográfica (1994), El caso Molinet (1995, con Víctor Ronquillo), Primavera pospuesta: una versión personal de México en los 90 (1999).

Tarifeño, Leonardo (Mar de Plata, Argentina, 1967): Extranjero siempre (2014), No vuelvas (2018).

Tello Díaz, Carlos (Cambridge, Gran Bretaña, 1962): Apuntes de un brigadista (1985), El exilio: un relato de familia (1993), La rebelión de las Cañadas (1995), En la selva. Crónica de un viaje por la Lacandona (2004), 2 de julio. La crónica minuto a minuto del día más importante de nuestra historia contemporánea (2007).

Tenorio, Óscar (San Salvador, El Salvador, 1967).

Tercero, Magali (Ciudad de México, México, 1957): Cien Freeways: D.F. y alrededores (2005), San Judas Tadeo, santería y narcotráfico (2010), Cuando llegaron los bárbaros. Vida cotidiana y narcotráfico (2011), Seco estudio de yeguas en el Centro Histórico. Diario de invierno (2020).

Terranova, Juan (Buenos Aires, Argentina 1975): La virgen del cerro (2007) y Peregrinaciones (2008).

Terrasa, Rodrigo (Valencia, España, 1978): La ciudad de la euforia. Una hipótesis de la mafia (2021).

Thorndike, Guillermo (Lima, Perú, 1940-2009): El año de la barbarie (1969), El Caso Banchero (1973), Manguera (1975), No, mi general (1976), Los topos . La fuga del MRTA de la prisión de Canto Grande (1991), El hermanón (1994), Los imperios del Sol. Una historia de los japoneses en el Perú (1996), Maestra vida (1997), Ocupación, testigo (2003), El rey de los tabloides (2008).

Titinger, Daniel (Lima, Perú, 1977): Dios es peruano. Historias reales para creer en un país (2006), Dios es chileno (2007), Mundiales inolvidables (para gritar, para cantar, para llorar) (2010), Cholos contra el mundo (2012), Un hombre flaco (2014), No quiero salir de casa (2017), El hombre más triste. Retrato del poeta César Vallejo (2021).

Tomas, Maximiliano (Buenos Aires, Argentina, 1975).

Torbado, Jesús (León, España, 1943): Tierra mal bautizada. Un viaje por Tierra de Campos (1969), Los topos (con Manuel Leguineche, 1977), El Camino de la Plata (1988),

Torre, Wilbert (Ciudad de México, México, 1968): Obama Latino. ¿Podrá gobernar sin nuestro apoyo? (2009), Ocho artistas mexicanos que se comieron Nueva York (2010).

Torrea Oiz, Judith (Navarra, España, 1973): Juárez en la sombra (2011).

Torres, Maruja (Barcelona, España, 1943): Amor América: un viaje sentimental por América Latina (1993), Mujer en guerra. Más másters da la vida (1999).

Trejo Fuentes, Ignacio (Pachuca, México, 1955): Crónicas romanas. Loquitas pintadas (1995).

Triana, Javier (Logroño, España, 1983): ¡Goool en Las Gaunas! (2014), Matumbo. Una crónica de las entrañas de Kenia (2021).

Truax, Eileen (Ciudad de México, México, 1970): Dreamers, la lucha de una generación por el sueño americano (2013), Mexicanos al grito de Trump (2017), El muro que ya existe (2019).

Turati, Marcela (Ciudad de México, México, 1974): Fuego cruzado: las víctimas colaterales de una guerra (2011).

Uceda, Ricardo (Chiclayo, Perú, 1958): Muerte en el Pentagonito (2004).

Uhart, Hebe (Buenos Aires, Argentina, 1936): Viajera Crónica (2011), Visto y oído (2021), De la Patagonia a México (2015), De aquí para allá (2017), Animales (2018).

Ulanousky, Carlos (Buenos Aires, Argentina, 1943): Seamos felices mientras estamos aquí. Crónicas del exilio (2001), Como somos. Trapitos argentinos al sol (2003).

Umbral, Francisco (Madrid, España, 1932-2007): Tierno Galván subió a los cielos (1990), El socialfelipismo: la democracia detenida (1991), La década roja (1993), Madrid, tribu urbana (2000), Los alucinados (2001), La República bananera USA (2002), Cela: un cadáver exquisito (2002).

Urrejola, Carola (Santiago de Chile, Chile, 1974): Chilenas (2010).

Utrilla, Daniel (Madrird, 1976): A Moscú sin Kaláshnikov. Una crónica sentimental de la Rusia de Putin envuelta en papel de periódico (2013), Mi ovni de la perestroika. Un viaje al corazón de Rusia tras la noticia más extraterrestre de la Historia (2021).

Uzcanga, Francisco (España, 1966): El café sobre el volcán (2018), ¿Qué se debe a España? (2021)

Valdez Cárdenas, Javier (Culiacán, México, 1967-2017): Malayerba (2009), Miss Narco: belleza, poder y violencia (2009), Levantones. Historias reales de desaparecidos y víctimas del narco (2012), Con una granada en la boca: heridas de la guerra del narcotráfico en México (2013), Huérfanos del narco: los olvidados de la guerra del narcotráfico (2015), Malayerba: la vida bajo el narco (2017), Periodismo escrito con sangre (2017).

Valencia, Cristian (Santa Marta, Colombia, 1963): Hay días en que amanezco muerto (2007).

Valencia, Daniel (San Salvador, El Salvador, 1982).

Valencia, Roberto (Vitoria-Gasteiz, Euskadi, 1976): Hablan de Monseñor Romero (2011), Carta desde Zacatraz (2018).

Valenzuela, Javier (Granada, España, 1954): Crónicas quinquis (2013).

Valle Ojeda, Amir (Guantánamo, Cuba, 1967): Habana Babilonia. La cara oculta de las jineteras (2006).

Valle, Gustavo (Caracas, Venezuela, 1967): La paradoja de Ítaca (2006).

Vargas Llosa, Mario (Arequipa, Perú, 1936): El lenguaje de la pasión (2001), Diario de Irak (2003), Israel / Palestina. Paz o guerra santa (2006), Piedra de toque (2012).

Vázquez Mendoza, Francisco (Colotlán, México, 1969).

Vázquez Montalbán, Manuel (Barcelona, España, 1939-Bangkok, Tailandia, 2003): Crónica sentimental de España (1971), Mis almuerzos con gente inquietante (1985), Crónica sentimental de la transición (1985), Un polaco en la corte del rey Juan Carlos (1996), Y Dios entró en La Habana (1998), Marcos: el señor de los espejos (1999).

Vázquez, Juan Gabriel (Bogotá, Colombia, 1973): Viajes con un mapa en blanco (2017), Volver la vista atrás (2020).

Vega, Ana Lydia (Santurce, Puerto Rico, 1946): Esperando a Loló (1994), Mirada de doble filo (2008).

Velasco, Xavier (Ciudad de México, México, 1964): Luna llena en las rocas (2000).

Vergara Espinoza, Pablo (Santiago de Chile, Chile, 1973): Reportajes de La Tercera. La maldición del narco sin cabeza (2006), Spiniak y los demonios de la Plaza de Armas (2008, con Ana María Sanhueza Contador).

Vicent, Manuel (Castellón, España, 1936): No pongas tus sucias manos sobre Mozart (1981), Retratos de la transición (1981), Crónicas parlamentarias (1984), Daguerrotipos (1984), Por la ruta de la memoria (1992), Crónicas urbanas (1993), Retratos (2005), Aguirre, el magnífico (2011), Radical libre (2014), Travesía literaria (2017).

Vidal, Nicolás (Santiago de Chile, Chile, 1979): Cambio de juego. Historias desconocidas del fútbol chileno (2017).

Viétnika Batres Guadarrama (Ciudad de México, México, 1969).

Vila-Matas, Enrique (Barcelona, España, 1948): El viajero más lento (1992), El traje de los domingos (1995), Para acabar con los números redondos (1997), Desde la ciudad nerviosa (2000), El viento ligero en Parma (2004), Impón tu suerte (2018).

Vila-Sanjuán, Sergio (Barcelona, España, 1957): Pasando página (2003), Crónicas culturales (2004), El síndrome de Frankfurt (2007), El joven Porcel. Una ascensión literaria en la Barcelona de los años sesenta (2021).

Vilela, Sergio (Lima, Perú, 1979): El cadete Vargas Llosa (2003).

Villanueva, Chang Julio (Lima, Perú, 1967): Mariposas y murciélagos. Crónicas y perfiles (1999), Un extraterrestre en la cocina y otras crónicas (2007), Elogios criminales (2008).

Villalobos, Juan Pablo (Lagos de Moreno, México, 1973): Yo tuve un sueño (2018).

Villoro, Juan (Ciudad de México, México, 1956): Palmeras de la brisa rápida: Un viaje a Yucatán (1989), Los once de la tribu (1995), Safari accidental (2005), Dios es redondo (2006), De eso se trata (2008), 8.8: El miedo en el espejo (2010), ¿Hay vida en la tierra? (2012), Balón dividido (2014), El vértigo horizontal (2019).

Viscarra, Víctor Hugo (La Paz, Bolivia, 1958-2006): Coba: lenguaje secreto del hampa boliviano (1981); Alcoholatum y otros drinks. Crónicas para gatos y pelagatos (2001), Borracho estaba, pero me acuerdo (2003), Avisos Necrológicos (2005), Ch´aquí fulero (2008).

Volpi, Jorge (Ciudad de México, México, 1968): La guerra y las palabras. Una historia intelectual de 1994 (2004), Examen de mi padre (2016), Una novela criminal (2018).

Wiener, Gabriela (Lima, Perú, 1975): Sexografías (2008), Nueve lunas (2009), Llamada perdida (2014), Dicen de mí (2017), Huaco retrato (2021).

Wiesenthal, Mauricio (Barcelona, España, 1943): Libro de Réquiems (2004), El esnobismo de las golondrinas (2007).

Yago Martí, Juan Vicente (Sueca, Valencia, España, 1971): La conquista del espacio (2019).

Zableh Durán, Adolfo (Barranquilla, Colombia).

Zamarripa, Roberto (Ciudad de México, México, 1960): Sonora 91, Historia de políticos y policías (1993).

Zapata, Isabel (Ciudad de México, México, 1984): In vitro (2021).

Zárate, Joseph (Lima, Perú, 1986): Guerras del interior (2018).

Zivale, Cristina (Buenos Aires, Argentina 1960): Hijos de mala madre (1993), Esclavos, informe urgente sobre la inmigración en España. (2004), Niños, lejos de Disneylandia (2006), Crónicas desde la frontera, viajes al mundo trans (2008), Las mil y una noches (2010).

APÉNDICE: ANTOLOGÍAS CONSULTADAS

Aguilar, Marcela (Ed.), Domadores de historias. Conversaciones con grandes cronistas de América Latina, RIL editores y Universidad Finis Terrae, Santiago de Chile, 2010.

Alarcón, Cristian (Ed.), Jonathan no tiene tatuajes. Crónicas de jóvenes centroamericanos en la encrucijada, Coalición Centroamericana Para la Prevención de la Violencia Juvenil, San Salvador, 2010.

Angulo, María (Ed.), Crónica y mirada. Aproximaciones al periodismo narrativo (2014).

Avilés, Marco (Ed.), Locos, malos y virtuosos, Editorial San Marcos, Lima, 2007.

Beatriz Colombi (Ed), Cosmópolis. Del flâneur al globe-trotter, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2010.

Cristoff, María Sonia (Ed.), Idea Crónica. Literatura de no ficción iberoamericana, Beatriz Viterbo Editora, Rosario, 2006.

Gallo, Rubén (Ed.), México DF: Lectura para paseantes, Turner, México, 2005.

Herrscher, Roberto (Ed.), La voz de las cosas (2021).

Lafuente Portillo, Sandra y López Vinogradoff, Liza (Eds.), Se habla venezolano. Doce historias que laten con Marcapasos (2010).

Martelli, Ernesto (Ed.), Crónicas filosas. Los mejores relatos de Rolling Stone, Rolling Stone Argentina, Buenos Aires, 2006.

Maximiliano Tomas (Ed.), Argentina crónica, Planeta Argentina, Buenos Aires, 2007.

Monsiváis, Carlos (Ed.), A ustedes les consta. Antología de la crónica en México, 2a ed. corregida y ampliada, Era, Ciudad de México, 2006.

Osorno, Diego (Ed.), País de muertos: crónicas contra la impunidad, Debate, Ciudad de México, 2011.

Osorno, Guillermo (Ed.), Crónicas de otro planeta. Las mejores historias de Gatopardo, Debate, México, 2009.

Quiroga, José (Ed.), Mapa callejero. Crónica sobre lo gay en América Latina, Eterna Cadencia, Buenos Aires, 2010.

Samper Pizano, Daniel (Ed.), Antología de grandes crónicas colombianas, Aguilar Colombia, Bogotá, 2004.

Schnirmajer, Ariela (Ed.), ¡Arriba las manos!: crónicas de crímenes, “filomisho” y otros cuentos del tío, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2011.

Silva, Miguel, y Molano, Rafael (Eds.), Las mejores crónicas de Gatopardo, Debate, Bogotá, 2006.

Solano Abadia, Margarita (Ed.), Sin maletas. Historias de

refugiados y migrantes desde el exilio (2019).

V.V.A.A., México en cien crónicas, Grupo Azabache, Ciudad de México, 1992.

V.V.A.A., Medellín secreto. Cinco reportajes sobre sexo, locura, suicidio…, Medellín, Editorial La Hoja, 1995.

V.V.A.A., Cuentos de la Habana Vieja, Olaya Ediciones, Madrid, 1997.

V.V.A.A., Un mundo muy raro y otras crónicas de Gatopardo, Aguilar Colombia, Bogotá, 2001.

V.V.A.A., Lo mejor del periodismo de América latina, Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano/Fondo de Cultura Económica, Bogotá, 2006.

V.V.A.A., Sin ficción. Antología de crónicas y reportajes, Lateral, Barcelona, julio/agosto de 2002.

V.V.A.A., Crónicas de viaje. Especial suplemento sin ficción, Lateral, Barcelona, julio / agosto de 2004.

V.V.A.A., Enviados especiales. Antología de nuevo periodismo hispanoamericano, Nuevo Siglo. Aguilar, México, 2004.

V.V.A.A., Locos, malos y virtuosos, Editorial Recreo, Lima, 2007.

V.V.A.A., SoHo. Crónicas, Aguilar Colombia, Bogotá, 2008.

V.V.A.A., ¡Que viva la fiesta! Crónicas de fiestas populares colombianas, Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano, Cartagena de Indias, 2009.

V.V.A.A., Crónicas mexicanas, Cal y arena, Ciudad de México, 2009.

V.V.A.A., Lo mejor del periodismo de América Latina II, Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano / Fondo de Cultura Económica, Bogotá, 2010.

V.V.A.A., Buenos Aires. La ciudad como un plano. Crónicas y relatos, La bestia equilátera, Buenos Aires, 2010.

Vega, Ana Lydia (Ed), El tramo ancla: ensayos puertorriqueños de hoy, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, 1989.

Villalobos, Juan Manuel (Ed.), Con la sangre despierta, Sexto piso, Madrid, 2010.

Zepeda Patterson, Jorge y Alejandro Páez Varela (Eds.), Día siete. Todos hasta atrás. Primera ronda, Cal y arena, Ciudad de México, 2006.

FUENTES

“Arenas de Japón”, de Juan Villoro, Letras Libres, 2009.

“El rastro de los huesos”, de Leila Guerriero, El País Semanal, 2007.

“Vasco Pimentel. Todo lo que sigue sonando alrededor de un gorrión que se muere”, de Sabrina Duque, Etiqueta Negra, 2014.

“Fitzcarraldo en la meseta”, de Jordi Costa, Vida mostrenca, Ediciones de la Tempestad, Barcelona, 2002.

“El díler digital”, de Alberto Fuguet, Qué pasa, 2010.

“El bufón de los velorios”, de Alberto Salcedo Ramos, Etiqueta Negra, 2010.

“Desaparecer”, de Eileen Truax, Altair Magazine, 2018.

“La guerra en Estambul”, de Juan Pablo Meneses, Equipaje de mano, Planeta Argentina, Buenos Aires, 2003.

“Como perros”, de Juanita León, Country of Bullets, 2009.

“Cuando me muera quiero que me toquen cumbia”, de Cristian Alarcón, Cuando me muera quiero que me toquen cumbia, Norma Argentina, Buenos Aires, 2003.

“Santiago Meza López, el Pozolero. Cuerpos sin sepultura”, de Marcela Turati, Los malos, Ediciones UDP, Santiago, 2015.

“Fantasmas de Tánger”, de Edgardo Cozarinsky, El pase del testigo, Sudamericana, Buenos Aires, 2001.

“Un año en la vida de Haití”, de Maye Primera, Gatopardo, 2011.

“En familia”, de María Moreno, Banco a la sombra, Sudamericana, Buenos Aires, 2007.

“El cineasta invisible. ¿Es tan callado un director de cine que amenaza de muerte a su actor favorito?”, de Julio Villanueva Chang, Elogios criminales, Mondadori México, Ciudad de México, 2008.

“Entrevista con la nueva especie humana”, de Juan Gabriel Vásquez, Granta, 2005.

“El teatro del crimen”, de Fabrizio Mejía Madrid, Salida de emergencia, Mondadori México, Ciudad de México, 2007.

“Fantasmas terribles de un extraño lugar”, de Cristina Rivera Garza, El invencible verano de Liliana, Literatura Random House, Ciudad de México, 2021.

“Punta de Sal”, de Jaime Bedoya, Kilómetro cero, Mosca Azul Editores, Lima, 1995.

“Kafkalandia”, de Rodrigo Fresán, Un mundo muy raro y otras crónicas de Gatopardo, Aguilar Colombia, Bogotá, 2001.

“La mudanza”, de Mónica Baró, Periodismo de barrio, 2016.

“Grandes hits”, de Guillem Martínez, Grandes hits, Mondadori, Barcelona, 1999.

“Consejos de un ama inflexible a una discípula turbada”, de Gabriela Wiener, Sexografías, Melusina, Barcelona, 2008.

“Cenando con Nietzsche y Fidel el 12 de enero de 2000”, de Edgardo Rodríguez Juliá, La nave del olvido, Beatriz Viterbo Editora, 2009.

“Pole pole. De Zanzíbar a Tanganica”, de Martín Caparrós, Ego, 2001.

Jorge Carrión es escritor, crítico cultural y director del Máster en Creación Literaria de la upf-bsm. Vivió en Rosario, Buenos Aires y Chicago; actualmente reside en Barcelona. Escribe regularmente en La Vanguardia y Post Opinión. Sus ensayos y crónicas han aparecido en el New York Times, El País, Letras Libres, Clarín, El Mundo, Etiqueta Negra, El Malpensante, Gatopardo y otros medios. Es autor de novelas (como Los muertos, Los huérfanos, Los turistas, Membrana y Todos los museos son novelas de ciencia ficción) y de ensayos narrativos (como Teleshakespeare, Librerías, Contra Amazon o Lo viral). También escribe guion de cómic y de podcast. Ha sido traducido a quince idiomas.

Inframundo

La octava plaga

Toda la sangre

Carne de ataúd

Mar negro

Demonia

Los niños de paja

Bernardo Esquinca

Isla partida

El animal sobre la piedra

Daniela Tarazona

MEJORQUEFICCIÓN

de Jorge Carrión.

Para su composición tipográfica se empleó la familia Bell Centennial.

El diseño es de Alejandro Magallanes.

El cuidado de la edición estuvo a cargo de Dulce Aguirre.

La formación de los interiores la realizó Ana Paula Dávila.